

C. O. BUNGE

NUESTRA PATRIA

Editorial ESTRADA


BIBLIOTECA JOSE MANUEL ESTRADA

NUESTRA PATRIA

Libro de lectura para la educación nacional

NUESTRA PATRIA

LIBRO DE LECTURA PARA
LA EDUCACIÓN NACIONAL

POR

C. O. BUNGE

De las Academias de Filosofía y Letras y de Derecho y Ciencias Sociales
de la Universidad de Buenos Aires.

Lecturas para 5.° y 6.° grados de las escuelas primarias
Temas para los cursos de maestros en las escuelas normales

VIGÉSIMA CUARTA EDICIÓN





BUENOS AIRES

ANGEL ESTRADA Y CÍA. — EDITORES

466 — Calle Bolívar — 466

*Régimen Legal de la Propie
dad Intelectual. Ley 11.723*



A nuestra Patria, en su primer centenario, tributo el modesto homenaje de este libro, cuyo fin es contribuir a su amor y conocimiento, en las nuevas generaciones de argentinos.

BUENOS AIRES, 25 DE MAYO DE 1910



PARTE PRIMERA

LA TRADICIÓN Y LA HISTORIA DEL PUEBLO ARGENTINO

1. Ofrenda a la Patria.

1. Por mi Dios y por mi sangre
te hago ofrenda de mi vida;
lo que soy y lo que tengo
te lo debo, Patria mía.

2. Lo que canto y lo que sueño,
todo el cáliz de mi vida,
ante el ara de tus héroes,
te lo brindo, Patria mía.

3. No me arredran los embates
de la lucha por la vida,
porque sé que la victoria
siempre es tuya, Patria mía.

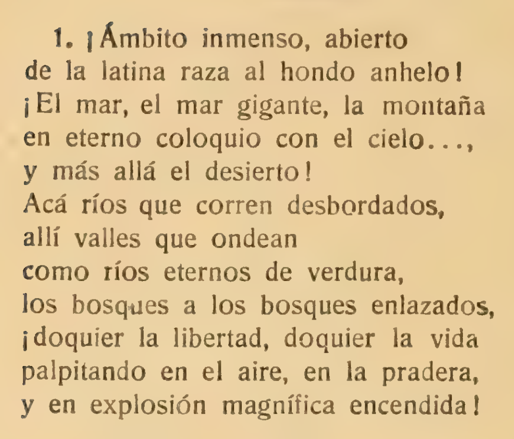
4. Y, si pierdo en la batalla
los alientos de mi vida,
clamará mi último grito:
«¡Vive y triunfa, Patria mía!»

5. Lo que soy y lo que tengo
te lo debo, Patria mía
de mi vida te hice ofrenda,
¡usa, Patria, de mi vida!

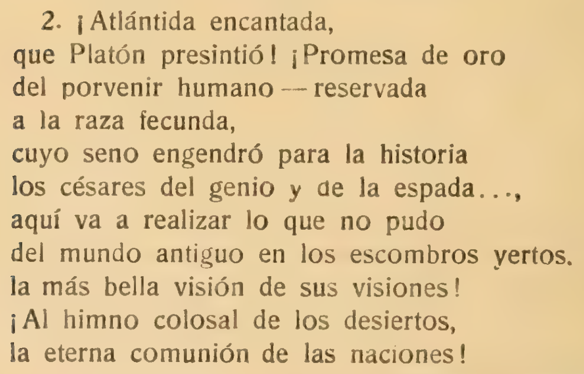


I. LA LEYENDA DE AMÉRICA

2. Atlántida.
(Fragmento)



1. ¡Ámbito inmenso, abierto
de la latina raza al hondo anhelo!
¡El mar, el mar gigante, la montaña
en eterno coloquio con el cielo...,
y más allá el desierto!
Acá ríos que corren desbordados,
allí valles que ondean
como ríos eternos de verdura,
los bosques a los bosques enlazados,
¡doquier la libertad, doquier la vida
palpitando en el aire, en la pradera,
y en explosión magnífica encendida!



2. ¡Atlántida encantada,
que Platón presintió! ¡Promesa de oro
del porvenir humano — reservada
a la raza fecunda,
cuyo seno engendró para la historia
los césares del genio y de la espada...,
aquí va a realizar lo que no pudo
del mundo antiguo en los escombros yertos.
la más bella visión de sus visiones!
¡Al himno colosal de los desiertos,
la eterna comunión de las naciones!

Olegario V. Andrade.

3. La leyenda de la Atlántida.

Los pueblos de la antigüedad creyeron en la existencia de una grande y fabulosa isla o continente, que se levantaba en medio del océano Atlántico, más allá de las columnas de Hércules, es decir, del actual estrecho de

Gibraltar. Llamáronla con diversos nombres, entre otros, los de tierra de las Hespérides, islas Afortunadas, islas Elíseas. Allí el clima era benigno, el cielo puro, el paisaje risueño; las montañas guardaban en su seno tesoros de metales y piedras preciosas; los ríos corrían mansamente a través de agrestes y feraces selvas y llanuras. Sus felices moradores vivían en la abundancia y bajo el patriarcal gobierno de los descendientes de Neptuno, dios de los mares. Según los griegos, de esa tierra bendita partió una vez un poderoso ejército a conquistar el Oriente; luego debió tragarla el mar...

La mitología y la leyenda rodearon así el nombre de la Atlántida de prestigio y de gloria. No podía confundírsela con las islas Canarias, Madera o las Azores; era más grande, más bella, más lejana. No se sabía si existía aún, y, con certeza, ni siquiera si había existido. A veces en las lejanías del océano parecía descubrirse la silueta de sus vastas tierras cubiertas de populosas ciudades. Pero los navegantes que, en aquellos tiempos anteriores a la invención de la brújula, se aventuraban temerarios hacia el Occidente, o encontraban sólo cielo y mar y volvían desalentados, o se perdían para siempre en la noche de lo desconocido...

¿Existió realmente una Atlántida, hoy sumergida bajo las aguas? La respuesta parece negativa. Al menos en la época geológica correspondiente a los tiempos históricos no hubo tal isla o continente. Esto nos dicen los sabios.

Otra cosa nos dicen los poetas. Para ellos, la Atlántida ha existido y existe; es América. Sus costas, sus valles, sus bosques, sus imperios fueron presentidos o anunciados por la mitología y la leyenda. Con el andar del tiempo, la fábula se ha convertido en historia. ¿Dónde, en efecto, si no en América se hallarían aquellas tierras legendarias?... América es la isla de las Hespérides, con sus selvas y sus pomas de oro; es las islas Afortunadas, con su eterno bienestar y regocijo; es las islas Elíseas, por la justicia

de sus leyes e instituciones... ¡Salve, pues, oh nueva Atlántida, tierra de la Libertad y del Porvenir, América grande y victoriosa, sueño del mundo antiguo, realidad del mundo moderno!

4. América.

Fragmento de los *Cantos del Peregrino*)

1. América es la virgen que sobre el mundo canta,
profetizando al mundo su hermosa libertad;
y de su tierna frente la estrella se levanta
que nos dará mañana radiante claridad.

2. No hay más allá en los siglos a la caduca Europa,
que al procurar *mañana* se encuentra con *ayer*;
bebió con entusiasmo del porvenir la copa,
y se postró embriagada de gloria y de poder.

3. La gloria quiere vates, la poesía glorias:
¿por qué no hay armonía, ni voz, ni corazón?
La Europa ya no tiene ni liras ni victorias:
el canto expiró en Byron, la gloria en Napoleón.

4. Los tronos bambolean y el cetro se despeña;
los pueblos quieren alas y se les clava el pie,
el pensamiento busca del porvenir la enseña,
y no halla sino harapos del pabellón que fué.

5. Hay tumba a las naciones. Se eleva y se desploma
la Grecia que elevara sus sienes inmortal;
al mundo hallaba chico para hospedarse Roma,
después murió en el nido de su águila imperial.

6. ¿Adónde irá mañana con peregrina planta,
la Europa, con las joyas de su pasada edad?
América es la virgen que sobre el mundo canta,
profetizando al mundo su hermosa libertad.

JOSÉ MÁRMOL

II. LA CULTURA INDÍGENA

5. La leyenda de Manco-Capac.

Al empezar la mañana, Manco-Capac, a orillas del lago, veía la lenta y majestuosa ascensión del astro, que derramaba sobre las aguas tranquilas la fulgurante explosión de su luz. Y se sintió poseído de un espíritu superior. Recogió la vara legendaria, heredada de sus antepasados — quizá monarcas de la antigua civilización de Tiahuanaco —, dió la mano a Mama-Ocllo, su esposa, y ambos se dirigieron hacia el Norte, con el aliento de una fe y una misión. La voz misteriosa que había murmurado a su oído le ordenaba detenerse allí donde la vara penetrase en la tierra sin resistencia, como para hacerle comprender que debía huir de las áridas cortezas de granito, buscando la blandura del suelo fértil.

Anduvieron silenciosamente, siguiendo la meseta, que presentaba casi sin cesar duras rocas de basalto y pedernal, hasta que, en la cima agreste del Huanacauri, sobre un suelo húmedo, la vara se hundió, y se detuvieron en aquel término de la primera etapa de su viaje. Rodeados por las sorprendidas tribus de ese país, dijéronles: «Somos hijos del Sol, que da calor a la tierra, hace brotar la mies y engendra la vida. Venimos a enseñaros su culto, el trabajo y la paz, para cultivar, trabajar y vivir bajo su protección».

Tomó el Inca un hacha de cobre, partió un trozo de chonta, la madera de hierro, abrió un surco, y dejó caer las semillas del quínoa, el rico grano que germinaba en las regiones más estériles. Rebotó el pedernal sobre el pórfido y formó la pequeña estrella que, sujeta a un mango de pisonay, debía constituir en adelante el arma de los fuertes, la maza más temible en el combate. Recogió la arcilla, la modeló con elegantes contornos, y, secada al fuego, presentó un vaso hecho por el tecnicismo de un procedimiento nuevo. Unió la piedra a la piedra por medio

de una mezcla de hormigón, que al secarse adquiría la solidez del granito. Y, por fin, para tener una morada, levantó un muro y luego otro, y construyó el techo con hojas de maguey, estableciendo así, en un edificio sencillo, la base de la que debía ser después, con suntuosas mansiones, la gran ciudad del Cuzco. Y las tribus, sumidas largo tiempo en la guerra y la miseria, se apresuraron a recibir como una divinidad a ese ser de otra generación, que les llevaba en una forma práctica y breve el trabajo y el bienestar.

De esta manera fundaron su imperio los Hijos del Sol y aseguraron el eslabón pristino de la dinastía incaica. Al día siguiente siguieron su rumbo, él al Norte, ella al Sur, a dominar por la persuasión, a conquistar por la palabra y el perdón, venciendo sin pelea, y a fundir los individuos en pueblos, destruyendo sus ídolos y unificando sus creencias en un solo culto y su dialecto en un solo lenguaje.

DIÓGENES DECOUD.

6. La cultura quichua.

Entre las razas que ocuparon lo que hoy es la República Argentina, es indudable que ninguna dejó huellas más vivas de su tradición y de su historia que la gran nación quichua, y esto debido a las crónicas minuciosas que nos legaron los primeros exploradores, y aun a que fué ella la que más señales de su genio y de su cultura estampó en esta tierra. Ninguna como ella presenta mayor unidad y consistencia en sus hechos, y, aunque sus noticias ciertas no se remontan más allá del siglo XIV, se ve que su historia principia en aquella época, con las nebulosidades de que los pueblos nacientes rodean los comienzos de su existencia.

Como todos los pueblos que se presentan a la historia con caracteres de vitalidad y consistencia, la nación quichua tuvo sus instituciones especiales, más o menos parecidas a las que nos enseñan las antiguas civilizaciones del Asia, del África y de la Europa. Tuvo sus guerreros organizados

a semejanza de Roma: un gobierno provincial con atribuciones y jurisdicción perfectamente deslindadas; su casta sacerdotal como el Egipto, como la India, como la Germania, como la Grecia; sus vestales, sus cortes, sus séquitos reales, y sus fiestas populares, en las que la imagen del Baco helénico se presentaba transfigurada por un clima tropical y por una naturaleza distinta, pero siempre rodeada de la confusa algarabía con que atronaba las selvas y los mares en sus tiempos de gloria... Ella tuvo también, como la Grecia primitiva, sus danzas y bacanales, donde el licor evoca la alegría, enciende la cólera, despierta el llanto, y de donde, después de una larga serie de transformaciones, surgen la Tragedia y la Comedia... Ella, como todas las razas madres de la cultura que admiramos en poemas, en pinturas y en esculturas, tuvo sus rapsodas, sus pintores, sus escultores y sus arquitectos. Sus *amautas* y *haravecus*, los sabios escritores y lectores encargados de conservar la tradición patria, de formar y descifrar los admirables *quipos* o signos de la escritura quichua (hilos de colores con nudos simbólicos), escribieron y cantaron las glorias y las desgracias de sus antepasados, sus guerras y sus grandes revelaciones religiosas. Tuvo, por lo tanto, su poesía nacional en el conjunto de todos aquellos cantares salvajes, en que palpitaba su sentimiento nativo, y en que expresaba su adoración y su admiración por sus dioses naturales. Entre éstos descollaba el Sol, como calor y alma de la naturaleza, de la Madre Tierra, culto pristino de todo ser animado.

Aunque los orígenes de sus primeros reyes se pierden en las nebulosas de la fábula, las tradiciones de raza transmitidas oralmente o por medio de su original sistema de escritura, y recogidas después por los primeros cronistas del descubrimiento de América, nos muestran al pueblo quichua con una sociabilidad formada y en vía de evolución uniforme. Tenemos noticia de sus grandes y arriesgadas expediciones a las regiones andinas y a las amplias llanuras orientales, y sus rastros, conservados aún a pesar

de los estragos de la guerra de la conquista y del tiempo, nos indican que llegaron hasta las márgenes del Paraná, donde concluía la acción expansiva de la raza guaraní. Sabemos también que, de las naciones más remotas, tanto de aquellas que vivían al pie de las grandes nieves como de las que vivían abrumadas por el horror de la llanura abrasada, llegaban a la capital del Imperio — la sagrada Cuzco — los más abundantes y ricos tributos, forma semibárbara del impuesto, pero que revela un sistema de dominio y de vasallaje no extraño a la civilización europea hasta principios de los tiempos modernos. Conocemos cuánta suntuosidad y elegancia desplegaron en el ornato de su gran templo del Sol *(Inti-huasi)*, merced al oro, la plata y la pedrería que extraían de los fabulosos veneros de los Andes, y cómo se deleitaban en rendir el homenaje del arte a ese dios Sol, que consideraban el único y sabio autor de la naturaleza, y a sus divinidades inferiores. Es igualmente notable que en su código religioso se comprendiera un primer esbozo de la vida monástica, la institución de las vestales, las vírgenes consagradas al servicio del culto del Sol, y que debían elegirse entre todas las familias del Imperio.

Según JOAQUÍN V. GONZÁLEZ.

7. La cultura quichua de los Lules.

En toda la República Argentina la lengua común, así oficial como popular, es el castellano. Ni en Corrientes, donde la influencia guaraní fué tan profunda, puede decirse que la población hable generalmente el idioma indígena. Un solo Estado constituye propiamente excepción con respecto a la regla de la lengua castellana común: es la provincia de Santiago del Estero, parte integrante del antiguo Tucumán. Por supuesto, que allí mismo el castellano predomina también en los centros urbanos; pero la población casi entera habla el quichua, la lengua de los Incas del Perú. Hasta fines del siglo XIX era éste el lenguaje de la clase superior.

que lo entendía y hablaba todavía en el siglo XX. Ahora bien, alrededor de Santiago, en el resto del Tucumán colonial hasta los territorios adyacentes al Alto Perú (fuera de algún rincón de los valles calchaquíes), no se encuentra rastro de la lengua adventicia: nunca ha sido hablada allí.

Este extraño fenómeno filológico de la difusión y permanencia del quichua en la provincia de Santiago, que tan lejos se halla del antiguo Cuzco, capital del Imperio de los Incas, tiene su explicación. Desde época remota, ese territorio de selvas y sabanas comprendido entre los ríos Salado y Dulce, fué habitado por una numerosa tribu india, que por algunos se denomina *Juri* y por otros *Lule*. Estas dos denominaciones no son, a mi parecer, más que una misma palabra, ya pronunciada en indio, ya en castellano. Era aquél un pueblo industrioso y de índole mansa. caracteres que resaltan aún en sus representantes actuales. Pero, hacia fines del siglo XIV, cuando el poder de los Incas llegaba a su apogeo y era el Cuzco la capital de un inmenso territorio, aconteció una singular aventura histórica, que se consigna en los clásicos *Comentarios reales* del Inca Garcilaso de la Vega.

Parece que estos buenos Lules tucumanos despertaron al rumor de la gloria peruana. Sin aconsejarse de sus vecinos del Norte o del Sur, enviaron una embajada — a pie, naturalmente — al Inca Huiracocha, que entonces reinaba. Hay cuatrocientas leguas de áridos desiertos y serranías con nieves eternas en sus cumbres, donde por largos trechos todo escasea, hasta el aire respirable... Terrible hubo de ser el viaje para los pobres embajadores, acostumbrados a la molicie tropical del suelo nativo.

Admitidos a contemplar al Inca, en medio de su corte deslumbrante de oro y telas preciosas, los enviados depositaron al pie del trono las humildes primicias de su lejana tierra. En cambio de su sacrificada independencia sólo pedían la civilización. Y este homenaje espontáneo,

este arranque instintivo de una tribu obscura hacia la luz, es uno de los rasgos conmovedores de la historia sudamericana. Fueron escuchados con benevolencia, y, sin duda, servidos según su deseo. Sin demorarse en la conquista del inmenso territorio intermedio, el Inca despachó al Tucumán, cuyo nombre acababa de serle revelado, a un príncipe de su familia con una numerosa escolta de oficiales, *curacas* (jefes) y artífices, encargados de iniciar a los Lules en los bienes y en los males de la vida civilizada.

Estos indios asimilaron rápidamente los conocimientos, las industrias, y, sobre todo, la lengua de sus pacíficos amos, con tanta eficacia, en lo que al idioma respecta, que el antiguo lule no tardó en desaparecer, y que el español, después de tres siglos de dominación política y social, no ha logrado desarraigar al « cuzco », como todavía llaman ellos al blando y cantante idioma que sus padres aprendieron con amor. Y así es cómo, en la más europea de las repúblicas sudamericanas, hay una provincia entera donde se habla aún la lengua del antiguo Perú, traída allí en época muy anterior al primer viaje de Colón.

Según P. Groussac.

8. Restos de la cultura calchaquí.

En época remota, allá, al Noroeste de la República, entre las quebradas, los valles y las faldas de nuestras sierras, desde el Aconquija hasta los contrafuertes de los Andes, vivió un pueblo grande y numeroso, guerrero y artista, sufrido y viril. La dominación de este pueblo, generalmente llamado Calchaquí, costó a los españoles una guerra de cien años. No fué posible reducirlo; hubo que destruir sus ciudades y que extrañar a sus habitantes. Pero, como protesta de su larga y dolorosa extinción, nos ha legado sus ruinas, sus sepulcros, sus restos de piedra y de alfarería, que la ciencia, ávida de hallazgos, profana y estudia. En aquella región, el viajero tropieza a cada

instante con vestigios de murallas, fortalezas, pueblos, edificios aislados, cuyo ciclópeo trabajo prehistórico lucha aún con el tiempo.

Los cardones o cacto *(cereus)*, con su aspecto de fúnebre candelabro, arraigan en las junturas de las piedras. La serpiente, otrora guardiana sagrada de los muertos, custodia esas viejas ruinas, espantando con sus silbidos a las vicuñas y guanacos que vagan en los alrededores. Y el cóndor, el viejo cóndor de América, que antes contempló la vida palpitante de esos antiguos pueblos, domina todavía,



con los grandes círculos de su alto y majestuoso vuelo, sus vastas soledades.

Allí, entre el montón de escombros acumulados por el tiempo y las razas, o dentro de los viejos sepulcros, el pico tropieza, al hundirse en la tierra, con los tesoros arqueológicos que se han librado, enteros o rotos, de la destrucción secular: un cetro, un cincel, un simple cántaro, una urna funeraria, un puco, un amuleto, un yuro, un ídolo, un fetiche, un collar, un hacha de piedra... Mil y mil objetos extraños aparecen, uno a uno, evocando la vida íntima, el pasado de aquella interesante raza calchaquí.

El cetro, por ejemplo, nos sugiere la idea del mando

Represéntanos un jefe o *curaca,* coronado de plumas, que lo blande en su diestra. De pie, sobre una fortaleza de piedra pircada, erigida estratégicamente en la cumbre de un cerro, entre el chocar de los discos de bronce, el silbar de las flechas y los pesados golpes de las hachas líticas, imparte sereno sus órdenes para repeler un furioso asalto del enemigo. Lanza sus huestes a los puntos atacados, y hace derribar oportunamente grandes montones de piedra, antes acumulados al efecto, que se despeñan sobre los asaltantes, entre espesa nube de polvo. Los cuerpos caen triturados por la lluvia de proyectiles, y los ecos del hórrido fragor del combate se repiten en las montañas, de valle en valle.

Un cincel de bronce nos hace pensar en la penosísima extracción de los metales, en su pesada molienda, y en los hornos primitivos, alimentados con huano de llama. Un pequeño fetiche, que representa un llama, fué una *mascota.* Un ídolo femenino esculpido por un agorero o una hechicera, era propicio a las esposas que iban a ser madres. Otro ídolo de barro, de cejas grandes y arqueadas, de brazos cortos y deformes, es la imagen convencional de un muerto, un ex voto que acompañó al cadaver.

La urna funeraria nos sorprende con su complicado simbolismo. Es la síntesis de los sacrificios humanos. En tiempos de sequía espantosa, para aplacar a los dioses, posiblemente se sacrificaba a los niños. ¡Enterrábaselos quizá vivos, casi a flor de tierra, colmados de dones, y no sin arrancarles previamente la promesa de que implorarían la lluvia tan deseada!

Toda la vida de aquel pueblo, que se ha convenido en llamar Calchaquí — sus costumbres, sus trajes, sus sentimientos, sus ideas —, resurge poderosamente en la imaginación al extraer sus copiosos restos arqueológicos. Y el ánimo se abate y entristece al contemplar tanta actividad perdida, tanta grandeza arruinada, tan vasto y poderoso reino pulverizado por el tiempo.

Según JUAN B. AMBROSETTI.

III. EL PUEBLO ESPAÑOL

9. Entrada del rey Wamba en Toledo, para coronarse rey.

(Romance anónimo del siglo XVI. Asunto de la época gótica, siglo VII)

1. Por la puerta del Cambrón,
una de las más nombradas
que adornan la gran Toledo,
imperial ciudad de España,
con gran acompañamiento
entra el valeroso Wamba
a recibir la corona,
con su mujer doña Sancha.
Por humildad quiso el rey
que el alcaide de su alcázar,
en vez de la espada lleve
delante de él su hijada.
Hombres, niños y mujeres,
por balcones y ventanas,
mirando los altos reyes,
les dicen en voces altas:
«Toledo, España por Wamba,
y por la reina Sancha»;
y el Tajo les responde manso y ledo,
unas veces «España», otras «Toledo».

2. La melena rubia el rey
lleva compuesta, atusada,
porque no estorbe a los ojos;
peinada y ancha la barba.
Sobre un vestido morado
con alcachofa de plata,
a manera de tusón
lleva una cruz colorada.
La reina, de tela verde
lleva una saya bordada;
el cabello suelto al viento,
la mitad a las espaldas.
Donde llega el palafrén
cubren el patio las damas
de flores y bendiciones,
y dicen en voces altas:
«Toledo, España por Wamba,
y por la reina Sancha»;
y el Tajo les responde manso y ledo,
unas veces «España», otras «Toledo».

10. El Cid y el moro Abdalla.

(Romance anónimo del siglo XVI. Asunto del siglo XI)

Por el val de las Estacas
el buen Cid pasado había:
a la mano izquierda deja
la villa de Constantina.
En su caballo Babieca,
muy gruesa lanza traía:
va buscando al moro Abdalla,
que enojado le tenía.
Travesando un antepecho,
y por una cuesta arriba.
dábale el sol en las armas.
¡Oh qué bien que parecía!
Vido [1] ir al moro Abdalla
por un llano que allí había;
armado de fuertes armas,
muy ricas ropas traía.
Dábale voces el Cid;
de esta manera decía:
— Espéresme[2], moro Abdalla;
no muestres tu cobardía, —



A las voces que el Cid daba
el moro le respondía:
— Muchos tiempos ha, el Cid,
que esperaba yo este día,
porque no hay hombre nacido
de quien yo me escondería;
porque desde mi niñez
siempre huí de cobardía.
— Alabarte, moro Abdalla,
poco te aprovecharía;
mas si eres cual tú hablas
en esfuerzo y valentía,
a tiempo eras venido,
que menester te sería.—
Estas palabras diciendo
contra el moro arremetía,
encontróle con la lanza
y en el suelo lo derriba;
cortárale la cabeza,
sin le hacer descortesía.

1. Forma anticuada; *vió*.
2. Forma anticuada; *espérame*.

11. Elogio del Cid.

(Romance anónimo del siglo XVI. Asunto del siglo XI)

En Burgos nació el valor,
gloria y amparo de España,
que es costumbre en la cabeza
poner la insignia más alta.
Aquél que victorias suyas
de eterna memoria estampa
en los dos polos su nombre
y el cielo da gloria al alma:
De quien españoles reyes
tienen de su sangre tanto,
que si duermen los despierta
a la guerra y las hazañas:
El que a los hijos de Agar
destruyera sus espadas
y a siete reyes venció,
después de muerto, en batalla:
El valeroso y leal
a su señor y a su patria,
que hizo famosa a Hesperia
y a las estrellas la ensalza.
A quien prudentes varones
ponen solo entre las armas,
y por sus grandes proezas
príncipe de ellas le llaman,
y moros sus enemigos
por excelencia llamaban,
el invencible Rodrigo
y señor de la campaña.
Y siendo cuan bueno fué
tiró la envidia su lanza,
mas las armas de virtud
el hierro suyo no pasan,
que, como sucede siempre,
quien mal anda mal acaba,
y golpes de arma traidora
a su mismo dueño matan:
No pudiendo las traiciones
de muchos manchar su fama,
que con la infamia de aquéllos
el cielo se las limpiaba.
En San Pedro de Cardeña
su cuerpo la tierra ensancha
que, como lo hizo en vida,
allí tampoco le falta.

12. El hombre que perdió su sombra.

(Leyenda de la Universidad de Salamanca)

Un doctor de ojos de fuego surge un día en la preclara
Salamanca pontificia, y a los jóvenes declara:
— No hay secreto que yo ignore; para mí nada es arcano.
Tengo el mundo y las estrellas en la palma de la mano.

Vuestra ciencia os aprisiona con cadenas de Misterio,
y yo puedo liberaros de tan duro cautiverio...
Mas mi estado de maestro peregrino es muy precario.
¡Jurad todos abonarme lo que pida por salario! —

Afanosos de ilustrarse, los valientes escolares
al sutil doctor responden: — Os halláis en vuestros lares.
¡Enseñadnos, pues juramos, con el cielo por testigo,
que tendrá cumplida paga el maestro y el amigo! —

El doctor de ojos de fuego, alentado en la esperanza
de cobrar lo que desea, da comienzo a su enseñanza.
En alquimia, por la fuerza de las llamas, con sonoro
estallido, transfigura cobre en plata y barro en oro.

En la ciencia de los astros, sin cristales ni astrolabios,
asegura que los hados son funestos a los sabios;
y, después, en teología, profetiza con audacia
singular que, al fin del mundo, para todos habrá gracia;
que la mística substancia de la esencia de Dios mismo
es el alma de las almas de la tierra y del abismo...

Tal blasfemia, como un rayo, a los jóvenes perturba;
y relucen, en el aire, las espadas de la turba,
y amenazas y dicterios...
El doctor de faz sombría
a la turba con un gesto de desprecio desafía:

— ¡Estudiantes que jurasteis, ante el sol de las pasiones,
abonarme lo que pida por mis mágicas lecciones,
es indigno de cristianos y españoles caballeros
engañar como perjuros a los sabios forasteros! —

Calla el sabio, todos callan, y adelántase un hidalgo,
cuyos ojos manifiestan, hondos, trágicos, un algo
como anhelo palpitante de la gloria y del martirio,
como sangre de leones en los pétalos de un lirio:
— ¡Es verdad! — repone airado — Os debemos el salario;
designadlo aunque tengamos que abonarlo en el Calvario —

El maestro forastero le replica con macabras
carcajadas, y dirige esta fúnebres palabras
a los mozos, que temblaban, domeñados como potros:
— ¡ Mi salario será el alma de cualquiera de vosotros! —

Su figura gigantesca pone valla a la salida,
y aparece como un ángel de la hueste maldecida.
— ¡ Pasen todos, quede el último ! — vocifera ; y ancha horda
trasnponiendo los umbrales, hacia el patio se desborda.

Todos pasan presurosos, y es el último el hidalgo
cuya frente adolescente — lirio y sangre — lleva un algo
sobrehumano en el silencio...
— ¡ Tu alma es mía ! —
grita el ángel maldecido con su faz más que sombría;
y, al asirle con sus garras aquilinas de la capa:
—¡Ved! Me sigue un compañero...—dice el joven, y se escapa.

¡ Es su sombra el compañero!
El doctor, febricitante,
arrebátale su sombra como prenda al estudiante,
y, en el antro del infierno, va a guardar la rara prenda...

De la vida de otros siglos, así cuenta la leyenda;
y, en el siglo que corremos, nos inquieta y nos asombra
el recuerdo de aquel hombre que perdió su propia sombra.

13. Hidalguía española.

Carlos V, emperador de Alemania y rey de España, ha vencido en Pavía (1525) y tomado prisionero a Francisco I, rey de Francia. El duque y condestable de Borbón, primo de Francisco I, ha traicionado a su patria y a su rey. Pasado al vencedor, va a ver a Carlos V, en su capital de Toledo. El emperador de Alemania y rey de

España dispone que sea alojado en el palacio del conde de Benavente. No habiendo recibido orden directa, el conde cierra su puerta al extranjero; no quiere alojar a un traidor bajo su techo. Quéjase el de Borbón a Carlos V. Carlos V hace llamar a su alcázar al de Benavente, y le impone ahora que, desagraviando al de Borbón, cuyos servicios aprovecha, le hospede en su palacio. El grande de España, la rodilla en tierra ante su rey, aunque cubierta la cabeza, como autoriza a su grandeza el ceremonial, le escucha. Obedeciéndole, retírase a casa de un pariente y abre su mansión al duque francés. Pero cuando, después de breve estada, se va de Toledo el de Borbón, el de Benavente, sacrificando las riquezas allí guardadas, prende fuego al palacio. ¡No permite que se mantenga en pie techo que ha albergado a un traidor a su patria y a su rey!

14. Las dos grandezas.

I

LA RÁBIDA

A la puerta de un convento
golpea un pobre mendigo;
el sol, el hambre y el viento
lo baten y pide abrigo.

Lleva un hijo pequeñuelo,
pálido y triste el semblante;
por él pide suplicante
pan a los hombres y al cielo.

Ha sonado la campana,
y un monje con voz serena:
—Aquí hay abrigo y hay cena—
les dice—; os iréis mañana.

—Cena busco y busco abrigo—
contesta meditabundo.—
¡Llevo en mi cabeza un mundo
y un humilde pan mendigo!

—¡Al cielo alzad la oración,
Alzad al cielo los ojos!—
clamó el monje; y vió de hinojos
ante la cruz a Colón.

II

EL MONASTERIO DE YUSTE

Sutiles neblinas las sierras envuelven,
el viento silbando sacude los pinos,
de nieve cubiertos están los caminos
y el lobo a lo lejos se siente aullar.
Cruzaba el viajero con paso seguro
la senda sinuosa que lleva al convento,
y llega y exclama:—¡Por Dios, que un asiento
más alto que el mío yo vengo a buscar!—

Abrieron los frailes.—¿Quién sois?—le preguntan.
—Un hombre que busca corona de espinas,
corona de gloria con flores divinas,
en vez de la suya que mucho pesó.
—¿Tuviste los dones que el mundo apetece?
—Riquezas y glorias mi reino tenía...
El sol en mis tierras jamás se ponía...
¡Yo soy Carlos V, mi imperio pasó!

III

Así con dolor profundo
la misma puerta tocaba,
el que iba en busca de un mundo
y el que un mundo abandonaba.

Y en el sagrado recinto,
libre de humana ambición,
hubo pan para Colón
y paz para Carlos V.

EDUARDO DE LA BARRA.

15. Felipe II y la noticia de la batalla de Lepanto.

(Romance anónimo del siglo XVI)

Gallardo entra un caballero
en corte del rey de España:
corriendo viene a caballo,
en palacio se apeara;
entró donde estaba el rey
y las manos le besara.
El rey, que le ha conocido,
del brazo le levantara:
pregúntale con deseo
de Levante y de su armada.
Oyendo esto el caballero,
albricias le demandara:
metió la mano en el seno,
sacó una carta sellada,
y, besándola en el sello,
con la cabeza hizo salva.
Alargó la mano el rey,
con gran gozo la tomaba:
leyendo el primer renglón,
la cruz de encima besaba.
— Decidme, buen caballero,
¿quién acabó la batalla?
— Señor, el favor de Dios
y fuerza de nuestra España,
y astucia del general
que gobierna nuestra armada.
Hala tornado a leer
y en un momento la pasa,
siguiéndole el caballero,
a donde la reina estaba.
Sentóse el rey en su silla
y a la reina dió la carta,
y, mientras la está leyendo,
otra vez le preguntaba:
— Decidme, mi buen amigo,
¿cuánta gente me costara?
—Señor, pocos son los muertos,
y muchos ganaron fama,
porque el morir fué vivir
siendo en tan justa demanda.—
El rey despachó correos
que lleven esta embajada
por las ciudades del reino,
la cual fué luego llevada;
y a tan noble embajador
mil mercedes le otorgaba:
la honra y gloria de todo
el buen rey a Dios la daba.

16. El genio español.

El clima, el aire, los alimentos, el aspecto general de la naturaleza y hasta la configuración geográfica de cada país, influyen sobre el carácter de sus habitantes. El clima demasiado cálido o frío enerva; el aire puro, no enrarecido en exceso por la altura sobre el nivel del mar, vivifica; la alimentación rica y variada fortalece; el paisaje estimula el ánimo o lo deprime; la configuración geográfica determina las necesidades de la defensa territorial.

Formado en un clima benigno, sobre un suelo feraz y en medio de pintorescos paisajes, el clásico pueblo español poseyó siempre un alma inteligente y grande. Imprimió indeleblemente a esta alma un sello guerrero la configuración geográfica del país. Opulenta y hermosa península, abierta por el Mediterráneo, los Pirineos y el estrecho de Gibraltar, que antes había sido istmo, a la codicia de todas las razas y a la conquista de todos los pueblos de Europa, Asia y África, el suelo español existió en continuo estado de defensa. Sus antiguos habitantes, llamados los iberos, con los cuales se amalgamó el elemento celta, viéronse continuamente amagados por fenicios, griegos, cartagineses, romanos. Vivieron en guerra secular contra el extranjero invasor, que sólo pudo ocupar ciertos puntos de la costa, donde fundó colonias. El estado de guerra modeló al pueblo peninsular su carácter combativo y le inspiró el épico culto del valor. Más tarde, la conquista romana, que en otras provincias del imperio se limitaba al paso victorioso de un ejército, tuvo que mantener en Hispania guarniciones permanentes. El heroísmo español se demostró ya en las defensas de Sagunto y de Numancia. Y esa dominación romana, mezclando su sangre con la de las poblaciones conquistadas, dejó tan hondas huellas que, cuando terminó, el pueblo, de suyo inteligentísimo, había adoptado su habla e iniciado una nueva cultura. En virtud de una fatalidad geográfica e histórica prodújose además la invasión de los godos, quienes, triunfantes, no se mezclaron hondamente con los indígenas, a quienes dieron sólo jefes. Estas invasiones y conquistas pudieron realizarse, a pesar del indómito valor de los peninsulares, porque sus poblaciones no estuvieron nunca unidas ni militarmente organizadas. Manteníanse en el aislamiento, producto de su propio espíritu arrogante y batallador, favorecido por la geografía de la península. Separadas las distintas regiones por las montañas, en cada región se había formado un pueblo, solitario como un nido de águilas.

Vióse España atacada, en el siglo VIII, por una nueva invasión. Los árabes, encendidos en la pasión religiosa del Islam, penetraron hasta el corazón de la península, y sentaron en ella sus reales. Más irritante que las anteriores, por su carácter oriental y su credo, la invasión árabe provocó vivo sacudimiento en las poblaciones hispánicas. ¡Era menester rechazarla! Para ello no había más medio que la unión entre algunos de los varios reinos en que entonces estaba España dividida. Tal unión no pudo producirse sino unificando las creencias religiosas, por órgano de la Inquisición y con la política de los Reyes Católicos. Opúsose la Cruz al Islam, y los moros fueron expulsados del sagrado suelo de la patria, precisamente cuando se descubría el Nuevo Mundo.

La configuración peninsular de España, obrando en las costumbres de sus habitantes, les ha forjado, pues, un alma esencialmente guerrera. Su bélica arrogancia ha florecido en todas las manifestaciones de su cultura: la religión, la política, las industrias, las bellas artes, las letras. Y fué en la conquista de América donde se revelaron tal vez mejor que en ninguna parte el heroísmo y la inteligencia del genio español. Los hombres que en frágiles carabelas desafiaban y vencían las borrascas del océano; los aventureros que cruzaron y transpusieron las vírgenes espesuras y las agrias cordilleras de desconocidos continentes a través de pueblos hostiles; los puñados de soldadotes que, con Hernán Cortés o con Francisco Pizarro, domeñaron poderosos imperios, preséntansenos como verdaderos héroes, ¡como semidioses! ¿Qué nación tuvo nunca hijos más valientes, ni realizó con tan escasos medios mayores proezas, asombro y maravilla del mundo todo?... ¡Ah! El genio español, cuyas condiciones esenciales fueron siempre la bravura y la inteligencia, podrá haberse eclipsado pasajeramente en la penumbra durante los siglos XVIII y XIX; pero, ni los soles del firmamento ni el genio de los grandes pueblos se apagan

en un día. El genio español ha reaparecido en el siglo xx, acaso más esplendoroso que nunca, sobre el cielo de ambos mundos, con fulguraciones de una nueva aurora de gloria.

IV. EL DESCUBRIMIENTO Y LA CONQUISTA

17. Colón y el descubrimiento del Nuevo Mundo.

En los siglos medios se creía que la tierra era un disco fijo en el centro del universo. Supúsola redonda Cristóbal Colón, un marino genovés, e imaginó que, navegando de Europa hacia el Occidente, se hallaría un paso para el Oriente, hasta la codiciada región de las Indias, fabulosa por sus riquezas. Proyecto tan nuevo como grandioso fué ante todo sometido por su autor a la competente opinión de un sabio en la ciencia cosmográfica, Toscanelli, quien lo aprobó. Presentólo entonces Colón dos veces a su patria, la república de Génova, sin que ésta llegase a prestarle su concurso. En don Juan II, rey de Portugal, buscó después Colón los auxilios que su vasto plan exigía. Coartado el monarca por la opinión de sus consejeros, lo desamparó, aunque no sin haber antes tentado la aventura del descubrimiento. Hizo partir sigilosamente hacia el Occidente una carabela portuguesa, que pronto regresó destartalada por una tempestad y con la tripulación temerosa y sin bríos para lanzarse otra vez en tan arriesgada expedición.

Desechado dos veces por su patria y también por el soberano de Portugal, hacia 1485 Colón se dirigió a la corte de Castilla y León, cuyos monarcas estaban entregados a la guerra del moro. Adversos momentos eran aquéllos para la empresa del genovés. Los Reyes Católicos, Isabel y Fernando, preocupados de su propia seguridad y de la conquista de Granada, postrer baluarte del Islamismo, no se hallaban en situación de secundarle. Mas quiso la benigna estrella de Colón precipitar en 1491 el

drama secular de la guerra con la completa victoria de los españoles y expulsión de los árabes. El proyecto del audaz marino fué hostilizado por un congreso de teólogos, que por orden del rey Fernando se había reunido en Salamanca, y que motejó a su autor de visionario e ignorante; pero halló luego decidido apoyo en el cardenal don Pedro González de Mendoza, valido de la reina Isabel de Castilla. Mediante esta influencia y la de otros amigos de Colón, los reyes le favorecieron, extendiéndole, en 1492, el nombramiento de gran almirante del océano.

Los vecinos de la villa y puerto de Palos habían sido judicialmente condenados a servir al rey, por el término de un año, con dos carabelas. Éstas fueron puestas a disposición del expedicionario; y, por convenio con la familia de Yáñez Pinzón, oriundo de aquel pueblo, obtuvo la otra embarcación que se requería para el viaje. En convoy tan reducido para la peligrosa travesía, zarparon del puerto de Palos, el 3 de agosto de 1492, la *Santa María*, la *Pinta* y la *Niña*, tripuladas por 120 hombres. Veinte años aproximadamente, corridos desde 1474 a 1492, llevaba empleados Cristóbal Colón en conseguir los medios para realizar su empresa, la mayor que vieron los siglos. Su más alta gloria fué, no el descubrimiento de ignotas tierras, que realizó el 12 de octubre de 1492, arribando a las playas de América, sino el haber puesto en práctica un proyecto que él sólo concibió y él sólo era capaz de realizar. Colón mismo no vivió bastante para avalorar la colosal trascendencia de su descubrimiento, pues todavía, cuando murió, en 1506, después de llevar a cabo cuatro expediciones más a las tierras descubiertas, creía haber llegado a las Indias Orientales, sin sospechar la existencia del Nuevo Mundo.

Según Mariano A. Pelliza.

18. A Colón.

Boga, boga con ánimo valiente,
empuñando el timón con firme mano,
y no te arredre ese murmullo vano
del vulgo necio y del motín reciente.

Marcha, marcha, derecho al Occidente:
allí de nuevo mundo está el arcano
que adivinó tu genio soberano
y que ves con los ojos de la mente.

Fíate en Dios cuando los mares sondas,
que, si no existen mundos ignorados,
han de surgir del seno de las ondas:

Naturaleza y genio son aliados,
y todo cuanto el genio ha prometido
Naturaleza siempre lo ha cumplido.

BARTOLOMÉ MITRE.

19. Agudeza de Atahualpa.

Atahualpa fué de buen ingenio y muy agudo. Entre otras agudezas tuvo una que indirectamente le apresuró la muerte. Viendo leer y escribir a los españoles, entendió que era cosa que nacía con ellos; y, para cerciorarse de esto, pidió a un español de los que entraban a visitarle o de los que le aguardaban, que en la uña del dedo pulgar le escribiese el nombre de su Dios. Así lo hizo el soldado. Luego que entró otro, le preguntó: «¿Qué dice aquí?». El español se lo dijo, y lo mismo le dijeron tres o cuatro más. Poco después entró don Francisco Pizarro, y, habiendo ambos hablado un rato, le preguntó Atahualpa qué decían aquellas letras. Don Francisco no acertó a decirlo, porque no sabía leer. Entonces entendió el Inca que no era cosa natural sino aprendida, y, desde allí en adelante, tuvo en

menos al gobernador Pizarro. Aquellos Incas tenían establecido en su filosofía moral, que los superiores, así en la guerra como en la paz, debían aventajar a los inferiores, a lo menos en todo lo que era necesario aprender y saber para su oficio. Y de tal manera fué el menosprecio y el desdeñar, que el gobernador Pizarro se lo sintió y se ofendió de ello, y acaso apresuró la condena que cayó después sobre la cabeza del Inca Atahualpa.

Según el Inca Garcilaso de la Vega

20. El descubrimiento del río de la Plata.

A la muerte de Américo Vespucio, el feliz marino que dió su nombre al nuevo continente, nombró el rey de España, en 1512, para sucederle en el cargo de piloto mayor, a don Juan Díaz de Solís. Solís fué comisionado poco después para mandar una expedición que debía ir a descubrir por Malaca y las islas de Especiería; pero, habiendo quedado aquélla sin efecto, resolvió emprender a su costa el descubrimiento, tentado por él y Pinzón seis años antes, de las costas meridionales del nuevo continente. Esperaba encontrar el paso que debía conducir al mar llamado más tarde océano Pacífico, que, atravesando la América Central, descubrió en 1515 Vasco Núñez de Balboa. El 24 de noviembre de 1514 se firmó el contrato por el cual se debía llevar a cabo este descubrimiento.

El rey puso en la empresa 4.000 ducados de oro, siendo obligación de Solís preparar una carabela de sesenta toneladas y dos de treinta, y correr con todos los demás gastos de la expedición. Los beneficios que de ella resultaran serían divididos en tres partes: una para el rey, otra para Solís y la tercera para los tripulantes. El rey aportó también, con cargo de devolución, cuatro lombardas grandes y sesenta corazas, con sus cascos o yelmos Además, le adelantó año y medio de sus sueldos de piloto mayor del reino, y un año a su cuñado Francisco To-

rres, que le acompañaba como segundo; todo esto sin perjuicio de otras recompensas que le prometía, según fuera la naturaleza de los servicios que a la Corona prestase con la expedición.

Cerca de once meses tardó ésta en aprontarse; y, al fin, dejando nombrado a un hermano suyo para que desempeñase su empleo en Sevilla, partió Solís del puerto de Lepe el 8 de octubre de 1515. La escuadrilla tocó en Tenerife, y pasó a la costa del Brasil, que reconoció prolijamente, marcando las latitudes de todos los puntos, con



la exactitud que permitían los instrumentos náuticos de aquel tiempo. Llegando a las islas de Lobos, hizo rumbo al Este y tomó puerto en Maldonado, al que dió el nombre de Nuestra Señora de la Candelaria. Siguió desde allí la dirección de la costa, hasta que, reconociendo la calidad del agua en que navegaba, descubrió lo que es hoy el río de la Plata y le dió el nombre de « Mar Dulce ».

No tardó el experto marino en reconocer que el gran estuario donde se encontraba no podía ser sino la desembocadura de un gran río, tanto por la poca profundidad como por la dulzura del agua; y, dejando fondeadas dos de las carabelas al abrigo de la isla de San Gabriel, entró

él mismo en una latina, para reconocer de cerca la costa inmediata, que era la del Norte. Así llegaron hasta la isla de Martín Garcia; y aproximándose a la costa firme, notaron que había habitaciones de indios, y que muchos observaban sorprendidos la embarcación y las gentes desconocidas que iban en ella. Solís quiso reconocer y tomar posesión de aquella tierra en cumplimiento de sus instrucciones. El rey le había ordenado que se posesionara de las tierras descubiertas ante escribano público y el mayor número de testigos y los más conocidos que hubiere. En su nombre debía realizar « acto de posesión » cortando árboles y ramas, cavando y levantando, si pudiese, algún pequeño edificio, en algún cerro o junto a un gran árbol. También debía levantar una horca, puesto que él representaba la justicia real.

Desembarcó Solís con dos oficiales reales, y, seguido de siete hombres más, se internó algunos pasos, para plantar la cruz y hacer el acta de toma de posesión, a la vista de los indígenas que le observaban. Pero una emboscada que los españoles no habían visto, hizo caer sobre ellos de improviso una nube de flechas, y todos fueron víctimas de su extremada confianza, con excepción de uno, que quedó entre los indios hasta once años después. Aunque sin suficiente fundamento, cuéntase que los salvajes les cortaron la cabeza, las manos y los pies, y, poniéndolos a asar en sus fogones, los comieron con feroz alegría, a la vista de los que permanecieran en la carabela, los cuales se alejaron consternados a reunirse con los otros dos buques que habian quedado más atrás.

Según Luis L Domínguez.

21. La tradición de Lucía Miranda.

Apenas descubierto el estuario que se llamaría más tarde río de la Plata, sin dejarse intimidar por la trágica muerte de su glorioso descubridor, don Juan Díaz de Solís, remontó en 1526 sus majestuosas aguas don Sebastián Gaboto, marino veneciano al servicio de España. Pene-

trando por primera vez en el río Paraná. fundó en la desembocadura del río Carcarañá, sobre su margen izquierda, el fuerte del Espíritu Santo *(Sancti Spiritus)*. Clavada allí la bandera de Castilla, dejó el fuerte a cargo de una guarnición, subió hasta las cataratas del Iguazú, y luego, por diversas circuns,ancias, regresó a España.

Dos años habían pasado desde la partida de Gaboto, y el fuerte del Espíritu Santo conservaba su paz inalterable. Gobernábalo un hombre de distinguido mérito, don Nuño de Lara, en quien delegó Gaboto el mando. Una severa disciplina, sostenida por el ejemplo, quitaba a los suyos toda ocasión de desmandarse. Por su propia seguridad, los españoles mantenían pacífico trato con una vecina tribu de indios, los timbúes. La buena inteligencia y los oficios de la cordialidad más expresiva apretaban de día en día los nudos de esa útil alianza.

Había entre los españoles una dama, Lucía Miranda, mujer del soldado Sebastián Hurtado. El cacique de los timbúes, Mangoré, prendado de su belleza, olvidó que era casada y resolvió hacerla su esposa. Decidido a robarla, preparó una horrible traición. Aprovechando una oportunidad en que salieron del fuerte para procurarse víveres, buena parte de sus pobladores, al mando de uno de los capitanes, presentóse como amigo, seguido de treinta indios cargados de subsistencias. Esperaba afuera sus órdenes, escondido en la maleza y bien adoctrinado, su hermano Siripo, al mando de numerosa horda.

Sin sospechar los ocultos designios del cacique, don Nuño de Lara, muy agradecido y atento, recibió el donativo. Con su castellana generosidad acogió a Mangoré y a su séquito bajo su mismo techo. Obsequiólos con un espléndido festín, en el que brindaron confundidos españoles e indios al dios de la amistad. Cuando terminó el festín, recogiéronse a dormir unos y otros. El sueño rindió a los españoles. Y, entrada ya la noche, en el silencio y las sombras, Mangoré cambió sigilosamente sus señas y contraseñas con

su hermano Siripo, hizo prender fuego a la sala de armas y abrió las puertas del fuerte. De común acuerdo, los indios de Mangoré y de Siripo cayeron sobre los españoles dormidos. Algunos de éstos lograron sus armas, y se trabaron en combate siniestro. Con increíble valor, Lara repartía en cada golpe muchas muertes. En medio de la refriega buscó y encontró al fin a Mangoré. Aunque con una flecha en el costado, abrióse paso entre la confusa multitud, hasta que pudo herir al traidor. La flecha, entretanto, con el movimiento y la lucha, habíale penetrado hondamente. Ambos, el cacique indio y el denodado capitán castellano, cayeron muertos. Sólo escaparon con vida del desastre algunos niños y mujeres, y entre éstas Lucía Miranda, su inocente causa. Todos fueron llevados a presencia de Siripo, sucesor del detestable Mangoré, quien los guardó cautivos.

Al siguiente día Sebastián Hurtado volvió al fuerte. Su dolor fué igual a su sorpresa, cuando, después de encontrarse con ruinas en vez del baluarte, buscaba a su consorte y sólo hallaba sangrientos despojos. Luego que supo su cautividad, no dudó un punto entre los extremos de morir o rescatarla. Precipitadamente se escapó de los suyos y llegó hasta la presencia de Siripo. Pero este bárbaro, habiendo muerto Mangoré, cacique él ahora de los timbúes, olvidóse como su finado hermano que Lucía era casada, y aspiraba a su vez a tomarla por esposa. Ya que se le presentaba tan inopinadamente el legítimo marido, decidió matarle. Comprendió la heroica mujer la suerte que esperaba a Hurtado, y, estimando más la vida de éste que la propia, renunció al tono altivo con que antes contestaba los avances de Siripo, y tomó a sus pies el tono de la súplica y el llanto. De tal modo consiguió que el cacique revocara su sentencia de muerte, y salvó la vida a Hurtado, mas con la dura condición de que el soldado castellano se divorciase para siempre de ella y eligiera otra esposa entre las jóvenes timbúes. Acaso por ganar partido en el corazón de la bella mujer blanca, que se

mantenía firme en su resistencia a aceptarle por esposo, el cacique llegó a permitirles que se vieran de vez en cuando. No por esto consiguió el consentimiento de Lucía, que, como española y como cristiana, estaba resuelta a perder antes la existencia que la honra. Al contrario, en algunas de las breves entrevistas de los esposos pudo notar que ambos renovaban sus juramentos de conyugal fidelidad. Entonces su furia no tuvo límites. Hizo atar a Sebastián Hurtado a un árbol, donde se le mató a saetazos, y mandó arrojar a Lucía Miranda a una hoguera. Así, después de largo martirio y cautiverio, murieron ambos esposos, para eterno ejemplo de amor y de virtud.

Aunque fantástica, esta tradición ha perdurado en la mente de los habitantes del río de la Plata. Dos siglos y medio después de que un cronista inventara el épico y luctuoso suceso, servía de argumento a una hermosa tragedia de corte clásico, en verso y tres actos, titulada *Siripo*. Su autor, el doctor Manuel José de Labardén, que nació en Buenos Aires en 1754 y murió probablemente poco antes de la gloriosa revolución de 1810, puede considerarse el más antiguo de los poetas cultos en la literatura argentina. Su obra, escrita en sonoros endecasílabos, representóse en el llamado *Corral*. Componíase este sitio, que hacía las veces de teatro, de un terreno rodeado de un cerco o muralla baja, y algún rancho en el fondo para guardar las vituallas y adminículos. Una chispa de un cohete disparado en la iglesia de San Juan, con motivo de celebrarse una fiesta religiosa, ocasionó un incendio que redujo a cenizas el rancho. En el incendio se quemó el precioso manuscrito de la tragedia, y sólo se conservaron algunos fragmentos. Perdida la obra de Labardén, las sombras familiares y heroicas de Lucía Miranda, Sebastián Hurtado, Mangoré y Siripo esperan, pues, el poeta que las cante en las nuevas generaciones de argentinos.

Según GREGORIO FUNES y JUAN MARÍA GUTIÉRREZ.

22. La fundación de Buenos Aires.

I. LA PRIMERA FUNDACION

Don Pedro de Mendoza, natural de Guadix, gentilhombre de cámara del emperador, acababa de regresar de Italia, donde, a las órdenes del condestable de Borbón, había tomado parte en el asalto y saqueo de la ciudad de Roma. Mendoza volvió rico a España, con su parte de botín; pero no por esto estaban satisfechos su avaricia y su amor a empresas arriesgadas; y cuando supo que el gobierno, por escasez de fondos, no se resolvía a enviar una expedición al río de la Plata, para tomar por retaguardia el imperio de los Incas, se ofreció a prepararla a su costa y a conducirla a su destino.

Armó con este fin la más brillante expedición que había salido de puertos españoles para la América. Componíase de veintidós naves y más de 2.000 soldados aguerridos, entre ellos 150 alemanes, a cuyo número pertenecía Ulderico Schmidel, uno de los historiadores de la conquista. Entre los oficiales venían muchas personas de distinción. En las capitulaciones otorgadas por el emperador, había una que obligaba al adelantado a traer cien caballos y cien yeguas, primer origen de los que después han cubierto nuestras fértiles llanuras. La armada salió de Sanlúcar el 1.° de septiembre de 1534; se detuvo en el Janeiro algún tiempo, y, habiéndose enfermado gravemente don Pedro, delegó el mando en don Juan Osorio, a quien poco después hizo apuñalar por sospechas de infidencia.

A principios de 1535 entró la expedición en el río de la Plata, y fondeó en la isla de San Gabriel. El adelantado mandó en seguida a su hermano don Diego, jefe de la flota, a reconocer la costa meridional, se trasladó allí con toda ella, y el 2 de febrero de 1536 abrió el ci-

miento de una trinchera de tapia, en cuyo recinto se construyeron los alojamientos de los españoles. Aquel mismo día puso el adelantado en posesión de sus cargos a los capitulares que habían venido nombrados desde España. A esta población se le dió el nombre de Puerto de Santa María de Buenos Aires, patrona de los navegantes. Según cierta tradición, originada en la crónica de Schmidel, este nombre proviene de haber exclamado el capitán Sancho García, al poner pie en tierra: «¡Qué buenos aires son los de este suelo!»

Según Luis L. Domínguez.

II. LA COMARCA

Desde la meseta culminante de la barranca, que dominaba la margen izquierda del Riachuelo de los Navíos (como se llamó para siempre el «río pequeño» cerca de cuya «boca» habían fondeado), aparecía la llanura ilimitada, desplegando, sin un contraste vivo de relieve o color, su sobrefaz verdosa hasta el confín del horizonte. Y las próximas exploraciones a todos rumbos no habían de traer otro descubrimiento que la traslación indefinida de aquel mismo círculo, trazando un marco de invariable y tediosa monotonía. La *pampa* propiamente dicha — que tanto han amado algunos poetas argentinos, y celebrado muchos más sin convicción sincera — no existía aún: como que ha significado, históricamente, casi al igual que los cultivos modernos, una primera evolución del mantillo vegetal bajo la influencia del elemento europeo. En vez de la sabana inmensa cubierta de gramíneas y cardos, de la blanda pradera vestida de alfilerillo y trébol, que evocan irresistiblemente al ganado importado de que provienen — el cual iba a ser luego, sin duda alguna, el accidente característico del paisaje —, desarrollábase interminable el campo yermo, que, para conquistadores recién evadidos del golfo amargo, remedaba otro océano inerte

y estéril, con erizadas olas de matas y arbustos. A trechos, no lejos de la costa, los bosquecillos de talas y espinos alzaban sus ramas de menudo follaje sobre los matorrales vecinos; y aquí y allá, algún añoso algarrobo, centinela perdida de la selva interior, retorcía al viento del desierto su tronco obscuro de requebrada corteza. En las cañadas, sin embargo, y orillas de los ahilados arroyos, la humedad mantenía una fresca vegetación de totoras y cortaderas, formando tupidos pajonales. Y acentuábase, de vez en cuando, esta fugaz sonrisa de la flora pampeana con el encuentro de una cristalina laguna, franjeada de juncos y espadañas, y cuyo delgado espejo cristalino rayaban con zanca pausada, y como meditabunda, rosados flamencos y cigüeñas de plata, mientras en torno suyo, los agrios chirridos de los chajás, teruteros y demás aves acuáticas rasgaban el silencio angustioso de aquellas soledades.

La fauna útil de la región — vale decir, la que los pobladores recién desembarcados hallaron de inmediato provecho — aparecía tan pobre como su flora. Abundaban las manadas poco ariscas de venados, apenas diezmadas por los jaguares y pumas que, agazapados de tarde en la espesura, acechaban la bajada de la presa a los aguaderos. Pululaban en el campo las aves comestibles y los avestruces, cuyos huevos daban un excelente alimento, lo propio que el pescado en el estuario y sus afluentes. También suministrarían cierto recurso nutritivo los armadillos, los cuís o apereás o tal cual otro roedor de caza más eventual. Pero, ¿qué representaba todo ello como ración diaria para un millar de hombres? Y, suponiendo que les sobrara pólvora para gastarla en grandes cacerías, ¿cuánto tiempo quedarían los animales sin alzarse y huir al desierto, substrayéndose más y más a las batidas diarias de sus perseguidores?

Tal se presentaba al pronto, ante Mendoza y su gente, la región en que debían fundar su primer estable-

cimiento, como base de las conquistas futuras, y tales eran los escasos recursos naturales que la comarca parecía brindar a los recién llegados. Ellos se resumían en algún suplemento de alimentación animal, caza y pesca (para esta última tuvieron que proveerse de redes, quitándolas a los indígenas), aunque de trabajosa consecución, por lo menos en cantidad apreciable, después de algunos días, a los que se agregaban ciertas raíces más o menos nutritivas. Muy pobres eran los materiales de construcción para viviendas, no disponiéndose al pronto, fuera de las paredes de barro y los techos de totora, más que de maderas mezquinas o distantes y no muy fáciles de labrar. Pero a este respecto la estación era propicia: por algunos meses iba a ser tolerable la vida casi al aire libre, sin grandes inconvenientes, Era la cuestión primordial, naturalmente, la de la subsistencia. Para encararla bajo su debido aspecto, procedieron el factor y despenseros a tomar razón de los víveres existentes y de lo que sumaban en raciones diarias para toda la gente. El resultado no se dió a conocer; pero nadie dejó de sospechar lo grave de la situación por el expediente discurrido, que fué el apresto inmediato de la nao *Santa Catalina*, la cual, al mando de Gonzalo de Mendoza, partió el 3 de marzo para la costa del Brasil en busca de bastimentos. ¡La importantísima expedición del adelantado don Pedro de Mendoza, con su lucida comitiva de mayorazgos, hidalgos y oficiales del rey, apenas había embarcado vituallas para seis meses, pues a pesar de los refrescos alzados en Canarias y Río, ya estaban aquéllas a punto de agotarse!

Mientras la mayor parte de los desembarcados se ocupaba en la rústica edificación de los primeros abrigos provisionales, otros exploraban el campo, a caballo o a pie, en procura de recursos alimenticios o de habitantes que los proporcionasen. No parece que dieran resultados, en uno ni en otro sentido, las excursiones hacia el Oeste

(no se intentó por entonces penetrar al Sur, cruzando el Riachuelo). Pero una partida que enderezó al Norte, hasta cinco o seis leguas del real, dió con otro riachuelo que sombreaban sauces, palmeras y ceibos de purpúreos racimos, y cuyas márgenes habitaban tribus de indios canoeros y pescadores.

P. GROUSSAC.

III. LA SEGUNDA Y DEFINITIVA FUNDACION

La repoblación de Buenos Aires, sitio que se conceptuaba estratégicamente ubicado para establecer una población importante, habíase discutido muchas veces en la Asunción. Todos los conquistadores sostenían la conveniencia de respetar la obra de Mendoza, obra que afirmaría el poder español en el Plata y daría a los distintos pueblos de la gobernación un punto de apoyo para efectuar cómodos y seguros intercambios con la metrópoli. Pero nadie había osado hasta entonces afrontar un problema tan complejo y de tan difícil solución. El destino reservaba esta gloria a don Juan de Garay, que acababa de fundar la ciudad de Santa Fe. Para tentar la magna empresa contaba con el amor de sus gobernados, el respeto de los naturales y su voluntad a prueba de las más terribles adversidades.

Más de sesenta hombres, en su mayoría criollos, se alistaron bajo el estandarte de Garay, y el 9 de marzo del año 1580, después de haber adoptado varias disposiciones tendientes a la mejor marcha de su gobernación de la Asunción, partió el capitán en compañía de sus colaboradores. La expedición se dividió en dos partes: una, al mando de Garay, iría por agua, en varios barcos de menor importancia; la otra, al mando del capitán Alonso de Vera y Aragón, encargado de la conducción de los caballos y el ganado, iría por tierra.

El 11 de mayo llegaron al río de la Plata las embar-

caciones que conducían a los soldados de Garay. Los expedicionarios, a la espera de los caballos y el ganado enviados por tierra, permanecieron en los barcos hasta los primeros días de junio. Reuniéronse entonces en la solitaria costa donde treinta y nueve años antes don Pedro de Mendoza había fundado por primera vez la ciudad de Buenos Aires. Tres compañeros de Mendoza guiaron a Garay, señalando los sitios ocupados por las construcciones de la primitiva población, de la cual quedaban apenas vestigios, semiborrados por la acción del tiempo.

Escogiendo mejor el sitio que Mendoza, Garay designó una vasta meseta situada frente al río de la Plata, a espaldas de las barrancas: terreno alto, fértil, seco y sano, apropiado para el establecimiento de una nueva población. Los indios, ignorantes del desembarco de los españoles, no los molestaron, y dieron tiempo para que fundaran la ciudad, el sábado 11 de junio de 1580. La ceremonia fué sencilla y emocionante. Todos los repobladores asistieron al acto solemne de plantar el rollo y levantar el pendón real. De acuerdo con los usos tradicionales que caracterizaban las ceremonias de toma de posesión en nombre del rey de España, Garay «echó mano a la espada y cortó hierbas y tiró cuchilladas». Redactada y firmada el acta por el capitán general, los soldados se entregaron a la febril faena de construir defensas. Llamó la atención de los habitantes de la nueva ciudad el numeroso ganado caballar que pacía en la campaña, libremente reproducido, desde que Mendoza abandonó aquellos sitios.

Construído el fuerte y en situación los españoles de defenderse, el general Garay y algunos animosos soldados resolvieron efectuar una exploración por los alrededores. Se dirigieron al Riachuelo, distante aproximadamente media legua de la ciudad, e iban a continuar avanzando hacia el Oeste, cuando diez querandíes les salieron al encuentro, y se trabó un combate, en el cual los españoles obtuvieron una fácil victoria. Tres indios fueron

muertos, dos quedaron cautivos, y los restantes huyeron heridos. La voz de alarma no tardó en llegar a los aduares de los indios, quienes se retiraron precipitadamente para evitar un nuevo encuentro con los invasores.

En su fuga olvidaron los indios un cautivo español, largo tiempo prisionero, llamado Cristóbal de Altamirano. Indeciso éste sobre el partido que debía adoptar, prefirió entregarse nuevamente a los naturales, temeroso de que ellos le sorprendieran en viaje a Buenos Aires y castigaran por traidor. Los indios discutieron largamente la suerte de Altamirano; pero, sensibles a sus hábiles disertaciones, resolvieron perdonarle la vida.

Decidióse entretanto una guerra general contra los españoles. Varias naciones indígenas coaligadas se obligaron a obedecer las órdenes del afamado cacique Tabobá, aprontándose para iniciar la campaña sin pérdida de tiempo y llevarla a sangre y fuego. Altamirano, que seguía con vivísimo interés los preparativos, resolvió escribir secretamente la noticia de la sublevación, poniendo en guardia a sus compatriotas. Trazó con un carbón algunas líneas, metió la comunicación en una calabaza, la arrojó al Riachuelo, y obtuvo completo éxito. El anuncio llegó muy oportunamente a Garay, quien inició, acto continuo, los preparativos de la defensa.

Deseando evitar el choque, envió al cacique uno de los indios que tenía cautivos, con proposiciones de paz y una carta para Altamirano. Este, comprendiendo que la misión de Garay despertaría la sospecha de los querandíes, pudo esconderse entre los juncos de una gran laguna, donde permaneció dos días sin ser hallado por los salvajes. Después de grandes angustias logró costear el Riachuelo y llegar a Buenos Aires. Hizósele una cariñosa recepción, y fué reconocido por el capitán general como uno de los más meritorios repobladores.

Los querandíes se alistaron con el propósito de rechazar vigorosamente la nueva población española. Un

ejército de 600 indios, al mando de Tabobá, marchó sobre Buenos Aires. En las márgenes del Riachuelo, las fuerzas se dividieron: una parte, embarcada en canoas, remontó el río hacia las barrancas, entretanto que la otra atacaba por tierra a la población.

Los españoles esperaron el asalto: unos, en pequeños barcos anclados en la ribera, y otros, en los muros de la ciudad. Como de costumbre, Garay estuvo en todas partes, disponiendo la defensa y alentando a sus soldados. Los primeros en disparar sus flechas contra el bergantín y embarcaciones menores fueron los indios, que atacaron por agua. Con inusitado brío, los defensores de la plaza avanzaron en sus barcos, descargando sus arcabuces contra los atacantes. La osadía con que correspondieron y la fijeza de sus tiros causaron confusión en las canoas de los indígenas. Acosados, heridos, dominados por los conquistadores, los naturales mantuvieron el combate corto tiempo. La victoria se decidió por los intrépidos defensores de la ciudad. Hubo un rapidísimo desbande. Buscando salvación en la playa vecina, los indios sobrevivientes se arrojaron al agua.

Según José Luis Cantilo

V. LEYENDAS INDÍGENAS Y COLONIALES

23. Una leyenda indígena y colonial.

I. LA LEYENDA INDIGENA

Entre las leyendas indígenas de Catamarca y de Entre Ríos es muy popular la del sapo y el suri. Supónesele al sapo singular agudeza; el suri es aquí un pájaro fantástico, el « ave de la tormenta », un ave de poderoso vuelo, aunque generalmente se la representa en forma de avestruz.

Ello es que un día se encontraron el sapo y el suri, y el sapo desafió al suri a correr una carrera. Advirtióle

el suri que él no corría, sino volaba. «No importa, contestó el sapo; aunque vueles, yo te pasaré corriendo o saltando». Seguro de ganar el desafío, aceptólo el suri. El sapo llamó entonces a sus congéneres, explicóles el caso, y les pidió que fueran varios de ellos saltando de distancia en distancia, a lo largo de la pista que habían convenido en correr con el suri. Echóse el suri a volar, y siempre que bajaba los ojos al suelo, veía delante de sí algún sapo. Llegó a la meta, señalada con un mortero de piedra, y del mortero salió un último sapo, proclamándose vencedor de la carrera. El suri, creyendo que éste, así como los que vió en el camino, fuesen el mismo y único que había desafiado, dióse por vencido.

Hase encontrado a esta fábula un sencillo simbolismo de la naturaleza. El sapo o batracio, que tanto pulula en los días húmedos y nublados, es el estado de la atmósfera. El suri es la nube; su carrera es la que impulsa el viento. Como vuela, se representa la nube por un ave, «el ave de la tormenta». El mortero es el objeto donde se muelen las mieses producidas por la lluvia. Y, como un determinado estado atmosférico precede a la lluvia, y la lluvia a la cosecha, el sapo se adelanta al suri, y el suri y el sapo llegan victoriosamente al mortero.

II. LA LEYENDA COLONIAL

La leyenda del sapo y el suri es de indudable origen precolombiano. Estas leyendas precolombianas han solido transformarse ingeniosamente en los tiempos coloniales mezclando a los elementos indígenas otros de pura cepa española. Así, a la citada leyenda indígena corresponde otra indígena y colonial, la del urubú o cuervo negro *(Catharthes foetens)* y el sapo, muy difundida por todo el continente, del Amazonas al Plata.

El cuervo negro fué invitado conjuntamente con el sapo a unas fiestas en el cielo. El sapo aceptó ir en com-

pañía del cuervo, quien no comprendía cómo, no poseyendo alas, se atreviese a tanto. El día fijado presentósele en su casa. El sapo le dijo que a él le gustaba andar lentamente, y que le permitiese ir adelante. Su propósito era, como lo efectuó, esconderse en la guitarra que el cuervo llevaría para tocar en las fiestas del cielo, de manera que lo llevase por los aires. Llegado el cuervo al cielo, le preguntaron por el sapo. Creyendo que se hubiera quedado en la tierra, el cuervo contestó que su compadre no podía permitirse tan largo paseo. Después de tales palabras dejó a un lado la guitarra y se sentó a la mesa. El sapo salió sigilosamente de su escondrijo, y, con asombro general, se apareció ante los convidados, divirtiéndose, cantando y danzando. Concluído el baile, todo el mundo se retiró. El sapo, viendo distraído al cuervo, ocultóse de nuevo dentro de la guitarra. El cuervo, que había descubierto su maniobra, púsose en marcha de vuelta, sin ignorar ya que en el instrumento llevaba un huésped. Y, volando desde lo alto, vuelca la guitarra... El infeliz zapo cae de las nubes, gritando a las piedras del suelo que se hagan a un lado. Al oirlo, el cuervo, riéndose de él, le replica que no tenga miedo, puesto que vuela perfectamente... Lo que no impidió que el sapo, al caer, se diese un golpe formidable. Esta fué la causa de que le salieran las manchas de la piel.

Aquí vemos la leyenda indígena del sapo y el suri transformada por ciertas ideas nuevas. La cultura colonial ha aportado, pues, sus elementos: la guitarra, producto de su técnica; el cielo, concepto propio de sus creencias religiosas. Transformada por estos elementos, la leyenda del sapo ha perdido su simbolismo primitivo, que era resultado del íntimo y continuo contacto del salvaje con la naturaleza. Felizmente no ha perdido también toda su gracia. Verdad es que el sapo se trueca, de burlador y vencedor, en burlador vencido o burlado. Pero, si es ingeniosa la manera con que el sapo se fisguea del suri en la

fábula indígena, no deja de serlo el final o moraleja de la fábula colonial. El sapo, en castigo de su mentira, da una caída tremenda, y queda marcado de chichones y magulladuras por los siglos de los siglos.

Según ADAM QUIROGA.

24. Leyendas del País de la Selva.

I. EL PAIS DE LA SELVA, SUS LEYENDAS Y TROVADORES

Llamo *País de la Selva* a la región argentina que se extiende, en el interior de la República, desde la cuenca de los grandes rios hasta las primeras ondulaciones de la montaña, es decir, entre las llanuras bañadas por el Paraná y sus afluentes y los contrafuertes iniciales de la cordillera de los Andes. En la época del coloniaje correspondía a esta región el nombre de Tucumán, y abarcaba, más o menos, las actuales provincias de Tucumán, Santiago del Estero y Córdoba. En los tiempos anteriores a la conquista estuvo poblada por varias razas y pueblos indígenas, entre los que descollaron los Lules, por haber recibido y adoptado del Cuzco la cultura quichua o incaica.

No hay en toda la República Argentina territorio alguno donde existan más tradiciones y leyendas locales que en el País de la Selva. Los mitos y argumentos legendarios de la antigua cultura indígena han persistido hasta nuestro tiempo, mezclándose y amalgamándose a veces, curiosa y originalmente, con las ideas y sentimientos aportados por la conquista española. Es sobre todo en la provincia de Santiago del Estero, que se diría el corazón del País de la Selva, donde mayormente se conservan las antiguas leyendas indígenas y coloniales, como la de *Zupay* y la del *Kacuy*.

Transmítense estas leyendas verbalmente en quichua, de padres a hijos. Pero la Selva tiene también sus trova-

dores, que saben cantar su poesía. La poesía y la música se hallan unidas en las costumbres de la Selva, cual lo estuvieron en la Grecia clásica. Siendo éstas las manifestaciones estéticas más genuinas del país, los trovadores, generalmente, cultivan las dos. La melodía acompaña y sostiene la copla, y ambas se integran en la danza por un ritmo común.

Ninguna de las fiestas del país se realiza sin la presencia del trovador, especie de sacerdote de la alegría y de la muerte. Es su escenario la Selva toda, recorrida por él en vida vagabunda. Hoy le llevan a velorios, mañana a una trinchera de carnestolendas, después a Nacimientos del Niño Dios, luego a holgorios de boda, más tarde a bailes tradicionales... Él es el órgano expresivo de todos los sentimientos del pueblo. Él agasaja al viajero, al caudillo, al magistrado, o simplemente al patrón. Él anima las reuniones carnavalescas o nupciales; él plañe en torno del féretro de los difuntos monótonas alabanzas, y junto al cadáver de los párvulos musita las letanías de los ángeles, pues allí donde no llega la acción sacramental de la Iglesia, no sólo realiza la misión profana de alegría báquica, sino también las ceremonias de un verdadero culto religioso...

Ninguna particular indumentaria singulariza la silueta del cantor; pero el instrumento con que se acompaña completa su figura. Cultiva ante todo el amor a su vihuela. Protégela de la humedad y del sol; quiérela como si fuera una mujer... Y la vihuela corresponde tanto a sus amores, que la trova dice:

Las cuerdas de mi guitarra
gimen conmigo a la par,
y me ayudan a llorar
el dolor que me lastima...
¡Si parece que la prima
hubiese aprendido a hablar!

II. ZUPAY

Entre los mitos del país, Zupay es, sin duda, la encarnación más potente del misterio selvático. Zupay es el Diablo de la Selva; y, como tal, no es producto genuino del espíritu quichua, ni de la tradición incontaminada del demonio español. Más bien es una resultante del uno y de la otra. En su estado primordial es un genio latente y maligno; es el origen de todo lo adverso que aflige a los hombres y el enemigo de Nuestro Señor. Puede estar en el agua, en el fuego, en la atmósfera; y sabe, al par, dirigir estos elementos para sembrar en la Selva pestes, inundaciones, sequías y catástrofes...

El mito de Zupay se relaciona tanto con los de la hechicera y la Salamanca que constituyen inseparable unidad. Los poderes de la bruja provienen de un pacto con Zupay, y la Salamanca no es sino la academia subterránea, oculta en el bosque, donde el neófito aprende su ciencia, junto a las cátedras diabólicas. Zupay, maestro, da sus lecciones a la bruja, su discípula, en su escuela tenebrosa, la Salamanca...

Zupay, universal y ubicuo en su estado latente, es multiforme en sus personificaciones y manifestaciones. Prefiere en sus metamorfosis figuras humanas. Ha encarnado alguna vez en cuerpo de hermoso mancebo, apareciéndose en un rancho a cierta mujer ingenua. Se ha mostrado en otra ocasión como un gaucho rico y joven que visita la Selva en su caballo enjaezado de mágicos arreos. En otra sazón, un paisano, cantor de la comarca, atravesando el bosque, con rumbo a la fiesta, vióse de pronto acompañado por alguien que le desafiaba a «payar», guitarra en mano: era también Zupay, el Malo, como en la leyenda pampeana de Santos Vega. Los nativos hablan asimismo de un diminuto duende, que es como la encarnación humorística y bromista de Zupay. Es el travieso enano de la siesta, con su corta estatura, su rostro magro

y barbirrucio, el ingenio maligno que bulle bajo el ancho sombrerote de copa en embudo...

Los hijos de la Selva refieren otras revelaciones de Zupay. Cierto día los montes saladinos oyeron el baladro de un fabuloso toro, bestia chúcara de olímpica frente sobre cuello crinado, ¡y era también Zupay! Otro día le vieron, entre las penumbras del ramaje, con su rostro de sátiro, sus peludas piernas y hendidas patas de chivo...

He ahí cómo este dios o demonio numeroso parece mezclarse en la diaria existencia de esas campañas. Sus dominios se extienden a la espesura toda; y hasta un árbol de la flora local señala con nombre inequívoco la presencia del mito. En la descriptiva nomenclatura de las plantas silvestres figura la *malop'taco*, « algarroba del diablo »...

III. EL KACUY

Vive en la Selva un pájaro nocturno que, al romper el silencio de las breñas, estremece las almas con su lúgubre canto. Esta ave tiene una historia; y es la tragedia de su origen lo que evoca con su grito lastimero, ayeando entre las arboledas tenebrosas: *¡Turay!... ¡turay!... ¡turay!...*

En época muy remota, dicen las tradiciones indígenas, una pareja de hermanos (un muchacho y una niña) habitaba un rancho en las selvas. El era bueno; ella era cruel. Amábala él como pidiéndole ventura para sus horas huérfanas; pero ella acibaraba sus días con recalcitrante perversidad. Desesperado, abandonaba él en ocasiones la choza, internándose en las marañas; y ella amainaba en el aislamiento sus iras, hilando alguna vedija en la rueca o tramando una colcha en sus telares. Mientras vagaba por la Selva, el buen hermano pensaba en la hermana, y, perdonándola siempre, llevábale al rancho las algarrobas más gordas, los mistoles más dulces, las más sazonadas

tunas. Vivían ambos de los frutos naturales en aquel siglo de Dios. Proveyendo a su subsistencia, él traía hoy para la casa un mikilo atrapado a garrote en el estero cercano; o bien un sábalo pescado en fisga en el remanso del río, cuando no un quirquincho de la barranca próxima, o algún panal de lechiguana, que manaba rubio néctar por los simétricos alvéolos. Palmo a palmo conocía su monte, y, siendo cazador de tigres además, protegía la morada. Insigne buscador de mieles, nadie tenía más despiertos ojos para seguir a la abeja voladora que le llevaba a su colmena: la de la *ashpa-mishqui,* escondida en el suelo; la del *tiu-simi,* enjambrada en un cardón, y la de cayanes o de queyas, fabricada en el tronco de los más duros árboles... Todo esto le costaba trabajo y pequeños dolores; y ella, en cambio, mostrábase indiferente, como gozándose en sus penas...

Volvió una tarde, sediento, fatigado, tras un día de infructuosa pesquisa; pues, como reinaba la sequía, estaban yermos los campos. Sangrábale la mano, porque al pretender agarrar una perdiz boleada a lives y caída entre unas matas, pinchóle el *uturuncu-huakachina,* el cacto espinoso «que hace llorar al tigre». Pidió entonces a su hermana un poco de hidromiel, para beberla, y otro poco de agua para restañarse los arponazos. Trajo ella ambas cosas; mas, en lugar de servírselas, derramó en su presencia en el suelo la botijilla de agua y el tupo de miel. El hombre, una vez más, ahogó su desventura. Pero, como al día siguiente le volcara también la ollita donde se cocinaba el locro de su refrigerio habitual, desesperado, resolvió vengarse. Encubriendo en su invitación sus deseos de venganza, invitóla para que lo acompañase a un sitio no lejano, donde había descubierto miel abundante de *moromoros.* No vistió su zamarra profesional, ni sus guanteletes, ni el sachasombrero, ni llevó la bocina de las meleadas, porque juzgaba fácil la aventura. El árbol, un abuelo del bosque, era sin embargo de gigantesca talla.

Cuando llegaron allí, el muchacho persuadió a su perversa hermana a que debían operar con cuidado, procurando beneficiarse del néctar sin destruir las abejas pequeñitas, pues se referían historias de cazadores meleros desaparecidos bruscamente a manos de un dios invisible que protege las colmenas... Sobre la horqueta más alta hizo pasar su lazo; y lo preparó en un extremo, a guisa de columpio, para que subiese su hermana, bien cubierta por el poncho, en defensa del enjambre, ya alborotado por la maniobra. Tirando al otro extremo, a manera de corrediza palanca, la levantó en el aire, hasta llegar a la copa; y, cuando ella se hubo instalado allí, sin descubrirse, él empezó a simular que ascendía por el tronco, desgajándolo a hachazos, mientras bajaba en realidad. Zafó después el lazo, y huyó sigilosamente... Presa quedaba en lo alto la infeliz.

Transcurrieron instantes de silencio. Ella habló... Nadie le respondía... Como empezara a temer, levantó ligeramente la manta que la tapaba, dejando apenas una rendija para espiar. El zumbido de los insectos la aturdió, pues el armado enjambre revolaba furioso en derredor, vibrante de alas y de trompas. Este rumor confuso revelaba la profundidad del silencio. ¿Qué podría ser? No sospechaba la hora ni el lugar. Ciega de horror y de coraje se desembozó de súbito, así la acribillaran las *moromoros;* y al descubrir el espacio, el vacío del vértigo la dominó... ¡Sola, sola para siempre!...

Abandonada en semejante altura, sobre un tronco liso y largo, sin otras ramas que esas a las cuales se aferraban sus manos, espiaba para ver si el hermano reaparecía por ahí. La acometían deseos de arrojarse, pero la brusquedad del golpe la amilanaba. No obstante, si perecía allí, quién sabe si los caranchos voraces no vendrían a saciarse en ella como en las osamentas de los animales que morían ignorados en el monte.

Mientras tanto, la noche iba descendiendo con progre-

siva sombra. Desde su atalaya, la pobre huérfana había podido, por primera vez, contemplar, sobre el panorama de la Selva, la inmensidad de los horizontes y la sucesión de las copas verdes, que se unían formando obscuro océano encrespado de gigantescas olas. El sol, hundiéndose tras de los árboles, la impresionó más soberbio que nunca, iluminado el enorme lomo del bosque con su claridad apacible y decorado el cielo de Occidente por cosmogónicos esplendores. Luego vió aquella gran luz aguarse hasta disolverse toda en la noche, noche sin astros para mayor desventura... Nunca se le mostraron más pavoroso el cielo ni más callada la breña. Viniéronle ansias locas de perderse en lo ignoto, de hender aquella inmensidad de árboles y tinieblas, o llenar el silencio con un solo grito. Mas, ahora, se le añuscaba la garganta muda, y la lengua se le pegaba al paladar con sequedad de arcilla. Tiritaba como si el ábrego la azotase con su punzante frío, y sentía el alma toda mordida por implacables remordimientos. Los pies, en el esfuerzo anómalo con que ceñían su rama de apoyo, fueron desfigurándose en garras de buho; la nariz y las uñas se encorvaban; y los dos brazos, abiertos en agónica distensión, emplumecían desde los hombros a las manos. Disnea asfixiante la estranguló, y, al verse de pronto convertida en ave nocturna, un ímpetu de volar arrancóla del árbol y la empujó a las sombras...

Así nació el kacuy. La pena rompió en su garganta llamando a aquel hermano justiciero. Y el grito de contrición de esa mujer convertida en ave, resuena aún y resonará siempre sobre la noche de los bosques natales: *¡Turay!... ¡turay!... ¡turay!...*

Según RICARDO ROJAS.

25. El alma del payador.

(Fragmento del poema *Santos Vega*)

1. Cuando la tarde se inclina
sollozando al Occidente,
corre una sombra doliente
sobre la pampa argentina.
Y, cuando el sol ilumina
con luz brillante y serena
del ancho campo la escena,
la melancólica sombra
huye besando su alfombra
con el afán de la pena.

2. Cuentan los criollos del suelo
que, en tibia noche de luna,
en solitaria laguna
para la sombra su vuelo;
que allí se ensancha, y un velo
va sobre el agua formando,
mientras se goza escuchando,
por singular beneficio,
el incesante bullicio
que hacen las olas rodando.

3. Dicen que, en noche nublada,
si su guitarra algún mozo
en el crucero del pozo
deja de intento colgada,
llega la sombra callada,
y, al envolverla en su manto,
suena el preludio de un canto
entre las cuerdas dormidas,
cuerdas que vibran heridas
como por gotas de llanto.

4. Cuando en las siestas de estío
las brillazones remedan
vastos oleajes que ruedan
sobre fantástico río,
mudo, abismado y sombrío
baja un jinete la falda
tinta de bella esmeralda,
llega a las márgenes solas...
¡y hunde su potro en las olas
con la guitarra en la espalda!

5. Si entonces cruza a lo lejos
galopando sobre el llano
solitario, algún paisano,
viendo al otro en los reflejos
de aquel abismo de espejos,
siente indecibles quebrantos,
y, alzando en vez de sus cantos
una oración de ternura,
al persignarse murmura:
«¡El alma del viejo Santos!»

6. Yo que en la tierra he nacido
donde ese genio ha cantado,
y el pampero he respirado
que el payador ha nutrido,
beso este suelo querido
que a mis caricias se entrega,
mientras de orgullo me anega
la convicción de que es mía
¡la patria de Echeverría,
la tierra de Santos Vega!

(Abreviado)

RAFAEL OBLIGADO.

26. La leyenda de Santos Vega.

Entre las leyendas pampeanas, y puede decirse que entre todas las leyendas argentinas, ninguna tan expresiva y popular como la de Santos Vega. Santos Vega representa la más pura y elevada personificación del gaucho; es el hijo, es el señor, es el dios de la Pampa. Su historia, que puede reducirse al episodio fundamental de su justa poética con el diablo, entraña el destino de una raza y es la síntesis de su epopeya. Aunque acaso ha sido alguna vez persona de carne y hueso, Santos Vega se transforma en verdadero mito, y llega a constituir un símbolo nacional.

En tiempos distantes y nebulosos, allá donde se pierde el recuerdo de los orígenes de la nacionalidad argentina, fué Santos Vega el más potente payador. Su numen era inagotable en la improvisación de endechas, ya tiernas, ya humorísticas; su voz, de timbre cristalino y trágico, inundaba el alma de sorpresa y de arrobamiento; sus manos arrancaban a la guitarra acordes que eran sollozos, burlas, imprecaciones. Su fama llenaba el desierto. Ávida de escucharle, la muchedumbre acudía de los cuatro rumbos del horizonte. En las « payadas de contrapunto », esto es, en los certámenes populares de canto y verso, Santos Vega salía siempre triunfante. No había trovador que le igualase, ni recuerdo de que alguna vez le hubiese habido. Dondequiera que se presentaba, rendíale homenaje la turba gauchesca, no obstante ser tan amante de la libertad y tan rebelde a toda imposición. Para el alma sencilla del paisano, dominada por el canto exquisito, Santos Vega era el rey de la Pampa.

A la sombra de un ombú, ante el entusiasta auditorio que atraía siempre su arte, inspirado por el amor de su « prenda », una morocha de ojos negros y labios rojos, Santos Vega el payador cantaba una tarde sus mejores

canciones. En religioso silencio le escuchaban hombres y mujeres, conmovidos hasta dejar correr las ingenuas lágrimas. De súbito presentóse a galope tendido un forastero, se arrojó del caballo, interrumpió el canto y desafió al cantor. Tan extraño era su aspecto que se temió vaga y punzantemente una desgracia. Pálido de coraje, Santos Vega aceptó el desafío, templó la guitarra y cantó sus *cielos* y *vidalitas*. Cuando terminó, creyendo imposible los circunstantes que un ser humano le pudiese vencer, aplaudiéronle frenéticos. Hízose otra vez silencio, tocábale el turno al forastero... Su canto divino fué una música nunca oída, cálida de pasiones infernales, rebosante de ritmos y armonías enloquecedores... ¡Había vencido a Santos Vega! Nadie podía negarlo, todos lo reconocían, condolidos y espantados, y el mismo payador antes que todos... ¡Adiós fama, adiós gloria, adiós vida! Santos Vega no pudo sobrevivir a su derrota... Acaso el vencedor, en quien se reconoció al propio diablo, al temido *Juan sin Ropa*, pretendiera llevarse el alma del vencido como trofeo de la victoria... Desde entonces, en efecto, desapareciendo del mundo de los mortales, Santos Vega es una sombra doliente, que, al atardecer y en las noches de luna, con la guitarra terciada en la espalda, cruza a lo lejos las pampas, en su caballo, veloz como el viento.

Poetas populares y poetas cultos han cantado hermosamente la leyenda de Santos Vega. La crítica le ha encontrado hoy un sentido épico. El diablo representa la moderna civilización, que con las máquinas y fábricas de su portentosa técnica vence al gaucho y le desaloja de sus vastos dominios. Como los primitivos cantores no podían prever este destino del gaucho, el símbolo viene a ser posterior, y, en realidad, no encuadra sino imperfectamente y por coincidencia en los verdaderos términos de la leyenda. Su origen está más bien, a mi juicio, en la doctrina bíblica del *Génesis*. Como los metafísicos la

adaptaron a la filosofía, con su concepto de la « edad de oro », los gauchos la tradujeron en su leyenda de Santos Vega. Santos Vega en la Pampa es Adán en el Paraíso Terrestre, antes de incurrir en el pecado original. Su « prenda » ocupa el mismo lugar secundario de Eva. El demonio tienta su orgullo de dueño y señor de la llanura. Él, estimulado por la presencia de la morocha, acepta el reto, y es vencido. El demonio lo desaloja de sus dominios. El ombú hace el papel del árbol de la ciencia y del bien y del mal. Lo cierto es que la ciencia vencedora, el arte del demonio, se identifica con el mal, contraponiéndola al bien, al arte espontáneo, a la inspiración del payador, que viene de Dios. Así, aunque vencido por sobrehumanas fuerzas, y quizá por su misma derrota tan conmovedoramente humana, Santos Vega queda triunfante en el alma del pueblo, y su sombra ha de verse pasar en lontananza mientras exista un palmo de tierra argentina.

VI. LA ÉPOCA COLONIAL

27. La ciudad colonial.

En América, la ciudad española nace egoísta, porque nace de una necesidad militar. Propósitos únicamente defensivos son los que presiden a su formación y la mantienen hermética durante los primeros tiempos de su vida. Su prosperidad radiante, asimismo cauta y lenta, es muy posterior, pues se mantiene por largo tiempo fortaleza más que municipio. Su enorme egoísmo es una consecuencia de su función, y su fuerza está precisamente en la ausencia de expansividad, que dispersaría la escasa vitalidad creando mayores flancos a la agresión. Mientras pueda, las antenas quedarán encogidas, y a pocas « cuadras » de sus muros el país será totalmente extranjero. Este es el carácter propio de la ciudad hispanoamericana primitiva, y la organización resultante de cómo procedían los conquis-

tadores en tales casos, entregados a sí mismos y sin que el gobierno español tuviera noticia de su existencia.

La conquista del país argentino se verificó por tres distintas corrientes colonizadoras: la que venía directamente de España por el Atlántico, la del Alto Perú y la de Chile. Esta circunstancia da origen a tres diversos grupos de poblaciones coloniales, que se miran con despego, por su índole, su territorio y su aisladora política de desconfianza. Tal era el aislamiento, que hubo ciudad jamás visitada, no ya por los virreyes, ni siquiera por los gobernadores mismos, ni por los obispos más inmediatos. Todo esto traía por consecuencia la falta de fusión de los pueblos y la localista concentración de sus sentimientos patrióticos. Los primeros escritores de la colonia que hablan de « patria », lo hacen como sinónimo de « ciudad ». La patria es solamente la ciudad.

Pero todo centro de trabajo es más o menos expansivo, por instinto de propia conservación. Estas ciudades pobres y aisladas llegan, una vez consolidada la conquista, en los tiempos pacíficos del coloniaje, a cierto desarrollo industrial. Fuerzas internas las obligan a exteriorizarse, a suplir necesidades por medio de compensaciones recíprocas. Viene, en una palabra, el comercio, que las obliga a desentumir sus miembros y a buscar contactos salvadores.

Centros de población, los del interior, casi menesterosos entonces y necesitados de todo, desprovistos de esas grandes llanuras donde en el prado natural los fecundos rebaños se reproducen sin el trabajo humano, tenían que vivir de su propia labor, fomentar el comercio y cruzar la « travesía ». Transponiendo la montaña, el valle, el río, iban a golpear la puerta de la ciudad vecina, que, necesitada a su vez, les requería sus productos. Así se realizaba un intercambio comercial de artículos. El provinciano del interior hacía por fuerza de ambulante y viajero. Las necesidades elementales de la vida fomentaron su industria in-

genua; y ésta, ese ir y venir de todas las provincias, necesitadas las unas de las otras, acabó por vincularlas y confundirlas, aprovechando y cimentando al fin los vínculos de su origen español, de su común gobierno colonial y de su vecindad geográfica. La vida económica del coloniaje destruyó, pues, el aislamiento de las ciudades, propio de la vida militar en tiempos de la conquista. Córdoba producía paños, lienzos de algodón, aguardiente, frutas y maderas, y, como ciudad de tránsito más directo para el Perú y asiento de una aduana seca, recibía el contacto de casi todas las demás ciudades. San Luis tenía sus ponchos y frazadas, que le compraban Salta, Tucumán, Mendoza, las cuales daban a su vez sus tejidos y cueros curtidos, mientras otras poblaciones producían trigo, harina, maíz y un algodón de excelente calidad. Y los respectivos cabildos mediterráneos, cuyas escasas rentas apenas bastaban para llenar una parte de sus necesidades comunales, hacían verdaderos sacrificios para entrar en comunicación mercantil con los de otras ciudades.

Según José María Ramos Mejía.

28. La industria ganadera en la Pampa.

Los caballos y vacas traídos por los españoles y abandonados en las desiertas pampas a mediados del siglo XVI, habíanse multiplicado prodigiosamente. Transcurrido apenas un siglo, el ganado vacuno salvaje constituía ya inagotable fuente de riqueza, explotada de una manera primitiva y bárbara. Las naves españolas que, con permiso especial, venían de cuando en cuando a Buenos Aires, cargaban a su regreso gran cantidad de pieles, y mucho más cargaban de contrabando las inglesas, portuguesas y holandesas. Las pieles de mercadería eran sólo de toro, y no de cualquier toro. Como se decía corrientemente, debían ser « de ley », es decir, de cierta medida, siendo rechazadas por los mercaderes los que no la tuvieran. Así es que, como no todas eran de medida, para enviar cincuenta

mil pieles a Europa se sacrificaban ochenta mil toros. Algunos campesinos, por puro placer, perseguían y mataban millares de toros, vacas y terneros, y sacándoles sólo la lengua, abandonaban el resto en el campo. Mayor estrago aun hacían los que iban a buscar grasa, que entonces servía en lugar de aceite, de tocino, de manteca, y también de materia combustible. Producida una espantosa mortandad entre los silvestres rebaños, sacaban ellos de los animales suficientemente gordos un poco de grasa, y, cuando habían cargado bien sus carros, regresaban sin cuidarse de lo demás. Por esa razón, todo lo que no se utilizaba se perdía. Como fuente de rentas, el Cabildo de Buenos Aires cobró más tarde un impuesto que se llamaba *derecho de vaquería,* para la explotación de aquella ganadería salvaje; pero, no siendo fácil de vigilar las grandes matanzas de ganado, continuaron sin que se cobrara regularmente el impuesto.

El sistema de que se valían los naturales para hacer tantos estragos, era el siguiente. Dirigíanse en una tropa a caballo donde sabían que se encontraban muchas bestias, y, llegados a la campaña, rodeaban el ganado hasta detenerlo en un punto. Formábase allí el «rodeo», que cubría una gran extensión de la campaña, completamente. Comenzaban entonces los gauchos a correr a caballo en medio del ganado, armados de un instrumento cortante de hierro en forma de hoz o media luna, atado a la punta de un asta. Con él daban un golpe al toro en las piernas de atrás, tan diestramente que le cortaban el nervio sobre la juntura; la pierna se encogía al instante, hasta que, después de haber cojeado algunos pasos, caía la bestia, sin poder levantarse más. Entonces seguían los gauchos su carrera de muerte a través del rebaño, hiriendo a diestro y siniestro otros toros y vacas, que, apenas recibían el golpe, quedaban imposibilitados de huir. De este modo, sólo diez y ocho o veinte hombres postraban en una hora setecientas u ochocientas reses. Imaginaos qué destrozos

harían prosiguiendo esta operación un día entero y a veces más. Cuando estaban saciados de exterminio, se desmontaban del caballo, reposaban y se restauraban un poco. Entretanto, poníanse a la obra los hombres que habían estado antes descansando, enderezaban las reses caídas, arrojábanse sobre ellas a mansalva, las degollaban, les sacaban la piel y el sebo, y a algunas también la lengua, y abandonaban el resto a los caranchos y chimangos del campo.

Los perros salvajes, llamados «cimarrones», multiplicándose a su vez ilimitadamente, cubrían las campañas vecinas a la ciudad de Buenos Aires. Vivían en cuevas subterráneas, que abrían ellos mismos, y cuya embocadura parecía un cementerio por la cantidad de huesos que la rodeaban. Ellos terminaban la acción de los hombres y de las aves de rapiña, devorando los restos de los animales muertos. En épocas de hambre, los perros cimarrones constituían un peligro para las haciendas y hasta para los hombres. Por esto el gobernador de Buenos Aires decidió una vez mandar fuerzas para destruirlos. Un piquete de soldados armados de mosquetes, hizo en ellos grandes estragos. Pero, al volver a la ciudad, los soldados fueron objeto de las burlas de los muchachos, que, según parece, eran entonces algo indisciplinados en estas tierras. Comenzaron a gritarles por las calles: «¡Mataperros!» Y tanto se avergonzaron los soldados, que después no quisieron obedecer al gobernador y continuar la campaña.

Según el P. CAYETANO CATTANEO.

29. Viajes por mar y por tierra.

I. VIAJE INDIRECTO DE CADIZ A BUENOS AIRES

(EN EL SIGLO XVII)

Habiendo sido defraudado en mis esperanzas por un genovés a quien serví en Huelva de factor, traslādéme a Cádiz, deseoso de hallar oportunidad para irme al Nuevo

Mundo. Llevaba una carta de recomendación destinada a un mercader andaluz, establecido en aquel puerto y con activos negocios en la Casa de Contratación. Recibióme afablemente, y me invitó a que acompañara a las Indias, en el próximo viaje, a un gestor suyo, para ayudarle a liquidar mercaderías que íbamos a llevar al Perú y quizá hasta el río de la Plata. Acepté muy agradecido, dispuesto a tentar luego fortuna por mi cuenta y riesgo, quedándome en aquellas tierras lejanas. Atraíame el río argentino, porque allí tenía un pariente, y también por la eufonía de su nombre y la tristeza de mi ánimo.

El pueblo de Buenos Aires es reputado como el más tranquilo y solitario rincón de esas Indias occidentales, que muchos llaman América, donde hay países tan ricos y populosos como México y el Perú. Pero, por su propia pobreza y despoblación, no es fácil ir a Buenos Aires. Este puerto está casi cerrado al comercio regular de la Casa de Contratación, antes establecida en Sevilla y ahora en Cádiz, pues hasta él no pueden llegar los navíos, sino de tarde en tarde, con permiso especial. En cambio, todos los años parte de Cádiz un flota y armada, que, bajo la dirección de un almirante y con fuerzas de tierra al mando de un general, va a Portobelo. Iríamos en ella, con la indispensable autorización. Desembarcaríamos en Portobelo, y cruzaríamos el istmo, hasta la ciudad de Panamá, capital de Tierra Firme y puerto del océano Pacífico, donde nos embarcaríamos por segunda vez, con rumbo al Callao... Tal era nuestro forzoso itinerario, dado que no había otras comunicaciones regulares con el Nuevo Mundo. Según se nos había informado, aquel año no partiría ningún buque para el río de la Plata.

No intentaré escribir una noticia de nuestra doble navegación, primero por el océano Atlántico y luego por el Pacífico. Prefiero olvidar aquellos meses tristísimos, en que padecimos sed, hambre, fiebre, desarreglos intestinales y múltiples peripecias... Cuando atracamos al puerto del

Callao, mi compañero y yo dimos gracias a Dios por no haber perdido la existencia, y, pálidos y extenuados, desembarcamos con nuestras mercaderías. Estábamos, por fin, en el virreinato del Perú, el antiguo país de los Incas, célebre por sus riquezas, punto menos que fabulosas.

Desgraciadamente, poco pudimos ver, pues el tiempo apremiaba. Cruzamos por Lima y por Huancavélica, a lomo de mula, y nos dirigimos a marchas forzadas a la villa de Potosí. Llegamos oportunamente en la época de la feria, y vendimos una parte de lo que traíamos, a precios cuatro o cinco veces superiores a los que se pagaban en los mercados de España. Apenas hecho allí nuestro negocio, sin haber podido visitar las maravillas del Cuzco, partimos para el río de la Plata.

Siempre en nuestras mulas, atravesamos las extensas y altísimas sierras del Alto Perú, ramificaciones de la cordillera de los Andes. Ibamos por caminos al parecer impracticables, abruptos veredones y estrechas cornisas, en una larga fila, escoltados por peones y arrieros, armados para la eventualidad de una sorpresa. Realizada una larguísima travesía, en la que las montañas sucedían a las planicies y las planicies a las montañas, entramos en un delicioso valle denominado de Lerma, hasta parar en Salta.

Esta villa es notable por su prosperidad industrial. Se crían y venden allí copiosas arrias de mulas para el tráfico; se fabrican telas, encajes, vino y bebidas alcohólicas; prepáranse también frutas secas. No me faltaron deseos de quedarme en Salta; pero estaba comprometido a seguir con mi compañero hasta Córdoba, y venía resuelto a establecerme en Buenos Aires. Sintiéndome misántropo, atraíame el desierto de las pampas y su vida rústica y sencilla.

Seguimos nuestra ruta con varias arrias destinadas a venderse en el mercado de Córdoba o a invernar en sus campos. Poca o ninguna prisa llevaban los arrieros.

Deteníamos donde había buenos pastizales, y dormíamos al raso. Repuesto del viaje por mar, sentíame con buena salud, y pude sufrir vientos, soles, fríos, lluvias, y unos granizos cuyas piedras eran como huevos de paloma.

Algunas noches oímos rugir de hambre a los tigres y leones de América, que aquí se llaman pumas y jaguares. Los peones nos tranquilizaban, diciendo que estos animales, por regla general, no atacan a los hombres, y



menos cuando ven muchos juntos; no son seguramente tan peligrosos como los indios...

En la villa de Córdoba, famosa por su universidad y poblada de iglesias, vendieron los arrieros algunas recuas, y nosotros vendimos otra gran parte de nuestras mercaderías. Mi compañero determinó volverse de allí al Perú, para regresar a Cádiz. A cuenta de su comitente había alcanzado en el viaje buenas ganancias, de las cuales le tocaría una proporción considerable; hallábase a su vez en vía de hacerse rico. Despidióse de mi fraternalmente, y me dió las pocas mercaderías que restaban, para que las llevara a Buenos Aires y realizase en mi provecho. Tal era la paga de mis trabajos, y, por cierto, menos mezquina de lo que yo había temido.

De Córdoba a Buenos Aires, el viaje se hace en carre-

tas. Formábamos un convoy de unas quince, tirada cada una por tres yuntas de bueyes. Guiábanlas peones mestizos con largas picanas. Copiosa tropa de reses nos seguía, para repuesto y para nuestra alimentación. En las carretas había colchones o camas. Como la estación era aún fresca, andábamos de día y descansábamos de noche. En los altos y paradas se encendía una gran fogata para preparar la comida. Los peones se alimentaban sólo de carne, y bebían una infusión de « yerba », que llaman « mate », muy digestiva y bastante agradable. Para comer nos sentábamos sobre nuestro ponchos y mantas, a la usanza árabe; sólo uno de los viajeros llevaba, como extraordinario lujo, una silla de tijera y una mesita.

El peor tropiezo fué la falta de agua. Poco había llovido aquel año. Tan cansados estaban los bueyes, que temimos un día no poder continuar, y nos detuvimos alarmadísimos... De pronto los pobres animlaes levantan las orejas, tienden el hocico hacia el Este y empiezan a correr y a saltar como si se volvieran locos. ¡Habían olfateado agua! Efectivamente, un instante después se nubló el día y rompió en abundantísima lluvia. Echados de espaldas en el suelo, los peones, que también padecían sed, abrían desmesuradamente la boca para trasegar a sus estómagos una respetable cantidad de liquido. Pero estas lluvias tienen sus inconvenientes. El campo se convirtió en un fangal. Las ruedas de las carretas se hundían en el barro, y el trabajo de los bueyes se hizo muy penoso. Tan despacio andábamos después, que, a pie, solía yo adelantarme hasta una milla a la caravana, y esperarla sentado en el borde del camino.

En cuanto salimos de Córdoba, desaparecieron las últimas serranías. El terreno aparecía llano, sin árboles, eternamente cubierto de pastos. Semejaba un nuevo mar de verdura; nuestro viaje era como una « navegación en tierra ». Y los días seguían a los días, y las semanas a las semanas...

Junto al fogón, los criollos solían cantar hermosas coplas, acompañándose con la guitarra. A veces hablábamos de los «malones» que suelen dar los indios a los viajeros; constituían un peligro. Con frecuencia echábamos una ojeada a las orejas de los animales para ver si las alertaba algún ruido lejano... Pero todo lo aguantaba yo ahora de buen humor. Veía próximo el fin del viaje y el momento de abrazar a mi pariente, y me sonreía la esperanza de establecerme en el río de la Plata.

La llegada de nuestras arrias y recuas había sido un acontecimiento en las poblaciones del interior. Así lo fué también, en Buenos Aires, la de nuestra caravana de carretas, después de un mes de viaje, desde que partimos de Córdoba. Puede decirse que todo el pueblo, aprovechando una hermosa tarde, salió a recibirnos. La población, como las demás villas indianas, tiene sus calles trazadas en tablero de ajedrez. En los alrededores del Cabildo, donde están la iglesia matriz y el fuerte, que rodean la plaza principal, hay amplias casas de grandes patios y bajos techos de teja. Más afuera sólo se ven ranchos de techo de paja y paredes de barro seco, a veces cubiertas de cueros. Casi no hay árboles. El aspecto es triste y pobre.

No hallé a mi pariente. Después de muchas averiguaciones, supe que había muerto hacia la friolera de cinco años, sin dejar bienes ni herederos. Yo estaba solo. Cobré ánimo, y me dispuse a luchar y a encontrarlo todo de mi gusto. En efecto, de mi gusto encontré pronto una bella y hacendosa criolla, con quien casé. Vendí bien mis cosas, y establecí una pulpería, con permiso del Cabildo. He fundado una familia, y, rodeado de hijos y nietos, vivo feliz en esta tierra generosa. No me cambiaría ni por el emperador de la Gran China.

II. VIAJE DIRECTO DE CADIZ A BUENOS AIRES

(EN EL SIGLO XVIII)

En un galeón, al que se había concedido especial permiso para hacer aquel viaje al río de la Plata, zarpamos del puerto de Cádiz. No bien abandonamos a Tenerife, aparecieron a bordo dos o tres caras nuevas; eran «polizones», gente pobre que había venido escondida en la bodega o dentro de alguna caja o saco. Aunque se los esperaba, pues no faltan en ningún viaje a las Indias, al ver aquellas bocas más, enfurecióse el capitán, y amenazó a los intrusos con echarlos al mar. Sabiendo que no cumpliría la amenaza, soportaron sus voces con humildad evangélica. ¡Todo con tal de llegar a la nueva Tierra de Promisión!

Íbamos en una estrecha cámara de popa, que venía a ser un horno, treinta y cinco pasajeros. La mayor parte eran sacerdotes de la compañía jesuítica. Si salíamos al puente a tomar aire, empapábamos en sudor los pañuelos. Conforme avanzábamos hacia el Sur, hacíase el calor cada vez más insoportable. Mayor trabajo era aún la sed. Distribuíase escasísimamente el agua. Algunos pasajeros vendían a los tripulantes una camisa por tantos vasos de su ración, a pagar en diversos días. No faltaba quien llegase a ofrecer, por un solo vaso, un par de medias finas y otras cosas semejantes. A falta de agua abundaban distintas especies de pequeñísimos insectos parásitos del cuerpo humano, que viven de su sangre. Ni dormir podíamos, además, por las chinches; vivíamos rascándonos las muchas picaduras y ronchas. En el bizcocho pululaban los gusanos; cuando partíamos un pedazo, caían algunos a revolcarse sobre la mesa, produciéndonos asco tan profundo que sólo podía vencerse por la dura necesidad del hambre. Sin embargo, los españoles no perdíamos nuestro valiente buen humor, y sazonábamos los sinsabores con chirigotas, chascarrillos y risotadas.

Encontrábanse a bordo algunos tipos curiosos. Jamás olvidaré a un andaluz, a quien formábamos rueda por las tardes y noches, sentados en el suelo; espetábamos las más estupendas consejas y nos recitaba lindísimos romances. Todos le queríamos y agasajábamos; pero el hombre tenía el genio demasiado pronto. Un día en que estaba jugando a los naipes, desenvainó la espada, no sé por qué futesa, y nos corrió a todos, dando mandobles a diestro y siniestro. Produjéronse también varias otras reyertas, hijas antes del aburrimiento que del encono, y, claro es, no faltó algún navajazo. Pero, como a bordo no iban más que dos o tres mujeres, y éstas eran harto recatadas, no hubo ninguna camorra seria, y la sangre no corrió nunca hasta el mar.

Al transponer la línea del Ecuador, tuvimos una fiesta o farsa que se llama el «rescate», porque cada pasajero debe pagar algo por pasarla si no quiere sufrir una pena. La víspera de la función vino una compañía de marineros vestidos de soldados, con dos oficiales y un pregonero, por medio del cual se publicó un largo bando. Intimábasenos a todos los pasajeros a acudir al día siguiente a la plaza de popa. Debíamos manifestar allí a S. E. el Presidente de la línea, con qué derecho y por qué causa nos atrevíamos a llegar hasta aquellos mares. Si no justificábamos lo bastante, sufriríamos grave castigo, personal o pecuniario. Pregonado el bando, fijáronlo en el palo mayor, y se retiraron soldados y oficiales.

Ante una mesa con carpeta, pluma y tintero, sentóse al día siguiente, en la popa, S. E. el Presidente de la línea, acompañado de sus dos ministros, los tres lujosamente vestidos a la francesa. Eran pasajeros de inagotable ingenio y ya avezados a tal farsa. A tambor batiente entró a formarles espaldera la compañía de marineros, vestidos de dragones, con sables y picas, al mando de sus oficiales en traje de gala. Llamó el Presidente al capitán del buque; interrogóle sobre quién le facultaba para llegar hasta

la línea, y le condenó a pagar varios jamones y muchos frascos de vino. Castigóse igualmente a los viajeros, imponiéndose a cada hombre una multa en moneda u objetos, proporcionada a sus haberes. Mientras los ricos pagaban al modo del capitán, contentábase el Presidente con sacar a los pobres unas libras de chocolate o un puñado de frutas secas. Hubo un vizcaíno inocentón que entregó espontáneamente cuanto llevaba. Habíasele dicho que, al pasar la línea, el buque daría un corcovo y probablemente zozobraría. Creyendo el cuitado que estaba cercana la hora de la muerte, había hecho voto de pobreza.

Un notario verdadero tomaba minuciosa nota de las sentencias del Presidente con el propósito de hacerlas cumplir. La escena resultaba divertidísima para nuestros ánimos aburridos y atribulados. Con grandes risas y aplausos cruzábanse agudas razones y groseros dicharachos entre jueces, acusados, testigo y público. Para algunos pedía éste condenas feroces, como la de que se los desollara vivos, y para otros insaciables multas. El objeto de las tales multas, impuestas en broma y cobradas de veras, era reunir elementos para el refresco o banquete que remataba la fiesta.

Cuando me tocó el turno, avancé lleno de temor a la mesa presidencial. Habiendo entregado ya casi todo mi equipaje por vasos de agua, no podía pagar nada. Por esto se me condenó a ser zambullido. Protesté, y a causa de mis protestas se aumentó la pena a serlo tres veces. Dos marineros me amarraron de la cintura con un cable, me izaron como si fuera un rollo de manteca, y me arrojaron al agua. Zambulléronme y me levantaron una vez y dos; a la tercera, yo no podía más... Pedí socorro, gritando que me atacaba un tiburón, y fué para mi mal, pues al abrir la boca fuí zambullido por última vez, y me entró en el estómago copioso trago de agua salada. Cuando me sacaron creí desfallecer, temí morir;

no hubiera sido peor el castigo en serio. Necesité un generoso vaso de vino para confortarme; y pude ya reirme a mi vez, sin temores, de otros a quienes se aplicó la misma sanción.

Tocaba a su fin la fiesta cuando reapareció el capitán de la nao, fingiéndose muy sorprendido por aquel alboroto. Preguntó su origen, y le respondieron que todo se hacía por orden del Presidente de la línea. «¡El Presidente de la línea! repuso, como soliviantado. ¡Aquí nadie manda sino yo!» Y, para demostrarlo, ordenó a varios marineros que zambullesen al mismo Presidente y a su primer ministro. Pese a sus resistencias, despojáronlos en un santiamén los marineros de sus lujosas ropas, los dejaron en camisa, los ataron juntos por debajo de los sobacos y los zambulleron dos veces consecutivas. Sintiéndose muchos de los viajeros, a pesar de su buen humor, algo picados con el Presidente, por sus multas, castigos y pullas, la pena que le impuso el capitán como final, por lo graciosa e inesperada, llevó al colmo nuestro regocijo. Luego pasamos a refrescarnos abundantemente, como para resarcirnos del obligado ayuno. La fiesta nos dió asunto de conversación para varias semanas que aun teníamos de viaje.

Aprovechábamos las rachas de viento para avanzar algunas millas. Luego nos detenían aplastadoras calmas, durante las cuales solíamos pescar toninas, tiburones y algunas otras piezas, que, por no ser comestibles, servían antes para entretenernos que para alimentarnos. A veces, las borrascas nos obligaban a retroceder, y, en más de una ocasión, por no haberse arriado las velas altas, estuvimos a punto de irnos a pique. Las viejas costillas del navío crujían entonces como amenazándonos. Lo peor era que la navegación parecía no tener fin, y nos hacía desesperar de nuestra arribada a las Indias. Aunque curados muy pronto del mareo del cuerpo, acabamos por sentir el alma incurablemente mareada por el eterno espectáculo del cielo y el agua, y del agua y el cielo...

Después de varias semanas de navegación llegamos a la margen derecha del río de la Plata, y, aprovechando la alta marea, pudimos fondear en la desembocadura del Riachuelo de los Navíos. Estábamos, pues, frente a Buenos Aires. Una muchedumbre rústica y cetrina acudió en canoas, a pie y a caballo, y nos saludó con gritos de júbilo. Parecía que aquellos hombres no hubieran visto nunca un gran navío, tales eran sus exclamaciones y su deseo de que se les permitiera subir a bordo.

30. Las Misiones jesuíticas.

Dulce y monótona era la suerte de los indios en las Misiones jesuíticas. Como resultaban incapaces de gobernarse a sí mismos en la vida civilizada, considerábaselos una especie de « niños grandes ». Desde el nacimiento hasta la muerte vivían bajo la tutela de los « curas ». A la edad de cinco años dejaban de pertenecer a sus padres, pasaban al dominio de la comunidad, y comenzaba su educación, religiosa e industrial. Aprendían el catecismo y un oficio; a muy pocos se les enseñaba a leer y a escribir, y sólo en guaraní, para que llevaran la contabilidad. El guaraní era el idioma corriente; en él estaban escritos los pocos libros que se imprimían, siempre de carácter religioso. Los rezos, las comidas, las faenas, el descanso, todo se llev ba a cabo según un horario regular y al toque de campana. Al trabajo se iba y del trabajo se volvía en procesión, siguiendo alguna santa imagen llevada en andas, al son de la música; no duraba más que la mitad del día. Su producto pertenecía en común a la colectividad; nadie recogía particularmente sus ganancias, ni poseía bienes propios; todo era de todos. Depositábase el fruto de las cosechas e industrias en grandes tiendas y graneros; los padres jesuítas daban luego a cada familia su parte, y se reservaban el resto. La alimentación era abundante y sana, generalmente vegetal, a base de mandioca y otros productos de la tierra. No circulaba la moneda, ni siquiera

se la conocía. El gobierno de los curas se mantenía en casi completa independencia de los poderes locales; ejercía la autoridad espiritual, y, en cierta manera, también la temporal. Con licencia del Papa, aquellos clérigos podían confirmar, sin recurrir al obispo. No sólo bautizaban, confirmaban y casaban, sino que aun concertaban los matrimonios, disponiendo del albedrío de los novios. Su poder, benéficamente usado, no tenía límites; sin estatutos escritos, se regía por la costumbre. Fundábase ante todo en la inmensa superioridad mental y moral de los jesuítas, representantes de la alta cultura europea, sobre los indios reducidos, hijos de la ruda e ignorante raza guaraní.

Encantador aspecto de laboriosísimas colmenas humanas presentaban las Misiones jesuíticas, extendidas en el Norte, a lo largo de las costas de los ríos Paraná y Uruguay. Cada una contaba alrededor de 3.500 habitantes; Santa Ana llegó a tener unos 5.000; Yapeyú, la capital, unos 7.000. Eran como una treintena, y se calcula que sumaron, a mediados del siglo XVIII, una población de unos 150.000 habitantes. Todas presentaban un tipo uniforme. En el exterior hallábanse resguardadas por fosos, empalizadas y tapias. Nadie podía entrar sino con personal permiso, y por las puertas de la población, que estaban habitualmente cerradas con llave. Prevenidos contra ataques y emboscadas de los indios salvajes y de los mamelucos del Brasil, los padres tenían organizada la defensa. Poseían armas, hasta cañones, y los indios contaban con oficiales preparados, que los domingos daban en la plaza la instrucción militar, especialmente a los jóvenes. En el centro de cada Misión había una plaza de unas 150 varas cuadradas. Sobre uno de sus lados se alzaba la monumental fábrica de la iglesia, y, junto a ella, el convento de los jesuítas A los otros tres lados se hallaban generalmente depósitos y graneros, y a veces también la huerta. Las calles eran angostas, sombreadas por naranjos. Las casitas de los indios, una junto a otra, tenían una sola habitación, con

una puerta y una ventana. Los techos eran de sólidas tejas, inclinados en media agua; las paredes, de piedra y arena. Al frente, las casitas tendían su alero, bajo el cual se cocinaba. Su moblaje, si tal puede llamarse, estaba constituído por los enseres indispensables para dormir. Las mujeres hilaban y tejían el algodón en la casa; generalmente no sabían coser. A los músicos y a los sacristanes incumbía el manejo de la aguja; estos indios, encargados del servicio doméstico y claustral, eran los que llevaban quizá vida más fácil. Los trajes, hechos con la burda tela de algodón tejida en las casas, eran harto sumarios: para las mujeres, un *tipoy* atado a la cintura, y, para los hombres, pantalones, un saco y un gorro en el invierno o sombrero de paja en el verano. Hombres y mujeres andaban descalzos. Habían perdido su aspecto salvaje, pero presentaban todavía un conjunto agreste y pobre. Todo el boato se concentraba en la iglesia y en las ceremonias religiosas. Deslumbraban los altares, de luces, de flores, de imágenes, de ricas telas. El misticismo entraba por los ojos, en las resplandecientes ondas de las luminarias; por los oídos, en los sollozantes acordes del órgano, y hasta por el olfato, en las olorosas nubes de incienso. Así, a través de los sentidos, llegaban a las rústicas almas de los indios las bellas y grandes ideas cristianas. Los sacerdotes, oficiando con sus dalmáticas recamadas de oro, antojaríanseles héroes de un mundo sobrenatural y lejano.

31. La colación de grados en la Universidad de Córdoba

La floreciente vida de la Universidad de Córdoba se exteriorizaba en la pomposa fiesta llamada de la «colación de grados». No se omitía medio de solemnizar la consagración de los graduandos de las dos Facultades, la de Artes y la de Teología, a las que se agregó más tarde la de Derecho. Fruto de la Universidad, el ritual para otorgar los grados y títulos era esencialmente eclesiástico y sim-

bólico. La institución estimulaba entonces la fantasía del pueblo con un espectáculo grandioso y pintoresco, que revelaba su importancia social y altísima significación. Y era sobre todo al otorgarse el grado de doctor en teología cuando la ceremonia tenía mayor realce y resonancia.

El día antes de la graduación, como para concitar la curiosidad y preparar el ánimo del pueblo, comenzábase con el clásico «paseo» a caballo. Los doctores y maestros, revestidos con sus insignias, en su traje talar, concurrían corporativamente a buscar al graduando a su casa, en cuya puerta, bajo dosel, se ostentaba, junto a sus armas, el escudo de la Universidad. Llevábasele a través de la ciudad, en procesión ecuestre. Precedían los músicos, con sus chirimías y atabales, y los bedeles, con sus mallas de metal bruñido. Venían luego los portaestandartes, los maestros, los doctores, con sus capirotes y bonetes con borlas, y el Cabildo secular de la ciudad. Cerraba la marcha el graduando, con capirote blanco, pero sin bonete, entre el doctor más antiguo y el padrino. Todos lucían hermosas cabalgaduras. Cuando la procesión pasaba ante la puerta de la casa de la Compañía de Jesús, la comunidad debía salir a saludarla, y repicaban las campanas. Después del «paseo» por las principales calles de la ciudad, se dejaba al graduando en su domicilio, hasta el siguiente día. Aquello no era más que el aperitivo de la fiesta.

La fiesta se celebraba en el local de la Compañía, ordinariamente en la Iglesia, a la que era llevado otra vez el graduando, con el mismo acompañamiento y caballería de la tarde anterior. En un «teatro» o tablado tomaban asiento las autoridades y doctores de la Universidad. Alzábase delante del tablado una mesa con tapete, y sobre ella, en fuentes o salvillas de plata, colocábanse las insignias doctorales (bonete con borlas, anillo y un ejemplar del *Manual de las sentencias,* de Pedro Lombardo), el libro de los Evangelios, los pares de guantes

reglamentarios, y las «propinas», sumas que pagaba el graduando a los miembros de la docta corporación por su asistencia al acto. Bajo el dosel presidencial resplandecían las armas de la Universidad, y el local estaba decorado con ricas y vistosas colgaduras. Posesionados todos, maestros y escolares, de sus respectivos sitios, el doctorando pronunciaba desde la cátedra una elegante y breve oración latina, sobre un tema teológico, y le contestaba el graduante. Luego se le tomaba juramento, que debía prestar de rodillas ante los Evangelios, y se le ponía en la cabeza el bonete con borla. Por último, acercábase el padrino al graduando, que se arrodillaba a sus pies, le daba un ósculo en la mejilla, le ponía el anillo en el dedo y le entregaba el *Manual de las sentencias*, acompañando cada uno de estos actos con la respectiva y larga fórmula latina.

El complemento de la ceremonia, se diría la apoteosis, era la escena de las congratulaciones. Sofocaban al graduado, con sus parabienes y abrazos, los deudos, los compañeros, los amigos. No quedaba ya, cuando la numerosa y selecta concurrencia se ponía en retirada, más que el reparto de los pares de guantes y de las propinas. Cada miembro del claustro tomaba rápidamente de la bandeja los guantes y la moneda que a su grado correspondían, echábaselos a la faltriquera y se marchaba. La fiesta había terminado. En la pacífica ciudad de Córdoba dejaba una impresión de aristocrática y litúrgica pompa. ¡El mundo y la ciencia contaban, desde aquel momento, con nuevos doctores!

32. La administración de Vértiz.

El último de los gobernadores y segundo de los virreyes de Buenos Aires, don Juan José de Vértiz y Salcedo, fué, por una feliz excepción poco común en el régimen español, hijo de América y natural de México. Funcionario y gobernante el más ilustrado y progresista

de cuantos vinieron al río de la Plata, representa la gloria más pura del gobierno colonial.

Cuando tomó el gobierno, el virreinato y su capital se hallaban en bastante abandono. Todo lo que constituye una buena administración, para decencia y comodidad de la vida común, estaba descuidado. Las calles de Buenos Aires eran impracticables la mayor parte del año, porque las torrentosas lluvias se habían llevado la tierra blanda y movediza de la vía, dejando caprichosos y hondos zanjones al correr, o pantanos al empozarse. Por el Oeste entraba un torrente que se dividía en dos brazos, uno al Norte y otro al Sur, los que, antes de caer al río por entre barrancos, formaban dos arroyos profundos, que incomunicaban completamente al vecindario de ambos barrios con el centro y con la campaña. Sucedía muchas veces que las familias tenían que pasar semanas enteras interceptadas hasta de una acera a la otra, en la misma cuadra, si no ponían puentes de tablazón.

En lo demás, todo andaba más o menos lo mismo. Los habitantes no gozaban de mejora ninguna. Carecían de hospitales, de alumbrado público, de policia; y tal era la incuria, que el lugar donde ahora se halla el Banco de la Nación, en el corazón de la ciudad de Buenos Aires, era, hasta fin del siglo XVIII y aun a principios del XIX, un sitio baldío, que, a causa de su lobreguez y de los terribles misterios que se le atribuían, se señalaba con el tétrico nombre de « Hueco de las Ánimas ».

Lo peor es que esto no nacía de que faltaran riquezas. Las riquezas se hallaban en manos, no de antiguas familias de ilustración tradicional, sino de improvisados o *enriquecidos*. En 1778, estos *enriquecidos* vivían en Buenos Aires sin aceras, sin caminos, sin calles practicables, sin ninguna de aquellas comodidades o solaces reclamados por la cultura social. No se les había ocurrido siquiera cotizarse para colgar un candil por la noche al frente de sus casas. Y no era porque no necesitaran de todo eso,

sino porque, antes de poner su contingente en común para beneficiar a los que no eran *enriquecidos*, preferían cerrar los ojos ante lo que sufrían todos y aun ellos mismos. No tomaban en cuenta la íntima relación que tendría su fortuna con los adelantos y las luces del país. Era menester que un gobernante bien inspirado emprendiera la obra de las reformas y mejoras con los recursos del erario. Este gobernante fué el virrey Vértiz.

Apenas resuelta la antigua cuestión con los portugueses, que aspiraban a dominar en la Banda Oriental, dedicó el virrey su atención al progreso de la colonia. Para mejorar las vías urbanas en la capital emprendió un trabajo de nivelación, que, si bien embrionario e incompleto por falta de la cooperación de los vecinos, remedió mucho el pésimo estado en que se hallaban. Fundó un hospital, la Casa de Expósitos, el Asilo de Huérfanos, el alumbrado público, el Tribunal del Protomedicato. Hizo levantar un suntuoso edificio para las oficinas fiscales y otros servicios administrativos de la ciudad. Y, no descuidando las necesidades del desahogo de los vecinos, echó la planta de una alameda o paseo público donde hoy se halla el paseo de Julio.

Habiéndose autorizado el comercio general del puerto de Buenos Aires, antes prohibido, con los principales puertos de España, por real cédula de 1778, cúpole en suerte la satisfacción de ponerla en vigencia. Desde entonces quedaron exentas de pagar derechos de entrada las mercaderías traídas al puerto en buques españoles debidamente despachados, y gravados sólo con un pequeño derecho de 3 a 15 por ciento los retornos americanos.

Si malo y descuidado era el estado en que Vértiz encontró la capital, peor y mucho más digno de lástima era el de los habitantes de la campiña. Los salvajes del Sur y del Oeste constituían un flagelo que hacía cientos de víctimas, robando las estancias, matando a los hombres y cautivando a los niños y a las mujeres. Por desgracia, la vasta extensión de la pampa, abierta a todos

los vientos y sin puntos estratégicos de defensa y de vigilancia, hacía imposible poner eficaz remedio a ese terrible azote, que sufrían, a la par de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, San Luis y Mendoza. Vértiz hizo adelantar algunos puestos y guardias avanzados; pero todo fué ineficaz, porque el radio era tan extenso que los salvajes tenían franca entrada para realizar sus sorpresas y depredaciones, al paso que el gobierno carecía de recursos y de tropas sólidas como las que exigía tan vasto desierto. Conocióse desde entonces que no habría otro plan serio de defensa que el de llevar la frontera hasta el río Negro y fortificar sus pasos. Vértiz aceptó la indicación de los ingenieros y ordenó que se hiciera un reconocimiento del curso de ese río y sus campos, reconocimiento que realizó el piloto Villarino, venciendo con éxito y energía los peligros e inconvenientes que ofrecía tan difícil trabajo. Pero, por la misma falta de medios, no se pudo utilizar el resultado. El Chaco fué también objeto de seria atención por Vértiz. Con aquel instinto que le hacía presentir los grandes intereses de la tierra que gobernaba, favoreció las primeras exploraciones del río Bermejo y del Pilcomayo. Para cumplir órdenes de la corte hizo asimismo explorar las islas Malvinas, recorrer las costas patagónicas y fundar algunos establecimientos, de los cuales sólo nos queda el del Carmen de Patagonia, en las bocas del río Negro.

Con su espíritu de método y de labor administrativa, Vértiz puso en orden todos los ramos y las oficinas de hacienda: los estancos, la Aduana, el resguardo. Él mismo visitaba de improviso las oficinas públicas; inspeccionaba el trabajo y el procedimiento de los empleados, acompañado por hombres de confianza, y volvía a su despacho para corregir, reglamentar o ampliar el servicio, según las observaciones que había hecho.

En los planes de su gobierno todo entraba: las fronteras, la caridad, el bienestar, el teatro. Buenos Aires ca-

recía de «esta escuela práctica de buenas letras y de las excitaciones del talento». Vértiz entendía que sus atractivos podían servir para arrancar a la juventud y a las familias del juego y de los vicios, que son propios de la noche y de las horas de descanso; pensaba que la heroicidad de las pasiones y de los caracteres y la altisonante cultura del lenguaje teatral eran de una enseñanza fecunda para levantar las ideas. En medio de todas sus tareas administrativas puso tal empeño en que se edificara una Casa de Comedias que al fin logró verla en ejercicio, y remitir desde su gabinete las piezas más aparentes, según su juicio, para producir los resultados que apetecía.

No lo consiguió sin que le hiciera grande oposición el clero. Mas Vértiz, que era un regalista de la vieja escuela, sabía, como Carlos III, el rey de España, dónde terminaba el derecho del sacerdocio y dónde comenzaba el suyo como magistrado político y civil. Un franciscano se atrevió a censurar desde el púlpito la Casa de Comedias, declarando en nombre del Espíritu Santo que los que asistieran a «esas diversiones públicas fomentadas por el virrey» incurrían en condenación eterna. En cuanto lo supo Vértiz, ordenó al guardián que desterrara de su convento, a otro distante en el interior, al fraile atrevido que había osado censurarle en cosas que no atañían a la iglesia y que le hiciera desautorizar, en el mismo púlpito, por otro predicador.

Quien tanto interés se tomaba por el teatro, teniéndolo por escuela de cultura y de estímulo literario, era natural que se lo tomase mucho mayor por señalar su gobierno con establecimientos de verdadera y alta instrucción. Y, en efecto, puede asegurarse que nada interesó tanto como esto en el ánimo de Vértiz. En medio de todos sus demás quehaceres, en la capital o lejos de ella, cuando rectificaba las fronteras o preparaba los arduos trabajos de la demarcación de límites con el Brasil, había siempre un momento del día en que volvía a su idea principal, la instrucción

pública, bajo un sistema liberal y novísimo: la creación de un gran colegio literario que pudiera servir de nutrición a la Universidad de Buenos Aires, que también se proponía fundar.

Según JUAN MARÍA GUTIÉRREZ y VICENTE F. LÓPEZ

33. La sublevación de Tupac-Amaru.

Hacia los últimos tiempos del coloniaje, treinta y seis años antes de la guerra de la Independencia, estalló en el Alto Perú una memorable sublevación de los indios. Tupac-Amarú, José Gabriel, descendiente de los antiguos Incas, con la sola ayuda de las gentes de su raza americana, intentó nada menos que romper el yugo de la dominación española. Fué un sacudimiento de la desesperación de pueblos antes soberanos y conquistadores, por no poder ya soportar la esclavitud. Estalló tumultuosa y desorganizadamente. Su jefe natural, a pesar de haber sido educado en las Universidades de Lima y del Cuzco, no supo o no pudo fijarle rumbo y darle una bandera. Tal vez aspiraba a ceñir de nuevo en sus sienes la vincha de los Hijos del Sol... Pero esto no era ya posible. Entre el español y el indio había nacido una nueva raza: el criollo. Nò representando propiamente este elemento predominante ya, Tupac-Amarú, después de tres años de sangrienta lucha, fué vencido por los españoles. Hubo horripilantes represalias para intimidar a los sublevados. Despedazóse el cuerpo de Tupac-Amaru, atadas sus extremidades a los cinchones de cuatro potros, que tiraban en distintos rumbos. Sus miembros se clavaron en los caminos. También se impuso pena de muerte a la esposa y colaboradora del mártir, y se quemó su cadáver. Ahogóse la sublevación con sangre y fuego... ¡Los indios quedaban escarmentados!

Aunque puramente indígena y aislada, la sublevación de Tupac-Amaru es un antecedente de la Revolución hispanoamericana. No fué ésta sólo una guerra económica

y democrática, sino también una verdadera lucha de razas. Los revolucionarios invocaron los manes de Manco-Capac, de Moctezuma, de Guatimozín, de Lautaro, de Caupolicán, de Rengo, en fin, de todos los grandes príncipes y héroes de las antiguas naciones. Los Incas constituyeron especialmente la mitología de la Revolución. Su memoria fué venerada por los pueblos y cantada por los poetas. Al estallar la guerra entre los criollos y españoles, los indios, al menos donde eran más cultos y adelantados, formaron parte de las masas revolucionarias. El ejemplo de Tupac-Amaru hizo escuela. Criollos e indios civilizados lucharon por una sola y única causa: la Causa de la Libertad, ¡la Causa de América!

34. Liniers y la Reconquista de Buenos Aires.

I. LOS PREPARATIVOS Y LA MARCHA HACIA BUENOS AIRES

Conquistada por los ingleses en 1806 la ciudad de Buenos Aires, Santiago de Liniers tomó su partido: se dirigió a Las Conchas, y se embarcó en una lancha para la Colonia. Se dice que había pasado parte de la noche anterior en oración, en el santuario de la Recoleta; sería la vela de las armas de los antiguos caballeros, y, a fe, que no sentaba mal en quien descendía de Guy de Liniers, muerto en la batalla de Poitiers. Desde la Colonia escribió a Ruiz Huidobro, gobernador de Montevideo, reseñando el estado de la capital y proponiéndole reconquistarla «con 500 hombres de tropas escogidas que se le confiasen». La Junta de guerra allí establecida para preparar la resistencia a la anunciada invasión de Popham, opinó que se debía oír a Liniers. Y se le confió el mando que solicitaba.

El 22 de julio la división salió de Montevideo, entre las aclamaciones del vecindario. Al frente iba Liniers, vistiendo el brillante uniforme azul y rojo, flordelisado de

oro, de capitán de navío, y en el pecho la cruz de Caballero de Malta. Era de alta estatura, de robusta presencia, y poseía una belleza risueña y varonil, que formó parte de su prestigio entre la muchedumbre. Galante por raza y temperamento, saludaba a las mujeres apiñadas en los balcones y azoteas, anunciando la victoria que le tenía prometida aquella voz secreta, misterioso confidente de todo conquistador. ¡Al fin llegaba su hora histórica! Y, radiante de entusiasmo, blandía al claro sol de invierno, dulce como una caricia, la espada tanto tiempo herrumbrosa, que había flameado en Gibraltar y Menorca contra esos mismos ingleses a quienes ahora iba a vencer.

Embarcadas las tropas el día 3 de agosto, la travesía de la Colonia a la otra costa se efectuó sin inconveniente grave, aunque con bastante labor, por la suestada y los chubascos. Parte de la flotilla extravió el rumbo en la obscuridad, teniendo que fondear, sin saberlo, a inmediaciones de una fragata enemiga. Al salir la luna, zarparon las naves, rectificaron su rumbo, y amanecieron a la vista de Buenos Aires y de la escuadra inglesa. Arreciando la suestada, Liniers resolvió desembarcar en Las Conchas, y no ya en Olivos, como se había determinado. Allí fondeó el 4 por la mañana, e inmediatamente se realizó el desembarco de tropas y artillería, y se incorporaron además los marineros disponibles de la flotilla. El día 5 las fuerzas entraron en San Isidro, donde encontraron provisiones frescas y abrigo; el temporal se había desencadenado, dispersando a las naves enemigas y echando a pique cinco lanchas cañoneras. Las tropas emplearon el día en limpiar el armamento y apercibirse para el combate.

Al día siguiente, domingo, el capellán celebró la misa al aire libre, en el centro de las tropas formadas. Concluído el oficio, se dió orden de marcha para los Corrales de Miserere, adonde se llegó a las diez de la mañana.

Desde este punto, el jefe de la división española dirigió a las once, con su primer ayudante Quintana, una enérgica intimación al general inglés. No habiendo sido admitido por Beresford en los quince minutos fijados, el enviado se retiró sin entregar la misiva; pero Liniers no aprobó este exceso de celo y despachó nuevamente a su ayudante, que fué recibido en el acto. La respuesta de Beresford fué muy significativa, viniendo de un jefe tan circunspecto como valiente. Al contestar que se defendería «hasta el caso que la prudencia le indicara», confesaba implícitamente lo que dejaban entrever sus pedidos de conferencias con las autoridades bonaerenses, y un poco más tarde, con Pueyrredón. La situación del invasor se presentaba cada día más difícil e insostenible en la atmósfera hostil de la ciudad; y, si bien estaba resuelto a cumplir con su deber, no se ocultaba la desigualdad de condiciones con que se empeñaba el combate. Vencedor, su victoria sería estéril; vencido, su pérdida era irreparable. Puede decirse, pues, que la acción se inició, en esa misma tarde, contra un adversario moralmente derrotado. A las cinco la división rompió marcha hacia el Retiro, yendo de vanguardia el cuerpo de voluntarios catalanes con dos obuses.

II. LA RECONQUISTA

El grueso de la división no salvó sin gran trabajo, y sólo merced al auxilio del vecindario y de gauchos a caballo, las dos millas de malísimo camino, sembrado de baches y pantanos, que mediaba entre el Miserere (hoy Once de Septiembre) y el Retiro. Entretanto, los miñones o migueletes, apoyados por la compañía de infantería de Buenos Aires, llegaban a dicha plaza del Retiro «a paso de carrera» y atacaban el Parque, defendido por 200 soldados ingleses, a quienes desalojaron con una carga a la bayoneta. La fuerza enemiga se replegaba hacia la Fortaleza,

dejando varios muertos y prisioneros en el sitio, cuando encontró a Beresford, que acudía en su auxilio por la calle del Correo (Florida), con una columna de 400 a 500 hombres. En este mismo momento desembocaban en la plaza a marcha redoblada, vivamente estimulados por Liniers en persona, los voluntarios de Montevideo con una parte de la artillería de Augustini. Tan decisivo fué, al enfilar la calle, el fuego del obús cargado de metralla, que el enemigo se detuvo bruscamente y emprendió retirada hacia la plaza Mayor, dejando unos 30 muertos o heridos y abandonando un cañón.

Era muy tarde para seguir las operaciones, y, además, las tropas estaban rendidas de cansancio. Liniers se contentó con ocupar fuertemente el Retiro y sus bocacalles, tomando todas las precauciones del caso contra cualquier sorpresa. Las tropas pasaron la noche sobre las armas y sin comer. El día 11 fué ocupado en montar los cañones de 18 desembarcados de la goleta *Dolores*, y otros de igual calibre que se encontraron en el Parque; había que prevenirse contra un posible bombardeo de la escuadra, y también separarse para batir en brecha a Beresford, que parecía dispuesto a encerrar su defensa en la plaza Mayor. El efecto moral de este primer triunfo se hizo visible el mismo día; acudieron a engrosar las fuerzas regulares o a tomar órdenes muchos jóvenes patricios y hombres del pueblo, algunos de los cuales se preparaban antes a una lucha de guerrilleros. A mediodía, para probar los cañones recientemente montados, Liniers en persona apuntó sucesivamente a una lancha cañonera y a una fragata enemigas, con tan raro acierto que, después de dar en el casco de la primera, cortó con el segundo tiro la pena de su mesana, donde tremolaba la bandera británica, que cayó al agua. Túvose el hecho por un pronóstico feliz.

Al amanecer frío y brumoso del dia 14 se tocó generala, y, después de revistar las tropas, Liniers tomó sus últimas disposiciones para el ataque de la plaza. Dividió

en tres columnas su ejército, reducido en número, pero exuberante de entusiasmo y de confianza en la victoria. La columna de la izquierda, al mando de Liniers, entraría por la calle de la Merced; la del centro enfilaría por la calle de la Catedral, en tanto que la de la derecha seguiría la calle del Correo hasta el centro, para dividirse allí y ocupar las cuadras del Oeste y del Sur inmediatas a la plaza Mayor. La artillería debía preparar el avance, barriendo el camino y haciendo replegar al enemigo. El ataque general se había fijado para las doce del día, pero un incidente lo precipitó. Destacados en avanzada, un cuerpo de marineros y otro de miñones se habían deslizado por las aceras, rasando las casas a favor de la neblina, hasta llegar a dos cuadras de la plaza y acantonarse en algunos edificios, desde donde rompieron el fuego sobre las partidas enemigas. Habiendo salido a contenerlos y desalojarlos una columna inglesa, nuestros impetuosos exploradores se replegaron en guerrilla y avanzaron resueltamente. Eran las nueve de la mañana; los imprudentes voluntarios pedían refuerzos y municiones, no resolviéndose a abandonar el terreno conquistado. Las tropas, enardecidas por la fusilería, querían marchar al fuego... Entonces Liniers modificó rápidamente su plan anterior: lanzó la caballería de milicias de la Colonia y los dragones de Buenos Aires con artillería volante por la calle del Santo Cristo, en tanto que se movía penosamente la reserva con sus cañones de batir, y él mismo se adelantaba por la de la Merced, y se situaba en la plazoleta de la iglesia. La refriega se hizo general. El brío de las tropas suplió la desbaratada estrategia; el vecindario arrastró los cañones sin caballos; todo el plan se reducía entonces, para cada jefe de cuerpo, compañía o pelotón, a desalojar al enemigo que tuviera al frente, hasta desembocar en la plaza Mayor.

Los ingleses, acantonados en los altos del Cabildo, la azotea de la Recova, el pórtico de la Catedral, tenían

que hacer frente a los combinados ataques de seis columnas convergentes. Cedieron primero los de la Catedral; los del Cabildo, acometidos por el Sur y por el Norte, se replegaron sobre la Recova, ya batida por la metralla de Liniers, y desde cuyo arco Beresford dirigía la defensa. Aquí se concentró el combate y comenzó a diseñarse el triunfo...

Atacada por todos lados, la posición inglesa se hacía insostenible. Casi al mismo tiempo, los dos generales enemigos, Beresford y Liniers, vieron caer a su lado a sus respectivos ayudantes. Liniers, atravesado el uniforme por tres balazos, se dirigía hacia la plaza. En el momento en que Beresford, convencido de que era imposible la resistencia, daba la señal de retirada cruzando su espada sobre el brazo izquierdo, la diezmada división inglesa se replegó hacia la Fortaleza, y su general fué el último que ocupó el puente levadizo. El pueblo, victorioso, hizo irrupción en la plazoleta del Fuerte, dominando con sus clamores el ruido de la fusilería y batiendo sus murallones con sus oleadas enfurecidas. Trajéronse escalas para emprender el asalto, como si fuera un abordaje; pero entonces apareció Beresford, espada en mano, por el ángulo Nordeste del Parapeto, y se izó bandera parlamentaria. Con todo, el humo y la distancia impedían divisarla, y no cesó el fuego de los asaltantes. Al pie de la muralla, el comandante Mordeille, que contenía difícilmente a sus hombres, cruzaba un diálogo en francés con Beresford. Preguntando éste «si su vida corría peligro», el otro contestó que estaba salvada con rendirse a discreción. El general arrojó su espada al pie de la muralla, pero Mordeille se la devolvió por medio de pañuelos atados; al mismo tiempo se izó en el bastión una bandera española suministrada por un marinero; y de repente cesó el fuego, y el pueblo exhaló una inmensa aclamación.

Según P. Groussac.

35. Las clases sociales y la vida colonial.

Los españoles aportaron a América su organización monárquica y aristocrática. Por su origen étnico y por las circunstancias económicas, el pueblo de las colonias se dividía, según las leyes y las costumbres, en varias clases sociales: *nobles*, *criollos*, *indios*, *mestizos*, *negros* y *mulatos*. Los nobles representaban la clase privilegiada, y eran en su mayor parte españoles; a esta clase pertenecían los altos funcionarios que la metrópoli mandaba a las colonias. Los indios debían pagar un tributo al rey, la *mita*, por lo que se los llamaba *mitayos*; no obstante, reconocíanseles ciertos derechos, como a antiguos dueños de la tierra. Cuando se resistían al dominio español y eran violentamente reducidos, podíaselos esclavizar para el servicio doméstico de los conquistadores; en tal caso se los distinguía de los mitayos, y se los apellidaba *yanaconas*. En premio de servicios militares, el rey solía conceder, a ciertos súbditos españoles, el derecho de aprovechar parte del trabajo de los indios sometidos en las *reducciones;* éstas se llamaban entonces *encomiendas*, y sus dueños, *encomenderos*. Los negros introducidos de África se utilizaban y vendían en condición de esclavos; cuando el amo les otorgaba la libertad, se denominaban *libertos*. A los negros huídos a los bosques y a las selvas para librarse de la esclavitud, se los denominaba *cimarrones*, y se los perseguía como a bestias feroces. Las leyes eran severas con los negros libertos y mulatos; obligábaselos a tributar al rey como los indios, y se les imponía una serie de rigurosas prohibiciones, entre otras la de andar de noche sueltos y sin permiso por las calles, y a las hembras el uso de oro, seda, perlas y mantos.

Entre la nobleza y las bajas clases sociales formóse una categoría intermedia, que ahora denominaríamos «burguesía», y que entonces se llamaba la *gente decente*. Esta clase, criolla por excelencia, descendiente de españoles e

indios, poseía bienes, era relativamente ilustrada, y constituyó la clase directora local o colonial. La gente decente criolla hacía en cierto modo causa común con las bajas clases, mestiza, india y negra; era querida y respetada. Sólo llegó a reputarse antagónica del español, al que se llamaba *gachupín* en México, *chapetón* en el Perú, y más tarde *godo* en el virreinato del Río de la Plata. En manos de la «gente decente» estaban el comercio, el sacerdocio, el foro, las milicias, y aun el gobierno comunal de los Cabildos. Consideróse esta clase con los mismos derechos y privilegios que la nobleza española. Para formar parte de los Cabildos, del gremio de abogados, del claustro universitario, del coro de las catedrales, del colegio de los médicos y de las demás corporaciones gubernamentales y directoras, si no se requería precisamente como en España *ejecutoria de nobleza*, era indispensable tener *limpieza de sangre*. Los negros, los mulatos, los indios y los mestizos, en general, eran excluídos; pero se daba cabida al criollo, descendiente directo de español, aunque éste hubiese entroncado con indias conversas, que siempre podían suponerse nobles en su raza, hijas de caciques y príncipes americanos.

La clase directora criolla adoptó, o, mejor dicho, continuó y adaptó al medio ambiente las ideas y costumbres de la nobleza española. Perdiendo parte de la belicosidad y arrogancia peninsulares, llevó una existencia simple y honesta; la vida colonial era vida provinciana. Los días sucedían a los días, y las noches a las noches, sin más novedades que las solemnidades religiosas, las fiestas onomásticas y circunstanciales de la real casa española, el cambio de altos funcionarios, las tertulias caseras. Por acción de la Iglesia y de la corona, la «gente decente» era piadosa e ingenua, y, a su ejemplo, todo el pueblo civilizado. La familia estaba organizada bajo el principio de un amplio poder del padre sobre la mujer, los hijos, los criados y los esclavos. Al caer la noche, antes o después de cenar, todos rezaban en común el rosario, y,

al acostarse, los hijos pedían la bendición a los padres. Hijos y criados besaban al jefe de familia la mano, generosa en la dádiva y severa en el castigo. Religiosamente educada en los claustros, ignorante y crédula, la sociedad vivía como dormitando su larga siesta colonial, sobre un suelo abundante, en un clima templado y bajo un cielo siempre límpido. Solamente la inquietaban las exacciones del régimen del monopolio y regalía, y sus injusticias dejaban en los ánimos un fermento de incomodidad y desconfianza. Aunque en estado latente hasta que las invasiones inglesas revelaran las ventajas de un nuevo régimen de franquicias comerciales, ahí estaba el germen de la Revolución.

La Revolución y guerra de la Independencia fueron ante todo obra de la burguesía criolla. Ésta les dió impulso, forma, organización y fines, y las demás clases sociales americanas la siguieron con fidelidad y entusiasmo. Puede decirse que en América no hubo, en los últimos tiempos del coloniaje, más rivalidad de clase que la oposición al gachupín, chapetón o godo. Si bien las diferencias sociales se hacían sentir con cierto rigor en las colonias ricas y tradicionales como México y el Perú, en ninguna parte engendraron odios profundos, y en el Río de la Plata fueron tan leves que desaparecieron y se borraron en los primeros lustros de la Revolución. En las invasiones inglesas, toda la población americana civilizada, sin asomos siquiera de antagonismos de clase, se unió para rechazar la agresión extraña. El negro y el mestizo formaron heroicas falanges en los ejércitos de la patria. Por otra parte, el clima diezmaba de tal manera al elemento africano, que, por su disminución, tendió siempre a desaparecer de las pampas argentinas. No hubo así, después de la guerra de la Independencia, grandes problemas étnicosociales. La partícula ancestral de sangre indígena parecía diluída en los descendientes criollos; los indios se habían refugiado en los bosques y selvas lejanas; los negros, que nunca fueron tantos como en las demás co-

lonias, por no requerirlos mayormente las industrias locales, raleaban y se eliminaban por causas climatológicas. Todo venía, pues, a favorecer la naciente democracia. Con la difusión de la cultura y el aumento de la riqueza, el grupo de la clase directora aumentó y se extendió. Así como la «gente decente» había substituído antes a la nobleza, el pueblo vino a substituir a la «gente decente». Y hoy, puede rigurosamente decirse, todo verdadero argentino, por el solo hecho de serlo, tiene limpieza de sangre en sus tradiciones de familia y ejecutoria de nobleza en los cuarteles de su nacionalidad.

VII. LA ÉPOCA DE LA INDEPENDENCIA

36. El 25 de Mayo de 1810.

Amaneció por fin, en Buenos Aires, el 25 de mayo de 1810. El cielo estaba opaco y lluvioso como en el día anterior, y veíanse a lo largo de la ancha acera del Cabildo grupos de hombres envueltos en largos capotes, armados de estoques y pistolas, en cuyos rostros estaban dibujadas las fatigas del insomnio. El punto de reunión era una posada situada sobre la misma acera, donde los ciudadanos se guarecían de la lluvia. French y Beruti dirigían las operaciones de esta reunión, en cuyos movimientos se notaba cierta organización que manifestaba estaban bien preparados para la lucha.

Reunióse temprano el Cabildo para tomar en consideración la renuncia del virrey y la representación del pueblo, manifestaciones del poder colonial que abdicaba en su impotencia y de la soberanía popular que se inauguraba. El Cabildo, con esa energía ficticia que es propia de las corporaciones que no son impulsadas por sus principios fijos, y que suplen la falta de medios por la entereza de resoluciones que no han de ejecutar ellas mismas, había contestado verbalmente al virrey, en la noche anterior, que no debía hacerse lugar a la petición del pueblo

y que a él le tocaba reprimir con la fuerza de las armas a los descontentos, haciéndolo responsable de las consecuencias.

Al mismo tiempo que en las galerías altas de la casa capitular se celebraba la sesión del Cabildo, una escena más animada se realizaba en la plaza. Como la reunión se engrosara por momentos y fuese necesario darle una organización, imaginó French la adopción de un distintivo para los patriotas. Entró en una de las tiendas de la Recova y tomó varias piezas de cintas blancas y celestes, colores popularizados por los patricios en sus uniformes desde las invasiones inglesas, y que había adoptado el pueblo como divisa de partido en los días anteriores. Apostando en seguida piquetes en las avenidas de la plaza, los armó de tijeras y de cintas blancas y celestes, con orden de no dejar penetrar sino a los patriotas y de hacerles poner el distintivo. Beruti fué el primero que enarboló en su sombrero los colores patrios, que muy pronto iban a recorrer triunfantes toda la América del Sur. Instantáneamente se vió toda la reunión popular con cintas celestes y blancas pendientes del pecho o del sombrero. Tal fué el origen de los colores de la bandera argentina, cuya memoria se ha salvado por la tradición oral. Más tarde veremos a Belgrano ser el primero que enarbole esa bandera y el primero que la afirme con una victoria.

El pueblo, vestido con los colores del cielo, se dirigió en masa a los corredores de la casa capitular, acaudillado siempre por French y por Beruti. Estos dos tribunos, presidiendo una diputación, se personaron en la sala de sesiones y exigieron con firmeza que se cumpliese la voluntad del pueblo deponiendo al virrey del mando, increpando al Cabildo por haberse excedido de sus facultades, y acabando por anunciar que el tiempo era precioso y que la paciencia se agotaba. El Cabildo no creía en el pueblo. Le parecía sin duda un sueño que en una colonia esclavizada surgiera repentinamente esa nueva entidad. Así fué

que, en vez de acceder a sus deseos, mandó llamar a los comandantes de la fuerza armada para reprimir por medio de las armas lo que en su ceguedad consideraba como una asonada pasajera. Los comandantes hicieron caer la venda que cubría los ojos de los cabildantes. Todos ellos, a excepción de tres que guardaron un tímido silencio, declararon terminantemente que ni podían contrarrestar el descontento público, ni sostener al gobierno establecido, ni



aun sostenerse a sí mismos, pues sus tropas estaban por el pueblo; que no veían más medio de impedir mayores males que la deposición del virrey, «porque así lo exigía la suprema ley».

En aquel momento oyéronse grandes golpes dados sobre las puertas por la mano robusta del pueblo, dominando el tumulto las voces de French y de Beruti, que repetían: «El pueblo quiere saber de lo que se trata». Tuvo que salir el comandante don Martín Rodríguez a aquietar

a sus amigos, asegurándoles que todo se arreglaría como lo deseaban. Don Martín Rodríguez era uno de los pocos comandantes que tenían la confianza del pueblo, y sus palabras, contestadas con vivas, serenaron a la multitud. El Cabildo, intimidado, diputó dos de sus regidores, acompañados por el escribano de la corporación, para «requerir al virrey a que hiciese absoluta dimisión del gobierno, sin traba ni restricción alguna, porque de lo contrario no respondía de su vida ni de la tranquilidad pública». Cisneros se sometió; pero, queriendo protestar de violencia y fuerza, no se le admitió que lo hiciera.

Disponíase el Cabildo a acceder a los deseos manifestados por el pueblo; pero ya el pueblo no se contentaba con lo que había pedido. Quería afianzar su triunfo para no exponerse a una nueva contrarrevolución. En el intervalo, el fogoso Beruti, iluminado por una de esas inspiraciones súbitas que definen una situación, tomó una pluma y escribió varios nombres en un papel. Era la lista de la futura Junta revolucionaria, que fué aceptada por aclamación popular, nombrándose una nueva diputación para que la impusiese al Cabildo.

Los diputados del pueblo comparecieron nuevamente a la barra del ayuntamiento, no como peticionarios sino como embajadores del nuevo soberano. Declararon con entereza que el pueblo había reasumido la soberanía delegada en el Cabildo; que era su voluntad se nombrase una nueva Junta compuesta por Saavedra, Castelli, Belgrano, Azcuénaga, Alberti, Matheu, Larrea, Passo y Moreno, decretándose en el acto una expedición militar a las provincias del interior para que fuese portadora de las órdenes de la nueva autoridad. Esta misma petición fué presentada por escrito.

El Cabildo, obcecado, persistía en no creer en el pueblo, y exigía que se congregase en la plaza para convencerse que tal era su voluntad. Salió el Cabildo al balcón, y French y Beruti desplegaron al pie de él su batallón

patriótico, que en aquel momento, a causa de la lluvia y de lo avanzado de la hora, solamente contaba poco más de un centenar de hombres. No correspondiendo este número a la idea que el Cabildo se había formado de aquella entidad desconocida para él, gritó el síndico procurador: «¿Dónde está el pueblo?» A lo que contestaron varios que se tocase la campana del Cabildo para que la población se congregara, y que si no se hacía por falta de badajo, ellos tocarían generala y abrirían los cuarteles, y que entonces vería el Cabildo dónde estaba el pueblo.

Cediendo a la presión popular, creyó al fin en el pueblo, e, inclinándose ante su soberanía, proclamó bajo su dictado la nueva Junta Gubernativa de las Provincias del Río de la Plata, con la precisa condición de que debía prepararse en el término de quince días una expedición de 500 hombres para auxiliar a las provincias del interior, a fin de que eligieran libremente sus diputados. En seguida el Cabildo, desde lo alto de sus balcones, propuso al pueblo las bases constitutivas del nuevo orden de cosas, que fueron discutidas y votadas a la manera de las democracias antiguas, declarando que aquella «era su voluntad». Inmediatamente se instaló la Junta Gubernativa, y prestó juramento, promulgándose como Consutución las mismas reglas antes formuladas por el Cabildo, que establecían la división de los poderes, la responsabilidad de los funcionarios, la publicidad de las cuentas, la seguridad individual, el voto de las contribuciones por el municipio y la inmediata convocatoria del Congreso general que debía estatuir, sobre todo, el nombre del pueblo y determinar definitivamente la forma de gobierno. Tal fué la primera Constitución política que tuvo el pueblo argentino. Hija de una revolución trascendental y votada por un solo municipio, fundada sobre la base del derecho colonial, admitiendo como principio la representación de los Cabildos y haciendo intervenir la fuerza para promulgarla, ella contenía los únicos elementos de gobierno orgánico que por

entonces poseyese la colonia, y entrañaba los dos principios que debían pugnar hasta dar leyes coherentes apropiadas a su naturaleza, a aquel gigante informe que se llamaba el Virreinato del Río de la Plata.

El presidente de la nueva Junta, después de prestar el juramento de conservar fielmente su cargo y de mantener la integridad del territorio bajo el cetro de Fernando VII guardando las leyes del reino, exhortó al pueblo al «orden», a la «unión» y a la «fraternidad», recomendándole estimación y respeto por la persona del virrey depuesto y su familia. La Junta patriótica se instaló en la Fortaleza, morada de los antiguos mandatarios de la colonia, y empezó a funcionar revolucionariamente invocando el nombre de la autoridad del rey de las Españas don Fernando VII.

BARTOLOMÉ MITRE

37. Libertad e Igualdad.

(Declaración de un miembro de la Junta de 1810)

La libertad de los pueblos no consiste en palabras ni debe existir en los papeles solamente. Cualquier déspota puede obligar a sus esclavos a que canten himnos a la libertad, y este cántico a la libertad es muy compatible con las cadenas y opresión de los que lo entonan. Si deseamos que los pueblos sean libres, observemos religiosamente el sagrado dogma de la igualdad. Si me considero igual a mis conciudadanos, ¿por qué me he de presentar de un modo que les enseñe que son menos que yo? Mi superioridad sólo existe en el acto de ejercer la magistratura que se me ha confiado; en las demás funciones de la sociedad soy un ciudadano, sin más derecho a otras consideraciones que las que merezca por mis virtudes.

MARIANO MORENO.

38. Mariano Moreno.

A la sombra del techo paterno, embellecido por la presencia radiosa de una madre santa, Mariano Moreno, aquel espíritu fiero desde la infancia y susceptible de toda pasión grandiosa, se desenvolvía con extraordinaria rapidez, robustecido por un sentimiento religioso eficaz y vívido, y diariamente adquiría mayor elasticidad y vigor para recorrer las regiones de la ciencia que sus maestros le abrían. Su discreción prematura era el encanto y el asombro de las íntimas y modestas veladas de su familia, y el capista del colegio de San Carlos no tardó en ser el orgullo de las aulas y el terror de las «conclusiones». Un fraile franciscano, de corazón de ángel y alma de revolucionario, Cayetano Rodríguez, descubrió en el espíritu de aquel adolescente fuerzas superiores al radio escolástico, de cuyos límites desbordaban, y cuya dialéctica era para él un instrumento dócil y familiar; y ponía en sus manos libros que le iniciaban en rumbos más abiertos y le ofrecían espectáculos en que pudiera buscar contemplaciones dignas de su espíritu.

Cuando llegó a la juventud, discurría con impetuosidad genial y su palabra era dominante y atractiva. Poseía una voluntad de hierro, resistente a todo combate y tenaz en medio de las agresiones de la suerte. Viajando hacia el Perú, un día fué abandonado enfermo y casi agonizante, sin lecho ni abrigo; pero ni las torturas ni los deslumbramientos del delirio febril enervaron su fibra ni arrebataron su razón al dominio de la vida. Quiso, y se puso de pie. Quiso, y aquel enérgico arranque le devolvió a la vida y a la salud. Devoraba en Charcas, en casa de un canónigo favorecedor suyo, cuantas páginas le explicaban la revolución moderna. Allí dejóse subyugar sin duda por los espectáculos de la Revolución Francesa, los cuales le inspiraron tan viva admiración que no le permitieron discernir claramente las fuerzas y tendencias le íti-

mas de la democracia, del despotismo popular y revolucionario.

Temido por los mandones del foro, que prefirió al sacerdocio, al cual estaba destinado, cruzó hacia 1806 el territorio argentino, para regresar a Buenos Aires con su esposa y su único hijo. Nos ha dejado en páginas palpitantes la expresión del amargo dolor que las desventuras del indio peruano suscitaron en su alma. Lloró y meditó más tarde, cuando las armas inglesas conquistaron la tierra de sus amores, y su carácter se acentuó en las terribles enseñanzas de aquel período. Las conmociones del año 1809 le hallaron en primera línea. Su impaciente prisa por la revolución le complicó en la de Alzaga, el 1.º de enero; pero, en seguida, rectificando su línea de conducta, abordó las cuestiones prácticas y vivas. En un escrito famoso, la *Representación de los hacendados,* arrancó de labios del virrey Cisneros la emancipación mercantil de la colonia.

En la revolución, superó a sus contemporáneos por la visión del porvenir, siquiera flaquease en la inteligencia de sus medios. Orador y periodista, magistrado y revolucionario, él inoculaba en la juventud la savia novísima, subyugaba el poder y lo arrastraba con ímpetu y arrojo, como si Dantón hubiera resucitado en la colonia, y porfiaba sin reposo por romper toda valla que se opusiera a la soberanía popular. ¡En su cerebro se anidaba el rayo y en sus rasgados ojos fulguraba el estro divinizado del profeta! Los elementos recalcitrantes que hervían en el crisol venciéronlo temprano..., y fué a morir. Su alma no atravesó los días de vértigo revolucionario, y salió incontaminado de este mundo. Él hubiera tal vez encaminado la revolución en armonía con la índole de los pueblos, viviendo así esencialmente el carácter de nuestra historia. Tal vez hubiera desfallecido, o incurrido en fanatismo por sus ideas francesas y unitarias... Pero es tanto más glorioso cuanto que a ninguna causa sirvió, sino a la libertad

de su país y al impulso inicial de la democracia. Resonó su voz como la palabra de la Sibila en la radiosa aurora, y se sumergió en su propio resplandor. La pureza primitiva de la Revolución, como una esfera mágica y luminosa, envuelve su sombra ante el alma entristecida, y la hace brillar lejos de todo rumor humano y de la tierra que guarda los muertos, entre la inmensidad del mar y la inmensidad del cielo. De las ondas saladas y las nubes encendidas, hízole la suerte un mausoleo eterno y digno de su memoria augusta, jamás empañada en cínicos fratricidios ni en cobardes desencantos y traiciones.

JOSÉ MANUEL ESTRADA.

39. Saavedra y Moreno.

En el primer gobierno del pueblo argentino, la Junta de 1810, su presidente, el coronel Cornelio Saavedra, oriundo de la ciudad de Potosi (Alto Perú), representaba el espíritu ponderado y conservador de la madurez, y el secretario, doctor Mariano Moreno, hijo de Buenos Aires, la fogosidad de la edad juvenil. Temperamentos tan opuestos debían chocar en la primera oportunidad. Presentóse ésta con motivo de una fiesta que se verificó en el cuartel del cuerpo de Patricios para celebrar la victoria del Suipacha. Saavedra, como jefe del cuerpo, presidía la mesa del banquete que remató la fiesta; acompañábale su señora, sentados ambos en altos sitiales de honor, bajo dosel. Excitado por el vino, un oficial apellidado Duarte se puso de pie y recitó un brindis en verso al coronel y presidente de la Junta. Llamábale pomposamente «emperador», y añadía que «la América esperaba impaciente que tomase el cetro y la corona».

No estaba presente Moreno porque, cuando había intentado entrar en el cuartel, el centinela de guardia, acaso sin conocerle, habíale atajado el paso. Profundamente irritado por el desaire sufrido, más que en su persona en su calidad de secretario de la Junta, retiróse

Moreno a su casa. Después de la fiesta fueron a verle sus amigos, indignados por el brindis del oficial Duarte, al que Saavedra no dió importancia.

Moreno, participando de la indignación de sus amigos, proyectó aquella misma noche un decreto fulminante, en el que se declaraba que Duarte «debía perecer en el cadalso». Perdonábasele la vida porque se había hallado en estado de embriaguez, y se le condenaba a destierro. Según decía el decreto, «ningún habitante de Buenos Aires, ni ebrio ni dormido, debía tener impresiones contra la libertad de su país». Declarábase asimismo que las esposas de los funcionarios públicos no participaban de las prerrogativas de sus maridos; no se tributaban honores a los hombres, sino a los funcionarios, como representantes de la autoridad de la patria. Al día siguiente la Junta firmó el decreto, convencida de su justicia. Desde entonces se puso en evidencia, en el seno de la corporación, cierto malestar y antagonismo entre Saavedra y Moreno. Esto podía provenir, no sólo de oposición de ideas y de incompatibilidad de caracteres, sino también de los sentimientos localistas de ambos próceres, puesto que uno era altoperuano y el otro porteño.

Poco después llegaron los diputados del interior, representantes de las provincias. Moreno se opuso a su incorporación a la Junta de gobierno; debían constituir una corporación distinta. Pero prevaleció la opinión contraria, sostenida por Saavedra, y los diputados se incorporaron a la Junta. Disgustado por este hecho, Moreno dimitió. Como la Junta no aceptase su dimisión, él la obligó a ello, declarando que «la renuncia de un hombre de bien es siempre irrevocable». En tan enérgicos términos censuraba la conducta de aquellos funcionarios que solamente la presentan por fórmula, para consolidarse en el poder, pues saben que no les será aceptada.

Para aprovechar sus servicios, envióle la Junta a Inglaterra, como agente de la Revolución. A pesar de su

flaca salud, Moreno aceptó el cargo. Desgraciadamente murió en el viaje, exclamando: «¡Viva mi patria aunque yo perezca!» Su cuerpo fué arrojado al mar. Y se cuenta que, cuando llegó a Buenos Aires la triste noticia, Saavedra dijo, con los ojos llenos de lágrimas: «¡Tanta agua era menester para apagar tanto fuego!».

40. El deber del marino.

Formada recientemente la primera escuadra argentina, una flotilla de tres pequeños buques remontaba el río Paraná. Mandábala Juan Bautista Azopardo, a bordo de *La Invencible.* Por tierra, debían protegerla unas escasas baterías. A la altura de San Nicolás de los Arroyos, el 2 de marzo de 1811, avistóse la enemiga escuadra española, compuesta de cuatro grandes naves. Con tan desiguales elementos, la victoria era materialmente imposible para los patriotas. Ignorantes todavía del arte de la guerra y bisoñas en la disciplina militar, las fuerzas de la batería y de dos de los pequeños buques argentinos creyeron que debían esquivar el combate, y se pusieron en salvo.

Quedó sola, para hacer frente al enemigo, la nave capitana *La Invencible.* El fuego diezmaba a los patriotas. Los marinos españoles estaban sorprendidos de que se pudiera sostener semejante lucha. Después de un largo tiroteo avanzaron sus naves, y tomaron el pequeño buque al abordaje. Para oponerse cuerpo a cuerpo a la irrupción de los asaltantes, había sólo un puñado de valientes. De los cincuenta tripulantes de *La Invencible*, apenas restaban en pie unos ocho o diez. La cubierta y el puente estaban obstruídos de cadáveres. Antes de rendirse y dejar el buque en poder del enemigo, Azopardo, que conservaba milagrosamente la vida, resolvió incendiar la santabárbara para que estallase el depósito de pólvora y volara *La Invencible.* Pero los españoles habían previsto esta decisión, y habían cerrado sólidamente las puertas de la santabárbara. Varios

hombres rodearon a Azopardo cuando intentó llevar a cabo su designio, y le tomaron prisionero. El heroico marino, el patriarca de los marinos argentinos, pesaroso de conservar la vida, exclamó entonces: «La desgracia no me ha permitido cumplir mi deber hasta el fin».

41. El tambor de Tacuarí.

1. Es un grupo de argentinos
el que marcha a combatir;
es la patria quien los mueve
y es Belgrano su adalid.
Con la bala y con la idea
traen de Mayo el boletín;
y las selvas paraguayas
van abriendo al porvenir,
mientras juega con sus chismes
el tambor de Tacuarí.

2. Rompe el aire una descarga,
el cañón entra a crujir,
y un vibrante son de ataque
los empuja hacia la lid.
Bate el parche un pequeñuelo
que da saltos de arlequín,
que se ríe a carcajadas
si revienta algún fusil,
porque es niño como todos
el tambor de Tacuarí.

3. Es horrible aquel encuentro:
cien luchando contra mil;
un pujante remolino
de humo y llamas truena allí.
Ya no ríe el pequeñuelo:
¡suelta un terno varonil,
echa su alma sobre el parche
y en redobles lo hace hervir,
que es muñeca la muñeca
del tambor de Tacuarí!

4. «¡Libertad! ¡Independencia!»
parecía repetir
a los héroes de dos pueblos,
que, entendiéndole por fin,
se abrazaron como hermanos;
y se cuenta que de ahí
por América cundieron,
hasta en Maipo, hasta en Junín,
los redobles inmortales
del tambor de Tacuarí.

RAFAEL OBLIGADO

42. La jura de la bandera.

I. ORIGEN Y ANTECEDENTES DE LOS COLORES PATRIOS

Los colores de la bandera argentina, el blanco y el celeste, como distintivo popular, aparecieron por primera vez en el río de la Plata con ocasión de las invasiones inglesas, en 1806 y 1807. Los ciudadanos armados los adoptaron en su uniforme. Los Patricios — el primer cuer-

po de milicia urbana formado en estos países — usaron pantalones blancos, chaqueta azul y penacho blanco con punta azulceleste, por cuya razón se los llamaba vulgarmente «gaviotas». Estas aves, como es sabido, tienen el cuerpo blanco y las alas, asi como la extremidad de la cabeza, de un color ceniciento claro que tira a celeste. Créese que fué adoptado este color en señal de fidelidad al rey de España Carlos IV, que usaba la banda celeste de Carlos III. El blanco y el celeste fueron también los colores de la Inmaculada Concepción de la Virgen, según el simbolismo de la Iglesia. Sea cual fuere el significado que se les diese en Buenos Aires, desde las invasiones inglesas se adoptaron como colores de partido, y empezaron a popularizarse entre los nativos. El 25 de mayo de 1810, French y Beruti repartieron al pueblo, amotinado en la plaza de la Victoria, escarapelas formadas con cintas blancas y celestes, que los patriotas colocaron como distintivo en sus sombreros.

A principios de 1812 tomó el general Belgrano el mando del ejército del Norte. Hallábase en el Rosario, ocupado en trabajos de fortificación, cuando se tuvo aviso de que una escuadrilla enemiga debía partir de Montevideo, entonces en poder de los españoles, con objeto de atacar las baterías del Rosario y posesionarse de La Bajada del Paraná. A la aproximación del peligro, el espíritu de Belgrano se exaltó, y, buscando en su alma uuevas inspiraciones para transmitir su entusiasmo a las tropas que mandaba, concibió la idea de dar a la Revolución un símbolo visible, que concentrase en sí las vagas aspiraciones de la multitud y los propósitos de los hombres de principios. Resuelto a acelerar la época de la independencia y a comprometer al pueblo y al gobierno en esta política atrevida, empezó por proponer la adopción de una escarapela nacional (13 de febrero 1812). Fundábase en que los cuerpos del ejército usaban escarapelas de distintos colores, siendo necesario uniformarlos a to-

dos, puesto que defendían la misma causa. El gobierno, cediendo a la exigencia de Belgrano, declaró por decreto de 18 de febrero, que «la escarapela nacional de las Provincias del Río de la Plata sería de color blanco y azulceleste». El 23 empezaron los ciudadanos a usar el distintivo nacional, que hasta entonces había sido sólo una divisa popular. En el mismo día se distribuyó a la división de Belgrano, quien, al dar cuenta al gobierno de este hecho, le atribuye su verdadero significado: «la firme resolución de sostener la Independencia de la América».

II. INAUGURACION DE LA BANDERA ARGENTINA

En posesión de la escarapela, Belgrano asumió sobre sí la responsabilidad de enarbolar una nueva bandera, cuando todavía flameaba el pabellón español en la casa del gobierno revolucionario, el Fuerte de Buenos Aires. En vísperas de guarnecer sus dos baterías, el general patriota ofició al gobierno la grave resolución que había tomado. Ya no podían los cuerpos revolucionarios seguir usando la bandera de sus enemigos. El día 27 de febrero era el señalado para inaugurar las baterías, a las que había bautizado con dos nombres simbólicos, que revelaban las aspiraciones de su alma. Batería de «La Libertad» llamó a la de la barranca, y de «La Independencia», a la de la isla. Deseando coronarlas, como lo comunicó al gobierno, con un pabellón digno de estos nombres, que representaban dos grandes ideas, resolvió enarbolar en ellas el estandarte revolucionario, a cuya sombra debían conquistarse una y otra.

En la tarde del día indicado se formó la división en batalla sobre la barranca del río, en presencia del vecindario, congregado por orden del comandante militar. A su frente se extendían las floridas islas del Paraná, que limitaban el horizonte; a sus pies se deslizaban las corrientes del inmenso río, sobre cuya superficie reflejábanse las blancas nubes en el fondo azul de un cielo de verano. El sol, que se inclinaba al ocaso, iluminaba con sus oblicuos

rayos aquel paisaje lleno de grandiosa majestad. En aquel momento, Belgrano, que recorría la línea a caballo, mandó formar cuadro, y, levantando la espada, dirigió a sus tropas las siguientes palabras: «¡Soldados de la Patria! En este punto hemos tenido la gloria de vestir la escarapela nacional; en aquél (y señaló la batería «Independencia») nuestras armas aumentarán sus glorias. Juremos vencer a nuestros enemigos interiores y exteriores, y la América del Sur será el templo de la Independencia y de la Libertad. En fe de que así lo juráis, decid conmigo: «¡Viva la Patria!» Los soldados contestaron con un prolongado «¡viva!» Y, dirigiéndose en seguida a un oficial que estaba a la cabeza de un piquete, Belgrano le dijo: «Señor capitán y tropa destinada por primera vez a la batería «Independencia»: id, posesionaos de ella y cumplid el juramento que acabáis de hacer». Las tropas ocuparon sus puestos de combate. Eran las seis y media de la tarde. En aquel momento se enarboló en ambas baterías la bandera azul y blanca, y su ascensión fué saludada con una salva de artillería. Así se inauguró la bandera argentina.

Según BARTOLOMÉ MITRE.

43. La Asamblea del año 1813 y el Escudo Nacional.

Aunque la Revolución de Mayo estalló por motivos ocasionales, tuvo desde el primer momento altos fines. Sus prohombres vislumbraron, desde el primer instante, la grandiosa perspectiva de la Independencia y de la Libertad. Por falta de preparación previa en el pueblo, estos ideales tardaron un tiempo, harto breve, por cierto, en definirse. Su más gloriosa definición se produjo en la Asamblea General Constituyente reunida el año de 1813, en la ciudad de Buenos Aires, bajo la presidencia de Carlos María de Alvear. El gobierno declaró solemnemente que «residía en ella la representación y el ejercicio de la soberanía»; reconocíase así que la autoridad del cuerpo era representativa y dimanaba del pueblo. Y el pueblo festejó la decla-

ración del gobierno y la instalación de la Asamblea con salvas de artillería, repique de campanas, músicas, iluminaciones y cánticos en las calles y plazas.

El primer acto de la Asamblea fué sancionar, para los gobernantes, una nueva fórmula de juramento. Haciendo desaparecer el nombre de Fernando VII en los actos del gobierno, los ciudadanos jurarían en adelante « conservar y sostener la libertad, integridad y prosperidad de las Provincias del Río de la Plata ». Se recordó el nombre de Mariano Moreno como fundador de la democracia argentina. Se mandó escribir y se aprobó el *Himno Nacional*. Se organizó la justicia, suprimiéndose los recursos de



apelación para las autoridades judiciales de la antigua metrópoli. Se promulgó la abolición de la esclavitud para los hijos de los esclavos que en adelante nacieran y se prohibió la importación de esclavos. Se declaró la libertad de imprenta. Se abolieron los tributos que pesaban sobre los indios. Se acabó con la Inquisición y con los tormentos en los juicios. Se echaron las bases de la Iglesia nacional. Se proveyó a la instrucción del pueblo. Se substituyó, en la moneda, la efigie de los reyes de España por el Escudo nacional...

La creación y el simbolismo del Escudo nacional constituyen la mejor síntesis de la obra realizada por la Asamblea de 1813. Dos manos entrelazadas sostienen el rojo gorro frigio de la Libertad. Lo iluminan los rayos del sol naciente

y lo circundan la oliva de la paz y el laurel de la victoria. Aunque sin suficiente fundamento histórico, dícese que su orla ostentaba la leyenda: *En Unión y Libertad.* Las manos entrelazadas representan la confraternidad de los hombres y de los pueblos, y el gorro frigio la libertad de una nación que nace como el sol, puro y radiante. La leyenda, si es que existió realmente en el escudo, y en todo caso suprimida por innecesaria más tarde, aclara el ya translúcido simbolismo. Y el escudo viene a ser un sello que el pueblo se impone a sí mismo, por órgano de la Asamblea, con el carácter indeleble de un sacramento: ¡el sacramento de la Patria!

Muchos cambios y revoluciones ocurren después en la tan rápida como intensa vida histórica del pueblo argentino. La barbarie de los campos ataca la cultura de las ciudades. Las provincias se separan y luchan contra el ideal unitario por la organización federal. Desencadénanse tormentas de tiranía, y el suelo de la patria es regado con la sangre de sus hijos. Todo el pasado tradicional parece obscurecerse, aclararse, renacer como un fénix, transformarse como el Proteo de la mitología clásica... Pero, entre tantas revueltas y vicisitudes, algo queda siempre firme y seguro como un baluarte o una montaña: el Escudo nacional, símbolo de los ideales de la Revolución, y síntesis de la obra institucional realizada por la Asamblea General Constituyente de 1813.

44. Himno Nacional Argentino.

CORO

Sean eternos los laureles
que supimos conseguir:
coronados de gloria vivamos
o juremos con gloria morir.

1. Oíd, mortales, el grito sagrado:
¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!

¡Oíd el ruido de rotas cadenas!...
Ved en trono a la noble Igualdad.
Se levanta a la faz de la tierra
una nueva y gloriosa Nación,
coronada su sien de laureles
y a sus plantas rendido un León.

2. De los nuevos campeones los rostros
Marte mismo parece animar:
la grandeza se anida en sus pechos;
a su marcha todo hace temblar.
Se conmueven del Inca las tumbas
y en sus huesos revive el ardor,
lo que ve renovando a sus hijos
de la Patria el antiguo esplendor.

3. Pero sierras y muros se sienten
retumbar con horrible fragor:
todo el país se conturba por gritos
de venganza, de guerra y furor.
En los fieros tiranos la envidia
escupió su pestífera hiel;
su estandarte sangriento levantan
provocando a la lid más cruel.

4. ¿No los veis sobre Méjico y Quito
arrojarse con saña tenaz,
y cual lloran bañados en sangre
Potosí, Cochabamba y La Paz?
¿No los veis sobre el triste Caracas
luto, llantos y muerte esparcir?
¿No los veis devorando cual fieras
todo pueblo que logran rendir?

5. A vosotros se atreve, argentinos,
el orgullo del vil invasor:
vuestros campos ya pisa contando

tantas glorias hollar vencedor.
Mas los bravos que unidos juraron
su feliz libertad sostener,
a esos tigres sedientos de sangre
fuertes pechos sabrán oponer.

6. ¡El valiente argentino a las armas,
corre ardiendo con brío y valor!
El clarín de la guerra, cual trueno,
en los campos del Sud resonó.
Buenos Aires se pone a la frente
de los pueblos de la ínclita unión,
y con brazos robustos desgarran
al ibérico altivo León.

7. San José, San Lorenzo, Suipacha,
ambas Piedras, Salta y Tucumán,
La Colonia y las mismas murallas
del tirano en la Banda Oriental,
son letreros eternos que dicen:
« Aquí, el brazo argentino triunfó:
aquí, el fiero opresor de la Patria
su cerviz orgullosa dobló ».

8. La Victoria al guerrero argentino
con sus alas brillantes cubrió,
y azorado a su vista el tirano
con infamia a la fuga se dió.
Sus banderas, sus armas, se rinden
por trofeos a la libertad,
y sobre alas de gloria alza el pueblo
trono digno a su gran majestad.

9. Desde un polo hasta el otro resuena
de la fama el sonoro clarín,
y de América el nombre enseñando
les repite: « ¡ Mortales, oíd!

Ya su trono dignísimo alzaron
las Provincias Unidas del Sud».
Y los libres del mundo responden:
«¡Al gran pueblo argentino, salud!».

VICENTE LÓPEZ Y PLANES.

45. Güemes.

Para cortar, de pronto, el pánico y el duelo
que siembra el español, triunfante en su carrera,
entre el bosque y el río, la montaña y el cielo,
como una red sutil, tiende la montonera.

Y con la roja lanza, al indómito vuelo
de su potro, por siempre, demarca la frontera,
diciendo al enemigo: «Hasta aquí es nuestro suelo.
¡Atrévete a violarlo!... Mi pabellón te espera».

Siguiéndole hacia el Norte, contra el hierro y el fuego,
sus gauchos le tributan un amor santo y ciego,
mientras el godo, huyendo por las cumbres desiertas,

le rinde el homenaje soberano del odio...
Y su sombra se yergue, de la patria a las puertas,
apoyada en su lanza, como un ángel custodio.

46. El combate de San Lorenzo.

(Fragmento del canto a *San Martín*).

Un mundo despertaba
del sueño de la negra servidumbre,
profunda noche de mortal sosiego,
con la sorda inquietud de la marea.
Y en la celeste cumbre,
las estrellas del trópico encendían
sus fantásticas flámulas de fuego
para alumbrar la lucha gigantea.

Un mundo levantaba
la desgarrada frente pensativa
del profundo sepulcro de su historia,
y una raza cautiva
llamaba al *salvador* con hondo acento;
y el *salvador* le contestó lanzando
el resonante grito de victoria
entre el feroz tumulto de las olas
del Paraná, irritado
al sentirse oprimido por las quillas
de las guerreras naves españolas.

¡Fué un soplo la batalla!
Los jinetes del Plata, como el viento
que barre las llanuras, se estrellaron
con ímpetu violento
en la muralla de templado acero;
¡y se vió largo tiempo confundidas
sobre la alta barranca,
y entre el solemne horror de la batalla,
la naciente bandera azul y blanca
y el rojo airón del pabellón ibero!

Fué la primer jornada
del torrente nacido en las sombrías
florestas tropicales,
la primera iracunda marejada,
y su rumor profundo
llevado de onda en onda por el viento
del Plata al oceano,
¡fué a anunciar por el mundo
que ya estaba empeñada la partida
del porvenir humano!

OLEGARIO V. ANDRADE

47. El marinero y el capitán.

En el reñido y glorioso combate naval que la segunda escuadra argentina libró contra el poderío español, frente a Montevideo, en 1814, su jefe, Brown, ordenaba activamente las maniobras. Como arreciara el fuego del lado en que él se hallaba, sobre la cubierta de la nave capitana, permitióse un marinero advertirle: « Señor, pase al otro lado para resguardarse de las balas enemigas ». Y Brown, que desde aquel sitio dominaba la perspectiva del combate, repuso enérgicamente: « Si un marinero se expone a las balas del enemigo, ¿cómo ha de resguardarse el capitán y jefe de la escuadra?... ».

48. Cumplir la consigna.

Inspeccionando una mañana el campamento de Mendoza, San Martín se detuvo ante una puerta cerrada y revestida de pieles de carnero con la lana para afuera. Custodiábala una centinela. « ¿Qué es esto?, preguntó a los sargentos que le acompañaban. — El laboratorio de mixtos, le respondieron. — ¿Se trabaja ahora? — Sí, señor. Se están haciendo cartuchos, lanzafuegos, estopines, espoletas para granadas y otras municiones ». Sin averiguar más, dirigióse allá el general, en actitud de entrar. « ¡ Alto ahí!, exclamó el centinela, poniéndose delante. No se puede entrar ». A esta observación, San Martín exclamó con vehemencia: « ¿Cómo es esto? ¿No me conoces? — Sí, señor, le conozco; pero así no se puede entrar », repitió el soldado, refiriéndose al traje militar que vestía el general, con botas herradas y pesadas espuelas. Volvió a insinuar San Martín su ademán de abrir la puerta. El centinela caló entonces la bayoneta, repitiendo: « Ya he dicho, mi general, que así no se puede entrar ». Y gritó con fuerza: « ¡ Cabo de guardia! ¡ El general en jefe quiere forzar el puesto! » Al ver esto, uno de los sargen-

tos corrió al cuerpo de guardia a llamar al cabo. Llegó el cabo, y dijo al general: «Señor, el centinela tiene la consigna de no dejar entrar en el laboratorio a nadie vestido de uniforme para no ocasionar un incendio. Si mi general quiere visitarlo, para hacerlo en la forma permitida, sírvase pasar antes a ese otro cuarto y mudarse de ropa». Nada respondió el general, entró en el cuarto indicado, quitóse el uniforme, y se puso un par de alpargatas y saco y gorro de brin. Luego visitó el laboratorio e inspeccionó los trabajos. Cuando se retiraba, después de haberse vestido de nuevo el uniforme, pasó por el cuerpo de guardia, y ordenó que, después de relevarse, se le mandara a su despacho al soldado que hacía de centinela. Cumplió el soldado la orden, y se presentó, temeroso de haber merecido una admonición. Pero, al verle entrar, el general en jefe se puso de pie y le tendió la mano para felicitarle calurosamente. Al obedecer a su consigna había cumplido su deber.

Según JUAN M. ESPORA

49. La lealtad de San Martín.

Hallábase el general San Martín en el campamento de Mendoza. El edecán de servicio en la antesala de su tienda de campaña, entró un día en su escritorio, anunciándole: «Un oficial pregunta por el ciudadano don José de San Martín. — Hágale usted entrar». Entró el oficial, y se ratificó en que venía a ver al ciudadano, y no al general en jefe. «Puede usted hablar, le dijo San Martín. — Vengo a confiarme a usted como un hijo a su padre, balbució el oficial. Soy habilitado de mi cuerpo. Ayer recibí de la comisaría de guerra, para socorro de los oficiales y soldados, una suma de dinero. Llevábala a su destino, cuando entré por mi desgracia a saludar a un oficial amigo mío, que se halla enfermo. Varios compañeros estaban jugando a los naipes en su aposento, y me invitaron a acompañarlos. Al principio rehusé. Luego quise tentar la suerte, y resolví

jugar la pequeña suma que me correspondía como oficial en la cantidad total que me había sido entregada. Como debo al sastre, a la lavandera y a varios proveedores, no pudiendo pagar mis deudas con esa pequeña suma, ocurrióseme que, si lograba duplicarla o triplicarla, saldría de apuros. El caso es que la perdí. Ofuscado por el golpe, quise reponer la pérdida, jugué de nuevo y volví a perder... ¡En fin, arriesgué todo lo que llevaba, y lo perdí todo!... He pasado la noche vagando por los alrededores del campamento como un loco; estoy deshonrado. ¡Ruégole, señor, que se apiade de mi situación y salve mi honor! Yo le pagaré después como pueda, aunque sea sirviéndole de criado. ¡Lo que no quiero es que se me ajusticie como ladrón, y llegue luego la noticia a mi pobre madre!...» El general San Martín contestó, después de una pausa: «Como general estaría obligado a hacerle enjuiciar ante el consejo de guerra... Pero usted se ha confiado a mi lealtad y me promete enmendarse...» Y tiró una gaveta de su escritorio, sacó en onzas de oro de su propio peculio la suma que el oficial le pedía, y, al entregársela, le dijo: «Vaya usted y en el acto entregue ese dinero en la caja de su cuerpo. ¡Que en su vida se vuelva a repetir un pasaje semejante!... Y, sobre todo, guarde usted en el más profundo secreto el asunto de esta entrevista, porque si alguna vez el general San Martín llega a saber que usted ha revelado algo de lo ocurrido, en el acto le manda fusilar».

Según JUAN M. ESPORA.

50. La declaración de la Independencia.

El Congreso de Tucumán fué la única de nuestras grandes asambleas que alcanzó a ver resuelto el arduo problema de los tiempos en que había sido convocada: la consolidación de la Independencia por la ley de las armas. Penetrada de su alta misión organizadora y gubernativa, supo acallar los sentimientos localistas de sus diputados,

y el 3 de mayo de 1816 nombró supremo director, casi por unanimidad, a un eminentísimo patriota y hombre público, don Juan Martín de Pueyrredón. El nuevo director manifestó, desde que se posesionó del cargo, su opinión de que el Congreso debía declarar la Independencia nacional. El general Belgrano insistía desde tiempo



atrás para que se diera ese paso decisivo. San Martín lo reclamaba de todos sus amigos; a uno de ellos, como le dijera en estilo vulgar que eso « no era soplar y hacer botellas », contestóle que era mucho más fácil declarar la Independencia que encontrar un solo argentino que hiciera una botella. Aunque había quien vacilara en realizar ya un acto tan grave, dudando si era aún llegada la oportunidad, reclamábanlo vivamente los pueblos y sus prohombres.

Las cartas de San Martín, la presencia del general Bel-

grano y las exigencias del director acabaron por vencer las vacilaciones. Una vez decididos, los diputados más avanzados en el influjo de la mayoría tuvieron una reunión privada el 8 de julio por la tarde. Discutieron el asunto. La vehemencia de los que ya tenían hecha la resolución arrastró a los demás; todos quedaron comprometidos en que al día siguiente se hiciera moción de tratar sobre la Independencia. Como de costumbre, en su modesta casa de estilo colonial y techo de teja, baja, con una ventana a cada lado de la puerta, reunióse el Congreso ese día, el 9 de julio, y un voto general apoyó la proposición. El presidente del Congreso, don Narciso Laprida, diputado por San Juan, formuló el proyecto con estas palabras: «¿Quiere el Congreso que las Provincias Unidas del Río de la Plata formen una sola nación libre e independiente de los reyes de España?» Todos los diputados a la vez, poniéndose espontáneamente de pie — «llenos de santo amor por la justicia», según refiere el acta —, contestaron por aclamación que sí. Y mientras el pueblo, que había concurrido a la barra y llenaba los patios de la casa, atronaba con sus vítores y aplausos, el presidente tomó uno por uno los votos de los diputados por la Independencia del país. Extendióse en seguida el acta, en la que, «invocando al Eterno, que preside el Universo, en nombre y por autoridad de los pueblos que representaba», el Congreso declaró: «Que era voluntad unánime de las Provincias Unidas de Sud América romper los violentos vínculos que las ligaban a los reyes de España, recuperar sus derechos, investirse del alto carácter de nación libre e independiente, quedando de hecho y de derecho con amplio y pleno poder para darse las formas que exigiere la justicia».

El 21 de julio se juró solemnemente la Independencia en la sala de sesiones del Congreso con asistencia de todas las autoridades civiles y militares de Tucumán, protestando todos ante Dios y la Patria, «promover y defender la libertad de las Provincias Unidas, y su independen-

cia del rey de España, sus sucesores y metrópoli, y de toda otra dominación extranjera», y se prometió sostener este juramento, « hasta con la vida, haberes y fama».

Al mismo tiempo que se fijaba la fórmula del juramento de la Independencia, pidió el diputado Gazcón que se fijara la bandera nacional, indicando que ésta debía ser la azul y blanca, inventada por Belgrano, que entonces se usaba, aunque no estaba autorizada por ninguna ley. En consecuencia de esto, el Congreso, en sesión de 25 de julio, decretó: « Será peculiar distintivo de las Provincias Unidas la bandera celeste y blanca de que se ha usado hasta el presente, y se usará en los ejércitos, buques y fortalezas».

Según Vicente Fidel López y Bartolomé Mitre.

51. La Independencia.

(1816).

La tierra estaba yerma, opaco el cielo,
la derrota doquier. Nuestros campeones,
que en la tremenda lid fueron leones,
ven ya frustrado su arrogante celo.

América contempla en torvo duelo
la bandera de Mayo hecha jirones.
El enemigo avanza: sus legiones
cantan victoria estremeciendo el suelo.

Pero la Patria, irguiéndose entre ruinas:
«¡Atrás!» prorrumpe, libre se proclama,
rompe el vil yugo con potente brazo;

y triunfantes las armas argentinas,
llevan la libertad, su honor, su fama,
desde el soberbio Plata al Chimborazo.

Carlos Guido y Spano.

52. El paso de los Andes.

(Fragmento del canto a *San Martín*).

¡Ya están sobre las crestas de granito
fundidas por el rayo!
¡Ya tienen frente a frente el infinito:
arriba, el cielo de esplendor cubierto;
abajo, en las salvajes hondonadas,
la soledad severa del desierto;
y en el negro tapiz de la llanura,
como escudos de plata abandonados,
los lagos y los ríos que festonan
de la patria la regia vestidura!

¡Ya están sobre la cumbre!
¡Ya relincha el caballo de pelea,
y flota al viento el pabellón altivo,
hinchado por el soplo de una idea!
¡Oh! ¡qué hermosa, qué espléndida, qué grande
es la patria, mirada
desde el soberbio pedestal del Ande!
¡El desierto sin límites doquiera,
océanos de verdura en lontananza,
mares de ondas azules a lo lejos,
las florestas del trópico distantes,
y las cumbres heladas
de la adusta, argentina cordillera,
como ejército inmóvil de gigantes!

¿En qué piensa el coloso de la historia
de pie sobre el coloso de la tierra?
Piensa en Dios, en la Patria y en la Gloria,
en pueblos libres y en cadenas rotas;
y con la fe del que a la lucha lleva
la palabra infalible del destino,
¡se lanzó por las ásperas gargantas
y le siguió rugiendo el torbellino!

OLEGARIO V. ANDRADE.

53. El paso de los Andes y Chacabuco.

I. EL PASO DE LOS ANDES

Pronto puso San Martín, gobernador de la provincia de Cuyo, al ejército en estado de comenzar una campaña que ya no podía envolverse en el misterio. En la necesidad de preparar el campo para las operaciones, bien meditadas de antemano, fomentó sublevaciones de patrictas al otro lado de la Cordillera, que distrajeron la atención de las autoridades españolas, al mismo tiempo que por medio de parlamentos con los indios del Sur de Chile, persuadió a las mismas autoridades a que, en caso de invadir, tomaría una ruta que estaba muy lejos de su verdadera intención. El campamento de Mendoza tomó la actitud que debía tomar en realidad muy pronto enfrente del enemigo. Desde la primera luz ya estaba San Martín en él; un tiro de cañón anunciaba la formación de todos los cuerpos, y las maniobras militares duraban todo el día, prolongándose a veces a la claridad de la luna.

Pero el ejército no podía aventurarse en los desfiladeros sin un reconocimiento formal practicado de antemano. San Martín que, ayudado del espíritu de la revolución, había sabido convertir en director de sus parques a un fraile franciscano, halló a un hábil ingeniero de campaña entre los jóvenes capitanes de su artillería. Alvarez Condarco fué encargado del reconocimiento facultativo del camino de la Cordillera, disfrazado con el carácter de parlamentario, portador de una nota dirigida al presidente de Chile, contraída a noticiarle la declaración de la Independencia argentina proclamada por el Congreso de Tucumán. Puede calcularse la impresión que causaría a Marcó del Pont esta embajada, verdadero desafío a su poder puesto en ridículo, mucho más cuando forzosamente tenía que disimular su enojo por temor de empeorar la suerte de sus compatriotas prisioneros en el territorio de Cuyo.

Mientras se practicaba por aquel medio ingenioso el

reconocimiento del tránsito, dividió San Martín el ejército en tres cuerpos principales, de los cuales él tomó el mando de la reserva, confiando al mayor general don Miguel Estanislao Soler la vanguardia, y el centro al general O'Higgins. Zapiola, Crámer, Las Heras, Alvarado, Plaza y algun otro eran los principales entre los valientes jefes que le acompañaban. La infantería montaba al número de 3.000 hombres; la caballería regular, a 600 granaderos; a la artillería, compuesta de diez cañones de a seis, de dos obuses y de cuatro piezas de montaña, la servían 300 hombres. 1.200 milicianos montados y algunos hombres destinados a conducir los víveres y forrajes y a despejar el terreno, aumentaban el número de estas fuerzas hasta componer un ejército de 5.000 y tantos soldados de las tres armas.

Los Andes argentinos se levantaban delante de esta expedición que llevaba la libertad a la falda que miraba al océano Pacífico. Cumbres más elevadas que el Chimborazo, nieves perpetuas que se mantienen a la altura de cuatro mil metros, montañas de granito que se suceden unas a otras desnudas de toda vegetación, constituyen la naturaleza de esa cordillera, en cuyos valles angostos, donde serpentean los torrentes, no encuentra el viajero más que peligros. Estos valles, algunos de los cuales se prolongan con el nombre de quebradas de un lado al otro, facilitan la comunicación entre nuestra República y la de Chile. El ejército se internó por dos de estas quebradas, la de los Patos y la de Uspallata, que corren próximamente paralelas entre sí. En el término de diez y ocho días, y después de caminar al borde de los abismos más de ochenta leguas, principiaron aquellos bravos a descender las primeras pendientes occidentales, el 4 de febrero de 1817, reunidas las vanguardias de las dos divisiones invasoras, comenzando a guerrillear al enemigo. Dos brillantes jóvenes de Buenos Aires, célebres más tarde en la gran guerra de la Independencia, Necochea y Lavalle, tuvieron la princi-

pal parte en estos encuentros. Los españoles, después de varios movimientos en diversas direcciones, que demostraban la sorpresa y el terror que les infundía el denuedo de los independientes, concentraron sus fuerzas al mando del general Maroto al pie de la cuesta de Chacabuco. Allí los fué a buscar San Martín, el día 12 de febrero.

II. CHACABUCO

El ejército se previno desde la noche anterior, arrojando sus equipajes y municionándose cada soldado con setenta cartuchos. A las dos de la madrugada del 12 comenzaron a moverse los patriotas, divididos en dos cuerpos, el uno a las órdenes de Soler y el otro a las de O'Higgins. San Martín los seguía de cerca y rodeado de su estado mayor; a media legua de la cuesta, donde se hallaba el enemigo, las divisiones comenzaron a operar, la una a la derecha y la otra a la izquierda. La acción se trabó poco después, y las cargas a la bayoneta, dirigidas por el general O'Higgins, el empuje de los granaderos a caballo mandados por Zapiola y el concurso oportuno de Necochea pusieron en completo desorden al enemigo y lo obligaron a huir, dejando dueño del campo al general San Martín. La pérdida del enemigo se computó en 500 hombres muertos y 600 prisioneros. Poco después del mediodía estaban en poder de los vencedores todo el parque de los realistas, sus cañones, armamento y el estandarte del batallón de Chiloé. Más tarde y a consecuencia de esta victoria se tomaron seis banderas más, tres de las cuales se conservan en la catedral de Buenos Aires.

El vencedor en Chacabuco quedó inscripto, desde el memorable 12 de febrero, en el número de los grandes capitanes del mundo. Su paciente habilidad, su arrojo calculado con madurez, su admirable travesía de las más ásperas y elevadas montañas de la tierra, le colocaron naturalmente al lado de Aníbal y Bonaparte. El pueblo de Buenos Aires recibió la plausible noticia catorce días después. A

las tres de la tarde del 26 de febrero, el Director, rodeado de un lucido cortejo de empleados civiles y militares, tomaba en sus manos la bandera rendida en Chacabuco, que colocada en lo alto de las casas consistoriales, sirvió de trofeo a las banderas nacionales de los batallones de patricios. El pueblo se agolpó a presenciar aquel espectáculo, y sus alegres aclamaciones se mezclaron a las salvas de la artillería y al repiquetear de las campanas de los templos. Al describir el júbilo que embargaba a nuestra población, la prensa de aquellos días exclamaba con entusiasmo: «¡Gloria inmortal a cuantos han tenido la dicha de merecer el elogio sublime del regocijo público de sus compatriotas!».

El gobierno del Directorio manifestó su agradecimiento al vencedor con algunas honras, entre las cuales son de mencionarse una pensión vitalicia de 600 pesos a favor de su hija, y el uso, para el general, de un escudo con las siguientes inscripciones: *La patria en Chacabuco. Al vencedor de los Andes y Libertador de Chile.*

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ.

54. A la victoria de Chacabuco.

(Fragmento).

1. La lid está trabada
en Chacabuco; del guerrero infante
se ve la línea en fuegos inflamada;
su acero fulminante
en la diestra revuelve ya el jinete,
y en el veloz caballo ya arremete.

2. La intrépida carrera
del relinchante bruto, el corvo alfanje,
rompen al enemigo, que lo espera
en cerrada falange;
al duro choque retemblaba el suelo
cual si brotara nuevo Mongibelo.

3. La muerte, conducida
sobre el rodante carro, hiere, mata
en ambas huestes; la infelice vida
del cuerpo la desata,
los muertos huella, corre sin fatiga:
la cuadriga fatal la guerra instiga.

4. Frente a sus escuadrones
San Martín ya decide la victoria,
clama, atropella, rinde las legiones:
cubierto va de gloria
cual otro Aquiles fuerte, invulnerable,
a las troyanas gentes espantable.

5. Dos rayos de Mavorte,
de la Patria constantes defensores,
Soler, O'Higgins, cada uno en su cohorte
gobierna los furores;
de los fieros titanes de este día
triunfara en Chacabuco su osadía.

6. ¡Oh Patria!, tus guerreros
los montes y los llanos ocuparon,
y el pendón de Castilla de ellos, fieros,
al suelo derribaron;
salve, Patria, mil veces: altaneras
flotan en todo Chile tus banderas.

7. Vírgenes adorables,
ninfas del argentino, sacro río,
cantad también los hechos memorables,
mientras el llanto mío
tributo al campeón, que en la victoria
muriendo por la Patria nos da gloria.

(Abreviado) Esteban de Luca y Patrón.



55. En la victoria de Maipo.

1. ¡Oh, si mi poderío
la esfera de mis votos igualase
para cantar el belicoso brío
de la legión maipuana
que hundió en el polvo la soberbia hispana!

2. ¡Oh Patria!, tú serías
de mis loores el sublime objeto:
tu pasmosa constancia en tantos días
de apremio y de fatiga
con que incansable el español te hostiga.

3. Solitaria en la lucha
cual si no hubiera pueblos generosos,
nadie en el mundo tu clamor escucha:
todos te dejan sola
en brazos de la cólera española.

4. Audaz sobre la arena,
vertiendo sangre y en sudor bañada,
con la mano de trueno y rayos llena,
luchas con tus rivales,
y venciendo enriqueces tus anales.

5. Mas tu riesgo no cesa,
que, en sus pérdidas mismas recobrado,
el tirano otra vez la lid empieza,
y te arrastra atrevido
como si vencedor hubiera sido.

6. Tus fuerzas desfallecen:
¡tanta sangre preciosa has derramado!
¡Ah! tus conflictos a la par acrecen
mil monstruos parricidas
que renuevan atroces tus heridas.

7. Mas San Martín, ese hijo
que en sus favores te ha donado el cielo
para colmo de gloria y regocijo,
se arroja a la palestra
y arma en tu auxilio la robusta diestra.

8. A la hidra que vomita
por millares de bocas cruda muerte,
el hercúleo campeón se precipita,
su gran maza levanta
y la tiende mortal bajo su planta.

9. Así fué la jornada
de las célebres márgenes del Maipo,
en donde fuiste, ¡oh Patria!, coronada
de lauro inmarcesible
por San Martín y su legión terrible.

10. ¡Gloria a tantos varones
que a los más grandes en la guerra igualan,
y los vencen en muchas proporciones!
En igual circunstancia
no hubo mayor destreza, ardor, constancia.

(Abreviado.) VICENTE LÓPEZ Y PLANES.

56. Paralelo entre Belgrano y San Martín.

Existían muchos puntos de contacto entre San Martín a Belgrano, que eran dos naturalezas superiores destinadas a entenderse, aun por las mismas cualidades opuestas que daban a cada uno de ellos su fisonomía propia y original. San Martín era un genio dominador, y Belgrano un hombre de abnegación. Obedecía el uno a los instintos de una organización poderosa, y el otro a los sentimientos de un corazón sensible y elevado. Empero, ambos, al aspirar al mando o al profesar el sacrificio, subordinaban sus acciones a un principio superior, teniendo en vista el triun-

fo de una idea y sobreponiéndose a esas ambiciones bastardas que sólo pueden perdonarse a la vulgaridad. Belgrano tenía un candor natural, que le hacía confiar demasiado en la bondad de los hombres; San Martín, por el contrario, sin despreciar la humanidad, tenía ese grado de pesimismo que es tan necesario para gobernar a los hombres. Esto no impedía que San Martín admirara la generosa elevación de carácter de Belgrano; y éste, su tacto seguro y su penetración para juzgar a los hombres, utilizando en ellos hasta sus malas tendencias y aun sus vicios.

Ajenos los dos a los partidos secundarios de la revolución sin ser indiferentes a la política interna, nunca participaron de sus odios, ni se subordinaron a sus tendencias egoístas, manteniéndose siempre a una gran altura respecto de las cosas y los hombres que no concurriesen inmediatamente al triunfo de la revolución americana. Esta identidad de ideas sobre punto tan capital, los hacía naturalmente apasionarse por los grandes resultados que buscaban, y procurar que sus subordinados, poseídos del mismo espíritu, se mantuvieran ajenos a las divisiones internas, para concentrar todos sus esfuerzos y toda su energía contra sus enemigos externos. Eran dos atletas que necesitaban una vasta arena para combatir, y el campo de la política interna les venía estrecho a sus combinaciones; así es que los ejércitos de San Martín y Belgrano tuvieron la pasión de la independencia y de la libertad, y sólo fueron presa de las facciones el día que ellos faltaron a su cabeza.

Los dos poseían ese espíritu de orden y de disciplina, peculiar a los genios sistemáticos, que ven en los hombres instrumentos inteligentes para hacer triunfar principios y no intereses personales. El sistema de Belgrano era austero, minucioso, casi monástico, y trababa hasta cierto punto el libre vuelo de las almas, « exigiendo, según expresión de uno de sus oficiales, una abnegación, un

desinterés y un patriotismo tan sublime como los suyos». El de San Martín, por el contrario, aunque no menos severo, tendía a resultados generales, y, obrando sobre la masa con todo el poder de una voluntad superior, dejaba mayor libertad a los movimientos espontáneos del individuo.

San Martín había nacido para la guerra, con un temperamento varonil, una voluntad inflexible y una perseverancia en sus propósitos que le aseguraban el dominio de sí mismo, el de sus inferiores y el de sus enemigos. Belgrano, débil de cuerpo, blando y amable por temperamento, y sin ese frío golpe de vista del hombre de guerra, había empezado por triunfar de su propia debilidad dominando su naturaleza, contrariando los sentimientos tiernos de su corazón, y suplía por la constancia y la fuerza de voluntad las calidades militares que le faltaban. Ambos se admiraban: el uno por ese poder magnético que ejercen las organizaciones poderosas, el otro por la simpatía irresistible que despierta el hombre que sobrepone el espíritu a la materia.

Ardientes partidarios de la independencia, los dos estaban convencidos de la necesidad de generalizar la revolución argentina por toda la América, a fin de asegurar aquélla. Con gustos artísticos uno y otro, pues Belgrano era músico y San Martín aficionado a la pintura, tenían algo de ese idealismo que poseen los héroes en los pueblos libres. Graves, sencillos y naturales en sus maneras, aunque en San Martín se notara más brusquedad y reserva y en Belgrano más mesura y sinceridad, había de común entre ellos, que despreciaban los medios teatrales; y grande cada cual a su manera, se ayudaban y completaban mutuamente sin hacerse competencia. En San Martín había más genio, más de lo que constituye la verdadera grandeza del hombre en las revoluciones; pero en cambio, había en Belgrano más virtud nativa, más elevación moral; y si éste era acreedor a la corona cívica, aquél era digno de la palma del triunfador.

BARTOLOMÉ MITRE.

57. Buchardo.

(1817-1819)

La tierra circundó con su bravura;
ya la nave ha soltado su cordaje,
y se escucha su grito de abordaje,
y se ve sobre el puente su figura.

Aquel navío indómito perdura
rompiendo, soberano, el oleaje;
izada al tope lo encendió en coraje
nuestra bandera donde el sol fulgura.

Devorándose el mar vuela el corsario;
no resisten su empuje temerario,
desbandados, piratas y negreros;

Fantasma de los puertos, *La Argentina,*
con su nimbo de gloria se ilumina
después de los sangrientos entreveros.

D. Torres Frías

VIII. LA ÉPOCA DE LA ORGANIZACIÓN NACIONAL

58. Los 3.000 pesos de Dorrego.

Era en el año nefasto de 1820, el año de agudísima crisis, revolucionaria más bien que política. En la provincia de Buenos Aires se cambiaba de gobierno con deplorable frecuencia. Como el gobernador señor Ramos Mexía era partidario del directorio, el general Soler, enemigo del sistema, habíale depuesto, asumiendo el mando. Retiróse luego el nuevo gobernador al campamento de Luján, donde estableció su sede. Dejaba en Buenos Aires, como su lugarteniente, en el cargo de comandante general de armas, al coronel don Manuel Dorrego. Y, para concluir con los

unitarios, puso a precio las cabezas de los principales representantes del régimen directorial.

Entre ellos se contaba el doctor Tagle, cuya persona se tasó en 3.000 pesos. Espíritu inquieto y combatiente, habíase arriesgado a venir, de su voluntario ostracismo en el Uruguay, a la misma ciudad de Buenos Aires. Ocultábase en la casa de un amigo, el señor Marín. Su situación era harto peligrosa, pues podía ser reconocido y denunciado en cualquier momento, hasta por la servidumbre. Además, agravábase esta situación por su personal y mortal enemistad con el coronel Dorrego, a quien había insultado con la virulencia de las pasiones políticas de aquel tiempo semibárbaro.

Como temía una sorpresa trágica y fatal para su huésped, el señor Marín resolvió salvarle, dando un paso audaz y decisivo. Conocía a Dorrego y confiaba en su caballerosidad. Sin comunicar su proyecto al doctor Tagle, fué a ver al comandante general, en el piso bajo del Cabildo, donde se hallaba. Amigo también de Dorrego, díjole, medio en serio y medio en broma: «Sé que estás en apurada situación financiera, y vengo a ofrecerte la oportunidad de ganar 3.000 pesos». En efecto, el dinero escaseaba a causa de las continuas revoluciones y violencias, y Dorrego contestó agradecido por el ofrecimiento; no disponía en aquel instante de un peso, ni propio ni del Estado, para pagar a las tropas. El señor Marín le anunció entonces que tenía al doctor Tagle en su casa. Dorrego se limitó a responder: «Muy bien. Esta noche iré a buscarle».

Sin cambiar más razones, el señor Marín se retiró. Aunque tenía plena confianza en la lealtad de Dorrego, acerba duda se apoderó de su espíritu. ¿Y si el comandante general, llevado al mismo tiempo por el antagonismo político y por la necesidad de dinero, entregaba al general Soler la cabeza del doctor Tagle? Los hombres más rectos sufrían momentos de ofuscación, y, entonces, todos parecían ofuscados por la sangrienta lucha política...

De vuelta en su casa, el señor Marín se sentó a

conversar y tomar mate con el doctor Tagle. Estaba distraído y preocupado. Notándolo su huésped, le preguntó la causa de sus cavilaciones. No pudo callar por más tiempo el señor Marín, y le enteró de su diligencia. Pálido y tembloroso, el doctor Tagle exclamó: «Estoy perdido». Quiso huir en aquel instante; pero, como era su proyecto harto imprudente, el señor Marín le retuvo en su casa. Librado a la hidalguía de Dorrego, corría alguna probabilidad de salvarse; de otro modo su pérdida era segura.

No tuvieron tiempo para deliberar largamente, porque, apenas anocheció, presentóse el coronel Dorrego en la casa del señor Marín. «Aquí está el doctor Tagle», dijo, y entró, seguido de un ordenanza. Más muerto que vivo, acudió el doctor Tagle. Dorrego tomó un capote de manos de su ordenanza, y le dijo: «Póngaselo». El doctor Tagle se lo puso. «Ahora, sígame». El doctor Tagle le siguió. En la puerta había dos caballos ensillados, el del coronel y el del ordenanza. Montando en el suyo, Dorrego dijo al doctor Tagle: «Monte a caballo y véngase conmigo». Y el doctor Tagle montó en el caballo del ordenanza, convencido de que le esperaban cuatro tiros.

A galope tendido cruzaron la ciudad, de Sur a Norte. Cerrada ya la noche, llegaron al bajo de Palermo. En la orilla del río los esperaba una embarcación a vela, aparejada para partir. «Embárquese y póngase a salvo en La Colonia», ordenó Dorrego a su acompañante. Conmovido por tanta grandeza de alma, el doctor Tagle le advirtió: «Yo he sido y soy su enemigo, coronel. — En el campo de batalla, contestó Dorrego, no hubiera vacilado en matarle; aquí, doctor, sólo un mal caballero podría aprovecharse de haberle hallado huído e indefenso». El doctor Tagle insistió: «Pierde usted, coronel, 3.000 pesos que necesita». Y el coronel Dorrego, montando de nuevo a caballo y despidiéndose, repuso con sencillez: «Todo el oro del mundo no bastaría para comprar la lealtad de un militar argentino».

59. Rivadavia y sus reformas.

La principal gloria de Bernardino Rivadavia consiste en haber colocado la moral en la región del Poder, como base de su fuerza y de su permanencia, y en comprender que la instrucción del pueblo es el elemento primordial de su felicidad y engrandecimiento. Sobre estas columnas fundó una administración que siempre podrá servir de modelo, y cuyas creaciones, como astros luminosos, han lucido hasta en las negras horas del gobierno bárbaro de Rosas, que por tantos años mantuvo detenido el carro de nuestro progreso.

Apenas ocupó el puesto de ministro en el gobierno de don Martín Rodríguez (1821), erigió la Universidad de Buenos Aires, con fuero y jurisdicción académica, como estaba acordado por reales cédulas, desde el año de 1778. Fué éste su primer paso en la tarea incesante de fundar establecimientos de enseñanza alta y primaria, bajo un sistema general, oportuno para desarrollar la instrucción pública al abrigo de la tranquilidad y del nuevo orden que sucedió a la anarquía. Inmediatamente después fundó escuelas gratuitas, según un sistema rápido y económico, no sólo en los barrios de la ciudad de Buenos Aires, sino hasta en los pueblos más apartados de la campaña, y confió la inspección de todas ellas a un sacerdote recomendable por su ilustración y conocido por su filantropía. El premio otorgado por Rivadavia al difundidor de la vacuna, fué encargarle de dirigir el espiritu de aquellos mismos niños cuya salud corporal había salvado. Pero su pensamiento original y más fecundo respecto de la filantropía, fué el apoderarse del corazón de la mujer argentina para el bien público y fundar la Sociedad de beneficencia.

La reforma emprendida por la administración de Rodríguez e inspirada por Rivadavia, es tan vasta como admirable. Ella abrazó todos los órdenes y actividades, desde la economía interior de las oficinas hasta los actos ejercidos

por el pueblo en razón de su soberanía; desde las prácticas forenses hasta los hábitos parlamentarios, y desde la policía del cuartel del soldado hasta la clasificación de las recompensas a que eran acreedores los jefes del ejército. Como esta reforma tuviese la intención inflexible de desarraigar abusos e introducir economías en la aplicación de las rentas, no pudo ponerse en práctica sin herir intereses, personas y corporaciones, que se sublevaron contra sus tendencias. Por fortuna, los legisladores de entonces tenían en el Poder Ejecutivo un brazo fuerte para hacer obedecer la ley, y una voluntad que no se arredraba en presencia de las dificultades.

La ley de reforma eclesiástica, dictada en 21 de diciembre de 1822, fué un pretexto para que los malavenidos con las innovaciones, los aspirantes y los perturbadores de oficio formasen una coalición en nombre de las creencias de nuestros mayores, haciendo entender al pueblo que se atacaban sus dogmas y el lustre de su culto. Los principios religiosos del primer ministro fueron puestos en duda, y la calumnia declaró ateo a quien había contribuído para que el seminario conciliar, mal organizado y pobre en rentas, fuese levantado a la categoría de colegio nacional de estudios eclesiásticos, al que se había empeñado en dignificar el sacerdocio, para que fuese capaz de desempeñar la alta misión que el gobierno se disponía a confiarle. Rivadavia quiso dar al clero de Buenos Aires, en aquella época, la prerrogativa de participar libremente en la educación y en la civilización del pueblo. Estas intenciones fueron manifestadas con palabras terminantes y con hechos notorios.

La atención de Rivadavia no estuvo enteramente encerrada en los límites del gobierno de que era miembro. Al crear instituciones útiles y al mejorar las formas representativas de Buenos Aires, el futuro presidente creía hacer una obra que pudiera servir de modelo y aplicación para las demás provincias de la República Argentina, que, de

mancomún y debidamente representadas, habían proclamado su independencia como un solo cuerpo de nación. Los vínculos de la unión general se hallaban desatados en 1821. A la representación nacional del Congreso de Tucumán, dispersa por la anarquía, había sucedido la tentativa de una nueva representación, cuyos miembros, reunidos en Córdoba, tuvieron más de una vez que defenderse contra las acusaciones de conspiración que les hacían sus propios comitentes. Esta tentativa de congreso quedó sin efecto. La reunión de otro nuevo era completamente imposible en aquellos momentos. Rivadavia tuvo que aceptar el papel de ministro de un gobierno provincial, a pesar de sentirse con la fuerza y la voluntad sobradas para encargarse de los destinos nacionales.

La idea de la organización del territorio, que tanta capacidad y tantas virtudes había mostrado en común durante la lucha de la Independencia, no podía apartarse ni por un momento del pensamiento del hombre que había sido vocal de las primeras juntas, representante del gobierno del directorio ante las cortes europeas y actor principal en el movimiento revolucionario a que el país entero había contribuído con su sangre y tesoros. El restablecimiento de la unión de los pueblos argentinos, tan deseado por Rivadavia, se preparó por él con habilidad y discreción. « Esa unión, decía, es necesario que se obre por el convencimiento de que sus ventajas son superiores, respecto de cada una de las partes concurrentes, a cualquier perjuicio real o de mera opinión que a alguna de ellas pueda ocurrir ». Las ventajas fueron explicadas por una comisión que a tal objeto recorría los pueblos. Pero antes se había tenido la previsión de hacerlas tocar con hechos prácticos. Seis jóvenes de cada uno de los territorios que estaban entonces bajo gobiernos independientes, fueron mantenidos y educados en los colegios de Buenos Aires, estableciéndose así vínculos fraternales entre aquella juventud que alguna vez había de tener influencia en sus

respectivas provincias. La ley de 27 de febrero de 1824 facultando al Poder Ejecutivo para reunir la representación nacional, fué seguida de varias medidas que facilitaron el ejercicio de sus funciones al Congreso de 1826 y al presidente que nació de su seno. Las relaciones y el crédito adquiridos por el gobierno provincial permitieron a éste la formación de compañía europeas, con fuertes capitales, para la explotación de las minas de metales preciosos, para facilitar el comercio interior, la navegación en buques de vapor y para establecer un Banco nacional que sustentase esas mismas empresas proveyendo a las provincias del numerario que necesitaban para animar sus respectivas industrias.

El 8 de febrero de 1826, en el salón p incipal de la vieja fortaleza de Buenos Aires, ante un crecido número de ciudadanos y en presencia de los jefes del ejército y de los departamentos todos de la lista civil, se celebró un acto trascendental para la suerte del país. El gobernador de la provincia de Buenos Aires proclamó a don Bernardino Rivadavia presidente de las Provincias Unidas del Río de la Plata. El Congreso, haciendo justicia a los méritos contraídos por este ciudadano, le había escogido para colocarle en aquel puesto, tan elevado como espinoso. El presidente, al tomar las insignias del mando, y el general Las Heras, al entregárselas, pronunciaron palabras que honran a uno y a otro. Los méritos de la administración que se retiraba fueron reconocidos y aplaudidos por el presidente, el cual, a su vez, fué alentado con la perspectiva de una marcha gloriosa.

Tan nobles deseos fueron completamente frustrados. El gobierno de la presidencia halló un terreno conmovido que no le dejó asentarse. La guerra extranjera y las divisiones intestinas no permitieron la duración de dos años siquiera a un orden de cosas que de atrás se había preparado. Tropezando entonces con obstáculos insalvables, después de dejar una sólida obra de organización social

y política para lo futuro, Rivadavia renunció la presidencia y se retiró a la vida privada. Así terminó su vida pública. Se eclipsó cuando culminaba en el meridiano. A su luz sucedió la obscuridad: a su tolerancia, la persecución; a su justicia, la perversión creciente de todas las formas que escudan los derechos individuales.

Bernardino Rivadavia es, sin duda, un argentino digno de preferente lugar en el panteón de nuestros grandes hombres. Su razón fué elevada; su carácter, recto y firme; su voluntad, constante; sus intenciones, intachables. Nadie ha hecho más que él en favor de la civilización y de la legalidad en estos países. Nadie ha amado con más desinterés y más sin lisonjas al pueblo. Nadie ha respetado más que él la dignidad de los compatriotas. Tuvo la conciencia de nuestras necesidades y se desveló por satisfacerlas. Recompensó y alentó los servicios y las virtudes; protegió las artes, y confió más en el poder de la razón que en el de la fuerza. Su mérito es tan positivo como su gloria será eterna.

Según JUAN MARIA GUTIÉRREZ.

60. Alegoría de la victoria de Ituzaingó.

(Fragmento del canto *A la victoria de Ituzaingó*)

De lo más elevado
de los aires desciende de repente
un trono refulgente
de azul y oro y resplandor cercado.
Armoniosos cantares
mil coros celestiales repetían,
y las sombras de Brandsen y Besares
el pedestal del trono sostenían.
Belgrano estaba en él: su frente orlaba
el laurel de la gloria,
y en su mano brillaba
la espada que nos daba la victoria
cuando Belgrano fué. «Basta de sangre,

el héroe prorrumpió, que este es el día
en que, en otro febrero,
rendir vió Salta el pabellón ibero[1],
y cubrirse de honor la patría mía.
Este estrago terrible, este escarmiento
es sacrificio a mi memoria digno,
y digno de la patria el vencimiento.
¡Argentinos triunfad!» Dijo, y benigno
a la sien de Alvear en el momento
hizo el lauro bajar que le adornaba,
y la visión despareció en el viento.

JUAN CRUZ VARELA.

61. Perder a la patria, salvándola...

Al frente de sus tropas aguerridas y disciplinadas, en 1831, atravesaba La Madrid la provincia de San Juan. Iba a atacar en su cubil a Quiroga, el tirano de La Rioja, el Tigre de los Llanos. Habíase hecho alto para cenar. La Madrid estaba sentado ante un fogón, donde se asaba apetitoso costillar de vaca. Seguro de la próxima victoria, tañía la guitarra y cantaba. Llególe en esto un chasqui con un oficio. El general Alvarado, su jefe, le ordenaba que volviese inmediatamente a Tucumán. No pudiendo contener su contrariedad, La Madrid exclamó: «¡Hubiera querido que partiese un rayo al mensajero antes de recibir yo semejante mensaje! ¡Si se nos permitiera proseguir nuestra marcha, salvamos a la patria!» Y dió la orden del regreso.

Un oficial de su confianza le insinuó si no convendría más obtener primero la victoria, para volver después... «Eso no es posible, repuso La Madrid, pues perderíamos a la patria». Perplejo, el oficial manifestó que no se le alcanzaba cómo se podía perder a la patria, salvándola...

1. Alúdese a una feliz coincidencia de fechas. Belgrano venció a los españoles en Salta el 20 de febrero de 1813, y la victoria de Ituzaingó, contra los brasileños, tuvo lugar el mismo día de febrero de 1827.

«¿No es el ejército la salvación de la patria?, preguntóle La Madrid. — Sin duda. — ¿No constituye la disciplina la fuerza del ejército? — Así lo creen. — Aunque venciéramos, desobedeciendo las órdenes superiores, ¿no romperíamos la disciplina? — Es cierto. — Luego, nuestra victoria, salvando por el momento a la patria, la perdería, pues perdería el ejército, que es la salvación de la patria. ¿Comprende usted ahora cómo se puede perder a la patria, salvándola?...»

62. El general Paz y el caudillaje.

Cada generación ostenta un héroe que condensa toda su gloria y su savia. El general José María Paz es el punto culminante de la epopeya libertadora, de la línea de cumbres que señalan el paso de la libertad a través de la barbarie, porque lleva consigo el genio de la guerra culta, de la estrategia científica, en medio del caos, en que hasta los soldados de la civilización absorben algo de ese ímpetu desordenado de las turbas que combatían. Es «el hijo legítimo de la ciudad», y representa la tendencia progresista de su pueblo, como Facundo Quiroga, el hijo de la llanura, representa la tendencia retrógrada.

Nacido en la ciudad de Córdoba, en medio de una atmósfera de ciencia, su espíritu bebe sus influencias con el primer hálito que aspiran sus pulmones. Su juventud se desarrolla a la sombra de los capitanes de Mayo, y su carácter se funde en el molde de los grandes sucesos; ya en la Ciudadela, su silueta se destaca como la de un genio al pie del cañón. Se ha coronado con los laureles que Belgrano y San Martín arrancaron de sus victorias; y cuando el soplo envenenado de la discordia comienza a agitar el seno de su patria, agostando los árboles jóvenes de la nueva raza, y rechazando las corrientes regeneradoras del espíritu público, se le ve vagar como el pájaro sin nido, por los países vecinos, dejando, no obstante, en cada uno, la huella del genio que hierve en su ser. En Ituzaingó se renueva la

epopeya de Mayo, y allí aparece al lado de su cañón fantástico, sembrando la destrucción y la victoria.

Cuando los caudillos bárbaros reemplazan en nuestra sociabilidad a los héroes del pensamiento y de la espada, Paz reaparece de nuevo, y, libertando a Córdoba de la cuchilla y de la lanza rústicas, se pone enfrente del vendaval del desierto a resistir sus ímpetus infernales. Su influencia renueva el fondo de esa sociedad enervada por el despotismo; y aquellos jóvenes, criados sobre los libros, lejos de las fatigas de los campamentos, se incorporan animados de un fuego secreto que los lleva al sacrificio, a morir en masa como las espigas que siega la guadaña.

La religión, pervertida por sus apóstoles, que inclinan la cerviz y ungen con la gracia divina a los bárbaros que se apellidan sus defensores, « azotes de Dios » sobre nuestra tierra, despierta de su abyección cuando un talento superior le muestra la profundidad de su caída y la espléndida regeneración. La religión pone entonces su poder formidable al servicio de la obra libertadora.

No hubo en pueblo alguno revolución más completa llevada a cabo por la inspiración de un solo hombre. Paz borra de un solo golpe de luz las sombras que la resistencia a la Revolución había vertido sobre Córdoba. Infiltra, por modo y arte admirables, en sus tropas y en sus jefes, la austera virtud cívica; modera su valor temerario y tumultuoso con la ley de una sabia disciplina, y funda, en fin, el ejército inconmovible que ha de burlar las irrupciones tempestuosas de la horda de a caballo y de lanza.

Se diría que su personalidad no ofrece asunto a la fantasía, porque sus hechos son del dominio de la ciencia; pero hay en sus combates una secreta grandeza que subyuga las facultades. Esa inmovilidad del artillero donde van a romperse las corrientes impetuosas del enemigo, como ante una montaña de la que brotan lluvias de fuego, y esas marchas ordenadas y metódicas, ejecutadas en medio del estruendo y del estrago que sacuden la tierra,

ejercen sobre el espíritu una terrible fascinación. No es la leyenda que se alimenta de fantasías risueñas o melancólicas la que perpetúa esos cuadros y esos caracteres; es la epopeya, porque en ella caben las más vastas, las más colosales concepciones de la inteligencia, las creaciones más inmensurables del sentimiento humano.

Hay una poesía majestuosa, serena y olímpica en la odisea de este hombre extraordinario a través de pueblos extraños, persiguiendo la realización de su idea magna: la destrucción de los caudillos. Una huella de prodigios señala sus pasos. Montevideo le ve en la plenitud de su genio militar, que asombra a Garibaldi, el héroe de la redención italiana; Corrientes, asilo predestinado del patriotismo argentino en aquel tiempo, se arma a su voz; el Brasil le ve pasar como un peregrino de un mundo desconocido, con la frente nublada por un pensamiento. Su cerebro no descansa; el gran problema llega a su solución. Forma contra el bárbaro su artillería inconmovible y sus infanterías impertérritas...

La Tablada y Oncativo son la muerte moral del caudillaje; y hubieran sido su destrucción absoluta si uno de esos accidentes, que sólo el argentino comprende, no hubiesen dado el triunfo al bárbaro. El sabio que marcha descuidado observando la naturaleza, queda aprisionado por las lianas de la selva; el general calculador y matemático, cae preso de un tiro de bolas del gaucho de la pampa. La polvareda densa que levanta en el desierto la horda tempestuosa, ha eclipsado el astro que guiaba la libertad a su triunfo; pero su luz radiante asoma en lugar distinto del horizonte, y hacia él convergen todas las miradas.

Los más grandes acontecimientos de nuestra historia se ligan a su nombre, y su talento literario da a su patria una ofrenda colosal: sus *Memorias* son, en el laberinto de nuestras luchas agitadas, el hilo que enseña el camino recto. La tradición nacional tiene en el general Paz una de sus glorias más puras. En su figura histórica

resplandece el pensamiento y reverbera una aureola de virtudes diáfanas. ¡Quiera su sombra inspirar el ejemplo de su vida a las generaciones del porvenir!

Según JOAQUÍN V. GONZÁLEZ.

63. Al general Lavalle.

1. ¡Mártir del pueblo!, víctima expiatoria
inmolada en el ara de una idea,
te has dormido en los brazos de la historia
con la inmortal diadema de la gloria
que del genio un relámpago clarea.

2. ¿Qué importa que sucumban los campeones
y caigan los aceros de sus manos,
si no muere la fe en los corazones,
y del pendón del libre los jirones
sirven para amarrar a los tiranos?

3. ¿Qué importa si esa sangre que gotea
en principio de vida se convierte,
y el humo funeral de la pelea
lleva sobre las alas una idea
que triunfa de la saña de la muerte?

4. ¿Qué importa que la tierra dolorida
solloce con las fuentes y las brisas,
si no ha de ser eterna su partida,
si un nuevo vigor, con nueva vida,
más grande ha de brotar de sus cenizas?

5. ¡Mártir! Al borde de la tumba helada
la gloria velará tu polvo inerte,
y al resplandor rojizo de tu espada
caerá de hinojos esa turba airada
que disputa sus presas a la muerte.

6. Y cuando tiña el horizonte obscuro,
del porvenir la llamarada inmensa,
y se desplome el carcomido muro
que tiembla como el álamo inseguro
ante las nubes que el dolor condensa,

7. entonces los proscriptos, los hermanos,
irán ante tu fosa reverentes,
a orar a Dios con suplicantes manos
para saber domar a los tiranos,
¡o morir como mueren los valientes!

Abreviado — OLEGARIO V. ANDRADE.

64. La personalidad moral de Rosas.

Lo que se hace más visible en el carácter de Rosas, apenas se lleva un poco a fondo el análisis, es aquel místico y extremado sentimiento de la superioridad de su persona que jamás le abandonó. Es, en su estructura cerebral, una a modo de osatura conjuntiva sustentadora de todos los demás resortes que la defienden y le dan estabilidad, como los huesos y las cavidades a los órganos principales de la vida. Dondequiera que echéis la sonda, vais a tocar ese fondo de desmedido orgullo, que es el rasgo matriz de su mentalidad y de donde todo surge.

Tal sentimiento adquiere después en su conciencia una persistencia extraordinaria, y, para que sea aún más estable, hasta tiene una base física, porque su talla excede de lo general y es esbelta como ninguna. Nadie ha sido mejor y más hermoso jinete; y el más indómito «bagual» no resistió jamás la imposición de su fuerza o el dominio de su destreza. Finalmente, cuando nadie era capaz de gobernar al país entre la pléyade rumbosa de hombres de letras y de Estado, que uno tras otro fracasaran, él fué elegido por todos los gremios y las clases de la atribulada metrópoli, hasta arrancarlo al amable calor de los fogones.

Semejante noción, casi orgánica y congénita, diré así, para expresar mejor la continuidad de su gravitación, se agranda cuando el mismo pueblo endiosa su estirpe y diviniza en los altares, al lado de la suya, la imagen de su esposa, por el solo hecho de serlo, reclamando para ambos los beneficios de un gobierno hereditario que perpetúe su sangre, su sistema y el recuerdo de su persona. Embriagado por tan constante adulación de su amor propio, que desde la infancia fomenta el cariño admirativo del ambiente doméstico, llega al poder arraigada la convicción de que ese es un destino suyo y que el mando es la única función posible de su personalidad, creada con el solo fin de agente providencial de protección. Estos personajes, inspirados por la Providencia y tan seriamente convencidos de su mística misión política, son planta que se encuentra con alguna frecuencia en el río de la Plata...

Calentado en tan propicio limo el grano del orgullo, un poco morboso, que hizo de cada López Osornio (los antepasados de Rosas por la línea materna) un mandón con ribetes de megalómano, pronto se hinchó, y, como la semilla próspera, rompió en una fecundación abundante de ambiciones y místicos sueños de dominio. De manera que, para él, el poder no viene a sus manos por obra de casuales circunstancias o concesiones de la debilidad, sino por la lógica natural de las cosas sobrehumanas. Es él un órgano que ha sido creado por la función de la necesidad que desarrolla el ambiente, razón por la cual el mando no lo toma con fines o ideas políticas determinados, sino es el de ejercerlo puramente, y el de ejercerlo dentro de sus más providenciales ampliaciones. Tan colosal sentimiento de su valer llega hasta hacerle pensar que la Iglesia misma, dentro de la órbita donde ella ejerce, debe reconocerle la supremacía que él se atribuye. Y, en efecto, pronto se impone, no sólo a los jesuítas, tan rebeldes a todo despotismo, sino también al resto del clero, que se le somete incondicionalmente. Pretende que aqué-

llos se sujeten a la jurisdicción episcopal como el clero secular, y que, independizándose de sus superiores europeos, formen una especie de sociedad cismática, cuyos superiores nombraría y de los cuales dispondría él a su arbitrio. Aun va más lejos: piensa con respecto a sus derechos sobre el gobierno como los anarquistas frente a la propiedad y raciocina con la convencida exageración de todos ellos... Tan firme es en él la conciencia de este particular destino, que, después de Caseros, en medio de las naturales tribulaciones y peligros, lo que primero surge en su mente es la renuncia. Su enorme orgullo pudo más que el instinto de conservación, y las agitaciones morales no alteraron el sentimiento de la fórmula; se desprende solemnemente de lo que no quiere que le quiten, dispone de lo suyo, y así lo hace constar, «renunciando» al mismo tiempo que ratifica sus derechos.

José María Ramos Mejía.

65. La presidencia de Urquiza.

I. ANTECEDENTES

El general Justo José de Urquiza, caudillo y gobernador de Entre Ríos, al frente de las fuerzas coaligadas de su provincia, de Corrientes y de Santa Fe, y con elementos aliados del Uruguay y del Brasil derrotó completamente al ejército de Rosas, en los campos de Monte Caseros, el 3 de febrero de 1852. El dictador de Buenos Aires huyó al extranjero, y sus secuaces y partidarios se dispersaron. El vencedor quedaba dueño del campo de la lucha militar y política; la ciudad de Buenos Aires se preparaba a recibirle con las palmas de la victoria. Al día siguiente de la batalla, reservándose él ya la representación de la República, nombró gobernador interino de Buenos Aires a don Vicente López y Planes, el venerado anciano autor del *Himno nacional*, que había desempeñado durante la tiranía el alto puesto de presidente del Supremo Tribunal de

Justicia. El gobernador interino debía llamar a elecciones para constituir el gobierno de la provincia y organizarla. Y, sin restricciones de ningún género, declarando que «no había vencedores ni vencidos», el general Urquiza permitió la vuelta de los emigrados unitarios y antirrosistas al querido suelo de la patria.

El general Urquiza acampó en Palermo, la antigua quinta del dictador, y tomó medidas que creyó indispensables. Para mantener el orden público mandó fusilar o permitió que se fusilara, sin solemnes formas procesales, a algunos desalmados partidarios de Rosas, y, como para hacer constar el triunfo de su causa federal, más contra ciertos conspiradores que contra los antiguos unitarios porteños, intentó restablecer el uso, días antes abolido, de la escarapela roja en los sombreros. Estos actos de gobierno alarmaron al pueblo de Buenos Aires; se temía, recordándose el origen popular y rural del prestigio y poder del general Urquiza, que aspirase a suplantar la antigua tiranía por una nueva. En tal sentido se interpretaba el hecho de que asumiera la representación nacional, a pesar de sus declaraciones de que esto sólo tenía por objeto facilitar la organización política de la República y abrir al comercio extranjero la navegación de los ríos, antes prohibida por Rosas, con gran perjuicio de las provincias litorales.

La posición de las fuerzas vencedoras, acampadas frente a Buenos Aires, no era ya necesaria ni prudente. Cumplido su objeto, el general Urquiza dispuso su disolución, a fin de que sus hombres volvieran a sus respectivas provincias de Entre Ríos, Corrientes y Santa Fe, y a sus países los elementos aliados del Uruguay y el Brasil. Según arregló con el gobernador interino, antes debían entrar triunfalmente y pasar revista en la ciudad de Buenos Aires, como apoteosis de la campaña. Fijado para esta fiesta el día 19 de febrero, la ciudad se embanderó y se cubrieron de ramas y de flores las calles por donde pasaría el ejército. Toda la población, rota una dictadura que había du-

rado diez y siete años, acudió jubilosa a saludar a los vencedores. Encabezábalos el general Urquiza, con su brillante uniforme de parada recamado de oro, pero envuelto en amplio poncho y con sombrero de copa. Atronaron el aire los aplausos, los vítores, los clarines de los batallones en marcha y las salvas de la artillería. El pueblo se sentía doblemente dichoso: había caído una dictadura, y la que se temió luego, declinaba voluntariamente el imperio de la fuerza y se retiraba con sus tropas. ¡Al fin reinaría otra vez la libertad, conseguida a costa de tantos sacrificios y de tanta sangre!

Practicadas las elecciones en la provincia de Buenos Aires, nombróse gobernador en propiedad, o sea, efectivo, al que lo era interino, don Vicente López y Planes, quien inició un gobierno de reparación y de reconstitución social. En tanto, el general Urquiza citó a los gobernadores de todas las provincias argentinas en San Nicolás, donde se pactó un tratado interprovincial, el 31 de mayo de 1852. En sus cláusulas se dispuso la reunión de un Congreso nacional federativo, que dictaría una Constitución general para la República. Nombróse director provisional al general Urquiza, y se le otorgaron amplias facultades para el ejercicio de su cargo, encomendándole la representación y las relaciones exteriores del gobierno nacional. El Pacto o Acuerdo de San Nicolás fué aceptado por todos los gobernadores de las provincias argentinas, incluso el de Buenos Aires, que concurrió a firmarlo.

Cuando se conoció el Acuerdo en Buenos Aires, prodújose un vivo movimiento de opinión. Protestóse tumultuosamente en la Cámara de Representantes; en su sala y en las calles estallaron tales disturbios que el gobernador López se vió obligado a presentar la renuncia. Ésta fué aceptada por la Cámara, que nombró gobernador interino al general Pinto. En tan crítica situación, viendo que la provincia de Buenos Aires se oponía resueltamente a su política, el general Urquiza dió un golpe de

Estado; usando las amplias facultades que le había otorgado el Acuerdo de San Nicolás, asumió el mando de la provincia e hizo cerrar la Legislatura. El gobernador provisional quedó de hecho cesante. Los diputados más decididos en la oposición al Acuerdo, recibieron orden de abandonar el país. El general Urquiza nombró entonces un Consejo de Estado, delegó el mando de la provincia en el general Galán, y partió a presidir, en Santa Fe, la instalación del Congreso constituyente. No bien abandonó a Buenos Aires, estalló una revolución, el 11 de septiembre de 1852, que depuso al gobierno delegado y restableció la Legislatura, enemiga del Acuerdo de San Nicolás, antes cerrada por el golpe de Estado del general Urquiza. Disuelto el ejército que había triunfado en Caseros, en vísperas de la reunión del Congreso federativo que debía dictar la Constitución nacional, la provincia de Buenos Aires quedó separada de la Confederación Argentina. Inicióse entonces un período de tenaz labor administrativa y política en ambos campos, el nacional y el provincial bonaerense, cuyos resultados debían traer, tarde o temprano, por la paz o por la guerra, la unión de todos los pueblos argentinos en una sola y única nación.

II. LA ADMINISTRACION EN LA PRESIDENCIA DE URQUIZA

El Congreso constituyente, en el que estaban representadas todas las provincias argentinas menos la de Buenos Aires, se instaló en la ciudad del Paraná el 20 de noviembre de 1852. Inmediatamente comenzó su ardua labor. Sobre la base de un proyecto del eminente publicista Juan Bautista Alberdi, se confeccionó, sanciono y firmó la Constitución nacional el 1.º de mayo del siguiente año. En la gloriosa fecha del 25 de mayo, el general Urquiza, desde su campamento de San José de Flores, la promulgó con un decreto histórico, mandando que se cumpliese en el vasto territorio de la Confederación. Poco después ordenó que

se realizasen en todas las provincias, en la forma establecida por la Constitución, las elecciones de presidente y vicepresidente. Con la cooperación de once provincias — exceptuadas Buenos Aires, por estar de hecho separada, y Tucumán y Santiago del Estero, que se hallaban cada una en guerra intestina —, eligióse presidente al mismo general Urquiza, y vicepresidente al doctor Salvador María del Carril. Declaróse federalizada la ciudad del Paraná, y se estableció allí, el 5 de mayo de 1854, la capital provisional del nuevo gobierno.

El presidente supo rodearse de hombres distinguidos y de ilustrados asesores. A la sombra y protección de un poder ejecutivo fuerte y benéfico, el Congreso nacional procedió a dictar una serie de leyes, que completaban la obra del presidente y de sus ministros. Hízose así sentir en todos los ramos de la administración la influencia civilizadora de la presidencia del general Urquiza. La propia desconfianza suscitada en el pueblo de Buenos Aires debió ser poderoso estímulo para la realización de un gran gobierno histórico. ¡Había que vencerla, so pena de desgarrar, más honda y acaso irremediablemente, la sagrada nacionalidad argentina!

Ante todo, el gobierno se ocupó en la instrucción pública. No podía serle indiferente al general Urquiza, que, cuando fué gobernador de Entre Ríos y se le suponía en Buenos Aires un caudillo bárbaro, fundó el Colegio nacional de Concepción del Uruguay. El gobierno nacionalizó la Universidad y el Colegio de Monserrat de Córdoba, y los dotó de un buen material de enseñanza y hasta de una imprenta. Como en el Colegio del Uruguay, la enseñanza del Colegio de Monserrat debía ser gratis, la nación costeaba hasta los alimentos y vestidos de los estudiantes. Concediéronse cinco o seis becas para dicho colegio de Monserrat a cada provincia. En las provincias se crearon, además, cuatro nuevos colegios nacionales. Subvencionóse generosamente a las provincias para la difusión de la enseñanza primaria. Con premios oficiales se trataba tam-

bién de estimular la aplicación de la juventud. En un decreto sobre premios se disponía lo siguiente: «Dense las gracias al director y a los alumnos del Colegio nacional del Uruguay, en nombre de la Nación, por su brillante desempeño».

Como la República se hallaba en gran parte despoblada, el gobierno fomentó la inmigración y colonización. El presidente mismo, obrando más como particular que como gobernante, fundó en Entre Ríos la colonia de San José. Comprendiéndose la necesidad de una sana y bien informada legislación de las tierras públicas, ofreciéronse premios en dinero por los mejores estudios sobre su clasificación y régimen. Mandáronse efectuar trabajos de exploración a los territorios desconocidos del Chaco y a las partes inexploradas de Tucumán, Salta y otras regiones, por sabios extranjeros, como Amadeo Jacques y Augusto Bouvard. No habiendo tiempo todavía para que se formasen hombres de ciencia en la República, se los trajo de donde se encontraron. Por un decreto se fundó, en la ciudad de Paraná, un museo de historia natural. Poco conocida era entonces en Europa la República, pues no se habían hecho de sus vastos territorios estudios geográficos generales y sistemáticos. Para que los efectuara, contratóse en 1855 al distinguido geógrafo Martín de Moussy, quien dotó a la República con su primera geografía completa, que hasta ahora sirve de fuente de consulta. En un país tan extenso como el argentino, faltaban vías de comunicación y de transporte. Siendo necesario construirlas, el gobierno, que proyectaba un ferrocarril trasandino, mandó contratar un ingeniero en los Estados Unidos de Norte América para que trazara los primeros planos de construcción de ferrocarriles. Invirtiéronse sumas considerables en los estudios del ferrocarril del Rosario a Córdoba. Al mismo tiempo que el gobierno se ocupaba en las vías terrestres de comunicación, procurábanse la navegación de los ríos Salado y Bermejo y el

balizamiento del río Uruguay, y se subvencionaban empresas de vapores y mensajerías. Organizóse la administración de justicia, creándose la justicia federal, dispuesta por la Constitución. Mandáronse imprimir a costa de la nación las obras de Juan Bautista Alberdi; y, enviado este ciudadano a Europa en representación de la Confederación Argentina, se inició la organización de la representación exterior. Dictóse una ley especial prohibiendo a los miembros del Congreso aceptar empleos del poder ejecutivo. En 1859, producido un grave conflicto entre el Paraguay y los Estados Unidos de Norte América, el presidente Urquiza interpuso sus oficios de mediador pacífico para evitar una guerra que hubiera podido tener deplorables consecuencias.

La progresista administración de la presidencia del general Urquiza preparó, si no realizó definitivamente, la organización nacional. Al terminar su período, en 1859, quedó todo pronto para la completa reconstrucción de la República Argentina. Después de varios históricos episodios, reintegrada la provincia de Buenos Aires a la nación, correspondió a la presidencia del general Bartolomé Mitre (1862-1868) esta nueva y no menos brillante gloria.

66. La democracia argentina.

Apenas estallada la guerra de la Independencia, en 1810, el primer ejército del Norte realizó por las provincias una expedición emancipadora. Mandábalo el general Balcarce, a quien acompañaba Castelli como representante de la Junta de Buenos Aires. En todas partes, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, ricos y pobres, recibían a los libertadores con júbilo y aclamaciones. Llegado Castelli a un rancho en la campaña, sorprendióse del juvenil entusiasmo de una viejecita enjuta y encorvada. No pudo menos de preguntarle: «¿Cuántos años tiene usted, señora?». Ella le respondió: «Parezco vieja; pero sólo cuento

unos meses. He nacido, señor, con el primer grito de la Independencia, el 25 de mayo ».

Esta histórica anécdota de la Independencia puede aplicarse también, substancialmente, a la democracia argentina. A pesar de que, según las leyes coloniales, la sociedad estaba dividida en clases y aristocráticamente organizada, las costumbres eran democráticas. La colonización española en Río de la Plata tuvo un carácter más sencillo que en las demás regiones de la América del Sur. La aparente pobreza de las pampas, donde no había minas ni frutos tropicales y donde los indios eran bravos, no atrajo hidalgos ni intrigantes. El pueblo creció obscura y tranquilamente, sin conocer la agitación de la riqueza. A diferencia de lo que ocurrió en los demás pueblos hispanoamericanos, cuando estalló la Revolución, los realistas no reclutaron un solo hombre en el territorio hoy argentino; no había en él partidarios de la monarquía; todos, acaso sin saberlo, amaban la igualdad y abominaban de los privilegios y de las injusticias. Por esto, nunca pudieron los ejércitos realistas pasar al Sur de Tucumán, y jamás sufrieron los revolucionarios una derrota en territorio propio. Aquí, hasta las piedras los defendían; el pueblo todo combatía en guerrillas y emboscadas. La guerra de la Independencia, más que una revolución, fué, pues, como una guerra internacional, una guerra de fronteras. Mientras que en el resto de la América española, la lucha, verdaderamente civil y fratricida, era sin cuartel — se quemaban los archivos, se talaban los campos, sacrificábanse los prisioneros —, siempre se respetaron las leyes de la guerra en las provincias del río de la Plata. Esta diferencia fundamental, esta felicísima excepción estriban en que, al iniciarse las hostilidades, la democracia argentina existía ya, como la viejecita interrogada por Castelli, si bien, lejos de haber llegado a la decrepitud, hallábase aún en la inocente edad de la niñez.

La bandera azul y blanca no ha sido el símbolo de

una clase directiva, sino de todo un pueblo. Aun los negros introducidos de África la respetaron y defendieron, considerándola como propia. Militaron voluntaria y hasta entusiastamente en las filas del ejército contra las invasiones inglesas, y más tarde, en la guerra de la Independencia, dieron altos ejemplos de patriotismo y abnegación. Falucho, un negro que formó parte de los granaderos de San Martín, pereció en 1824, en la batalla del Callao, envuelto en la bandera y exclamando: «¡Viva Buenos Aires!» Su heroica muerte, a tantas leguas de la patria, no fué sólo un ejemplo de cómo puede caber hasta al más humilde soldado la gloria de morir en defensa de su bandera, sino también de la hermosa ausencia de odios de raza y de clase; cualesquiera que fuesen su color y su origen, los argentinos se amaron siempre como hermanos. Puede decirse que la democracia, a pesar de tantas luchas y revueltas, no es imitada sino orgánica en la República Argentina. Por esto debe llegar al más alto grado de perfección con el tiempo y la cultura; es parte de nuestra alma. Si la democracia no hubiera existido antes de nosotros, nosotros la hubiéramos inventado.

67. El federalismo argentino.

Observad la vida en una familia huérfana y menesterosa, pero compuesta de niños sanos de cuerpo y de espíritu. Todo es paz y cariño cuando los pequeñuelos no saben aún hablar ni caminar, y se arrastran en andadores o dormitan en la cuna. El hermanito mayor, que cuenta apenas seis o siete años, a falta de padres o tutores, comprende ya sus responsabilidades de jefe de familia. Ayuda a levantarse del suelo al chiquitín que se da un porrazo, le consuela si llora, cuida de su alimento, y mece la cuna del infante de pocos meses, para que se duerma. Penetrado él, como los que le siguen en edad, de sus deberes para con los más chicos, la prole desvalida vela por sí misma. Abundan las caricias, que aun sobran para el perro y el

gato de la casa; los alimentos y los cuidados alcanzan hasta para las gallinas... Encantados y enternecidos por el cuadro, los vecinos exclaman: «¡Pobres angelitos!»

Pasan tres o cuatro años. Ahora todos los hermanos han crecido, se revuelcan como perros, triscan como cabras, chillan como loros. Desparramándose por los patios y el campo, juegan de la mañana a la noche. Pero, privados de una autoridad que los dirija y contenga, sus juegos de pequeños salvajes alternan con disputas y riñas, con llantos y mojicones, con arañazos, pellizcos y puntapiés. Aunque los chicos huérfanos sean inseparables y vaya el uno adonde vaya el otro, diríase que cuanto más se buscan más discuten, que cuanto más se quieren más se pelean. Los coscorrones de hogaño substituyen a las caricias de antaño; la casa parece convertirse en un infierno. El perro ladra furioso; pisado en la cola, el gato aúlla y se oculta bajo un mueble; las gallinas huyen despavoridas, cacareando. Y los vecinos, incomodados por el alboroto y llamando «demonios» a los antiguos «angelitos», los amenazan con el puño...

Pasan unos años más. Los chicos se han desarrollado a la buena de Dios. Tienen uso de razón, van a la escuela, saben leer, aprenden un oficio. Viéndose abandonados, ayúdanse como pueden; lejos de reñir por un trompo o una pelota, se prestan los útiles, los cuadernos, los libros de texto, las herramientas industriales; son los mejores amigos del mundo. ¡Quieren ser hombres! La casa se convierte en un taller; el campo donde jugaban a la «mancha», al «rescate» o al *balompié (football)*, el viejo campo de batalla es ya tierra de laboreo. La unión de la familia se restablece sobre la sólida base del cariño y del interés común. Separados los hermanos, serían débiles; unidos, son fuertes. ¡Y hay que ser fuertes para hacerse hombres! No ya los vecinos, el barrio todo se hace lenguas de sus condiciones y virtudes. Los angelitos de antes, los demonios de ayer, representan hermosos ejem-

plares de carácter. Tales han sido las transformaciones de la familia huérfana y menesterosa, pero compuesta de niños sanos de cuerpo y de espíritu.

Observad asimismo la vida histórica de los Estados o provincias que componen la Republica Argentina. Son ellos también, al estallar la guerra de la Independencia, pueblos desvalidos y huérfanos de autoridad y organización. Nacido cada uno en la respectiva cuna de su Cabildo colonial, parecen aún infantes en pañales y andadores. El mayorcito de la familia, el pueblo de Buenos Aires, declara la Revolución y asume cariñosamente la protección de sus hermanos menores; crecen todos en amorosa y mutua ayuda. Luego, consumada la Independencia, desarrollados ya los pueblos niños, aunque todavía sin suficiente discernimiento, andan solos. Iníciase la edad de los juegos políticos o ensayos constitucionales y de las consiguientes disputas y riñas. Los mayores quieren mandar, y los menores no quieren obedecer. Buenos Aires parece aspirar a una hegemonía; el interior se resiste con toda justicia; los caudillos de Santa Fe y Entre Ríos riñen con Buenos Aires; Tucumán se declara «república independiente»; las relaciones interprovinciales se estrechan o se alejan, según las exigencias de los unos y las pretensiones de los otros. La República, con sus ensayos constitucionales y sus revoluciones, es ancho campo de guerras fratricidas. Diríase que la pujanza y virilidad de la raza no halla otra válvula de escape que esos tumultuosos juegos políticos y contiendas, peleas por un trompo o una pelota. Los vecinos, que tanto admiraban antes la solidaridad de la familia argentina, aunque tampoco sean ellos muy experimentados que digamos, protestan contra sus desórdenes y disturbios; especialmente el Uruguay y Brasil llegan a favorecer a tal cual partido o a tal cual pueblo. Pero también aquí la situación se transforma otra vez. Ya en pleno uso de su razón y de su experiencia, los adolescentes quieren ser hombres. Hácense hombres. Terminan las luchas

de la organización nacional, y todos, definitivamente constituídos, se unen para siempre, y convierten sus casas en talleres, y sus campos de batalla en estancias y colonias. Tal ha sido la evolución de los pueblos argentinos, que nacieron, para asombrar al mundo, huérfanos de autoridad y pobres de instituciones, pero ricos de energía y fuertes de alma.

68. La Constitución Nacional.

En el Cabildo abierto de 1810 se subleva el pueblo de Buenos Aires contra el régimen colonial. El Congreso de Tucumán, cumpliendo los anhelos del Cabildo abierto de Buenos Aires, declara en 1816 la independencia de la nación, y hace votos para que se constituya y organice. Después de varios ensayos de organización política y de larga y sangrienta lucha entre la tendencia federal y la unitaria, triunfa el federalismo por la fuerza de los hechos. El Congreso general constituyente de 1853, reunido en la ciudad del Paraná, cumple a su vez los votos del Congreso de Tucumán, dictando la Constitución nacional argentina. La nación se organiza bajo el régimen democrático, representativo y federal. Y, en representación del pueblo todo, como síntesis suprema de la comunión de sus ideales, los constituyentes definen los altos designios de su nacionalidad, en el siguiente Preámbulo de la Constitución, grandioso pórtico y arco triunfal de nuestras leyes e instituciones:

Nos, los Representantes del Pueblo de la Nación Argentina, reunidos en Congreso General Constituyente, por voluntad y elección de las Provincias que la componen, en cumplimiento de Pactos preexistentes, con el objeto de constituir la Unión Nacional, afianzar la justicia, consolidar la paz interior, proveer a la defensa común, promover el bienestar general y asegurar los beneficios de la Libertad, para nosotros, para nuestra posteridad y

para todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino; invocando la protección de Dios, fuente de toda razón y justicia, ordenamos, decretamos y establecemos esta Constitución para la Nación Argentina.

Cuando se dicta la Constitución, en 1853, el Estado de Buenos Aires se halla separado de la que entonces se llama Confederación Argentina Esta separación, que dura unos siete años, acaba con un avenimiento, en 1859, y, al año siguiente, también el Estado o provincia de Buenos Aires acepta la Constitución con ciertas modificaciones. La República Argentina queda entonces definitivamente organizada. Constituída como unidad nacional, al menos moralmente, puede decirse que lo está desde el primer instante de la Independencia, pues el sentimiento de la nacionalidad común es radioso astro que jamás llegan a eclipsar u obscurecer las tormentas de la guerra civil. Aun cuando transitoria y accidentalmente se aislen los pueblos unos de otros, la República existe en el corazón de todo argentino. Y su régimen federal viene a consolidarse más tarde, en 1880, con la federalización de la ciudad de Buenos Aires, declarada capital de la República.

La Constitución, dictada y aceptada por todos los pueblos y los hombres de la República, es el arca santa en el templo de la patria. La Constitución es la llave de oro de nuestra vida institucional. La Constitución es el libro sagrado de nuestra nacionalidad de argentinos; es el Talmud, la Biblia, el Corán del ciudadano. Con letras de fuego, hállanse escritas en sus páginas nuestras libertades y nuestros derechos. El pueblo es el soberano, la justicia es su cetro, el progreso es su trono.

La Constitución ha sido y debe ser siempre respetada, porque representa la voluntad del pueblo soberano. Mientras éste no la reforme, quien la infrinja comete un crimen de lesa patria y merece escarnio y vituperio. Su

desobediencia y menosprecio sólo pueden producir anarquía y despotismo. El pueblo dejará entonces de ser su propio soberano: esclavo de la demagogia o de la tiranía, vivirá desgraciado y perecerá miserablemente. Para su felicidad, el pueblo, gobernante y gobernado, ha de respetar las leyes, y ante todo la Constitución, que es la Ley de las Leyes.

69. El nombre de la República Argentina.

I. ORIGEN DEL NOMBRE DEL RIO DE LA PLATA

Al descubrir el río hoy llamado de la Plata, en 1516, Solís lo denominó «Mar Dulce». Después de la trágica muerte del atrevido navegante, sus compañeros, de regreso a España, haciendo justicia a su infortunado jefe, apellidáronlo «río de Solís». De ellos, unos cuantos quedaron náufragos o por su voluntad en la isla de las costas del Brasil, llamada luego de «Santa Catalina». Allí fué donde se pronunció por primera vez el nombre de «río de la Plata». Esos compañeros de Solís, abandonados en el nuevo continente, vieron que algunos aborígenes de la margen septentrional del río antes descubierto usaban ciertas planchas de plata; según explicaron, obteníanlas de los indios que vivían al Norte, en la comarca donde nacía el principal tributario de un gran río que dijeron llamarse «Paraná». Los naturales de la isla confirmaban estos datos, asegurando que algunas piezas de plata que poseían, procedían de los aborígenes de ciertas tierras situadas junto a un río que de allí quedaban al Oeste, es decir, en dirección correspondiente a la indicada por los otros. Como coincidían ambas referencias, algunos españoles se encaminaron a esas tierras, llegaron hasta las orillas del Bermejo, y obtuvieron planchas de plata en cambio de abalorios. Cuando regresaban, los indios Agaces mataron a cuatro de ellos. Con unos pocos indios amigos, lograron los demás llegar de regreso a Santa Catalina, trayendo consigo cierta canti-

dad del precioso metal. Por esto se llamó entonces a la isla «puerto» o «isla de la Plata», aunque también, y con más generalidad y propiedad, «puerto» o «isla de los Patos». Después, la diplomacia portuguesa, interesada en negar a España la prioridad del descubrimiento, divulgó el nombre de «río de la Plata». Tal nombre le daba esa hábil cancillería en los muchos escritos que dirigió a los embajadores y a los ministros de Carlos V, en los años de 1530 a 1535, época en que con más insistencia pretendió Portugal el dominio del río. Sólo en muy raros documentos, al referirse al «río de la Plata», agregaba, por vía de aclaración, «que algunos dicen de Solís». Carlos V no mostró gran empeño en mantener el nombre del descubridor. Acaso hasta le fué más simpática la denominación de «río de la Plata», porque no rememoraba la catástrofe de su descubrimiento, y por su significación alentaría la codicia de los conquistadores.

Se ha supuesto que el nombre de «río de la Plata» empezó a dársele a consecuencia de las muestras de este metal que Caboto envió a España, en 1528, o que llevó por sí mismo, en 1530. Pero basta recordar que aquellas muestras pesaron poco más de una libra, y una onza las llevadas por Caboto. Nada significaban junto a las enormes cantidades que recibía España de México y del Perú. Tampoco podían tener tan gran importancia las «noticias» de Caboto respecto de la plata que los indios le dijeron se encontraba en las tierras donde nacían los tributarios del Paraná... En todo caso, el audaz marino sólo aportó un testimonio más en favor del nombre que ya se divulgaba e iba generalizándose en el uso común y en los documentos oficiales.

Según EDUARDO MADERO

II. ORIGEN DEL NOMBRE DE LA R. ARGENTINA

Del nombre del río de la Plata deriva el de la República Argentina. En efecto, la primera vez que se aplicó

el vocablo « Argentina » a estas tierras, fué a principio del siglo XVII, por el imaginativo cronista Ruy Díaz de Guzmán, quien escribió, en 1612, una « historia » llamada *La Argentina* o *Del descubrimiento, población y conquista del rio de la Plata*. Más tarde, un soldado de la conquista, Barco Centenera, confeccionó una especie de crónica rimada, que calificó de « poema histórico », y tituló a su vez *La Argentina* o *La conquista del río de la Plata*. Tanto en la obra de Ruy Díaz como en la de Barco Centenera, las dos más poéticas que históricas, el título correspondía al subtítulo, pues se apellidaba « río Argentino » al descubierto por Solís. Esos cronistas poetas empleaban la eufónica voz latina *argentum* (plata), al mismo tiempo y aun con preferencia a la voz castellana.

En la época de la colonización, al separarse las regiones platenses del gobierno del Paraguay, creóse, en 1617, una provincia llamada oficialmente « del Río de la Plata », y comúnmente « de Buenos Aires ». El virreinato, instituído en 1776, no obstante comprender también el Alto Perú, el Paraguay y la Banda Oriental del Uruguay, se denominó « virreinato de Buenos Aires », y asimismo « de las Provincias del Río de la Plata ». Aunque no fueran en aquellos tiempos tan firmes como en nuestros días la nomenclatura geográfica y la política, el nombre poético usado por Ruy Díaz y por Barco Centenera no tuvo trascendencia y quedó por entonces casi olvidado. Más que un antecedente del nombre de la República, parece ahora una mera coincidencia.

El rechazo de la invasión inglesa de 1806 fué celebrado por el joven Vicente López y Planes en su canto *Triunfo argentino*. Allí se usó ya la expresión « argentino » como algo distinto de lo propiamente español, de lo oficialmente colonial. Después de estallar la Revolución, el mismo poeta López y Planes compuso el *Himno argentino*, a guisa de canción patriótica o himno nacional del pueblo revolucionario. En el cuerpo de la composición llama « argentino » a este pueblo, y « argentinos » a sus miem-

bros o ciudadanos, por oposición a españoles y extranjeros. Consigna también como rótulo genérico de la nación sublevada contra la dominación española, el de «Provincias Unidas del Sud».

En el Congreso de Tucumán se declaró solemnemente, el 9 de julio de 1816, la Independencia de las «Provincias Unidas del Río de la Plata». Éste fué el nombre generalmente usado hasta 1852, para designar a la nación sin herir los sentimientos federalistas de autonomía provincial. Sólo en ocasiones y por accidente o licencia retórica, empleáronse el de Provincias Argentinas» y el de «Pueblo, Nación o Federación Argentina». El nombre de la «Argentina» se consagró definitivamente por el Congreso del Paraná, de 1852, que dictó en 1853 la Constitución nacional para la «Confederación Argentina». Fué éste el título oficial de la nación durante el período de separación del Estado o provincia de Buenos Aires. A la reincorporación de esta provincia y reintegración del país, cuando se modificó la Constitución y se sancionó definitivamente, en 1860-1861, substituyóse, por fin, el apelativo de «Confederación» por el de «República Argentina».

Tal es el origen del glorioso nombre de la República: como Venus del seno turbulento de los mares, nace, invocado por un elegante latinismo de los poetas, de las armoniosas ondas del río de la Plata. Tal es el origen de un nombre amado y respetado por todos los pueblos de América y del mundo entero: el nombre de una nación invicta, que, si se hace respetar por su cultura y su riqueza, también se hace querer universalmente por su amor a la justicia.

70. Nuestra patria y las demás Naciones.

La República Argentina ha sostenido siempre una política internacional de paz y de justicia. Rodeada de naciones que tuvieron un mismo origen colonial, las ha considerado como amigas y aliadas naturales. Jamás pro-

vocó las guerras o conflictos que pudo tener con algunas de ellas. Ha dado a sus cuestiones de límites, felizmente concluídas todas, la pacífica solución del arbitraje. Intervino también, en cuanto pudo, para que encontrasen solución semejante las cuestiones de límites de otras repúblicas hispanoamericanas; su acción ha sido de orden y de confraternidad. Como una hermana mayor de esas repúblicas, ha velado por su progreso y grandeza, sin mezquinos celos localistas ni sueños de hegemonía.

No podrá atribuirse la política fraternal de la República Argentina a falta de nervio y de valor. Cuando le ha sido necesario defenderse, el pueblo argentino ha demostrado vigorosa fibra guerrera. Debiendo rechazar, en el transcurso de su historia, unas cinco agresiones del extranjero, venció siempre en la lucha; la nación no fué nunca vencida. Puede añadirse que, dentro del territorio propio, jamás ha sido francamente derrotado o siquiera rechazado un ejército argentino, ni aun por fuerzas mucho mayores y más aguerridas y disciplinadas.

Las cinco guerras o conflictos armados que deben considerarse internacionales, sostenidos por el pueblo argentino, son: las invasiones inglesas de 1806 y 1807; la guerra de la Independencia, de 1810 a 1824; la agresión brasileña de 1824; el conflicto del dictador Rosas con Francia, de 1827 a 1840, y la guerra del Paraguay, de 1865 a 1870.

Las invasiones inglesas fueron heroicamente rechazadas. El más inteligente de sus jefes ha declarado que el pueblo mismo, aun la masa de valetudinarios, mujeres y niños, que en toda guerra es más bien un obstáculo para la organización de la defensa, contribuyeron aquí a ella poderosamente, de manera no vista ni prevista en la historia de las conquistas británicas. En la guerra de la Independencia, contra la dominación colonial, los victoriosos ejércitos argentinos dieron libertad, no sólo a los pueblos de la República, sino también a las naciones vecinas: el

Paraguay, el Uruguay, Chile, Bolivia y el Perú. La aventurada agresión brasileña de 1824 fué repelida, en la Banda Oriental del Uruguay, por rápida y brillante campaña. La agresión francesa contra la dictadura de Rosas resultó impotente para intervenir en la política interna del país. Y, finalmente, la guerra del Paraguay, lejos de ser provocada por la República Argentina, fué impuesta por la dura necesidad de la defensa nacional contra los ataques de un tirano, el presidente Francisco Solano López.

Nada más hermoso que la actitud de la República Argentina en las emergencias internacionales, actitud al propio tiempo enérgica y pacífica, valiente y generosa. Ha opuesto siempre, a las pretensiones ajenas, sean cuales fueren su fuerza y su derecho, el principio jurídico del arbitraje. Así, sus cuestiones de límites con Chile se zanjaron sucesivamente en las convenciones de 1881, 1888, 1893 y 1896. La cuestión con el Brasil, en el tratado de arbitraje de 1889. La cuestión con el Paraguay, en 1876. Esto último entraña el más típico ejemplo de la política fraternal de la República Argentina. Después de terminada la guerra del Paraguay, en vez de ocupar militarmente el Chaco Oriental, separado del territorio paraguayo por el río Paraná, y al que creía tener derecho por los antecedentes coloniales, sometió la contienda al fallo del presidente de los Estados Unidos de Norte América, y éste la resolvió, en 1895, a favor del vencido y más débil. La República Argentina, sacrificando sus intereses y hasta volviendo sobre los hechos consumados, en virtud de su ideal de confraternidad hispanoamericana, perdió aquella ancha y rica región llamada Chaco Oriental.

El antiguo virreinato del Río de la Plata comprendía vastos territorios, cuya capital y puerto era la ciudad de Buenos Aires. Estos territorios constituyeron, después de la guerra de la Independencia, distintas naciones: la Argentina, el Paraguay, el Uruguay y Bolivia. Separáronse leal y amistosamente, sin que pretendieran las autoridades de

la antigua capital mantenerlas unidas bajo su preponderancia. Ni Buenos Aires ni la República Argentina revelaron jamás aspiraciones imperialistas; lejos de ello, su ideal fué más bien la confraternidad, aun la confederación espontánea y libre, si fuera posible y conviniese a los intereses de las nuevas nacionalidades.

La República Argentina es acreedora a la simpatía y hasta a la solidaridad de los antiguos pueblos que compusieron el virreinato del Río de la Plata. En efecto, debe creerse que este sentimiento de solidaridad exista, más poderoso y dinámico de lo que a primera vista parece, en las cuatro naciones constituídas. La guerra del Paraguay no fué de ningún modo una lucha verdaderamente popular, sino más bien la resistencia a una tiranía agresiva. Pasada la agresión de la tiranía, el sentimiento de confraternidad reapareció, como el sol de primavera cuando se disipa la tormenta. También a veces pequeñas cuestiones locales parecen dividir hondamente a uruguayos y argentinos. Sin embargo, argentinos y uruguayos se han considerado hasta ahora solidarios en varios conflictos con otros Estados. De Buenos Aires partieron fuerzas, durante el coloniaje, para oponerse a las invasiones portuguesas en el Uruguay, y, más tarde, después de la Independencia, en 1824, contra la agresión brasileña. También de Montevideo partieron, en 1806, fuerzas para rechazar la primera invasión inglesa en Buenos Aires, y, en la guerra del Paraguay, contra las pretensiones de ciertos caudillos que se aliaron a la república agresora, la opinión pública derrocó al gobierno e impuso su alianza con la República Argentina, el país agredido. Las pasajeras contiendas o disputas locales de ciertos vecinos y los argentinos pueden compararse con las discusiones violentas que suelen estallar entre hermanos varoniles y leales de opiniones diversas, y que, en cuanto un extraño ataca a cualquiera de los hermanos, se calman como por ensalmo; los hermanos se unen contra el

extraño, inspirados por su inquebrantable vínculo de amor y de sangre...

Uniendo a sus naturales riquezas el constante esfuerzo de sus hijos y su lucha por la cultura, ocupa ya la República Argentina, en el universal concierto de las naciones, prominentísimo sitial. Antes de cumplirse el primer centenario de su vida independiente, durante la segunda presidencia del general Roca, por medio de la doctrina de Drago, proclamada a la faz del mundo, en 1902, ha negado a las potencias europeas la facultad de reclamar por la fuerza el pago de la deuda pública contraída por los países americanos, o sea lo que en derecho de gentes se llama ahora «el cobro compulsivo» de las deudas. Ha interpuesto así su escudo de bronce para repeler los posibles golpes y ataques abusivos de los pueblos fuertes de Europa contra los pueblos aun débiles de América. Por su política internacional de concordia y de progreso y por su política intercontinental de legítima defensa, se ha hecho doblemente digna de la consideración y amor de las demás naciones americanas y de todo el mundo civilizado. Por otra parte, posee un ejército y una escuadra — ¡y sobre todo un pueblo! — que la colocan en situación de resistir cualquier ataque a su libertad y a su suelo, sin pactar frágiles alianzas ni pedir problemáticos socorros. En su comercio, en su política, en su cultura, la República Argentina se basta a sí misma. Siempre justa y siempre vencedora, preséntase ante la historia y ante los otros pueblos de la tierra como la vívida imagen de la Victoria y del Derecho.



PARTE SEGUNDA

LA POESÍA ARGENTINA

71. La Poesía argentina.

1. La libertad en ruda guerra estalla,
y ella, la Poesía,
es el vivo clarín de la batalla.

2. Surge la roja sombra del tirano,
y ella, la Poesía,
enluta el arpa con doliente mano.

3. Triunfa y marcha la paz hacia adelante,
y ella, la Poesía,
canta la marcha de la paz triunfante.

4. ¡Salve, clarín, leyenda, musa, historia,
oh patria Poesía,
alma del pueblo y numen de la gloria!

I. LA POESÍA POPULAR

72. La poesía gauchesca.

En la historia de todas las literaturas, la prosa rítmica y el verso preceden a la verdadera prosa, y la poesía popular a la poesía artística. Imitando el ritmo de la respiración, el verso se presta mejor a ser declamado que la prosa, y es más fácil de recordar. Por esto, antes de la invención de la escritura, el pueblo recita con mayor placer y recuerda con menor esfuerzo la composición rítmica o versificada que una mera narración prosaica. El ritmo llega

a hacerse necesario para la continuación y durabilidad de las tradiciones. Luego, con el andar del tiempo, el desarrollo de la inteligencia y los avances de la cultura, el poeta ilustrado, gramático y retórico, aprovecha el rico material de la poesía popular, perfecciona sus giros y ritmos, y crea la poesía artística, que constituye la «gaya ciencia» o bella arte de la poesía.

Con las demás literaturas verdaderamente nacionales, también la argentina tuvo su poesía popular originaria: la poesía gauchesca. Antes que la nación existiera políticamente, durante la época colonial, el criollo del campo y de los suburbios, el gaucho, cantaba a la patria, amaba la libertad, y, sin saberlo, preparaba la independencia. Bardo de los tiempos heroicos, era inconsciente profeta.

Obraron de consuno, para formar la antigua poesía gauchesca, el temperamento étnico del gaucho y el ambiente de su vida. Descendiente de españoles y árabes, a menudo de andaluces, el gaucho poseía un genio eminentemente contemplativo y poético. En sus venas hervía la sangre de sus antepasados guerreros y artistas, nómadas y cantores. La poca sangre indígena que se sumó a su ascendencia europea y asiática, vino sólo a agregar a su idiosincrasia cierta salvaje pasión de libertad. El infinito desierto de las pampas le invitaba a la contemplación, y las continuas luchas con la indiada vecina templaban su coraje. Así, por la herencia, por la adaptación, por la fatalidad, el gaucho resultó un interesante tipo, cuyos dos cultos principales eran el valor personal y la guitarra.

Habiendo importado este instrumento de España, la guitarra era su inseparable amigo, el confidente de sus horas tristes y compañero de sus horas alegres. No concebía otra bella arte que la poesía, acompañada de la música; poesía y música formaban para él, como en las civilizaciones primitivas, un solo arte, el arte único, el arte por excelencia. Los mejores cantores y guitarristas se llamaban *payadores*. No todos los gauchos eran tales;

muchos había, quizá la mayor parte, que no poseían la doble habilidad sino harto mediocremente; pero, cualquiera que fuese en cada uno la capacidad de ejecutar y cantar, todos amaban el arte de la poesía y música como su mejor distracción. Cuando el payador tomaba la vihuela — ya para cantar solo, ya en justa o *payada de contrapunto* con algún émulo — , hacíase siempre el silencio, y los espectadores se agrupaban a su alrededor, a fin de no perder una palabra ni una nota.

Tan íntima es en la poesía popular la unión de la palabra y la música, que los géneros se distinguen principalmente por la música que los acompaña. Los *tristes* y *vidalitas* están generalmente en tonalidad menor; los *cielitos*, en mayor. La melodía de estos cantos populares tiene algo de oriental; sus notas alargadas recuerdan antiguas melopeas. En realidad, el gaucho ha venido a transportar a las pampas ciertas maneras típicas de las interminables salutaciones al sol en lo alto de la mezquita, que los árabes aportaron a España. Es curioso que en la península se perdieran o se desfigurasen mayormente estas formas asiáticas, que tanto persisten en la música popular de América. La explicación del hecho está acaso en el aislamiento del gaucho, y asimismo en cierta semejanza entre las pampas y los desiertos árabes. La melancolía de los cantos orientales persiste en el estilo de los cantos americanos.

El verso popular gauchesco es siempre octosílabo, y casi siempre asonantado, a la manera de los romances del siglo XV. Su metro y sus asonantes se presentan llenos de imperfecciones. Como se trata de cantos improvisados y transmitidos verbalmente, no se puede suponerles ninguna corrección. Tantos son sus naturales defectos, que, cuando se escriben textualmente según los cantan los más notables payadores, resultan de lectura difícil y fastidiosa. De ahí que los más populares versos gauchescos sean, aun en la campaña, los imitados por hombres cultos de la ciudad, como José Hernández y Estanislao del Campo.



Una payada de contrapunto

La imitación sincera y feliz viene a eclipsar y substituir al original casi desconocido

El lenguaje de la poesía gauchesca, más que un verdadero dialecto, representa una ligera corrupción de la lengua castellana. Los llamados *gauchismos* o barbarismos gauchescos son generalmente meras alteraciones fonéticas. Por ejemplo, se dice *naides* por «nadie», *pagao* por «pagado», *estrumento* por «instrumento». Otras veces constituyen sólo expresiones arcaicas, en desuso en España: *ansina* por «así», *vide* por «vi», *fierro* por «hierro». Hase mantenido el tratamiento de *vos*, y no se ha adaptado el de *tú*. El *vení*, el *andá*, el *tomá*, apócopes de «venid, andad, tomad», implican expresiones corrientes, conservadas en América, del antigua habla popular andaluza. También se conserva el *che* valenciano. Puede decirse, por lo tanto, que, en ciertas formas, el lenguaje gauchesco se presenta hasta como más castizo que la moderna lengua española.

En la prosodia, los gauchos, y en general los argentinos y otros americanos, conservamos un dejo del acento andaluz. Pronúnciase la *c* y la *z* como *s*, y la *v* como *b*. Además, el gaucho no pronuncia ciertas consonantes de fin de sílaba: dice *dotor*, *fóforo*, *inorante*, *ciudá*. Sin embargo, las consonantes suprimidas son pronunciadas por la gente culta, la cual, además, aunque confunda la *s*, la *c* y la *z*, suele distinguir la *v* de la *b*. Algunas veces, en ciertas expresiones y giros, el habla del criollo recuerda, no sólo al andaluz, sino al propio gitano. La conservación de tales formas se explica por el aislamiento de la vida colonial.

Los temas de la poesía popular gauchesca son principalmente el amor y la guerra. Cántase el amor en *tristes*, *vidalitas* y *cielitos*, un amor al propio tiempo impulsivo y contemplativo, salvaje y religioso. Cántase la guerra con la antigua indiada, que incendiaba las poblaciones, cautivaba a las mujeres, mataba cuanto podía. Esos cantos de amor y de guerra poseen alto lirismo, y los últimos, hasta

cierto vuelo épico. En algunos momentos se hacen sin embargo desagradables, para el hombre moderno y de la ciudad, sus frecuentes y exagerados alardes de valor. Los cantos populares gauchescos, que tuvieron su época de oro antes del nacimiento de la poesía artística argentina, es decir, antes de la independencia nacional, degeneran después. Han llegado a nosotros en formas un tanto decadentes, en las que a veces el amor se transforma en sensualidad, los celos en vulgar matonismo, el antiguo pundonor en fanfarronadas y en sanguinarias y antisociales ferocidades, la altivez en desprecio de la opinión y de las leyes, y, sobre todo, el gracejo ordinario en vulgar bufonería. Y aun así, a pesar de tan lamentable como lógica decadencia, tienen en nuestros días esos cantos populares su grandiosidad y belleza, ¡tan bellos y grandes debieron ser en los tiempos heroicos!

73. Anastasio el Pollo.

Estanislao del Campo (1835-1875), distinguido poeta y hombre público de Buenos Aires, que fué diputado al Congreso Nacional y secretario del gobernador de la provincia en cuya capital nació y vivió, ha obtenido su más extensa y duradera gloria con el rústico y jocoso pseudónimo de *Anastasio el Pollo*. Su actuación periodística, parlamentaria y política, y aun su tomo de *Poesías* serias, todo parece hoy olvidado, mientras que los cantares gauchescos de *Anastasio el Pollo* viven y vivirán poderosamente en la imaginación del pueblo. Es que, en efecto, el joven payador ha venido a representar una fase de carácter gauchesco, acaso la más simpática: su humorismo, al propio tiempo alegre y tierno, suspicaz e ingenuo, burlón e imaginativo. Así como Santos Vega es el gaucho de la leyenda, y Martín Fierro, en cierto modo, el de la historia, *Anastasio el Pollo* es el gaucho de la literatura, y de una literatura que, lejos de degenerar en exageraciones o bufo-

nadas, en melodrama o sainete, se mantiene siempre honesta, sencilla, verdaderamente artística.

De las poesías gauchescas de Estanislao del Campo, la más larga y popular, sin duda la de mayor mérito, es el poema *Fausto (Impresiones del gaucho Anastasio el Pollo)*. *Anastasio el Pollo* es un paisano payador que ha venido a la ciudad de Buenos Aires para cobrar el importe de unos fardos de lana. Como sus deudores le entretienen aplazando el momento de pagarle, se queda unos días en la ciudad, y una noche, viendo dirigirse mucha gente al teatro Colón, allá se dirige él también. Compra su entrada y ocupa su sitio en la más barata, y, por consiguiente, más alta galería del teatro, «donde va la paisanada». Represéntase la ópera *Fausto*, de Gounod. El rústico ve azorado levantarse el telón y desarrollarse el drama musical, como en un sueño; no sabe si aquello es ilusión o realidad...

A los pocos días, antes de haber salido de la profunda impresión que le ha causado el espectáculo, encuéntrase a orillas del río con otro paisano, su amigo don Laguna. Ambos se saludan con la sencillez de su amistad campestre, tratándose de «hermanos» y *cuñaos*, y entablan un diálogo lleno de la intención y picardía propias del gaucho. Don Laguna menta al diablo, y Anastasio el Pollo le dice que le ha visto la otra noche... ¿Cómo? ¿Dónde?... Ahí encaja su larga narración. El payador cuenta el punzante drama, según lo siente y lo interpreta. Describe la pasión de Fausto, su pacto con el diablo, la belleza de Margarita, sus desdichas, su muerte... Al principio, don Laguna le escucha con incredulidad; pero, poco a poco, le va dominando a él también la emoción de su «amigazo». El narrador y su oyente se apasionan en el relato, hasta creer en su realidad y derramar lágrimas... Al final, entusiasmado y agradecido, don Laguna invita a comer a *Anastasio el Pollo*. Tal es el original argumento.

El grande éxito de este poema gauchesco estriba prin-

cipalmente en el natural gracejo del diálogo y la linda poesía del relato. Toda la composición está salpicada de felices ocurrencias y de oportunos chistes. Anastasio y don Laguna, a pesar de su candor y rusticidad, poseen un espíritu vivo y humorista. Comprenden a su modo los caracteres de los personajes y hasta la eterna belleza de la vieja leyenda y del drama de Goethe, que sirven de tema a la ópera de Gounod. Imagínanse un tal don Fausto gaucho, enamorado de alguna pícara rubia de la ciudad... ¡Y le compadecen, vituperan y perdonan, como identificándose con su singular y sin embargo tan humana aventura de vender el alma al diablo por una mujer!

La lectura del *Fausto* gauchesco deja una duda en el ánimo. ¿Creía o fingía creer *Anastasio el Pollo* la realidad del drama? Si nos atenemos a la letra, cierto es que el payador parece completamente engañado... Si nos atenemos al espíritu del poema, resulta inaceptable que ingenio tan agudo incurriese en confusión tan torpe... Tampoco puede aceptarse que la aparente torpeza del gaucho sea un mero recurso cómico del autor, porque, si así fuera, su personaje carecería de relieve y de literaria sinceridad. La psicológica solución de la duda es más compleja. A mi juicio, Anastasio el Pollo, ni creía, ni dejaba de creer...

El gaucho, como se dice vulgarmente, «no tiene un pelo de zonzo». Es desconfiado y hasta escéptico por temperamento; sin embargo, es también imaginativo, y por excelencia. Como si su imaginación propendiera espontáneamente a creer todo lo maravilloso, su viva y natural inteligencia le pone un freno de esceptismo y de desconfianza. Al levantarse el telón, *Anastasio el Pollo* tiene plena conciencia de la ficción dramática. Luego, entusiasmándose con el drama, deja correr su cálida fantasía; todo aquello puede ser verdad... ¡Todo aquello, siendo tan hermoso, debe ser verdad!... ¡Todo aquello es verdad!... Por las leyendas, trovas y creencias populares, está ya él

familiarizado con las diabluras del diablo. ¿Por qué, como a Santos Vega y a tantos otros, no se le ha de aparecer el Malo, el temido *Juan sin Ropa*, a ese don Fausto, aunque sea en público teatro? No es, pues, *Anastasio el Pollo* un simple, ni tampoco un farsante. Más bien es un poeta, con el alma de un niño, pero de un niño malicioso, y la imaginación de un dios, pero de un dios ingenuo. Posee algo del buen sentido de Sancho, mucho de la soñadora fantasía de don Quijote, y más aún de la ignorancia de Segismundo. Si la vida es como un sueño, ¿no ha de ser el sueño tan real como la vida?... Piensa que es bello creer, desea creer, cree creer, cree, y, en todo caso, siente como si creyera. ¡Y no sólo para payar ante los demás, sino también para consigo mismo! ¿No es por ventura un poeta?...

Es un gaucho poeta, la quinta esencia del gaucho. Cuando ve por primera vez cruzando la Pampa una locomotora que arrastra un convoy de vagones, murmura el gaucho: «A mí no me engañan. Los caballos que tiran van dentro». Sin embargo, cuando le sorprenda más tarde su patrón en un aeroplano, ha de exclamar: «Si yo tuviera ese coche, no me andaría por la tierra. Iría a visitar la luna y las estrellitas del cielo». Y, una vez remontándose su imaginación con el vuelo del aeroplano, no le costará mucho describir la luenga barba blanca del señor San Pedro y la luminosa sonrisa de la Virgen María... Así nos describe y nos cuenta *Anastasio el Pollo* las tretas de Mefistófeles, las pasión de Fausto y las penas de Margarita.

74. El gaucho Martín Fierro.

I. EL GAUCHO MALO

En las pampas, desiertas durante el coloniaje, como no había autoridades judiciales, el gaucho se hacía justicia por su propia mano. Heredero de los viejos sentimientos

de su raza, él también apelaba al juicio de Dios en singular desafío. Retaba a su ofensor para un duelo a cuchillo, arrollaba el poncho en el brazo izquierdo, desenvainaba la faca en la diestra amenazadora, y combatía hasta caer o dejar tendido en el campo a su adversario. Impuesto el castigo o satisfecha la venganza, el vencedor recibía el premio de su valor y destreza, en forma de público aprecio. No era un criminal, sino un caballero de su derecho.

Cuando las pampas se poblaron más densamente y se organizaron las autoridades políticas y jurídicas de la campiña, después de la Independencia, a mediados del siglo XIX, la situación del gaucho resultaba difícil y peligrosa. Habituado a no reconocer otra jurisdicción que la de su voluntad soberana, ni otra autoridad que el ejercicio de su derecho, la ley venía a chocar con sus costumbres seculares. La ley castigaba al homicida, matara o no en leal duelo, y la policía le perseguía hasta aprehenderle y encerrarle en la cárcel. Esta intromisión de la ley, la policía y los jueces en su vida íntima no pudo ser atacada, ni llegó fácilmente a ser siquiera comprendida. El gaucho, a pesar de las reformas de la nueva organización social, se sentía tan dueño como antes de sus actos y de su faca. Obraba según la costumbre, que era, para su conciencia, la verdadera ley de Dios y de los hombres... Sin pensar ni remotamente en la existencia de los tribunales que debían castigar las afrentas, continuó viviendo y procediendo según las ideas de su antiguo régimen de barbarie. Más que la lejana y novedosa sanción de las leyes, estimaba la inmediata sanción moral de sus semejantes, quienes abrumaban con el desprecio al cobarde que sufría en silencio la injuria o la agresión.

Esta disparidad, esta irreducible contradicción entre los sentimientos arraigados y las innovaciones de los tiempos, hicieron del gaucho una víctima de las circunstancias. Si no era valiente y dejaba sin castigo la ofensa, decaía en el concepto de los suyos; si lo era y la castigaba, la ley el

perseguía y le imponía durísima sanción. Prefiriendo exponerse a la pena jurídica antes que soportar el desprestigio moral, el gaucho mantuvo su clásico duelo a cuchillo. Ocurría entonces que, habiendo matado a su enemigo, huía para evitar la cárcel y el patíbulo; refugiábase en el desierto; no le era permitido ya volver a su pago; sustentábase como podía, de gamas y quirquinchos, o carneando las reses que encontraba a su paso. La policía enviaba diestras partidas en su persecución; él estaba fuera de la ley; cazábasele como a una fiera. La lucha por la libertad y por la vida le obligaban al merodeo y a defenderse matando milicianos. Transformábase en «gaucho malo», ladrón y homicida, más que por su naturaleza, buena y generosa, por una triste fatalidad.

El pueblo, que sabe distinguir al bueno del malo, le perdonaba su yerro en saberse defender. Considerábasele una víctima del destino. «Se ha *desgraciao*», decíase, por toda explicación de su delito. El «gaucho malo», matrero y cuatrero, encontraba en cada rancho un techo hospitalario, y en cada paisano un amigo. Todos comprendían que a cualquiera de ellos podía tocarle alguna vez en suerte matar y andar huído, y se mostraban caritativos y fraternales, no sólo por simpatía, sino hasta por previsión. Ocultaban al prófugo, eran sus naturales encubridores, despistaban a la policía. Los mismos milicianos, gauchos asalariados por el poder público, no estaban muy seguros de su derecho de perseguir al «bandido». Dábanle tiempo para huir, le buscaban con desgano, y, al hallarle, peleaban sin entusiasmo. ¡El perseguido, en cambio, yéndole la vida en la victoria y la fuga, defendíase como un héroe!

Si se le sorprendía a pie, hería a un gendarme en el rostro, a otro en la mano, tal vez a alguno en el vientre. Los agresores se retiraban temerosos, mientras que él, aprovechando el momento de confusión producido por su recio ataque, saltaba sobre el caballo, ya casi seguro, y huía a todo correr, inclinándose sobre el cuello del animal

para no presentar bulto a las balas oficiales que silbaban a su espalda. Admirábanle los mismos milicianos. Simpatizando decididamente con el personaje, la paisanada exageraba su bravura. Este íntimo aplauso, esta oculta publicidad de sus actos, le estimulaba hasta embriagarle como un vino generoso. Sabía que era el centro de todas las miradas, y esforzaba sus proezas, rayando en la temeridad. Llegaba hasta presentarse en sitios públicos, en la pulpería o en las carreras, con garbo de vencedor, a cosechar lisonjas y admiraciones. ¡No sólo luchaba por la vida, sino también por la gloria!

En razón directa con la popularidad del gaucho, crecía la impopularidad de sus perseguidores. Las autoridades de origen ciudadano eran malqueridas en las pampas. A causa del antagonismo económico del campo y la ciudad, nunca hubiesen podido ser bien vistas, aunque hubieran sido comprendidas por el pueblo y correctas en el desempeño de sus funciones. Comprendidas no lo fueron, y, por desgracia, la falta de educación social de los funcionarios civiles y militares, sobre todo de los comisarios y jefes políticos, hacíanlos odiosos, doblemente odiosos: como autoridad contraria a las costumbres seculares, y por desempeñar malamente esta autoridad. Abusaban del mando y solían imponer al gaucho vergonzosas humillaciones. Caudillejos vulgares y sensuales, creíanse a veces facultados para atropellar los más sagrados derechos. Dueños de la fuerza, acababan por suponerse también dueños de la hacienda, de la honra y hasta de la conciencia de sus gobernados. No sólo les imponían sus opiniones políticas, en las parodias de democracia, obligándolos a votar en barbecho, sino que, con la amenaza de persecuciones, más o menos disfrazadas de legalidad, también los atacaban, llegado el caso, hasta en su vida privada. Contaban con la impunidad; nadie podía fiscalizar en el desierto el poder de sus fusiles y sables. Por otra parte, servían a algún caudillo de la ciudad, que, agradecido a sus ser-

vicios, los escudaría en el improbable caso de que el Estado los llamase a cuentas por sus desmanes.

Así, del choque de las antiguas costumbres y del moderno derecho, agravado por los abusos de autoridad que representaba este derecho vencedor, como una chispa del choque de dos pedernales, ha brotado la leyenda del « gaucho malo » o *desgraciao.* Juan Moreyra, Pastor Luna, Juan Cuello y tantos otros paisanos más o menos justa o injustamente condenados por la policía civil, resultan, aunque forajidos, verdaderos héroes populares. El pueblo los ama, los aplaude, los venera. Son mártires ignorados; son creaciones de la historia embellecidas por la fantasía. De ahí, de sus hechos y vidas, nace la novela criolla. De ahí nace también el teatro nacional argentino.

II. MARTIN FIERRO

Entre todos los tipos de « gaucho malo » presentados en la literatura popular argentina, el más acabado y poético es Martín Fierro. José Hernández, un hombre culto, entrerriano, periodista de profesión, creó el personaje en un poema gauchesco (1875). A pesar del lenguaje incorrecto y de la mala versificación propia del género, y tal vez por estas mismas imperfecciones, el poema es hermoso y sincero. La inspiración alcanza a veces destellos épicos. El carácter del protagonista es interesante, aunque algo desigual, y el cuadro tiene cierta verdad y realismo, como si fuera más histórico que poético.

Martín Fierro representa un gaucho del tipo común, nada idealizado por el poeta. Es valiente, generoso, pendenciero, payador, y, por desgracia, aficionado a bebidas alcohólicas. Tiene el vino agresivo; va a una pulpería, bebe unos tragos para inspirarse y cantar en la guitarra, y arma camorra, como sin quererlo, a algún concurrente. Salen ambos al campo, pelean a cuchillo, y mata a su adversario. Parece sucederle esto con deplorable frecuencia. Naturalmente, la policía persigue al homicida. Martín

Fierro tiene que huir, abandonando en el rancho a su mujer y a sus hijos. Alcánzale una partida miliciana, y, no pudiendo fugarse, hace frente. Con admirable denuedo deja fuera de combate a varios de sus perseguidores. Sin embargo, acosado por el número, está a punto de caer vencido. Preséntase entonces providencialmente a secundarle en su lucha otro paisano, Cruz, también perseguido por la policía, a causa de un homicidio semejante a los cometidos por Martín Fierro. Los dos gauchos arremeten tan fieramente que ponen en huída a los gendarmes. Quedan dueños del campo, y, para evitar nuevos encuentros con las fuerzas de la autoridad, que saben han de vencerlos alguna vez, huyen juntos a la frontera, a pedir hospitalidad a los indios y refugiarse en sus aduares. Aquí termina el poema llamado *El gaucho Martín Fierro*.

Años después de aparecer este poema, con unánime éxito de librería y de crítica, José Hernández publicó su segunda parte, titulada *La vuelta de Martín Fierro*. El protagonista y su amigo Cruz llegan inoportunamente a la frontera. Ocupados los indios en preparar un « malón », reciben a los dos gauchos con recelo y en disposición de matarlos. Un cacique, menos feroz que sus compinches, les salva la vida, pero los mantiene aislados y cautivos.

Los dos gauchos pasan largas y múltiples peripecias. Presencian un malón y una espantosa epidemia de viruela. Esta enfermedad arrebata la vida a Cruz. Martin Fierro queda solo en el desierto. Conoce allí a una cautiva de los indios, a la que inflige un cacique los tormentos más atroces. Indignado, lucha con él, le mata, y huye llevando a la cristiana en las ancas de su caballo. Entonces vuelve, por fin, a su pago, después de una ausencia de dos lustros. Su rancho está en ruinas; es una « tapera ». Su mujer ha muerto en el hospital. Sus hijos andan desparramados por el mundo: uno ha estado preso injustamente; otro, a quien una tía recogió y dejó una herencia, fué robado por la gente de curia... Felizmente, también

ha desaparecido el juez que perseguía a Martín Fierro, el «gobierno» le deja ahora tranquilo. ¿Hasta cuándo?... El poema no lo resuelve. El lector piensa que hasta que cometa un nuevo crimen...

Esta parte segunda de *Martín Fierro*, como tantas otras partes segundas de obras notables, aunque salpicada de agudos rasgos de ingenio, carece de la armonía y hasta de la pujante verdad de la primera. La vuelta del gaucho y su rehabilitación jurídica parecen un tanto artificiosas. Diríase que el autor las cuenta para que en definitiva resulte su héroe triunfante. Pero de hecho no es así: en la imaginación del pueblo, el héroe resulta derrotado. Forzosamente deben triunfar, sobre el antiguo y rústico derecho consuetudinario, el nuevo derecho legal, las instituciones, la cultura. Esto es lo que nos enseñan la historia y la experiencia. *La vuelta de Martín Fierro* no pasa, pues, de ser un juego de imaginación, con páginas tan felices como los sesudos consejos del viejo «Vizcacha», el trozo más popular de todo el poema.

Martín Fierro tiene el valor de un documento histórico. Podrá Hernández haber imitado más o menos fielmente el lenguaje gauchesco; podrá acertar o equivocarse en tal cual episodio o detalle; pero su obra es una síntesis de cierto estado social, y su personaje alcanza las proporciones de un símbolo. El gaucho Martín Fierro, más que un determinado hombre, es el tipo genérico del gaucho a mediados del siglo XIX, y su figura, real o fantástica, ha de perpetuarse en la memoria del pueblo argentino como la de un héroe de los tiempos bárbaros.

II. LA POESÍA ARTÍSTICA

75. El Himno nacional argentino y su autor.

Llámase himno a un canto de abalanza. En el himno se expresan los grandes sentimientos sociales, patrióticos o religiosos. Exaltada el alma, necesita esta forma poética

y musical para manifestar su exaltación; el himno brota como una flor en la planta llena de savia y besada por el sol de la primavera. Palabras y sonidos, versos y acordes se levantan entonces del alma y constituyen el himno, que es poesía y música, ritmo y pensamiento, amor y acción. ¡Elevemos los corazones!...

Nacido con la guerra de la Independencia el excelso sentimiento de la nacionalidad argentina, el pueblo reclamaba una canción que lo expresara. La Asamblea de 1813 resolvió adoptar un «himno nacional», y encomendó su composición a los poetas. El solemne momento histórico, obtenidas las victorias de Salta y Tucumán, había de inspirarlos. Y, en efecto, el joven don Vicente López y Planes, que había cantado ya el rechazo de las invasiones inglesas en el *Triunfo argentino*, escribió, como de un enérgico rasgo de pluma, la canción nacional. Propúsola a la Asamblea, y, leída que fué, se la adoptó por aclamación.

El poeta anuncia ante los pueblos todos de la tierra el sagrado grito de «Libertad». Las Provincias Unidas del Sur, el gran pueblo argentino, proclama y defiende su soberanía. Los antiguos dioses de la guerra animan a sus campeones. Las tumbas de los Incas se conmueven por el hórrido fragor de la lucha. Los españoles, defendiendo su imperio, se arrojan sobre México, sobre Quito, sobre Potosí, Cochabamba, La Paz. El pueblo argentino se levanta entonces para salvar a los pueblos hermanos, y triunfa en una serie de gloriosos combates: San José, San Lorenzo, Suipacha, las Piedras, Salta, Tucumán, la Colonia. Ante su empuje, el enemigo huye, rindiendo armas y banderas... ¡El pueblo, que había jurado morir antes que vivir sin gloria, vive y triunfa! ¡La América es libre!

Tal es el pensamiento que desarrolla la composición, con una altura digna del asunto. El pueblo argentino canta ya en su *Himno* las cualidades características de su alma: la generosidad y el honor. Quiere la libertad,

para sí y para todos los pueblos de América, y, armado de su lanza, con el ímpetu de un dios adolescente, se arroja al campo de batalla, a combatir con el majestuoso León de las Españas. ¡Va a vencer o a morir! Y, como es un predestinado de la gloria, vence y vuelve coronado de laureles.

Aunque la crítica severa puede señalar en el *Himno* tal cual defectillo de retórica, la composición tiene el vigor y la espontaneidad de un verdadero canto épico. No está zurcido con los lugares comunes de otros himnos nacionales hechos de encargo en circunstancias semejantes. Lo mueve un soplo de inspiración valentísima; se ve que el verso ha brotado grandilocuentemente del numen del poeta. El poeta es el portavoz del pueblo. No busquéis, pues, literatura en el *Himno nacional argentino*: buscad al pueblo argentino, que se levanta sobre la haz de la tierra, con la conciencia de su grandeza, de su fuerza y de su porvenir.

La casi mística exaltación del himno, como género poético, requiere música. El himno, propiamente, no se dice, se canta. Debió así componerse, para el *Himno nacional argentino*, la correspondiente partitura. Tocó tan insigne honor al maestro catalán Blas Parera. Su obra, escrita en el estilo de Mozart, es agradable y melódica. No obstante, debe notarse que, acaso por las exigencias de la letra, resulta demasiado dramática y variada para que se la considere un verdadero himno, composición que debe ser serena y simple. Es más bien una canción marcial.

Si se la analiza, vese que consta de cuatro partes seguidas sin interrupción. La primera es una introducción relativamente larga, que no carece de cierta majestad algo ingenua. Después viene el canto de la estrofa. Como la poesía de López y Planes es demasiado extensa para cantarla toda (compónese de ocho estrofas de ocho versos decasílabos cada una y las cuartetas del *coro*),

sólo se canta la primera estrofa. La melodía es agradable y fácil de retener. Está en tonalidad mayor para los seis primeros versos; para los dos últimos, en tonalidad menor, lo cual les infunde cierta tristeza patética. Terminada la estrofa viene un breve intermedio en tonalidad mayor, que constituye lo que llamaríamos la tercera parte. Las tres primeras discurren en un tiempo lento, característico de todo himno; pero, después de terminar el general *moderato*, iníciase la cuarta y última, un final en tiempo rápido, *vivace*, que es algo como la *coda* de la pieza. Corresponde al *coro* de la letra, esto es, a esa breve cuarteta de versos octosílabos que debe repetirse como una letrilla, después de cada estrofa. Y la partitura termina allí, dejando en el alma de quienes la escuchen o canten, de pie y con la cabeza descubierta, la honda sensación de la gloria y de la patria.

El joven poeta don Vicente López y Planes (1784-1856), que escribió la letra e inspiró la música del *Himno nacional*, fué un interesantísimo modelo de su brillante generación de argentinos. Nacido en Buenos Aires y educado en estudios clásicos y jurídicos, tocóle iniciarse en la vida en vísperas de la guerra de la Independencia. Tomó las armas y fué un soldado de la Reconquista contra la agresión británica, y cuando las dejó, triunfantes, requirió la lira y cantó la victoria. Al vencer San Martín, cantó también la gloria de la batalla de Maipo. Era soldado, era poeta, era demócrata, era político, era jurista, era hombre de Estado; era lo que la patria reclamaba de sus condiciones, según aquellos momentos críticos y las arduas necesidades históricas. Más tarde, durante el interregno de barbarie de la dictadura de Rosas, fué un elemento conservador de la cultura y de las tradiciones porteñas en la presidencia del Supremo Tribunal de Justicia. Y, anciano ya, cuando cayó la dictadura, puso todo su esfuerzo en evitar las disgregaciones provinciales, bregando como gobernador de Buenos Aires por la unidad nacional.

Así, el que había luchado por la libertad de la patria y la había cantado, trabajó después políticamente por su organización. ¡La patria había de existir, no sólo independiente, sino también una y orgánica, para que fueran eternos, como dice el «coro» del *Himno*, los laureles que supieron conseguir nuestros mayores, por el esfuerzo de su brazo y la nobleza de su alma!

76. La muerte de Esteban de Luca.

Entre los poetas de la Independencia destácase bellamente la juvenil figura de Esteban de Luca y Patrón. Nacido en Buenos Aires el 2 de agosto de 1786, se educó en el Colegio de San Carlos y formó en las filas del ejército que rechazó las invasiones inglesas. Espíritu inspirado, admirador de los clásicos latinos y de la sonora versificación del poeta español don Manuel José Quintana, cantó las glorias de la guerra. Son notables sus odas *A la victoria de Chacabuco* y *A los valientes cochabambinos*, su composición *A Bernardino Rivadavia en la muerte de su hermano Santiago*, y, sobre todo, su magnífico canto *A la libertad de Lima,* escrito por encargo oficial.

Tuvo también Esteban de Luca su breve actuación pública. Fué director acertadísimo de la Fábrica de armas, y en 1822 nombrósele sargento mayor de artillería. El virtuoso sacerdote José Valentín Gómez, enviado al Brasil por el gobierno, en una misión diplomática, llevó al joven poeta como secretario. De regreso a Buenos Aires, embarcáronse ambos en el bergantín *Agenor*. El 17 de marzo de 1824, este buque, navegando ya en el río de la Plata, encalló en el banco Inglés. Luca aprovechó entonces sus conocimientos de mecánica para hacer construir una balsa con maderas del buque, y se embarcó en ella con algunos compañeros, sin esperar el socorro que podía venir de la costa. Horas después llegó a Buenos Aires este

socorro, y todos los pasajeros que estaban a bordo lograron salvarse. Sólo se perdieron el poeta y sus acompañantes, pereciendo probablemente ahogados; el gobierno los mandó buscar, y no se hallaron ni sus cadáveres...

Exaltada por el trágico suceso, la fantasía popular ha forjado sobre la prematura muerte del patricio una hermosa leyenda que se cantó en altos versos y se transmite de generación en generación. Esteban de Luca, el «poeta gentil de arpa de oro», se aventura en una balsa, a merced de las corrientes y de los vientos; ansía arribar cuanto antes al suelo nativo; quizá su imaginación sueña un crucero fantástico, que le llevará hasta una isla encantada y desconocida... Con los ojos del alma, el pueblo le ha visto, el pueblo le ve aún, de pie, sobre la frágil embarcación, con el arpa en la mano, perdiéndose en la lontananza de los mares.

77. Florencio Balcarce, el poeta adolescente.

Todo poeta tiene algo de niño; todo niño tiene algo de poeta. Los primeros cultos e ilusiones impulsan a los adolescentes, cuando estudian retórica y literatura, a escribir versos. ¿Quién no lo ha intentado alguna vez, antes de los veinte años?... Pero esos ensayos no son casi nunca más que torpes imitaciones de las lecturas favoritas. Después de algunos años, al releerlos el espíritu ya maduro, cuya vocación ha tomado un rumbo harto distante de la poesía, en el comercio o la política, ríese de sus ensueños juveniles. Tan lejanos los ve, que le parecen fruto de una personalidad extraña a la suya. El adolescente poeta se ha transformado en hombre de negocios.

Sólo el verdadero poeta no sufre tal transformación, y, en el alma, es un adolescente hasta el fin de sus días. Algunas veces, esa interna juventud del poeta le hace menospreciar la vida que no sea siempre juventud; él mismo se siente incapaz de madurar y envejecer. Corresponde así frecuentemente, a la delicadeza de su espíritu, cierta

debilidad orgánica, cierta falta de salud. La poca inclinación psíquica a vivir en la madurez se une a una insuficiente aptitud física. El poeta adolescente, que ha nacido bajo el influjo de una estrella radiante y fugaz, tiene entonces en la inspiración un presentimiento de su muerte... A esta categoría especial de ingenios peregrinos se refirió un poeta griego cuando dijo: «Los hombres amados por los dioses mueren jóvenes». Y tales hombres, amados por los dioses y bendecidos por las musas, como si les diera prisa la idea de su muerte cercana, suelen realizar ya en la primera juventud obra seria y definitiva. ¡Ellos no renegarán, no, de los versos escritos antes de los veinte años, puesto que pronto han de pasar, adolescentes aun, a las elíseas regiones de la inmortalidad!

Florencio Balcarce, nacido en Buenos Aires a fines de 1816, es el más típico, si no el único ejemplo de poeta adolescente en la literatura argentina, Hijo del general Antonio González Balcarce, vencedor en Cotagaita y en Suipacha, cursó sus estudios en la Universidad de Buenos Aires, y en abril de 1837 fué a completarlos a Francia. Escribió entonces, cuando no contaba más que diez y siete años de edad y apenas le apuntaba el bozo sobre el labio, su sentidísima composición *La partida*, en la que, angustiado por la más honda pena, se despide del suelo patrio. Como Dios mismo le manda partir, da él ese doloroso adiós de su temperamento exquisito en versos vibrantes de pasión, y presiente su muerte. Compara su vida con la hoja que pende marchita de la rama y es batida por el viento; un continuo temblor anuncia la próxima caída...

Tal seca mi vida de muerte el aliento;
mi paso vacila, se arruga mi faz;
y ya desprenderme del árbol me siento,
y entre hojas, ¡ay!, secas al suelo bajar.

El poeta adolescente pudo volver a Buenos Aires antes de que se cumpliera su presentimiento; pero poco

después una cruel enfermedad, agravada tal vez por el exceso de trabajo, arrebató, el 17 de mayo de 1839, la hoja marchita pendiente en el árbol de la vida. Dado este fin prematuro, sorprende el caudal de poesía y de prosa que ha legado Balcarce a la posteridad. No sólo es autor de composiciones tan hermosas como *La partida*, *El lechero, Las hijas del Plata* y otras; también tradujo del francés difíciles obras de filosofía y de literatura. Si «le anocheció en la mañana de la vida», puede decirse que en la mañana había realizado ya la principal labor del día.

78. Juan Cruz Varela, el poeta clásico.

En los tiempos coloniales, la alta enseñanza era esencialmente clásica y literaria. Estaba prohibida hasta la importación de libros modernos. El aislamiento económico y político de la colonia era también intelectual. Por esto, educados en la Universidad de Córdoba, la de Chuquisaca y el Colegio de San Carlos de Buenos Aires, los primeros poetas de la Revolución — Vicente López y Planes, fray Cayetano Rodríguez, Esteban de Luca y Patrón y Juan Cruz Varela —, pertenecieron, acaso sin saberlo o sin proponérselo deliberadamente, a la antigua escuela clásica. Pero, de esos poetas, López y Planes se hizo ante todo hombre de Estado; Rodríguez era un sacerdote, que escribió versos como por accidente, y Esteban de Luca murió tan joven que dejó trunca su obra poética. Sólo Juan Cruz Varela pudo, pues, completar la suya, dedicándole todas las energías de su vigoroso temperamento estético.

Nacido tres lustros antes de la guerra de la Independencia, en la ciudad de Buenos Aires, el 24 de noviembre de 1794, y, formado su espíritu en la secular Universidad de Córdoba, su alma de patriota conservó hasta el fin de sus días el sello de su educación española. Juan Cruz Varela es, por lo tanto, el poeta clásico típico y por antono-

masia del parnaso argentino. Pero debe advertirse que fué imperfectamente clásico y a su manera. El genio argentino es espontáneo; mal ha podido nunca avenirse con los tiránicos cánones e inflexibles principios que constituyen el verdadero clasicismo literario. Aunque los primeros poetas nacionales admirasen a los antiguos, nunca llegaron a imitarlos servilmente. Hija del siglo XIX, la Revolución fué romántica en sus ideas, en sus innovaciones, en el espíritu, ya que no siempre en la letra de sus bardos. El mismo Juan Cruz Varela, el más clásico si no el único clásico de los poetas argentinos, tiene sus románticas veleidades. Y no podía ser de otro modo en la sinceridad de un poeta argentino que, si bien nacido en el siglo XVIII, vivió en el XIX.

Con feliz y significativa coincidencia de fechas, inició Varela sus estudios universitarios en el año de la Revolución, 1810, y los terminó graduándose de bachiller en cánones y teología, en el de la declaración de la Independencia, 1816. Pasó, pues, la heroica época de la lucha emancipadora, aislado del gran movimiento revolucionario y absorbido por las especulaciones de la más pura escolástica. Mientras los patriotas vencían en Salta, en Tucumán, en Chacabuco, en Maipo, el joven manteísta empleaba sus laboriosas horas en la lectura de los teólogos y de los grandes poetas latinos. Era latinista insigne; no sólo conocía a Horacio y a Virgilio, sino que también versificaba en latín correctamente. Con una educación clásica semejante, aunque no tan completa quizá, don Vicente López y Planes, durante aquella misma época, como era de más edad que Varela, hacía política y perdía poco a poco en la lucha sus reminiscencias virgilianas. Varela, más penetrado del clasicismo, nunca pudo olvidar a su maestro, Virgilio, ni a su modelo, la *Eneida*, aunque a su vez sufriese más tarde la influencia del romanticismo y diera un giro especial a su espíritu clásico.

Abandonando la carrera de la Iglesia, trasladóse a

Buenos Aires y se inició en la vida política. Ocupó algunos puestos públicos y fundó varios periódicos; fué apasionado patriota y acérrimo liberal. Unitario y partidario de Rivadavia, causas políticas le obligaron a emigrar a Montevideo en 1828. Allí se entregó por completo al periodismo político y a la literatura. Por su ilustración y experiencia le reconocieron como maestro muchos jóvenes que pasaron después a esa ciudad, en tiempo de la dictadura de Rosas.

En su amor a las bellas letras halló distracción y consuelo para las nostalgias y amarguras del ostracismo. Ferviente cultor de los autores latinos, Varela, que de estudiante había traducido ciertas composiciones de Ovidio, vertió al castellano varias odas de Horacio. Su más notable ensayo en este género fué la traducción de algunos libros de la *Eneida.* « Mi sistema de traducir a Virgilio, escribía a su amigo Rivadavia, no es otro que el de imitar en lo posible su estilo, y aun usar sus mismas palabras, en cuanto lo permitan la lengua y las inmensas trabas que cuando se traduce presenta la versificación ». No sólo tradujo en parte la *Eneida;* compuso también una tragedia original, *Dido*, adaptando dramáticamente el libro IV del poema épico de Virgilio. Puede considerarse a *Dido,* por haberse perdido casi toda la tragedia *Siripo*, de Labardén, como la primera tragedia argentina. Es, sin duda, una composición más sentida y personal que las meras traducciones del mismo Varela. A pesar de su erudito origen, no carece de fuego y de pasión, sobre todo en los monólogos de la infortunada reina de Cartago.

La obra más personal y duradera del poeta no está, empero, entre sus clásicas traducciones y adaptaciones; es el canto lírico *A la victoria de Ituzaingó.* El triunfo de las armas argentinas inspira su musa y arranca a su arpa marciales acordes. Después de invocar la inspiración, recuerda sintéticamente las victorias de la patria, cuyos campeones llegan vencedores hasta Quito. El Brasil los

desafía a la sazón. Y la patria triunfa otra vez gloriosamente en la batalla de Ituzaingó. Desde los elíseos campos del firmamento, en una alegoría que es como la apoteosis de la guerra, Belgrano llama hacia sí a los héroes caídos en la batalla, y se arranca el lauro de su frente para coronar con él las sienes del general vencedor, Carlos María de Alvear.

Murió Juan Cruz Varela el año de 1839, en su destierro. No le cupo, pues, como a otros emigrados argentinos más jóvenes, la suerte de contemplar el derrumbe de la dictadura y de contribuir luego a la reorganización institucional. Aunque no cayera, como su hermano Florencio, apuñalado traidoramente por la espalda y por orden o instigación del dictador, tuvo la misma desgracia de morir demasiado temprano, antes de ver satisfechos sus nobles anhelos de patriota. Sin embargo, su enseñanza, su voz y su ejemplo, así como también los de su hermano «el mártir de la tiranía», fueron fecundos para la labor organizadora. En realidad, el poeta y el hombre de estudio, más que una acción directa en el gobierno, ejercen una acción indirecta sobre los gobernantes. Los maestros que murieron en la expatriación inspiraron la obra de sus discípulos.

79. Echeverría, el poeta romántico.

Esteban Echeverría, una de las más grandes, si no la más grande figura de las letras argentinas en el siglo XIX, nació en la ciudad de Buenos Aires el 2 de septiembre de 1805. Niño aun, entró a servir como dependiente de aduana en una importante casa comercial. Pero la vocación literaria impulsaba su mente hacia otro rumbo. Entre los fardos y cajas de artículos comerciales, púsose a estudiar el francés, y la historia y la poesía. Al mismo tiempo, su imaginación poética buscaba en la vida aventuras y amoríos. Felizmente, hallándose su familia en posición holgada, pudo substraerse a la

doble influencia del comercio y de la disipación; muy a tiempo, cuando contaba veinte años, emprendió un viaje de estudio a Europa. Fijó en París su residencia, y se aplicó al conocimiento de libros y de hombres; a sus lecturas añadía el trato de espíritus selectos e ilustrados. Enérgico de alma, era enfermizo de cuerpo; aquejábale ya seria y crónica dolencia al corazón. Y, aunque fué provechosa a su salud y a su espíritu su permanencia en el extranjero, tuvo a los cuatro o cinco años que regresar a Buenos Aires, probablemente por falta de recursos.

Cuando partió, en 1825, la patria parecía en camino de organizarse políticamente. Cuando volvió, en 1830, eran por desgracia otros los tiempos. El poder de Rosas amenazaba como una calamidad social. La gloriosa república en formación, que el joven poeta había soñado desde lejos, con los dulces espejismos del amor, presentábasele ahora como un país embrutecido por la ignorancia y ensangrentado por la tiranía. Echó a su alrededor ansiosa y atónita mirada, y vió sólo ruinas y sangre. Desolador espectáculo ofrecía la patria. Doquiera triunfaba la barbarie de los caudillos rurales sobre la antigua civilización de las ciudades. La hidra de la anarquía enroscaba sus anillos en el hermosísimo cuerpo de la doncella inviolada e inviolable. El contraste entre la luz y la sombra, entre la cultura europea que Echeverría acababa de aprovechar y la violencia americana que entonces contemplaba, atribularon profundamente su espíritu juvenil y soñador. Él mismo, en breves anotaciones biográficas, nos ha dejado descrito su estado de ánimo. « El retroceso degradante en que hallé a mi país, mis esperanzas burladas, produjeron en mí una profunda tristeza ». « Al volver a la patria, ¡ cuántas esperanzas traía!... Pero todas estériles: ya no existía la patria ». Y agregaba el clásico grito de decepción mortal: « Todo es vanidad! »

No podía, sin embargo, espíritu tan rico y lírico darse para siempre por vencido. Vencido, acallado por entonces

el repúblico soñador, de su silencio surgió el poeta. « Me encerré en mí mismo, escribió, y de mí, queriendo poner en el papel pedazos de corazón, nacieron infinitas producciones, de las cuales no publiqué sino una mínima parte, con el título de los *Consuelos* ». ¡ Feliz el poeta que halla en su propia alma consuelo para las tristezas y compañero para las soledades de la vida ! ¡ Feliz la patria que halla el poeta que ha de cantarla, en sus glorias como en sus quiebras !...

Los primeros poemas de Echeverría tuvieron cierto éxito entre los jóvenes. Pero, como era un innovador y rompía los moldes del clasicismo, hubo naturalmente quien le tildara de prosaico y de vulgar. No le amilanaron tales críticas; él no ambicionaba « reputación », sino « gloria », verdadera « gloria ». « ¿ Sabe usted lo que es la reputación ?, preguntaba en sus *Pensamientos*. Eche una mirada en la sociedad... » La reputación se presentaba allí como venenoso fruto de la intriga, de la pedantería, de la mentira, y como « vaho impuro » de la estupidez humana. « Reniego de la reputación. Gloria querría, sí, si me fuese dado conseguirla, o al menos si a la eficacia de mis deseos correspondiesen mis fuerzas... »

En los momentos menos literarios seguramente de la historia patria, cuando se celebraron oficialmente los triunfos del general Quiroga, apareció anónimo el poema *Elvira*. Poco más tarde fueron publicadas las *Rimas*, continuación de los *Consuelos*. Muy escasos lectores, naturalmente, eran entonces capaces de apreciar la belleza de esos versos, y menos aun los que comprendían la belleza de alma del joven poeta.

El estudio y la guitarra, su querida guitarra, que en París sirvió de derivativo a las añoranzas de la patria, no bastaban ya para calmar su espíritu henchido de patriotismo y anhelante de progreso. Tampoco le bastaban las dulce inspiraciones de la musa. Ávido de libertad, quiso pronto iniciarse en la acción contra los tira-

nos. Hambriento de orden y de justicia, quiso sentar los cimientos de una sólida y racional organización política. A tal efecto cambió ideas con sus amigos Juan María Gutiérrez y Juan Bautista Alberdi para formar una sociedad de jóvenes ilustrados y patriotas, que estudiara las más urgentes reformas sociales y propendiera a realizarlas. Fundóse así por su iniciativa, en 1837, la *Asociación Mayo*, organizada a semejanza de la asociación *Joven Italia,* que Echeverría había visto en Europa, y cuyos fines eran la independencia y la unidad italianas. Reunidos en asamblea secreta unos treinta jóvenes, pronunció Echeverría un elocuente discurso, echando las bases de la corporación. Proclamósele su presidente. Nombrada una comisión para redactar el programa, el presidente, ampliando y desarrollando su discurso inaugural, y aconsejado por los demás miembros de la comisión, escribió su célebre *Dogma socialista*, verdadero catecismo de política republicana y democrática y de organización social. Poco después, viendo en la *Asociación Mayo* un serio peligro para la dictadura, clavó Rosas su garra en ella, e impuso a sus miembros la amarga expatriación. Pero, como «las ideas no se matan», los altísimos principios del *Dogma socialista* no pudieron ser destruídos. Quedaron vivos y palpitantes en las almas de los jóvenes miembros de la asociación, y sirvieron más tarde, después de la caída del tirano, para la organización constitucional de la República. Alberdi y Gutiérrez pueden considerarse, más que compañeros, verdaderos discípulos de Echeverría. La Constitución nacional de 1853 es, en cierto modo, algo como la realización de los fines de la *Asociación Mayo;* pero, ¡ay!, después del largo paréntesis de barbarie que puso la tiranía de Rosas en la historia argentina.

La vida en Buenos Aires se iba haciendo intolerable. «*La Mazorca*, escribía el joven repúblico y poeta, mostraba el cabo de sus puñales en las galerías de la Sala de

Representantes, y se oía doquier el murmullo de sus feroces y sarcásticos gruñidos. La habían azuzado, y estaba rabiosa y hambrienta la jauría de dogos carniceros. La «divisa», el luto por doña Encarnación, esposa de Rosas, el uso del bigote, todo era motivo para que se buscara, con el rebenque en la mano, víctimas o siervos que estigmatizar.... Aunque los jóvenes cultos y liberales hubieran emigrado ya casi todos, Echeverría no se resignaba a seguirlos; emigrar era morir para la patria. El patriota prefirió retirarse a su estancia de «Los Talas». Allí le sorprendió la aparición del general Lavalle en la provincia de Buenos Aires, «rápida y funesta como la de un fantasma». Con otros vecinos y hacendados del partido de San Andrés de Giles, Echeverría declaró entonces, en un valentísimo documento público, que Rosas era «un abominable tirano, usurpador de la soberanía popular». Retiróse Lavalle con su ejército llamado «Libertador», y la posición del joven unitario, que no podía seguirle por la flaqueza de su salud, se hizo insostenible dentro de las fronteras; tuvo forzosamente que emigrar para salvar la vida. Pasó a la Colonia del Sacramento, donde se detuvo algunos meses, y de allí a Montevideo, cuya hospitalaria sociedad y los muchos emigrados argentinos le recibieron con los brazos abiertos. Era una víctima más en la común desgracia de la patria.

Para olvidar las amarguras del destierro y el punzante recuerdo de la tiranía, entregándose en cuerpo y alma a su labor literaria, sólo escribió en Montevideo obras de inspiración, sus «poemas». Con tanto estro poético como rigurosa exactitud, desarrollaba en ellos el «drama de la vida», él, que desgraciadamente no podía vivirlo en la realidad. Por su enfermiza complexión, aunque de alma apasionada y tierna, permaneció solitario y soltero, y, aunque de viril fibra cívica, no le fué dado servir en los ejércitos de la libertad. Las ficciones de sus poemas substituyeron la acción material; las pasiones y aventuras

de sus personajes reemplazaban a las del autor; en una monótona y triste vida externa vivía así la rica vida interna de los verdaderos y grandes poetas, tejida de sueños y de silencio. En *La sublevación del Sur* y en *Avellaneda* cantó la lucha del pueblo por la libertad. En *El Ángel caído*, las bellezas y encantos del amor. En *La Cautiva*, su obra maestra, el más intenso y hermoso de sus poemas, el único que es todavía popular y lo será probablemente mientras existan las letras argentinas, describió la adusta soledad de las pampas, el malón de la indiada, la vida de los aduares. Todo en esta composición, y puede decirse que en la obra entera del poeta, es natural y sincero. Canta lo que ve, lo que siente, sin grandes artificios retóricos ni literarios efecticismos, como un bardo de los tiempos heroicos.

Echeverría inició una nueva escuela y abrió una época nueva en la historia de la poesía argentina. Fué su primer poeta romántico, el poeta romántico por excelencia de nuestra literatura. Hasta entonces, los poetas cultos pertenecían o creían pertenecer todos a la escuela clásica; formados en la claustral enseñanza de los tiempos coloniales, su inteligencia había sido nutrida con los autores antiguos, especialmente los latinos, Horacio y Virgilio. De los poetas españoles, amóse sobre todo, cuando fué conocido, el grandilocuente Quintana. Los vates de la Revolución invocaban, como los antiguos, a los dioses del Olimpo pagano, de los cuales era naturalmente su favorito Marte, el dios de la guerra. Con ellos mezclaban curiosamente algunos héroes y dioses americanos, como Epunamún, Lautaro, Caupolicán... Sus composiciones, aunque muchas de ellas elegantes y de cierto mérito literario, resultaban, para el gusto de la generación nueva, un tanto artificiosas, solemnes, demasiado retóricas. Tal aparecía, en general, el clasicismo de los poetas argentinos a principios del siglo XIX.

Contra el clasicismo, cuya característica había sido

la imitación de las formas antiguas, reaccionó el romanticismo, la proclamación de la libertad del poeta, para librarse de las reglas establecidas por la retórica. Coincidían así la democracia de la política con el romanticismo de la literatura. En cierto modo, el romanticismo era la democracia de la literatura, y la democracia, el romanticismo de la política. De ahí la perfecta unidad de la obra de Echeverría, en lo político y en lo literario. Cuando sentaba los principios de la futura organización del país, como cuando iniciaba su nueva retórica, era siempre un individualista, que protestaba en nombre del yo personal contra las imposiciones y las tiranías. El estudio de las obras políticas de Montesquieu y de Rousseau fué completado, en Europa, con el conocimiento de las grandes obras literarias del romanticismo, especialmente de Lord Byron y de Lamartine. Coïncidiendo esta preparación europea con su americana idiosincrasia de repúblico y de poeta, pudo remontarse tan alto en el cielo de la patria aquella águila de dos cabezas que se llamó Esteban Echeverría. Porque Esteban Echeverría, que a veces parecía no dominar la técnica del verso y tropezar en el camino de la prosa, caminaba en la tierra difícilmente, pero volaba con majestad en el espacio.

Los primeros poetas argentinos habían cantado sólo las grandes glorias de la patria. Verdadero romántico, Echeverría se atrevió a cantar también su yo, sus penas y pasiones. Sabía idealizar cuanto le rodeaba, y sobre todo, alma elegida y amada por las musas, idealizábase a sí propio. Pero este idealismo subjetivo no excluía, sino completaba y aun profundizaba una exacta intuición objetiva. Además de los estados de alma, sabía presentar los paisajes y las cosas. Su descripción de Tucumán en el poema *Avellaneda* es tan vívida que, al leerla, aspírase el fresco aroma de los naranjos en flor. Con tan prolijo realismo, fruto de su temperamento delicado y preciso para sentir las sensaciones del ambiente, describe las pampas en el poema *La Cautiva*, que el texto sirvió a un na-

turalista de su tiempo para confeccionar una nomenclatura de la fauna pampeana. ¡Excelso privilegio de la Poesía el de adelantarse y guiar y alumbrar los pasos de la Ciencia!

Implacable destino persiguió a Esteban Echeverría hasta el instante de su muerte. Espíritu cultísimo, refinado en la civilización del Viejo Mundo, llegó en la juventud al Mundo Nuevo, cuando friunfaba la federal barbarie de los caudillos. Fundador de la ciencia política argentina y de la nueva literatura nacional, no alcanzó a contemplar los frutos de esa obra transcendente y fecunda. Amante de la libertad y de la patria, murió en Montevideo el 20 de enero de 1851, es decir, durante la tiranía y lejos del suelo querido. El heraldo de la luz se extinguió en la sombra; el mesías acabó su vida en vísperas de la redención; la barca de su existencia generosa naufragó al llegar al puerto... ¡Un año más, sólo un año más de destierro y de dolores, y hubiera podido volver en hora feliz a la tierra natal, después del triunfo de la libertad para ser aclamado en apoteosis!

80. Mármol, el poeta proscripto.

Habiendo nacido en Buenos Aires en 1818, tocóle a José Mármol la dura suerte de educarse y formarse bajo el gobierno de Rosas. Espíritu impetuoso, apasionado por la libertad, soñador de la gloria, constituyó desde la adolescencia un peligro para la tiranía. Por esto, cuando el poeta contaba apenas veinte años y estudiaba derecho en la Universidad de Buenos Aires, cierto día, al salir del aula, le hizo prender por sus esbirros y aherrojar en una cárcel. ¿Qué delito había cometido? Él mismo lo ignoraba, pues su delito era poseer un alma grande y hermosa.

En la prisión, cargado de cadenas, no le abandonó su musa, esa inseparable compañera de todo verdadero poeta. Inspiróle, contra el tirano de su patria, vibrantes estrofas

de protesta, que escribió con carbón en las paredes. Ha quedado de ellas, entre otras, la siguiente imprecación:

> Muestra a mis ojos espantosa muerte,
> mis miembros, todos en cadena pon...
> ¡Bárbaro! ¡Nunca matarás al alma,
> ni pondrás grillos a mi mente, no!

Como había entrado, sin causa ni forma alguna de proceso, salió de su prisión al poco tiempo. La brutal agresión no era más que una amenaza; sabía ya el joven poeta cuál iba a ser su destino si continuaba en Buenos Aires su vida de estudiante. Tuvo entonces que expatriarse, como tantos otros espíritus nobles e ilustrados de la generación a que pertenecía. Valentín Alsina, Félix Frías, Juan Bautista Alberdi, Juan María Gutiérrez, Domingo Faustino Sarmiento, Vicente Fidel López, toda la brillante pléyade de lo futuro, vióse en la triste necesidad de abandonar sus lares, y se refugió en el extranjero, especialmente en Montevideo, Santiago y Río de Janeiro.

José Mármol pasó primero a Montevideo. Su pobreza allí era tal que, debiendo recibir un premio ganado por una composición suya en un certamen poético, sus amigos tuvieron que prestarle un traje para que se presentara decorosamente. Correspondió a Juan María Gutiérrez el primer premio, y el segundo le tocó a Mármol, sobre cuya composición y personalidad literaria publicó Florencio Varela elogiosa crítica. Escribió después el joven poeta, en Montevideo, dos dramas románticos, que fueron representados y tuvieron éxito; publicó varias poesías en los periódicos, y su principal labor fué dar cima a un gran poema, también romántico, titulado *Cantos del Peregrino*. Proscripto y errante, el bardo, protagonista de su poema, se da el nombre de Carlos y se apellida «el Peregrino». En realidad, Mármol era por temperamento un poeta lírico, esencialmente lírico. La forma a veces narrativa en que cantaba sus viajes y visiones, más que espon-

táneo producto de su alma, parece un artificio retórico imitado del poema *Child Harold*, del gran romántico inglés Lord Byron. El propio Mármol llama a su Carlos, al Peregrino, se llama a sí mismo, puede decirse, «nuevo Harold». Esta tendencia del poeta a imitar un genio distinto del suyo resta vigor y unidad al poema; sólo descuella en ciertas invocaciones, como la del porvenir de América, y en algunas descripciones entusiastas, como la de los trópicos, ese «radiante palacio del Crucero». Es que, en realidad, en vez de poseer Mármol el alma compleja y tormentosa de su autor favorito, poseía un alma sencilla, amante de la naturaleza, de la vida, y sobre todo de la patria. Su Carlos, por mucho que quiera acercarse a Harold, no tiene con él más semejanza que la de andar errabundo por tierras extrañas. Además, Mármol, al romper los moldes clásicos, da a su poema tal diversidad de metros, de rimas y aun de tonos, que le quita la armoniosa aunque variada unidad que caracteriza toda grande obra de arte.

De Montevideo pasó Mármol a Río de Janeiro, y de allí se embarcó para Chile. En los mares del Sur, sorprendido su bajel por una tormenta, no pudo doblar el continente, y se vió obligado a volver a Río de Janeiro, el punto de partida. Recorrió un largo espacio entre los mares del trópico y los del polo, y alguna vez divisó las costas de su patria, que veía esclava de un mandón absoluto. Tales peregrinaciones le inspiraron hermosos cantos. Y, de regreso en Río de Janeiro, su alma se adormeció al arrullo de las brisas tropicales, y pasó allí dos años, acaso los más felices de su vida.

A pesar de la atención que dedicó Mármol a sus *Cantos del Peregrino*, que representan por su extensión más de la mitad de su obra poética, su mejor composición es indudablemente su *Canto a Rosas*, escrito en Montevideo, en algún intervalo que le dejó libre la producción de su largo poema, y fechado en 1843. En el *Canto a Rosas*, Mármol no imita ya a Byron. Es original, siente con

su alma, y su inmenso amor por la patria y por la libertad se desborda en versos fulgurantes. Las estrofas endecasílabas que antes había balbuceado en la cárcel, conviértense en sonoros cuartetos alejandrinos, donde el poeta invoca majestuosamente al tirano, le desafía, le maldice, le anonada:

¡Sí, Rosas! Te maldigo. Jamás dentro mis venas
la hiel de la venganza mis horas agitó.
Como hombre, te perdono mi cárcel y cadenas;
pero, como argentino, las de mi patria, no.

Apenas caída la tiranía, en 1852, volvió Mármol al seno de esa patria tan amada. Sus conciudadanos le recibieron con júbilo y respeto, le confiaron una misión extraordinaria en el Brasil, y, cuando al poco tiempo regresó, el voto popular le eligió senador. En Buenos Aires terminó la novela histórica *Amalia*, principiada en el ostracismo. Alcanzó este libro éxito ruidosísimo, y constituye hoy una de las obras clásicas de la literatura nacional. Publicáronse también varias ediciones de sus poesías, divididas en dos partes: *Cantos del Peregrino* y *Poesías diversas*. Terminado el período de senador, fué nombrado director de la Biblioteca pública. En este puesto tranquilo, rodeado del general respeto y del cariño de los suyos, sorprendióle una enfermedad que le hizo perder la vista. Entonces renunció el cargo, y murió poco después, el 12 de agosto de 1871, como un patriarca, en brazos de sus hijos y amigos.

Para los argentinos, Mármol, más que un poeta, es un símbolo: el del amor a la libertad. Él mismo dice, en el prólogo de sus *Poesías varias,* que «dos generaciones han surcado el mar de la revolución argentina»: la de la Independencia y la de la Libertad. «Enérgica, espléndida, orgullosa, como los triunfos militares, como las glorias patrias que cantaba, la Musa de la Independencia es la historia rimada de su tiempo. Triste,

pensadora, melancólica, como la suerte de la patria al son de cuyas cadenas se inspiraba, la Musa de la Libertad, proscripta y desgraciada como ella, ha puesto también sobre las sienes de la patria la corona de su época salpicada de lágrimas y sangre». Si a Vicente López y Planes le inspira la Musa de la Independencia, su hermana, la Musa de la Libertad, inspira a José Mármol. José Marmol es, en efecto, la personificación poética de la Libertad; en la forma, por su innovación de los cánones clásicos; en el fondo, por sus amores y visiones, y sobre todo en su vida, en su azarosa vida de bardo errante, protesta infatigable contra la tiranía que le había expulsado de la patria. En la tradición del pueblo argentino aparece escribiendo con su sangre en los muros de la cárcel su valiente desafío al tirano, o bien, vésele pasar en la cubierta de un buque, anotando sus versos inspirados, mientras le azota el rostro la tormenta. Es el ruiseñor que canta en las tinieblas del bosque, o que, enjaulado, sublima su canción cuando cruel mano le arranca, con una punta de hierro ardiente, la vivaz pupila.

81. Juan María Gutiérrez, el maestro poeta.

Ninguna vocación más poderosa que la enseñanza. De los hombres que la poseen, unos se entregan al diario y duro ejercicio de la cátedra; otros, sin aplicarse directamente a las tareas docentes, más bien dedican su laboriosa vida al ejemplo de la juventud, a la confección de obras didácticas y al estudio y alta dirección de la instrucción pública. Unos militan como soldados y capitanes; otros, como administradores y políticos. Maestros éstos y aquéllos, todos coadyuvan y realizan la difícil faena de formar las nuevas generaciones en el amor y el conocimiento de la patria y de la verdad. Juan María Gutiérrez (1809-1878), educador nato, perteneció a la categoría de los grandes teóricos y directores de la enseñanza. Por sus pensamientos y simpatías, por

su acción de funcionario público y por su obra de escritor, el hombre y el poeta no fueron substancialmente más que un maestro, un gran maestro de la juventud argentina.

Cursó Juan María Gutiérrez sus primeras letras en una escuela particular, y luego ingresó en la Universidad de Buenos Aires, su ciudad natal. A pesar de su afición al estudio, no llegó a graduarse en aquellos difíciles tiempos de la dictadura de Rosas. Si no alcanzó de la Universidad el título de doctor, la crítica y el pueblo se lo otorgaron más tarde, con toda justicia, pues era realmente docto. Perteneció naturalmente al grupo de la juventud opositora; con Echeverría y Alberdi, constituyó el núcleo de la famosa *Asociación Mayo*. Por no doblegar su generoso espíritu a las exigencias del dictador, emigró en 1837 a Montevideo. Colaboró allí en periódicos y revistas. Por su *Canto a Mayo* fué laureado, conjuntamente con otros poetas jovenes, como Echeverría, Mármol, Acuña de Figueroa y Domínguez. De Montevideo pasó a Europa, para completar con el oportuno viaje sus conocimientos, y regresó a Chile, donde se radicó. Dedicado en Santiago a la enseñanza, desarrollóse su vocación docente. El gobierno le confió la dirección de la Escuela náutica o naval. No le impidieron esas tareas el cultivo de la poesía, pues en aquellos tiempos publicó una antología de poetas hispanoamericanos; su personalidad de maestro se desdoblaba en el culto de las musas. Caída la tiranía de Rosas, volvió a Buenos Aires, con los demás emigrados de su generación y de su temple, lleno de júbilo y ávido de servir a la patria. Hizo sentir su acción civilizadora como ministro de la histórica presidencia del general Urquiza. Sus excepcionales dotes fueron luego aprovechadas en altos puestos directivos de la enseñanza, a la que marcó un rumbo patriótico y democrático desde el rectorado de la Universidad de Buenos Aires.

Tan vasta y varia es la obra escrita de Juan María Gutiérrez, que sorprende pertenezca a un solo hombre, y

más a un hombre de acción y de gobierno. Entre sus muchas producciones, aun no recopiladas, hállanse interesantes estudios históricos (*Bosquejo biográfico del general San Martín; Noticias históricas sobre el origen y desarrollo de la enseñanza pública en Buenos Aires; Origen del arte de imprimir en la América española; Bibliografía de la primera imprenta de Buenos Aires, desde su fundación hasta el año 1810*); estudios de crítica literaria (sobre *Algunos poetas sudamericanos del siglo XIX*, sobre Juan Cruz Varela, sobre Florencio Balcarce y sobre varios otros publicistas argentinos, y el *Elogio del profesor de filosofía doctor Luis Jose de la Peña*); antologías (*América poética; Pensamientos de escritores, oradores y hombres de Estado de la República Argentina*); textos escolares (*El lector americano; Historia argentina para los niños; Elementos de Geometría*); obras poéticas originales (un volumen, titulado *Poesías*).

En el cúmulo de esta bibliografía de estudios y géneros tan diversos, descúbrese sin dificultad, entre otros, un sentimiento generador y una idea matriz: constituir, orientar y documentar la enseñanza nacional. Faltaban para ello, al mediar el siglo XIX, por la esterilidad intelectual e institucional de la dictadura de Rosas, los elementos más indispensables. ¡Había que improvisarlos! De ahí que Juan María Gutiérrez, al abrazar la educación pública a modo de apostolado social, se entregara a su febril trabajo de publicidad. Si nada o casi nada se había hecho, todo o casi todo debía hacerse. Y, celoso gobernante y administrador, Gutiérrez lo vigilaba y aun lo hacía todo por sí mismo. Así se explica el carácter enciclopédico y pedagógico de su obra, que perdía en intensidad cuanto ganaba en extensión. En cualquiera de sus géneros, la producción de Gutiérrez adolece literariamente de su pecado original; no puede decirse que sobresalgan el historiador, ni el crítico, ni el estilista, ni el poeta... Lo que sobresale y resalta de todo ese conjunto, es el Educador, quien por la

necesidad de los tiempos, no sólo es alma y dirección de la instrucción pública, sino también historiador, crítico, estilista, poeta.

La historia nos presenta, pues, en Juan María Gutiérrez a un eminente maestro. Por otra parte, la crítica literaria ha juzgado su obra histórica y sociológica superior a su obra poética. Sin embargo, para el niño argentino, que recita en la escuela y guarda en el corazón para toda la vida alguna de sus poesías, Gutiérrez es un poeta; podrá ser un maestro si se quiere, pero un maestro poeta. Sus poesías *A mi bandera, A la juventud argentina, El árbol de la llanura* y *La mujer* son para el escolar, que no posee el agudo juicio crítico del retórico, verdaderas obras maestras. Es que, realmente, a pesar de su relativo mérito literario, representan dechados de sencillez y de ternura. Contra la crítica y a pesar de la historia, el niño tiene razón. Este autor, en sus composiciones que resultaron escolares, acaso sin que él mismo voluntariamente se lo propusiera, por espontánea florescencia de su temperamento docente, se revela todo un poeta. Y el escolar tiene razón hasta desde un punto de vista más general, que no puede comprender todavía: Gutiérrez, sólo por el hecho de su vocación educativa, es íntimamente un poeta. Lo sería aunque no hubiese escrito versos. ¿Qué es, al fin y al cabo, todo verdadero maestro, sino un poeta de los niños? Ser maestro es saber enseñar. Saber enseñar es amar a los niños. Amar a los niños es como amar a las flores o a las estrellas: ¡es ser poeta!

82. Juan Chassaing, el poeta soldado.

El poeta canta a la patria, y el soldado la defiende. El soldado es un poeta de la guerra, y el poeta, un soldado de la poesía. El poeta estimula el valor del soldado, y el valor del soldado inspira al poeta. La patria vive y es grande y bella porque es amada y defendida, y nadie la ama más que el poeta, y nadie la defiende mejor que el

soldado. Teniendo así en el poeta y el soldado sus dos hijos predilectos, la patria los corona de laurel.

En los tiempos difíciles y heroicos, todos los hombres, sin distinción de clase, jerarquías ni vocaciones, forman en los ejércitos de la patria. Entonces los poetas suelen ser también soldados. Tal es el caso de Juan Chassaing (1838-1864). Temperamento ardoroso y combatiente, empleó su corta vida sirviendo a la patria como soldado, como escritor, como orador, como poeta. Estuvo en tres campañas, y asistió a las batallas de Pavón y Cepeda. Distinguióse en las democráticas luchas del periodismo y de las asambleas políticas. Su palabra elocuente fué escuchada en el seno del Congreso nacional, adonde se le llevó en representación de Buenos Aires, su ciudad natal, por el voto unánime de sus compatriotas.

Como poeta, tiene hermosas composiciones, entre ellas el *Canto a la instalación del Ateneo del Plata*, por el cual fué laureado, y *A mi bandera*. Es de notar en esta última composición, tan frecuentemente recitada por los niños argentino en las escuelas, su generoso patriotismo. El poeta no es un retórico sino un soldado, que habla a su bandera con el corazón henchido de amor patrio y las armas en la mano, dispuesto en todo momento a dar por ella su vida.

83. Ricardo Gutiérrez, el poeta cristiano.

Miembro de una familia de intelectuales, Ricardo Gutiérrez (1840-1895), aunque estudió medicina en París y se distinguió como médico en Buenos Aires, su patria, sobresalió como poeta. Fué ante todo un poeta, hasta en el ejercicio de su profesión, pues se dedicó a la más poética de sus especialidades, los niños. Y fué un poeta eminentemente soñador, idealista, místico. Sentía y predicaba la moral cristiana en todos los cánticos de su lira. Amaba con amor del alma a los tristes y a los desheredados. Pedía a los ricos que se acordasen de los pobres; a los hombres felices, que socorrieran a los huérfanos, y,

a los vivos, que rezaran por los muertos. El más sincero misticismo daba alas a sus versos, sencillos en la forma, pero altamente sentidos y abundantes en imágenes. Sus cantos más sonoros eran alabanzas del fraile misionero, de la hermana de caridad, del amor espiritual. Abominaba de la guerra, de la pena de muerte, del mundo, del poder. Soñaba con un imperio universal de confraternidad, donde no hubiese castigos, porque no se cometían delitos; donde no hubiese guerras, porque todos los hombres eran hermanos, y donde no hubiesen odios, porque todo era piedad y sacrificio. Soñaba una edad de oro en que la tierra se poblara de ángeles.

En cada verso, en cada pensamiento, en cada nota de su lira vibraba su inspiración cristiana. Ni un instante se desmintió, conservándose siempre pura, en una región de idealidad, sin descender a prédicas sectarias. Tan completo era su cristianismo, que amaba a sus enemigos, creía que no debía ya existir ni el nombre de extranjero, y hasta compadecía a los perversos y criminales, porque son quizá los más dignos de piedad. Cantaba el perdón, como la más grande de las humanas virtudes. Era el poeta de la Misericordia.

En medio de tan beatíficos sentimientos, sólo se rebeló el ciudadano contra la tiranía. Maldijo a Rosas, el tirano, y hasta le emplazó para el juicio de Dios. Cuando alevosos sicarios asesinaron por la espalda, en Montevidéo, a Florencio Varela — ilustre poeta, crítico y jurisconsulto, y ardoroso apóstol de la libertad — la musa de Ricardo Gutiérrez, su dulce y cristiana musa, se desbordó también en denuestos e imprecaciones. No podía sufrir, no comprendía que el hombre vertiera la sangre del hombre. Pensaba que hemos nacido para amarnos; ni la necesidad del Estado, ni el patriotismo ni la justicia, nada justifica el hecho inconcebible de que un hombre vierta la sangre de otro hombre...

Sus dos principales poemas son *La fibra salvaje* y

Lázaro, ambos de corte romántico. Aunque interesantes y elevados, supéranlos en mérito sus poesías líricas, reunidas en *El libro de las lágrimas* y *El libro de los cantos*. Ahí canta su dulce pasión evangélica. No sólo sus sentimientos y temas son profundamente místicos; hasta sus personajes llevan casi siempre nombres bíblicos: Lázaro, Ezequiel, Raquel, Magdalena. Cita alguna vez las Sagradas Escrituras, pero no en las fulminaciones de Jehová, sino en las promesas de Jesús: los humildes serán ensalzados, el que busca ha de encontrar, quien pide ha de recibir, se le abrirán las puertas a quien llame... Está íntimamente penetrado, por simpatía más que por estudio, en las ideas teológicas: el hombre es un peregrino en la tierra, el cuerpo es un servidor del alma, la natural patria del alma es la ciudad de Dios. Verdadero asceta por temperamento, en sus raptos de amor, en sus nostalgias, en sus salmos, en todos los momentos, hasta en sus desplantes patrióticos, recuerda siempre la idea predominante de la Muerte. La Muerte se le presenta más doliente que conquistadora, más tierna que cruel, casi como una figura bondadosa y simpática, sin visiones del demonio ni pensamientos del infierno. La muerte es triste, sólo porque implica separarse de los seres queridos... Pero, esencialmente, para su alma de poeta y de cristiano, la Muerte es la Redención.

84. Andrade, el poeta fastástico.

Gobernador de Entre Ríos, el general Urquiza fundó el Colegio nacional del Uruguay, y, para darle vida y relieve, dispuso que de cada uno de los departamentos en que se dividía la provincia se enviaran a sus aulas cuatro niños, los más aventajados en las respectivas escuelas, según sus exámenes y la opinión de sus maestros. En la escuela de Gualeguaychú llamó entonces la atención de su director un niño pálido y soñador, un carácter precoz y apasionado, a quien inmediatamente se designó como digno de cursar con

provecho estudios superiores. Este niño era Olegario V. Andrade (1841-1884), el futuro gran poeta de Entre Ríos y de la República Argentina. Como se había distinguido en la escuela de Gualeguaychú, distinguióse también en el Colegio del Uruguay. Allí escribió los primeros versos juveniles, a la patria, a sus héroes, a la gloria, al amor. Cuando terminó los estudios secundarios, el general Urquiza, presidente en aquel tiempo de la Confederación Argentina, trató de enviarle a Europa, para que continuara estudiando, como agregado a la legación argentina que el doctor Alberdi desempeñaba en París y Londres. El joven poeta no aceptó. Tenía ya novia, a quien amaba con toda la exaltación de su alma. Casóse al año siguiente, sin otro patrimonio que su energía y su talento, y entonces comenzó una vida harto dura para aquel padre de familia que era todavía un niño. Trató de ganar la subsistencia y de abrirse camino como periodista, y redactó y fundó sucesivamente periódicos políticos y literarios, en Gualeguaychú, el Uruguay, Paraná, Santa Fe, Concordia. Estimulado por la necesidad y por el cariño de los suyos, no le desalentaban los fracasos. Acabó por irse a Buenos Aires, campo más amplio para su capacidad, y allí dirigió uno de los más importantes periódicos políticos, hasta que le sorprendió la muerte, cuando aun se hallaba en plena tarea y juventud. El gobierno nacional, por ley del Congreso, mandó comprar a la viuda sus manuscritos, y publicó, en homenaje a su memoria, una lujosa edición de sus obras poéticas. Esparcidas éstas en revistas y periódicos, habían alcanzado ya popularidad y alto renombre.

Como la mayor parte de los grandes poetas argentinos, Andrade es ante todo un cantor de la patria. Pero se distingue de los demás en la manera de cantarla. Posee un temperamento esencialmente imaginativo, y siente la naturaleza agigantada y transformada a través de su fantasía. Sobre la tierra ve sólo piélagos, cordilleras, torrentes, poblados de cóndores, de águilas de leones; en el espacio,

el antiguo Olimpo griego, los héroes de la patria, titanes y dioses; en la historia, legiones ebrias de gloria y de triunfos, cánticos, sombras. Salvo unas pocas composiciones más sencillas, como *La vuelta al hogar* y *El consejo maternal*, todo en él es terrorífico o grandioso. Sus imágenes son como una sucesión de visiones apocalípticas; su palabra, enfática y violenta, abunda en signos admirativos; su verso tiene la sonoridad del trueno, y a veces también el fuego del rayo. Son mejores composiciones, aquellas en que verdaderamente se revela su genio, son siempre fantasías: *Atlántida*, *El nido de cóndores*, *Prometeo*, *El arpa perdida, La Creación*. Cuando no canta tan fragorosamente, invoca con alta y vibrante entonación a San Martín y a Lavalle, a los héroes de Paysandú, a los mártires de la libertad.

También cantó a los poetas, esos heraldos de la libertad y de la gloria. Apasionado admirador de Víctor Hugo, cuya escuela influyó poderosamente en su numen, tuvo para el gran poeta francés los más altisonantes ditirambos y grandilocuentes elogios. Represéntaselo a la cabeza de épicas multitudes. El bardo es un moderno Prometeo, destinado ahora a vencer a los falsos dioses y a marcar a la humanidad, en un desierto de tinieblas, los nuevos derroteros hacia la luz y el progreso. Otro no menos fantástico y hermoso aunque distinto cuadro del poeta y la lira, se halla el inspirado poema que dedica a la muerte de Esteban de Luca y Patrón, aquel joven cantor de la Independencia, que perece arrastrado en su balsa por los vientos oceánicos... ¡Vivo símbolo de todo poeta verdaderamente lírico, cuya existencia es como una frágil barquilla a merced de sus nobles pasiones y de su violenta inspiración! Si Andrade nos describe, pues, en sus versos a Víctor Hugo, la acción social y externa de la poesía épica, en *El arpa perdida* descríbenos asimismo la acción individual e interna de la poesía lírica. Aquélla es como una hoguera de troncos seculares; ésta, como una luz en el seno de una ánfora de alabastro.

PARTE TERCERA

EN EL PAÍS ARGENTINO

85. El tesoro del país argentino.

1. Las catorce provincias argentinas, un día,
reuniéronse a la sombra protectora del Ande,
para saber cuál de ellas dichosa poseía
del país lo más noble, más hermoso y más grande.

2. Mentó la sabia Córdoba su claustro de doctores:
Tucumán, sus ingenios y cañaverales;
San Luis, sus tersos mármoles, rayados de colores;
Corrientes y Santiago, sus selvas tropicales;

3. La Rioja y Catamarca, sus valles y montañas;
Salta y Jujuy, sus bellas y antiguas heredades;
San Juan, la vena de oro que hierve en sus entrañas;
Buenos Aires, sus pampas cubiertas de ciudades;

4. Santa Fe, sus pobladas y fértiles campiñas;
Entre Ríos, sus costas de perlas y esmeraldas,
y Mendoza, la sangre de las pomposas viñas,
que cuelgan de sus cerros tejidas en guirnaldas.

5. Presente la República, alzó la faz altiva:
—Ninguna de vosotras en sus lindes encierra —
les dijo noblemente —, como dueña exclusiva
la más preciada joya de la argentina tierra.

6. En todos vuestros campos existe ese tesoro;
donde hay un argentino se encuentra por doquiera...
— ¿Cuál es? — le preguntaron las provincias en coro.
Ella, mostrando el cielo, repuso: — La bandera. —

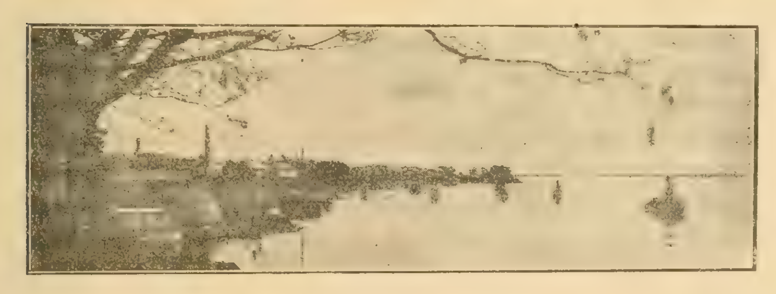
7. Y entonces las provincias, tendiéndose las manos,
clamaron inspiradas por la gracia divina:
— Es cierto. Ni ciudades, ni montañas, ni llanos.
¡Es nuestra mayor gloria la Bandera Argentina! —

I. EN LA REGIÓN ORIENTAL

86. El Paraná y el Uruguay.

(Fragmento del poema *A Montevideo*).

De las entrañas de América
dos raudales se desatan:
el Paraná, faz de perlas,
y el Uruguay, faz de nácar.
Los dos entre bosques corren,
o entre floridas barrancas,
Como ante reyes se inclinan
ante ellos ceibos y palmas,
y arrójanles flor del aire,
aroma y flor de naranja.
Así, siguiendo su senda,
sobre sus lechos se arrastran;



Vista del río Paraná *(Bourquin)*.

como dos grandes espejos
entre marcos de esmeraldas.
Salúdanlos a su paso
la melancólica pava,
el picaflor y el jilguero,
el zorzal y la torcaza.
luego en el Guazú se encuentran,
y, reuniendo sus aguas,
mezclando nácar y perlas,
se derraman en el Plata.

Luis L. Domínguez.

87. La formación del Paraná y de sus islas.

Hubo en la historia de la Tierra un tiempo, no de los más remotos seguramente, porque apenas se trataría de unos ciento o ciento cincuenta mil años, en que las aguas del río Paraná no corrían por el cauce actual. Toda la Mesopotamia Argentina, y muchas otras comarcas de este país, se hallaban sumergidas bajo las aguas del océano. Las ostras se multiplicaban cerca de Corrientes; los tiburones llegaban hasta Santa Fe, y las anchoas, que hoy suben poco más allá de Buenos Aires, servían quizá de alimento a muchos de los habitantes ribereños del inmenso brazo de mar poco profundo que se extendía en lo que hoy ocupa la cuenca del Paraná.

Poco a poco modificáronse las costas. Variados movimientos cambiaron la superficie de las tierras, y el Paraná derramó sus aguas tropicales en el ancho seno abierto entre sus orillas. En su masa colosal siguieron fluctuando las arcillas y arenas, y, al llegar a su desembocadura, donde se le oponía la valla de las aguas del piélago y alcanzaba el nivel de las mismas, detenía su impetuosa corriente, depositando en su fondo extensos bancos de las substancias que mantuviera suspendidas. El flujo y reflujo del mar determinaron alternativas en su marcha; formáronse canales en esos bancos, canales que más tarde podían constituir cauces poderosos. Disminuído el caudal de sus aguas, descubierta con intervalos una parte del fondo, y bañada ya por el aire y la luz, los juncos invadieron esos bancos, y desde aquellos momentos comenzó la génesis de las islas del Paraná. Esta obra secular no ha cesado todavía. Nuevas islas se forman a nuestros ojos; y no es muy antiguo, apenas del siglo XVIII, un mapa que representa un fondeadero para buques de alta mar en los parajes, entonces completamente cubiertos por las aguas, donde hoy se encuentran las poblaciones del Tigre y de Las Conchas.

Para explicarnos la formación y el curso del sistema hidrográfico del Paraná, observemos el nacimiento de sus afluentes en las vertientes orientales de los Andes. La nieve del invierno se consolida en las cumbres, y allí, donde las leyes de la Naturaleza marcan su límite a los eternos depósitos de hielo, con los calores del estío se deshace, se derrite, y las últimas goteras, agudas y afiladas, se rompen, se quiebran, y por último se desvanecen. Las aguas que de ellas manan se filtran en las laderas, o bajan por los flancos de los Andes, cual hebras chispeantes primero, silenciosas, tranquilas, sin rumores, sin borbollones... Paulatinamente su caudal se enriquece con el humilde tributo de nuevas hebras; son ya hilos de agua que a veces murmuran, que saltan por las piedras y forman cataratas embrionarias. De todos estos hilos nacen arroyuelos, arroyos, caudales turbulentos al fin, que rompen los obstáculos de piedra y arrojan a los valles inmediatos las moles, chicas y grandes, invencibles al parecer en su mutismo, pero dóciles por último al impulso de tanta pequeñez y blandura asociadas en un esfuerzo común... Así nace el Pilcomayo, así brota el Bermejo, y así avanzan, descendiendo de las cumbres, las legiones de arroyos y torrentes que en breve se dispersan, se agrupan, se unen, se separan, y concluyen por inundar — glorioso cuadro — el Chaco y las comarcas argentinas, con todos los tesoros arrastrados por sus aguas fertilizadoras, desde las pendientes vecinas a las nieves eternas, hasta las últimas playas donde su fuerza se equilibra o adormece en el seno del mar.

Como descienden de los Andes el Pilcomayo y el Bermejo, afluentes del Paraná, descienden el Paraná y el Uruguay de las sierras del Brasil. Las dos vertientes, la oriental andina y la occidental brasileña, vienen, pues, a unirse en la confluencia del Paraná y el Uruguay, constituyendo un sistema hidrográfico que los geógrafos llaman del Plata. Las aguas del océano Atlántico, en una acción

lenta y grandiosa que aun en nuestros días podemos observar, han sido desalojadas por las corrientes que bajan de las cumbres.

La obra de la vegetación fué también indispensable en la formación de las márgenes y sobre todo de las islas. En los bancos cuya convexidad se encuentra cerca de la superficie del agua, germinan y brotan los juncos, que muy pronto asoman sobre aquélla y anuncian la proximidad del fondo. Sus endebles vástagos crecen en apiñada muchedumbre, y, aunque dóciles al impulso de la corriente, detienen en sus filas considerable parte de las arenas que suspendía el agua. El banco sigue elevándose. Nuevas legiones de vástagos enriquecen el juncal; nuevas masas de arena y de arcilla se detienen allí, y lentamente se marca más su nivel. A medida que la emersión del banco aumenta, se elevan sus bordes, porque bastan los juncos que hay en ellos para detener una mayor cantidad de residuos aportados por la corriente. Fórmase una isla completamente descubierta, aunque deprimida en el centro, o más bien elevada hacia las márgenes. Allí se detienen también los despojos de las crecientes, y su concurso, agregado al incesante trabajo de los juncos sobre las materias que trae el agua, contribuye a levantar más y más el depósito. La isla ha emergido ya del todo; sólo las grandes crecientes alcanzarán a cubrirla por completo.

A la emersión y consolidación se agrega la presencia de los camalotes. Proceden éstos del desarrollo de semillas de plantas acuáticas, que, germinando en las pequeñas ensenadas y recodos, han formado una tupida e intrincada malla o red de raíces, tallos y retoños; la corriente, arrancándolos del fecundo limo en que nacieron, los arrastra libremente, y flotan y se deslizan como balsas, hasta que un obstáculo los detiene. Traídos por la corriente del ancho río, los camalotes tropiezan con la isla en formación. Los vegetales que los constituyen arraigan en la reciente ribera

estiran como guirnaldas sus largos vástagos flotantes, y, asegurados ya, al penetrar las numerosas raíces en la nueva tierra, detienen nuevos despojos y preparan entretanto la tierra negra que pronto ha de servir de albergue a un enjambre de plantas de diversas especies. Las semillas que flotan en el agua, o que el viento arrebata en otra parte y que se depositan allí, encuentran húmedo y rico sedimento para desarrollarse. Verdes trozos de sauce o de ceibo que vagan en el río encallan también en las orillas, y su dócil tejido, plástico para echar raíces, envía pronto al suelo las hebras que le aseguran estabilidad y alimento. No tardan los numerosos retoños en constituir tallos. En ellos enredará sus volubles vástagos la «dama» o «reina de la noche», de grandes flores que abren al crepúsculo su blanca corola de delicioso perfume. Los ceibos esmaltan ya el paisaje con sus racimos rojos, y los llorones sauces humedecen en el agua que los ha traído el extremo de sus ramillas colgantes. Consolídase el suelo de los bordes por el desarrollo de los troncos; mueren los juncos, privados ahora de aguas movibles; y las totoras y cortaderas, con sus largas cintas; las sagitarias, con sus grandes flechas; las bretómeas, de flores vaporosas; la guirnaldas de hidrocótiles, y otras mil plantas que se complacen en las aguas sin movimiento de los charcos, elevan sus hojas multiformes y abren sus flores de escaso perfume. A la sombra de los sauces crecen los matorrales de las cúfeas, con sus racimos rosados. Las begonias de vidrioso tejido alzan los escuálidos tallos. El «pitito» asoma sus encarnados cartuchos en la abundante masa de sus obscuras hojas recortadas. La pasionaria ata sus zarcillos en las hierbas o en los matorrales, y ofrece por doquiera, a la admiración de los filósofos y a la piedad de los creyentes, las maravillas de su inimitable estructura. Los mirtos sacuden al aire el velo de sus primores, el caraguatá levanta en las riberas su abundante manojo de espinas y curvas flores; las cor-

taderas balancean en todas partes el blanquecino penacho de sus flores esponjosas.

A causa del continuo acarreo de las aguas y de las explosiones de la vida vegetal, hanse formado así, partícula por partícula, grano por grano, planta por planta, las espléndidas islas del Paraná y de su delta.

Según EDUARDO L. HOLMBERG.

88. El Tempe argentino.

(El delta del río Paraná)

No lejos de la ciudad de Buenos Aires existe un amenísimo recinto agreste y en parte solitario, limitado por las aguas del Plata, el Paraná y el Uruguay. Todo el que tenga un corazón sensible y tierno lo sentirá inundado de las más gratas emociones al surcar sus plácidas corrientes, bordeadas de lozana vegetación; se extasiará bajo sus frondosas arboledas, veladas de bejucos, y verá con delicia serpentear los numerosos arroyuelos que van a unirse con los grandes ríos.

En mi infancia, arrancado por primera vez de los muros de la ciudad natal, me hallé un día absorto y alborozado en aquel sitio encantador. Más tarde, en la edad de las ilusiones, lo visité impelido por los placenteros recuerdos de la niñez, y creí haber hallado el edén de mis ensueños de oro. Y hoy, en la tarde de la vida, cuando las decepciones han obscurecido la aureola de mis esperanzas, lo he vuelto a visitar con indecible placer. He vuelto a gozar de sus encantos. He aspirado con cierta expansión interior las puras y embalsamadas emanaciones de aquellas aguas saludables y de aquellos bosques siempre floridos. Este recinto tan ameno, ceñido por los tres caudalosos ríos en su confluencia, es el espacioso delta del Paraná. ¡Quién pudiera describir las innumerables islas que lo forman!

Una mansión campestre, en un clima hermoso, embellecida con bosques sombríos y arroyos cristalinos,

animada por el canto y los amores de las aves, habitada por corazones buenos y sencillos, ha sido y será siempre el halagüeño anhelo de todas las almas en la edad en que la imaginación se forja los más bellos cuadros de una vida de gloria y de ventura. Y, después de la lucha de las pasiones, de los combates de la adversidad y de los desengaños de la vida en los términos de su carrera, son todavía la paz y el solaz de una mansión campestre, la última aspiración del corazón humano. Por esto los genios de Grecia consagraron los más bellos colores y armonías a la celebridad de su valle de Tempe; y por esto serán también algún día celebradas por los ingenios argentinos y uruguayos las bellezas y excelencias de las islas deliciosas, que a porfía acarician las aguas del Paraná, el Plata y el Uruguay, situadas felizmente casi a las puertas de la populosa ciudad de Buenos Aires. Habrá en el globo sitios más pintorescos, por las variadas escenas y románticos paisajes con que la Naturaleza sabe hermosear un terreno ondulado y montañoso; pero ninguno que iguale a nuestras islas en el lujo de su eterno verdor, en la pureza de su ambiente y de sus aguas, en el número y en la gracia de sus canales y arroyuelos, en la fertilldad de su tierra, en la abundancia y dulzura de sus frutos.

La leve canoa, al impulso de la palilla, se desliza rápida y suave por la tersa superficie de los canales y los ríos, semejante a un inmenso espejo guarnecido con la cenefa de las lujosas y floreadas orillas, reduplicadas por el cristal de las aguas, en simétricos dibujos. El sol brilla en su oriente sin celajes; las aves, al grato frescor del rocío y de la fronda, prolongan sus cantares matinales, y se respira un ambiente perfumado. Las islas, por una y otra banda, se suceden tan unidas que parecen las definitivas márgenes del río, no siendo el caudal de agua, a veces considerable, que hiende la canoa, más que un simple canalizo del grande Paraná, cuyas altas riberas se pier-

den a lo lejos, bajo el horizonte. A medida que se adelanta, nuevas escenas aparecen ante la vista hechizada. A cada momento el navegante se siente deliciosamente sorprendido por el encuentro de más y más riachuelos, siempre bordeados de hermoso verdor, sendas misteriosas que transportan la imaginación a elíseos encantados.

Entre la lujuriosa maleza de las islas del delta pululan animales hermosos y útiles. El delicado colibrí, esa joya del aire, vuela de flor en flor. El chajá pasta en la



hierba. El zorzal, la calandria y el jilguero alegran el ánimo con sus cantos deliciosos. El pipirí corre por el suelo en busca de insectos y de pequeños reptiles. El cuís corretea y se oculta en sus cuevas. El carpincho brinda su carne al sustento del hombre, y la nutria le ofrece su preciosa piel para abrigarse. El pecarí, conocido con el nombre de cabalí, posee una carne más sabrosa que la del carpincho. El jaguar o tigre presenta al isleño la oportunidad de ejercitar su bravura. La comadreja muestra al observador la curiosidad de la bolsa externa donde lleva sus hijos, después de nacidos. En la

aguas abunda riquísima pesca, sobresaliendo por su exquisito sabor el pejerrey, como si dijéramos el rey de los peces. Oculta e ignorada existe la dulcísima miel del camuatí, república de avispas melíferas y maravilla de la Naturaleza...

Todas estas bellezas y riquezas del delta lo hacen comparable a aquel sitio de delicias de la antigua Grecia, cantado por los poetas y ponderado por los filósofos, que se llamaba el valle de Tempe, en Tesalia. Ambos Tempes, el griego y el argentino, el antiguo y el moderno, gozan de un mismo clima, siendo semejantes en temperatura, en salubridad y hasta en algunas producciones. Uno y otro son patria del laurel y el mirto, emblemas de la gloria y del amor. Hay con todo una diferencia inmensa entre el helénico valle y el delta del Paraná, y es que aquél ha perdido ya parte de su primera fertilidad, y con ella su antigua fama, mientras que nuestro Tempe es ahora más fértil y acaba de abrirse a la vida de la civilización.

Según Marcos Sastre.

89. Peludeando en el País de los Matreros...

(En el interior del delta del rio Paraná).

La noche era espléndida, una de esas noches de verano en que las estrellas brillan como a través de un velo. La luna reinaba en el cielo límpido, sin una mancha; las nubes parecían vagar diluídas en el azul plateado del aire. Era una de esas noches que arrebatan la imaginación y ponen en el ánimo la dulce languidez del ensueño. Aprovechando su claridad salimos a cazar peludos, o, como dicen más brevemente los gauchos, a *peludear*.

Silenciosos y de a uno en fondo cruzamos el cardal por una senda tortuosa y estrecha, que parecía, sobre la llanura verdinegra y ondulada, un hilo de agua que corría a impulso de los caprichos del nivel. Íbamos hacia las laderas y «cuchillas» del terreno, donde, según la opinión de los prácticos, van por la noche los peludos a buscar su alimento, desenterrando raíces jugosas y suculentas larvas.

Con la cola levantada y husmeando el suelo, marchaban adelante los perros, también en el silencio de la expectativa.

Salimos del cardal y nos detuvimos a deliberar sobre el rumbo. Los perros fueron a echarse alrededor del capataz, que llevaba la pala para cavar las cuevas y la bolsa para recoger la caza. Sacaban la lengua, jadeantes ya, como acostumbra todo perro campesino, para quien parece ley ineludible demostrar un cansancio desproporcionado a la jornada. A lo lejos se oía el sonido de un cencerro, pausado, soñoliento.

Determinado el rumbo de nuestra excursión, nos pusimos de nuevo en marcha. Precedíannos siempre los perros, con la nariz pegada al suelo y moviendo la cola con mayor presteza cuando era mayor la impresión que recibía su olfato. Rastreaban entre el pasto, revolvían la maleza, y cuando encontraban una alimaña, parábanse a reconocerla. Si valía la pena, dábanle muerte zamarreándola del pescuezo, donde el vigoroso y agudo colmillo hacía presa segura.

De pronto escuchamos, hacia la derecha, continuado y persistente ladrido. Corrimos. Uno de los perros había dado, allá, en el repecho de la ladera y en medio de un manchón de macachines, con un gran peludo. Sorprendía al muy goloso, que entretenido en remover la tierra, no había advertido nuestra llegada.

Acometido el peludo por el perro, rivalizaban ambos en astucia. El perro, experimentado en otras cacerías semejantes, conocía la férrea coraza del peludo, y no ignoraba que, si le ponía de espaldas, sobre el lomo, quedaría el animalejo inhábil para darse vuelta y escapar, como un escarabajo. Por esto, habiéndole cortado la retirada, lo quería tumbar sobre su caparazón, sirviéndose del hocico como de una palanca para levantarlo. Pero el peludo se prendía al suelo con sus garras de acero, para no dejarse levantar y tumbar de espaldas, y trataba de ganar la cueva, en mal hora abandonada...

Llegamos nosotros, y la mano del capataz logró muy pronto lo que el perro tentaba en vano. Ahí fué la desesperación del pobre animalejo cazado, que parecía conocer la suerte que le esperaba; cruzaba sus patitas delanteras sobre el cuello corto y recio, buscando acaso un punto de apoyo, y lanzaba murmullos guturales que se dirían quejas. La superstición del gaucho ha encontrado en ellas una invocación a Jesús, ¡como si el peludo le encomendara su alma en el trance de la muerte!

El filo del cuchillo, cortando el cuello de la víctima, puso fin a la escena. Cargamos con la res y continuamos la excursión. No lejos, los perros volvieron a ladrar. Habían descubierto un nuevo rastro o alguna nueva cueva.

Según José S. Álvarez *(Fray Mocho)*

90. La Mesopotamia Argentina.

En el interior del Asia existe una región feliz que, por estar situada entre dos grandes ríos, el Éufrates y el Tigris, llamósela « Mesopotamia », voz griega que significa « entre ríos ». Tan pintoresca es y fértil, que la imaginación antigua colocó en ella nada menos que el « Paraíso Terrenal ». En los vastos territorios de la República Argentina, entre los ríos Uruguay y Paraná, existe también una Mesopotamia, y aun más generosamente dotada que la asiática por la mano de la Naturaleza. Comprende dos progresistas y ricas provincias del litoral: Entre Ríos y Corrientes.

Desde el delta paranaense hasta la laguna Iberá, su suelo está compuesto de fértiles aluviones; lo ondulan suaves « cuchillas » y riegan innumerables arroyuelos. En la parte Sur lo cubren ricos pastos; hacia el Norte, bajo un clima más cálido, abundan las selvas y bosques subtropicales. La selva de Montiel, que se extiende al Norte de Entre Ríos, prolóngase en el bosque de Payubre, al Sur de Corrientes. En Entre Ríos prospera la ganadería y el cultivo de cereales; en Corrientes, además de la ganadería, el cultivo de caña, algodón, tabaco y demás productos de

las tierras cálidas. Sus bosques naturales representan considerable riqueza. Al Norte de las lagunas Iberá y Maloyas, la selva correntina se confunde con la misionera.

Si valiosos son los productos naturales e industriales de la Mesopotamia Argentina, más valioso aun es el sumo producto de sus hombres. El entrerriano y el correntino poseen, entre los pueblos de la República, sus interesantes caracteres particulares. La benignidad del clima ha hecho de la provincia de Entre Ríos un centro de inmigración y de colonias agrícolas. Todos los pueblos blancos de la tierra, puede decirse, han mandado allí hijos suyos, que el medio americano ha asimilado y adaptado. Por la diversidad de sus razas, la provincia presenta una confusión semejante a la antigua torre de Babel. Mas sus inmigrantes, algunos de ellos desheredados en el Viejo Mundo, encuentran en el Nuevo un medio tan favorable y propicio para el desenvolvimiento de sus actividades, que, olvidando el país de origen, constitúyense en industriosos y entusiastas ciudadanos de la República. Frecuentemente, a la primera generación olvidan el idioma originario; hablan el castellano y se sienten argentinos. Así, en Entre Ríos, por una complicada amalgama étnica, surge en el siglo XX un pueblo que parece sumar las condiciones de todos sus antepasados.

El clima más caliente de Corrientes no ha permitido allí tal afluencia de inmigración europea. En cambio, ha formado un tipo criollo de los más notables, por su vigor físico y su audacia intelectual. Los gauchos correntinos se defienden en el río, cuerpo a cuerpo, de los feroces yacarés; cazan con lanza el jaguar y el puma; dícese que detienen en la carrera a la yegua salvaje, asiéndola del copete. Su valor y su destreza rayan en la leyenda. La patria tuvo siempre en ellos celosísimos defensores de sus fronteras. Con la difusión de la instrucción pública, estos hijos de Corrientes, históricos enemigos de todo despotismo, están llamados a ser importantísimo factor en la cultura argentina.

91. La vuelta al hogar.

(En Gualeguaychú).

1. Todo está como entonces:
¡la casa, la calle, el río,
los árboles con sus hojas
y las ramas con sus nidos!

2. Todo está, nada ha cambiado,
el horizonte es el mismo;
¡lo que dicen esas brisas
ya otras veces me lo han dicho!

3. Ondas, aves y murmullos
son mis viejos conocidos,
¡confidentes del secreto
de mis primeros suspiros!

4. Bajo aquel sauce que moja
su cabellera en el río,
¡largas horas he pasado
a solas con mi delirio!

5. ¡Las hojas de esas achiras
eran el tosco abanico
que humedecía mi frente
y refrescaba mis rizos!

6. Todos aquí me confiaban
sus penas y sus delirios;
con sus suspiros las hojas,
con sus murmullos el río.

7. ¡Qué triste estaba la tarde
la última vez que nos vimos!
Tan sólo cantaba un ave
en el ramaje florido.

8. Era un zorzal que entonaba
sus más dulcísimos himnos,
¡pobre zorzal que venía
a despedir a un amigo!

9. «¡Adiós! parecían decirme
sus melancólicos trinos:
¡Adiós, hermano en los sueños!
¡Adiós, inocente niño!»

10. ¡Yo estaba triste, muy triste!
El cielo, obscuro y sombrío;
los juncos y las achiras
se quejaban al oirlo.

11. Han pasado muchos años
desde aquel día tristísimo,
¡muchos sauces han tronchado
los huracanes bravíos!

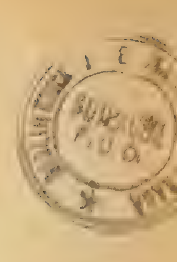
12. Hoy vuelve el niño hecho hombre,
no ya contento y tranquilo,
¡con arrugas en la frente
y el cabello emblanquecido!

13. ¡Ah! Todo está como entonces:
los sauces, el cielo, el río,
las olas, hojas de plata
del árbol del infinito.

14. Sólo el niño se ha vuelto hombre,
¡y el hombre tanto ha sufrido,
que apenas tiene en el alma
la soledad del vacío!

(Abreviado)

OLEGARIO V. ANDRADE.



92. Los gauchos judíos.

(En las colonias judías de Entre Ríos)

I. EL HIMNO NACIONAL

Era en los primeros tiempos de la colonia. Los judíos de Entre Ríos conocían poco el lugar, y sus ideas sobre las costumbres del país eran en extremo confusas. Admiraban al gaucho y le temían, envolviendo su vida en una vaga leyenda de heroísmo y de crimen. Sabíanle peligroso e irascible. Las fábulas de sangre y de bravura, referidas en las noches de luna por los cantores poco frecuentes del pago, mal interpretadas por los nuevos campesinos, contribuyeron a fomentar semejante concepto sobre el paisano. Para el judío de Polonia y de Besarabia, resultaba el bandido romántico, feroz y caballeresco, como el héroe de novela cuyas aventuras leían las muchachas obreras al regresar del taller, en Odessa, o al terminar las tareas habituales, en la existencia rústica de la colonia... Así, en la sinagoga, que funcionaba en tal o cual rancho de Rajil, jóvenes y viejos discutían cosas relacionadas con la Argentina. El entusiasmo de vida libre, soñada en los días amargos de Rusia, aun no se había amenguado. Un amor idílico rebosaba en todas las almas, y los ojos eran cisternas de ensueño. Por los alrededores de Rajil, los arados abrían gloriosamente la tierra; la esperanza unánime estallaba en canciones. Los sábados hasta mediodía y al atardecer se recordaban, frente a la puerta de la sinagoga y no lejos del corral, las penurias antiguas, los episodios del éxodo, como si la emigración del imperio moscovita fuera la bíblica Huída, historiada en las noches de Pascua.

Se oían afirmaciones distintas. José Haler, que había hecho en Rusia el servicio militar, sostenía que la Argentina carece de ejército. Rabí Isaac Herman, anciano todo encorvado, tembloroso y enfermo, que enseñaba a rezar a los

chicos de la vecindad, se opuso con energía a las opiniones de José. «Tú nada sabes, le dijo; eres un soldadote. ¿Cómo quieres que la Argentina no tenga milicia? Fíjate que hay soldados en Rusia, y eso que se trata de una monarquía.– Por esa misma razón, rabí Isaac, repuso José. Aquí el zar es un presidente y no necesita soldados para defenderse. — ¿Y los que están en la estación Domínguez?», interrogó rabí Isaac. La pregunta del anciano turbó a José, no sabiendo él explicar de un modo satisfactorio la presencia en Domínguez del sargento, cuyo corvo sable constituía el espanto de los niños.

Una tarde, un vecino llegado de Villaguay trajo la noticia de fiestas próximas. Describió arcos y adornos colocados en las calles de la municipalidad. La noticia se comentó, y otro vecino propuso investigar el motivo de las fiestas. Recién llegados al país, no sabían aún los colonos una palabra de español.

Los mozos copiaron pronto las costumbres gauchescas, pero no lograban explicarse con los criollos más allá de las necesidades cotidianas. Resolvieron, sin embargo, interrogar al boyero, un ex soldado de Crispín Velázquez, el caudillo tradicional de la región y veterano de la guerra del Paraguay. Aquél opinó que debía tratarse de una yerra, o bien de elecciones. La versión pareció lógica al principio, mas fué rechazada después. Por fin, el comisario de la colonia, don Benito Palas, fué quien comunicó a los judíos el objeto de los preparativos, y en una forma elocuente y rudimentaria explicó al matarife el significado del 25 de mayo.

El hecho preocupó a los habitantes de Rajil. En las tertulias nocturnas, en los descansos de las faenas, en las amelgas, los vecinos se reunían conversando sobre la fecha. Cada uno exponía a su modo la importancia del suceso, y, por último, nació la idea de celebrar el aniversario. La iniciativa se debía a un antiguo delegado de Jytomir, Israel Kelner, que había ido a Jerusalén, para

organizar la emigración, en 1889. Hebraísta estimado públicamente por el matarife — el que sacrifica las reses, dignidad sacerdotal entre los judíos de la colonia Rajil —, Kelner gozaba de prestigio y pronunciaba discursos en las modestas solemnidades de la colonia. Expresamente hizo un viaje a Las Moscas, donde un estanciero le informó sobre el asunto.

La celebración del 25 de mayo quedó decidida, y se designó al alcalde y al matarife para organizar la fiesta. Jacobo, peoncito de éste, el más acriollado, vistió sus más vistosas bombachas, y, sobre su gallardo petizo, avisó de casa en casa que iba a reunirse una asamblea en la sinagoga. En ella se discutieron los detalles del acto. Se resolvió desde luego no trabajar el día patrio, embanderar los portones y reunirse en el potrero común, donde rabí Israel pronunciaría un discurso. Al acto fueron invitados el comisario y el administrador general de las colonias, un extranjero áspero y nada expansivo, a quien poco conmovía el acontecimiento de mayo.

Surgió una grave dificultad. Se ignoraba el color de la bandera argentina, y este detalle fué advertido muy tarde. A pesar de ello los preparativos continuaron, y el día clásico llegó. Rajil amaneció adornada como un buque, llenos de colores los portones, ¡de todos los colores, menos los argentinos! Un sol magnífico iluminaba la campiña; los arbustos amarillentos y los tártagos cobraron regocijo con la inundación de luz. El comisario mandó su pequeña banda, y la colonia se llenó con las notas del Himno. La música hinchó de júbilo los corazones, y la fiesta de la patria, confusamente comprendida, puso en el espíritu una profunda alegría. Reuniéronse en la sinagoga hombres y mujeres, luciendo sus trajes mejores. Las túnicas hierosolimitanas brillaron al sol su blancura, y el matarife bendijo la República en la solemne oración del *Mischa-beraj*.

Afuera, los jóvenes y las muchachas proyectaban un baile, mezclando a los comentarios del día rumores sobre

probables noviazgos. Después de la lectura del *Libro sagrado*, el alcalde predicó. Era el menos instruído en cuestiones rabínicas, si bien sabía usar con frecuencia alguna cita de los textos talmúdicos, oída al azar. En cambio, era elocuente. Gesticulaba a la manera de los predicadores sinagogales, y mesaba su barba castaña, una hermosa barba que se extendía sobre su pecho envuelto en la «túnica santa». «Me acuerdo, dijo, que en la ciudad de Elisabetgrad, después de la matanza de judíos, la sinagoga fué clausurada porque no quisimos bendecir al zar. Aquí nadie nos obliga a bendecir a nadie. ¡Por esto bendecimos a la República y al presidente!» No se sabía aún quién era el presidente, pero el caso importaba poco.

El almuerzo fué rápido y jovial. En seguida la población se congregó en el potrero. Las flores silvestres de la estación brillaban en la improvisada glorieta, junto a la cual la banda repetía sin cesar los acordes del Himno. Los mozos braveaban sobre sus caballos, y los peones del tajamar, reunidos en grupo, miraban en silencio, participando a ratos de los dulces y de los abundantes pasteles preparados por las vecinas. La damajuana de vino esperaba al comisario.

A las tres de la tarde, don Benito Palas asomó con su escolta y una bandera desplegada. Resonaron aplausos y la ceremonia oficial comenzó. El comisario bebió su copa de vino, y rabí Israel Kelner ocupó la tribuna. En jerga vulgar saludó en nombre de la colonia al país «donde no ocurren matanzas de judíos», y refirió la parábola de los dos pájaros, que los colonos le habían oído en diversas oportunidades. Extraída de las discusiones talmúdicas de Segovia, la parábola simbolizaba para el orador la libertad de los pueblos.

«Había un pájaro, dijo, prisionero en una jaula de hierro. Creía que todos vivían así, hasta que cierto día vió a otro pájaro revolotear en el espacio y posarse sobre los tejados y los árboles. Entonces el canto del pri-

sionero se hizo triste. Tanto meditó en su esclavitud, que concibió un pensamiento. Durante las noches picoteaba las rejas, y llegó por fin a libertarse. Tornáronse alegre su canto y su vida, y no tardó en volar tan alto como los demás pájaros».

Jacobo explicó a don Benito Palas, criollo poco entendido en símbolos talmúdicos, el sentido del discurso. Y, por toda contestación, el comisario recitó las estrofas del Himno. No lo comprendían los israelitas; pero al llegar a la palabra «Libertad», el recuerdo de su antigua desdicha, la amargura, las persecuciones seculares sufridas por la raza, exaltó sus ánimos, y, con el corazón y con la boca, iniciándose en el generoso amor de su nueva patria, todos exclamaron, como en la sinagoga: «¡Amén!».

II. LA TRILLA

Cuando los peones apartaron las últimas bolsas de nuestro trigo, eran las nueve de la mañana. La máquina paró, y a la sombra de la parva cercana la gente se dispuso a tomar el café; un sol fuerte nos ahogaba, tiñendo en llamaradas la campiña segada, que parecía un inmenso cepillo de oro. Lejos, en el potrero, en las quebradas, en torno de las pequeñas lagunas, los bueyes pacían, lentos y graves, en medio de la cháchara de los teruteros.

El alcalde de la colonia, viejo de grandes barbas, elocuente y astuto, elegido por el vecindario en una asamblea efectuada en la sinagoga, comentaba los resultados de la cosecha y alababa las calidades de nuestro trigo. Era analfabeto casi, y sólo conocía por referencias ciertos pasajes de las Escrituras, que citaba a menudo al intervenir en la entrega de una reja o en la compra de un rollo de alambre. Y aquella mañana cálida, rodeado por los vecinos, a la sombra de la parva, peroraba sobre las ventajas de la vida rural. «Bien sé yo, decía, que no estamos en Jerusalén; bien sé yo que esta tierra no es aquella de nuestros antepasados. Pero sembramos y te-

nemos trigo, y de noche, cuando regresamos de la era detrás del arado, podemos bendecir el Altísimo porque nos ha conducido fuera de Rusia, donde éramos odiados y vivíamos perseguidos y pobres».

El matarife replicó: «El trigo de Besarabia es más blanco que el de la colonia», y expresó pausadamente su descontento. «En Rusia, dijo, se vive mal, pero se teme a Dios y se obra de acuerdo con la ley. Aquí los jóvenes se vuelven unos gauchos». El agudo silbato de la máquina desparramó a los vecinos. Tocaba el turno a las parvas de Moisés Hintler, quien permanecía silencioso, junto a la casilla rodante del maquinista. Era bajito, flaco, y sus ojos redondos y diminutos traducían en su mirar de miope una alegría profunda. A su lado, la mujer, envejecida en la miseria del pueblo natal, contemplaba la faena, y la hija Dévora, moza robusta y ágil, preparaba el almuerzo.

Comenzó el trabajo. Subimos a la parva de Moisés para alcanzar las gavillas, y los peones engrasaban, en tanto, la máquina formidable. «Moisés, exclamó el alcalde, ¿tenías también parvas en Vilna? Allí trabajabas de joyero y componías relojes, ganando un par de rublos al mes. ¡Aquí, Moisés, tienes campo, trigo y ganado!...» Levantó una copa de caña y brindó: «Moisés, como decíamos en Rusia, yo deseo que tu tierra sea siempre fecunda, y que, por abundante, no logres juntar su fruto». Moisés permanecio silencioso detrás de la máquina. En su cabeza se revolvían continuos recuerdos, los recuerdos de su vida lúgubre de Vilna, de su vida martirizada y triste de judío...

La rueda mayor giró, y el grano empezó a derramarse, como lluvía de perlas bajo la bíblica bendición del cielo inundado de luz. Interpuso lentamente la mano sobre la cual el trigo caía en clara cascada, y así la tuvo mucho tiempo. A su lado, la mujer miraba con avidez, y también Dévora miraba. «¿Veis, hijos míos? Este trigo es

nuestro...» Y sobre sus mejillas, aradas por una larga miseria, corrían dos lágrimas, que cayeron, junto con el grano, en la primera bolsa de su cosecha...

Según Alberto Gerchunoff

93. Escena de una creciente del río Paraná en Corrientes.

Era una plácida tarde, a mediados de mayo. El cielo de la ciudad de Corrientes, límpido y radiante, de un azul intenso, parecía sonreír en uno de sus mejores días. El sol, en el ocaso ya, hinchado como un glóbulo rojo en el campo de aquella lente celeste, iba a entrar en el seno de las aguas, rizadas por una ligera brisa.

Apenas había sonado por última vez aquella tarde la campana del Colegio nacional, salimos todos los muchachos, en bullangueros grupos, con rumbo a la Punta de San Sebastián. Llamábase «La Casilla aquella lengua de tierra pedregosa que sirvió de asiento a una capilla jesuítica, y que, como un brazo hercúleo, para el golpe de las aguas en una de las siete corrientes que dan su nombre a la ciudad fundada por Vera y Aragón. Algo extraordinario había allí, que atraía con indecible y misterioso encanto a la alegre estudiantina. Era el Paraná, que, en una de sus crecientes máximas, salido de madre, lo inundaba todo a su paso, sobre el borde de sus hondos barrancos.

En la pequeña bahía que forman las aguas del río a la diestra de aquella lengua de tierra, las balleneras y goletas, con sus velas latinas más blancas que las gaviotas que revoloteaban en torno, habían enfilado sobre la costa en línea de combate y en orden defensivo contra las fuertes corrientes que amenazaban arrastrarlo todo. Y, en la punta misma de San Sebastián, donde las aguas en grandes masas se revolvían furiosas contra las moles de piedra y formaban un vórtice diabólico, para esparcirse luego caracoleando en burbujas e espumas fugaces, una bandada de pescadores, viejos y jóvenes, ejercía, por mero pasatiempo, con la clásica «pateja», la pesca fabulosa del sábalo.

No hay colores en la paleta del artificio humano para pintar aquel cuadro, una caída de sol que aun vive en mi retina. Las sombras del crepúsculo abrían su manto, dando a las aguas un tinte melancólico. La brisa había calmado, y el viejo Paraná retrataba, en la tersa superficie de sus aguas bronceadas, la serena limpidez de aquel cielo. Había no sé qué de trágico en la líquida planicie que corría con felina mansedumbre. A trechos, en las revoluciones internas de la marcha, abortaban en la superficie capullos de aire comprimido, y se extendían en torno manchas limpias y redondas, que fingían espejos de pulido acero. Sólo rompía el cristal de la corriente uno que otro camalote desprendido de las islas o barrancos, en el cual navegaba, sorprendido por la inundación, un lagarto agazapado entre las zarzas o un ciervo erguido, con la mirada alta y la violenta tensión de un salvaje. Y a lo largo de la orilla opuesta, en la margen derecha del río, extendíase sobre las aguas, como un fleco fantástico, la sombra de los alisos y los sauces que festoneaban la playa con germinación maravillosa.

Habíamos pasado en la ribera un par de horas, sin asomo de aburrimiento, embelesados por el espectáculo, cuando, de pronto, vimos asomar a nuestro frente, desprendida de la costa chaqueña, una larga piragua. Evidentemente, sus tripulantes abrigaban la intención de vadear aquel río como un mar y atracar al pequeño puerto de la bahía. La navegación se hacía por instantes más y más peligrosa... Breves momentos más, y la emoción invadía nuestros corazones en presencia del cuadro que se presentaba a nuestros ojos. La piragua indiana, de regular calado — tripulada por tres hombres, dos mujeres, con su pequeñuelo en la falda cada una, y un muchacho —, aproximábase a la casilla, por el seno izquierdo. Tendía audazmente a correrse hacia la derecha, pasando sobre las rompientes mismas de la Punta, donde las aguas hervían crepitando en espumas de miel... Cargada de copiosas rajas de leña de urunday, que

constituían entonces el único comercio de las mansas y laboriosas tribus de indios guaraníes que poblaban la vecina región del Chaco, obedecía la embarcación al remo flexible y ágil manejado por aquellos músculos, que parecían de bronce por el color y por la fuerza del nervio.

Todas las miradas estaban fijas, casi atónitas, en el grupo de seres, que, por el mezquino fruto de sus faenas en el bosque, jugaban tan heroicamente con la vida La escena tocaba a su término. Aquellos hombres, de pómulos salientes, tez bronceada y ojos oblicuos, habían resuelto, cambiando breves monosílabos en su idioma gutural, poner la proa contra la corriente, y, rompiendo el golpe simultáneo de los remos con vigoroso esfuerzo, salvar la barrera, llegar a la meta y descansar cuanto antes de las fatigas. Pero, al virar la piragua, la torrentosa corriente la atacó por el flanco, con furores inauditos, y la sacudió hasta vencerla...

Agudo grito de espanto salió de nuestras filas: «¡Auxilio!...» La piragua había dado un vuelco, allí no más, a nuestros pies, junto a la orilla, en el abismo de las rompientes rápidas... El grupo de valientes desapareció en una instantánea zambullida, y, reapareciendo luego, luchaba por desprenderse de las garras de la muerte. Los náufragos nadaban con desesperación; los hombres trataban de salvar a las mujeres, y las mujeres a los niños...

Con vigorosas brazadas llegaron todos a tierra, menos una india débil y agostada, que aun se hundía y reaparecía en el agua, con su hijo en los brazos... Entonces surgió un héroe salvaje, que iluminó aquel cuadro de dolor. El muchacho, de unos diez y siete años de edad, hallándose ya en salvo, ve desde la orilla a la india que se ahoga; lánzase de nuevo al río, acude en su socorro, ásela fuertemente y la saca triunfante a tierra... La india desfallecía, con su pequeñuelo muerto en los brazos... Cuando volvió en sí, lanzó un grito y se arrojó sobre el cuerpecillo helado, llorando su infinito dolor de madre...

Aquella vez sentí yo en el alma algo como la vibración intensa del orgullo y la gloria de mi humana especie. ¿Qué soplo sublime y gigantesco, qué fuerzas misteriosas del sentimiento levantaron el alma del joven salvaje a la región de la abnegación y el sacrificio?... ¿Quién hubiera podido trazar en ese instante la línea que deslinda la civilización y la barbarie?... Mi espíritu vió entonces surgir embellecida la filosofía del Supremo Creador, al amasar en común el barro de las distintas razas de la familia humana. Y recordé el texto bíblico, que dice: «De uno solo hizo Dios todo el linaje humano, para que habite sobre toda la haz de la tierra».

Según JULIO G. GUASTAVINO.

94. La selva misionera.

Del propio modo que en las comarcas del Brasil y del Paraguay, situadas a igual latitud, el bosque no es continuo en la región misionera. La gran selva se inicia con manchones redondos, que tienen ya toda su espesura; pero faltan todavía algunas plantas más peculiares, como los pinos y la hierba, cuya aparición señala el comienzo de los bosques continuos. Éstos, como en las dos naciones antedichas, están formados por los mismos individuos; pero, en la región argentina, más broceada por la explotación industrial, no son ahora tan lozanos.

Generalmente circulares, fuera de los sotos, donde, como es natural, serpentean con el cauce, su espesura se presenta igual desde la entrada. No hay matorrales ni plantas aisladas que indiquen una progresiva dispersión. Desde la vera al fondo, la misma profusión de almácigo; el mismo obstáculo casi insuperable al acceso; la misma serenidad mórbida de invernáculo.

Su silencio impresiona desde luego, tanto como su despoblación; los mismos pájaros huyen de su centro, donde no hay campo para la vista ni para las alas. Nunca el viento, muy escaso por otra parte en la región, con-

mueve su espesura. Los herbívoros se arriesgan pocas veces en ella, y tampoco la frecuentan entonces los felinos. Algún carnicero necesitado, o aventurero marsupial como el coatí y la comadreja, afrontan, trepando al acecho por los árboles, tan difícil vegetación, en busca de tal cual rata o murciélago durmiente; pero aun esto mismo acontece rara vez. Los árboles necesitan estirarse mucho para



alcanzar la luz entre aquella densidad, resultando así esbeltamente desproporcionados entre su altura y su grueso.

Los escasos claros, redondeados por la expansión helicoidal de los ciclones, o las sendas que cruzan el bosque, permiten distinguir sus detalles. Admirables parásitos exhiben en la bifurcación de los troncos, cual si buscaran el contraste con su rugosa leña, elegancias de jardín y frescuras de legumbre. Las orquídeas sorprenden aquí y allá, con el capricho enteramente artificial de sus colores; la preciosa «aljaba» es abundantísima, por ejemplo. Líquenes profusos envuelven los troncos en su lana verdácea. Las enredaderas cuelgan en desorden como los cables de un navío desarbolado, formando hamacas y trapecios a la azogada versatilidad de los monos, pues todo es entrar libremente el sol en la maraña y poblarse ésta de salvajes habitantes.

Abundan entonces los frutos, y en su busca vienen a rondar, al pie de los árboles, el pecarí porcino, la avizora paca, el agutí, de carne negra y sabrosa, el tatú, bajo su coraza invulnerable; y, como ellos son cebo a su vez, acuden sobre su rastro el puma, el gato montés elegante y pintoresco, el aguará en piel de lobo, cuando no el jaguar, que a todos ahuyenta con su sanguinaria tiranía.

Bandadas de loros policromos y estridentes se abaten sobre algún naranjo extraviado entre la inculta arboleda; soberbios colibríes zumban sobre los azahares, que a porfía compiten con los frutos maduros; jilgueros y cardenales cantan por allá cerca; algún tucán precipita su oblicuo vuelo, alto el pico enorme, en que resplandece el anaranjado más bello; el negro *yacutoro* muge, inflando su garganta, que adorna roja guirindola; y, en la espesura, amada de las tórtolas, lanza el pájaro campana su sonoro tañido.

Haya en las cercanías un arroyo, y no faltarán los capivaras, las nutrias, el tapir, que al menor amago se dispara como una bala de cañón por entre los matorrales, hasta azotarse en la onda salvadora; el venado, nadador esbelto. Cloqueará con carcajada metálica la chuña anunciadora de tormentas; silbarán en los descampados las perdices, y más de un yacaré soñoliento y glotón sentará sus reales en el próximo estero.

En el suelo fangoso brotarán los helechos, cuyas elegantes palmas alcanzan metro y medio de desarrollo, ora alzándose de la tierra, ora encorvándose al extremo de su tronco arborescente, con una simetría de quitasol. Tréboles enormes multiplicarán sus florecillas de lila delicado; y la ortiga gigante, cuyas fibras dan seda, alzará hasta cinco metros su espinoso tallo, que arroja a la punción un chorro de agua fresca.

Por los faldeos y cimas, la vegetación arbórea alcanza su plenitud en los cedros, urundayes y timbóes gigantescos. El follaje es de una frescura deliciosa, sobre todo en las riberas, donde forma un verdadero muro de altura uni-

forme y verdor sombrío, que acentúa su aspecto de seto hortense, sobre el cual destacan las tacuaras su panoja, en penachos de felpa amarillenta, que alcanzan ocho metros de elevación; descollando por su elegancia, entre todos esos árboles ya tan bellos, el más clásico de la región: la planta de la yerba, semejante a un altivo jazminero.

Reina un verdor eterno en esas arboledas, y sólo se conoce en ellas el cambio de estación, cuando, al entrar la primavera, se ve surgir sobre sus copas la más eminente de algún lapacho, rugoso gigante que no desdeña florecer en rosa, como un duraznero, arrojando aquella nota tierna sobre lá tenebrosa esmeralda de la fronda.

Nada más ameno que esos trozos de selva, destacándose con decorativa singularidad sobre el almagre del suelo. Sus meandros parecen caprichos de jardinería, que encierran entre glorietas verdaderas *pelouses*. Los pastos duros de la región fingen a la distancia peinados céspedes; y el paisaje sugiere, a porfía, correcciones de horticultura.

Las palmeras—sobre todo el precioso *pindó*, de hojas azucaradas como las del maíz—, ponen, si acaso, una nota exótica en el conjunto, al lanzar con gallardía, me atrevo a decir jónica, sus tallos blanquizcos, a manera de cimbreantes cucañas; pero nada agregan de salvaje, nada siquiera de abrumador a la circunstante grandeza. Ésta se conserva elegante sobre todo, y los palmares que comienzan cada uno de esos bosques, dan con su columnata la impresión de un pronaos ante la bóveda forestal.

Serrezuelas entre las cuales corren ahocinados arroyos clarísimos, que acaudalan con violencia a cada paso las lluvias, figuran en el paisaje como un verdadero adorno formado por enormes ramilletes. Los pantanos nada tienen de inmundo, antes parecen floreros en su excesivo verdor palustre. Los naranjos, que se han ensilvecido en las ruinas, prodigan su balsámico tributo de frutas y flores, todo en uno. El más insignificante manantial posee su marco de bambúes; y la fauna, aun con sus fieras, verdaderas mi-

niaturas de las temibles bestias del viejo mundo, contribuye a la impresión de inocencia paradisíaca que inspira ese privilegiado país.

Reptiles numerosos, pero mansos, causan daños apenas; los insectos no incomodan, sino en el corazón del bosque; hasta las abejas carecen de aguijón, y no oponen obstáculo alguno al hombre que las despoja, o al hirsuto tamandúa que las devora con su miel. Las mismas tacuaras ofrecen en sus nudos un regalo al hombre de las selvas, con las crasas larvas del *tambú*, análogas, si no idénticas, en mi opinión, a las del ciervo volador, que Lúculo cataba goloso.

El clima, salubre a pesar de su humedad extraordinaria, presenta como único inconveniente un poco de paludismo en las tierras muy bajas. La escarcha de algunas noches invernales no causa frío sino hasta que sale el sol, y el promedio de la temperatura viene a dar una primavera algo ardiente. Viento apenas hay, fuera de las turbonadas en la selva. Neblinas que son diarias durante el invierno, envuelven en su tibio algodón a las perezosas mañanas. Ahogan los ruidos, amenguan la actividad, retardan el día, y su acción enervante debe influir no poco en la indolencia característica de aquella gente subtropical.

Cerca de mediodía, aquel muelle vellón se rompe. El cielo se glorifica profundamente; verdean los collados; silban las perdices en las cañadas; y por el ambiente, de una suavidad quizá excesiva, como verdadero símbolo de aquella imprevisora esplendidez, el *Morpho Menelaus*, la gigantesca mariposa azul, se cierne lenta y errátil, joyando al sol familiar sus cerúleas alas.

LEOPOLDO LUGONES

95. La maravilla de América.

(La catarata del Iguazú).

Después de andar una hora, sofrené mi yegua. Escuché con toda el alma; me bajé, apliqué el oído al suelo. Nada: ni un rumor; el mismo silencio pesado y

amenazador de la selva circunstante. ¡Si me habría perdido! Iban a ser las once ya: hacía tres horas que andábamos. ¿Cómo podía ser? Una perplejidad angustiosa me embargó. ¡Y aquella tormenta que amenazaba! Monté de nuevo y castigué con furia mi cabalgadura, que, entre la áspera maleza, se lanzó bravamente al galope. Anduve, tironeado y sacudido, otro rato mortal. De pronto sentí que el terreno subía y mejoraba un poco la picada. Miré: a la derecha, por entre el denso verdor de las ramazones, me pareció ver, aun a alguna distancia, no sé qué cosa blanca, inmensa y temblorosa, como un monstruoso témpano en deshielo, que silenciosamente se movía. Pretendí sujetar; pero la yegua, enardecida, continuó su galope, y ya no vi nada. ¿Será?... ¡Pero no puede ser! ¡Cómo no iba a sentir ningún ruido!... Ignoraba yo que, según el estado de la atmósfera, se oye el estruendo de las cataratas a gran distancia, o no se oye hasta estar junto a ellas... Lo oí de repente, tartáreo, abrumador, tonitronante, y entreví a la vez casi claramente entre los árboles las primeras cascadas. Un poco más: ¡ahí estaban!

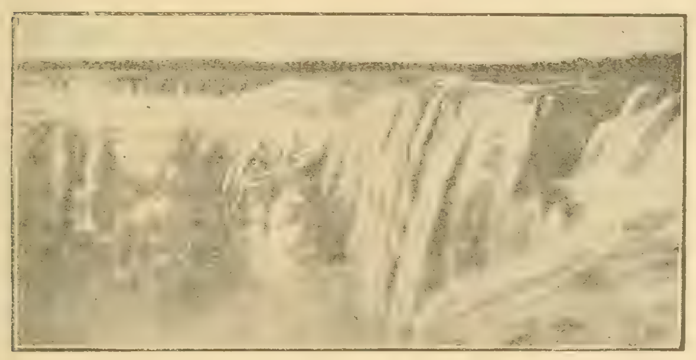


¡Gran Dios! ¡Cuán visible era la obra de tu mano!... Senté la yegua sobre los jarretes, de un bárbaro tirón, y sentí que ante aquella belleza poderosa, soberana, infinita, inesperada, ni sospechada siquiera a pesar de la intensa expectativa, el corazón se me exaltaba y crecía — algo de la gran fuerza universal entraba en él —, y me embargaron lágrimas de gratitud, llanto de fuerza, expresión de un sentimiento inenarrable, de una cosa inaudita y recóndita que la lengua no sabe decir...

Aquellos no eran, sin embargo, los saltos más grandes. Eran como el prólogo, como la desmesurada «overtura», como los heraldos de la maravilla. A mí me parecieron insuperables, suma y término de la grandeza posible. Pero simplemente eran bellos al lado de los otros, que mi cabalgadura, sin que yo me diese cuenta, pasando por

su voluntad o su costumbre o otra picada, puso de improviso ante mis ojos atónitos.

El sol, misericordioso, salió breves minutos para mí, y vi a mis pies el grandioso semicírculo en que brama y se despeña una muchedumbre de cataratas, que no se muestran a la mirada avara sino púdicamente, veladas por una gasa de pálido celeste, en que el sol pone a veces bullones de rosa. Aquella vasta zona de cascadas apacienta los ojos, sacia el alma de emoción, y la levanta y la lleva, como con alas, a regiones excelsas. ¡No se puede decir lo que hay allí! Las aguas, que ya vienen hostigadas, corriendo con frenesí, sobre un plano vastísimo, llegan a la ceja inmensa, y



Bourquín.

se deslizan al vacío, o chocan antes de saltar, con enormes peñascos, y rebotan, y en los aires hacen juegos atléticos, que la luz colorea con mágicos cambiantes: efusiones de plata; chorros ingentes; surtidores sonoros, que se alzan en arcos; anchos desbordamientos de aguas plomizas, que caen pesadamente con un mugido sordo, y, al estrellarse en la roca aplanada y fortísima, se deshacen en gigantescas nubes de vapor, de un blanco inmaculado cuando surgen flotantes del hervoroso abismo, y luego teñidas de rosa, de carmín, de violeta translúcido, o hechas como de polvo de oro por el mágico sol... Y, detrás de aquel amontonamiento de

saltos, y a la izquierda, y a la derecha, cerca y lejos, arriba, abajo, alla en las alturas, acá a los pies, trenzándose a pechadas con las rocas, que, aunque aguantan, retiemblan, otros, y otros, y otros saltos, cubriendo una superficie de cuatro mil metros: unos, con deslizamientos de culebra; otros, con fieros brincos de jaguar; éstos, obscuros, resbalando en silencio; aquéllos, vistosamente empenachados de espuma... Todos corren en vértigo, y, al llegar a la arista de los altos y negros paredones, pierden pie y ruedan al fatal e infinito derrumbe, y allí abajo, reventados, deshechos, rugientes, siguen su curso arrastrando en jirones su túnica de encaje, mientras del uno al otro extremo del inmenso anfiteatro de cascadas, entre aquel estruendoso dislocamiento de violencias, sobre aquel paroxismo, cien arcos iris se tienden, como puentes de paz.

Según Manuel Bernárdez.

II. EN LA PAMPA

96. El Desierto.

(Fragmento del poema *La Cautiva*.)

1. Era la tarde y la hora
en que el sol la cresta dora
de los Andes. El desierto
inconmensurable, abierto
y misterioso a sus pies
se extiende; triste el semblante,
solitario y taciturno,
como el mar, cuando un instante,
al crepúsculo nocturno,
pone rienda a su altivez.

2. Gira en vano, reconcentra
su inmensidad, y no encuentra
la vista, en su vivo anhelo
do fijar su fugaz vuelo,
como el pájaro en el mar
Doquier campos y heredades
del ave y bruto guaridas;
doquier cielo y soledades
de Dios sólo conocidas,
que Él sólo puede sondar.

3. A veces la tribu errante
sobre el potro rozagante
cuyas crines altaneras
flotan al viento ligeras,
lo cruza cual torbellino
y pasa; o su toldería
sobre la grama frondosa
asienta, esperando el día
duerme, tranquila reposa,
sigue veloz su camino.

4. ¡ Cuántas, cuántas maravillas
sublimes y a par sencillas,
sembró la fecunda mano
de Dios allí! ¡Cuánto arcano
que no es dado al mundo ver!
La humilde hierba, el insecto,
la aura aromática y pura,
el silencio, el triste aspecto
de la grandiosa llanura,
el pálido anochecer.

5. Las armonías del viento
dicen más al pensamiento
que todo cuanto a porfía
la vana filosofía
pretende altiva enseñar.
¿Qué pincel podrá pintarlas
sin deslucir su belleza?
¿Qué lengua humana alabarlas?
Sólo el genio su grandeza
puede sentir y admirar.

6. Ya el sol su nítida frente
reclinaba en occidente,
derramando por la esfera
de su rubia cabellera
el desmayado fulgor.
Sereno y diáfano el cielo,
sobre la gala verdosa
de la llanura, azul velo
esparcía, misteriosa
sombra dando a su color.

7. El aura, moviendo apenas
sus olas de aroma llenas,
entre la hierba bullía
del campo que parecía
como un piélago ondear.
Y la tierra, contemplando
del astro rey la partida,
callaba, manifestando,
como en una despedida,
en su semblante pesar.

8. Sólo a ratos, altanero
relinchaba un bruto fiero
aquí o allá, en la campaña;
bramaba un toro de saña,
rugía un tigre feroz;
o, las nubes contemplando,
como estático y gozoso,
el chajá de cuando en cuando
turbaba el mudo reposo
con su fatídica voz.

9. Se puso el sol; parecía
que el vasto horizonte ardía
la silenciosa llanura
fué quedando más obscura,
más pardo el cielo, y en él
con luz trémula brillaba
una que otra estrella, y luego
a los ojos se ocultaba,
como vacilante fuego
en soberbio chapitel.

10. El crepúsculo, entretanto,
con su claroscuro manto
veló la tierra; una faja
negra como una mortaja,
el Occidente cubrió;
mientras la noche bajando
lenta venía, la calma,
que contempla suspirando
inquieta a veces el alma,
con el silencio reinó.

Esteban Echeverría

97. Al Pampero.

Hijo audaz de la llanura
y guardián de nuestro cielo,
que arrebatas en tu vuelo
cuanto empaña su hermosura:
¡Ven y vierte tu frescura
de mi patria en el ambiente!
¡Ven, y enérgico y valiente,
bate el polvo en mi camino,
que hasta soy más argentino
cuando me azotas la frente!

RAFAEL OBLIGADO.

98. El Ombú.

1. Cada comarca en la tierra
tiene un rasgo prominente:
el Brasil su sol ardiente,
minas de plata el Perú,
Montevideo su cerro;
Buenos Aires, patria hermosa,
tiene su Pampa grandiosa;
la Pampa tiene el ombú.

2. ¡El ombú! Ninguno sabe
en qué tiempo ni qué mano
en el centro de aquel llano
su semilla derramó.
Mas su tronco tan nudoso,
su corteza tan roída,
bien indican que su vida
cien inviernos resistió.

3. Al mirar cómo derrama
su raíz sobre la tierra,
y sus dientes allí entierra
y se afirma con afán,
parece que alguien le dijo
al levantarse altanero:
«¡Ten cuidado del pampero,
que es tremendo su huracán!»

4. Puesto en medio del desierto,
el ombú, como un amigo,
presta a todos el abrigo
de sus ramas con amor;
hace techo de sus hojas
que no filtra el aguacero,
y a su sombra el sol de enero
templa el rayo abrasador.

5. Cual museo de la Pampa
muchas razas él cobija:
la rastrera lagartija
hace cuevas a su pie;
todo pájaro hace nido
del gigante en la cabeza;
y un enjambre en su corteza
de insectos varios se ve.

6. Y al teñir la aurora el cielo
de rubí, topacio y oro,
de allí sube a Dios el coro
que le entona al despertar
esa Pampa, misteriosa
todavía para el hombre,
que a una raza da su nombre
que nadie pudo domar.

7. Desde esa turba salvaje
que en las llanuras se oculta
hasta la porción más culta
de la humana sociedad,
como un linde está la Pampa,
sus dominios dividiendo,
que va el bárbaro cediendo
palmo a palmo a la ciudad.

8. Y el rasgo más prominente
de esa tierra — donde mora
el salvaje que no adora
otro dios que el *Valichú;*
que en *chemal* y poncho envuelto,
con los *laques* en la mano,
va sembrando por el llano
mudo horror — es el ombú.[1]

9. ¡Cuánta escena vió en silencio!
¡Cuántas voces ha escuchado,
que en sus hojas ha guardado
con eterna lealtad!
El estrépito de guerra
su quietud ha interrumpido;
a su pie se ha combatido
por amor y libertad.

10. En su tronco se leen cifras
grabadas con el cuchillo,
quizá por algún caudillo
que a los indios venció allí;
por uno de esos valientes
dignos de fama y de gloria,
¡y que no dejan memoria
porque nacieron aquí!...

11. A su sombra melancólica.
en una noche serena,
amorosa cantilena
tal vez un gaucho cantó;
y tan tierna su guitarra
acompañó sus congojas,
que el ombú, de entre sus hojas,
tomó rocío y lloró.

12. Sobre su tronco sentado
el señor de aquella tierra,
de su ganado la yerra
presencia alegre tal vez;
o tomando el «matecito»,
bajo sus ramos frondosos
pone paz a dos esposos
o en las carreras es juez.

13. A sus pies trazan sus planes
haciendo círculo al fuego,
los que van a salir luego
a correr el avestruz...
Y quizá para recuerdo
de que allí murió un cristiano
levantó piadosa mano
bajo su copa una cruz

1. Los indios Pampas, así como casi todas las demás tribus indígenas del territorio argentino, envolvían el cuerpo, desde la cintura hasta las pantorrillas, en una manta de lana que se llamaba *chemal*, de que deriva el *chiripá* de los gauchos También adoptaron éstos las *bolas*, arma de caza y guerrera, cuyo nombre indígena es *laques*.

14. Y si en pos de amarga ausencia
vuelve el gaucho a su partido,
echa penas al olvido
cuando alcanza a divisar

el ombú, solemne, aislado,
de gallarda, airosa planta,
que a las nubes se levanta
como faro de aquel mar.

(**Abreviado**)

LUIS L. DOMÍNGUEZ

99. En la Pampa.

Sobre la inmensa soledad dormida,
salvando el mar ondeante de verdura,
va el centauro pastor de la llanura
como flecha de un arco desprendida.

Da a la tarde postrera despedida;
parece la delicia y la amargura
de salvaje existencia de aventura
arrebatar en su violenta huída.

Y cuando el sol el horizonte encierra
tras el linde lejano de la tierra,
en él, vertiginoso, es una sombra

rauda volando cual visión de un mito,
que, trascendiendo de la herbosa alfombra,
fuése a seguir el astro en lo infinito...

ANGEL DE ESTRADA (**hijo**).

100. Lluvia en la Pampa.

Una nube, una sola, arrastrada violentamente por el pampero, manchaba el firmamento azul celeste claro, en que brillaba el sol, alto aun. Parecía que nos hallásemos bajo una inmensa campana, y el horizonte circular estaba libre en un radio de leguas. La nube marchaba al encuentro del sol, muy alta también, cargada de lluvia, con una rapidez vertiginosa.

« Vamos a tener un chaparrón », me dijo un paisano.

Las matas de paja brava y de cortadera no se movían en nuestro alrededor; las capas inferiores de la atmósfera parecían dormir; zumbaban en torno los tábanos, los mosquitos, los gegenes; la tropilla se arremolinaba y se apeñuscaba en círculo, bajo el ardiente sol, y los pobres jamelgos, desesperados, agitaban las colas en defensa de sus flancos sangrientos, tratando de ocultar la cabeza melancólica entre la masa formada por sus compañeros.

Me quedé a la puerta del rancho, interesado por el drama de aquella nube, arrebatada en medio de tanta tranquilidad, cuando no se movía una brizna en el campo, y vagos vapores transparentes, como vibraciones del aire, hervían entre los matorrales, a ras del suelo, con la evaporación violenta de la tierra caldeada por el sol. La nube era alargada, recortada con curvas caprichosas, cual de copos de algodón en los contornos más cercanos, blanquísimos, que cambiaban de forma, como derrumbamientos súbitos a cada instante; ancha orla de plumón de cisne circundaba el cuerpo fusiforme y ceniciento de la nube, que corría de Norte a Sur, muy opaca en el centro, algo más clara luego, en escala descendente, como si se esfumara y su límite indeciso quisiera confundirse con el azul casi blanco del cielo. Bogaba con rapidez vertiginosa, como extraño barco que navegara hendiendo el agua con la banda en lugar de la proa, y, a medida que se acercaba, iba afectando, en la continua variación de sus perfiles, una forma semicircular, cóncava, cuyo centro pareció, de pronto, situarse en el lugar en que yo me hallaba. Un instante después, la nube, aislada, ocultó el sol; perdió la orla su blancura de cisne; la masa, aun más opaca, proyectó sobre una vasta extensión de la Pampa, sobre el verde cálido y vibrante de la hierba, como una mancha neutra que corría por el suelo amoldándose a sus menores accidentes, a modo de apocalíptico reptil que sólo tuviera dos dimensiones: el ancho y el largo.

Dos paisanos que seguían a caballo la huella polvorienta, como dos manchitas del color ardiente del sol, se trocaron de repente en dos notas grises, y galoparon un rato a la sombra, hacia mí, como antes, pero más lejos, llevados gran distancia atrás por la luz difusa que los envolvía. La nube siguió su carrera desolada. Los gauchos, iluminados de pronto por el sol que me deslumbró al reaparecer, dieron un enorme salto hacia adelante. La nube pasó sobre mi cabeza, cuando ya su sombra huía a lo lejos; pasó como ave fantástica de ala sin rumores, arrebatada por el vendaval de la altura, dejando al sol triunfante tras ella...

En el ambiente diáfano, tranquilo, fulgurante, de una claridad, de una transparencia de pureza infinita, bajo la vibración blanquecina del cielo y la aureola de guarda del sol, allá en el aire dormido, hubo una avalancha, un derrumbamiento de piedras preciosas, brillantes tallados, rojos rubíes, topacios, amatistas, turquesas, esmeraldas, una lluvia de gemas sorprendentes de hermosura, embriagadoras de riqueza, fascinantes, como si ellas también fuesen luz. Derramábase en la atmósfera un caudal, un tesoro, una maravilla, como no la soñó el mismo Aladino, como no se alcanzó a desear en el más fantástico de los cuentos orientales. La nube, al pasar, había volcado su joyel sobre la Pampa, y caían a montones, precipitadas desde lo alto, las estupendas pedrerías con que se forma el iris; pero no ya en la fastuosa diadema, sino en cascada rutilante, en un desbordamiento desordenado y artístico, inverosímil y caprichoso, de riquezas que fueron mías, sólo mías en aquel instante, y que en vano buscará luego la codicia entre la humilde hierba, en el suelo de la Pampa, que, ávido y avaro él también, las recogió antes de que el sol pudiese devolverlas a la nube.

Roberto J. Payró

101. Los nidos de los cuervos pampeanos.

En el Nuevo Mundo se designan impropiamente muchas especies animales, con nombres que, en el Viejo, corresponden a otras muy distintas. Así, apellídase al jaguar, «tigre», y al puma, «león». Una ligera semejanza ha bastado a veces para esta aplicación de nombres de las especies conocidas en Europa a las americanas desconocidas en la época del descubrimiento y de la conquista. En la provincia de Buenos Aires se llama «cuervo» al *Ibis chalcoptera (falcinellus)*; en las provincias andinas, al *Catharthes foetens*; pero ni uno ni otro tienen afinidad zoológica con el auténtico cuervo europeo *(Corax nycticorax)*. El primero pertenece al orden de las aves zancudas; el segundo, al de las rapaces, y el cuervo propiamente dicho, al de los pájaros.

Para evitar confusiones, podríamos llamar aquí «cuervo pampeano» a la especie denominada «cuervo» en el litoral, al *Ibis chalcoptera*. En efecto, esta especie abunda en las lagunas y arroyos de las pampas argentinas. Su técnico nombre latino indica su familia y también su color. Es negro, mientras su plumaje no refleje rayas luminosas, y, según las incidencias de la luz, verdoso métalico o rojizo.

Todos en las llanuras argentinas lo hemos visto cruzar en bandadas, formando una sola y larga faja sinuosa, que ondea hacia adelante y hacia atrás, por la falta de uniformidad en el vuelo. *Fcuén, fcuén*, los cuervos pampeanos siguen sus largos viajes, buscando el ambiente hospitalario; los bajíos y bañados, las cañadas, las orillas de las lagunas, y aun las lagunitas, restos de los últimos temporales.

Hacia el fin de la primavera, cuando pasa una bandada, la siguen otra, y otra, y otra, y el éxodo dura días enteros. El observador ve desde luego que parecen irradiar de un punto más o menos lejano del horizonte, y si en la provincia de Buenos Aires buscara este común punto

de partida llegaría a la vasta región de los pajonales y juncales del Sur; a los bañados de Castelli, de Dolores, de General Guido, de General Conesa y de General Lavalle. De allí parten las bandadas, llevando los adultos a los pichones que aun no saben volar bien. Pasarán lejos el verano y el invierno, para retornar, la mayor parte, hacia el comienzo de la próxima primavera, a los mismos sitios de su niñez.

Los curiosos de la ciudad suelen preguntar a la gente de campo dónde anidan los cuervos. Los paisanos del Norte se encogen de hombros, sin saber dar respuesta; los del Sur, próximos a los bañados, indican probablemente, a los lejos, una nube negra que sube y baja... ¡Allá están los nidos de los cuervos!

Acompañado de tres gauchos baquianos, resolví llegar un día hasta aquel sitio. «Mire, señor, que es difícil y peligroso, me advirtió uno de los paisanos. — No importa, repuse. ¿Supongo que no tendrá usted miedo de perderse?...» Frunció la boca el aludido, y partimos.

¡Cuántas peripecias y fatigas para llegar a la ciudad de los cuervos! En una canoíta, arrastrada a la chincha por un manso y robusto caballo, tuvimos que cruzar un pajonal. Concluyó el primero, y detrás de él había otro, y después otro... Aquello era de no acabar nunca... Al fin, había una lomita... Allí teníamos que arrastrar nosotros mismos la canoa. ¡Qué sudar! Venía luego un nuevo pajonal, y luego una nueva lomita... Faltaba todavía como media legua... Adelante, y, fatiga tras fatiga, llegamos por último a la orilla de la laguna.

Aun restaba lo peor. Los cuervos habían anidado, según su costumbre, en medio del juncal, a bastante distancia de la orilla. La laguna, cubierta de juncos y camalotes, tenía sus dos brazas de agua. El paraje era casi inaccesible. A caballo no podía ni intentarse llegar a él, pues el camalote impediría al animal todo movimiento para nadar. Nadando uno, peor aun. En bote común, irrea-

lizable también. Sólo la pequeña canoa (a lo sumo de dos metros y medio de largo), completamente chata, angosta y terminada en dos puntas, para que pudiera virar, hacía accesible el paraje, siempre que se pusieran a contribución una fuerte musculatura y una robusta caña tacuara, a guisa de botador. La canoíta debía deslizarse sobre el camalote, navegar casi en seco, abriendo las matas de paja o junco, para poder avanzar. Si el botador se rompía (lo que podía fácilmente ocurrir) quedaría el excursionista condenado a esperar el problemático auxilio en aquellos pantanos desamparados...

Con uno de los peones, mientras en la orilla quedaban los otros dos preparándonos un *churrasco*, arribé finalmente a los nidales. Levantóse copiosa nube de cuervos. Millares y millares de alas batían el aire, y el aleteo producía un ruido raro, mezclándose con el *fcuén, fcuén* de las aves que giraban sobre sus nidos, de los cuales se apartaban a lo sumo unos cuarenta o cincuenta metros. Si se miraba hacia arriba, mareaba aquel vaivén desordenado; la tibia atmósfera se saturaba del olor de las plumas; el sol quedaba casi obscurecido por las bandadas que volaban en distintos rumbos.

¡Cuántos nidos! Uno al lado del otro, en contacto casi; cuáles arriba, cuáles más bajos; cientos y cientos, miles y miles, una populosísima ciudad de nidos y más nidos. Los cuervos doblan con su delgado pico los juncos, de tal manera, que la mata queda con las puntas hacia abajo y convergiendo en un punto, como una extraña y gigantesca flor marchita, a ras del fango. Pocos juncos bastan para sostener el nido, constituído por escaso número de fragmentos de paja seca, debajo, y camalote seco, encima. Unos nidos quedan en alto, y otros al nivel del camalote. De esta manera, el conjunto ofrece el más raro y pintoresco aspecto. Diríase que las hembras echadas parlotean con sus vecinas del lado o de los altos, mientras ponen e incuban ordinariamente cinco huevos del

tamaño de los de polla y de un vivo color verde azulado.

No sé qué atávico vértigo de adquisición nos embargó el ánimo. Ello es que resolvimos llevar una gran cantidad de aquellos preciosos huevos, que, por cierto, son comestibles, y aun de agradable sabor. Los tomamos preferentemente de los nidales que sólo tenían dos o tres, para que no estuvieran empollados. A fuerza de seleccionar, entre el peón que entró conmigo en la laguna y yo, recolectamos unos tres mil huevos. La canoa no podía cargar más. Y, con las precauciones del caso, salimos de la laguna.

Después de comernos el sabroso *churrasco* preparado por los otros peones, emprendimos la retirada, muy satisfechos con el botín. La marcha fué haciéndose cada vez más lenta. Era menester que se turnasen los caballos de los peones y el mío para tirar de la canoa en seco; pesaba demasiado para los pobres animales, y la faena sólo se repartía entre dos, pues el tercero, demasiado robusto y brioso, no ofrecía la menor garantía para la seguridad de la frágil carga.

La tarde empezó a declinar, nublada y fría; se aproximaban las sombras, acompañadas de llovizna penetrante. Faltaban aún como tres leguas para llegar a Dolores, cuando nos encontrábamos en plenas tinieblas. La noche era sombría; no nos veíamos a dos metros. El peón que conocía el camino iba adelante; yo, al lado del bote que arrastraba el caballo del peón; los otros dos compañeros, *enancados*, puesto que ya no era posible ir en el botecillo, iban detrás, sin perder de vista las ancas de mi caballo tordillo blanco. Pero, a los pocos metros de distancia, sumíanse estas ancas en la obscuridad, y uno de mis acompañantes, sea que fuese nictófobo, sea que temiera perderse o que me perdiera, me llamaba a cada momento, rogándome que no me separase demasiado; para evitar esto, resolví ir silbando, a fin de que el sonido le guiara. Al poco tiempo se detuvo el peón; su caballo

no podía más y era necesario utilizar al tordillo. Así se hizo, ¡y adelante en plenas tinieblas!... De repente oímos ruido de coces, tablas que crujían sobre los terrones, el redoble de los cascos sobre el suelo y gritos del peón... ¡Una catástrofe! El caballo, enredado en la *cuarta*, quién sabe cómo, corcoveó, volteó al peón y se disparó con la canoa... Al fin para. Se le busca, y, después de largo rato, se le encuentra.... ¡A desensillar y ensillar nuevamente, para proseguir viaje!...

Calados hasta los huesos, llegamos al puente llamado de la Picaza. Veíanse ya las primeras luces... Una hora después entrábamos en el caserío. Consistía ahora la tarea en poner las cosas en orden. Los compañeros de trabajo debían llevar las partes del botín común que les correspondían... «¡Luz, venga luz!...» Trájose el candil; miramos... ¡Y vimos batida, en el fondo de la canoa la más descomunal tortilla que puede imaginar la fantasía humana!

Según Rodolfo Senet.

102. La yerra.

Bajo un cielo ceniciento que amenazaba tormenta nos dirigimos al rodeo. La pampa rasa, sin una ondulación, se perdía en lontananzas inconmensurables, que iba descubriendo la luz matutina. Sobre los pastos húmedos blanqueaba el tapiz crujiente de la escarcha, que el casco de nuestras cabalgaduras moteaba de manchones obscuros. Y allá lejos, entre las descoloridas irradiaciones del amanecer, comenzaba a elevarse lentamente el disco del sol, redondo, enorme, teñido de color naranja. A nuestra espalda, dominando el llano, surgía entre la vaga bruma la copa verdegueante de un ombú, y más atrás los techos de teja del caserío de la estancia empezaban a colorearse.

En un descampado del pajonal, como un manchón moviente de abigarrados colores, mugía el ganado y se apeñuscaba chocando las astas, para mirar el grupo de jinetes que andaban eligiendo los terneros orejanos, con

esos ojos enormes y mustios que parecen henchidos de la apacibilidad de las praderas. Un vaho tenue, formado de alientos, flotaba sobre aquella masa uniforme que agujereaba al pronto la aguda cornamenta de algún toro al levantarse bramando amenazador. Hacia un costado del rodeo, una carreta desuñida alzaba en la diafanidad azulada el crucero del pértigo; al lado ardía el braserío de una fogata donde se calentaban las marcas, y, en torno, varios mocetones de catadura y vestimenta diversas se movían con desgano friolento, preparando sus lazos.



Elegido el ternero, taloneaba el jinete su caballo revoleando la «armada» hasta tenerlo a tiro, zumbaba la trenza viboreando en el aire, y se ceñía en las astas o en el pescuezo del animal; huía éste hasta que el lazo se estiraba cimbreando, bregaba reculando aún, enterraba las partidas pezuñas en el pasto húmedo y balaba desesperado; pero el jinete, castigando la cabalgadura, se dirigía hacia el fogón al trote largo.

Dos o tres *piales*, frustrados generalmente, y el ternero, ya medio asfixiado, caía balando, mientras los *pialadores* le maneaban las patas con un cordel. La operación, casi sin variantes, se repetía varias veces, hasta que el

tarjador gritaba: «¡Basta!» En un momento se procedía a señalar todo el lote. Una leve humareda, al asentar la marca candente sobre el cuero peludo, seguida de un balido lastimero; y los animales, libres de las ligaduras, chorreando sangre, con los ojos turbios de dolor, se enderezaban temblorosos para alejarse en busca de las madres, que allá en la orilla del rodeo trotaban inquietas, mugiendo con ecos broncos.

Algún muchacho que hacía los primeros ensayos en la ruda faena, corría detrás del ternero procurando *pialarlo*, y si por casualidad lo conseguía, jamás faltaba la sonrisa burlona o el comentario mordaz para amenguar su naciente destreza, con esa malicia expresiva, de gesto chúcaro y sabor original, inconfundible de nuestros campesinos.

Martiniano Leguizamón

103. El gaucho.

I. SEMBLANZA DEL GAUCHO

Los conquistadores de estas tierras litorales, muchos de ellos soldados de los tercios que impusieron su ley a Italia y llevaron el pánico a Flandes, procedieron en buena parte de Andalucía, esto es, del corazón de la madre patria. Como si ya hubiesen hollado todos los reinos de Occidente, venían a buscar en este extremo del mundo los imperios de la China y de Golconda, entrevistos por Marco Polo, o bien la misma Atlántida de los antiguos, sumergida más allá de las columnas de Hércules. ¿No percibían acaso, desde las costas, al caer la tarde, el tañido de las campanas de oro de la ciudad dormida bajo las aguas, llamando a un ensueño de gloria y de fe?... Mas no hallaron, por estas pampas, ni los halagos de Jauja, donde bastaba tender la mano para cosechar los más exquisitos frutos de la naturaleza; ni los tesoros de *Eldorado*, pródigo en luminosos diamantes, sangrientos rubíes, pensativas esmeraldas y ópalos funestos; ni tampoco, a pesar de suponerla situada en la parte meridional del con-

tinente, la triple ciudad de los Césares, cuyas elíseas auras hacían a los hombres inmortales como los dioses... Sólo descubrieron yermos recorridos por indios tan fieros de ánimo como de cuerpo. Y fué este ingrato encuentro el primer beneficio que les dispensaron los hados, pues, no pudiendo entroncar regularmente con tan repulsivo plasma étnico, legaron a sus vástagos, con la relativa pureza de su sangre, su sonrisa de andaluces y su ceño de castellanos.

Descendiente de aquellos gloriosos conquistadores, el gaucho se formó en la planicie y bajo un clima templado. Fué el hijo de la Pampa, desierto siempre verde bajo un cielo siempre límpido, antes de que la moderna cultura la poblase de industrias y de ciudades. Entrecortaban la desolación del paisaje algún ombú solitario, tal cual bosquecillo de talas, y, si acaso, el rumor de los arroyos o el espejo de las lagunas, donde miriadas de aves reflejaban sus plumajes de púrpura y de nácar. A lo lejos sorprendía la vista, fatigada por la sensación de la inmensidad, el grupo multicolor de caballos cimarrones. Salpicaban el mar de la llanura, como islotes, acá y allá, en grandes manchas calizas, montones de osamentas de vacadas silvestres. Cuando por su copiosidad parecían cubrir la haz de la tierra, habían sido sacrificadas por tropas de gauchos, para vender los cueros y la grasa. La carne se abandonaba a los caranchos y chimangos, que, posados señorilmente sobre aquellos restos, se dirían mitos de una religión exterminadora. Tras la línea del horizonte estaban los indios, siempre en acecho. Al sonar la hora del *malón*, brotaban entre el silencio y la sombra, alanceaban a los hombres y a los niños, arrebataban a las mujeres, dispersaban el ganado, y huían mezclando en el viento sus ensangrentadas melenas con las crines de sus potros.

Sólo por extensión se aplica ahora el nombre de «gaucho» al criollo de la montaña y de la zona subtro-

pical. El paisano de las «llanuras secas» del interior tenía otra sangre, en mucha mayor proporción mezclada con la de diversas razas indígenas, y otras costumbres y medios de vida. Era *tropero;* no se dedicaba a la ganadería, sino a la industria de transporte, con recuas de mulas o con carretas tiradas por bueyes. A causa de los accidentes del terreno, opuestos a la configuración geográfica de las pampas litorales, creó con el andar del tiempo la guerra de *montoneras*, contra el español, muy distinta de la guerra gaucha, que lo fué de desierto y campamento, contra el indio. El gaucho ha sido, por lo tanto, un tipo local y transitorio. No obsta ello a su trascendencia en la historia patria, pues superaba, por razones de raza, de espíritu y de clima, a los demás criollos, y ocupó las regiones más dilatadas y favorables del país.

Era fuerte y hermoso por su complexión física; cetrino de piel, tostado por la intemperie; mediano y poco erguido de estatura; enjuto de rostro como un místico; recio y sarmentoso de músculos por los continuos y rudos ejercicios; agudo en la mirada de sus ojos negros, habituados a sondar las perspectivas del desierto. Su temperamento se había hecho nervobilioso, por la alimentación carnívora y el género de vida. Si sobre su corcel era como un centauro, a pie, por la misma costumbre de vivir desde niño cabalgando a través de inconmensurables distancias, resultaba de figura un tanto deslucida, ligeramente agobiado de espaldas y combado de piernas. Por sus facciones correctas, sus sedosos cabellos y barba, y sobre todo por la gracia emoliente de sus mujeres, recordaba al árabe transplantado a las orillas del Betis.

II. VIDA Y COSTUMBRES DEL GAUCHO

Entregóse el gaucho al pastoreo, su medio de subsistencia; pero en una forma peculiar, distinta de las hasta entonces conocidas. La inmensidad de los rebaños caballares y vacunos dispersos en estado silvestre y su fácil

propagación sin los cuidados del hombre, dieron a esta industria, en las pampas, un carácter que participaba del de la caza. El gaucho dividía sus faenas entre el apresamiento del ganado salvaje y su domesticación a campo raso. En cambio, desdeñaba la agricultura, que apenas conocía. Su estirpe guerrera, su alimentación substanciosa, la fuerza y destreza que necesitaba para explotar su ganadería, la soledad de las llanuras donde moraba libremente, sin sujeción a autoridad alguna, así como sus repetidas luchas para defenderse de las incursiones de la indiada, en unas fronteras movibles que le circundaban por doquiera, le templaron el cuerpo y el alma. No en vano deriva su nombre, según una etimología probable — por la «inversión silábica apellidada metátesis, y por la acentuación y preeminencia de la vocal fuerte» —, de la voz quichúa *guacho*, que significa huérfano, sin padres conocidos, abandonado, errante. Confirma esta hipótesis filológica el hecho de que, hasta tiempos recientes, se consideraba dicterio en la campaña el epíteto de «gaucho».

Felizmente era dueño de fuerzas y energías para sobreponerse a su orfandad y aislamiento. En toda la época colonial y hasta el último tercio del siglo XIX, cazador de ganado bravío, domador de potros, capataz y peón de *rodeos*, y soldado y centinela de la civilización en los dominios seculares del indio, ha vivido todo una epopeya de emboscadas y sobresaltos. Como en el desierto el árabe, cuya sangre corría sin duda generosa por sus venas, tenía en las pampas, para sus luchas y vicisitudes, un aliado y compañero inseparable: su caballo.

Poseía un espíritu contemplativo y religioso. Falto de escuelas, imaginativo y analfabeto, su filosofía era simple ciencia de la vida, formulada en abundantes sentencias y refranes. Falto de iglesias, su misticismo se convertía en poéticas supersticiones de aparecidos y «luces malas». Dios y sus bienaventurados tenían para él una existencia abstracta y lejana; sólo el diablo — *Mandinga*, el *Malo*

o *Juan sin Ropa* —, asumía una realidad más concreta y asequible, mostrándose en formas varias a los mortales, para burlarlos, aterrorizarlos y perderlos.

Su vivienda era una miserable choza, a la que llamaba « rancho », construída con barro y techada con paja. Llevaba ahí una existencia individualista, de esforzada ayuda propia, sin formar comunidades domésticas ni políticas, pues no las reclamaban las condiciones de su rudimentaria economía. Aunque poseedor de rebaños, con cuyas carnes se alimentaba, no hacía fructificar sus riquezas por falta de ambiente y de aptitudes para el comercio. Vivía en la admirable sencillez de los hombres primitivos; era sobrio y hospitalario como los pastores de las églogas; llamaba « hermanos » a sus prójimos, y, bajo su techo, les brindaba el apetitoso *churrasco* con que reponían sus fuerzas. Siempre a caballo, consideraba indigno de su prestancia y señorío, y como una desventura, que algún accidente le obligase a andar a pie por las pampas, aunque fuese corto trecho. Con todo, lo prefería a montar en yegua, lo cual simbolizaba, para su espíritu simple y gallardo, la última e inconcebible miseria.

Su vida era más o menos nómada, según la localización de las aguadas y las migraciones del ganado. Como armas, y al mismo tiempo como instrumentos de trabajo, usaba las boleadoras, el lazo y el *facón*. Amarraba siempre las boleadoras y el lazo al *recado* con que ensillaba su cabalgadura, y llevaba el *facón* sujeto con un cinto de cuero, adornado a veces con monedas y herrajes de plata. Dejábase caer el cabello en ondas, casi hasta los hombros. Presumido y donjuanesco, ostentaba con infantil orgullo los bríos y *pilchas* de su *redomón* y las galas de su indumentaria. Bien decía el refrán que « al gaucho van las prendas ». En aquel medio nivelador como el de las envidiosas democracias, cada cual demostraba su superioridad en su equipo. Por lo común, al menos desde fines del siglo XVIII, el gaucho vestía poncho, *chiripá* de

paño obscuro y acaso calzoncillo de hilo desflecado; tocábase con airosa chamberga, a lo mosquetero, y calzaba *bota de potro*, con pesadas espuelas *nazarenas*. Así nos aparece su poética silueta, desvaneciéndose a uña de caballo en las lejanías de la Pampa.

Abandonado a sí mismo en el desierto, el gaucho se formó, de acuerdo con sus necesidades y con las ideas éticas traídas de España, su derecho consuetudinario, de un tipo sorprendentemente primitivo, casi salvaje. Desconocía la propiedad privada de la tierra; sólo respetaba la de la casa-habitación, con su huerto o chacra, así como la del ganado doméstico. ¡La Pampa era de todos y para todos! En los bienes muebles, identificábase la propiedad con la posesión, hasta el punto de que, cuando se extraviaba un objeto en el campo, su dueño carecía de derecho para reivindicarlo de quien lo hubiera recogido. La «cosa hallada», según la expresión corriente, significaba siempre cosa propia; si por hereditario escrúpulo de conciencia se devolvía, no era a título gratuito, sino mediante el cobro de «albricias». Por supuesto, no se sospechaba la testamentificación, y apenas se conocía el derecho hereditario. La locución «bienes de difunto», usada aún por el pueblo para significar bienes mostrencos, es indicio de que no heredaban los parientes más cercanos, sino quienes, por la mayor proximidad material, se hallaban en situación más favorable para la desordenada partija del haber sucesorio, apenas enterrado el *de cujus*. El derecho procesal y el penal se confundían con la venganza, más que de familia a familia, de individuo a individuo, en forma de batalla singular.

Distraía el gaucho sus soledades y gastaba sus energías sobrantes en algunos deportes rústicos, como las carreras, las «corridas de sortija» y el homérico juego del *pato*. Las carreras, en las que se cruzaban apuestas, lo eran de caballos *parejeros*, así llamados porque corrían de a dos, por parejas. Cada gaucho tenía el suyo, al que

cuidaba con especial atención, con cariño, casi con gratitud. Las «corridas de sortija» consistían en ensartar en un palillo que llevaba en la mano el jinete, pasando a la disparada, un anillo que pendía de un lazo. Para el juego del *pato* se dividían los gauchos en dos bandos numerosísimos. Alineábanse estos bandos, frente a frente, como para entrar en colectivo torneo o campal batalla. Un anciano lanzaba, tan alto como podía, una pelota de cuero con dos asas o manijas; dentro se encerraba un ave muerta. Quien atrapase la pelota en el aire debía sostenerla con el brazo levantado, por una de las manijas, presentando la otra a los contrincantes, que se la disputaban a «pechazos» de los caballos, no siempre dóciles. El vencedor, al quedar definitivamente dueño del trofeo, lo llevaba a un rancho, donde estaba prevenido el convite de «asado con cuero» y «tortas fritas». Preparada el ave, la presentaba a la dama de sus pensamientos. Conjeturo que el nombre del juego provenía de haberse usado primitivamente al efecto un pato salvaje, cazado vivo, cuyas alas, quebradas o rotas, hacían de asas. Luego, por razones fáciles de presumir, se utilizó la pelota de cuero, y fué substituído el pato por un pollo desplumado y limpio. Este juego, que era tal vez el más característico, cayó completamente en desuso desde mediados del siglo XIX. Por su brutalidad y lamentables consecuencias lo prohibieron las autoridades; hoy queda apenas su recuerdo. Otro de los deportes favoritos del gaucho era bolear avestruces y gamos, así como la caza de perdices con un lazo corredizo atado al extremo de una caña. Jugaba a los naipes (al truquiflor o *truco* y al monte) y a la taba. Tenía también gran afición a las riñas de gallos. Apenas probaba el alcohol, que era escaso y caro en las poquísimas pulperías dispersas en las pampas.

III. EL PAYADOR

Trovador de abolengo, el gaucho se había traído de Andalucía la guitarra, confidente de sus amores y estímu-

lo de sus donaires. Sentado sobre una calavera de vaca, bajo el alero del rancho, o bien sobre las salientes raíces de un ombú, tañía las armónicas cuerdas, para acompañar sus canciones dolientes o chispeantes, a cuyo ritmo bailaban los jóvenes. De este modo se unían en una sola manifestación, como en las culturas primitivas, las tres artes: danza, música y poesía. En la danza alternaban movimientos graciosos, casi solemnes, y alegres zapateos. En la música — *cielitos*, *vidalitas*, *tristes*, a veces no sin marcado sabor morisco — rememorábanse las melodías populares de la bendita tierra de los claveles y castañuelas. En la poesía, todo era espontaneidad y gracejo. Olvidadizo y versátil, el gaucho no poseía romances tradicionales, de esos que se perpetúan de padres a hijos, sin alterarse fundamentalmente el texto. Su característica era la improvisación, generalmente lírica, y en ocasiones picaresca. Abandonándose a la inventiva e inspiración del momento, también en lo poético, como en lo económico, vivió siempre al día.

Su costumbre de repetir poco las trovas ajenas y de olvidarlas, y su aptitud imaginativa para improvisar acompañándose con la templada guitarra, produjeron el arquetipo de la raza: ¡el *payador!* Era el profesional de la poesía y la música, el rapsoda errante que se disputaban las mozas y andaba de pago en pago luciendo su incomparable habilidad. Se le requería, se le agasajaba, se le amaba; su sola presencia implicaba una fiesta en aquellas soledades, donde casi no se conocía más género de diversiones públicas que las riñas de gallos. Maestro en su doble arte, manejaba con sin par donosura el castizo lenguaje gauchesco, conservado con ligeras modificaciones locales como lo importaron los conquistadores en el siglo XVI, aunque reduciendo desgraciadamente el vocabulario, por carencia de literatura escrita. Era fértil en imágenes, como los poetas orientales; casi no se expresaba más que con metáforas y en estilo figurado. Fácil lirismo

tenía en el fondo del alma, y el chascarrillo a flor de piel. Prolongaba inmensamente notas trémulas, vibrantes, cálidas, que se dirían nacidas, más que de humano pecho, de las entrañas mismas de la Pampa, como por evocación divina. Con tal soltura versificaba en el octosílabo de los romances viejos, barajando asonancias y consonancias, que el verso parecía su natural medio de expresión. Nadie le igualaba en inventar la cuarteta de oportunidad, con la que entablaban dos cantores, ante la rueda de público y animados por sus aplausos, la *payada de contrapunto*. Consistía ésta en una especie de torneo del ingenio; los contrincantes se proponían, el uno al otro, chungueándose, obscuros y cándidos enigmas. Al sentirse rendido por el esfuerzo de contestar en rimas y de improviso, tenía el más débil que poner punto final a la retórica contienda, terminada alguna vez en sanguinaria lid.

IV. DECADENCIA Y SIGNIFICACION DEL GAUCHO

Por su intenso amor al nativo suelo, aunque no poseyese sino confusa idea de la patria, nunca desoyó el gaucho su llamamiento. Ayudó a rechazar las invasiones inglesas, a las órdenes de Liniers. Siguió a Belgrano, a San Martín, a todos los generales de la guerra de la Independencia. Cuando las luchas de la organización nacional, formó en las huestes de los caudillos rurales que levantaban pendón y caldera. Mas, apenas organizada la república, al concluir con las resistencias del indio fronterizo, caducó su gloria. En el último tercio del siglo XIX, falto de papel en el drama de la vida, estaba como demás sobre la tierra.

La decadencia del gaucho comenzó entonces, cuando se introdujo en los campos la ficción de la democracia. El juez de paz, el comandante y el comisario le explotaban, especialmente con motivo de las parodias electorales; arreábasele a los comicios, como en rebaño. Quien se insubordinaba contra el caudillo oficialista, sufría atroz per-

seguimiento. A veces tenía que huir del pago, acosado por la jauría policial, y se entregaba a la vagancia, al cuatrerismo y al alcohol.

Agravóse esta situación con el completo cambio de la economía ambiente. No se hallaban ya vaquerías salvajes, y el abigeato se castigaba con severidad. Los campos, cuyo valor se multiplicaba de año en año, dejaron de ser yermos. Las propiedades, divididas y subdivididas, se deslindaban con cercos de alambre, impidiendo así, al gaucho fugitivo o *matrero*, correr a campo traviesa como acostumbraba, «cortar campo . Los puebleros tomaban posesión de las estancias, expulsando a los ocupadores, si carecían de títulos de dominio; si por ventura los habían adquirido, como no supieran sacar a la propiedad la renta indispensable, el Estado, agobiándolos a impuestos, los ponía en el trance de enajenarla. Poco después, el ferrocarril y el telégrafo interrumpían nuevamente la inmensidad, acortaban las distancias y transformaban los medios de transporte. Renovada la técnica, el estanciero criollo abandonaba los antiguos procedimientos, por demasiado costosos y poco fructíferos, y adoptaba herramientas europeas de trabajo, no siempre de fácil manejo. El ganado mismo se mestizaba, con ejemplares de razas selectas, traídos del extranjero; debía ahora tratárselo con otros miramientos y hasta con ciencia; no era ya como cosa sin dueño o de escaso valor, sino rica y frágil mercadería. Puesto que se estropeaban y herían las reses finas con las boleadoras y el lazo, se limitó su uso; las habilidades de que tanto se ufanaba el peón criollo llegaron a ser, más que inútiles, nocivas. Con el tiempo y para remate, la despreciada agricultura iba a ensayarse en grande escala, reduciendo las tierras destinadas a la ganadería. Por todas partes se veía la hercúlea mano de una nueva civilización, que barría la leyenda y el romanticismo de los tiempos bárbaros y heroicos.

¡Mal podía avenirse a tan nuevas e imprevistas circunstancias el gaucho, semisalvaje y seminómada! Señor

antes y dueño de la llanura y de la inagotable riqueza de sus rebaños, desdeñaba el trabajo manual, como indigno de su hidalga estirpe. Sólo a regañadientes podía obedecer a esos amos «maturrangos», afeminados por la molicie de la vida de ciudad. Resultaba hasta mediocre peón, incapaz de otra tarea que la doma varonil y el *rodeo* en campo abierto.

Hízose necesario atraer al inmigrante, que afluyó a las pampas, como a una nueva Tierra de Promisión. Más dócil y disciplinado, más adaptable y ahorrativo, aunque no tan sobrio ni valiente, iba desalojando al gaucho de las faenas rurales. Así éste, a fines del siglo XIX, eterno proscripto de la nueva civilización, si bien representante de la antigua, fué apenas una sombra de lo que había sido. Obscurecióse su alma, al paso que iba trocando algunas de sus prendas tradicionales: la *bota de potro* por la alpargata, el *chiripá* por la bombacha, las boleadoras por el arado. Solía olvidar hasta la noble vihuela, para substituirla por el plebeyo acordeón. Aunque despreciara al inmigrante, a quien apellidaba despectivamente *gringo* o *gallego*, de él aprendía el uso de la moderna técnica, agauchándole a su vez, por recíproca influencia. El mismo extranjero, encariñado con su tierra de adopción, requería a las morochas del pago para los honestos fines del matrimonio. De esta suerte se ha venido propagando el tipo vario y complejo de una nueva generación de gauchos europeizados o de europeos agauchados, que, por cierto, parecen heredar las buenas cualidades de su doble abolengo. Es el argentino del futuro y casi diría del presente... ¡Es hoy el argentino!

Aparte de contribuir a poblarla con este retoño moderno y de no escatimarle jamás el tributo de su sangre, que corrió a raudales en la defensa y como para la fecundación del suelo, el gaucho ha prestado a la República mayor servicio aun y más alto homenaje. ¡Ha sido entre nosotros el sembrador del Ideal! ¿Quién mejor que el desvalido hijo de las pampas difundió por estas tierras la

fortaleza de espíritu, la ayuda de sí mismo, el culto del valor, el principio de la lealtad, el amor a la patria?... En el lenguaje popular «ser gaucho», lo que otrora fué insulto, significa ahora ser fuerte y diestro, y «hacer una gauchada», realizar una hazaña. Por este arte, la voz de Dios, que constituye la voz del pueblo, ha proclamado al gaucho modelo de energía y de nobleza.

No obstante tales méritos, acaso exagerados por el patriotismo y la literatura, fuerza es confesar que no todo ha sido gloria en su carácter. Cada cual tiene los defectos correspondientes a sus virtudes. Descrito el anverso de esta medalla antigua, veamos el reverso. La arrogancia del gaucho fué también ánimo de venganza; el espíritu de contemplación, incuria e ineptitud para el trabajo metódico y el ahorro. Vengativo como el corso, al sentirse ofendido en sus derechos, no paraba hasta matar o ser muerto. Fatalista como el árabe, cuando no pudo ya competir con el moderno industrialismo, dejóse vencer por vicios tabernarios, hasta acabar condenado a servir en los ejércitos de las fronteras y a consumirse en las cárceles. A pesar de todo, se conservó siempre relativamente verídico, y nunca fué por idiosincrasia ladrón. El cuatrerismo, hijo más de la necesidad que de la codicia, no contradecía su honradez, pues el ganado, según la tradición del país, era como *res nullius*, cuando silvestre, y, cuando doméstico, artículo tan abundoso y de reducido valor que se brindaba al peregrino. He ahí, en esas condiciones de veracidad y probidad, una prueba psicológica, si fuera necesaria, del escaso entroncamiento del gaucho con el indio, dado que éste jamás cumplió su palabra ni respetó la propiedad ajena.

Y es fuerza confesar también, con los defectos del gaucho, que, no obstante el patriotismo y la literatura, el pueblo culto no parece hoy apreciarle en todo lo que merece. Convencionalmente, no diré que le admira como en tiempo de Echeverría, apenas le tolera; supónele potencia de retroceso y barbarie, de pereza y ferocidad... Es que

se confunden las cualidades con sus correspondientes defectos, y las épocas y los sujetos. Desconociendo lo que fué el gaucho auténtico, el histórico, el héroe de las pampas, se da ahora este nombre, más que al legítimo producto de su mezcla con el inmigrante, a ciertos espurios imitadores, como el *compadrito* arrabalero y el matón de pulpería, que, so color de gauchismo, ignoran las virtudes de su pretérita grandeza para imitar los vicios de su presente decadencia... ¡Hora es de reaccionar contra tan injusta impresión! Precisamente, para destruir la caricatura abominable, ¿no será el medio más eficiente conocer y honrar al original?... El gaucho ha muerto. No pudiendo sobrevivir a las nuevas condiciones ambientes, no pudiendo sobrevivirse a sí mismo, el gaucho ha muerto. No es ya más que un símbolo. Pero sus manes, por lo que antes encarnó su persona y hoy debe representar su recuerdo, no podrán menos de sernos propicios. Acaso su sombra vela sobre nosotros.

III. EN EL INTERIOR

104. El país de las colonias.

I. EL PAIS

Las cinco mil leguas cuadradas que ocupa hoy la provincia de Santa Fe — dos veces el tamaño de la Grecia — teóricamente debían constituir una de las regiones más aptas para la vida humana: setecientos kilómetros de costa sobre el Paraná, abundante en pesca y navegable siempre; dos grandes fajas regadas por el Salado y el Carcarañá; espesos bosques en la región del Norte; agua potable por doquier, a ocho o diez metros de la superficie; capa de tierra vegetal de muchos centímetros de espesor; falta de rocas, de arenales y de salinas; temperatura templada; ausencia de paludismo o de fiebres endémicas. Representa, sin duda, un problema interesante y digno de estudio, el hecho de que tal territorio permaneciera casi despoblado, no sólo cuando

los indios lo ocupaban, sino también durante los tres siglos que subsiguieron a la llegada de los europeos.

Un examen atento permite comprobar que en ese país fértil, llano y extenso, la Naturaleza, abandonada a sí misma, no ofrecía facilidades para la vida. Los bosques inmensos, frecuentados por animales feroces, carecían de árboles frutales: en medio de la lujuriosa vegetación, el indio moría de hambre si no acumulaba en el momento oportuno las coriáceas vainas del algarrobo. Siglos de observación y de miseria no le permitieron sacar del monte más alimento que la harina de esas vainas *(patay)*, el zumo de algunas otras plantas, el agua sucia conservada entre las hojas del *caraguatá* y la miel de las avispas silvestres.

No vivía en toda la región un animal domesticable que pudiera producir leche, arrastrar un arado o un carro, o soportar un jinete No había en ella metales ni piedras; de modo que fué necesario fabricar con madera las armas y los utensilios. El barro, el cuero y el hueso suministraron los restantes elementos de construcción, haciendo casi imposible la tarea de preparar la tierra y cavar pozos.

La uniformidad de la llanura, excelente para las modernas máquinas agrícolas, motivaba espantosas sequías al borde mismo de los grandes ríos, destruyendo periódicamente la fauna y la flora. Mientras llegaba la idea humana de fabricar molinos y elevar así el agua del subsuelo, el viento sólo sirvió para dificultar la vida, resecando la superficie y marchitando las hojas. Al Sur del Carcarañá, allí donde las barrancas del Paraná no prestaron su abrigo, sólo un árbol pudo sostenerse; y este árbol, escasísimo, el ombú, que no daba fruta ni producía leña utilizable, apenas si sirvió como punto de referencia, como accidente geográfico de la desolada llanura, antiguo lecho del mar. Imposible conseguir sobre ella un tronco para hacer fuego.

Llovía con frecuencia; pero así y todo la sequía era inevitable. El sol, hiriendo la tierra durante el día, evaporaba la humedad, favorecido por el viento; y los vapores

emitidos no podían condensarse de noche, porque a esa hora irradiando la tierra el calor absorbido, rarificaba la atmósfera.

El Paraná suministraba peces en abundancia; pero ante la falta de metales y de las herramientas correspondientes, los indios no podían navegarlo sino en troncos horadados a fuego, o en recipientes de cuero. Regar con él no era posible, por la misma falta de herramientas en primer término, y porque de un extremo a otro de los setecientos kilómetros de la costa santafecina, la diferencia del nivel del agua no llegaba — ni llega — a un metro por cada tres leguas. A estas dificultades debe agregarse otra más seria aun: periódicamente, el río se desbordaba de octubre a marzo, en todos aquellos sitios en que la barranca no fuese superior a dos metros; y tal desborde inutilizaba — e inutiliza aún hoy — inmensas zonas de terreno. De tarde en tarde, terribles crecientes extraordinarias, elevando cinco y seis metros el nivel de las aguas, cubrían las islas barriéndolas durante meses, con una furiosa corriente de tres y cuatro millas por hora, y arrancando enormes masas de plantas, sobre las que se refugiaba la fauna salvaje de la región: caimanes, serpientes, venados, jaguares a veces.

Abierta la llanura a todos los rumbos, fué característica de su clima depender en gran parte de los vientos reinantes. Soplando el Sur, temperatura baja; soplando el Norte, temperatura alta. De aquí, heladas en primavera, calor en invierno, instabilidad siempre.

La falta de montañas debía teóricamente facilitar el transporte; pero ni había animales que lo hicieran, ni el suelo, falto de consistencia, resistía pesos considerables: la menor lluvia dejaba intransitables unos senderos que no era posible pavimentar por la carencia de piedra.

Desde el Carcarañá al Norte, empezaba la vegetación natural a elevarse con infinitas precauciones contra el viento, contra los mamíferos, contra los insectos y contra

las aves. Por entre los pastos, duros como cerdas, pululaban animalitos provistos de gruesas corazas córneas, contrastando singularmente con los ágiles avestruces y las esbeltas gamas. Arbustos chatos y recios, con hojas pequeñísimas rodeadas de monstruosas espinas, donde los guanacos dejaban jirones de su lana, alzábanse retorcidos y achaparrados como esos productos exóticos que artificialmente produce la fantasía japonesa. Al amparo del matorral, la vegetación se iba elevando cada vez mayor, cada vez más firme contra el viento, conservando cada vez más humedad bajo las copas, hasta que, vencido el enemigo, las espinas empezaban a desaparecer y el bosque lujurioso del Chaco entrelazaba su espesísimo ramaje.

Dos plagas bien temibles agregábanse para esterilizar el esfuerzo del hombre: las hormigas, habitantes permanentes del territorio, y las langostas, que en nubes devastadoras bajaban a depositar sus huevos, desde los bosques del trópico. Toda agricultura permanente fracasaba ante ellas.

II. LA POBLACIÓN INDÍGENA Y LA COLONIZACIÓN ESPAÑOLA

Este era el país. Libradas a sí mismas las tribus indias que miserablemente erraban sobre el territorio, ningún problema hubiesen resuelto. La Naturaleza, terrible, aplastadora, cerníase sobre ellas, matando toda iniciativa con la desolación de su pobreza. Forzoso era que alguien trajese ganados, metales, herramientas, ideas; y este alguien apareció en las llanuras santafecinas durante el siglo XVI, en forma de aventureros europeos a quienes la fiebre de riquezas lanzaba ciegamente a uno de los muchos lugares de la América donde era imposible enriquecerse con rapidez.

Apenas instalados, la Naturaleza volvióse contra ellos, langostas y sequías, heladas e inundaciones comenzaron a imprimir su recuerdo doloroso sobre aquellos soñadores rapaces, dispersos por entre los campos duros y los montes

salvajes. Y así, aferrados a su esperanza, fueron viviendo lentamente sobre la inhospitalaria región varias generaciones, fatigándose ante la pérdida de una cosecha, y otra, y otra más, y ante la evidencia de que en diez, de que en doce años seguidos, hubiese sido imposible extraer una sola bolsa de trigo de la llanura inmensa y áspera. Cuando en los años buenos obteníase cosecha exuberante, fuerza era que esta cosecha se vendiese a bajo precio, dada la imposibilidad de llevarla a vender a otros países. Las guerras gloriosas, los corsarios gloriosos, transformaban en fácil presa de la rapiña internacional a aquellos cargamentos que de tarde en tarde podían ser lanzados al través del océano, después de conseguirse con mil trabajos el carro que llevase la mercadería a puerto, el pequeño buque de vela que la transportase y el permiso real que concediera a los hombres el derecho de gozar el fruto de sus sudores. De padres a hijos, de hijos a nietos, se fué transmitiendo la desesperada convicción de que eternamente había de ser inseguro el esfuerzo de los hombres dedicados a labrar la tierra, y de que eternamente habían de ocultarse el desierto y la miseria detrás de cualquier accidente meteorológico. Poco a poco, abrumados por la realidad, los herederos de aquellos colonizadores audaces del siglo XVI tornáronse gauchos indolentes que se olvidaron de comer pan, y que, de fatalismo en fatalismo, fueron limitando su calidad de hombres civilizados, a vivir en chozas de barro, sin muebles, sin piso, sin tabiques, sin chimeneas siquiera para dar salida al humo; a nutrirse de vacas que se cuidaban solas, y a chupar en calabazas silvestres una infusión de yerba, amarga, porque no había azúcar.

III. LA COLONIZACIÓN ARGENTINA

Un tercer esfuerzo, realizado en la segunda mitad del siglo XIX, llevó en sí la consoladora demostración de que es la lucha diaria, la lucha obscura e inteligente de los

hombres que a través de la distancia se alientan y se ayudan, lo que mejora la vida, con más eficacia que el sangriento relampagueo de las batallas.

No fué una intervención mágica, no un simple genio benéfico, quien transformó en espigas de maíz y de trigo a los recios pastos y quien edificó ciudades habitables con el polvo reseco de las pampas. Fueron dolores humanos, ideas de varias generaciones, esfuerzos colectivos de millares de seres, quienes con telégrafos y ferrocarriles y buques de vapor mataron al desierto y suprimieron al océano. Fueron oleadas de sudor humano las que arrancaron de cuajo al pasto *puna*, hundieron en la tierra los arados y manejaron sobre la llanura los miles de trilladoras a vapor que hoy espolvorean de oro los campos que otrora hollaran estérilmente los jinetes de Viamonte y de Lavalle. Fueron cerebros torturados quienes vieron en la alfalfa a la planta que, alcanzando con sus raíces las aguas del subsuelo, había de vivir sobre la superficie desprovista de humedad. Otras ideas, otros dolores más, y surgieron alambrados y molinos y arboledas y galpones, uniendo a todos los pobladores del planeta en la empresa de redimir al desierto.

Y si aun no está vencido el enemigo; si aun los labradores santafecinos escudriñan con angustia el horizonte en espera de las nubes que significarán lluvia; si aun las langostas heridas por el sol marcan con sus alas puntos luminosos en el espacio; si aun el río inunda y las heladas destruyen, podemos ya confiar en que esos males difícilmente alcanzarán a un tiempo a todo el territorio, a todos los plantíos y a todos los ganados. Con el millón o millones de toneladas de trigo que produce un año bueno y que se almacenan a lo largo de los puertos en líneas de colinas huecas, es posible ya esperar tranquilamente los años malos; praderas y arroyos artificiales defienden a los ganados; ejércitos de máquinas esperan órdenes para ayudar al hombre, y los varios cientos de miles de habitan-

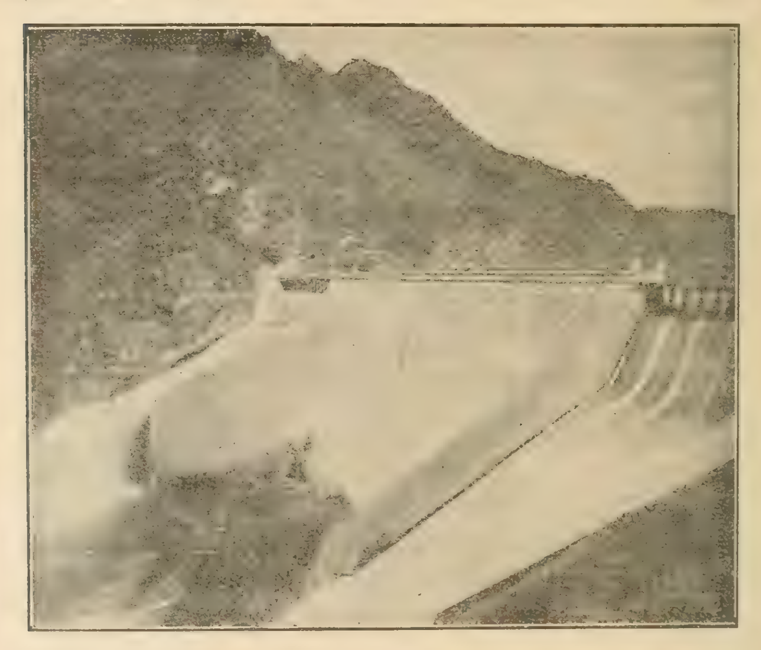
tes pueden ya jactarse de que, sobre la Pampa domada, han dejado de imperar sin contralor, los insectos y los vientos que en otro tiempo fueron sus señores absolutos.

JUAN ALVAREZ.

105. Las sierras de Córdoba

Situada entre la llanura del Este y del Sur, y las Salinas Grandes y los terrenos pantanosos de la laguna de los Porongos y de la Mar Chiquita, hállase la famosa región de las sierras de Córdoba, que abarca una ancha zona al Noroeste de la provincia. El aspecto general de estas sierras es característico. Separadas por cortos valles, sucédense en interminable serie de cerros de escasa altura, vestidos de abundante verde y engalanados por arbustos y árboles generalmente espinosos. Aunque la Naturaleza no sea propiamente magnífica, el paisaje es variado y risueño. Por las hondonadas, a la sombra de algarrobos, talas, chañares, churquis, aguaribáis y otros árboles y arbustos, profusos arroyuelos serpentean en su lecho de cantos rodados. Sus aguas, saltando de piedra en piedra y de valle en valle, son rápidas y cristalinas. Por lo común pueden transponerse a pie, sin necesidad de puentes, y sin mojarse el calzado siquiera; basta buscar un paso de piedras, o improvisarlo, colocándolas oportunamente a cortas distancias, sobre el lecho del arroyo y aun del pequeño río. En épocas de lluvia, el hilo de agua se convierte en torrente, que forma acá y allá rumorosas cascadas, abriéndose paso entre las piedras cubiertas de musgo. Por su poca profundidad y corriente vertiginosa, esos límpidos caudales carecen generalmente de peces. Con frecuencia se sumen parcial o totalmente en la tierra y desaparecen, para reaparecer, después de breve trayecto subterráneo, bajo las piedras, en un manantial, un « ojo de agua », un filtro de la Naturaleza, del que brota la linfa aun más fresca y pura. En ciertos sitios, la industria humana ha

colocado represas, formando grandes tanques llamados «tajamares», que sirven para el riego y conservan siempre agua suficiente para abrevar el ganado. A veces se desbordan; su nombre resulta gráfico y exacto en épocas de grandes lluvias, pues entonces atajan y represan un verdadero mar de agua dulce, un torrente que arrastra troncos y grandes piedras de la montaña. Pululan en sus tranquilas aguas las «mojarritas» y algunas veces también las angui-



las; la trucha y la carpa europea se propagan allí rápidamente y ofrecen excelente pesca. De trecho en trecho, esos lagos salpican el panorama de las sierras como espejos engarzados en marcos de esmalte.

Además de los múltiples arroyos, cursan la región algunos ríos caudalosos, aunque no navegables. Entre ellos está el Primero, que atraviesa la ciudad de Córdoba. Sus aguas son represadas, en los tiempos de creciente, por el dique San Roque, el mayor de América, obra tan magna

como útil, con capacidad de 260.000.000 de metros cúbicos. Forma entre dos montañas un inmenso lago artificial que riega y surte la región circundante, hasta la misma ciudad, corriendo a través de numerosos acueductos. Esta forma de riego por medio de diques, represas y tajamares fertiliza los campos secos y arenosos, y los convierte en deleitosas quintas, entrecruzadas por una red de oportunas acequias.

Entre la maleza de las sierras, la caza abunda. Hállanse la delicada perdiz montañesa, la tierna paloma del monte, la rápida liebre europea, el avestruz americano, más veloz aun que la liebre, y hasta el arisco guanaco y el puma feroz. Pelo y pluma, indefensos animales y fieras peligrosas, el cazador encuentra siempre buenas piezas. La excursión cinegética, que da ocasión para contemplar las accidentadas perspectivas del paisaje, resulta tan provechosa como agradable. La Naturaleza, en un clima seco y templado, ofrece sus pródigos dones y brinda al hombre un bello albergue donde recrearse y reponer sus fuerzas, desgastadas en la vida febril de las ciudades.

Aunque la temperatura es generalmente benigna, suele sentirse el frío de las madrugadas de invierno en los sitios altos, como Cosquín, Capilla del Monte y la Falda; en los menos altos, ya que no bajos, como Calera, Totoral y Alta Gracia, incomoda a veces el sol meridiano del estío. Constituyen así, éstos, excelentes estaciones climatológicas invernales, y aquéllos, encantadores puntos de veraneo. De toda la República y en todas las estaciones afluye a las sierras de Córdoba, gente que viene a reponer su salud, a descansar o a distraerse. En el verano es considerable la concurrencia de Buenos Aires, Rosario y Tucumán. Las sierras representan un punto de cita y de *turismo*. Si se llama a las plazas públicas, en las grandes poblaciones, los « pulmones de la ciudad », las sierras de Córdoba podían apellidarse los « pulmones de la República ». Allí se va, según una expresión corriente, a « al-

macenar oxígeno», el vivificante gas que alimenta y estimula nuestro organismo. Las sierras de Córdoba son algo, pues, como el «almacén de oxígeno» de los argentinos. Para que sirvan a tal efecto se levantan en sus sitios más pintorescos y sanos, modestas y graciosas casitas de recreo, quintas hermosísimas, amplios y lujosos hoteles modernos.

Como por influencia del medio ambiente, la vida social en las sierras de Córdoba pierde sus severas etiquetas urbanas, se facilita y simplifica. La gente es allí más comunicativa y hasta se diría que más tierna y sensible. El conocimiento se hace pronto; la conversación se anima espontáneamente; en pocos días se traban duraderas amistades. Sin temor a los óbices de la maledicencia, depónese el pomposo formulismo del mundo elegante, como si se estuviera «en familia». El trato adquiere algo del dulce perfume de las flores silvestres y de la arcádica franqueza de las edades patriarcales. Nunca faltan puntos cercanos donde realizar animadas cabalgatas y suculentas meriendas. En trajes campestres, sin que se sueñe en deslumbrar por la fantasía de la modista o por la corrección del sastre, buscando cada uno su comodidad más que la elegancia, repítense los paseos a los parajes cercanos. Los días se deslizan, y nadie se acuerda de consultar el almanaque; el tiempo transcurre como en un idilio. Olvidadas las ingratas preocupaciones de las tareas profesionales, acallados los pequeños resquemores de la aristocrática vanidad, dormidos los sentimientos de la emulación y de las rivalidades, hombres y mujeres, viejos y jóvenes, pobres y ricos, todos parecen disfrutar de sus vacaciones escolares; se sienten otra vez niños. La férula del maestro y el rigor de la disciplina, las luchas de la riqueza, la preeminencia o la gloria, el mundo, en fin, está lejos, muy lejos, oculto tras la recortada línea azul del horizonte, más allá de las sierras de Córdoba.

106. La sierra puntana.

La «sierra puntana» constituye, en la provincia de San Luis, un sistema orográfico característico, con muchas ramificaciones, que se extienden en una vasta zona, formando cumbres de 2.000 metros de altura, elevadas mesetas, grandes valles y gargantas profundas, por donde corren arroyos de aguas cristalinas y murmurantes. Por todas partes, una rica vegetación se escalona en lentas gradaciones, desde la llanura, con sus bosques de caldén, algarrobo y tala; en las faldas, con el molle, el retamo y el coco, y, en las altiplanicies, con sus hierbas fragantes, las gramíneas y las flores más variadas. Sobre aquel paisaje se pueden admirar todas las tonalidades de la luz con sus reflejos brillantes en la cristalizaciones del cuarzo y de la mica.

Dan vida al espléndido escenario el canto de la calandria y el zorzal en la enramada de sus frondas; el zumbar de la abeja en busca de la materia prima para su insuperable laboratorio, mientras se ciernen en el espacio el águila y el cóndor de las regiones andinas. Majadas de cabras van al asalto de los tiernos cogollos, escalando las alturas más escabrosas, y a lo lejos repercuten el eco de sus balidos o los gritos de los pastores para devolverlas al redil, antes que al amparo de la sombra caiga sobre ellas la garra del puma, oculto en los senos de las montañas. El ganado mayor pace tranquilo. No así el perseguido guanaco, que tiene en sus pies la ligereza del ala cuando presiente el peligro cercano.

Abundantes vertientes se escurren como hilos de agua, entre el berro, la hierbamota y la zarza, cuyas propiedades medicinales adquieren antes de ir a fecundar los campos vecinos. También la enorme masa granítica guarda en sus entrañas veneros de oro, plata, cobre, hierro, plomo; depósitos de alumbre, yeso, caolín, y los yacimientos de

sus mármoles esmeralda que invitan al artífice a cincelar la obra de arte. El oro se ha explotado desde la época colonial, encontrándose como clavos incrustados en las vetas o en pepitas en los riñones aislados, verdaderos «placeres» por su riqueza. Después de las lluvias aparecen por doquiera sembrados los granos de oro: en las arenas de las corrientes que bajan de los cerros de la Carolina, y otros quedan en descubierto aprisionados en las raíces de las gramíneas, como si éstas también codiciaran el precioso metal. Y en esta Naturaleza privilegiada por sus agrestes bellezas se goza de un clima sano y de un cielo límpido, nítido como un cristal ligeramente azulado, donde brillan los astros en las noches serenas, con todo su esplendor.

Bajo ese cielo y al pie de la sierra, donde ésta termina en forma de una «punta» granítica, para dar paso al valle longitudinal del Chorrillo, está situada la ciudad de San Luis. La modesta población tiene, como muchas, todos los elementos de cultura, merced a la munificencia del gobierno nacional y a sus propios esfuerzos; pero no ofrece más rasgo característico que su ubicación, en uno de los sitios más pintorescos del país. A medida que se asciende la pendiente hacia la sierra — que la provincia ostenta como un emblema de su escudo —, se domina un amplio horizonte limitado al Oeste por el cordón del Pencaso, sobre el cual aparecen aún las cumbres más elevadas de los Andes. Dentro del vasto cuadro se percibe la superficie plateada de las aguas del lago Bebedero y la faja blanquecina de la gran cañada del Balde, especie de lecho desecado de un mar interno, con su prolongación al Norte, y entre estos claros del paisaje divísanse las manchas ondulantes de la vegetación regional.

La parte Este de la ciudad es la más interesante. Allí se encuentran el dique del Chorrillo, con su grueso muro y su torreón medioeval donde se guarda la maquinaria hidráulica; las canteras de granito, las alamedas frondosas, las fuentes

naturales que van a aumentar los depósitos de las galerías filtrantes para dotar de agua a la ciudad, y el hermoso lugar « Aguadita de Pueyrredón », así llamado en recuerdo de la estada, como proscripto, del ilustre patricio. En este lugar se conserva todavía, con mcuhos retoños vigorosos, el ombú que llevó desde Buenos Aires el general Pueyrredón, y que es como un símbolo de su gloria, pues ni el fuego ni el huracán tienen poder para destruirlo. Algo más allá, trasmontando la sierra, se ve el valle de Las Chacras, donde el general San Martín organizó las bizarras legiones puntanas que con Pringles, Pedernera y otros valientes ilustraron el nombre argentino en la lucha homérica por la libertad.

En aquellos sitios tan pintorescos como sanos comienzan a levantarse mansiones de recreo. Un día no lejano se construirán allí grandes sanatorios, pues se respira un aire seco y la brisa de la altura trae, con los perfumes silvestres, manantiales de oxígeno que dilatan los pulmones y estimulan el mecanismo de la respiración. Y es grato pensar que toda aquella región hermosa, rica y saludable, es también un pedazo de la patria que conserva vivas las tradiciones de nuestro pasado glorioso.

Juan W Gez.

107. Los bosques de Santiago del Estero.

Al entrar en la provincia de Santiago del Estero por cualquiera de los caminos que cruzan los confines del Oeste, la Naturaleza se nos presenta ostentando su vistoso ropaje, periódicamente renovado por el lujo de sus primaveras. Gigantes vegetales que han resistido el empuje de un siglo y se yerguen impertérritos dominando el escenario; quebrachos colorados, que desafían las intemperancias del clima; quebrachos blancos, algarrobos, mistoles, chañares, breas, talas y muchos más árboles forman el tupido bosque. Otras plantas menores, casi todas ar-

madas de espinas insidiosas, allegándose a los troncos más robustos, confundiéndose, enredándose, agolpándose en la penumbra formada por la copa de los mayores en edad y preponderantes por su naturaleza, ocultan casi por completo la superficie del terreno. En vano pretende penetrar la mirada en el interior de aquella masa de vegetación exuberante: el lugar lo substrae todo a la ligera curiosidad del viajero. De vez en cuando se nota un claro, un camino que serpentea y se pierde en la selva llena de misterio: este claro revela el trabajo de un hombre, de un labrador sin pretensiones, que ha dominado el monte con bien asestados golpes de su hacha. Tal vez el camino compendia las fatigas de algún «puestero» (criador de ganado en pequeña escala) que penetró en busca de un animal perdido; tal vez revela las peripecias de un poblador que se ha perdido buscando un animal.

Otras variaciones, a más de las que se deben a la acción del trabajo, se notan en el aspecto general de los bosques santiagueños. En donde el terreno se hunde formando bajos y prolongándose en cañadas, el monte se manifiesta macizo, obscuro, impenetrable, y la vegetación de las plantas inferiores se desarrolla vigorosa en la frescura del ambiente. En otros puntos llanos o poco elevados encuéntrase los quebrachos blancos, distantes uno de otro; dejan vacíos notables entre sí y permiten ver el suelo desnudo, más arenoso y seco, salpicado de cactos que se arrastran recorriendo tortuosamente un trecho de pocos metros. Partes hay completamente desvestidas, sin más plantas que algún algarrobo que fué siempre pequeño, exentas de la molestia de los arbustos espinosos y de los *quimiles*. Son las excepciones del bosque, los oasis para el ganado, que halla en ellos un pasto abundante, restaurador de su fuerza diezmada y puesta a prueba. Los pobladores designan con el nombre de *abras* esos puntos privilegiados, que ofrecen un aliciente recomendable con su *aire* generoso, una especie de pasto tupidí-

simo, corto, fino, buscado especialmente por las mulas, que tanto abundan y tanta suma de trabajo representan en la provincia de Santiago.

De vez en cuando, siguiendo un camino vecinal, el viajero nota mayor claridad en el bosque, ve más distantes los árboles el uno del otro, observa los rayos del sol que penetran en forma de desiguales figuras hasta extenderse en el suelo como piezas de lienzo. Las múltiples plantas menores se hacen más raras. Empiezan a mostrarse agrupaciones de plantas no vistas aún: arbustos jorobados, raquíticos, que se defienden con un verdadero arsenal de espinas largas, gruesas y de una consistencia que les permitiría penetrar en la madera. Se asoman los cactos que se arrastran en el suelo en conjunto con otro arbusto, cuyas hojas hinchadas, jugosas, con el color de la ceniza, constituyen una abierta contradicción con la poesía vegetal; son éstos los *jume,* que crecen enredándose entre sí. De su combinación resulta un montón de ramitos casi redondo, que evoca la idea de una isla en medio de aquel terreno llano, cubierto de un polvo blanco, una florescencia salina, llamada por los habitantes con su verdadero nombre de «salitre». Allí la vegetación se muestra difícil, anémica, sin desarrollo. El terreno asume el aspecto de un manchón completamente blanco, con un sobrio adorno de fajas menos ingratas de verdes hierbales. A medida que se avanza hacia el Sur aumentan tales manchones, hasta que se llega a las Salinas Grandes y a las saladas lagunas de los Porongos, cuya esterilidad y monotonía contrasta como para hacer resaltar mejor la riqueza y hermosura de los bosques del Norte.

según Lorenzo Fazio

108. Tucumán.

(Fragmento del poema *Avellaneda*).

¿Conocéis esa tierra bendecida
por la fecunda mano del Creador,
de cuyo virgen suelo sin medida
fluye, como el aroma de la flor,
la balsámica esencia de la vida,
y se palpa su espíritu y su aliento
en la tierra, en la atmósfera, en el viento,
en el cielo, en la luz, en la hermosura
de su varia y magnífica natura?
Tierra de los naranjos y las flores,
de las selvas y pájaros cantores,
que el Inca poseyera, hermosa joya
de su corona regia, donde crece
el camote y la rica chirimoya
y el naranjo sin cesar florece
entre bosques de mirtos y de aromas,
brindando al gusto las doradas pomas.

...Tierra de promisión y de renombre,
engendra en sus entrañas virginales
cuanto apetece y necesita el hombre
para vivir feliz — en animales,
en frutas y productos tropicales,
en colosal vegetación. — En vano
el adusto verano
la quema con su sol; el Aconquija
que entre las nubes fija
la nevada cerviz, de sus raudales
el tesoro derrama y la fecunda,
la baña con sus frígidos alientos,
y sus campos sedientos
de fresca lluvia y de vigor inunda;

entonce ella, de lumbre
y de brillantes galas revestida,
bajo la azul techumbre
cual magnífico templo se presenta
del infinito Ser que le dió vida
y su eternal espíritu alimenta.
¡Cuán bella entonces es al pensamiento!
¡cuánto inspira de luz y arrobamiento!
¡cuánto de eterna nutrición florece!
La mirada de Dios bañar parece
sus selvas virginales y sus montes,
sus campiñas y claros horizontes,
y transformar con su inefable hechizo
aquella tierra en otro paraíso,
paraíso de gloria y esperanza,
de pura, inagotable bienandanza.

(Abreviado). ESTEBAN ECHEVERRÍA

109. Panorama de Tucumán.

En una mañana de primavera, antes que el cielo se nuble, como casi siempre sucede en verano, o esté la atmósfera empañada por el polvo y humo que se levantan de los ingenios durante el invierno, si se gira la vista en contorno, desde un mirador elevado de la ciudad, se tiene un panorama característico y casi completo de la pequeña provincia. La vasta llanura del naciente se despliega hasta los confines del horizonte, fragmentada con bosques y campos de caña de azúcar, de cuyo centro emergen los ingenios. El río Salí retuerce sus meandros, que llevan la vida a toda la región, como la arteria aorta de aquel organismo. El Norte y el Sur son bosques y sembradíos. Al Oeste, la cumbre nevosa del Aconquija se levanta por sobre el grupo alegre de las primeras colinas como un anciano rodeado de niños. Las laderas, con sus repliegues llenos de nieve, espejean al sol naciente, a manera de un

cambiante moaré. Sobre los picos más agudos, algunos cirros se elevan, desflecados por los agudos dientes de la sierra. Las hileras de montañas, por rango de altura, llenan todo el Poniente, bajando hacia el Norte para volver a subir después. El cerro Bayo toma un tinte opalino a esta hora de rejuvenecimiento universal. La última ramificación o cerro de San Javier, la más vecina a la ciudad, extiende su falda de color verde obscuro, a la que las copas apiñadas prestan de lejos una contextura granujienta. De trecho en trecho se destaca una mancha clara, como una escama caída de la envoltura terrestre: es un *derrumbe*. La base de la montaña se confunde con la llanura; es un mar de verdura con algunos blancos islotes de población. Más cerca, ya se alcanza a distinguir los árboles por sus follajes: las copas esféricas de los naranjos, salpicadas de puntos de oro, se desbordan de las quintas; los sauces columpian su lacia y desmayada cabellera. Un gigantesco pacará se alza como una torre de follaje. Rebalsan de los patios los anchos abanicos de los bananeros, los locos arabescos de las madreselvas y jazmines. Una nota severa, no obstante, en ese concierto de matices alegres: acá y allá, un eucalipto levanta su frente lívida, que parece descolorida por las emanaciones febricientes quitadas a la tierra; es un árbol de hospital o lazareto, con su follaje cobrizo y su tronco escamoso. Pero se oculta detrás de los miradores, las torres, las cornisas de las azoteas, que proyectan violentamente su color deslumbrante sobre el fondo verde, con ese mal gusto risueño de los países del sol. En el aire puro y delgado el tañido de las campanas llega más claro y argentino. Es el llamamiento a los afanes de la vida: la coqueta ciudad se despereza lentamente...

P. Groussac.

110. Frente al Aconquija.

Desde la mesita en que escribo, con sólo alzar los ojos veo, ahí vecino, el deleitable paisaje de la sierra cerrando el horizonte con su alto y extenso perfil sinuoso, que, como una línea garabateada con mano torpe sobre la página del cielo tucumano, se desarrolla de izquierda a derecha. Sube despacio, diríase que con dificultad y a tropezones — cayendo a veces y formando senos que resultan montuosas quebradas —, hasta que toma aliento, se alza y ensaya el dibujo de una cumbre, la de Santa Ana, que le sale borrosa, como si la pluma tuviese un pelo. Vuelve luego a caer, vacilando; pero reacciona, esta vez con más brios, y, cual si de pronto le hubiesen brotado alas, se lanza al espacio y deja, en un trazo firme y limpio, a 5.300 metros sobre nuestra soberbia, el enhiesto perfil del Aconquija estampado en el éter.

Hacia allá, en ansia de ascensión, se va la vista como polarizada, cebándose sin saciarse en aquella belleza y vida que se extiende en el delicioso valle, verdegueante y dorado por los cultivos, a mis pies mismos, donde, con sordo y continuo mugido que estremece la comarca, un colosal ingenio azucarero, como un insaciable Pantagruel, devora cañaverales día y noche. Engulle y tritura entre sus potentísimos molares una carretada de caña por minuto, o sea ochenta mil kilos por hora, esto es, dos millones de kilos por día. El épico banquete dura cuatro meses sin cesar un segundo, y luego se pasa el monstruo reposando silencioso, espatarrado al sol, como en una pesada digestión de boa, todo el resto del año.

Me atrae el grandioso Aconquija, y me seduce aquel tema del trabajo, que llena la inmensa vega de rumores, de cantos, de chirriar de rodados y engranajes, de voces de mando, de ludir de fardos, y de pitadas y resoplidos de locomotoras, que van y vienen, acarreando largos convoyes

de caña. En el vastísimo mar de los cañaverales, amarillentos por las heladas tempranas, se ve el avance de las cuadrillas de cortadores que andan, machete en mano, con un canto monótono, acostando a millares, con golpes cadenciosos, las apiñadas cañas, cuyo dulce humor salpica las caras atezadas. Brillan al sol las armas del trabajo; los carros se colman y emprenden pesadamente el camino del ingenio, se vuelcan y tornan por más; los cortadores avanzan sin cesar, y, en el manto inmenso y dorado de los cañaverales sin término visible, van agrandándose los manchones obscuros de los rastrojos. Mujeres atareadas se ven ir de un lado a otro, en las faenas domésticas, o llevando el desayuno a sus hombres. Un resuello de actividad, un vigoroso y continuo afán de trabajo se percibe; sube, como un jadeo, del inmenso valle en fiebre, sacudido por la ráfaga activa, de confín a confín. Hacia todos los rumbos del horizonte lanzan las altas chimeneas de los ingenios sus largos penachos de humo, como oriflamas del incruento combate. Cantan gallos matinales en las alegres granjas de los colonos y en las humildes chozas de los peones cañeros. Dondequiera hay un hogar, en el que pululan niños de piel cobriza; unos febricitantes, ojerosos, con el verme del chucho en la sangre; otros sanos y bien nutridos, con frecuencia pegajosos por lo dados y por la melaza que los satura. Hasta los perros de los ranchos están gordos: ¡buena señal! «Nunca llegues a posar donde veas perro flaco». Los perros cañeros saben que el que llega, sea quien sea, es bien visto en la casa, y no le ladran. Salen, olfatean, porque el perro no puede dominar el afán de saber a qué huele cualquier novedad; pero proceden amistosamente, y dicen todas esas cosas tiernas que saben expresar los perros, especialmente con la cola, echando rúbricas al aire, como si firmaran un tratado de amistad que ellos no violan jamás, porque el perro no es de aquellos que borran con el colmillo lo que han subscripto con el rabo.

Los cercados de los cañaverales, que eran de tuna, van siendo reemplazados por otros de alambre; pero, por lo general, éstos están cubiertos por tupidas y frondosas cortinas de multiflora, que durante ocho meses del año encierran en marcos encantadores los cañaverales, de un verde esmeralda. Ahora no tienen flores, por las heladas; pero sí su tupido follaje verde obscuro, que hace resaltar, como en un engarce modernista, la masa temblorosa, de color de oro muerto, de las cañas. Raro es el rancho donde no hay jazmines y diamelas en el patio, y tiestecitos de albahaca, regados con amor por las chinas laboriosas, que cuidan sus flores y sus gallinas, tienden ropas al sol, parten leña, van por agua a la acequia, ordeñan las cabras, cuya presencia útil y retozona es frecuente aun en los ranchos de peones. Las chinas, siempre que pueden, mascan caña dulce, el manjar predilecto del criollo. Son, por lo común, bastante limpias de ropa; algunas, muy aseadas, visten simplemente camisa y enagua, todo muy planchado y muy blanco. Compañeras excelentes para el jornalero de los cañaverales o el peón de los ingenios, que saborea ya la vida regular de la casa y la familia, a la hora del descanso, después de una terrible jornada bajo el fuego del cielo. El hogar está encendido y la olla hirviendo; los indiecitos y los chivos nuevos retozan en el patio, perfumado con los olores de salvia, albahaca y hierbabuena; el trabajador se lava y sonríe a su mujer amorosa y mansa; y hay allí un ambiente de conformidad y buen humor, que no es común en el hogar del obrero, cuyo descanso casi siempre es triste.

Según MANUEL BERNÁRDEZ.

111. Tipos clásicos del campo.

(Crónica de mediados del siglo XIX)

I. EL RASTREADOR

El más conspicuo de todos, el más extraordinario, es el *rastreador*. Todos los gauchos del interior son rastreadores. En llanuras tan dilatadas en donde las sendas y caminos

se cruzan en todas direcciones, y los campos en que pacen o transitan las bestias son abiertos, es preciso saber seguir las huellas de un animal, y distinguirlas de entre mil; conocer si va despacio o ligero, suelto o tirado, cargado o de vacío. Esta es una ciencia casera y popular. Una vez caía yo de un camino de encrucijada al de Buenos Aires, y el peón que me conducía echó, como de costumbre, la vista al suelo. «Aquí va, dijo luego, una mulita mora, muy buena... Esta es la tropa de don N. Zapata... Es de muy buena silla. . Va ensillada... Ha pasado ayer...» Este hombre venía de la sierra de San Luis, la tropa volvía de Buenos Aires, y hacía un año que él había visto por última vez la mulita mora cuyo rastro estaba confundido con el de toda una tropa, en un sendero de dos pies de ancho. Pues esto que parece increíble, es con todo la ciencia vulgar; éste era un peón de arria, y no un rastreador de profesión.

El rastreador es un personaje grave, circunspecto, cuyas aseveraciones hacían fe en los tribunales inferiores. La conciencia del saber que posee le da cierta dignidad reservada y misteriosa. Todos lo tratan con consideración: el pobre, porque puede hacerle mal, calumniándolo o denunciándolo; el propietario, porque su testimonio puede faltarle. Un robo se ha ejecutado durante la noche; no bien se nota, corren a buscar una pisada del ladrón, y, encontrada, se cubre con algo para que el viento no la disipe. Se llama en seguida al rastreador, que ve el rastro, y lo sigue sin mirar sino de tarde en tarde el suelo como si sus ojos vieran de relieve esta pisada, que para otro es imperceptible. Sigue el curso de las calles, atraviesa los huertos, entra en una casa, y, señalando un hombre que encuentra, dice fríamente: «¡Éste es!» El delito está probado y raro es el delincuente que resiste a esta acusación. Para él, más que para el juez, la deposición del rastreador es la evidencia misma; negarla sería ridículo, absurdo. Se somete, pues, a este testigo, que considera como el dedo de Dios que lo señala. Yo mismo he conocido a Calíbar, que ha ejercido en una pro-

vincia su oficio durante cuarenta años consecutivos. Tiene ahora cerca de ochenta años; encorvado por la edad, conserva, sin embargo, un aspecto venerable y lleno de dignidad. Cuando le hablan de su reputación fabulosa, contesta: «Ya no valgo nada, ahí están los niños»; los niños son sus hijos, que han aprendido en la escuela de tan famoso maestro. Se cuenta de él que, durante un viaje a Buenos Aires, le robaron una vez su montura de gala. Su mujer tapó el rastro con una artesa. Dos meses después Calíbar regresó, vió el rastro ya borrado e imperceptible para otros ojos, y no se habló más del caso. Año y medio después, Calíbar marchaba cabizbajo por una calle de los suburbios, entra en una casa, y encuentra su montura ennegrecida ya, y casi inutilizada por el uso. ¡Había encontrado el rastro de su raptor después de dos años! El año 1830, un reo condenado a muerte se había escapado de la cárcel. Calíbar fué encargado de buscarlo. El infeliz, previendo que sería rastreado, había tomado todas las precauciones que la imagen del cadalso le sugirió. ¡Precauciones inútiles! Acaso sólo sirvieron para perderle; porque, comprometido Calíbar en su reputación, el amor propio ofendido le hizo desempeñar con calor una tarea que perdía a un hombre, pero que probaba su maravillosa vista. El prófugo aprovechaba todas las desigualdades del suelo para no dejar huellas; cuadras enteras había marchado pisando con la punta del pie; trepábase en seguida a las murallas bajas, cruzaba un sitio, y volvía para atrás. Calíbar le seguía sin perder la pista; si le sucedía momentáneamente extraviarse, al hallarla de nuevo exclamaba: «¡Dónde te *mi-as-dir!*». Al fin llegó a una acequia de agua en los suburbios, cuya corriente había seguido aquél para burlar al rastreador... ¡Inútil! Calíbar iba por las orillas, sin inquietud, sin vacilar. Al fin se detiene, examina unas hierbas, y dice: «Por aquí ha salido, no hay rastro, ¡pero estas gotas de agua en los pastos lo indican!». Entrando en una viña, Calíbar reconoció las tapias que la rodeaban, y dijo: «Adentro está». La

partida de soldados se cansó de buscar, y volvió a dar cuenta de la inutilidad de las pesquisas. «No ha salido», fué la breve respuesta, que, sin moverse, sin proceder a nuevo examen, dió el rastreador. No había salido, en efecto, y al día siguiente fué ejecutado. En 1830, algunos presos políticos intentaban una evasión: todo estaba preparado, los auxiliares de afuera prevenidos; en el momento de efectuarla, uno dijo: «¿Y Calíbar? — ¡Cierto!, contestaron los otros, anonadados, aterrados. — ¡Calíbar!». Sus familias pudieron conseguir de Calíbar que estuviese enfermo cuatro días contados desde la evasión, y así pudo efectuarse sin inconveniente.

¿Qué misterio es este del rastreador? ¿Qué poder microscópico se desenvuelve en el órgano de la vista de estos hombres? ¡Cuán sublime criatura es la que Dios hizo a su imagen y semejanza!

II. EL BAQUIANO

Después del rastreador viene el *baquiano*, personaje eminente y que tiene en sus manos la suerte de los particulares de las provincias. El baquiano es un gaucho grave y reservado, que conoce a palmo veinte mil leguas cuadradas de llanuras, bosques y montañas; es el topógrafo más completo; es el único mapa que lleva un general para dirigir los movimientos de su campaña. El baquiano va siempre a su lado. Modesto y reservado como una tapia, está en todos los secretos de la campaña; la suerte del ejército, el éxito de una batalla, la conquista de una provincia, todo depende de él.

El baquiano es casi siempre fiel a su deber; pero no siempre el general tiene en él plena confianza. Imaginaos la posición de un jefe condenado a llevar un traidor a su lado y a pedirle los conocimientos indispensables para triunfar. Un baquiano encuentra una sendita que hace cruz con el camino que lleva: él sabe a qué aguada remota conduce; si encuentra mil, y esto sucede en un espacio

de cien leguas, él las conoce todas, sabe de dónde vienen y a dónde van. Él sabe el vado oculto que tiene un río, más arriba o más abajo del paso ordinario, y esto en cien ríos o arroyos; él conoce en las ciénagas extensas un sendero por donde pueden ser atravesados sin inconveniente, y esto en cien ciénagas distintas.

En lo más obscuro de la noche, en medio de los bosques o en las llanuras sin límites, perdidos sus compañeros, extraviados, da una vuelta en círculo de ellos, observa los árboles; si no los hay, se desmonta, se inclina a tierra, examina algunos matorrales y se orienta de la altura en que se halla; monta en seguida, y les dice para asegurarlos: «Estamos en dereceras de tal lugar, a tantas leguas de las habitaciones; el camino ha de ir al Sur»; y se dirige hacia el rumbo que señala, tranquilo, sin prisa de encontrarlo y sin responder a las objeciones que el temor o la fascinación sugiere a los otros.

Si aun esto no basta, o si se encuentra en la Pampa y la obscuridad es impenetrable, entonces arranca pastos de varios puntos, huele la raíz y la tierra, las masca, y después de repetir este procedimiento varias veces, se cerciora de la proximidad de algún lago o arroyo salado, o de agua dulce, y sale en su busca para orientarse fijamente. El general Rosas, dicen, conocía por el gusto el pasto de cada estancia del Sur de Buenos Aires.

Si el baquiano lo es de la Pampa, donde no hay caminos para atravesarla, y un pasajero le pide que lo lleve directamente a un paraje distante cincuenta leguas, el baquiano se para un momento, reconoce el horizonte, examina el suelo, clava la vista en un punto y se echa a galopar con la rectitud de una flecha, hasta que cambia de rumbo, por motivos que sólo él sabe, y, galopando día y noche, llega al lugar designado.

El baquiano anuncia también la proximidad del enemigo, esto es, a diez leguas, y el rumbo por donde se acerca, por medio del movimiento de los avestruces, de

los gamos y guanacos que huyen en cierta dirección. Cuando se aproxima, observa los polvos; y por su espesor cuenta la fuerza: «Son dos mil hombres», dice, «quinientos», «doscientos», y el jefe obra bajo este dato, que casi siempre es infalible. Si los cóndores y cuervos revolotean en un círculo del cielo, él sabrá decir si hay gente escondida, o es un campamento recientemente abandonado, o un simple animal muerto.

El baquiano conoce la distancia que hay de un lugar a otro; los días y las horas necesarias para llegar a él, y, a más, una senda extraviada e ignorada por donde se puede llegar de sorpresa y en la mitad del tiempo; así es que las partidas de montoneras emprenden sorpresas sobre pueblos que están a cincuenta leguas de distancia, y casi siempre las aciertan. ¿Creeráse exagerado? ¡No! El general Rivera, de la Banda Oriental, es un simple baquiano que conoce cada árbol que hay en toda la extension de la República del Uruguay. No la hubieran ocupado los brasileños sin su auxilio, y no la hubieran libertado sin él los argentinos. Oribe, apoyado por Rosas, sucumbió después de tres años de lucha con el general baquiano, y todo el poder de Buenos Aires, hoy con sus numerosos ejércitos, que cubren toda la campaña del Uruguay, puede desaparecer destruído a pedazos, por una sorpresa, por una fuerza cortada mañana, por una victoria que él sabrá convertir en su provecho, por el conocimiento de algún caminito que cae a retaguardia del enemigo, o por otro accidente inadvertido o insignificante.

El general Rivera principió sus estudios del terreno el año 1804, y haciendo la guerra a las autoridades, entonces como contrabandista, a los contrabandistas después como empleado, al rey en seguida como patriota, a los patriotas más tarde como montonero, a los argentinos como jefe brasileño, a éstos como general argentino, a Lavalleja como presidente, al presidente Oribe como jefe proscripto, a Rosas, en fin, aliado de Oribe, como general

oriental, ha tenido sobrado tiempo para aprender un poco de la ciencia del baquiano.

III. EL CANTOR

Aquí tenéis la idealización de aquella vida de revueltas, de civilización, de barbarie y de peligros. El gaucho cantor es el mismo bardo, el vate, el trovador de la edad media, que se mueve en la misma escena, entre las luchas de las ciudades y del feudalismo de los campos, entre la vida que se va y la vida que se acerca. El cantor anda de pago en pago, «de tapera en galpón», cantando sus héroes de la Pampa perseguidos por la justicia, los llantos de la viuda a quien los indios robaron sus hijos en un malón reciente, la derrota y la muerte del valiente Rauch, la catástrofe de Facundo Quiroga y la suerte que cupo a Santos Pérez. El cantor está haciendo candorosamente el mismo trabajo de crónica, costumbres, historia, biografía que el bardo de la edad media, y sus versos serían recogidos más tarde como los documentos y datos en que habría de apoyarse el historiador futuro si a su lado no estuviese otra sociedad culta con superior inteligencia de los acontecimientos que la que el infeliz despliega en sus rapsodias ingenuas. En la República Argentina se ven a un tiempo dos civilizaciones distintas en un mismo suelo: una naciente, que, sin conocimiento de lo que tiene sobre su cabeza, está remedando los esfuerzos ingenuos y populares de la edad media; otra, que, sin cuidarse de lo que tiene a sus pies, intenta realizar los últimos resultados de la civilización europea. El siglo XIX y el siglo XII viven juntos: el uno dentro de las ciudades, el otro en las campañas.

El cantor no tiene residencia fija; su morada está donde la noche lo sorprende; su fortuna, en sus versos y en su voz. Dondequiera que el *cielito* enreda sus parejas sin tasa, dondequiera que se apure una copa de vino, el cantor tiene su lugar preferente, su parte escogida en el festín

El gaucho argentino no bebe si la música y los versos no le excitan, y cada pulpería tiene su guitarra para poner en manos del cantor, a quien el grupo de caballos estacionados en la puerta anuncia a lo lejos dónde se necesita el concurso de gaya ciencia.

El cantor mezcla entre sus cantos heroicos la relación de sus propias hazañas. Desgraciadamente, el cantor, con ser el bardo argentino, no está libre de tener que habérselas con la justicia. También tiene que dar la cuenta de sendas puñaladas que ha distribuído, una o dos *desgracias* (muertes) que tuvo y algún caballo o alguna muchacha que robó. En 1840, entre un grupo de gauchos y a orillas del majestuoso Paraná, estaba sentado en el suelo y con las piernas cruzadas un cantor que tenía azorado y divertido a su auditorio con la larga y animada historia de sus trabajos y aventuras. Había ya contado lo del rapto de una mujer, con los trabajos que sufrió; lo de la *desgracia* y la disputa que la motivó; estaba refiriendo su encuentro con la partida y las puñaladas que en su defensa dió, cuando el tropel y los gritos de los soldados le avisaron que esta vez estaba cercado. La partida, en efecto, se había cerrado en forma de herradura; la abertura quedaba hacia el Paraná, que corría veinte varas más abajo, tal era la altura de la barranca. El cantor oyó la grita sin turbarse, viósele de improviso sobre el caballo, y, echando una mirada escudriñadora sobre el círculo de soldados con las tercerolas preparadas, vuelve el caballo hacia la barranca, le pone el poncho en los ojos y clávale las espuelas. Algunos instantes después se veían salir de las profundidades del Paraná, el caballo sin freno, a fin de que nadase con más libertad, y el cantor, tomado de la cola, volviendo la cara quietamente, cual si fuera en un bote de ocho remos, hacia la escena que dejaba en la barranca. Algunos balazos de la partida no estorbaron que llegase sano y salvo al primer islote que sus ojos divisaron.

Por lo demás, la poesía original del cantor es pesada,

monótona, irregular, cuando se abandona a la inspiración del momento. Más narrativa que sentimental, llena de imágenes tomadas de la vida campestre, del caballo y las escenas del desierto, que la hacen metafórica y pomposa. Cuando refiere sus proezas o las de algún afamado malévolo, parécese al improvisador napolitano, desarreglado, prosaico de ordinario, elevándose a la altura poética por momentos, para caer de nuevo al recitado insípido y casi sin versificación. Fuera de esto, el cantor posee su repertorio de poesías populares, quintillas, décimas y octavas, diversos géneros de versos octosílabos. Entre éstos hay muchas composiciones de mérito, y que descubren inspiración y sentimiento.

Aun podría añadir a estos tipos originales muchos otros igualmente curiosos, igualmente locales, si tuviesen, como los anteriores, la peculiaridad de revelar las costumbres nacionales, sin lo cual es imposible comprender nuestros personajes políticos, ni el carácter primordial y americano de la sangrienta lucha que despedaza a la República Argentina. Andando esta historia, el lector va a descubrir por sí solo dónde se encuentra el rastreador, el baquiano, el gaucho malo, el cantor. Verá en los caudillos, cuyos nombres han traspasado las fronteras argentinas, y aun en aquellos que llenan el mundo con el horror de su nombre, el reflejo vivo de la situación interior del país, sus costumbres, su organización.

Domingo F. Sarmiento.

112. El arriero de la llanura interior.

La llanura interior está cubierta, en vastas extensiones, por arbustos espinosos y retorcidos. El monte es bajo, clareado, seco, y se alternan en él los algarrobos, los chañares, las jarillas, los piquillines y las retamas. El suelo liviano, arenoso y salino, con un tinte gris en algunos parajes, como espolvoreado con ceniza, sustenta pocos y pobres pastos, que crecen duros, agostados y ralos, entre

manchas de tierra desnuda. La sequedad del clima tiene atormentada a la vegetación leñosa y triste.

A trechos, el monte es interrumpido por grandes salinas, cuyas blancas eflorescencias brillan al sol, reflejando la luz con crudeza, y por *guadales* o médanos desolados, que constituyen las travesías más penosas y más desiertas. La carencia de agua es el perenne tormento de esas regiones. Los rayos solares caen tórridos, y la atmósfera abrasadora agrava la sed.

Bajo un cielo límpido, el viento sopla con fuerza, levantando columnas de arena, que, como el humo, se elevan en espirales y se disipan. En primavera y en estío, el zonda huracanado corre como el simún en el desierto árabe. Nuestros llanos interiores se asemejan, en muchas de sus fases, a las llanuras de Oriente. Tal similitud, señalada ya por Sarmiento, ha determinado en sus habitantes caracteres análogos a los que ofrecen algunos pueblos asiáticos.

La falta de lluvias, la escasez de ríos o de arroyos que permitan el riego, la pobreza de pastos, la abundancia de páramos y de salinas, han impedido el desenvolvimiento de industrias basadas en la explotación de la tierra. Las ciudades del interior fueron fundadas en lugares donde una pequeña corriente de agua permitía satisfacer las necesidades de los hombres y favorecía el cultivo indispensable para la alimentación. Catamarca fué construída junto al río del Valle; La Rioja, edificada al lado del arroyo que baja de la sierra de Velazco; la villa de San Luis, ubicada al borde del hilo de agua que desciende de los cerros vecinos; Santiago del Estero, en la ribera del río Dulce; Córdoba, en la hondonada que el río Primero fertiliza.

Las pocas villas desparramadas constituían los núcleos sociales organizados. El desierto las envolvía y las aislaba. Las rutas, únicos lazos que unían a las poblaciones, eran recorridas por lentos convoyes de carretas, por ve-

loces postillones y por tropas de mulas, que, envueltas en nubes de polvo, trotaban conducidas por los arrieros cuyos gritos se oían desde lejos en la planicie solitaria.

Los paisanos de la llanura seca no pudieron, como los de la Pampa, morar en cualquier parte. En los campos húmedos y fértiles del litoral, el hombre encontraba, en todos los parajes, lagunas, prados cubiertos de hierbas y ganados errantes, que suministraban fácilmente elementos para la vida. Los habitantes de los yermos sedientos tuvieron que radicarse en las proximidades de los caminos, por donde se traían los objetos indispensables para la subsistencia; en los lugares menos hostiles; en las *balderías*, donde la tierra, más generosa que la de las travesías y la de los salitrales, brindaba con su seno abierto el agua potable codiciada.

El comercio entre el litoral, los Andes y las villas mediterráneas, que cruzaba toda la llanura seca por las rutas próximas a las diseminadas poblaciones, necesitaba de auxiliares para su trajín, y los encontró en los paisanos de esa llanura. Los arrieros, las peonadas conductoras de tropas y de carretas, procedieron principalmente de las poblaciones interiores.

Los hombres, impedidos para el trabajo sedentario por la naturaleza de la región, organizáronse, en su mayoría, como transportadores. De ahí surgió un tipo social con caracteres peculiares: el de la tropa errante, que se parece al de la caravana oriental. Sarmiento ha descripto, en *Facundo*, este tipo de nuestras provincias mediterráneas, creado por el comercio transportador. En una bella página señala la similitud entre la tropa de carretas que cruza la llanura desierta y la caravana de camellos que se dirige hacia Bagdad o Esmirna, y pinta al capataz como un caudillo asiático, que contiene con su fiereza la turbulencia de los filibusteros que ha de gobernar y dominar, él solo, en el desamparo del desierto.

Es exacto el cuadro de Sarmiento. Estos hombres de

la llanura interior, en gran parte arrieros y conductores, luchaban constantemente contra los peligros de las expediciones, asociados, bajo un régimen de disciplina, como si fueran guerreros. Las carretas, en larga hilera, cruzaban despacio, chirriando las ruedas macizas que se enterraban pesadamente en las hondas huellas; los bueyes, jadeantes, tiraban hostigados por las piernas y estimulados por las interjecciones; el capataz recorría, como un jefe militar, la columna en marcha. Durante la noche la caravana reposaba, y la escena en torno del fogón tenía algo de pavorosa cuando el viento, que agitaba con ligero susurro las hierbas resecas, traía rumores lejanos que sugerían la proximidad de la horda salvaje...

CARLOS IBARGUREN.

113. La vuelta de la zafra.

En los plantíos y en los ingenios azucareros, al terminar el trabajo, cada peón tiene derecho a llevarse dos cañas. ¡Y es de ver con qué amor las eligen; cómo saben descubrir en una carretada, al primer vistazo, la caña más larga, la más gorda, la más madura, la más jugosa!... Salen para sus hogares en procesión, con una caña bajo el brazo, para la china y los indiecitos, y la otra, embocada como una larga flauta, que no suena, pero que sabe a gloria... La primera vez que los vi se me ocurrió que aquellos muchachos grandes iban de broma, remedando una grotesca estudiantina, con las cañas en la boca. No era así: iban metiéndoles el diente, devorándolas con el ansia de seis horas continuas de trabajo y de sed. Si se les permitiera, comeríanse cañaverales enteros. «Cada indio es un trapiche», suelen decir los dueños de los ingenios, para expresar su consumo de cañas de azúcar. Llega a calcularse que entre todas las peonadas consumen el dos por ciento de la cosecha, es decir, ¡lo bastante para fabricar dos mil toneladas de azúcar!

El espectáculo de la vuelta de los peones a sus casas con las cañas, resultábame de lo más característico y atrayente. La chiquillería en cardumen corría por grupos a recibir al padre y peleaba por la caña, que él entregaba a la madre, no menos ganosa que sus hijos de hincar los blancos dientes en la dulce y pastosa fibra. Con un gran cuchillo separaba la china su parte y cortaba por los nudos el resto, en tantos trozos como hijos. El vasto cuadro aparecía, en unos minutos, cubierto de muchachitos, chinas y peones, cada uno con su flauta en la boca, produciendo, al masticar la pulpa fibrosa, ese rumor áspero y sordo de los rumiantes cuando mueven a compás sus molares. Era el momento propicio para todos, hasta para las gallinas, los chivos y los perros, que corrían detrás de los chicos, esperando que tirasen la caña ya chupada y masticada, para comer ellos el resto. No faltaba así a nadie su ración. Y esto en todo el vasto cuadrilátero de las simétricas casitas de los peones, construídas por el capital de los ingenios para alojar su contingente de braceros, y desparramadas entre el verde de los árboles, sobre cuya fronda volaban bandadas de palomas domésticas. En cada hogar hervía su fuego, donde se cocinaba el locro de carne y maíz; pero nadie se arrimaba a la olla mientras quedara un bocado de caña. ¡Y había allí, en aquella hora de regodeo, una alegría visible, que casi se podía tocar con la mano, y gozarla también... si nuestra alma insaciable y penitente pudiera alcanzar de los dioses benignos esa suprema gracia de ser dichoso chupando una caña!

Según MANUEL BERNÁRDEZ

IV. EN LA REGIÓN CENTRAL ANDINA

114. Mendoza, la moderna ciudad de los Césares.

Los españoles del tiempo de la conquista encontraron, en algunas ciudades indígenas y regiones privilegiadas de América, riquezas fabulosas, como jamás se habían

visto en la historia del mundo. Los templos y jardines del Cuzco y el natural cerro de plata de Potosí, por su magnificencia en metales preciosos, sobrepujaban los más atrevidos sueños de la princesa Cherezade en las *Mil y una noches*. Fácilmente se comprende el entusiasmo de los conquistadores ante semejantes hallazgos, que a muchos hicieron millonarios en contados días y aun horas. España, por la ruina de sus industrias y los gastos de sus guerras, estaba a la sazón harto necesitada de recursos. Además, por un falso concepto de la época, se creía que la riqueza de los pueblos consistía, más que en sus producciones, en su acopio de oro y de plata. Las Indias Occidentales, no sólo enriquecían a los conquistadores, sino que asimismo colmaban las arcas exhaustas del Estado.

Excitada la árabe y latina imaginación de los españoles, como si fuera poco lo que traían entre manos, soñaron tesoros aun mayores que los del Cuzco y Potosí. Soñaron urbes que fueran todas de oro y de piedras preciosas, y las buscaron entre selvas y montañas, entre fieras e indios. Los mismos indios contribuyeron no poco a formar esas ilusiones. Para alejar a los españoles que los amagaban y desviarlos en dirección opuesta, azuzaban su codicia dándoles astutamente noticias imaginarias de la existencia de tales ciudades. Así nació la leyenda de *Eldorado*, cuya ubicación debía estar entre el Potosí y el Paraguay, y la de la *ciudad de los Césares*, situada hacia el Sur del continente.

Aunque creación de la fantasía, la ciudad de los Césares, durante el coloniaje, era conocida y comentada hasta en sus menores detalles. Estaba defendida por murallas, con fosos, revellines y un puente levadizo en su única entrada. Los edificios eran de piedra, y los templos de oro. También de oro eran los muebles y adornos, especialmente las sillas y butacas. De plata, otros enseres más humildes, como las ollas y cazuelas, y los arados. Los

habitantes, rubios, altos, sobrios, inteligentes, gastaban casaca de paño azul, chupa gualda, zapatos grandes con hebilla, sombrero de tres picos. Por supuesto, nadie había visto con sus propios ojos nada de la ciudad; pero algunos aseguraban haber oído el tañer de las áureas campanas. Tan popular era la leyenda en Chile que, al correr el año de 1782, temiéndose que la ciudad fantasma pudiera ser presa del inglés, se levantó una sumaria para resolver el problema de su realidad y ubicación. Las conclusiones fueron favorables. ¡La ciudad de los Césares debía existir!

Pues bien, la ciudad existe, en la parte meridional del continente; pero no de aquel, sino de este lado de los Andes. ¡Si la Atlántida fué una poética anunciación de América, Mendoza ha venido a ser esa fantástica ciudad de los Césares, que quiere decir ciudad de magnates y emperadores, o sea, para hablar en lenguaje más moderno, de grandes industriales y millonarios! Imponderable feracidad, para la producción de la viña y de los árboles frutales, hace de su suelo una Tierra de Promisión.

Construída al pie de los Andes, a una altura de 761 metros sobre el mar, blancamente se destaca sobre el fondo azulado de las montañas. Rodéanla interminables viñedos y huertas de árboles frutales. La parte vieja, donde vive la población trabajadora y obrera, se halla en el sitio que ocupó la antigua ciudad, destruída por el terremoto del 20 de marzo de 1861. Aun se ven allí algunas ruinas como las de los templos de Santo Domingo y de San Francisco, cuyos espesos muros aplastaron cientos y millares de fieles que se habían refugiado en sus naves, creyéndose protegidos por la solidez de la fábrica. Como llueve poco en Mendoza, las casas pobres son de adobe, con ligero techo de paja. La parte nueva, levantada después de 1861, se compone de un agradable conjunto de casas lujosas, aunque casi siempre bajas, por temor a los temblores de tierra. Felizmente, la moderna arquitectura ha

inventado un sistema de flexibles construcciones de cemento con armazón de hierro. Se las cree seguras contra los terremotos, que, al sacudirlas, las hacen tambalear, sin echarlas al suelo.

El agua corre abundante y turbia de arcilla por las acequias de las vías públicas. En aquel clima seco, representa la riqueza, la vida de Mendoza. Las calles, bordeadas de árboles y empedradas con cantos del río, ofrecen un conjunto limpio y claro. ¡Lejos estamos de aquellos tiempos en que las gentes se bañaban en las acequias, ante las puertas de sus casas! Numerosas plazas matizan la nueva ciudad, que cuenta con un magnífico parque, hacia el Oeste, y con el nunca bien ponderado paseo del cerro del Pilar. Por todas partes, la exuberancia de la arboleda, generosamente regada, da a la ciudad un atrayente aire de parque. Hay todavía muchedumbre de álamos, planta introducida por un español, Cobos, y que hizo merecer a Mendoza el apodo de la «ciudad de los álamos». En las calles centrales se los ha substituído por otras especies de árboles no menos hermosos, como los plátanos y los tipas, cuyas raíces no amenazan tanto las paredes de las casas y la regularidad del pavimento. Por todas partes desborda en la ciudad la profusión del riego, el agua que baja de las montañas en pequeños e innumerables caudales, verdaderos ríos de oro, que hacen de Mendoza la moderna ciudad de los Césares.

Capital de la antigua provincia de Cuyo, no ha olvidado Mendoza, ni olvidará jamás, el gobierno desempeñado por el general San Martín, de 1814 a 1817, para formar el ejército de los Andes, con el cual dió libertad a medio continente. En ninguna parte es más hondo que allí el culto al Libertador. Por rico que sea el suelo de esta moderna ciudad de los Césares, contiene ella, pues, en todos los corazones, un tesoro aun más grande y más bello: el recuerdo de sus glorias.

115. Las alboradas en la ciudad de Mendoza.

Las alboradas de Mendoza son encantadoras. Al contacto de los primeros rayos de sol, los campos, humedecidos por el rocío, exhalan vapores y perfumes delicados, Blancas nubecillas coronan la frente de las montañas asentadas sobre alfombras, en los momentos de dudosa claridad que preceden al día. La nieve desaparece de sus cumbres en seguida, y una faja roja las circunda. Las bases empiezan entonces a pintarse del color de la amatista. Aquellos grandes promontorios adquieren instantáneamente un nuevo aspecto: se encandecen como si fueran de metal y encerraran en el seno inmensa retorta. A proporción que el sol se eleva, modifícase este colorido, que va fundiéndose paulatinamente, hasta tomar el tinte de las rosas, precedente al del nácar, que le sucede cuando el luminar del día domina el vasto sistema de los Andes.

El gorjeo de las aves anidadas en los almendros y los avellanos se une al canto del obrero y el labrador. El ruido que forman los carros y los coches ahoga las voces que saludan a Dios. La luz y la actividad madrugan en aquella ciudad, que no duerme sino para descansar de las fatigas del trabajo. La laboriosidad del mendocino es proverbial en la República. El cultivo de la tierra, que es su principal ocupación, ha excluído la molicie de todas las esferas sociales.

SANTIAGO ESTRADA.

116. Travesía de la cordillera de los Andes por el paso del Portillo.

(En 1869)

No obstante el deseo que abrigábamos de conocer los históricos desfiladeros de Uspallata y sus maravillas naturales, tuvimos, mi compañero y yo, que tomar la vía del Portillo, que conduce al Sur de Chile. Es este camino,

más corto que aquél, el preferido por los granaderos a causa de la abundancia de pastos. Escogiólo nuestro oficioso guía, cuyos servicios habíamos aceptado con gratitud, y nosotros tuvimos que seguirlo porque estábamos a sus órdenes.

Partimos en mula de Vista Flores (Mendoza) el 29 de marzo. Mi compañero y nuestro guía se detuvieron en el camino para despedirse de algunos amigos. Yo me adelanté acompañado por un capataz que conducía a Chile una tropilla de caballos, varias aves, y entre ellas un loro, que no se resignó a marchar encerrado y se encaramó en el anca del caballo del amo. Poca variedad presenta el camino que media entre Vista Flores y la hacienda de los Chacayes. Este establecimiento toma nombre de un árbol que existe en sus alrededores.

Cuando salimos de Chacayes, después de haber dado reposo a las cabalgaduras, declinaba el día. Al frente teníamos las primeras ramificaciones de los Andes, y más allá, envueltas en nubes, las elevadas cumbres que debíamos escalar dos días después. Las piedras entorpecían la marcha de las mulas; uno que otro guanaco aparecía a lo lejos. Varios rebaños de cabras se deslizaban por entre las piedras, hiriendo el espacio con sus balidos. La media luz de la tarde no permitía distinguir el quintral, de flores rojas, ni la hierba risilla que tapiza las oleadas de granito que preceden a la cordillera. En este sitio comienzan las montañas a elevarse y a estrechar la distancia que las separa, hasta formar un gran claustro, de cuyo fondo brota una vertiente. El agua de este manantial se desliza a pocos pasos de la casilla de la guardia del Portillo.

Luego que salimos de aquella especie de túnel, encontramos un arroyo, que vadeamos sin dificultad. Inmediatamente ascendimos la cuesta que conduce hasta el resguardo de la aduana argentina. Marchábamos por una quebrada encerrada entre dos filas de cerros salpicados de nieve. Dos grandes picos formaban el fondo de

aquel cuadro colosal. El sol, que acababa de ocultarse, encerraba el horizonte, del cual se destacaban aquéllos como dos grandes pirámides de lapislázuli. La majestad de las montañas, la hora eminentemente triste y el canto de los pastores hablaron entonces a mi alma, con esa voz impregnada de misticismo que despierta en el hombre la memoria de la familia y de la patria.

En el agreste lugar en que nos encontrábamos abundaba la piedra pómez, empleada en Mendoza en la fabricación de filtros. La casucha del resguardo y sus muebles habían sido construídos con la misma materia. Las paredes de la humilde habitación hacían las veces de álbum o registro, pues en ellas estaban inscriptos los nombres de los viajeros a quienes se había hospedado.

Largo tiempo hacía que había anochecido cuando llegaron mis compañeros, y con ellos los peones que conducían nuestros equipajes. Como todavía podíamos decir que estábamos en poblado, comimos conservas y un sabroso asado tostado por la llama de los chacayes, que los peones encendieron al reparo de una gran piedra.

Al día siguiente, cuando mis compañeros abandonaron la cama y el jefe de la expedición dió la voz de marcha, el sol se había levantado ya completamente, y, Júpiter de los astros, lanzaba desde las alturas sus rayos de fuego. Inclinamos de salida nuestro rumbo hacia el Sur y atravesamos un camino pedregoso y desigual, que nos condujo a un plano cubierto de arena, en cuyo fondo pastaba tranquilamente una familia de guanacos. A poco trecho se tropieza con grandes aglomeraciones de piedras. Los cerros presentan un aspecto muy original. Algunos parecen órganos inmensos, cuyos tubos se elevan a una gran distancia de la base. Otros cerros parecen colecciones de sólidos geométricos: sus cimas recuerdan el cono, el triángulo y el rombo.

Empezamos a observar la modificación del calórico y de la vegetación. A medida que ascendíamos, el aire se en-

rarecía y enfriaba a causa de la elevación, que impide al sol derretir las nieves de las cumbres. Las capas superiores de la atmósfera, que se enfrían en las cimas envueltas en nieve, aumentan su densidad y bajan constantemente, arrojando el aire a las capas inferiores. Así se explica el frío intensísimo que se experimenta en los cajones de la cordillera.

La composición de los terrenos ocasiona la esterilidad o abundancia de ciertos cerros. La abundancia sonríe a las montañas envueltas en tierra vegetal; la esterilidad reina en los cerros cubiertos de estratificaciones. El árbol del valle no nace junto al arbusto achaparrado de las primeras zonas de la cordillera, ni éste se eleva donde apenas brota la hierba, que tampoco crece allí donde no encuentra aire respirable o no puede absorber el calórico necesario para su fecundación... Las grandes alturas no producen sino nieve y grandes pensamientos. En la cumbre de los Andes yo he medido mi pequeñez. La magnificencia de la cordillera causó en mi espíritu un efecto semejante al que opera en los vegetales la rarefacción del aire.

En Mal Paso, digno de su nombre, encontramos algunos de esos emigrantes chilenos que, atravesando a pie los Andes, llevan a la República Argentina la ropa que los cubre, el deseo de mejorar su condición y la fuerza de su brazo infatigable. Allí vimos los primeros cóndores. Esta ave, cantada por los poetas, pertenece a la familia de los buitres.

En Ojos de Agua, sitio precioso cubierto de vegetación y regado por las vertientes de su nombre, comprendimos que en las horas del día que nos quedaban no podíamos llegar al pie del Portillo, el primero de los órdenes de montañas que teníamos que atravesar. Habíamos salido tarde de nuestro alojamiento, a lo cual se agregaba que los peones se habían quedado muy atrás con las camas y las provisiones. Por ambas causas nos detuvimos

en Las Yaretas, lugar frío y abundante en arbustos achaparrados y espinosos

Formamos nuestro campamento al reparo de unas grandes piedras, semejantes a los *dólmenes* de los druidas (monumentos célticos consistentes en una gran piedra horizontal superpuesta a dos o más verticales). Habíamos hecho alto en hora inoportuna: a las cuatro de la tarde. Pocas cosas hay que me molesten más que perder, por cualquier motivo, algunas horas de marcha. A esta incomodidad se agregaba el encontrarme *apunado* (malestar o dolencia producido por la rarefacción del aire). Además, el lugar era sombrío, y al caer la tarde se nos presentaron dos viajeros, cuya pobreza y enfermedad me consternaron. Admitidos en nuestro campamento, partimos con ellos nuestras provisiones y nuestro fuego. Luego que se lamentaron e hicieron su colecta, volvieron, a pesar de la noche, a emprender su interrumpida marcha.

Las nieves que blanqueaban en la cumbre de las montañas y el fuego de nuestra hoguera de yareta interrumpían, en lo alto y en lo bajo, la monotonía de las sombras. El silencio era alterado, de tiempo en tiempo, por el ruido de los rodados que descendían de las cimas al plano.

Nuestro guía se acercó a mi cama, y, advirtiendo que yo estaba despierto y con la respiración fatigosa, me hizo levantar y me condujo junto al fogón. Luego que avivó la lumbre, me obligó a acostarme en su cama, que era más abrigada, y pasó toda la noche a mi lado, atendiéndome con la solicitud de un hermano.

Los cuidados de mi amigo y el calor del fuego y de la cama me restablecieron completamente. En la madrugada del 31 de marzo emprendimos nuestra marcha hacia el Portillo, que pone en comunicación a las Repúblicas Argentina y Chilena, y que el invierno cierra con barreras de nieve. Ascendimos inclinándonos hacia el Sur; buscábamos el boquete situado a nuestra izquierda. El camino,

bastante ancho, está cubierto de una arena movediza, en la cual se hunden los cascos de las cabalgaduras.

Desde cierta altura volví los ojos al espacio recorrido, En una zona más baja que la en que nos encontrábamos, se elaboraba una tormenta. Las nubes gravitaban sobre las mulas conductoras de los equipajes. Nosotros las veíamos salir, unas después de otras, de adentro de aquella densa masa de vapores, iluminada a intervalos por el relámpago.

Llegamos por fin al Portillo. Estamos en la cumbre de la montaña, que tiene a sus pies el pintoresco y fantástico valle de los Penitentes. Desde esta cima, situada a 4.000 metros sobre el nivel del mar, la mente domina con su mirada un grandioso panorama. Dondequiera que se fije la vista adquieren forma las visiones del espíritu. Se ven los Andes surgiendo de las aguas australes, siguiendo la costa del océano Pacífico, pasando abrumados por el peso de la vegetación bajo el arco brillante de los trópicos y perdiéndose en las soledades de la América... Allí está la cuna del inmenso Amazonas, del caudaloso Plata, del soberbio Orinoco, del Cauca, del Magdalena y de doscientos ríos que fecundan con su limo las tierras colombianas. En el espacio brillan los fuegos del Misti, el Cotopaxi, el Pichincha y el Puracé, que alumbraron un día las bodas del Continente con la Libertad. Acá, en la base de la montaña, corre el tempestuoso mar del Sur, que refleja en sus corrientes la luz del Ave del Paraíso, del Fénix, del Áspid Índico, del Triángulo y del Crucero, brújulas celestes e inmutables que señalan perennemente el polo al perdido marino. Hacia el Sur se descubren los bosques frondosos de Chile; al Norte se percibe el humo de sus fundiciones de metales; a la espalda están las pampas inmensas de nuestra patria. Allí abajo se columpian el álamo, el olivo, la viña, el chirimoyo. En las lagunas de los campos chilenos se posa el flamenco de rosado plumaje; en sus huertos floridos vaga el brillante

picaflor buscando la miel de que carecen las siemprevivas y las violetas de la cordillera.

Según SANTIAGO ESTRADA.

117. Valles vecinos a la ciudad de San Juan.

Marchando al trote de cuatro fuertes caballos serranos, que sacaban chispas del pedregullo reseco, en cuya ruda y sedienta sociedad sólo medran los cactos, efectuamos una deliciosa excursión a la quebrada de Zonda, situada a cosa de tres leguas de la ciudad de San Juan. Por aquel camino de salida, donde una avenida de las aguas cordilleranas, lanzadas en furioso alud sobre la ciudad, socavó dos metros de nivel en menos de cuatro horas, se empieza a ver el singular aspecto de la naturaleza sanjuanina: una serie de valles escalonados entre eminencias más o menos empinadas o abruptas, forman otros tantos vergeles en donde hay regadío, u otros tantos páramos hostiles y pedregosos donde falta el agua, elemento supremo de la vida. En el sentido del trayecto que seguíamos, charlando animadamente, quedaba a la espalda, más allá de la ciudad, el cerro llamado de Pie de Palo, a cuya falda verdean los viñedos.

Al frente, los primeros cordones sistemados de la cordillera se van escalonando, más altos cada vez; en sus intervalos dejan pintorescos y fértiles valles, escondidos como retiros de anacoretas. El primer cordón pétreo, el Zonda, extendido de Norte a Sur, ofrece sus amontonamientos obscuros, amelonados y rugosos como lomos de rinoceronte. Está cerca, y su corteza y su perfil aparecen ásperos, mientras que las cumbres más lejanas se van dulcificando, arrebolando, hasta que las últimas, como espiritualizadas, vagamente celestes, se diría que flotan en la atmósfera. Detrás de ese primer cordón de serranía está el valle de Zonda, todo cultivado de viña, alfalfa y árboles frutales, entre los que el olivo impone su follaje d

plata. En este valle invernan los ganados que se exportan a Chile. El Zonda ha sido tradicionalmente una región veraniega, y los ojos que lo ven en sus días de esplendor conservan de él un verdadero encanto.

Andando un poco más, por un abra que parte el murallón pétreo de alto a bajo, aparece lejano, trémulo en el ambiente de la tarde, el altísimo Tontal, que llega hasta Uspallata, con su testa coronada dominando fieramente las eminencias de los contornos. Los valles cultivados se suceden detrás de esas murallas ingentes: más allá del cerro que limita el Zonda está el valle de Mardona; después otro cerro, y el valle de Leoncitos; después otro cerro, y luego rompe a reír, con toda su alegría floreciente, el espléndido valle de Calingasta...

Al paso va apareciendo más concreto el paisaje. La flora cordillerana, austera de color y agresiva — cactos y brusquillas — se insinúa donde falta riego; es aquello una siembra de espinas. Pero a la derecha se extiende, como un tapiz de terciopelo verde, bordado vistosamente con arboledas y caseríos, un vallecito encantador, La Bebida, que es a la vez pueblo veraniego de moda. Este valle ha sido antes el cauce de un río, del San Juan probablemente, como el mismo asiento de la ciudad es a todas luces otro cauce abandonado hace siglos. ¡Aquellos ríos son así! A lo mejor, después de haber cerrado su propio curso con el formidable arrastre de su corriente, se enojan y se echan a correr en otro rumbo, llevando el estrago por donde atropellan. Pero, justo es reconocerlo, el cauce que queda detrás se transforma en un huerto; abona, pues, el río una especie de compensación por las tierras que brutalmente expropia para labrar su nuevo cauce.

Según Manuel Bernárdez

118. Una bodega.

Llámase con razón al país de Cuyo — es decir, a las provincias de San Juan y Mendoza — la «patria de la vid». En pocas regiones del mundo se produce esta planta con tal exuberancia, y en ninguna con mayor. Existen allí fructíferos viñedos, cuyas generosas vendimias se aprovechan en la confección del vino. San Juan y Mendoza poseen los más importantes establecimientos vitivinícolas de toda la América hispánica. Para hacerte una idea de la industria, joven lector, deberías visitar algunos de esos ingenios, si te fuera posible.

Después de atravesar las ricas hectáreas de tierra donde las plantaciones de vid forman líneas paralelas, entras en el ingenio mismo o las «bodegas». Allí se pisa la uva y se deposita el mosto en barriles, para que fermente y envejezca, hasta adquirir el preciado sabor y color del buen vino. Las bodegas, en general, se construyen en lugares de quietud, en terrenos sanos, con dobles techos, dobles paredes y dobles puertas; son de higiénica ventilación, y los pisos, como los muros, se revocan con morteros hidráulicos. Al entrar en ellas y al trabajar debe evitarse la acción de la luz solar directa, lo mismo que el aire cargado de oxígeno electrizado; sólo así se fabrican vinos de buena calidad. Por todas partes hay comodidad y aseo, y doquiera que dirijas la vista, notarás una competente dirección.

El departamento de las bodegas, parte capital del ingenio, comprende las secciones de elaboración, fermentación, maquinaria, depósito y tonelería. En la bodega de elaboración se ve cierta máquina llamada «demoledora», movida a vapor y colocada sobre un gran estanque metálico, en el que se mezcla y refrigera el mosto, antes de ser llevado, mediante una bomba centrífuga, a la bodega de fermentación. Ésta comprende grandes piletas de man-

postería provistas de sus respectivas compuertas, y de un diafragma para la sumersión del orujo. Cada pileta está dotada de refrigerantes, unidos por un sistema completo de cañerías a la máquina frigorífica, con el objeto de dominar oportunamente las altas temperaturas que alcanzan en aquel clima los mostos en fermentación, asegurando de tal manera la marcha normal del proceso, y, por consiguiente, la calidad de los vinos. En ciertos ingenios de San Juan existen las más vastas, poderosas y completas instalaciones frigoríficas que se aplican en el mundo entero a la vinificación. Una bomba a vapor facilita el trasiego de los vinos nuevos a la bodega de depósito. La bodega de depósito está a un nivel un poco más bajo del suelo; es semisubterránea. La singular disposición de sus dobles techos y paredes, dotados los techos de poderosos ventiladores, permite mantener, aun en los días más ardientes del verano, una temperatura algo baja. Completan las reparticiones indispensables, vastos talleres mecánicos, herrería, carpintería, etc., para la fabricación y reparación de herramientas y maquinaria. Un elegante *chalet* sirve de local a la administración. El establecimiento representa un capital de varios millones de pesos.

Al visitar las bodegas, probablemente el oficioso guía, para hacerte conocer los productos del establecimiento, te invitará a catar vinos de distintas clases y épocas. ¡Mucho cuidado! En la probanza del cálido licor de este y de aquel barril, con un trago de vino tinto y otro de vino claro, con tal del seco y cual del dulce, corres el riesgo de echarte entre pecho y espalda mayor cantidad de la que soportan tu cabeza y tu estómago. Puedes caer en ese mísero estado de beodez, que hace perder al hombre su inteligencia y su dignidad. El vino, que en pequeñas dosis alegra tanto las fiestas y el ánimo, tomado continuamente o en abundancia es un verdadero veneno.

119. La noche en las montañas de la Rioja.

La sierra de Velazco anuncia ya con sus picos atrevidos, donde las nubes bajan a formar diademas, la gran cordillera de los Andes. Son esas montañas, inagotables a la observación. Cuando se ha creído conocerlas, nos sorprende el morador de sus valles con noticias de un monumento histórico o de la Naturaleza, del hombre culto o del indígena extinguido. Las huellas de este último se encuentran frescas todavía en el suelo y en las costumbres, en la habitación y en la fortaleza, en los usos y en los festivales de sus descendientes.

Rastros de los ejércitos de la conquista; restos de la tosca vivienda del misionero, a quien no arredraron las flechas ni los desiertos; muestras indestructibles del esfuerzo civilizador en la construcción del granito: todo esto se ve diariamente en el tortuoso camino que abre paso hacia las comarcas donde se pone el sol. Enormes masas de piedra, cuya altura aumenta a medida que se avanza, los flanquean por ambos lados; y así, por largo espacio, parece aquella hendedura la selva que, poblada de tan raras bestias, extravió al poeta en el *Infierno*.

Allí la noche tiene lenguaje y tinieblas extraordinarios. El viajero marcha inconsciente sobre la mula, por entre bosques de árboles gigantescos y casi desnudos, que, al aproximarse en la obscuridad, se asemejan a espectros alineados que esperasen al caminante para detenerle con sus manos espinosas. Se siente a su aproximación ese frío que inmoviliza y espeluzna, cuando, con la imaginación excitada por el terror de lo desconocido, nos figuramos vagar entre los muertos.

¡Y qué soledad tan llena de ruidos extraños! ¡Qué armonía tan grandiosa la de aquel conjunto de sonidos aunados en la profunda noche de la altura! El torrente que salta entre las piedras, los gajos que chocan entre sí,

las miriadas de insectos que en el aire y en las grietas hablan su lenguaje particular, el viento que cruza estrechándose entre las gargantas y las peñas, las pisadas que resuenan a lo lejos, el estrépito de los derrumbaderos, los relinchos que el eco repite de cumbre en cumbre, los gritos del arriero que guía la piara por entre sombras densas, como protegido por genios invisibles, cantando una vidalita lastimera que interrumpe a cada instante el seco golpe de su guardamonte de cuero, y ese indescriptible, indescifrable, solemne gemido del viento en las regiones superiores, semejante a las notas de un órgano que hubiera quedado resonando bajo la bóveda de un templo abandonado: todo esto se escucha en medio de aquellas montañas, es su lenguaje, es la manifestación de su alma henchida de poesía y grandeza.

Esos músicos de la montaña, los vientos, como artistas novicios, se ocultan para entonar sus cánticos. La luz los oprime, los coarta, como si vieran un auditorio en los demás objetos de la selva; porque, en las noches de luna, cuya claridad ilumina los huecos más recónditos, la escena cambia como movida por un maestro maravilloso. Los estruendosos acordes, los *crecsendos* colosales, los rugidos aterradores que surgen del fondo de las tinieblas, se convierten en melodía dulcísima, casi soñolienta, como si todos los seres que allí viven tuvieran miedo de turbar la serena marcha de esa sonámbula del espacio, que, desplegando blancos tules, cruza sobre las montañas, las llanuras y los mares.

Alzando los ojos a la cima pueden entonces distinguirse, sobre el fondo límpido del cielo, los contornos caprichosos de las rocas, que ya figuran torreones o cúpulas ciclópeas, ya grupos de estatuas levantadas sobre tamaños pedestales. La imaginación se puebla de idealizaciones sonrientes, suaviza las curvas del dorso granítico, da formas humanas a los rudos contornos de la piedra, y ve deslizarse por las laderas, bajo el plenilunio, fantasmas de

mujeres luminosas que pasan deshojando coronas de flores silvestres, y aplícase el oído para percibir el canto melancólico perdido en las alturas. El torrente resplandece al quebrarse entre los peñascos, y los juegos de luz dejan aparecer las visiones de mármoles diáfanos y animados, que luego se desvanecen entre las grietas y los arbustos. Risas cadenciosas surgen de aquellos baños fantásticos y gritos infantiles, arrancados quizás por el contacto de una hoja con el cuerpo terso y transparente de las vírgenes que juegan entre las espumas.

Según JOAQUÍN V. GONZÁLEZ.

120. El valle de Catamarca.

La provincia de Catamarca pertenece casi por entero a la región andina. Varios ramales de los Andes vienen a fenecer en su territorio, donde se levanta el Aconquija. El suelo es irregular, aunque hay valles bastante extensos. El aspecto físico de la provincia es variado: picos eternamente blancos, campos áridos, valles de una primavera continuada, bosques de gigantescos árboles, campiñas atravesadas por mansos arroyuelos.

El valle de Catamarca es el más fértil y mejor cultivado de la provincia. Tiene la forma de un ángulo como de 45 a 50 grados, formado por el Ambato al Occidente y el Ancaste al Oriente, y con su vértice a siete leguas de la capital, en Pomancillo. Mide unas cincuenta leguas de largo. Es regado por el río del Valle Viejo o de Catamarca, cuyo nacimiento tiene origen en la parte alta del Norte del Ambato y las barrancas del Puesto de Bazán. Desciende por la quebrada de la Puerta, cruza unas siete leguas por el Valle Viejo, entra después en el valle de Catamarca, atraviesa la capital y va a perderse en los arenales.

El valle abunda en pastos y posee árboles naturales de variadas clases. Se extiende hasta el campo que limita con

la provincia de la Rioja por el Sur, y por el Sudeste con las salinas de Córdoba, donde la vegetación se despoja de todas sus galas. Hacia el Sur y en el centro hay pozos de balde o molinos, que suplen la falta de agua para los ganados. El suelo es generalmente arenoso e igual.

La capital de la provincia se halla situada en la parte Noroeste del valle de Catamarca. Siendo esta región la de su mayor altura, las montañas escalonadas a sus flancos y las vegetaciones de las poblaciones vecinas ofrecen una perspectiva hermosa y variada. Por un lado los árboles elevadísimos de las quintas, por otro las altas cumbres, por otro el mezquino desarrollo de la vegetación silvestre que separa las alegres y sucesivas poblaciones, por otro las praderas de hierbas menudas, todo, en fin, forma un magnífico panorama de la Naturaleza.

El clima es benigno y sano, fuera de los meses de diciembre y enero, demasiado calurosos en los puntos más bajos. El invierno es tan suave que rara vez llega a congelarse el agua durante la noche. La lluvias caen de tarde en tarde, y, poco copiosas en verano, son rarísimas en invierno. Suele reinar, especialmente en el otoño y el invierno, un viento del Norte bastante fuerte y seco, y no faltan durante todo el año corrientes de aire que renuevon perennemente la atmósfera.

Según Federico Espeche.

V. EN EL NORTE

121. Panorama de la ciudad de Salta.

Acostada en el fondo del valle de Lerma, la ciudad de Salta se reclina graciosamente en la falda de su cerro de San Bernardo, que vió a sus pies desarrollarse los episodios de la batalla histórica, gloriosa victoria de Belgrano; aun los sintió en su cumbre misma, donde, una vez declarada la derrota, se refugiaron algunos tercios deshechos del ejército de Tristán, y allí fueron rendidos

por las fuerzas patriotas. Es, pues, el cerro un vecino protector, un testigo ocular de la dramática epopeya gaucha; para la ciudad constituye un punto de excursiones, destinado a ser, con el tiempo, encantador y concurrido paseo. Representa, además, un poderoso auxiliar para el viajero apurado y nervioso, que lo quiere ver todo de una mirada, pues desde su altura se domina el hermoso panorama de la ciudad y del valle.

Como tantos otros viajeros curiosos y ávidos de emociones, debo este servicio al cerro de San Bernardo. Trepé por él cierta mañanita de claro sol salteño, acompañado de tres gentiles amigos. En aquella ciudad de Salta, original para nuestros tiempos de áspero escepticismo afectivo, se conserva tan sano, tan ingenuo y tan cordial el espíritu de la hospitalidad a la antigua española que las relaciones del día anterior son como amistades de toda la vida. Subí, pues, con tres amigos, que no nombro porque no me acuerdo del nombre de uno de ellos y no quiero que se me quede nadie en el tintero. Ellos saben que yo sé quiénes eran, conocen la afectuosa sinceridad de este recuerdo, y basta.

El cerro es duro de subir, y los caballos llegan jadeando. Está cubierto de cebiles nuevos, que enmarañan la cumbre y le quitan la aridez de los montes pelados. Allá arriba, en la cumbre, una gigantesca cruz abre los brazos protectores sobre la ciudad; las nubes llegan a veces a envolver la cúspide del monte, y, mirando desde abajo, se ve emerger la cruz en el cielo, rígida como si saliera de un limbo luminoso y cándido...

Aquel día la mañana tenía cristalina diafanidad. Asomados a la arista del monte, sentados en unas piedras que refuerzan la base de la cruz, gozábamos el paisaje que allí abajo se ofrecía, pintoresco y lejano, como detrás de un tul azulado, pero admirablemente diáfano, que dejaba ver, como a traves de un sueño, los detalles del cuadro panorámico que se desarrollaba en el valle. Pri-

mero, abajo y cerca, como si descendiesen a pico desde la cumbre, huertas extendidas entre el monte y la ciudad, semejantes a tapices bordados con los varios matices del verde. A la derecha, el histórico campo de Castañares, por donde apareció el ejército de Belgrano sobre las huestes realistas, que lo esperaban por el Portezuelo, única entrada conocida y posible entonces para la ciudad de Salta, viniendo de Tucumán, como venía el ejército patriota. En el centro del campo de Castañares, que en el tiempo de la batalla era un bosque fragante de churquis (el llamado espinillo o aroma en el litoral), se erguía hasta hace poco la cruz que Belgrano mandó alzar «en memoria de los vencedores y vencidos», enterrados todos en una vasta hoya, que agregó a la igualdad de la muerte la fraternidad perdurable de la fosa común. Ahora se levanta allí un monumento costeado por el pueblo.

Desde la altura del cerro de San Bernardo es de donde Salta aparece con todo su aire gracioso y típico de ciudad española de pura estirpe. Con sus tejados a dos aguas, de teja acanalada, sus largos canalones de estaño acabados en pico de pájaro, que salen de las cornisas para echar, cuando llueve, el agua de los techos sobre los transeúntes; con su arquitectura sobria y maciza, en que luce la reja moruna y suele hacer su aparato de arte decorativo el dibujo arabesco, esculpido en vetustas portadas conventuales; con sus numerosas torres de iglesia y su apacible sosiego de ciudad recatada y sedentaria, Salta se ofrece a los ojos como una pequeña Burgos, llena de gracia, de decoro y de sencillez en la vida, y de carácter en sus aspectos histórico y pintoresco y en sus nobles reminiscencias.

Los compañeros de excursión van detallando el panorama, que, en sus líneas generales, después del cerro aquí por nuestro lado y el campo de Castañares por la derecha, se extiende en el frente hasta la serranía de San Lorenzo, a cuya falda, como una bandada de palomas posa-

das al azar, destacan sus siluetas atractivas, entre verdores realzados por la nota escarlata de los ceibos en flor, las villas del delicioso pueblo veraniego donde la aristocracia salteña disfruta el ideal agasajo de una temperatura de primavera. Durante los ardientes meses del estío, San Lorenzo es realmente un risueño paraíso, un retiro agreste y patriarcal.

Fijando más acá la mirada, el caserío apeñuscado, blanco y risueño, la ciudad alineada con sus manzanas simétricas, se ofrecen ya concretos al examen. Y lo primero que llama la atención es un núcleo de «ciudad nueva» que se ve condensarse a la derecha, dejando un vacío entre su recinto y la «ciudad vieja». Interrogo sobre este dualismo, y me lo explican en una frase, señalando hacia la ciudad nueva: «Allí está la estación del ferrocarril». ¡Es claro, allí está el progreso, ese bárbaro moderno, que destruye las seculares armonías con su arrastre perentorio y brutal! Aquello era campo liso y despoblado, dormido bajo la leyenda de la jornada épica que turbó su silencio tantos años atrás. Pero llegó la locomotora, apresurada y silbando; y, como si su silbido fuera un toque de llamada, todo un trozo de la ciudad marchó hacia aquel rumbo y se amontonó en orden, declarando, con el gesto autoritario del progreso, que allí estaba la cabecera de la ciudad. Y así ha tenido que ser, porque, detrás de la estación, en el valle, surgieron el Buen Pastor, el Palacio de Gobierno, espacioso y lindo, la «usina» de luz eléctrica, un convento de padres redentoristas, un hermoso hospital, el Asilo de Huérfanos, casas particulares, una plaza, ¡en fin, un pueblo, todo él congregado, a partir de 1890, como un majestuoso cortejo de notabilidades provincianas, en torno de Su Alteza la Ferrovía!

La ciudad vieja ofrece, sin embargo, un sabor más grato, de hospitalaria sencillez y de distinción hidalga. Destácanse en su macizo pintoresco las plazas de Belgrano y 9 de Julio; ornadas de grandes árboles, ponen notas de

color amable en la austeridad del blanco de las paredes y en la aridez obscura y uniforme de las techumbres. Sobre el nivel de los edificios — en el cual la azotea, sin quitar el dejo morisco del estilo arquitectónico, suele agregar una comodidad a la casa y una variante a la vista — álzanse las torres y las cúpulas de media docena de iglesias: la catedral, de ingenuo estilo, no exento de grandeza; el centenario convento de San Francisco, con una torre moderna que domina las demás alturas de la ciudad; la « capilla del Obispo », que no es sino la antigua catedral, y la torre de la Merced... Allí, en esa torre de la Merced, que desde arriba se ve chiquita, como agobiada en su vetustez por el peso de la cruz que la remata, flameó el poncho azul y blanco de Dorrego, anunciando la victoria del ejército patriota...

Todavía, antes de espaciar la mirada hacia la izquierda, se hacen notar dos rasgos característicos de Salta: los *tajaretes* o zanjas de desagüe, destinados a ser suprimidos por las obras de salubridad, y los burritos leñeros, que por el Portezuelo entran en largas arrias, todas las mañanitas, trayendo cargas de leña seca. Ellos mismos, los sagaces y diligentes animales, las reparten a domicilio; el burro llega a la puerta, llama no sé cómo, entra hasta el fondo de la casa y entrega su carga a la cocinera, todo con tanta inteligencia como un vendedor ambulante... Además, el burrito leñero viene a tener casi la categoría de barrendero y basurero de la ciudad, porque, al efectuar su reparto, va recogiendo de paso y echando a su insaciable buche cuanto halla por las calles, con tal que tenga siquiera una apariencia de cosa comestible. A las diez de la mañana, estando ya las cocinas provistas y las calles limpias, los burritos, satisfechos y livianos, con la conciencia del deber cumplido, emprenden el regreso en largas caravanas, por la calle Alvarado, que corta por el eje la ciudad; la siguen en su prolongación hasta que, oblicuando ligeramente, se convierte en agreste camino, y por él mar-

chan para transponer el puente de la antiquísima Zanja Blanca, que corre entre la ciudad y el cerro San Bernardo; repechando luego el boquete del Portezuelo, se pierde poco a poco en los enrevesados vericuetos de la senda serrana...

Hacia la izquierda extiéndese en lontananza, a lo largo, el justamente ponderado valle de Lerma. Crúzalo por el centro el ferrocarril que va de Salta a Zuviría y Talapampa, donde el valle se acaba y muere en la quebrada de Escoipe, puerta de los valles Calchaquíes. Mirando desde la altura del cerro de San Bernardo, se dilata el valle encantador, hasta la lejanía indecisa, de un celeste desvaído. Primero, entre los cuadros obscuros de los rastrojos, verdean alfalfares y cebadales, en que se adivina la bendición del regadío. Arbolados de fincas, como islas de sosiego en aquel piélago afanado de trabajos agrícolas, destacan sus manchones verdinegros, en cuyo centro blanquean alegremente las viviendas. Una extensa alameda de gigantescos álamos carolinos se desarrolla como una cinta verde sobre el suelo blanquecino; sale de la ciudad y avanza larga distancia, hasta llegar al puente de Arenales. Pasando el río Arias se insinúan turgencias de loma: son los Cerrillos, cuyas hondonadas servían de escondite a los tenientes de Güemes, para disimular su presencia, mientras rondaban la ciudad, preparando una de aquellas fiestas del valor que diezmaban un escuadrón realista, o arrebataban una patrulla a la vista del ejército, o sacaban de la misma ciudad a la cincha a un centinela enlazado del pescuezo, entre las imprecaciones de la guardia, sorprendida por la terrible audacia del gauchaje... Ahora Cerrillos es simplemente una estación ferroviaria de mucho movimiento, porque frente a ella desemboca en el valle de Lerma la quebrada del Toro, por donde vienen las tropas de carros que conducen desde Tres Morros, a 200 kilómetros de distancia, la riqueza de las borateras salteñas, cuya excelente calidad compite con

las mejores de la Puna. Alrededor de la estación ferroviaria, las bolsas de bórax se apilan en montañas.

Más allá de Cerrillos, mejor dicho, desde que se pasa el río Arias, a ambos lados de la vía férrea, se extienden los tabacales, que dan una fisonomía propia a la vida de este rico valle de Lerma, el cual, con un riego abundante, puede transformarse en una vega cubana. Las parcelas de tierra con regadío cobran crecidos arrendamientos y procuran buenas ganancias al arrendatario; y así como en Tucumán todo el mundo tiene algo que ver con el azúcar, en Salta no hay casi persona activa que no esté, de un modo o de otro, ligada a plantaciones de tabaco y a la industria correlativa del engorde de novillos para exportar a Antofagasta. Este negocio de engordar novillos para el consumo de los mercados de Chile es un renglón importante, que ocupa muchas actividades en los valles salteños. Desde arriba del cerro veíamos en las chacras las manchas variopintas de los grandes novillos que pastaban en los alfalfares. Son excelentes animales, de origen chaqueño, grandes y fuertes, inmunizados por su procedencia contra las epizootias regionales. Son muy huesudos y largos de patas; pero esto, que en las estancias de Buenos Aires constituiría un defecto, representa en Salta una preciosa ventaja, pues da a los novillos la indispensable aptitud para las grandes travesías con que tienen que ir a buscar el mercado, a cien leguas, al otro lado de la cordillera, por sendas tan ásperas que hay que errar a las reses, para que no queden deshechas en el camino. Este negocio de engorde y exportación de ganado a Chile no ha alcanzado sus naturales proporciones, porque la república vecina, protegiendo la industria de sus ganaderos de las estancias del Sur, cobra un fortísimo impuesto por res a las importaciones argentinas.

Tal es el vasto panorama de la ciudad de Salta, contemplada desde el cerro vecino, y tales son los recuerdos de su pasado y las observaciones sobre su presente que

sugiere la contemplación de su belleza y su prosperidad. Ganadera, hortícola, dueña de esa maravillosa huerta del Campo Santo, donde el naranjo y el chirimoyo confunden sus azahares; tabacalara, azucarera también; balnearia, con sus fuentes termales, privilegio exclusivo de la Naturaleza, Salta, la antigua, la hidalga, la industriosa, es una de las regiones más fértiles y ricas de la República Argentina y del mundo entero.

Según MANUEL BERNÁRDEZ.

122. Los «tajaretes» de Salta.

La configuración del suelo presenta en Salta, especialmente en el valle de Lerma y sus alrededores, la clásica peculiaridad de los *tajaretes*. Desde los tiempos de la conquista se ha llamado así a unas breves quebradas, que son como tajos o hendeduras de la montaña, o bien como zanjas angostas y a veces bastante profundas, socavadas por las aguas pluviales. Generalmente están secos; tomaríanse por una especie de caminos naturales, en los que puede marchar cómodamente un hombre, desapareciendo hasta la coronilla a las miradas de quienes andan por el valle o la montaña. Con su fondo de lavadas piedras y sus paredes cubiertas de helechos y de flores silvestres, brindan al viajero, en las horas de sol, fresca y discreta sombra.

Durante la guerra de la Independencia constituyeron un precioso recurso para los gauchos montoneros de Güemes. Después de haber acosado al enemigo, desesperándole con sus inesperados ataques, hombres y caballos desaparecían, como sumidos en la tierra. Metíanse en algunos de los muchos tajaretes, donde era casi imposible descubrirlos, por el sesgo y caprichoso curso de la hendedura, que, al serpentear por la montaña, formaba en cada curva o pliegue un escondite. Después de descansar y reponerse hombres y potros, emprendían de nuevo, en el momento más imprevisto, el ataque o la carrera.

Tuvieron capital importancia los tajaretes en la fundación de la ciudad de Salta; débeseles la elección del sitio donde se levantó, y hasta su curioso y eufónico nombre, que se extendió a toda la región. La belleza y feracidad del valle de Lerma no fué lo que determinó a los conquistadores españoles, en 1582, a echar los cimientos a la ciudad. Como las demás poblaciones indianas, nació más bien de la militar necesidad de la defensa contra los indígenas. Vecinos estaban los belicosos Calchaquíes, a quienes nunca pudo verdaderamente reducirse. Pues bien, los tajaretes del lugar significaban una gran ventaja para la guerra, sirviendo de inagotables fosos y contrafosos. El nombre de Salta dado a la nueva población proviene, según los cronistas, de una frase típica, repetida a cada momento, ya en burlas, ya en serio, por aquellos animosos conquistadores. Cuando alguno se hundía en las quebradas, donde corría si acaso un arroyuelo, decíasele: «¡Salta, salta, para que no te ahogues!».

123. Los ríos de Jujuy.

El magnífico panorama de Jujuy es, puede decirse, el mismo en todas las estaciones: los valles y faldas están siempre verdes, y las altas cumbres siempre blancas. Sólo cambian los ríos en las crecientes. Ni por su manso aspecto habitual, ni aun por las señales que dejan de su obra destructora, es posible formarse una idea de lo que son los ríos de Jujuy cuando se desbordan. Es necesario haberlo visto, y entonces el espectáculo es imponente. Durante la mayor parte del año, uno de estos ríos es apenas bulliciosa corriente, que, en un espléndido marco de montañas cubiertas de lujuriosa vegetación, se desliza serpenteando sobre un manto de piedras rodadas. De orilla a orilla, mide unos cuatro, cinco o diez metros. Pero el plano cubierto de rodados, que denota las proporciones que el río llega a alcanzar, presenta un ancho de cuatro-

cientos a quinientos metros de una a otra barranca. Sobre este pedregal crecen pequeños árboles que lo han invadido: tuscas, churquis, breas y garabatos. En él hay moles de piedra que las aguas han arrastrado y que pesan cuatro o cinco toneladas, troncos de gigantes ceibos, nogales, tipas o cebiles, que las lluvias descuajan, y en las orillas largos trechos de barrancos desmoronados. Tal es el aspecto genérico de los ríos jujeños, hasta el día en que, llegando densas nubes del Sudeste, se precipitan por las faldas de los cerros en que nacen...

De pronto, los rumores aumentan y se aproximan. Vese flotar una masa de árboles que vienen rompiéndose y arrastrando las piedras y obstáculos a su paso; el lejano rumor se convierte en un trueno continuo; los árboles del pedregal caen, la corriente se los lleva, se alejan; el valle queda cubierto por la masa de las aguas que se han enrojecido con las areniscas componentes de los cerros. La corriente, concentrando su fuerza sobre puntos determinados, por las curvas que describe, desmorona barrancos y se diría que hasta arrastra los mismos cerros. La duración de estas avenidas es variable, pues depende de la cantidad de agua; pero siempre son de lamentables resultados para los agricultores, que unas veces pierden con ellas las *bocatomas* de sus acequias, y otras, si los sembrados están próximos al rio, buenas fracciones de tierras cultivadas. Cuando el caudal de agua disminuye, cesa la inundación y el río vuelve a su cauce normal, sólo queda, en vez de los montecillos que invadían el pedregal, el amplio manto de piedras lavadas por las aguas.

Según EDUARDO A. HOLMBERG (hijo).

124. El indio viejo.

Era un indio viejo y pobre
que vivía allá en Jujuy,
solitario en su ranchito,
que en una quebrada vi.
Tocaba el indio la quena
con tan tristes sones y
con tanta melancolía
como nunca, nunca oí.
Nadie había en la quebrada,
desde la punta hasta el fin;
nadie, nadie que cantase
como él un yaraví.
Cuentan que en sus buenos tiempos,
al llegar el mes de abril,
el indio de la quebrada
se aprestaba para ir
con su quena y con sus bailes
a la feria de Jujuy,
y que ninguno como él
bailaba — dicen así —
chacareras y palitos
al son de bombo y violín.
Refieren en la comarca,
desde Humahuaca a Yaví,
que cierta vez un señor
que recorría el país,
le oyó cantar y le dijo:
— Si usted me quiere seguir,
venga conmigo y ganamos
mucha plata por ahí.
— Gracias, señor; pero de este
rancho no me quiero ir.
— Saldrá usted de la pobreza
de este sucio cuchitril,
con bailar la chacarera
o cantar un yaraví.
— Señor, en este ranchito
esperando estoy mi fin.
— Conocerá nuevas tierras,
conocerá su país...
— Le agradezco, señor; pero
no quiero salir de aquí.
— Usted vive solitario
a cien leguas de Jujuy,
sin familia sin amigos,
sin tener que comer, sin
abrigos para la noche
cuando haya heladas y...
— Ahí está; todo eso es cierto;
pero yo vivo feliz... —
Así dijo el indio viejo
que vivía allá en Jujuy,
solitario en su ranchito,
que en una quebrada vi.

MANUEL GÁLVEZ.

125. Una aventura en el Chaco.

(Del diario de un ingeniero)

Me ha ocurrido esta mañana una aventura que jamás podré olvidar, aunque viva cien vidas. De ahí que la consigne en estas páginas, entre los apuntes de mis mensuras y algunas anotaciones técnicas y comerciales. Como era

día de fiesta, determiné suspender mis trabajos, y salí a dar un paseo por los alrededores de nuestras carpas. Llevaba por precaución una escopeta de varios tiros y algunas municiones, ya para defenderme de las fieras, llegado el improbable caso, ya para tirar sobre algún puma o ciervo que tuviera la inocente idea de ponerse a tiro.

Guiado sólo por mi brújula, procuraba no alejarme gran trecho de la orilla del río Pilcomayo. Iba pensando en el pasado, el presente y el porvenir del inmenso territorio subtropical donde a la sazón estaba yo ocupado en tareas profesionales. ¡Éste, que medía y hollaba bajo mis plantas y con mis instrumentos, era el antiguo, el legendario, el impenetrable «Gran Chaco» o «Chaco Gualamba», ahora dividido entre las tres repúblicas de Bolivia, el Paraguay y la Argentina! Interesábame la parte argentina, sin duda la más rica y principal, que comprende las gobernaciones de Formosa y del Chaco propiamente dicho. Pensaba en la riqueza de sus naturales bosques de quebrachos centenarios; en las plantaciones de caña y los ingenios azucareros; en el gran desarrollo que va tomando la producción del algodón; en las estancias de la región del Sur; en la flora exuberante del país y en su rica fauna. Recordaba asimismo que todavía existen en el interior de sus selvas, aunque en disminución y decadencia, varias razas de indios: los Tobas, los Matacos, los Choritis, de la estirpe guaycurú, y los Chiriguanos, de la estirpe guaraní. Estaban destinados a desaparecer, a refundirse con los blancos, a medida que avanzara la civilización. Llegué a representarme el futuro Chaco argentino, todo poblado de cultivos y de establecimientos industriales. Sin duda, el territorio iba perdiendo su primitivo carácter salvaje; tal vez fuera conveniente que el Estado conservara algún buen retazo para hacer de él una especie de paseo público nacional; engarzada como una esmeralda en la industriosa República, perduraría la selva virgen, con su ruda belleza ofrecida al viajero, sus bosques abiertos al natura-

lista, sus fieras para el cazador... ¡Si casi ni se veían ya fieras en aquella parte poblada de Chaco! En seis meses no se nos había presentado un solo jaguar, aunque, en verdad, hablábase con frecuencia de inoportunos encuentros. Temíase sobre todo a los jaguares antropófagos, que habiendo probado la carne humana, preferíanla a todo alimento y aguzaban el ingenio para seguir la pista de los hombres... Pero no había que temerlos por allí, pues la pólvora y el fuego los tenían ahuyentados de los parajes próximos a los grandes ríos.

Vagando yo distraído en estos pensamientos, me sorprendió de súbito un tropel que se abría camino en los matorrales. Ante mi vista pasaron, huyendo despavoridos, los ciervos de copiosísimo rebaño; lanzáronse al río, cruzáronlo a nado y desaparecieron en la orilla opuesta. Faltóme tiempo para preparar la escopeta; cuando tiré, estaban ya fuera de mi alcance. Impresionado por aquella huída, que no me explicaba, detúveme un momento. Vi entonces algo que me pareció más extraño aun; con esfuerzos desesperados, un zorro trepaba a un árbol. Al principio, sin poder dar crédito a mis ojos, pues jamás oí de zorros que poseyeran tal habilidad o costumbre, supuse que fuese un gato montés. Acerquéme, y comprobé azorado que era realmente un zorro, quizá un zorro innovador, quizá loco...

Excitada mi curiosidad por la disparada de los ciervos y la extravagancia del zorro, mis oídos percibieron un ligero susurro de las matas. Latióme el corazón violentamente, como anunciándome un peligro; eché una rápida mirada hacia adelante, y de pronto lo comprendí todo... A la distancia de unos veinte pasos, dos ojos redondos y como luminosos me acechaban... Era un jaguar, un feroz tigre de América, tan terrible y potente como el de Bengala: probablemente venía persiguiendo el rebaño de ciervos, y al verme se había detenido... Crítico era el trance; demasiado inocente, había caído yo en la impru-

dencia de avanzar solo, sin un guía, sin un perro siquiera...

Mi inteligencia se iluminó en aquel instante con febriles recuerdos y temores. Si perecía bajo las zarpas de la fiera, ¿cuál sería el porvenir de la esposa y de los cinco hijos que había dejado en el Rosario?... Pero, lejos de desmayar, el enternecimiento de mis añoranzas pareció infundirme valor. Como en un sueño, alcé la escopeta, que tenía cargada de bala, y apunté largamente. ¡Si erraba el tiro, era hombre muerto!... La fiera,



que estaba aún algo distante, no se movía; entre el matorral, iluminado por el tibio sol de invierno, divisaba yo su grupa baya y manchada... Juzgué prudente esperar a tenerla más cerca; hasta podía suceder que ella optase por una retirada, sin atacarme, y en tal caso resultaba temerario provocarla. No dándome la fiera mucho tiempo para pensar, decidióse y avanzó hacia mí, lentamente, casi rampando sobre sus nerviosos jarretes, pronta a atraparme de un enorme salto... Fijé bien el punto de mira de mi escopeta en el testuz del animal, entre ambos

ojos, y, aunque no muy seguro de mi puntería, puesto que no soy diestro cazador, apreté el gatillo, antes de que fuese demasiado tarde... Sonó el tiro, oyóse al mismo tiempo un bramido doloroso, eché el cuerpo atrás, y el tigre, dando el esperado salto, cayó algunos pies delante de mí, con el pecho cubierto de sangre; estaba herido en el cuello, ¡pero más rabioso, más terrible aun!...

No podría decir lo que pasó entonces por mí. Tenía otras balas en la escopeta, que era de repetición, y tiré, rápido como el relámpago, apuntando apenas, casi inconsciente de lo que hacía... Esta vez tuve mejor suerte. La fiera, sin exhalar un quejido, cayó redonda sobre el flanco y estiró las patas en un rápido estertor...

Cauteloso, reculé unos pasos y esperé todavía unos segundos, aspirando el aire en grandes bocanadas. Parecióme que nacía de nuevo. Miré a mi alrededor, y hallé al cielo, al mundo, a la vida, una hermosura antes desconocida para mí. Apoyé en el suelo la culata del arma, me descubrí, me enjugué el sudor de la frente con la diestra, y, al fin, me acerqué al cuerpo rígido del jaguar. ¡Estaba muerto, sí! Agachéme sobre su robusta cabeza y la levanté en mis manos. La primera bala le había dado en el cuello, le había atravesado probablemente el esófago y había salido por la paleta; otra le entró por las fauces abiertas, penetró por el paladar, y parecía haberse alojado en el cerebelo... ¡Allí estaba, tendido para siempre, como un tibio despojo de la Naturaleza, el terrible dueño y señor de las selvas americanas! Y, al ver tanta fuerza destruída, tuve un sentimiento de compasión por la bestia sacrificada... ¡Cuán cierto es que no hay ni puede haber, para el hombre, una alegría completamente pura y exenta de la más ligera sombra de tristeza!

VI. EN EL SUR

126. Los faros de las costas argentinas.

La navegación en las proximidades de la costa es siempre más peligrosa que en alta mar. Diríase que la naturaleza defiende los continentes y pueblos marítimos por medio de riscos y peñones, a veces traidoramente ocultos bajo la superficie del agua. En ciertos parajes, huracanadas corrientes chocan contra las rocas costeñas, rompiéndose en numerosos penachos de espuma. El paso de los grandes estuarios y ríos suele obstruirse con escondidos bancos de arena, que parecen trampas para apresar por la quilla a los navíos. Opacas nieblas envuelven en ocasiones la cercana costa, como para engañar al inexperto marino, que, creyéndose en alta mar aun, podría àventurarse imprudentemente entre los riscos y los bancos. Todavía hay que añadir, a estas múltiples asechanzas, el movimiento de los grandes puertos, donde continuamente entran y salen embarcaciones, con posibilidad de choques fatales. Los naufragios más horribles se producen a menudo frente a las costas, y no dan siempre tiempo al salvamento.

Para la seguridad de la navegación en la proximidad de la tierra y en la entrada de los puertos, especialmente durante la noche, la moderna civilización usa de eficaces medios. En los puntos más peligrosos y en los puertos, constrúyese una alta torre coronada por un poderoso foco de luz, el faro. Para que el navegante no vaya a confundirlo con una estrella, puesto que irradia sobre el horizonte hasta veinte y treinta millas de distancia, dase a la luz sus señas y caracteres propios, y, sobre todo, regulares y mecánicas intermitencias. El faro argentino del cabo San Antonio, por ejemplo, en el extremo sur de la ensenada de Samborombón, posee una luz in-

confundible, con destellos de duración de 12 segundos y un eclipse de 18.

No siempre basta el faro asentado en tierra firme o en alguna isla para advertir al navegante. A veces, el peligro no es fácil de indicar por medio de faros erigidos en sitios relativamente distantes. En tal caso se recurre al procedimiento de buques-faros y de boyas luminosas, sólidamente anclados junto a los riscos o sobre los bancos de arena. Hácese esto especialmente útil en la entrada de los puertos. Así, en la del río de la Plata, la República Argentina ha puesto y mantiene una serie de oportunas indicaciones: el buque-faro «Recalada», el buque faro de Punta del Indio, la boya luminosa «Cuirasier», la boya luminosa de Banco Chico, las farolas de los malecones del puerto de la Plata y las farolas del puerto de Buenos Aires. También en el puerto de Bahía Blanca hay un buque-faro de «Recalada» y varias boyas luminosas.

A estos recursos de faros, buques-faros y boyas luminosas hay que agregar las estaciones radiotelegráficas, establecidas también para seguridad de la navegación cerca de las costas. El telégrafo sin hilos, la moderna invención de Marconi, sirve para que los buques comuniquen con la tierra firme y viceversa, de modo que los riesgos ocasionales de la entrada en un puerto pueden ser conocidos a la distancia, en alta mar.

La República Argentina, además de los citados faros y señales, tiene establecidos en sus costas los faros de punta Médanos, punta Mogotes, río Negro, cabo San Antonio, punta Delgada, punta Pingüino, punta Gallegos, cabo Vírgenes, punta Dungeness, islas Año Nuevo, y, asimismo, estaciones radiotelegráficas en Buenos Aires (dársena Norte), Bahía Blanca (Puerto Militar), punta Mogotes, punta Delgada, isla Leones, isla Pingüino, monte Entrance, cabo Vírgenes, cabo Penas, cabo San Pío, puerto Harberton e islas Año Nuevo. Todas estas instalaciones están servidas por la marina de guerra. El observatorio magné-

tico de las islas Año Nuevo es el más completo de la América del Sur.

Aplicando los últimos adelantos de la técnica, la República Argentina facilita, pues, la navegación comercial en las épocas de paz, y posee en sus costas los elementos necesarios para la defensa nacional en el caso de ser agredida por una escuadra enemiga. Sus faros, esos guías amistosos y protectores, son también como centinelas de la patria avanzados en el mar, y siempre de pie, con su vigilante mirada de luz tendida sobre el horizonte.

127. La Australia Argentina.

La República Argentina posee un vastísimo territorio austral, llamado la Patagonia, que podría denominarse también, por su situación y sus caracteres, la «Australia Argentina». Comprende este territorio tres regiones: la zona de la costa, la zona central y la zona andina o de los Andes.

La zona vecina a la costa contiene pastos acaso no muy abundantes, pero de una calidad muy especial, que permite aprovecharlos para la cría de vacas, ovejas, caballos y cabras. La práctica demuestra que el ganado soporta allí el clima al aire libre todo el año. Los valles de los ríos y cañadas son aprovechables para la agricultura. La zona central es menos fértil, y su clima, por la distancia del mar, menos templado. No obstante, posee grandes planicies, donde, con ciertos cuidados, pueden plantearse establecimientos ganaderos. La zona andina, o sea la montañosa, empieza en los primeros contrafuertes de la cordillera. Sus paisajes son bellos e imponentes. Está toda ella caracterizada por espesos e interminables bosques de hayas antárticas y una vegetación herbácea que satisfaría al estanciero más exigente.

La Australia Argentina es, pues, salvo ciertas partes del interior, un territorio propicio al desarrollo de la ganadería y de la agricultura. Sus condiciones lo llaman a ser, en un porvenir no lejano, un gran centro de civilización y fuente de riqueza. Sin embargo, puede decirse que está despoblado aún. Sus extendidas praderas esperan nuevas generaciones que las cultiven y civilicen.

Imaginad, jóvenes argentinos, esos millares de leguas poblados de estancias, de industrias, de ciudades. En cada abra de la costa atlántica se alzará un puerto, en cada valle un ferrocarril, en cada planicie un pueblo. Entonces, la República, con veinte o treinta millones de habitantes, será una de las primeras potencias del mundo. Y tales tiempos pueden acercarse a nosotros si las nuevas generaciones se lanzan audaz y virilmente a la colonización del hermoso desierto. ¡Adelante! ¡La Australia Argentina espera nuestros esfuerzos!

Según Carlos M. Moyano y Roberto J. Payró.

128. La Suiza Argentina.

I. PAISAJE DEL LAGO NAHUEL-HUAPI

Desde las eminencias de la península del Oeste presenta el gran lago Nahuel-Huapí un paisaje glacial típico, aunque fértil en extremo: los grandes trozos graníticos se elevan en las ondulaciones de las morenas, sobre espléndidos frutillares silvestres. Las morenas tienen una altura de cien metros sobre el lago, y parecen levantarse en líneas paralelas, siendo las más elevadas las más próximas. Predomina el granito; hay trozos hasta de ciento ochenta metros cúbicos. Obsérvase igualmente una roca porfírica y traquitas verdosas y rojizonegruzcas. Desde un alto peñasco se contempla el claro lecho del ventisquero, que en otra época cubrió el lago. Profundas hendeduras de lados redondeados dan al peñasco el aspecto característico de los lomos de ballenas, y las estrías y canaletas pulidas se

conservan netamente. Este promontorio está situado a trescientos metros sobre el nivel del lago. A su pie se extiende el paisaje morenisco del valle oriental y vasta extensión del lago Nahuel-Huapí, con sus cuatro islas y las preciosas ensenadas del Oeste. En toda la orilla, hasta donde la vista alcanza, una faja de árboles, en que predominan los cipreses, separa del lago la ondulada morena.

La cordillera nevada, enorme, dentada y redondeada, según la roca de sus cerros, forma el telón de fondo, al Oeste y Sudoeste; al Norte, los bosques ocultan las abruptas rocas neovolcánicas. Se ve que los trozos de granito proceden de las cadenas del Oeste y Sudoeste, y que, para llegar hasta el promontorio desde el cual se observa el magnífico paisaje, tuvieron que cruzar la parte del lago cubierta por el ventisquero hoy desaparecido. En esta región, el ventisquero más inmediato es hoy el del Tronador, en las nacientes del río Frío; pero no se ve el gigante blanco; su presencia se anuncia, a pesar de la considerable distancia, sólo por los broncos y profundos truenos producidos por el desplome del hielo.

Al pie del promontorio, que está a su vez dominado por una montaña, se extiende una explanada de frutillas. Encuadrada por el bosque alto y por la vegetación que desciende al lago, la orilla está cubierta de grandes trozos erráticos, lamidos perezosamente por las aguas mansas cuando hay calma, y contra los cuales chocan con estruendo las olas en los días de huracán. Son las aguas del lago de color azul obscuro en el centro, y celestes, blancolechosas y luego de color de plata líquida cerca de la playa, donde espejean las pajillas de mica y el cuarzo cristalino blanco. Los pequeños torrentes, que nacen dentro del bosque, en las raíces de los viejos troncos, descienden con fuerte pendiente, y sirven, con los árboles que les dan sombra, de pequeños cercos a encantadores jardines naturales.

II. LA SUIZA ARGENTINA

Por el magnífico escenario de su naturaleza, en la región de los lagos, la Patagonia es la rival de la Suiza europea. La Suiza parece una reducción habitada de la Patagonia Andina; ésta supera a aquélla en grandiosidad y belleza. Aunque semejantes, ninguno de los ponderados lagos de Suiza presenta la majestad imponente, indescriptible, del lago Viedma; ninguno de sus ventisqueros puede rivalizar con el mar de hielo, comparable con un pedazo de costa groenlandesa, dominado por el volcán de Fitz Roy. El lago Argentino es más salvaje, más indómito que sus rivales suizos; sus montañas son más elevadas y pintorescas; sus ventisqueros reemplazan, con su escuadra de témpanos colosales, mágicos, que desfilan ante las selvas vírgenes, las blancas embarcaciones o vapores que en Suiza conducen al viajero. El lago San Martín, separado por los montes Lavalle de los canales andinos, no tiene igual entre los análogos de Suiza. Nahuel-Huapí es como varios lagos suizos sumados. El Monte Blanco, tan celebrado en Europa, tiene un hermano en el patagónico Tronador, gigante geológico siempre airado y siempre rugiente.

Según Francisco P. Moreno.

129. Navegación en los canales de Tierra del Fuego.

A partir de Punta Arenas, el itinerario de nuestro buque era el siguiente: Canal de la Magdalena, canal Cockburn, paso de Breacknock, canal Darwin, canal de Beagle, bahía de Ushuaia... Y los paisajes iban desarrollándose cada vez más interesantes a nuestra vista, con un lujo de color que nadie esperaría encontrar en aquellas regiones. Por momentos aparecía el sol, dorando las alturas crecientes, y dando caprichosos matices a los gruesos montones de nubes, que al propio tiempo señalaban

y ocultaban los montes elevados, casi eternamente envueltos en una capa de densos vapores. Comenzaba la vegetación, y desarrollábase paulatinamente, formando una línea que se extendía hasta perderse de vista, sobre la que se destacaba, con tonos más obscuros y enérgicos, la roca pelada, salpicada aquí y allá por alguna mancha de nieve.

Parecíame estar en plena cordillera de los Andes, pero después de un desastre colosal, de un diluvio que hubiera cubierto valles y hondonadas, dejando sólo descubiertas las cumbres de las montañas. Aquí, la isla Quemada, por cuyas grietas parece correr aún el humo, y cuyo desolado aspecto tiene algo de fantástico y teatral; allí, un montón de verdura en que crece el musgo amarillento junto a las gramíneas de un verde más intenso y vivo; allá, una ensenadita de aguas especulares donde se retrata la costa rígida, de líneas violentas; acullá, la ligera ondulación de la corriente, en el canal... Y todo esto móvil, envuelto en las gasas ligerísimas de una neblina apenas perceptible, esfumado en las lejanías como un sueño vago, con masas de nubes y claros de azul purísimo... ¿Por qué no van allí los pintores argentinos? ¿Por qué no se inspiran en aquella naturaleza salvaje, tan rica de color, tan variada y tan nueva? Allí encontrarían tema para tantos paisajes, para tantas *manchas* admirables... Ya un lago tranquilo, cubierto de hojas de cachiyuyo, rodeado de altas rocas, por las que trepa el ejército del *nothofagus*, ese árbol austral por excelencia, que resiste las nieves y los huracanes, con su copa verde tendida a favor de los vientos más frecuentes y terribles; ya un panorama polar, con los irisamientos del hielo transparente y la blancura mate y fría de la nieve; ya un pedazo de selva virgen, con las hierbas altas, y en que se entrelazan los troncos del *nothofagus* y del caucho, y donde crecen grandes flores, blancas o rojas como la sangre, selva que parece tropical, tanta es su vitalidad; ya — cuando el oto-

ño comienza — el cariñoso matiz sonrosado que toman las hojas perennes de la haya, contrastando sobre los diferentes verdes del resto de la vegetación.

Algunas de las pequeñas bahías a cuyo frente pasábamos, eran encantadoras. Pero, cuando no se navegaba muy de cerca, sólo se veían sus grandes líneas, el verdor del cielo, y los árboles, tan diminutos que parecían juncos, aunque a veces tuvieran un tronco respetable.



[illegible]

Esas bahías, muchas de ellas escondidas, suelen ser puerto de refugio de los loberos, su escondite, mejor dicho, o estación y campamento de los buscadores de oro, ocultos allí a toda mirada indiscreta. Puntos de esos hay sólo conocidos por unos pocos, donde cualquier pirata, cualquier malhechor puede desaparecer de la vista de sus perseguidores, aun con embarcaciones de cierto porte, sin que éstos logren hallarlo.

Una abertura entre dos rocas, sólo visible desde un sitio dado, un paso ancho y sin peligro, y luego una bahía cuyas puertas se cierran tras el buque, y cuyas costas

ofrecen el más seguro abrigo. Cierto comerciante de uno de los puertos visitados en este viaje, y cuya goleta vimos de pronto a corta distancia del transporte, navegando con su mismo rumbo, sin que hubiéramos sospechado su presencia, que nos sorprendió, cuenta que él sabe un sitio de esos, en el que ha solido dejar su embarcación, completamente sola, sin más precaución que la de amarrarla en *arganeo*, y seguro de que nadie la vería... Y como él habrá tantos, casi todos los navegantes de los canales.

De vez en cuando veíase flotar en la superficie, como blanco buque, algún pequeño témpano de hielo, desprendido de los ventisqueros cercanos. Nunca son de gran tamaño, aunque abunden mucho en la estación avanzada. No es raro que sobre ellos se pose algún *shag* (ave marina), como una mancha de tinta en una superficie blanca, ni verlos repentinamente darse vuelta, carcomida su base por las aguas del canal, cuya temperatura es más elevada. Marchan uno tras otro, arrastrados por la corriente en la misma dirección, o se arremolinan y detienen en los remansos, para derretirse lentamente junto a las peñas. Estos témpanos, al desprenderse de los ventisqueros y caer al agua, suelen producir grandes olas que van a estrellarse contra las rocas de la costa y que pondrían en serio peligro a las embarcaciones que se hallaran en las cercanías. Pero pocas veces se ve por allí otra embarcación que alguna piragua fueguina, o las goletas de Punta Arenas, que toman siempre el medio del canal para evitar que una racha las lance contra la costa.

Al regreso, en otoño ya, vi centenares de témpanos que navegaban por el canal; aparte de las aves, eran lo único animado de aquel paisaje ideal, al que sólo faltaba el movimiento de la vida humana para que su pintoresco dejase de ser tan selvático y melancólico como es hoy en ciertos parajes. Alguna vez, cerca de nosotros, a tiro de fusil, pasaba un vuelo de avutardas: el macho, blanco, bri-

llante, a la cabeza de las dos hembras, parduscas, formando triángulo. O, junto a la costa, observábamos el hervidero del agua, producido por la marcha del *pato a vapor*, esa ave que nada con la rapidez que le ha valido su nombre, levantando con las alas rudimentarias gotas y espuma, como si fueran ruedas de paletas puestas en movimiento por una máquina poderosa. El *pato a vapor* no puede volar; pero no he visto ave alguna que nade con tanta celeridad, pues la suya es comparable sólo con la de un pez. O, en en el cielo tranquilo, alguna palomita del Cabo, de alas pintadas como una falena; o la mancha negra primero, y el abierto abanico más cerca, del *darup,* el carancho de Tierra del Fuego, siempre a caza de cadáveres, vecino del pingüino, cuyos pichones devora si logra burlar la paternal solicitud. O, en la costa cercana, y sobre las aguas mansas, el blanco plumaje de la avutarda, pescando entre las peñas; o de los gaviotines, diseminados aquí y allí, devorando los langostinos o los pececillos que se ponen al alcance de su pico agudo, con gallardos movimientos del cuello, y elegantes revuelos rápidos en que mojan las patas en el agua, para levantarse en seguida un metro o dos, y tornar a descender. O la golondrina de mar, de patas palmeadas, pequeña y de intenso color pardo obscuro, a la que la superstición del marinero atribuye el don de pronosticar desastres, y que le anuncia temporal si llega a posarse en su barco.

Pero toda esa vida animal, toda la que bulle en las aguas del canal de Beagle, no logra desvanecer la profunda impresión de soledad que producen aquellos sitios, impresión que ha comenzado en el Atlántico Sur, donde raras veces se ve una vela, y que se hace más intensa allí. El canal tiene todo el aspecto del desierto, o una extraña autosugestión lo hace creer. El hecho es que aquellas peñas, aquella nieve, parecen no holladas nunca por el pie humano, y los árboles, corpulentos en la costa, más pequeños a medida que trepan a las alturas, hasta hacerse

achaparrados y muy diseminados cerca del límite de la nieve, muestran sus hojas siempre verdes, con la languidez triste de lo que no alberga a ser viviente alguno.

Ni aun pasaba por nuestra imaginación que sobre aquellos acantilados, o en aquellas playas, detrás de un tronco o de una piedra, pudiera ocultarse alguno de esos indios fueguinos en cuyo detrimento se han forjado tantas leyendas, haciéndolos antropófagos, ladrones y asesinos por tendencia, leyendas que no se desvanecerán muy pronto aunque ya se haya trabajado en ello.

De súbito nos sorprendió el espectáculo de uno de los ventisqueros, el primero que veíamos en los canales, y también uno de los más pequeños, cuya nieve llegaba hasta el mar, con tonos azulados suaves y tenues, muy finos, que hacían resaltar más la blancura casi absoluta de la nieve en la cima, destacada a su vez sobre el fondo plomizo del cielo. Hermoso espectáculo, que nos produjo profunda impresión, aunque entre nosotros fuéramos varios los que habíamos visto *glaciares* en los Andes. No es lo mismo encontrarlos en una grande altura, que verlos allí al nivel del mar, rodeados de vegetación, en medio de una temperatura agradable, como de un día plácido de primavera, y donde parecería que la nieve no pudiera conservarse sino breves instantes. Sorprende el espectáculo, cuya visión se conserva en la retina, y ha de conservarse largos años sin duda.

Según Roberto J. Payró

PARTE CUARTA

CUADROS y FASES de la VIDA ARGENTINA

130. Nuestra vida.

1. Nuestra vida es un río. Tormentas y pasiones
anegan y derrumban y pulverizan todo;
son los ocultos riscos mentiras y traiciones;
el egoísmo trueca los caudales en lodo.

2. Las fallas del carácter son los bancos de arena,
rencores y desdenes son témpanos de hielo,
las raudas cataratas son las crisis de pena,
y treguas y bonanzas los días de consuelo.

3. Si nuestra vida baja desde la cumbre incierta
al hogar y a la patria y al mundo y al vacío,
que nunca en un torrente ni en lodo se convierta,
¡que corra nuestra vida serena como un río!

I. EL HOGAR

131. El consejo maternal.

1. «Ven para acá», me dijo dulcemente
mi madre cierto día;
aun parece que escucho en el ambiente
de su voz la celeste melodía.

2. «Ven y dime qué causas tan extrañas
te arrancan esa lágrima, hijo mío,
que cuelga de tus trémulas pestañas
como gota cuajada de rocío.

3. «Tú tienes una pena y me la ocultas:
¿no sabes que la madre más sencilla
sabe leer en el alma de sus hijos
como tú en la cartilla?

4. «¿Quieres que te adivine lo que sientes?
Ven para acá, pilluelo,
que con un par de besos en la frente
disiparé las nubes de tu cielo».

5. Yo prorrumpí a llorar. «Madre, le dije,
la causa de mis lágrimas ignoro;
pero de vez en cuando se me oprime
el corazón, ¡y lloro!...»

6. Ella inclinó su pensativa frente,
se turbó su pupila,
y, enjugando sus ojos y los míos,
me dijo más tranquila:

7. «Llama siempre a tu madre cuando sufras,
que vendrá, muerta o viva;
si está en el mundo a compartir tus penas,
¡y si no, a consolarte desde arriba!...»

8. Y lo hago así cuando la suerte ruda
como hoy perturba de mi hogar la calma:
¡invoco el nombre de mi madre amada,
y entonces siento que se ensancha el alma!

Olegario V. Andrade.

132. Amor paterno.

Los niños no comprenden, no pueden comprender cuánto los aman sus padres. Es preciso ser padre para comprenderlo. Los padres viven de la vida de los hijos, y aun, si sufren la inmensa desgracia de perderlos, tiénenlos presentes siempre, como si vivieran...

¡Pobre hijita mía! La amaba con el sentimiento reflexivo de la edad experimentada; la amaba con los ideales de la juventud; la amaba con la ingenua ternura del bebé para con su muñeca. Las risas de otras niñas, los cantos de los pájaros, y, sobre todo, los pequeños cráneos que veo en el museo donde estudio, evocan en mi corazón su silueta llena de gracia y de ternura. En las pupilas de aquella pequeña alma el engaño había puesto todas las alegrías de la vida, la dulzura de todas las primaveras. Un amor puro y tranquilo como el agua de las fuentes unía nuestros corazones y calmaba mi espíritu agitado por la brega diaria.

Cuando salía a recibirme, sonriente, en alto las manitas, esforzándose por correr sobre el desnivelado piso de la acera, tendía yo a mi vez las manos, mis brazos se juntaban a sus brazos, y todo se condensaba en un silencioso, cálido, largo beso, lleno de ternura, que un ligero transporte del espíritu consagraba como una felicidad. Todas las preocupaciones, rencores, intrigas, odios, que sumados arrojan el dolor, intenso a veces, a veces disimulado como un eco, de lo que mina muy hondo, se disipaban en mí mágicamente a los balbuceos de la pequeña, que ya quería penetrar como un sabio los misterios de la Naturaleza, ya interrogaba como una insana el porqué de lo insignificante.

Había nacido para ser querida. «¡Qué encanto!», exclamaba la gente al pasar; y era menùda y frágil, aunque con la tez coloreada como una cereza. Tenía en su mirada algo prematuro de noble melancolía, que prendaba y decía que aquella criatura sería un consuelo pa-

ra los desventurados. No era posible suponer su rostro profanado por el enojo; no era posible imaginar alterada aquella cabeza modestamente hermosa. Sentada en mis rodillas, en las plácidas noches de verano, dirigía ella sus ojos a la Luna y a las estrellas, y la Luna y las estrellas eran sus amigas; las nombraba. Estrechamente unidos, juntas a ratos las mejillas, mis brazos ceñidos a su cintura, a sus muslos, a sus inocentes encantos, estimulaba ella mi pasión con cualquier actitud simulada de enojo o de placer, acogiendo con ayes rosados los pellizcos que de mí recibía. Así, arrullada por mis caricias, cerraba los ojos y abandonaba su cuerpo sin recelos; yo hundía mi cara en su cabellera de oro y la llenaba de besos, y de lágrimas alguna vez, cuando en la meditación cruzaba mi mente un pensamiento obscuro: cuando pensaba que todo aquello podía faltarme, arrebatado por un accidente común cualquiera. Un ser menos, ¿qué importaría en este mundo?... ¡Pero no me sería tan trágico ver partida la Tierra!

Una tarde dijo: «Cama, mamá». La madre le tocó la frente, notó fiebre y el termómetro marcó 40 grados; la aflicción fué grande. El médico la examinó sin darnos el diagnóstico; mas sus evasivas dejaron inquietos nuestros ánimos. La pequeña, después de tomar una bebida, durmió. Sus ojos entreabiertos, los estremecimientos de sus brazos, la respiración corta y fatigosa, nos alarmaban. Era ya avanzada la noche. La madre velaba su sueño; yo fuí al escritorio, con el inútil propósito de estudiar; mi cabeza era un volcán de pensamientos lúgubres que el silencio intensificaba con tenaz empeño. No había vuelto una página, y, sin embargo, hacía tiempo que leía. Cerré el libro; dejé la silla, asomé la cabeza por la puerta entreabierta, y vi un pañuelo que enjugaba lágrimas. Un nudo llenó mi garganta y ahogué los sollozos en un rincón de la sala...

Los doce tañidos del reloj se oyeron distintamente en la majestuosa calma de la noche. Una voz débil, an-

gustiosa, me llamó, y acudí como un relámpago. La pequeña no dormía ya; su vista estaba fija; sus labios, secos; su respiración era anhelosa; el cuerpo, una brasa. Una voz suplicante repitió: «¡Mamá, mamá!»... ¡El termómetro marcaba siempre 40 grados! En un momento preparamos el baño, y las compresas de agua fría dominaron poco a poco la fiebre, quitaron el rojo a las mejillas, el calor a la frente. La pequeña, chapaleando el agua con sus manos, me miró, bella, candorosamente bella, y sus labios sonrientes dijeron: «¡Papá!»...

Casi tranquila, dormía a intervalos, vigilada por la madre, mientras yo preparaba con delicia infinita los 150 gramos de leche que la alimentaban cada dos horas. El día pasó en alternativas. Las relaciones acudían preguntando por la pequeña; las más ofrecían sus servicios. Pero, si la amistad es un consuelo en los grandes infortunios, en esta ocasión no alcanzaba a mitigar nuestras preocupaciones, y se la miraba como a una intrusa que ahondaba el dolor. La noche vino, tan poética y amorosa como las que con la muñeca gozábamos mirando la Luna y las estrellas. Nos quedamos solos, la madre y yo, turnándonos la pequeña en nuestros brazos. Estaba consumida; dos ojeras, brevemente cárdenas, servían de marco a sus ojos siempre hermosos...

Pasa el día en nuevas y siempre renovadas inquietudes. Otra vez suena en la noche el doloroso tañido de las doce campanadas. La pequeña mueve a derecha e izquierda la cabeza de oro; se estremecen de tiempo en tiempo sus brazos; vuelve el alimento; la fiebre sube; se enrojecen las mejillas; abre la boca; las inspiraciones aumentan; una voz ansiosa balbucea a intervalos medidos: «Mamá, mamá». El cuerpo arde. ¡El baño, otra vez el baño, y las compresas de agua fría y de vinagre aromatizado! A través del agua y de la piel distingo la rótula, las costillas, la clavícula, el ancho desproporcionado de las articulaciones, y, sobre este cuerpo desleído, un rostro

de porcelana con la encantadora cabellera por adorno, sostenido por un cuello delgadísimo. El calor baja, pero ya no chapalea ella el agua con sus manitas, ni alza la cabeza para sonreirme. ¡Ya no me mira, ya no me mira! «Mamá, mamá, mamá», repite siempre, como si fueran el amor y la queja mezclados para disipar una congoja profunda. ¡Pobrecita! La paseo en mis brazos, y esto parece aliviarla; mas sus quejas hieren mi corazón como un adiós del que parte para no volver.

La madre, rendida por los sobresaltos y fatigas de cinco días terribles, se ha dormido. Ahora yo solo velo, yo solo miro sus ojos abiertos, yo solo escucho su débil voz suplicante. Sintiendo el alma cargada como una nube, doblo mi cabeza sobre su cabeza, y la hundo, ¡oh!, la hundo con ansia en sus cabellos. «Pasa la felicidad, ¿qué manos podrán detenerla?...», me pregunto súbitamente, en una ciega agitación de esperanza y de amor. ¿Qué manos podrán detenerla? El espíritu necesita un templo donde elevarse. ¿Y el cuerpo de esta pequeña no tiene la santidad y magnificencia de un templo? La beso, la beso, la beso muchas veces, la estrecho contra mi corazón, la quiero, sí, la quiero más que nunca, ahora, ahora que huye de mí... Ha comprendido; fija sus ojos, hace un esfuerzo para sonreír, quiere ceñir su bracito a mi cuello. ¡Oh dicha inefable! Mis ojos se humedecen y confundimos nuestro cariño... Mas no tardan en volver la fiebre, y la agitación, y la fatiga, esta vez desesperantes en un cuerpo tan debilitado.

A los diez minutos sumergimos a la pequeña en el agua tibia, y la pequeña lloró. El baño fué tan largo como lo prescribiera el facultativo; pero la pobrecita era presa de una gran molestia; gritaba «no, papá», «no, mamá»; confundía sus ruegos en un solo nombre: *pamá;* acudía a todo su vocabulario para que la sacáramos del suplicio; se agarraba a nuestros brazos, erguía el cuerpo; su voz de terror, de súplica y de protesta nunca la escuchamos tan violenta. Éramos dos verdugos: empleábamos todas nuestras

fuerzas para desprender aquel esqueleto de nuestros brazos; le gritábamos para tenerla con el agua al cuello; ella cedía trémula y sollozante. ¡Extraño recrudecimiento de la vida, que nos dejaba sorprendidos! Envuelta en una sábana y bajo un fino cobertor celeste, se durmió, cerró los ojos...

Despertó, despertó abatida, pálida, muy pálida, sin agitaciones, sin movimientos, entreabierta la boca, morados los labios, frías las manos. Tomé a la pequeña en mis brazos, tomé sus manitas. No sé qué había en su mirada fija en mis ojos; no sé qué había en aquella tranquilidad de hielo. Noté la respiración débil, como si apenas saliera de la garganta; la aproximé a mi pecho, puse mi rostro sobre su rostro, y la sentí fría, fría como el mármol...

«¡Hija!», le grité con ansia profunda, y la pequeña dijo: «Papá», con calma infinita, y expiró... ¡Oh mi cabecita de cabellos de oro, de ojos celestes, de mejillas de cereza! ¡Oh mis esperanzas, mis ilusiones, mi muñequita!

Según Víctor Mercante

133. En el hogar.

(At home).

1. Bella es la vida que a la sombra pasa
del heredado hogar; el hombre fuerte
contra el áspero embate de la suerte
puede allí abroquelarse en su virtud.
Si es duro el tiempo y la fortuna escasa,
si el aéreo castillo viene abajo,
queda la noble lucha del trabajo,
la esperanza, el amor, la juventud.

2. Hijos, venid en derredor; acuda
vuestra madre también, ¡fiel compañera!,
y levantad a Dios con fe sincera
vuestra ferviente, cándida oración.
Él es quien nos reune y nos escuda,
quien puso en nuestros labios la sonrisa,

da su aroma a la flor, vuelo a la brisa,
luz a los astros, paz al corazón.

3. Después de la fatiga y del naufragio
ansío rodearme de cariños;
la serena inocencia de los niños
de la herida mortal calma el dolor.
Es para el porvenir dulce presagio
que al hombre con el mundo reconcilia,
el ver crecer en torno la familia
bajo las santas leyes del amor.

4. El vano orgullo, la ambición insana,
aspiren a las pompas de la tierra;
su nombre ilustre en la sangrienta guerra,
lleno de encono, el bárbaro adalid.
Nuestra misión es, hijos, más cristiana:
amar la caridad, amar la ciencia;
puras las manos, pura la conciencia,
dar el licor a quien nos dió la vid.

5. El sol de cada día nos alumbre
el sendero del bien; nada amedrente
al varón justo, al ánimo valiente
que fecundiza el suelo en que nació;
la libertad amemos por costumbre,
por convicción y por deber; en ella
el despotismo estúpido se estrella:
de la Patria los hierros destrozó.

6. ¡Honra y prez a sus padres denodados!
Entre ellos se encontraba vuestro abuelo;
hoy descansa su espíritu en el cielo,
noble atleta vencido por la edad.
Venid en sus recuerdos impregnados,
y llena el alma de filial ternura,
su venerada, humilde sepultura,
con flores y con lágrimas regad.

7. Tomad el ejemplo en él; y cuando un día
emprenda yo mi viaje sin retorno,
erigidme una cruz, y de ella en torno,
sin una mancha en la tranquila sien,
llenos de amor, de paz que es la armonía,
podáis decir de vuestro padre amado:
«Latió en su pecho un corazón honrado;
no fué un prócer, fué más, hombre de bien».

CARLOS GUIDO Y SPANO.

134. La obediencia de los hijos.

Un padre tenía tres hijos: el mayor era por temperamento un indolente; el segundo, un vago, y el tercero, un goloso. Para corregir sus defectos, el padre enviaba al mayor todos los días a la escuela, prohibía al segundo sus escapadas por la ciudad, y mandaba al tercero que sólo comiera a sus horas y moderadamente. Los tres le obedecían de mala gana.

Llamólos un día, y dijo al mayor: «Tú deseas desobedecerme y dejar de ir a la escuela. — Es cierto, padre, repuso el muchacho. — Si dejas de ir a la escuela, ¿serás más adelante un hombre instruído? — No. — Sin serlo, ¿podrás ganarte la vida y hacerte un sitio en el mundo? — Probablemente no... — Por lo tanto, ¿no te hago un beneficio al corregirte de tu indolencia y mandarte a la escuela?...»

Dijo luego el padre al segundo: «Tú deseas desobedecerme e irte a vagar por los campos y montañas. — Es cierto, padre, repuso el muchacho. — Siendo tan pequeño que no tienes aún edad ni para ir a la escuela, ¿no correría tu vida mil peligros si vagaras solito lejos de tu casa? — Así creo... — Pues bien, ¿no te convendría más crecer por ahora e instruirte, para que, conservando la vida y la salud, puedas más adelante recorrer a tu gusto el mundo?...»

Dijo luego el padre al tercero: «Tú deseas desobedecerme y atracarte de dulces. — ¡Ojalá pudiera!, repuso

el muchacho. — ¿No te enfermarías si comieses demasiado? — Me ha sucedido ya eso. — ¿No sabes, por habértelo dicho el médico, que abusando ahora en tus comidas te echas a perder el estómago para siempre? — Sí... — En suma, ya que tanto te gusta la buena mesa, ¿no te parece que debes ante todo cuidar de niño tu estómago, para no ser de grande un desgraciado enfermo?... »

Y el padre terminó diciendo a sus tres hijos: «Los niños, por falta de experiencia, no saben lo que les conviene. Sábenlo en cambio sus padres, porque tienen esa experiencia. De ahí que esté en el interés de los niños obedecer a sus padres. Los niños que los desobedecen labran, para cuando sean mayores, su propia desdicha. Los niños que los obedecen de mala gana revelan, además de torpes sentimientos, escasa inteligencia. ¡Sed niños obedientes si queréis llegar a ser hombres de provecho!».

135. La asistencia de los hijos.

Al salir de mi casa veía yo todas las mañanas, en la calle, un grupo de cinco niños, pobremente vestidos. Eran dos chicas y tres varones, sin duda hermanos. El mayor, una mujercita, contaría apenas unos catorce o quince años de edad, y el menor era un chicuelo que no pasaba de los siete. Llegaban a una esquina, se detenían un momento, daba allí sus instrucciones la hermanita mayor, y cada uno seguía después solo su rumbo con una canasta o bulto. Movido por la curiosidad, detúveme una vez ante ellos y les pregunté: «¿Van ustedes a la escuela?». La niña mayor, que parecía el jefe del pequeño grupo, me contestó: «No, señor, vamos al trabajo. — ¡Cómo! ¿Tan jóvenes y trabajan ustedes ya? Se hace lo que se puede, señor. — ¿Saben siquiera leer y escribir? — Sabemos leer y escribir todos menos el menor de nosotros, a quien yo se lo enseño los domingos y días de fiesta... — ¿Y en qué trabajan ustedes? — Mi hermanita

y yo somos aprendizas de costura y bordado; uno de mis hermanos trabaja con un carpintero; otro, con un herrero, y el menor hace mandados en una imprenta y será tipógrafo... —¡Pero, a su edad, no han de ganar ustedes mucho! — Algo, algo... No tenemos madre, y nuestro padre no puede trabajar porque está enfermo de reumatismo». Iban a retirarse los niños, cuando no pude menos de precisar mi pregunta: «¿Ganan ustedes lo suficiente para mantener a su padre?». La niña me miró como sorprendida, y repuso: «Si el padre mantenía antes a cinco hijos, muy bien pueden ahora cinco hijos mantener al padre».

136. Los hermanos malos y el buen hermano.

Érase una familia de varios hermanos. Considerándole el más apto de sus hijos, el padre llamó en la hora de la muerte al primogénito, y le encomendó la administración de la hacienda común. Bajo su dirección, las cosechas fueron abundantes y la familia vivió en la prosperidad. Pero en el pecho de los hermanos menores anidaba la serpiente de la Envidia. Sentíanse desgraciados de vivir bajo la férula del hermano mayor y sufrían porque se le tributaba público aprecio.

No pudiendo refrenar sus bajos sentimientos, reuniéronse un día y le dijeron: «Hermano, administras nuestro patrimonio como si te perteneciera y nos mandas como si fuéramos tus hijos. Somos ya capaces de manejarnos solos y no estamos dispuestos a obedecer más tus órdenes. Si quieres mandar, cásate y manda a tus hijos en tu casa, y no a nosotros en la nuestra».

Con la muerte en el alma, el hermano mayor comprendió que los suyos le habían perdido el cariño. Como erán huérfanos de padre y madre, no había autoridad a que pudiera recurrir para hacerlos entrar en razón. Limitóse, pues, a responderles: «Hermanos míos, os juro por las cenizas de nuestros padres que sólo quiero vuestro

bien. — Si quieres nuestro bien, le replicaron, debes demostrarlo repartiendo el patrimonio en partes iguales y dejándonos en posesión de nuestra casa». Y el hermano mayor hizo como le dijeron; repartió el patrimonio entre sus hermanos menores, tomó sólo una pequeña parte, y se marchó, con los ojos arrasados de lágrimas.

En vez de ayudarse luego los hermanos menores unos a otros, no reconocían entre ellos autoridad alguna, y mutuamente se envidiaban. La serpiente de la Envidia al primogénito y jefe de la familia, que antes anidaba solitaria en sus corazones, habíase multiplicado. Cada uno llevaba en el pecho un nido de serpientes.

En el desamor y el desorden, la hacienda se disipó y los jóvenes quedaron en la miseria. Entonces, acosados por la necesidad, fueron a llamar a la puerta del hermano mayor. Recibiólos él con los brazos abiertos; pero, a pesar de que en su casa reinaba la abundancia, sólo pudo ofrecerles una pequeña ayuda.

«Disculpadme, hermanos míos, les dijo, que no me sea dado ayudaros como en otro tiempo. Seguí vuestro consejo; edifiqué mi casa y tengo hijos. Ahora me cumple alimentarlos y educarlos. ¿Y sabéis lo que les enseño para que sean felices? ¡A alegrarse todos con el éxito de cada uno, de modo que el éxito de cada uno haga la felicidad de todos!»

137. La mujer.

1. Luchamos en la vida
con la fortuna ciega,
con ambiciones locas,
con vicios y flaquezas;
pero entre los conflictos
de tan terrible guerra,
la mujer es el ángel
que junto al hombre vela.

2. En la inocente cuna
al dolor ya condena
Naturaleza al hombre
que a la existencia llega.
¿Quién secará su llanto
con sin igual ternura?
La madre, que es el ángel,
que junto al hijo vela.

3. Cuando brota en el alma
un fuego que la quema
y el corazón suspira
por otro que le entienda,
entonces de mil flores
dispone su cadena,
la mujer, que es el ángel
que para amarnos vela.

4. ¡Feliz el que en su infancia
tuvo una madre tierna!
¡Más feliz el que halla,
andando su carrera,
la esposa que en sus sueños
buscó dulce y perfecta,
porque ése encontró un ángel
que en torno suyo vela!

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ.

138. La familia.

I. LA CONSTITUCION DE LA FAMILIA

La base fundamental de la sociedad es la buena constitución de la familia. En esta unión primaria de individuos tan diferentes por sus edades, temperamentos, caracteres, gustos, deseos y tipos, obligados por lo mismo a someterse a leyes para vivir en comunidad y sin anarquía, se encuentran los primeros elementos del cuerpo social. Las personas que componen la familia se manifiestan con sus hábitos, sus costumbres, su probidad ingénita o sus inmoralidades hereditarias; pero las buenas instituciones tienen poder bastante para efectuar en la familia una saludable fusión, aminorando los defectos y vicios por el contacto y con el ejemplo de los méritos y virtudes.

II. EL MATRIMONIO

La base principal de la constitución de la familia es el matrimonio. Solamente la legítima unión de un hombre y una mujer libres, atraídos recíprocamente por la simpatía, puede asegurar la pureza y estabilidad de la familia. El matrimonio enlaza dos seres racionales y sensibles, a fin de que el uno encuentre en el otro un auxiliar seguro, y de que, tanto en el buen estado de salud como en las enfermedades, tanto en la ventura como en

la adversidad, se alivien el peso del destino, compartiéndolo.

III. EL GOBIERNO DE LA FAMILIA

Fácil es comprender que, en la familia, el padre y la madre deben tener atribuciones especiales. El marido ha de proteger a la mujer, y la mujer ha de obedecer al marido. Pero, naturalmente, no se trata de una autoridad despótica ni de una condescendencia servil, sino de una superioridad deferente y cariñosa y de una obediencia amable y razonada.

Para que la sociedad conyugal subsista es preciso que uno de los esposos tenga cierta preeminencia sobre el otro. La Naturaleza y la ley civil han dado esta preeminencia al marido, y en ella se origina su deber de proteger a la esposa. La obediencia de la esposa es un homenaje al poder que la protege y una consecuencia necesaria para la unión conyugal.

El gobierno de la familia debe semejarse al monárquico, y no ser absoluto. El esposo será el soberano; y la esposa, su ministro y *alter ego*, el «otro yo», responsable y con atribuciones propias; subordinado, mas con voz deliberativa; debe consultársele en todo asunto importante y de interés común. La opinion del soberano sólo llegará a preponderar, en caso de disentimiento, cuando sea por todo extremo indispensable tomar una decisión. Los hijos representarán a los súbditos, guiados por esa benévola y compleja autoridad, que será tanto mejor para el bienestar de todos cuanto más armonía y unidad haya en su acción. Si este gobierno está bien entendido, y en él son sabiamente respetados los derechos y deberes de cada miembro de la familia, hállase asegurada la realización de su gran fin social y su felicidad.

Según José M. Torres.

II. LA CASA Y LA HUERTA

139. La casa paterna.

(Un hogar de provincias, en San Juan, en el siglo XIX).

La casa de mi madre, la obra de su industria, cuyos adobes y tapias pudieran computarse en varas de lienzo tejidas por sus manos para pagar su construcción, ha recibido en el transcurso de estos últimos años algunas adiciones, que la confunden hoy con las demás casas de cierta medianía. Su forma original, empero, es aquella a que se apega la poesía del corazón, la imagen indeleble que se presenta porfiadamente a mi espíritu, cuando recuerdo los placeres y pasatiempos infantiles, las horas de recreo, después de vuelto de la escuela, los lugares apartados donde he pasado horas enteras y semanas sucesivas en inefable beatitud, haciendo santos de barro para rendirles culto en seguida, o ejércitos de soldados de la misma pasta, para engreirme de ejercer tanto poder.

Hacia la parte del Sur del sitio de treinta varas de frente por cuarenta de fondo, estaba la habitación única de la casa, dividida en dos departamentos: uno, sirviendo de dormitorio a nuestros padres, y el mayor, de sala de recibo, con su estrado alto y cojines, resto de las tradiciones del diván árabe que han conservado los pueblos españoles. Dos mesas de algarrobo indestructibles, que vienen pasando de mano en mano desde los tiempos en que no había otra madera en San Juan que los algarrobos de los campos, y algunas sillas de estructura desigual, flanqueaban la sala, adornando las lisas murallas dos grandes cuadros al óleo de Santo Domingo y San Vicente Ferrer, de malísimo pincel, pero devotísimos y heredados a causa del hábito dominico. A poca distancia de la puerta de entrada elevaba su copa verdinegra la patriarcal higuera que sombreaba aún en mi infancia aquel telar de mi madre, cuyos golpes y traqueteo de husos,

pedales y lanzadera nos despertaba antes de salir el sol, para anunciarnos que un nuevo día llegaba, y con él la necesidad de hacer por el trabajo frente a sus necesidades. Algunas ramas de la higuera iban a frotarse contra las murallas de la casa, y calentadas allí por reverberación del sol, sus frutos se anticipaban a la estación, ofreciendo para el 23 de noviembre, cumpleaños de mi padre, su contribución de sazonadas brevas para aumentar el regocijo de la familia. Deténgome con placer en estos detalles, porque santos e higuera fueron personajes más tarde de un drama de familia en que lucharon porfiadamente las ideas coloniales con las nuevas.

En el resto de sitio que quedaba, de veinte varas escasas de fondo, tenían lugar otros recursos industriales. Tres naranjos daban fruto en el otoño, sombra en todos tiempos. Bajo un durazno corpulento había un pequeño pozo de agua, para el solaz de tres o cuatro patos, que, multiplicándose, daban su contribución al complicado y diminuto sistema de rentas sobre que reposaba la existencia de la familia; y como todos estos medios eran aún insuficientes, rodeado de cerco, para ponerlo a cubierto de la voracidad de los pollos, había un jardín de hortalizas del tamaño de un escapulario, y que producía cuantas legumbres entran en la cocina americana, el todo abrillantado e iluminado con grupos de flores comunes, un rosal morado y varios otros arbustillos florescentes. Así se realizaba en una casa de las colonias españolas la exquisita economía de terreno y el inagotable producto que de él sacan las gentes de campaña en Europa. El estiércol de las gallinas y la bosta del caballo en que montaba mi padre, pasaban diariamente a dar nueva animación a aquel pedazo de tierra que no se cansó nunca de dar variadas y lozanas plantas; y cuando he querido sugerir a mi madre algunas ideas de economía rural, cogidas al vuelo en los libros, he pasado merecida plaza de pedante, en presencia de aquella ciencia de la cultura que fué el placer y

la ocupación favorita de su larga vida. Hoy, a los setenta y seis años de edad, todavía se nos escapa de adentro de las habitaciones, y es seguro que hemos de encontrarla aporcando algunas lechugas, y respondiendo en seguida a nuestras objeciones, con la violencia que se le haría, de dejarlas, al verlas tan maltratadas.

Todavía había en aquella arca de Noé algún rinconcillo en que se enjebaban o preparaban los colores para teñir las telas, y un pudridor de afrecho de donde salía todas las semanas una buena porción de exquisito y blanco almidón. En los tiempos prósperos se añadía una fábrica de velas hechas a mano, alguna tentativa de amasijo, que siempre terminaba mal, y otras mil granjerías que sería superfluo enumerar. Ocupaciones tan variadas no estorbaban que hubiese orden en las diversas tareas, principiando la mañana con dar de comer a los pollos, desherbar, antes que el sol calentase, las eras de legumbres, y establecerse en seguida en su telar, que por largos años hizo la ocupación fundamental. Está en mi poder la lanzadera de algarrobo lustroso y renegrido por los años, que había heredado de su madre, quien la tenía de su abuela, abrazando esta humilde reliquia de la vida colonial un período de cerca de dos siglos, en que nobles manos la han agitado casi sin descanso; y, aunque una de mis hermanas haya heredado el hábito y la necesidad de tejer de mi madre, mi codicia ha prevalecido, y soy yo el depositario de esa joya de familia. Es lástima qne no haya de ser jamás suficientemente rico o poderoso para imitar a aquel rey persa que se servía en su palacio de los tiestos de barro que le habían servido en su infancia, a fin de no ensoberbecerse y despreciar la pobreza.

La lucha se trabó, pues, en casa, entre mi pobre madre, que amaba a sus dos santos dominicos como a miembros de la familia, y mis hermanas jóvenes, que no comprendían el santo origen de estas afecciones, y querían sacrificar los lares de la casa al bien parecer y a las preocu-

paciones de la época. Todos los días, a cada hora, con todo pretexto, el debate se renovaba; alguna mirada de amenaza iba a los santos, como si quisieran decirles: « Han de salir para afuera »; mientras que mi madre, contemplándolos con ternura exclamaba: « ¡Pobres santos! ¿Qué mal les hacen, donde a nadie estorban? » Pero en este continuo embate, los oídos se habituaban al reproche, la resistencia era más débil cada día; porque, vista bien la cosa, como objetos de religión, no era indispensable que estuviesen en la sala, siendo mucho más adecuado lugar de veneración el dormitorio, cerca de la cama, para encomendarse a ellos; como legado de familia, militaban las mismas razones; como adorno, eran de pésimo gusto; y de una concesión en otra, el espíritu de mi madre se fué ablandando poco a poco, y, cuando creyeron mis hermanas que la resistencia se prolongaba no más que por no dar su brazo a torcer, una mañana que el guardián de aquella fortaleza salió a misa, o a una diligencia, cuando volvió, sus ojos quedaron espantados al ver las murallas lisas donde había dejado poco antes dos grandes parches negros. Mis santos estaban ya alojados en el dormitorio, y, a juzgar por sus caras, no les había hecho impresión ninguna el desaire. Mi madre se hincó llorando en presencia de ellos, para pedirles perdón con sus oraciones; permaneció de mal humor y quejumbrosa todo el día, triste el subsiguiente, más resignada al otro día, hasta que, al fin, el tiempo y el hábito trajeron el bálsamo que nos hace tolerables las más grandes desgracias.

Esta singular victoria dió nuevos bríos al espíritu de reforma; y, después del estrado y los santos, las miradas cayeron, en mala hora, sobre aquella higuera que vivía en medio del patio, descolorida y nudosa en fuerza de la sequedad y los años. Mirada por este lado la cuestión, la higuera estaba perdida en el concepto público; pecaba contra todas las reglas del decoro y de la decencia; pero para mi madre era una cuestión económica, a la par que

afectaba su corazón profundamente. ¡Ah! ¡si la madurez de mi corazón hubiera podido anticiparse en su ayuda, como el egoísmo me hacía, o neutral, o inclinarme débilmente en su favor, a causa de las tempranas brevas! Querían separarla de aquella su compañera, en el albor de la vida y el ensayo primero de sus fuerzas. La edad madura nos asocia a todos los objetos que nos rodean; el hogar doméstico se anima y vivifica; un árbol que hemos visto nacer, crecer y llegar a la edad provecta, es un ser dotado de vida, que ha adquirido derechos a la existencia, que lee en nuestro corazón, que nos acusa de ingratos, y dejaría un remordimiento en la conciencia si lo hubiésemos sacrificado sin motivo legítimo. La sentencia de la vieja higuera fué discutida dos años, y, cuando su defensor, cansado de la eterna lucha, la abandonaba a su suerte, al aprestarse los preparativos para la ejecución, los sentimientos comprimidos en el corazón de mi madre estallaban con nueva fuerza, y se negaban obstinadamente a permitir la desaparición de aquel testigo y de aquella compañera de sus trabajos. Un día, empero, cuando las revocaciones del permiso dado habían perdido todo prestigio, oyóse el golpe mate del hacha en el tronco añoso del árbol, y el temblor de las hojas, sacudidas por el choque, como los gemidos lastimeros de la víctima. Fué éste un momento tristísimo, una escena de duelo y de arrepentimiento. Los golpes del hacha higuericida sacudieron también el corazón de mi madre; las lágrimas asomaron a sus ojos como la savia del árbol que se derramaba por la herida, y sus llantos respondieron al estremecimiento de las hojas; cada nuevo golpe traía nuevo estallido de dolor, y mis hermanas y yo, arrepentidos de haber causado pena tan sentida, nos deshicimos en llanto, única reparación posible del daño comenzado. Ordenóse la suspensión de la obra de destrucción, mientras se preparaba la familia para salir a la calle y hacer cesar aquellas dolorosas repercusiones del golpe del hacha en el corazón de mi

madre. Dos horas después la higuera yacía por tierra, enseñando su copa blanquecina, a medida que las hojas, marchitándose, dejaban ver la armazón nudosa de aquella estructura que por tantos años había prestado su parte de protección a la familia.

DOMINGO F. SARMIENTO.

140. El ratoncillo.

(Fábula)

1. Dos ratones viejos
dan sabios consejos
a su ratoncillo:
— Sé diablo, sé pillo,
corre por doquiera;
pero huye al momento,
huye como el viento,
de toda trampera.
¡Tiene este aparato
un alma de gato! —

2. Corre el ratoncillo,
y un dulce olorcillo
guía su carrera
hasta la trampera.
— ¡Pues ya es disparate —
clama el botarate —,
llamar a esto un gato!...
¡Yo no tengo miedo!...
¡Bien mirarla puedo
de lejos un rato! —

3. Se para, la mira,
su perfume aspira;
con audacia loca
se acerca, la toca;
junto a ella se sienta;
descubre allí preso
un trozo de queso;
lo huele, se tienta,
el queso se zampa...
¡Y cae en la trampa!

141. El naranjo.

Transplantado de España, creció bajo el cielo de Buenos Aires, en un patio de la casa de mis abuelos. Quizás porque extrañaba la tierra, desenvolvióse miserable, casi atacado de raquitismo, así como esos niños que, concentrando en los ojos una belleza impropia de la edad, tienen una infancia triste. En el naranjo, los ojos fueron tempranas flores; tan tempranas, que parecía darlas aprisa, y fundir en ellas toda su enfermiza savia, presintiendo que la muerte le esperaba en la próxima estación. Pero, poco a poco, los cuidados le hicieron olvidar el aire primero que respirara y hasta la vieja fuente árabe que mezcló su

murmurio al de sus hojas recién nacidas. El agua que le echaban religiosamente, con cariños de manos de enfermero; la poda, que ponía en la tijera la solicitud de un médico amigo, convirtieron al débil en un fuerte arbusto, y, por último, un invierno benigno y una primavera extraordinaria lo transformaron en un árbol magnífico.

Desde entonces, con avidez, esperaba los nuevos septiembres que le traían las golondrinas de Europa. Toda la belleza del cielo, toda la transparencia del aire, tenían por objeto engendrar el traje nupcial del árbol, sonrisa de gloria entre los muros amarillentos del patio. Los niños habían crecido con él; y para sus novias encontraron azahares en sus ramas. Ya hombres, entregaron a sus hijos las cuatro o cinco naranjas que producía y de que ellos, con el mismo placer y a la misma edad, lo despojaron.

Varios ataúdes desfilaron después al pie de su tronco. Su sombra cayó rápida sobre el ébano, queriendo dibujarse en el brillo de esa negrura. Él también se despedía, armonizando con los viejos retratos que, presidiendo la vida luctuosa o alegre, impregnábanse de las emociones del hogar, melancólicamente pensativos.

De tres generaciones había sido ya camarada, cuando empezó a reconquistar sólo la mitad de sus hojas en las nuevas primaveras. Su sombra fué más leve en las baldosas desgastadas por los juegos de otro tiempo. Parecía más triste ante el rastro de los pies que ya no corren. Sus pocas hojas mostraban un verdor más intenso, más obscuro, y sentían en la luz misma el germen de la muerte. Al marchitarse, su amarillo no llegaba a convertirse en oro, pues, con un dejo del verde anterior, diríase entrecano, y se dejaba arrebatar sin fuerza al primer soplo vivo del Plata. El tronco se hendió, para mayor miseria, ahora, cuando no tenía casi copa que soportar; quizás el recuerdo de la frondosidad de otro tiempo le hizo romper su entraña, imitando a los profetas bíblicos, que en los días de duelo desgarraban sus vestiduras.

Hubo que sostenerlo con un barrote, y se apoyó en el báculo, suavizando la dureza del hierro con la gracia melancólica de sus últimas floraciones. Un niño tuvo entonces la ocurrencia de quererlo mandar al Paraguay, para que reviviera en un hospitalario clima, y la gente rió por cierto de aquella forma ingenua del cariño. Su sombra, en tanto, daba pena; era un alma buscando su viejo cuerpo desvanecido. Alguien plantó una glicina al pie del tronco. La muleta de hierro fué envuelta. El árbol enfermo sufrió un asalto, y las flores azules, recuerdo del cielo, cubriendo el tronco y las ramas, lo embalsamaron piadosamente. Cuando cayeron, al fin de la estación, el naranjo no podía tenerse en pie, y la raíz sola, arrancando aún jugos a la tierra, con un último esfuerzo, ayudaba al sol, en cuyos rayos, para el árbol de la casa, había, con el amor de los vivos, algo del espíritu de los muertos. Todo fué inútil, y, para evitar su completa degradación, el hacha de un joven jardinero, descendiente de quien lo cuidó en su infancia, lo abatió de un solo golpe.

El patio, desde entonces, fué el sepulcro de algo que había desaparecido llevándose muchas cosas. Un farol que brillaba en invierno al lado del centinela rígido y negro, y en estío a través de las hojas, adquirió, al fulgurar libre en las noches, un inusitado brillo, lleno de fuerza para velar un cadáver invisible.

En el invierno que sucedió a ese otoño, el árbol reapareció, ¡pobre viejo amigo!, convertido en leña. Se le vió inflamarse en la chimenea, como metido en el corazón de la casa, para transformarse en viva llama. La muerte del patriarca era digna y gloriosa. Una ráfaga vibrante se alzó, consumiendo los trozos en un relámpago; fué menester echar más para animar su transporte. Júbilos de niños, alegrías o tristezas de hombres y mujeres se mezclaron, y palabras incomprensibles de antiguas voces, murmuraba el canto del fuego, que era el alma de una elegía. Evocaciones distintas, claras, acudían de rincones de los cere-

bros, confundiéndose en un sentimiento, en una común hoguera, cual los despojos. A veces se animaban los retratos. Veíase a los gentileshombres españoles y franceses, desconocidos de sus nietos, y a las damas con trajes hechos exóticos por el tiempo, al resplandor del madero, transplantado, como sus sangres, de Europa a América. Creíase que iban a desprenderse de los muros para asistir al sacrificio y mirarle con el pensamiento. Con ellos se movían los de los muertos queridos, sin tener aún la pátina del tiempo, con los colores que les prestaba también el recuerdo. En una virazón de la llama salieron del fondo de un alto espejo semblantes familiares sólo por las imágenes pintadas, con los ya efímeros y fantásticos, ayer en la luna reales y vivientes.

El último chisporroteo devoró el último leño. Una tristeza, hecha de un moribundo fulgor, se tendió sobre un reguero de rescoldo; y la sombra intensa de la muerte del fuego fué el sudario de un montón de cenizas. Los niños, entonces, tomaron puñados de ellas, cual si fuesen las de un muerto sacrosanto... El destino errabundo dispersa a veces a los hombres, de modo que sus ataúdes no se construyen con los árboles que dan sombra a las casas paternas. ¡Qué importa! No todos pueden peregrinar, a semejanza de los Natches, con los huesos de sus padres: vosotros peregrináis con esas cenizas. ¡Ellas fecundarán en cualquier parte el germen de nuevos árboles, en cuyas copas habrá frutos y flores, murmurantes con la armonía de las viejas y santas tradiciones!

Ángel de Estrada (hijo)

142. Las aves de corral.

Todas las noches desaparecía algún pollo del corral. Justamente alarmadas, las aves domésticas se reunieron en conciliábulo. De acuerdo por vez primera en su vida, resolvieron defender la pequeña ciudad contra las asechanzas

del ladrón nocturno. Por ser los más fuertes, encomendóse la defensa al gallo de agudos espolones, al ganso de los picotazos a diestro y siniestro y al pavo de los formidables *glu, glu*.

Alarmado también el jardinero, soltó el perro para que rondara el corral. Pero tanto la vigilancia exterior del perro como la defensa interior de las propias aves resultaban inútiles... Los pollos seguían desapareciendo, noche tras noche, uno por uno.

Comprendiendo que el misterioso ladrón había de ser alguna comadreja que se colaba por arriba en el corral, el jardinero lo hizo techar sólidamente, con un tejido de alambre. En efecto, desde entonces no volvió a desaparecer pollo alguno.

Felicitáronse las aves domésticas, y, como no se habían dado cuenta de la innovación del jardinero, atribuía cada una a su heroísmo la huída del ladrón nocturno. «¡Yo le vencí con mis espolonazos! cacareaba el gallo. — ¡Yo fuí quien le asustó con mis picotones!, rectificaba el ganso. — ¡Nada de eso!, soplaba el pavo. ¡Fuí yo quien le espantó con mis *glu, glu!*».

Desde afuera, el perro afirmaba a su vez: «¡Vaya con los valientes! ¿Cómo podrían ustedes, desgraciados volátiles, poner en fuga a un ladrón? ¡Felizmente estaba yo aquí para defenderlos y ahuyentarle!».

Llegó en esto el jardinero, acompañado por las criadas. Contáronse las aves, y, como ellas mismas lo habían notado, vióse que ninguna faltaba. Sempiternas charlatanas, las criadas no pudieron menos de trenzarse en una animada disputa sobre quién habría sido el ladrón. Impaciente con su cháchara, el jardinero exclamó: «¡Cállense, cotorras! El ladrón era una comadreja, y yo hice techar el corral para que no volviese a entrar... ¡No hablen ustedes de lo que no entienden!».

Y un loro astuto, que traía una criada posado en el hombro, repitió a su modo, apostrofando directamente a

las aves y al perro: «¡Cállense, cotorras! El ladrón era una comadreja, y el jardinero hizo techar el corral para que no volviese a entrar... ¡No hablen ustedes de lo que no entienden, ni se jacten de lo que no pueden!».

III. EL NIÑO

143. Recuerdos de la infancia.

I. LOS PRIMEROS RECUERDOS

Como los demás hombres, he olvidado los meses que pasé en la cuna y en el regazo de mi madre. Mis más antiguas añoranzas se remontan a un viaje por agua, que debí realizar con los míos, de Buenos Aires a Rosario, cuando tenía cuatro o cinco años de edad. Recuerdo, en efecto, que me caí de un vapor enorme, cuyo casco estaba pintado de negro, a las ondas del río. Una ballena avanzó hacia mí con las fauces abiertas, e iba a tragarme ya, cuando me izaron desde el vapor, pescándome con una red.

Con tales detalles tengo grabada en la memoria esta singular peripecia — el frío del agua, mi terror, las marcas de la malla en la carne —, que de niño hubiera jurado su verdad sobre los Santos Evangelios. Hoy mismo me cuesta convencerme de su inexactitud. Debo, sin embargo, convenir en que sería un tanto atrevido suponerla indiscutiblemente cierta: en el río Paraná no hay ballenas; las ballenas no se tragan a los niños; mis padres me aseguran que nunca me he caído de un buque al agua; además, si esta desgracia me hubiera ocurrido, tal vez no se me hubiera pescado como un pejerrey...

¿Soñé la aventura? No podría decirlo. Probablemente, en aquel viaje, estando yo asomado a la borda del buque, alguien me dijo, para que me estuviera quieto, que me iba a caer al río y me comerían los peces... Tanto me impresionó la amenaza, que aun la tengo presente, como si se hubiera cumplido.

Háceme esto pensar que nuestras reminiscencias dimanan, en puridad, de otras anteriores. Más que de las sensaciones iniciales, nos acordamos de habernos acordado otras veces, de modo que un recuerdo no es más que el último de una larga serie de recuerdos repetidos y encadenados. Cuando se rompe un eslabón de la cadena, bórrase la idea y la memoria se extravía en la noche de la inconsciencia.

Como la peripecia del viaje, todas mis primeras añoranzas son fantásticas. No se distingue en ellas la línea que separa la imaginación de la realidad. Lo ficticio y lo histórico constituyen un mundo pintoresco y trágico.

A pesar de ser yo de complexión fuerte y sana, el clima demasiado cálido en verano y un exceso de alimentación prescripto por el médico, me produjeron penosas digestiones. Asediábanme entonces, durante la noche, hórridas pesadillas, que aun recuerdo como verídicos sucesos. Arañas gigantescas, velludas, de ojos múltiples y magnéticos, se ocultaban en los rincones de mi dormitorio para asaltarme y chuparme la sangre en cuanto se apagara la luz...

Una luna roja, que se veía como una gota de sangre, lejos, muy lejos, comenzaba a acercarse, agrandándose. Mi cama huía girando vertiginosamente alrededor del aposento, por el suelo, el techo y las paredes; pero no podía escapar porque las puertas estaban cerradas, y, en tanto, ¡la luna roja se me venía encima!.. Al fin estallaba, lanzando de su seno una lluvia de coludos diablillos con pupilas de fuego y armados de tridentes, tenazas, limas, garfios... ¡Para atormentarme, el infierno se constituía en mi aposento! Otras veces sólo veía a un diablo gigante, con alas de murciélago, en un páramo, adonde le iba a buscar mi ángel de la guarda para desafiarle con su lanza de oro...

Llegué a creer que era ley indefectible el soñar durante la noche con cuanto pensaba durante el día. Por esto me esforzaba en tener, despierto, ideas agradables. ¡Vano empeño! No faltaba nunca un criado que, para repren-

derme por mis travesuras, me amenazaba con cosas tan horripilantes como el Cuco y Mandinga.

Cuando incomodaba, chillando o revolviéndolo todo, anunciábaseme su presencia: « Mira que te vienen a buscar... Y yo callaba repentinamente, pues temía que se aparecieran y me llevasen a alguna cueva tan negra como el depósito doméstico del carbón. Dábame también a veces por echármelas de valiente y proseguir mi ocupación favorita, la de molestar al prójimo. Pero lo hacía con más prudencia ya, y no sin atisbar de reojo a cada instante.

El Cuco era para mí un Proteo omnipresente, de variadísimas metamorfosis. Araña, pulpo, sapo, dragón, serpiente o tigre, su alma era siempre la misma, ¡un alma implacable! Mandinga y sus diablillos me eran menos antipáticos; encontrábalos más humanos. Por otra parte, cuando se desmandaban, presentábase mi vigilante ángel de la guarda para llamarlos al orden...

Sintiendo yo alto respeto por el ángel y hondo miedo a los espíritus maléficos, trataba de propiciarme la buena voluntad del uno y de aplacar la ira de los otros. Antes de recogerme solía dejarles sobre la chimenea, como sobre un altar bárbaro, lo que más apreciaba y lo único que en realidad poseía: golosinas y juguetes. Muchas veces desaparecían durante la noche; dioses y demonios debían haberlos recogido... Pero yo abrigaba mis dudas. Para salir de ellas rocié una vez el cuarto con harina, después de acostarme. A la mañana siguiente descubrí, en efecto, estampadas en la harina, huellas que coincidían con los gruesos zapatos de la criada... Más tarde comprobé que era ella quien tomaba, para llevárselos a sus chicos, mis ofrendas y holocaustos. Desde entonces renuncié a sacrificarlos a mis dioses y demonios.

Mi travesura de enharinar el piso mereció severa reprimenda. Alguien llegó a calificar el acto de « inconcebible tontería ». En verdad, mis actos parecían generalmente

idiotas a los mayores... Es que yo tenía, como todos los niños, un mundo aparte, mi mundo subjetivo y hermético. Sólo mi padre sospechaba vagamente la lógica oculta, la lógica ilógica de mis pensamientos. Había ya renunciado a explicarlos; nadie me comprendía y todos se burlaban de mí.

Hallándome una vez algo enfermo en cama, me distraían extraordinariamente ciertos pequeños ruidos que se escuchaban nítidos en el silencio del aposento. Provenían de los ratones que minaban la vieja casa de campo donde pasábamos el verano; contra tal plaga resultaban impotentes gatos y trampas. Yo oía a los animalejos pasearse por el cielo raso y por la tela que cubría las paredes, por entre los muebles, debajo del piso, en todas partes, y conversar, enojarse, llorar, reír. Ocurríaseme que tenían sus enseres y útiles, que abrían y cerraban baúles, que se persignaban y cantaban misa, en fin, que vivían una vida de pequeños seres humanos. Con el oído alerta, pasábame espiando los días de mi convalecencia, siempre ansioso de sorprender sus secreteos y discreteos...

Gustábame observar, desde la cama, la franja que la luz del gas dibujaba sobre la pared del dormitorio. Veía desfilar por ella, como en inagotable cinta cinematográfica, siempre de izquierda a derecha, rígidas figuras de viejas con nariz de pico de loro, gatos negros arrebujados, hombres con caras de bestias feroces, no sé qué raros y tenaces jeroglíficos y arabescos... Gustábame igualmente, al despertar, el alegre espectáculo del chorro de sol que se colaba por una rendija del postigo entreabierto. Las miriadas de corpúsculos suspendidos y flotantes en el aire se me antojaban hombrecitos diminutos, hombrecitos del tamaño de un grano de anís o de una partícula de polvo, que subían y bajaban, y bajaban y subían, ya de pie, ya de costado, y más a menudo con las piernecillas abiertas para arriba y para abajo la luminosa cabecita y los bracitos tendidos.

La obscuridad me asustaba, sobre todo por temor a los ladrones. Los ladrones eran para mí unos entes fabulosos, dignos hermanos del Cuco y de Mandinga. Suponíales formas y potencias sobrenaturales; vástagos ubicuos de la noche, atravesaban los muros más sólidos, como la luz el cristal, y en cualquier momento podían hacerse invisibles. Al acostarme, pensaba siempre que hubiera alguno de ellos escondido debajo de la cama. Pero no me tomaba la molestia de mirar o de pedir a otros que mirasen por mí. ¿Para qué? ¿Acaso se le iba a descubrir? ¡Ya cuidaría el ladrón de desaparecer a tiempo en el aire, como un jirón de niebla!

Entre las absurdas ideas que me preocupaban en aquella época, la más absurda — hoy lo reconozco — era la que me había forjado de París, la ciudad de París, la capital de Francia, ni más ni menos. Representábamela como un dilatado plantío de repollos. Tan fuertemente se asociaron estas dos ideas de la ciudad y la verdura en mi espíritu que, ahora mismo, cuando de París se me habla, pienso en un monumental repollo, y cuando como repollo, aunque sea en la más avinagrada *Chukrut* con salchichas legítimas de Frankfort, suelo acordarme de París...

Ello es que, cada vez que nacía un nuevo hermanito o algún primito nuevo, decíame mi abuela que de allí «me lo habían traído». Por otra parte, una criada me había informado que los chicos se sacaban de las coles; yo mismo había visto pintado en la pared de una botica un anuncio, en el que se representaba un recién nacido mofletudo sentado dentro de un repollo y tendiendo al mundo sus inocentes bracitos... Luego, con la mejor lógica, si los chicos venían todos de París y nacían cada uno de su repollo, ¿qué podía ser París, sino un populoso plantío de repollos?...

Estas estrambóticas asociaciones de ideas que se traban sólidamente en la infancia de ciertos espíritus, pueden tal vez servir más tarde para explicar inauditas

expresiones literarias y hasta actos extravagantes. Piérdese a menudo el origen de tales asociaciones, y sólo queda y persiste el remanente... Así, un pollo fiambre envuelto en un papel me sugiere siempre la idea de un largo viaje en ferrocarril. ¿Por qué? Yo mismo no sabría decirlo a ciencia cierta, aunque supongo que sea por haber visto llevar semejante comestible en algún viaje. A otros, un dominó celeste les evoca la idea de un asesinato; un perro cojo, la de una bailarina; un cerdo asado, la de un retablo; un hombre narigón, la de una farmacia; en fin, cada uno tiene en su alma las más disparatadas asociaciones de ideas... El mejor modo de comprenderlas sería, sin duda, escudriñar en los recuerdos de la infancia.

II. LOS PRIMEROS ENTUSIASMOS

Mi pasión eran los cuentos. Prefiriéndolos a los juguetes, a los dulces, a los mismos paseos, amábalos de todos los géneros. Los de hadas o fantásticos me cautivaban; los realistas, de hombres y mujeres, como siempre había en ellos robos, incendios, asesinatos, me conmovían y arrancaban dulces lágrimas; los de animales — sobre todo el de *Cochanchito*, aquel lechoncillo tan mal educado —, me hacían reír hasta desternillarme y provocar ciertas inoportunidades fisiológicas...

Por la noche, por la mañana, por la tarde, el día entero pedía que me contaran cuentos y más cuentos, a mi abuela, a mi madre, a las criadas, a todo el mundo. Apenas mi abuela concluía uno, le suplicaba yo: «¡Otro, otro cuento!» Agotado su repertorio, ella se defendía. No sabía más; todos me los había contado... «¡No importa, insistía yo, cuéntame alguno otra vez!... ¡Cuéntame el de la *Cenicienta!*».

Cansada de tanto repetirlo, abreviábalo en algún pasaje mi abuela: «.... Entonces la Cenicienta, al salir del salón, perdió el zapatico de cristal...» Yo protestaba: No es así, abuelita... Entonces la Cenicienta salió escapada

del baile, y, al bajar la escalinata del palacio, perdió su zapatico de cristal... — Si lo sabes mejor que yo, objetábame la buena señora, ¿para qué quieres que te lo cuente?» Pero yo respondía, convencido: «Cuanto más lo sé, más me guste oirlo». Y era cierto. Satisfecho el vulgar anhelo de la curiosidad provocada por la trama la primera vez que lo había escuchado, y, conociendo ya sus personajes y episodios, su repetición me producía un placer estético más desinteresado y puro.

Harta de repetir, glosaba mi abuela en ocasiones, con ligeras variantes, los viejos cuentos. Pero yo, partidario de la exactitud, corregíala también en tales casos: «Eso es el cuento de *Alibabá* con otros nombres y mal contado. ¡Cuéntamelo bien, abuelita, y con los nombres verdaderos!» No había, pues, más escapatoria que espetarme el cuento como lo pedía, sin variar ni omitir detalle.

Al terminar una historia, sobre todo cuando la narraba mi madre, era yo aficionadísimo a improvisar una continuación insólita. «...Y sucedió, decía ella, que la Bella Durmiente se casó con el príncipe Amable. Fueron muy felices, tuvieron muchos hijos, y, si no han muerto, viven aún». En el mismo tono de cuentista, continuaba yo: «Y así fué cómo la Bella Durmiente en el Bosque se casó con el príncipe Amable, y tuvieron dos hijos. El mayor era lindo como el sol y bueno como Dios; el menor era malo como el Diablo y picado de viruelas...».

Siendo yo el primogénito, esto olía a inmodestia, y mi madre me enmendaba la plana: «El hijo menor era lindo como el sol y muy bueno; pero no como Dios, porque nadie puede serlo tanto. En cambio, el hijo mayor era bastante malito y picado de viruelas, pues no se había dejado vacunar...» Al oirla, estallaba mi indignación: «¡Yo me he dejado vacunar!» Y mi madre concluía, sonriendo: «¡Tontuelo! ¿Acaso me refiero a ti? ¿No estábamos en que todo era un cuento?».

Mis cuentos resultaban siempre abominables. Sin el menor sentido artístico, mezclaba yo lo sublime y lo grotesco. «Había una vez una señora, decía, que estaba haciendo dulce de guindas. Su hijito metió la mano en la olla, sacó un puñado de dulce, y se lo tragó, caliente y con los carozos Como iba a enfermar, la madre se enojó tanto que le pegó en la cara con el cucharón que le servía para revolver el dulce, y le sacó un ojo. El ojo del hijito cayó en la olla, y la madre, sin fijarse, siguió revolviendo, revolviendo... Cuando estuvo el dulce en punto, sirvió un poco en un platito y se lo llevó a la abuela del niño para que lo probara. La abuela, que estaba cortando un vestido con unas tijeras grandísimas, fué a probar el dulce, y se encontró con el ojo del nieto entre las guindas; lo reconoció porque era más claro. Furiosa entonces con la madre, para castigarla por lo que había hecho, con su tijera grandísima le cortó las dos orejas».

Mi madre desaprobaba. Un niño bien educado no debía decir tales disparates. Ninguna señora en el mundo sacaba los ojos a los hijos chicos o cortaba las orejas a las hijas grandes... «¡Tontuela! prorrumpía yo. ¿Acaso lo digo por ti? ¡Los cuentos son cuentos!»

Cuando pretendía yo obsequiar con estos engendros a mis padres, tanto me rectificaban que acababa por embrollarme y desistir. Los criados, aunque nada rectificasen, me dejaban hablar, ¡oh ignorancia del vulgo!, sin escucharme. Menos aun me entendían los chicuelos de mi edad. Decididamente, mi literatura no tenía público...

Por suerte había en casa dos hermanitos menores, uno de cuatro años y otro de dos, que me parecían mandados hacer a la medida para escuchar mis relatos. Con regalos de trompos y bolitas trataba yo de conquistar su atención. Pero sucedía que, apenas mentaba al «ogro de hocico de cerdo» y a los «chiquitos destripados» y avanzaba con los ojos revueltos, la trompa horrible y los puños amenazadores, los hermanitos se desgañitaban pidiendo

auxilio. Acudía mi madre, y me prohibía severamente que volviese a contarles cuentos, so pena de darme unas palmadas, he olvidado dónde...

Sin saber ya cómo dar gusto a mis exigencias, agotados los recuerdos de sus lecturas, mi madre me obsequió una tarde con el argumento de *Fausto*, su ópera favorita, adaptándolo a mi caletre. Al vuelo atrapé que a aquello le correspondía música, y, desobedeciendo órdenes terminantes, corrí al piano a improvisarla. Mi técnica era por demás sencilla. Acompañaba las partes dulces y tristes («Margarita era una rubia preciosa...»), insinuando una tenue melodía con un dedo en las teclas negras de los altos. Pero, en los pasajes fuertes y patéticos («se le apareció el Diablo al viejo Fausto...»), golpeaba despiadadamente en los bajos, con las manos, con la cabeza, hasta con los pies, y sintiendo no poseer dos cabezas, diez manos, cien pies...

Mi padre, que estudiaba algún proceso judicial en la habitación contigua, acudió al estrépito, con la pluma en la mano. Sacóme de un brazo y cerró de golpe el martirizado instrumento. Yo me sentí mortalmente triste. Había decidido que cuando fuera grande, mi ocupación sería escribir cuentos, y acaso ponerles música... ¡Y he aquí que indubitablemente se demostraba mi incapacidad para tan engorrosa profesión! ¿No sería mejor que me dedicara a algo más fácil y positivo, por ejemplo, a confitero?...

De tanta desilusión me compensaron algunas nuevas aficiones. Entusiasmábame el desfile de tropas, marchando los soldados en escuadras tan simétricas que parecían de juguete, al son del tambor y del clarín. Según se me había dicho, desafiaban al enemigo y defendían a la patria. Yo los admiraba de todo corazón, aunque también los temía. En mi alma infantil, temía todo lo que admiraba, no concibiendo otra forma de admiración que la impuesta por el poder y la fuerza.

Jamás olvidaré un batallón que pasó una vez por la

puerta de mi casa; oficiales y soldados me miraban ceñudos al pasar, amenazándome con sus sables y bayonetas... ¿Cómo pudo ocurrírseme semejante cosa? Probablemente la criada, como pretendiese yo correr detrás de la tropa, me dijo: «Mira cómo te miran; si te mueves, te van a matar». Y yo, ¡pobre de mí!, aterrado miré, sí, cómo me miraban, temiendo que fueran a matarme de un momento a otro...

Después de los militares, impresionábanme los curas. No sé donde vi desfilar a los chicos de un seminario, en larguísimas hileras, de dos en dos y de menores a mayores. Eran santos de nacimiento; nacían con su sotana como la tortuga con su caparazón, y el curita y la sotana crecían con el tiempo, hasta no caber en la tierra e irse derechitos al cielo.

Era yo entonces, no sólo crédulo, sino creyente y hasta devoto. Mi madre, apenas me acostaba, hacíame rezar mis oraciones: un Padrenuestro, una Salve, un Credo, un Bendito. Ella las recitaba en voz alta, sentada junto a mi lecho; yo repetía dócilmente sus palabras. Pero es el caso que solía distraerme y repetir sin parar mientes en lo que decía; cuando mi madre me anunciaba que habíamos terminado, parecíame que aun nos faltaba una oración, generalmente el Credo o la Salve. Y, como yo quería rezarlo todo, para que el buen Dios premiase al día siguiente mi piedad cristiana, había que comenzar de nuevo. Esto se hacía demasiado largo y fastidioso para mi madre, que, a fin de evitarlo, díjome una vez: «Es preciso que te fijes en lo que rezas; si no, de nada te valdrá». Tanto me impresionó la advertencia que aun no he podido olvidarla. Para que en el día siguiente todo estuviera bien y fuese yo bueno — creía yo que a los buenos les iba siempre bien —, ponía los cinco sentidos en mis oraciones, tratando de no distraerme un instante.

Años más tarde, cuando estudiaba en el colegio, acordábame en vísperas de los exámenes de las recomendaciones

de mi madre. Rezaba al acostarme, si no con todo fervor, por lo menos con gran atención. ¡No había que distraerse en el curso del Credo o de la Salve, pensando en alguna posible pregunta sobre los ángulos poliedros o los verbos irregulares! Y cuando, a pesar de mi voluntad, me distraía en mis oraciones, recordábalo al despertarme el día siguiente y me levantaba de mal humor, seguro de que tendría mala estrella en los exámenes.

Solían darme, de muy niño, agudas crisis de santidad. Un día proyectaba no pecar más en la vida, para merecer el nimbo de los santos después de la muerte. Soñaba con la dulce paz del anacoreta y resolvía levantar una ermita en el arriate del patio. No obstante, carecía de temperamento para llevar a cabo la resolución; era ya inquieto, de espíritu curioso y movedizo. Como ahora, gozando de cabal salud, no podía pasar un segundo sin ocuparme en algo. Pero, en vez de ocuparme en escribir libros y en estudiar arduos problemas sociales, entonces mi actividad interna no tenía otras manifestaciones que continuas travesuras. Todo lo despanzurraba para ver lo que había dentro. Todo lo ensuciaba para construir casitas de barro, o buques de cartón, o bien algún mecanismo raro, que suponía ingenioso. Gustábame pelearme con los demás — pequeños o grandes — para ver cómo se enojaban y qué me decían... En una palabra, habíame hecho un chico insoportable entre las cuatro paredes de una casa de ciudad.

III. LAS PRIMERAS LECCIONES

Habiéndome hecho insoportable, se resolvió enviarme a la escuela, para librar a la casa de mi presencia, siquiera durante algunas horas del día. No estaba aún en edad de aprender, pero se opinaba que la tenía ya de estar sujeto. ¡Era como si se intentase sujetar el agua del arroyo o las cabras del monte!...

Decidiéronse mis padres con ocasión de un desgra-

ciado acontecimiento de mi vida. Comía yo siempre, vigilado por una niñera, en la «mesa de los chicos», y pensaba, naturalmente, que la «mesa de los grandes», donde me estaba vedado comer, era un perpetuo banquete de dioses; allí todos los manjares serían mieles y ambrosías... Admitióseme una vez a ella — ¡oh gloria! —, en virtud de mi reiterada insistencia. Había visitas, gente de la familia, que apoyaron mis pretensiones.

Al principio aquello marchó bien; todos estaban encantados de mi juicio; pero ello fué que alguien me dió a beber dos dedos de vino... Como tantos otros, en la botella encontré la perdición. Sintiéndome animoso, comencé a charlar hasta por los codos, y, para dar más relieve a no sé qué historieta escuchada en la cocina, repetí, sin conocer su verdadera acepción, dos o tres palabras que había oído a un criado... ¡Malditas palabras! ¡Eran los más soeces y obscenos juramentos! Avergoncé a mis padres, avergoncé a las visitas, avergoncé al criado de quien las aprendí y que servía a la mesa, me avergoncé yo mismo, ¡todos nos avergonzamos!... El epílogo de tan triste aventura, muy digno de ella, colmó mis desdichas: me enviaron a la escuela.

Como no había entonces jardines de infantes, aplicóseme allí la antigua disciplina escolar. Ingresé en una clase de alumnos bastante mayores y más adelantaditos que yo, y, en verdad, no se necesitaba mucho para serlo. Mi única obligación era pasarme el día entero sentadito ante el pupitre, sin hacer nada, absolutamente nada. ¡No concebía yo mayor suplicio!

Mi principal entretenimiento, en las primeras lecciones, tan prematuramente comenzadas, fué contemplar los mapas zoológicos que colgaban en las paredes, llenos de animales curiosos, y escuchar las escalas que una niña tocaba todo el día en el piano. Estas escalas eran, ya breves y ligeras como revoloteos de mariposas; ya largas y unidas como las ondas del mar; ora alegres como una

carcajada; ora tristes como un lamento; a veces, divergentes o convergentes como los ojos de un bizco; en ciertos momentos, pesadas como pasos de gigantes; en otros, amenazadoras como el huracán...

Pero pronto me cansé de las figuras de los mapas y de las escalas del piano, y al fin traté de comprender las explicaciones de la «monitora». ¡No era tan fácil, no! Aquella buena señorita tenía el don de hacer obscuras las cosas más claras. Creo que nadie, ni los mayorcitos del curso, le comprendían una palabra. Sin embargo, cuando preguntaba: «¿Han comprendido ustedes?», todos contestábamos a voz en cuello: «Sí, señorita». Lo decíamos así para halagarla, por hacer ruido, y, sobre todo, para que se callara. Su voz era áspera, monótona, siempre igual, y hablaba, hablaba, hablaba, como un fonógrafo, como un ventilador, como un torbellino. Tenía cuerda para todo el día —¿qué?—, para toda la vida. Y, además, tenía ojos en los cuatro lados de la cabeza, porque todo lo veía, todo... ¡Ni un alfiler se caía en la clase sin que lo viera!

Gustaba aquella monitora de una disciplina militar, acaso porque sólo así podíamos tener alguna. Con sus dientes salidos, como de caballo, vociferaba — sin quedar jamás ronca — a la menor de nuestras incorrecciones. Poníame yo a dibujar con tiza sobre el banco, y ella me reprendía: «Juan, no ensucie usted el banco». Cazaba yo una mosca... «Juan, no cace usted moscas». Hablaba yo media palabra a mis vecinos.. «Juan, cállese usted». Tocábales luego con las manos o con los pies, para distraerme y distraerlos... «Juan, estése usted quieto». Alzaba el dedo para que se me permitiera salir de clase... «Juan, baje usted el dedo; hace apenas cinco minutos que estuvo usted afuera... —Pero, señorita, solía yo replicar, y muy sinceramente; tengo necesidad... Me ha hecho mal el almuerzo y me parece que voy a volverlo... —¡No es cierto! — Sí, señorita... —¡Pues si tiene usted tantas

necesidades, hágalas sin salir de la clase, en un rincón!...» Confieso que más de una vez me sentí tentado de llevar a cabo una barrabasada en algún rincón de la clase; así enseñaría a la monitora a ser más condescendiente; pero la sola idea me daba verguenza... ¡Harto sabía la muy pícara que yo era un muchachuelo bien criado, incapaz de obedecer al pie de la letra su escandalosa y pérfida indicación!

Tanto me desagradaba la escuela que, para retardar la hora de la llegada, había descubierto que era de mal gusto, y aun de peor augurio, pisar las junturas de las baldosas al caminar por la acera. Andaba por la calle a saltos si las baldosas eran grandes, de puntillas si eran pequeñas, y, como a cada paso tenía que meditar para saber dónde debía poner el pie, hacía en media hora un trayecto de diez minutos. Cuando el criado gallego que me llevaba a la escuela protestaba enérgicamente contra mi desesperante lentitud, le exponía yo mi doctrina sobre cómo debía andar por la calle una persona que se respetase, invitándole a que adoptara él también mi sistema. Lejos de ello, movía él la cabeza, como apiadado por mi falta de seso... Para que no fuera a quejarse al volver a casa, empleaba yo a favor de mi tesis la dialéctica más sutil y especiosa... ¡Era inútil! Aquel hombre, sordo a mis razones, pisaba sin remordimiento, con sus anchas patazas, hasta dos y tres junturas a la vez...

Exasperado, solía yo vengarme manifestándole que era demasiado bruto para comprender los refinamientos de la alta cultura, y, a manera de conclusión, le preguntaba: «¿Sabes tú cuál es el animal más parecido al hombre?» En su dialecto cerril, contestábame indefectiblemente: «*Non sei, neno*[1]». Y yo indefectiblemente añadía: «¡Te he dicho ya que es el gallego!... Y la prueba está en que todavía no has llegado a comprender cómo anda la gente distinguida por las calles de las ciudades civilizadas. —*Túa mai*,

1. "No sé, niño"

teu pai[1]... » objetábame el fámulo. A lo cual interrumpía yo: « Mi papá y mi mamá andan generalmente en coche. Cuando van a pie, ten por seguro que antes se dejarían tundir que pisar las junturas de las baldosas, como los gallegos ».

A veces, para no ir a la escuela, recurría al extremo de suponerme enfermo; quejábame de inaguantables dolores en la cabeza, en el corazón, en el vientre, en la garganta, por doquiera. Pero en mi casa tenían un remedio infalible para sanarlo todo: el aceite de castor, disuelto en jugo de naranja... Tal repugnancia cobré yo al odioso brebaje que, no bien me lo ofrecían, curaba como por ensalmo y me marchaba en silencio. Aun ahora no puedo pasar la naranjada, pues me parece sentirle el gusto del clásico purgante y sufrir ya los retortijones de las vísceras.

Si nada me gustaba menos que la disciplina escolar, nada me gustaba más que los días de lluvia, no sólo porque no iba a la escuela, sino también porque la lluvia tenía para mí especial atractivo. Con sorprendente tranquilidad pasábame esos días las horas muertas, viendo correr el agua... Es que, según me había informado la hija de la cocinera, en las burbujas que producían al caer las gotas de lluvia, se formaban « espíritus ». No sabía yo muy bien qué era esto de « espíritus »; pero me agradaba intensamente verlos nacer y estallar como pompas de jabón. ¿De dónde venían? ¿A dónde iban?... ¡Misterio, y era precisamente este exquisito misterio lo que para mí constituía, después de dejarme sin escuela, el indecible encanto de la lluvia!

Era yo lo que se llama un chico « preguntón ». Aunque nada comprendía, y tal vez por lo mismo, quería saberlo todo. Desmostrábame infatigable en la ardua tarea de preguntar indefinidamente el porqué y el cómo de todas las cosas habidas y por haber, dichas y calladas, verdaderas y falsas.. Hartos de contestar aquellos a quienes ponía en aprietos con mis preguntas, acababan por impacientarse y

[1] « Tu madre, tu padre »

reprenderme, exclamando exasperados: «¡Cállate, preguntón! Los chicos no deben estar siempre interrogando a los mayores».

El iracundo tono con que se me reprendió así alguna vez, hízome pensar que el ser «preguntón» constituía gravísimo delito. Por esto dejé de interrogar a los mayores, aprovechando su lección de urbanidad. Pero sucedió que una tarde reñía en la escuela con otro chico, porque, habiéndome él propuesto cambiar un cortaplumas que traía por unos sellos de la Gran China que yo llevaba, pretendió al fin quedarse con los sellos (¡de la Gran China!) y el cortaplumas...

Como tenía yo muy desarrollado el sentimiento de la justicia distributiva, tan grande abuso me indignó, hasta el punto de que, antes de pasar a las vías de hecho, agoté mi vocabulario de recriminaciones... La última que se me ocurrió fué gritar al chico del cortaplumas: «¡Preguntón, preguntón!... Creía injuriarle tan terriblemente como si le llamara «infame, asesino, mujercita».

Oyóme la monitora, y, después de poner paz entre los príncipes cristianos, no pudo menos de interrogarme, pensativa: «¿Qué te ha preguntado ese muñeco?» Yo me encogí de hombros y repuse: «¿A mí? Nada. ¡Por preguntarme a mí no le diría yo preguntón! Es que pregunta a los mayores...» Estupefacta, pidióme la señorita que me explicara, y, como no era tonta, acabó por comprender el origen del valor despectivo que atribuía yo al término... Después de reirse a carcajadas de mí, no sospechando hasta qué punto era yo incómodo cuando me daba por querer saberlo todo, rióse también de los «mayores»; suponía que, por ignorancia, dejaban mis padres de responder a mis preguntas. Sospechando yo la suposición, aunque no le diese entero crédito, desde aquel instante comencé a dudar de la sabiduría humana... Así me inicié, por la malicia de una monitora burlona, en las vacilaciones de la crítica y del escepticismo, que luego habían de convertirse

en el tormento y — ¿por qué no decirlo? — también en la delicia de mi vida de rata de archivos y de bibliotecas.

Cuando fué pedida la mano de una niña de mi familia, afirmé yo con toda soltura que había visto la conmovedora escena metido debajo del sofá de la sala. Muy correcto, de frac y guante blanco, arrodillado ante su prometida, el novio le besaba la mano, llevándose la suya al pecho, en apasionadísima actitud; ella, de descote y con rosas blancas en el cabello, bajaba la adorable cabeza, abrumada de felicidad, En esto, como un ventarrón, entra la madre... Y yo contaba la patética escena hasta en sus menores detalles, con grandes risas de los circunstantes y viva protesta de los aludidos... ¡Todo era imaginación! ¡Las cosas, por supuesto, habían pasado de muy distinta manera! ¡Yo no había visto nada!..

Indignado, el novio me echaba en cara mis mentiras. «Si este chico no se corrige, exclamaba, se hará ahorcar». Para mí, él era quien faltaba a la verdad, y su descaro me hacía llorar de rabia. «¡Yo mentir! ¡Yo, hacerme ahorcar!..» Lo cierto es que, no siendo mentiroso ni bromista, creía yo en mi historia con la mejor fe del mundo. ¿Cómo se me había ocurrido? ¿La habría soñado?.. Pienso ahora que todo me fué sugerido por algún cuadro romántico.

No me disgustaba, además — lo confieso — , el hacer rabiar un poco al novio. En el fondo de mi corazón le execraba; el hecho es que me atormentaban los celos. Y no seguramente porque pretendiera casarme con la niña, que no me llevaba más que veinte años de edad, sino porque comprendía que su nuevo amor iba a robarme buena parte de sus mimos y caricias. Mis celos, pues, eran como los de un perrillo faldero

Casados los novios, fueron a pasar la luna de miel en un pueblo de campo. Invitáronme al poco tiempo para que los acompañara unos días. Y a la quinta me llevó una criada, que tomó, por equivocación o por economía, a pesar de mis enérgicas protestas de caballero, billetes de

segunda clase en el ferrocarril... Pero el campo me hizo olvidar pronto el mal rato del viaje.

Libre como el aire, discurría en la quinta el día entero, inventando travesuras. Cierta mañana llegué a fabricar una pasta con harina, azúcar, masilla, perejil, nuez moscada, canela, argamasa y no sé qué más ingredientes. Amasadas y cortadas las deliciosas tortitas, púselas en el horno, a hurtadillas del cocinero, que era un hombre feroz, y tanto, que a veces sospechaba yo en él a un ogro disfrazado de cocinero...

Desastrosos fueron los resultados de mi ensayo culinario. Quemóse la pasta, se descompuso el horno, apestó la cocina, gruñó el ogro, y todos nos quedamos aquella mañana sin almorzar. Mi nuevo pariente político me corrió por la quinta para castigarme. Huyendo de él, me tiré de barriga en un charco de barro caldeado por el sol. Sacóme de allí el jardinero, y por orden del patrón me sumergió en una pileta de agua fría... Decidido yo a no mostrar la menor debilidad ante mi anfitrión y enemigo, tragué mis lágrimas en silencio. ¡Quería ser valiente y fuerte en la desgracia!

Más tarde llevé mis quejas a la recién casada. Su marido era un perverso al aprovecharse de mi niñez para castigarme; cuando yo fuera mayor, compraría una pistola y le mataría... ¿Cómo podía ella querer a semejante hombre?... Y, para explicar las torturas sufridas y conmoverla, díjele que había pasado por «todos los calores del infierno y todos los fríos del cielo»... Tanta gracia hizo mi frase a la joven señora, que me preguntó capciosamente: «¿Y qué te gustaba más, el infierno o el cielo?» Quedé un rato suspenso, y repuse: «Mucho me gustaría viajar en ferrocarril, y en primera clase, naturalmente, por el cielo y el infierno... Pero, para vivir, me gusta más la Tierra». Así lo creía. Gustábame más sin duda vivir en aquella quinta, junto a una madrecita mimosa y vestida de encaje, bajo los duraznos en flor. No hubiera cambiado mi situación por las delicias del séptimo paraíso.

Sin embargo, era yo entonces absolutamente incapaz de sentir verdaderos afectos. Egoísta como un salvaje, no pensaba más que en mí mismo. La noticia de la muerte de mi abuela me dejó tan fresco. Veía llorar a las personas mayores, y esto, en el primer momento, me pareció ridículo y sólo me hizo reír. Después pensé que llorar era lo indicado en tales casos, puesto que todos lloraban. Traté de afligirme, recordando el cariño de la noble e inteligente matrona; había yo sido su predilecto; ella creía en mi capacidad y esperaba de mí grandes cosas... Como buen chico, muy bien había conocido yo su debilidad y tratado de aprovecharla, sacándole a mansalva caramelos, juguetes y paseos... Ahora se moría la pobre, ¡y yo, sin una lágrima! ¡Qué vergüenza! Decididamente, debía yo de ser malísimo... ¡Muy pronto aprendí después ¡ah!, muy pronto, a llorar la muerte de las personas queridas! ¡Por qué no habré conservado el dulce egoísmo de la infancia!

IV. LOS PRIMEROS EXPERIMENTOS

De aquella época, en que empezaba a usar de mi razón, data mi primer experimento que diría científico. En el arriate del patio planté cáscaras de huevo y un mechón de cabellos. Temeroso de la burla de mis semejantes, cuidaba y regaba en secreto mi siembra; pensé cosechar pollos y quizá seres humanos. No sé cómo una tía entrometida descubrió mis afanes, y la familia entera se burló de mi candidez. Sólo mi padre me defendió; a mi edad, el experimento, aunque harto defectuoso, revelaba cierta observación de la Naturaleza y la voluntad de conocer sus más recónditos enigmas.

Para olvidar el ruidoso fracaso de mi silencioso ensayo, traté de hacerme más hombre. El mejor recurso era indudablemente aprender a silbar, ¡y a silbar aprendí, con ímprobo esfuerzo! Deseando ejercitarme en tan difícil arte y lucir mi nuevo conocimiento, silbaba desde que

me despertaba hasta que me dormía, y aun no estoy muy seguro de que no silbara soñando. ¡Pero los hombres son injustos! ¡Después de haberme impulsado por este rumbo, aunque indirectamente, al burlarse de mis experimentos, no me dejaban ahora demostrarles que era todo un varón, y, so pretexto de que los aturdía, vedábanme hasta el inocente desahogo del silbido!

Entre otras muchas prohibiciones que pesaban sobre mi importante persona, una había que me mortificaba singularmente: la de comprar pasteles al «negro pastelero». Éste pasaba todos los domingos y días de fiesta por la puerta de mi casa, con una cesta en la cabeza, pregonando así su mercancía: «¡Pasteles calientes, que queman los dientes!». Vendía, en efecto, unos pasteles rellenos de carne y cubiertos de azúcar, canela y grajea; no concebía yo que existiese en el mundo nada más exquisito. Sin embargo, en el antecomedor se nos servían diariamente cosas que mi madre reputaba mucho mejores, y yo me negaba a comerlas; a menudo había que obligarme a que me alimentara. ¿Por qué codiciaba tanto los pasteles del negro? Entonces yo no lo sabía; desgraciadamente lo sé ahora muy bien: eran «fruta prohibida», eran «fruta del cercado ajeno»... Hartas veces después, en el curso de la existencia, he debido privarme de satisfacer mis deseos, exclamando: «¡Paciencia, son los pasteles del negro!».

Créese generalmente que la infancia es una edad siempre feliz. Lejos de ello, los niños, sobre todo los que se crían en las ciudades, tienen también sus preocupaciones y sufren sus disgustos. Su mayor placer estriba, sin duda, en la libertad, y raras veces, ¡ay!, pueden disfrutarla; viven como pajarillos enjaulados. Además, habiendo sido todo hecho para uso de los mayores, se sienten cohibidos por las desproporciones del medio». De ahí una aspiración, la más íntima, la más constante en todo niño: «Cuando yo sea grande...».

Nunca sentí yo más ardiente el deseo de crecer que cuando comencé a ir a la escuela. No veía el momento en que terminase aquel odioso año de mis primeras clases, mis primeros experimentos y mis primeros silbidos. Al fin llegaron las vacaciones, y, afortunadamente, nos fuimos al campo. La quinta era una verdadera chacra, con alamedas, montes de árboles frutales y potreros; en el fondo, a cierta distancia de la casa, había una « laguna ». Correteando de la mañana a la noche, con mis hermanos menores y la copiosa chiquillería del quintero, en busca de nidos, de frutas, de insectos raros y de cuanto Dios creó, nos sentíamos felices.

Sobre todos los encantos de la *villeggiatura*, atraíame la charca del fondo, tal vez porque nos estaba prohibido ir allá... No obstante la prohibición, un día resolvimos explorarla. Fuímonos procesionalmente, llevando en hombros una mesita baja de nuestro particular uso; la botaríamos al agua y sería nuestro buque.

Por el camino, el chico menor del quintero comió una frutita roja. A nosotros se nos había dicho que esta frutita era veneno y se llamaba « revientacaballos ». Si hacía reventar a los caballos, también haría reventar a los niños; luego, el chico estallaría en cualquier momento, como una bomba de dinamita... Esto nos alarmó y acongojó hondamente. ¡ Había que salvar a la desdichada criatura!

Para salvarla, el recurso era hacerle vomitar la frutita explosiva. Depositando la mesa en el suelo, con las patas al aire, pusimos manos a la obra. Hicimos beber al chico un gran vaso de agua sucia; alguien le metió los dedos en la boca; otro le pegaba en el pecho, y yo, en la espalda. Con todo, no llegó a vomitar el paciente, y aun perdió la paciencia, defendiéndose a puntapiés y manotones. Hubo que soltarle; el hombre se llevaría su merecido.

Llegamos a la costa y botamos la mesa al agua, no sin haberle puesto en las patas un lienzo que hacía de

vela y una pequeña bandera azul y blanca. Antes de embarcarnos, discutimos un momento sobre si admitiríamos o no a bordo al chico que debía reventar. Alguien hacía presente los peligros de un reventón en plena travesía, dentro de aquel buque tan pequeño; pero el chico insistía en que eso de reventar o no, era de su exclusiva cuenta, y por su empeño en acompañarnos le admitimos. ¡Si reventaba, peor para él! En todo caso, el accidente haría más emocionante la atrevida exploración.

Embarcámonos, pues, los cuatro o cinco chicuelos, y la mesa, la pícara mesa, a pesar de su vela y de su bandera, lejos de lanzarse hacia alta mar, empantanóse en la orilla... ¡Y no hubo medio de sacarla a flote! Tuvimos que abandonarla allí, como resto del horroroso naufragio, para respeto y admiración de las futuras generaciones y de los venideros siglos.

De hombre, he vuelto alguna vez a aquella quinta, donde yacen tantos dulces recuerdos de mi infancia. Heme sorprendido de su tamaño real; todo lo que entonces me parecía enorme, gigantesco, inconmensurable, me ha resultado ahora de regulares proporciones. Evidentemente, no tenía yo de niño el sentido de la medida; y por cierto que lo sabía, y que siempre me preocupaba esta incógnita... ¿En qué distinguían los hombres a los petizos de los caballos? Para mí, todos los petizos, salvo algún *poney* del tamaño de un perro, eran caballos...

Tampoco distinguía yo lo bello y lo feo. Mi padre encontraba fea a la institutriz; mi madre, en cambio, la encontraba demasiado bonita... ¿Era bonita? ¿Era fea?... Considerando yo iguales a todas las mujeres, no podía comprender cuándo y cómo era una mujer fea o bonita... ¡Ojalá no hubiera llegado jamás a comprenderlo!

Lo que comprendí, y creo que demasiado pronto, es la relatividad de las proporciones universales. Fué mi primera idea verdaderamente filosófica. Jamás olvidaré los antecedentes y circunstancias del descubrimiento. En la sala

de mi casa había un piano perpendicular, de regulares proporciones, más bien pequeño. Para mí era un monstruo cuaternario. Gustábame observar cómo mi padre, con sus enérgicas manos, lo dominaba, arrancándole armoniosos cantos. A escondidas, yo mismo, encaramándome sobre el banquillo, hallaba grato solaz en atormentarlo, golpeándole feroz en sus innumerables dientes blancos y negros, para que se enfadase y rugiera... En fin, no concebía yo que en el mundo entero existiese un monstruo semejante, tan grande, tan negro, tan manso y con tanta dentadura como el piano de la sala de mi casa. Y he aquí que una vez fuí con mi madre a un almacén de música, y vi pianos en profusión, y mayores, hasta mucho mayores, como los llamados de media cola y de cola y media...

Cuando volví a casa, mi primera diligencia fué correr a la sala para contemplar el piano. Me pareció tan pequeño que no pude menos de hacer una mueca de desdén, y hasta traté de escupir por el colmillo, como lo había visto hacer a un guaso, en la calle. ¡Éste era mi piano! Vamos, luego, las cosas nos parecían grandes cuando las comparábamos con otras más pequeñas, y viceversa; las cosas sólo se apreciaban por comparación... Por lo tanto, induje, si todos y todo, ¡de repente!, nos volviésemos al mismo tiempo tan pequeños como un mosquito o tan grandes como una montaña, no advertiríamos el cambio; nos creeríamos siempre del mismo tamaño... En suma, nada es grande ni chico en sí. ¡Una gota de agua puede llenar el mundo, y el mundo cabe en una gota de agua!

V. CONCLUSION

Tales son mis principales recuerdos de la infancia. Nada les he añadido, nada les he quitado. Pues bien, estos recuerdos, ¿no compendian y reproducen, paso a paso, el origen de la cultura, el pretérito de los pueblos, la natural evolución de las edades?...

En mi vida, como en la historia, la leyenda representa los tiempos remotos y salvajes. La imaginación prevalece sobre la experiencia, y la síntesis sobre el análisis. No se distingue lo real de lo ficticio, y grotescas supersticiones amedrentan o confortan el ánimo. De un vago fetichismo, de la adoración a los juguetes y a las golosinas, se pasa a un verdadero politeísmo, a la visión y el sentimiento de dioses, de demonios y de héroes, zoomorfos y antropomorfos. De entes tan fantásticos como el ángel de la guarda se hacen seres positivos; de seres tan positivos como los ladrones, se hacen entes fantásticos. Los bandidos son héroes, los héroes son dioses...

Viene luego el culto de lo militar y de lo religioso, el respeto al soldado y el amor al sacerdote. Fórmase una noción más elevada de la divinidad; el politeísmo se convierte en monoteísmo; se cree en un solo Dios todopoderoso, al cual se dirigen, no ya ofrendas, sino más bien súplicas y plegarias. Perdiéndose por grados el egoísmo primitivo, adquiérense en esta época los primeros sentimientos altruístas. Seguimos adelante, y se inician, torpe y groseramente, experimentos científicos que aun no pueden conducir más que a falsas generalizaciones; el espíritu de observación substituye paulatinamente a la poética fantasía de la ignorancia, y la crítica a la credulidad. De ahí nace, por último, el pensamiento filosófico, y con él la verdadera ciencia, la que iba yo a aprender más tarde en el colegio...

Hase dicho que «la humanidad es como un hombre que aprende siempre y nunca muere». Podría igualmente decirse que el hombre crece y se forma como la humanidad. La humanidad es como el desarrollo social de un hombre; un hombre es como la síntesis individual de la humanidad. Todos estamos en cada uno, y cada uno está en todos. Esto es lo que he confirmado invocando los recuerdos de la niñez, ¡y, en verdad, que no he perdido el tiempo!

Generalizando mi caso con tantos otros que he observado y estudiado, podría formular así mi conclusión: el niño es un salvaje, que, poquito a poco y a modo de un pueblo, va transformándose en un hombre civilizado. El desarrollo individual rememora, simplificada y rápidamente, la histórica evolución ancestral. El crecimiento del ser humano es una especie de resultante, personificada en una sola generación y en un solo individuo, de las transformaciones sufridas, a través de las generaciones, por una larga serie de antepasados. La infancia representa la época del salvajismo originario; la adolescencia, la época de la barbarie; la edad adulta, los tiempos de la civilización, y, por fin, la madurez, el último estado cultural, el siglo presente.

Nada más provechoso que el conocimiento de esta ley sobre el desarrollo de la infancia, para los padres, para la escuela, hasta para la propia conciencia del niño. Los padres y tutores no han de juzgar el egoísmo, la crueldad y la imprevisión de sus hijos pequeños, como rasgos definitivos y descorazonadores de su psicología. Sin que se los reprenda o castigue en todo instante, sólo aconsejándolos oportunamente, ellos deberán cambiar por sí mismos. Ha de corregirlos a su tiempo la mano de la Naturaleza, y, por decirlo así, de la historia.

Los maestros no pueden ya sospechar incapacidad intelectual al conocer los pensamientos extravagantes y absurdos de sus pequeños discípulos. Así como en la antigüedad los pueblos más inteligentes — la India, Egipto, Grecia — han poseído las más disparatadas cosmogonías, los niños más disparatadores suelen ser a menudo los más capaces. Igualmente, los más inquietos y violentos, siempre que no lleguen a excesos morbosos, son los más fuertes y sanos. Como la familia, la escuela, sin forzar ni quebrantar la idiosincrasia propia de la edad con torpes severidades, puede educarlos coadyuvando blandamente, casi diría subrepticiamente, en la obra lógica y evolutiva de la inercia. Para hacer comprender a un niño

la parte de verdad científica a su alcance, valdrá más un razonamiento ingenuo e incompleto que erudita y sutil disertación.

Por último, no huelga que, en las sociedades actuales, tenga el propio niño, al menos cuando entra en la adolescencia, noticia razonada de su barbarie. Respetará así a los mayores, no por instinto o por miedo, antes bien porque reconoce la superioridad de la civilización. Este reconocimiento, por parte de los antiguos pueblos bárbaros de Europa, respecto de la cultura grecorromana, contribuyó poderosamente a formar el alma de las naciones modernas. Lo mismo puede contribuir a civilizar rápida y eficazmente a ese bárbaro de nuestros días que se llama el niño.

144. Los juegos de los niños.

¿Existe, por ventura, un espectáculo más sano, más alegre, más hermoso que el juego de los niños? El juego es una función natural de la infancia. Los niños juegan espontáneamente, como gorjean las aves en la enramada y murmuran los arroyuelos entre las peñas.

Los niños, varones y mujeres, deben correr, saltar, divertirse. La actividad física estimula las funciones del organismo: la circulación de la sangre, la asimilación de los alimentos, el ritmo de la respiración y el descanso del sueño. No sólo desarrollan los juegos la fuerza y la elasticidad de los músculos, sino que también templan los nervios, disciplinan la voluntad y alegran el carácter.

Cuando se os invite a jugar, nunca rehuséis la invitación, niños. Si os halláis preocupados o desganados en ese momento, haced un esfuerzo, levantad el ánimo y ensayad el juego. Jugando os vendrán las ganas de jugar.

Los juegos son buenos, en general. Pero no puede jugarse en todos los momentos, ni todos los juegos son igualmente buenos. Sólo se puede jugar cuando las circunstancias y los mayores lo permitan. ¡Y hay juegos y juegos! Conviene, pues, que los niños consulten de cuan-

do en cuando a sus padres y maestros sobre los juegos y la manera de jugarlos. Siempre será preferible, para jugar, el patio a una habitación cerrada, el jardín al patio, el campo a la ciudad. Los juegos de los niños requieren espacio, aire y luz.

Aunque a todos los niños les gusta jugar, no todos saben jugar. Algunos desean imponer siempre su voluntad, como déspotas; otros no admiten que nadie los aventaje; otros se someten con demasiada facilidad a ajenas imposiciones... Ha de jugarse con modestia y buena voluntad, exponiéndose a perder o a llevar la peor parte, pero siempre con la esperanza de adelantar y de distinguirse. Ni leones furiosos ni tontos corderitos, los niños deben ser niños. ¡Los niños deben ser leales y libres como los hombres!

Cuando juega, Diego quiere mandar siempre; Luis se pelea si pierde; Pepe no gana ni acierta nunca, y nada le importa que Diego le mande y que Luis le ataque. Diego es un tirano, Luis un necio, Pepe un simple. En cambio, Juan, Ernesto, Rosita y otros niños y niñas juegan hermosamente, sin mandarse unos a otros, sin enojarse; tratan de divertirse. Corregíos, niños, si sois como Diego, Luis o Pepe. Jugad en paz y buena armonía. Sed condescendientes los fuertes con los débiles, los mayores con los menores, los ricos con los pobres, los varones con las niñas. Dad ventaja a los débiles y flojos; de otra manera el juego es demasiado seguro de sus resultados y carece de armonía e interés. Imitad a Juan, Ernesto, Rosita y sus compañeros. ¡Encanta verlos jugar! Siempre están contentos, y corren y gritan y saltan y ríen. Parecen una bandada de gorriones que ensayan su primer vuelo en una mañana de primavera.

La niñez es la mañana y la primavera de la vida. La vida despierta en el verde de los campos, en el follaje de los árboles, en los cantos de los pajarillos, en los revoloteos de las mariposas, en las brisas, en las flores. ¡La vida despierta en los juegos de los niños! Jugad, niños. ¡Niños, vivid la vida!

IV. LA NATURALEZA

145. Adivina, adivinador...

(Cuatro acertijos)

I

Soy fuerte, soy débil, soy blanda, soy dura;
hiervo, corro, bajo, subo, riego,
y estoy en la sangre, en la sima, en la altura...
Sólo falto o escapo del fuego.

II

Las viandas preparo,
y en la noche obscura
hago el día claro.

Ando con premura,
y marqué la pista
de toda cultura:

Pues salta a la vista
que fuí para el hombre
la primer conquista...
¿Cuál será mi nombre?

III

Circula en mi seno la plata y la onda,
alzo de mi seno la lluvia de lava,
arraiga en mi seno la hierba y la fronda,
la fiera en mi seno su tálamo cava.

Brota de mi seno la ley de la vida,
pues tengo en mi seno la fuerza del fuerte,
y brindo en mi seno bálsamo a la herida,
pues guardo en mi seno la paz de la muerte.

IV

Yo siempre existo bajo el firmamento,
yo circundo la faz de nuestra esfera;
nadie me traga y soy un alimento,
nadie me toca y toco por doquiera.

Siendo indomable sirvo a los humanos,
siendo incoloro doy su azul al cielo,
muevo las moles y no tengo manos,
corro sin patas y sin alas vuelo.

Y, aunque no me halle todo el que me busca,
aunque no tenga tálamo o guarida,
y no respire, grite, mande o luzca,
yo sustento los mundos de la vida.

146. La bendición del aire.

Así como un cómico personaje del teatro francés sólo en sus viejos años descubrió que hacía prosa sin saberlo, hasta la primera mitad del siglo XIX no nos dimos cuenta de que, si el aire es absolutamente indispensable a la vida, es porque al respirar nos proveemos del elemento más esencial para nuestras funciones. Esta idea surgió del descubrimiento de que toda combustión es una combinación con el oxígeno del aire, de la cual resulta un desarrollo de energía bajo forma de calor. No se tardó entonces en averiguar que, en una atmósfera privada de oxígeno, la vida es tan imposible como las combustiones. Y se encontró la explicación al comprobar que constantemente absorbemos oxígeno y exhalamos anhídrido carbónico, en cantidades matemáticamente proporcionales a la labor interna de nuestro organismo y a la suma de esfuerzo que realizan nuestros músculos.

Está, pues, rigurosamente demostrado que el oxígeno del aire alimenta lo mismo la palpitación de nuestros tejidos

que la llama que nos alumbra; que la energía de combustión mueve la máquina animal en virtud de las mismas leyes quimicofísicas bajo las cuales jadean las locomotoras. La circulación de la sangre, en su incesante y vertiginoso torbellino, distribuye el oxígeno que ésta recoge en los pulmones y del que los tejidos se hallan continuamente sedientos; y, si el motor central cardíaco se para, o si no podemos hacer funcionar el fuelle respiratorio, la vida se suspende al punto, al suspenderse las combustiones que la mantienen.

Pero no sólo por esto tenemos hambre incesante de aire puro, y el hálito perfumado de los campos nos es más grato que el amontonamiento de miasmas de una oficina o de un taller mal ventilados. Junto con el anhídrido carbónico, nuestros pulmones exhalan una activísima ponzoña. Encerrando a un conejo en una campana hermética, en la cual sea renovado constantemente el oxígeno que absorbe y eliminado el anhídrido carbónico que exhala, el animalito no tarda, sin embargo, en morir en sopor: no asfixiado, pero sí envenenado por los miasmas de su propia respiración. De semejante modo moría antes mucha gente hacinada en los buques negreros y en las prisiones de guerra. Y hoy mismo, a cada momento nos encontramos con sujetos debilitados y anémicos, o en peor estado aun, quienes no sospechan que esto lo deben ante todo al envenenamiento por el aire viciado en que viven.

La noción de que la pureza del aire es tan indispensable como la del agua, y de que un aire viciado por las exhalaciones respiratorias es tan sucio como un agua contaminada por deyecciones cloacales, es todavía poco general, aun entre los hombres cultos. Tampoco reflexionamos siempre, en la vida diaria, que para que el aire de una habitación sea puro, es necesario que se renueve con frecuencia y abundantemente.

Nuestros abuelos, enemigos del agua, que hace a la

piel resistente a los cambios de temperatura, e ignorantes del transcendental mecanismo de la respiración, nos han transmitido el mal hábito del encierro y la superstición de los peligros del aire. Pero nosotros, mejor informados, no tenemos la misma excusa. Innumerables observaciones y vastas estadísticas enseñan que los resfríos, bronquitis y pulmonías resultan principalmente de la vida confinada, por la sensibilidad patológica al aire frío que origina. Hace cuatro años que mis ventanas permanecen abiertas de par en par, día y noche, y otros tantos que no me resfrío. Lo mismo observan todos los que, en número siempre creciente, se resuelven a adquirir tan saludable costumbre. ¿Podrían decir esto los que pasan la vida calafateando aberturas y tiritando al menor soplo?

Lo peor es que el miedo al aire es activo, intransigente, batallador. Anda siempre en acecho de aberturas, y, por poco que amengüe el calor, arma incidentes a diario, en trenes y tranvías. Para el que padece esta psiconeurosis de la «aerofobia», ninguna ventana cierra bastante, y las querría dobles, como entre los hielos de Rusia, para que no filtrara al interior la más mínima molécula de aire puro. La brisa más fresca y aromada que le llegue, no hace palpitar de placer sus narices ni hincharse con fruición su pecho; estremecido de pavor, busca con los ojos la rendija autora del delito, y con aire feroz la cierra. Todos los aerófobos, gordos y flacos, los que andan envueltos en chales y los que no saben abrigarse, tienen un rasgo común: para ellos son los primeros resfríos del año, y pasan el invierno tosiendo y con las narices hechas un manantial. Pero, desgraciadamente, no son ellos los únicos castigados, ya que su intransigente horror somete a igual encierro a todos los que lo rodean. Son, pues, tan enemigos de la salud ajena como de la propia.

Gracias a la suavidad del clima, estamos nosotros lejos de los extremos que se observan en ciertos países extranjeros, donde se vive en el perpetuo terror de los

famosos *courants d'air* («corrientes de aire»), a los que se atribuye desde el dolor de muelas hasta la peritonitis. Sin embargo, algo nos falta aún para libertarnos totalmente de estos risibles aunque funestos prejuicios... El viajero argentino puede comprobar en otras partes hasta qué puntos son capaces de afeminar un pueblo y de enervar la raza, entregándola sin fuerzas al alcoholismo y a la tuberculosis.

Los más siniestros acompañantes de la aerofobia son los nombrados: ¡la tuberculosis y el alcoholismo! La tuberculosis, cuyo más eficaz remedio es la vida en un aire idealmente puro, representa un producto del hacinamiento y mala ventilación. En estas condiciones se difunde más fácilmente el contagio bacilar: el organismo deprimido por los miasmas y por la pobreza del aire confinado constituye el mejor elemento para el desarrollo de la enfermedad.

Respecto del alcoholismo, oportuno es recordar que la apetencia de excitantes y narcóticos es tanto mayor cuanto más defectuosamente funciona la máquina vital. Si a cada momento se siente crujir algún rodaje y ceder algún resorte, si el cansancio permanente envuelve el ánimo en su bruma, si hasta la lucidez intelectual amengua a ratos, son bienvenidos los «paraísos artificiales», especialmente el alcohol, cuya influencia narcótica suprime la sensación de fatiga y el malestar interno, y cuyo falso calor da la ilusión del bienestar y de la fuerza. Y el aire confinado, a cuya insuficiencia no resiste ninguna energía, bajo cuya intoxicación la fatiga es más temprana y al mismo tiempo más tenaz, es de lo que hace mayor número de bebedores profesionales.

¡Cuánto más eficaz estímulo es el aire puro! El atleta que inhala oxígeno por algunos minutos puede realizar en seguida *records* sorprendentes y su corazón queda intacto. El placer que da una copa del vino más añejo no es comparable a la serena, a la fecunda embriaguez de

oxígeno y ozono que da el recorrer un bosque aspirando con unción el aire purísimo, deliciosamente saturado de esencias y aromas. No es ella un fuego fatuo como el de los excitantes artificiales. Salimos purificados y robustecidos, con la sangre más rica, el sistema nervioso apaciguado y la mente poblada por imágenes amables. ¡Qué bien comprendemos entonces al viejo Pan, a su risa y a su flauta!

¡Amemos y busquemos el aire en virtud del cual vivimos! En vez de encerrarnos suicidas, abramos nuestras ventanas día y noche a esta bendición de la Naturaleza. Si tenemos frío, para esto hay lana y calefacción, pero respiremos la brisa a plenos pulmones. Y, en vez de figurarnos que su leve aleteo en las mejillas es el zarpazo de la muerte, comprendamos de una vez que es una caricia buena que nos da vida y felicidad.

AUGUSTO BUNGE.

147. La madrugada.

(Fragmento del poema gauchesco *Fausto*).

1. Ya la luna se escondía
y el lucero se apagaba,
y ya también comenzaba
a venir *clariando* el día.

2. ¿No ha visto *usté* de un yesquero
loca una chispa salir,
como dos varas seguir,
y de ahí perderse, aparcero?

3. Pues de ese modo, *cuñao*,
caminaban las estrellas
a morir, sin quedar de ellas
ni un triste rastro *borrao*.

4. De los campos el aliento
como sahumerio venía,
y alegre ya se ponía
el *ganao* en movimiento.

5. En los verdes arbolitos
gotas de cristal brillaban,
y al suelo se descolgaban
cantando los pajaritos.

6. Y era, *amigaso,* un contento
ver los junquillos doblarse
y los claveles cimbrarse
al soplo del manso viento.

7. Y al tiempo de reventar
el botón de alguna rosa,
venir una mariposa
y comenzarlo a chupar.

8. Y si se pudiera el cielo
con un pingo comparar,
tamién podría afirmar
que estaba mudando el pelo.

ESTANISLAO DEL CAMPO (*Anastasio el Pollo*).

148. Las cuatro estaciones.

1. El Tiempo era
un dios anciano,
que tenía cuatro hijos: Primavera,
Otoño, Invierno y Verano.

2. Los cuatro hijos,
de opuestos gustos,
revolvían la casa con prolijos
gritos, riñas y disgustos.

3. El rudo Invierno,
con gesto aleve,
desparramaba en el hogar paterno
sus anchos copos de nieve.

4. La Primavera
quería flores,
y trocaba el jardín y la pradera
en dulce nido de amores.

5. Cuando el Verano
entraba luego,
pronto encendía con violenta mano
magnífico sol de fuego.

6. Y con brutales,
locos rencores,
el Otoño barría en vendavales
la nieve, el calor, las flores...

7. Al fin cansado
de tanta guerra,
el Tiempo echó a los hijos de su lado,
a vagar sobre la Tierra.

8. Y, en sus bridones,
de cerro en vega,
se persiguen hasta hoy las estaciones;
cuando una sale otra llega.

149. La vida de un zorro.

Encerrado en estrecho cajón, llegó un día, al Jardín Zoológico, un zorro. Desclavada la tapa de su encierro, fué soltado en una jaula donde había muchísimos más. Todos los espectadores lo notaron, y los zorros también: ¡al recién llegado le faltaba la cola! Los niños se reían, y los zorros, después de haberlo olfateado un rato con el hocico en el aire, lo dejaron solo, en un rincón de la jaula.

En aquel día el pobre forastero no probó ni agua; pero, al siguiente, un zorrito joven y alegre se le acercó, lo tocó con sus patitas, y jugando lo llevó hacia el bebede-

ro. ¡Qué sed tenía! ¡Y qué hambre también!... Al fin, el pobre zorro sin cola había encontrado un amigo al que contó sus penas...

Los zorros, como los demás animales, no hablan; pero se miran en los ojos y se entienden. Como todos los hombres que aman a los animales, yo también los entiendo; y, en la plácida hora del mediodía, cuando el Jardín Zoológico, lleno de sol, está desierto y callado, comprendí la historia que contaba de su vida el pobre zorro sin cola.

Los dos, echados uno frente a otro, con el hociquito pegado en el suelo, se miraban fijamente, y el chico decía:

—¿Cómo tú, tan grande y tan fuerte, has caído en manos del hombre? Yo desperté un día dentro de una casa, mi mamá no estaba ya y otro animal me criaba; supe más tarde que era una perra. Yo no conozco la vida del campo; cuéntame tu historia.

Y el zorro sin cola, en el gran silencio de la siesta, dijo con su larga y profunda mirada:

—«Yo tenía un hermanito. Vivíamos en una cueva muy linda y profunda, bajo un ombú. Un día en que madre había ido a cazar, resolvimos salir de allí. ¡Qué bonito era el campo, grande, verde y lleno de pajaritos que venían a posarse sobre las ramas de nuestra casa! Llegó madre, nos cogió con la boca y nos llevó a la cama. Pero una semana más tarde salió y al rato nos llamó afuera. El ombú tenía sobre el suelo raíces como montañas, donde trepábamos, y jugando caíamos al suelo... Madre nos miraba y miraba por todas partes. De pronto hízonos esconder, alarmada; al rato oímos raspar la tierra, y, después, en la puerta de nuestra casa, un olfateo fuerte como un resuello y gritos terribles. Acurrucados en el fondo y detrás de madre, vimos en la puerta dos ojos grandes y una bocaza tremenda. Después de largo rato volvió el silencio. Madre nos dijo que era un perro, y no había podido entrar porque la puerta era chica; que era un pariente malo vendido al hombre y que nos mataría si nos encontrase.

«Pobre madre, salió una mañana y no volvió más. Teníamos hambre. Al anochecer salimos al campo y la llamamos largo rato, pero no contestó a nuestros gritos. Vimos lejos, al claro de la luna, dos hombres a caballo que pasaban, y el viento nos trajo el eco de las palabras de uno de ellos, que decía: «Los zorros están llamando a Juan». No sabían, seguramente, que teníamos hambre y llamábamos a madre.

«A la otra mañana fuimos a cazar, y, detrás de una mata de pasto, mi hermano consiguió agarrar una torcaza. No me la quiso dar como hacía madre, y se la quité; nos peleamos, y aquel día no volvimos al ombú. Caminé toda la noche; asustábame cuando las martinetas, despertadas a mi paso, se levantaban de improviso; y, al día siguiente, para almorzar no encontré otra cosa que una osamenta vieja y reseca, perdida en el campo. Subí a la cabeza de aquella vaca muerta para orientarme. El campo era grande, grande y verde, todo igual al lugar donde nací, pero el ombú no se veía ya. Había vacas que dormían, había corderos que retozaban, y, muy lejos, un bulto donde los caranchos se reunían alegres. Madre decía siempre que estos pájaros son amigos nuestros, pues nos enseñan dónde hay comida.

«Iba hacia allá, cuando oí temblar el suelo por un galope. Tuve apenas tiempo para entrar en una vizcachera; pero dos perros me habían visto, y ladraban y me desafiaban para que saliese.. El hombre que galopaba en su caballo andaba de prisa y los llamó; hasta me pareció percibir el chasquido del cabestro con que los castigaba.

«Por la noche, cuando todo era silencio y me dirigía al punto en que había visto los caranchos, estos buenos amigos se lo habían engullido todo. Me hubiera quizá muerto de hambre, si unos teros, que me oyeron venir, no hubiesen gritado. Madre solía decir que a poca distancia de donde gritan los teros está un nido lleno de huevos. ¡Y qué ricos son los huevos de tero! Tú, chicuelo, nunca

los has probado. Me comí los cuatro que había; después me hice una cama mullida, abriendo las pajas del nidito.

« Había comprendido que de día me sería imposible andar por la campiña. ¡Caminaba tanto todas las noches! A veces me encontraba con otros zorros: un saludo un *cuan* seco, y cada uno por su lado. Llegué una noche a un arroyuelo; enfrente había algo grande con luces: una casa del hombre, como diría madre, donde hay mucha comida, y también mucho peligro. Estuve largo rato olfateando. Allí sólo había un perro grande que gritaba; cuando todo fué silencio, me acerqué con prudencia. El perro me oyó y ladró, aunque sin moverse; estaba atado con una cadena. Dí una larga vuelta para que no me viera, y sigilosamente entré en una habitación muy tibia y de donde salía un rico olor. No estaba nadie allí; había quedado solamente el olor. Encontré en el suelo un hueso grande, desnudo y blanco, duro y desabrido como una piedra. Salí decepcionado y recordé que en la puerta había despreciado cierto bulto, que fuí ahora a hurguetear impaciente: era un *recado*, y del bozal, muy duro y reseco, colgaba una magnífica *manea* fresca y recientemente sobada. La *manea* fué la pobre cena de esa noche, y estaba tan correosa que no conseguí comerla toda y volví a la noche siguiente; mientras trabajaba en ablandar el *botón*, resonó detrás de mí un ruido seco, y me encontré con la cola prendida entre unos dientes de hierro.

« ¡Qué angustias, amiguito! ¡Y qué dolor! Pasé horas horribles, y la alborada empezaba ya a aclarar el cielo del otro lado del arroyo. Mi linda cola, la que pensaba lucir con una hermosa zorra que había encontrado una noche, me martirizaba y me detenía; no había tiempo que perder; rápidamente me dí vuelta, mordí con rabia mi cola y quedé libre. Perdí mucha sangre hasta llegar a una cueva, a la que fueron a sacarme con picos y palas. Me hice el muerto, pues madre decía que es una estratagema que a veces permite la fuga. Pero un hombre dijo: « No

se descuiden; don Juan se hace el muerto y no lo está». Me encerraron en un cajón con un olor insufrible, el mismo de ciertas luces que usan los hombres y que creo llaman de petróleo... Estuve allá dentro en la obscuridad, por largas horas... Oí silbidos, bufidos, ruidos de herrajes, hasta que ayer me encontré aquí, entre tantos compañeros de desgracia y que me miran en menos porque no tengo cola... ¡Vaya una situación para hacerse los orgullosos!».

Según C. ONELLI.

150. Los nidos de las aves.

Nada hay en la Naturaleza tan lleno de gracia y de ternura como los nidos de las aves. Ya en el follaje de los árboles, ya en la orilla de las lagunas, ora en las agrias crestas de la montaña, ora sobre el mullido césped de los campos, un nido, con sus frágiles y pintados huevecillos, es como un símbolo de calor maternal y de infantil alegría.

Al construirlo, las aves demuestran una previsión y una voluntad que difícilmente se supondrían en sus ingenuas cabecitas. Se piensa que sólo han nacido para cantar sus trinadas rapsodias, para hendir los aires, para alegrar el paisaje; pero, al contemplar sus nidos, descúbrese que también viven, que ante todo viven para criar a sus hijos. Como los demás seres orgánicos, también esas cosas ligeras y aladas saben trabajar y sacrificarse por la vida de la especie. Verdad es que hay pájaros excepcionales, como cierta clase de tordos, que proceden a manera de parásitos en punto a la crianza de la prole. Haraganes incorregibles, pícaros calaveras, ponen subrepticiamente los huevos en nidos ajenos, y se pasan la breve existencia en revoloteos y paseos... ¡Son de ver, en cambio, los pobres padres adoptivos, los pequeños chingolos, por ejemplo, cuando se desviven, cuando se descrisman por alimentar entre los suyos al robusto e insaciable pichón de tordo, que creen también fruto de sus amores!

En la enramada de un duraznero en flor, una pareja de torcazas, con pajuelas y plumas, ha construído su hogar. No lo abandonan un instante; la madre y el padre protegen echados los huevecillos, blancos como gruesas perlas, del frío, de la lluvia, del viento. Sobre un poste, los horneros fabrican su eztraña casa de barro para abrigar a la prole contra los embates del viento. Oculta entre el follaje de la glorieta, los picaflores han tejido una delicada canastilla, en la que hay un par de diminutos pichoncitos, no mayores que dos garbanzos. Para defenderse de posibles asechanzas e indiscreciones, benteveos, urracas, calandrias, y cotorras hacen altos y grandes nidos con sarmientos pequeños y espinosos. La urraca europea adorna además el suyo con objetos brillantes, audazmente robados donde los encuentra. A ras del suelo pone el terutero sus huevos cenicientos y veteados de café; como se confunden con el color de la tierra, no pueden ser fácilmente descubiertos. Entre las matas, los nidales de las perdices guardan los suyos, de brillante color chocolate, semejantes a los de Pascua. El carpintero rompe con el pico los duros troncos de los árboles, para esconder allí dentro su nidada. La gaviota, el cuervo pampeano, el flamenco, el mirasol y muchas más aves de laguna, en su mayor parte zancudas, levantan sus nidos uno junto a otro, formando curiosas colonias en ciertos parajes pantanosos. Otras, como las gallaretas, tienen nidos flotantes, a merced de la corriente. Las aves de la montaña — águilas, cóndores, buitres — ponen los huevos en inaccesibles cimas. En cambio, las lechuzas de las pampas y los loros barranqueros los empollan en cuevas a veces profundas.

¡Cuánta variedad de formas y cuán vivo ingenio arquitectónico ofrecen los nidos de las aves! Unos son como altos castillos feudales; otros, como preciosos palacios de follaje; los hay como flores de las plantas trepadoras, como ingeniosas chozas de barro seco, como ligeras embarcaciones; algunos se dirían duendes escondidos en el

corazón de los árboles viejos, o bien simples eflorescencias de la tierra, si no tesoros sepultados por diligentes gnomos, y todos, en fin, todos son joyas de la Naturaleza.

Los niños revèlan, en el campo, invencible propensión a robar nidos. La ciencia moderna compara a los niños con los salvajes; y nunca, en efecto, demuestran mejor estos pequeños salvajes la incultura de sus instintos que cuando atacan a mansalva los amables hogares de los pájaros. Un nido, en la rama de un árbol, es un objeto vivo y encantador, una caja de música; detiene la vista y regocija el ánimo. Arrancado de la rama, es un objeto muerto y hasta repulsivo: un montón de pajuelas y de residuos. Un nido, inviolado por la mano del hombre, entraña una fuente ó germen de nuevos pájaros y de nuevos nidos. En poder de un niño representan un triste y antihigiénico despojo. ¿Por qué, pues, quitar a los pobres pajarillos su único tesoro? ¿Por qué destruir con torpe mano tantas vidas útiles y agradables? ¿Por qué despojar a la Naturaleza y al campo de su mejores galas y atractivos?... Pensad un momento, ¡oh, niños!, en vuestro acto de vandalismo, y tal vez así lleguéis a contener el cruel instinto que os impulsa... ¡Niños, respetad los nidos!

¿Conocéis la historia de «la gallina de los huevos de oro»? Había una vez un hombre poseedor de una gallina que ponía diariamente un huevo de oro. El hombre debía hacerse rico en poco tiempo; tenía en su gallina el capital de un millonario. Pero el demonio de la curiosidad no le dejaba en paz. ¿Cómo podía poner huevos de oro aquella ave? Y, si ponía huevos de oro, ¡qué sabrosa sería su carne en un buen puchero!... Ello fué que el hombre mató a la gallina de los huevos de oro, y encontró que, por dentro, era como cualquier otra... El niño que destruye un nido procede con la necedad de este hombre. Puesto que no ha de ser tan simple que pretenda empollar y criar luego a los polluelos, como Bertoldino, en sus manos dañinas los huevos del nido no

son más que miserables cáscaras. Pero, en el suave calorcito del nido, esos pequeños globos rojos, verdes, blancos, azules, multicolores, son siempre huevos de oro.

151. ¡Pobre Juan!

(Soneto).

Te argüirán, entre muecas desdeñosas,
los nenitos de Juan el carpintero,
«que sería más útil un obrero,
si ambas manos tuviese habilidosas...»

Y, después de soltar tan graves cosas,
como quien echa migas a un jilguero,
te dirán «que rosal y duraznero
son rosáceos los dos, porque dan rosas».

Pero ven cuatro plantas florecidas
esos grandes filósofos enanos,
¡y van y las destrozan inhumanos,

cual rapaces querubes homicidas!
Niños, en cada flor hay muchas vidas,
y las manos que matan no son manos.

PEDRO B. PALACIOS *(Almafuerte)*

152. El firmamento.

Si la contemplación del cielo estuviese prohibida o costase dinero, seguramente lo conoceríamos mejor. Como se trata de un espectáculo gratuito, a la disposición de todos los que no son ciegos y hasta de muchos animales, de ahí proviene la común indiferencia que inspira. Sin embargo, bueno es acostumbrarse desde niño a gozar de su esplendor; su contemplación nos proporciona un purísimo placer del espíritu, amplía nuestras ideas y nos muestra la pequeñez de las humanas vanidades. Un cielo estrellado, en noche apacible y límpida, nos ofrece un espec-

táculo mil veces más sugestivo y hermoso que el jardín más admirable. Mientras las flores duran apenas un día, los astros, flores luminosas del firmamento, no se marchitan jamás.

También el cielo, como nuestros jardines, cambia de flores según la estación; pero, por cierto, con mucha más puntualidad. Las violetas, los claveles y las rosas, con frecuencia se adelantan o retardan; las estrellas (no los planetas), las estrellas, esas flores del cielo que brillan en vez de perfumar, aparecen y se van en la misma época. Más tarde, niños, cuando seáis grandes y estudiéis muchas cosas interesantes, aprenderéis que también los astros, como las flores, mueren alguna vez, variando mientras tanto las fechas de sus apariciones... Mas, para que esto suceda a los astros, es menester un tiempo tan largo que ni siquiera se llega a imaginar. Podemos decir, pues, sin faltar a la verdad relativa, que las estrellas nunca mueren ni cambian de lugar.

La matemática puntualidad de las estrellas para encontrarse a tal o cual altura sobre el horizonte de un lugar en un momento dado del año, es de gran utilidad para el hombre. La navegación, sin la cual el progreso sería quizá imposible, se basa en la posición de los astros, en la brújula y el cronómetro. Los astros son asimismo auxiliares eficaces de la historia, pues con ellos pueden determinarse exactamente las épocas, las fechas y hasta las horas de un acontecimiento remoto. Por ejemplo, si se ignorase el año, el mes y el día del nacimiento en Yapeyú de nuestro inmortal Libertador, bastaría que en aquella fecha un observador del cielo hubiese anotado con prolijidad el paso de una estrella por el meridiano de Yapeyú, o de cualquier otro, para descubrir, mediante un cálculo, que el general San Martín nació el 25 de febrero de 1778.

Cada país tiene su cielo. Solamente los situados a igual latitud cuentan con el mismo, aunque a distinta hora. Los habitantes de las regiones ecuatoriales son los únicos

que pueden darse el lujo de contemplar el cielo entero durante el transcurso del año... siempre que no salgan de su país. Si pudiésemos llegar a cualquiera de los polos de la Tierra, no veríamos desde allí más que, o todo el cielo austral, o todo el boreal, es decir, una mitad del cielo entero. Ahora bien, la República Argentina se encuentra entre el Ecuador y el Polo Sur; luego, su cielo deberá ser menor que el del Ecuador y mayor que el del Polo. Desde Buenos Aires, Córdoba y Mendoza, o mejor dicho, desde cualquier punto del país situado entre 31° y 35° de latitud, pueden verse las cuatro quintas partes del cielo entero durante el año, o sea, todo el cielo austral y la mitad del boreal.

Los poetas, los curiosos, y hasta los ociosos alguna vez, suelen preguntar cuántas son las estrellas visibles sin anteojo. Naturalmente, esto depende de la latitud del sitio, de su altura sobre el nivel del mar, de la pureza de la atmósfera, y, sobre todo, del ojo del observador. En general, desde el centro de Europa, no alcanzan a 5.000 las estrellas que pueden contarse en el transcurso del año. Sin embargo, un astrónomo alemán, con vista penetrante y educada en un largo ejercicio, llegó a contar 5.421. Según otro astrónomo, desde Córdoba se podrían contar cerca de 8.000. Es que el cielo austral es mucho más rico que el boreal. Y, en cuanto a las estrellas que sólo pueden verse con el telescopio, son tantas que se consideran inumerables. Con las estrellas fijas y visibles se han dibujado en el mapa del cielo las constelaciones, o grupos de estrellas, que representan figuras imaginarias de hombres, animales u objetos. Estas constelaciones, que son como provincias del firmamento, sirven para reconocer fácilmente en el conjunto la posición en que se ven las estrellas desde la Tierra.

Gracias a la situación de nuestra patria, podemos ver desfilar durante el año todas las estrellas de primera magnitud del firmamento. Estas estrellas, según la manera de

apreciar su brillo, son 18 ó 20; más justo sería tal vez decir 19, sin contar la estrella *beta* de la Cruz del Sur. Desde el centro de Europa no pueden verse, en cambio, más que 13 estrellas de primera magnitud.

No estará nunca de más conocer los nombres de estos 19 soles, entendiendo que toda verdadera estrella es un sol. Las estrellas del cielo boreal son: Vega, en la constelación de la Lira, blancoazulina, muy hermosa; Capella, en el Cochero, amarilla; Betelguese, en Orión, amarillorojiza; Arturo, en el Boyero, amarillorrojiza; Régulo, en el León, blancoazulina; Altair, en el Águila, blancoazulina; Aldebarán, en el Toro, amarillorrojiza; Proción, en el Can Menor, amarillenta, y Pólux, en los Gemelos, amarillenta.

Las del cielo austral son; Sirio, la más espléndida de todo el firmamento, en el Can Mayor, blancoazulina; Canope, muy hermosa también, en el Navío, blanca; *alfa* del Centauro, amarilla: Rigel, en Orión, blancoazulina; *beta* del Centauro, blancoazulina; Achernar, en el Eridán, blancoazulina; Antares, en el Escorpión, roja; *alfa* de la Cruz del Sur, blancoazulina; Espiga, en la constelación de la Virgen, blancoazulina; Formalhaut, blancoazulina también, en el Pez Austral. La *alfa* del Centauro es la estrella más próxima a la Tierra. No obstante, su luz tarda en llegar hasta nosotros 4 años y medio, recorriendo 18.000.000 de kilómetros por minuto. Vista a través del telescopio menos poderoso, resulta la *estrella doble* más notable de todo el cielo

En la feliz época de las vacaciones, desde la Pampa, las montañas o el mar, en una noche profunda y diáfana, sin luna, muchos de vosotros, niños, habréis notado, al mirar distraídamente hacia lo alto, una ancha faja de luz blanquecina y suave atravesando el firmamento. Se diría que es el humo de un incendio lejano, o el rastro misterioso de una gran serpiente del cielo. Esta faja es la Vía Láctea. Mirado por el telescopio, el humo se transforma en polvo de brillantes; el rastro de la serpiente misteriosa es un

gran río de soles; son millones de estrellas, a una distancia inmensa. La Vía Láctea circunda el cielo íntegro. Nuestro sol y todas las estrellas visibles se encuentran dentro de esta majestuosa corona de luz.

Según Martín Gil

V. LA ESCUELA

153. El colegial.

1. Con entusiasmo voy a la escuela
y llevo siempre listo el deber,
porque comprendo que el tiempo vuela;
corta es la vida, largo el saber.
Antes las clases todas perdía,
charla que charla, sin atender;
ahora que veo lo mal que hacía
tengo vergüenza, quiero aprender.

2. Ya no me oculto detrás del banco,
que no me vayan a preguntar;
tomo mi puesto, sencillo y franco;
voy preparado, sé contestar.
Ya no hago burla de los maestros;
su misión alta sé respetar...
Era en diabluras de los más diestros,
hoy en conducta soy ejemplar.

3. Amo el estudio, porque ennoblece,
busco anheloso toda verdad;
así el talento se nutre y crece
y se mejora la humanidad.
Amo la escuela, santuario hermoso
de la opulencia, de la orfandad;
es su enseñanza, foco radioso,
de amor, de ciencia y de igualdad.

Angel Menchaca

154. Refranes aplicables a los estudios.

I. Saber es poder.
II. La sabiduría es la base de la felicidad.
III. Tanto vales cuanto sabes.
IV. Lo que no aprendió Juanito, Juan lo aprenderá.
V. Quien mucho abarca, poco aprieta.
VI. Mucho de algo y no algo de mucho.
VII. Más vale una onza de hechos que un quintal de buenas razones.

155. Fernando en el colegio.

Fernando ha cumplido catorce años, y ha entrado en el tercero del Colegio nacional Amadeo Jacques. Es uno de los mejores alumnos; le estiman por igual compañeros y profesores. Es sano y fuerte. Jamás ha hecho alarde de su fuerza para provocar a otros muchachos fuertes como el, ni para dominar a los débiles. Todos le respetan, pero no por su vigor y por sus músculos endurecidos en el ejercicio físico, sino por el respeto que tiene a los demás y por la cortesía con que trata a todos. A nadie humillan su aplicación, su inteligencia, su atención a las explicaciones de clase, su exactitud en el cumplimiento de sus deberes, la puntualidad de su asistencia. A nadie mortifica que los profesores y el rector del colegio le consideren entre los mejores o le juzguen el primero entre todos. ¿Por qué?... Se ha visto, en otras clases o en otros colegios, alumnos que aspiran a la misma distinción y clasificaciones, sin alcanzar nunca la simpatía de sus condiscípulos, y que crean a veces, en torno suyo, antipatías molestas, penosas para todos. ¿Por qué existe tal diferencia entre Fernando y estos jóvenes de otras clases o colegios?...

Difícil será explicarse consecuencias tan diversas de conductas aparentemente iguales. También los otros niños

o jóvenes son puntuales, atentos, trabajadores, respetuosos. Entre tantas suposiciones que pueden hacerse para dar con la razón de semejante diferencia, imaginemos una: Fernando tiene la aspiración del *bien por el bien mismo*. No sabe él, y tal vez nadie puede saber en absoluto, lo que es el *bien*, lo *bueno;* pero, más o menos vagamente, tiene la aspiración, la voluntad de que su conducta sea buena. Obtener la mejor calificación del profesor no es su guía; podría el profesor tener preferencias injustas y dar el mejor puesto a otro, que para él sería lo mismo. Le bastaría saber que de su parte ha hecho todo lo que debía hacer; y esta idea del *deber*, que no podría definir, en general, se le presenta en cada caso y en relación con cada hecho, con cada obligación, con cada dificultad, como una brújula que le indica el camino. Alcanzar la simpatía de sus compañeros no es tampoco un móvil de su conducta. Tiene toda esta simpatía, pero no se ha propuesto conseguirla. La tiene porque es sincero; no disimula un afecto y no lo finge. La sinceridad, que constituye el culto individual de la verdad, es la cualidad del carácter cuyos beneficios estimamos más cuanto más avanzamos en la experiencia de la vida. Fernando no se acerca a nadie con el propósito de captarse una simpatía que pueda servirle alguna vez para algo. No se propone que otro sea menos que él; no hace sentir a los demás su superioridad intelectual o física, y los que le observan más de cerca dicen que su positiva superioridad es *moral*.

En aquellos otros de quienes hablamos, el *bien* no es un fin o un estímulo; la brújula que consultan no marca este norte. Tienen la vanidad de distinguirse. No se mantienen, como Fernando, en la línea de la dignidad personal, que da en cada movimiento la expresión exacta de lo que se siente y piensa. Subordinan su conducta a lo que les conviene: adulan a los fuertes y tienen cierto desprecio por los débiles. Si no reaccionan y se forman un concepto mejor de sus deberes, llegarán a ser soberbios con los

humildes y humildes con los soberbios. Si llegan a encontrarse un día en situación de obtener una ventaja cometiendo una mala acción, cometerán la mala acción con tal de lograr la ventaja, o por lo menos vacilarán, dudarán si deben sacrificarla o no antes que incurrir en una conducta reprochable. En cambio, Fernando no tendrá jamás este problema; jamás vacilará, y sacrificará cualquier beneficio a la opinión que él mismo tiene de su conducta, sin someterse a la opinión de los demás.

Según Rodolfo Rivarola.

156. El maestro de escuela.

La Naturaleza inanimada y las sociedades humanas presentan a cada paso ejemplos de efectos inmensos producidos por causas infinitamente pequeñas. Los pólipos del mar, seres vivientes que apenas tienen forma, han alzado, desde las profundidades del abismo hasta la superficie de las aguas, la mitad de las islas, floridas hoy, y habitadas por millares de hombres, en Oceanía. Las catedrales góticas de Europa, la maravilla de la arquitectura, en cuanto a sus detalles, columnatas, estatuas, rosetones, pináculos y calados en la piedra, han sido obra de artesanos obscuros, de millares de albañiles, cofrades de una hermandad, que trabajaban sin salario, en cumplimiento de un deber, de un voto o por la fe; sucedíanse una generación a otra, los aprendices a los maestros, hasta dejar sobre la tierra un monumento de la inteligencia, de la belleza, de la audacia y de la elevación del genio humano. Los maestros de escuela son, en nuestras sociedades modernas, esos artífices obscuros a quienes está confiada la obra más grande que los hombres puedan ejecutar, a saber: terminar la obra de la civilización del género humano, principiada desde los tiempos históricos en tal o cual punto de la tierra, transmitida de siglo en siglo de unas naciones a otras, continuada de generación en generación en una

clase de la sociedad, y generalizada sólo en este último siglo en algunos pueblos adelantados a todas las clases y a todos los individuos. El hecho de un pueblo entero, hombres y mujeres, adultos y niños, ricos y pobres, educados o dotados de los medios de educarse, es nuevo en la tierra; y, aunque todavía imperfecto, vese ya consumado o en vísperas de serlo, en una escogida porción de los pueblos cristianos en Europa y América, en países desde muy antiguo habitados, y en territorios cuya cultura data de ayer solamente, para mostrar que la generalización de la cultura es menor el resultado del tiempo que el esfuerzo de la voluntad, y el movimiento espontáneo y la necesidad de la época. El caudal de los conocimientos que posee hoy el hombre, fruto de siglos de observación de los hechos, del estudio de las causas y de la comparación de unos resultados con otros, es la obra de los sabios; y esta obra eterna, múltiple, inacabable, está al alcance de toda la especie. La prensa la hace libro, y el que lea un libro, con todos los antecedentes para comprenderlo, ese tal sabe tanto como el que lo escribió, pues éste dejó consignado en sus páginas cuanto sabía sobre la materia.

El humilde maestro de escuela de una aldea pone, pues, toda la ciencia de nuestra época al alcance del hijo del labrador, a quien enseña a leer. El maestro no inventó la ciencia ni la enseñanza: acaso no la alcanza sino en sus más simples rudimentos; acaso la ignora en la magnitud de su conjunto; pero él abre las puertas cerradas al hombre naciente y le muestra el camino; él pone en relación al que recibe sus lecciones con todo el caudal de conocimientos que ha atesorado la humanidad.

El sacerdote, al derramar el agua del bautismo sobre la cabeza del párvulo, le hace miembro de una congregación que se perpetúa en los siglos, al través de las generaciones, y lo liga a Dios, origen de todas las cosas. Padre y Creador de la raza humana. El maestro de escuela, al poner en las manos del niño el silabario, le constituye miem-

bro integrante de los pueblos civilizados del mundo, y le liga a la tradición escrita de la humanidad, que forma el caudal de conocimientos con que ha llegado, aumentándolos de generación en generación, a separarse irrevocablemente de la masa de la creación bruta. El sacerdote le quita el pecado original con que nació; el maestro, la tacha de salvaje, que es el estado originario del hombre, puesto que aprender a leer es sólo poseer la clave de ese inmenso legado de trabajos, de estudios, de experiencias, de descubrimientos, de verdades y de hechos que forman, por decirlo así, nuestra alma, nuestro juicio. Para el salvaje no hay pasado, no hay historia, no hay artes, no hay ciencia. Su memoria individual no alcanza a atesorar hechos más allá de la época de sus padres y abuelos, en el estrecho recinto de su tribu, que los trasmite por la tradición oral. Pero el libro es la memoria de la especie humana durante millones de siglos: con el libro en la mano nos acordamos de Moisés, de Homero, de Sócrates, de Platón, de César, de Confucio, sabemos palabra por palabra, hecho por hecho, lo que dijeron o hicieron. Hemos vivido, pues, en todos los tiempos, en todos los países, y conocido a todos los hombres que han sido grandes, o por sus hechos, o por sus pensamientos, o por sus descubrimientos.

Todo un curso completo de educación puede reducirse a esta simple expresión: *Leer lo escrito, para conocer lo que se sabe, y continuar con su propio caudal de observación la obra de la civilización.*

Esto es lo que enseña el maestro en la escuela, este es su empleo en la sociedad. El juez castiga el crimen probado, sin corregir al delincuente; el sacerdote enmienda el extravío moral, sin tocar a la causa que lo hace nacer; el militar reprime el desorden público, sin mejorar las ideas que lo alimentan o las incapacidades que lo estimulan. Sólo el maestro de escuela, entre estos funcionarios que obran sobre la sociedad, está puesto en lugar

adecuado para curar radicalmente los males sociales. El hombre adulto es para él un ser extraño a sus desvelos. Él se halla en el umbral de la vida, para los que van recientemente a lanzarse a ella. El ejemplo del padre, el ignorante afecto a la madre, la pobreza de la familia, las desigualdades sociales, producen caracteres, vicios, virtudes, hábitos diversos y opuestos en cada niño que llega a su escuela. Pero él tiene una sola regla para todos. Él los domina, amolda y nivela entre sí, imprimiéndoles el mismo espíritu, las mismas ideas, enseñándoles las mismas cosas, mostrándoles los mismos ejemplos, y el día en que todos los niños de un mismo país pasen por esta preparación para entrar en la vida social, y en que todos los maestros llenen con ciencia y conciencia su destino, ese día venturoso, una nación será una familia con el mismo espíritu, con la misma moralidad, con la misma instrucción, la misma aptitud para el trabajo un individuo como otro, sin más gradaciones que el genio, el talento, la actividad o la paciencia.

Según Domingo F. Sarmiento.

157. La elección de compañeros.

(Preceptos y refranes populares).

Sé muy circunspecto en la elección de tus compañeros. « Dime con quién andas y te diré quién eres ». « En la sociedad de tus iguales hallarás más placer; en la de tus superiores, más ventajas ». « Al que se arrima a buen árbol, buena sombra le cobija ». « Ser el mejor entre los presentes es el modo de empeorar; para mejorar conviene escoger aquella sociedad en la cual seamos los peores ».

Los malos compañeros forman los malos hábitos. « El hábito hace al hombre ». El vicio es contagioso como la peste. Apártate de los viciosos como de los apestados, si es que no puedes corregir a los unos ni curar a los otros.

Los buenos compañeros han de elegirse por sus con-

diciones y no por su importancia y prestigio; cada hombre vale por sí mismo, y no por la expectabilidad que puedan otros prestarle. Las buenas compañías aprovechan, más por su influencia sobre el individuo que por su influencia sobre los extraños. Buscar la compañía del orgulloso es exponerse a sufrir sus imposiciones; el hombre se rebaja y el carácter se deprime.

Si es conveniente la buena compañía, el hombre fuerte requiere también la soledad. En cambio, el hombre débil tiene miedo a la soledad. Necesita siempre el bullicio de los camaradas; nunca quiere estar a solas consigo mismo. Para no desgastarte en ociosa junta de compañeros, sé fuerte y trata de recogerte diariamente algunos instantes en tu propio pensamiento. Adquiere el hábito de interrogarte todas las noches: «¿He cumplido hoy con mi deber?» De este modo, familiarizándote con tu propia personalidad, aprenderás a conocerte. Tendrás en ti mismo tu mejor compañía

VI. LA CONCIENCIA

158. Preceptos y proverbios.

I. PRECEPTOS

I. Ama a tu prójimo como a ti mismo.

II. Venera a tus padres, respeta a tus maestros y considera a los mayores.

III. Antes que el hombre está la familia, y, antes que la familia, la patria.

IV. Gana tu pan con el sudor de tu rostro, y el respeto de todos con tu respeto a ti mismo.

V. No hagas a los demás lo que no quieras que te hagan a ti mismo.

VI. Si no sabes dominar tus malos impulsos, tú mismo serás tu peor enemigo.

VII. Los vicios convierten al listo en tonto, al bueno en malo y al hombre en bestia.

II. PROVERBIOS

I. Alma sana en cuerpo sano.
II. Amor con amor se paga.
III. Una mano lava la otra.
IV. Dime con quién andas y te diré quién eres.
V. No hay deuda que no se pague, ni plazo que no se cumpla.
VI. Quien mal anda, mal acaba.
VII. Vida alegre, muerte triste.

159. La conciencia.

(Fábula)

1. Cuenta fantástica historia
que se colocó en la frente
de un emperador de Oriente
una diadema de gloria.
Si alcanzaba una victoria,
como premiando su hazaña,
trocábase en luz extraña...
Mas fué vencido en la guerra,
y le aplastó bajo tierra,
convirtiéndose en montaña.

2. Es verdad en Occidente,
do todos somos iguales,
para los simples mortales.
esta conseja de Oriente.
Cada cual lleva en la frente
una diadema que es ciencia
y fanal de la existencia:
si bien obra, le ilumina;
si mal obra, le fulmina...
La diadema es la conciencia.

160. El deber del aseo.

En una escuela del Estado. La campana suena, alegre. Los niños guardan los útiles en los pupitres, y salen de la clase, a gozar del recreo. Queda retrasado un niño sucio y roto, aunque de mirada inteligente y pensativa.

EL MAESTRO, *llamándole.* — Un momento, Luisito; tengo que hablarte.

EL NIÑO *se detiene.*

EL MAESTRO. — Dime, Luisito, ¿por qué no cuidas de tu persona ni de tu ropa?

EL NIÑO, *baja la mirada, en silencio...*

El maestro. — Sé sincero conmigo, Luisito. Siendo tu maestro, soy tu mejor amigo. *(Se acerca, le mira fijamente y le pone la mano en los hombros).* Contéstame, Luisito. Harto sabes, pues te lo he enseñado, que «el aseo es la elegancia del pobre».

El niño, *tímidamente.* — ¡El aseo!... Esto es cosa de ricos, señor Vila...

El maestro. — Explícate. Estamos solos aquí; te escucho.

El niño. — Los ricos andan aseados porque tienen ropa con que mudarse, y todo lo necesario...

El maestro. — ¡En tu casa hay también agua y jabón, supongo, y un cepillo para la ropa!

El niño. — Los hay; pero yo no tengo tiempo para usarlos... Por la mañana voy al mercado; haciendo unas *changuitas,* gano algunos centavos, para llevárselos a mi mamá...

El maestro. — Aplaudo, Luisito, tu buena resolución de ayudar diariamente a tu señora madre con lo que ganes en esas comisiones. El trabajo honra siempre. *(Una pausa).* Dime, Luisito, al volver del mercado, ¿no dispondrías de algunos minutos para lavarte, cepillarte la ropa y pegarte los botones?

El niño *calla, asintiendo.*

El maestro. — Quedamos, pues, en que, si quisieras, podrías tener aseo y aliño. La pobreza y el trabajo no constituyen un obstáculo insuperable. Así lo demuestran algunos de tus compañeros, no menos pobres que tú. Miguel, por ejemplo, vive en una estrecha carbonería, y viene limpio a la escuela...

El niño *continúa en silencio...*

El maestro. — Ahora bien, dime por qué no juegas en el recreo con tus compañeros... ¿No te gusta jugar?

El niño. — ¡Oh, sí!

El maestro. — Yo te diré por qué no juegas: tu propio desaliño te avergüenza. ¿No es verdad?... ¡Pues

si te avergüenza, no ha de ser bueno! ¿Has visto que alguien se avergüence de lo bueno?

EL NIÑO. — No...

EL MAESTRO — Conveniente es que uses el agua y el cepillo; está en tu interés, para que no te sientas tontamente deprimido y puedas jugar a tu gusto con tus compañeros. Ellos son bondadosos y te quieren; eres tú quien huye de ellos, y no porque tengas especiales motivos, sino porque tu propia conciencia te remuerde *(Una pausa)*. ¡Espero que ahora hayas comprendido la utilidad del aseo!

EL NIÑO. — Sí, señor Vila...

EL MAESTRO. — Y hay más todavía. ¿Sabes de qué provienen en gran parte las enfermedades?

EL NIÑO. — ¿De los microbios?

EL MAESTRO. — De los microbios. ¿Cómo se los combate?

LUISITO. — Con la higiene, con la limpieza...

EL MAESTRO. — ¡Desde luego! Los microbios se establecen y propagan donde encuentran alimento fácil y se les permite instalarse. La grasienta mugre de las telas y de la piel constituye para ellos un medio favorable. ¿Qué debe hacerse ante todo contra los microbios?

EL NIÑO. — Tener la piel limpia, la ropa cepillada...

EL MAESTRO. — Perfectamente; nada mejor para preservar la salud. ¿Y la salud, dime, es necesaria sólo para el rico, o también lo es para el pobre!

EL NIÑO. — ¡Para el rico y para el pobre!

EL MAESTRO. — Aun podría decirse que es todavía más indispensable al pobre, porque no dispone de tantos medios para curarse, y sin salud no se puede trabajar. ¿No te parece?

EL NIÑO. — Es claro...

EL MAESTRO. — ¿Y qué conclusiones sacas de todo esto?

EL NIÑO. — Que los pobres y los ricos deben tener aseo, y hasta más, si es posible, los pobres que los ricos, aunque tal vez no les sea tan fácil.

El maestro. — Esto es lo que yo tenía que demostrarte. Los antiguos decían: « Alma sana en cuerpo sano ». Nosotros, los modernos, podríamos decir: « Alma limpia en cuerpo limpio, y cuerpo limpio en traje limpio... » *(Una larga pausa).* ¿Vendrás mañana más arreglado?

El niño, *con los ojos húmedos.* – Sí, señor Vila.

El maestro. — Gracias; ahora vete a jugar...

El niño *se dirige a la puerta; luego vuelve hacia el maestro, indeciso...*

El maestro. — ¿Qué te ocurre, Luisito?

El niño. – Nada, señor Vila... Con esta facha, no me atrevo a mezclarme con mis compañeros... Pienso si no sería mejor que ahora mismo me permitiera usted ir a mi casa para lavarme y arreglarme; volvería muy pronto...

El maestro, *riendo.* — ¡Así me gustan los hombres, decididos y francos!... ¡Lástima que aquí en la escuela tengas ahora tus deberes que cumplir!...

El niño. — Pero usted, señor Vila, creo que me lo acaba de enseñar... El aseo es también un deber...

El maestro, *dándole una palmada en la espalda.* — ¡Bien dicho!... ¿Para con quiénes tenemos este deber?

El niño, *animándose.* — Para con nosotros mismos, a fin de preservar nuestra salud... Para con la familia, a fin de poder trabajar y ayudarla... Para con los demás, a fin de no dar mal ejemplo y de no propagar enfermedades...

El maestro. — ¡Bravo, Luisito!... Ahora sí que estoy dispuesto a darte permiso para que vayas a tu casa y vuelvas pronto, si me prometes cumplir con una condición. Cuelga en tu aposento un cartel, en el que, para no olvidarlo nunca, escribas con letras gordas...

El niño. — ¡Se lo prometo, señor Vila! Pondré un letrero que diga: *El aseo es un deber.*

161. La modestia.

Varios niños organizaban una partida de campo. Uno de ellos tomó la palabra y dijo: Yo soy el más inteligente y el más rico y generoso. Yo os guiaré al mejor sitio y os llevaré las mejores provisiones. Esperadme un momento, que voy a comprarlas. Cuando vuelva, todos debéis seguirme y obedecerme . Fuése el niño, y, al volver cargado de provisiones, se halló con que sus compañeros habían partido dejándole solo. Retiróse furioso a su casa. Preguntóle su padre la causa de su enojo, y él no pudo ocultarla. Entonces, el padre le hizo esta advertencia: Tus compañeros te acaban de dar una lección inolvidable. Los hombres jactanciosos y petulantes se hacen incómodos y antipáticos. Nadie debe andar pregonando a todos los vientos su superioridad, antes bien puede demostrarla en silencio. Si eras, en efecto, más inteligente que tus compañeros, no debiste decirlo, sino probarlo con una proposición acertada. Si eras más rico y generoso, tampoco debiste decirlo, sino también probarlo aportando callado tus provisiones. Para que se te considere, sé modesto. Cuando llegues a una cumbre, los que están en el llano te verán, sin necesidad de que los ofendas gritándoles que estás más alto que ellos. La verdadera superioridad es como la luz: se difunde e impone por sí misma. Solamente la falsa superioridad, peligro de hombres y de pueblos, necesita los anuncios y pregones de los malos artículos industriales Por esto se la teme y execra como a los vicios. La jactancia engendra desconfianza. La modestia demuestra la verdadera grandeza».

162. La crueldad.

Juan, siéntate y escucha. Te he visto hoy jugando con un ratón atado de la pata, y quiero hablarte de la crueldad. ¿Sabes tú que los animales sufren más o menos como nosotros?... ¿Te gustaría que un gigantazo, cinco

veces mayor que tú, te atara del pie y jugase contigo, hasta dejarte por muerto?...

Si carecieras de buenos sentimientos, me replicarías que, no existiendo gigantes, puedes siempre darte el gusto de martirizar a los animales, sin temor de que a ti se te martirice... Lo reconozco; pero, ya que mi razón de orden sentimental no te convence, puedo aducir otra de orden intelectual, y mucho más importante. Escucha...

Al atormentar a un animal, te acostumbras a la crueldad. Acostumbrado a ella, podrás emplearla más tarde con los mismos hombres; castigarás severamente a los niños, a los débiles, a los subordinados, a los malos... Pues bien, no sólo es probable que en nada beneficies a quienes así castigues, sino que además te expondrás a sus iras y represalias. Siendo ahora cruel con los animales, propenderás a serlo más tarde también con los hombres, y entonces, a su vez, los hombres han de ser crueles contigo.

¿Me escuchas? ¿Comprendes que te aconsejo la bondad para con los animales, no tanto quizá en interés de éstos, cuanto en tu propio interés?... Hoy fué tu víctima un inofensivo ratoncillo; mañana lo serás tú mismo. Sé bueno con los demás, para que los demás sean buenos contigo.

Como eres, Juan, un chico razonador, preveo tus objeciones. Me dirás, en primer lugar, que puedes tratar de un modo a los animales y de otro a tus prójimos. También se te ocurrirá decirme que no siempre es de temer el desquite... ¿Qué te contestaré yo? Ante todo, que tengo más experiencia que tú de la vida y del corazón humano. Mientras seas niño, debes confiarte a la experiencia de tus padres y maestros; harto sabes lo que te quieren... ¿Por qué no habían de aconsejarte según tu conveniencia y para tu felicidad?...

Escucha, Juan. La crueldad para con los animales, defecto de que quiero corregirte, es nociva, no sólo al individuo, sino también a la colectividad social A ti te

gusta, por ejemplo, matar avecillas que alegran la vista con su bello plumaje y deleitan el oído con su canto. Si todos los hombres pensaran como tú, pronto se extinguirían esas especies; perderíamos una fuente de goces puros y sencillos. Conviene, pues, a todos enseñar a cada uno que las respete. Son patrimonio común de los hombres, y especialmente de los que, por su pobreza, no pueden procurarse otro placeres. Si amas a tu prójimo, ama por él las aves hermosas y canoras.

Podrías argüir que hay especies de animales inútiles y dañinos... No me opongo, Juan, a que ejercites en su contra tu destreza de cazador; pero sí a que hagas sufrir innecesariamente a ningún animal, por antipático que sea. Atormentar a una víbora porque tiene veneno, es simplemente una tontería. ¿Cabe imputarle la culpa de ser como es? Además, piensa que sus colmillos constituyen para ella un arma indispensable en la lucha por la vida... Mátala si la encuentras, mas no para castigarla, sino para suprimirla. Aunque la necesidad determina crueldades inevitables, nunca o muy rara vez justifica un refinamiento de crueldad.

Cuando seas hombre, Juan, si te aficionas a la caza y a la pesca, podrás también procurarte presas útiles por su carne o por su piel. Para ello te bastará tomarlas en su sazón y oportunidad, de la manera menos dura. Entonces no tratarás de exterminarlas a tontas y a locas, porque estará en tu interés el respetar en su estación las pequeñas crías, para que luego abunden las buenas piezas. Una cosa es el placer de la crueldad, y otra el placer de procurarnos provechosos recreos y de ejercitar nuestras fuerzas.

Aun más debo decirte, Juan. El placer de la crueldad es una verdadera anomalía, es una aberración del sentimiento. Un animal sano mata por necesidad, para alimentarse y defenderse, pero no con especial fruición, no por vicio. Igualmente, sólo un hombre débil y enfermo goza en la contemplación del dolor ajeno. Podrás comprobar esto

último cuando hayas crecido y conozcas mejor a tus semejantes.

La pasión por los espectáculos de sangre fué siempre, en la vida de los pueblos, síntoma de afeminamiento y de decadencia. Los romanos de la república, edad heroica, no deliraron por el circo, como el pueblo corrompido del Bajo Imperio.

Aunque en nuestros días se ha prohibido en todas las naciones civilizadas la lucha mortal de los antiguos gladiadores, consérvanse a veces algunos espectáculos sangrientos, como las riñas de gallos y las corridas de toros. Sin duda, tales espectáculos, sobre todo el último, tienen cierto interés y hasta plástica belleza, si bien no en tan alto grado como los antiguos combates del circo. En cambio de este pequeño mérito, ¡cuán funestos resultan por su negativa educación social! La fascinación de la lucha domina al público, las pasiones atávicas se desbordan en torrente, la energía nerviosa se desgasta, el ánimo se deprime, ¡la humanidad se degrada! Y aquella turba frenética, que llena la plaza con sus gritos, sus exclamaciones, sus denuestos, sus aplausos, tiene tan horrible poder de contagio y de asimilación, que anula las personalidades y rebaja a su nivel a los hombres más nobles y cultos; es como una fiera apocalíptica que debilita los cuerpos y devora las almas.

Hay quien dice que semejantes espectáculos templan el carácter y estimulan el valor. ¿El carácter y el valor de quiénes? ¿Acaso del público?... Lejos de ello, obsérvase que éste sale del circo enfermizamente excitado. La bárbara emoción tiende a deprimir su temple; hace haraganes a los activos, tristes a los alegres, brutales a los tranquilos, y, aun diré que, a todos, hombres decadentes y violentos. Si esas luchas, generalmente tan innobles, dan carácter y valor, no será a la muchedumbre, no, antes bien a los toreros, a los toros, a los gallos de riña. Parece que infunde a éstos los bríos que toma de aquélla, como si

se transvasara su sangre en los luchadores; el pueblo, aunque nervioso y excitado, queda abatido, anémico, exhausto. El espectáculo sanguinario viene a ser como un veneno lento y seguro, comparable con el alcohol y la morfina, esto es, con los llamados «paraísos artificiales».

Tal vez me digas, Juan, que a veces la crueldad es necesaria para con el hombre mismo; se castiga a los criminales, se mata al enemigo en la guerra... Desde luego; castígase para atemorizar, para ejemplarizar, para escarmentar, y esto constituye una necesidad durísima. Mátase, por otra necesidad no menos dura, en defensa de la patria. Pero, ¿acaso se complace el hombre de bien, sano de cuerpo y de alma, en el sufrimiento del criminal o del enemigo?...

Sé fuerte, Juan, sé enérgico, sé valiente, ejercita tus músculos, desarrolla tus biceps; con todo esto contribuirás a procurarte la dicha. Mas no olvides que el placer de la crueldad sólo podrá labrar tu desgracia. Tanto más capaz es el hombre, cuanto más generoso, y, tanto más débil, cuanto más cruel.

163. La beneficencia.

La señorita Lía, maestra del quinto grado, hacía leer a sus discípulos. Tocóle el turno a Jorge Pondal, y el niño no tenía su libro de lectura. ¿Lo has olvidado en tu casa?, le preguntó la maestra. — No, señorita... — ¿Lo has perdido? — No, señorita... — ¿Lo has roto? — No, señorita... — ¿Qué has hecho de él, pues?». Encarnado como una cereza, el niño respondió: «Cuando venía a la escuela encontré en la calle a un chico muy pobre, que me pidió una limosna... Dióme lástima, y, como no llevaba dinero, le regalé el libro... Sonrióse bondadosamente la señorita Lía, y dijo a Jorgito: «Tus sentimientos te honran; te felicito por tu acto de generosidad. Puesto que los pobres sufren como nosotros, nosotros debemos ayudarlos en cuanto podamos. La caridad, beneficencia o filantropía, como quiera

que se llame al amor al prójimo, especialmente en su desgracia, es una virtud social.

Hizo la señorita una pausa, y añadió: «¿Sabes, Jorgito, si el chico a quien diste el libro sabía leer? — Probablemente no sabía, señorita, porque miró el libro del lado del revés, con las letras patas arriba... — ¿Crees que podrá aprender a leer en ese libro tan adelantado ya? ¿No le hubiera sido más útil, en todo caso, una cartilla?... — Seguramente... — Y más útil aún, ¿no hubiera sido mandarle a la escuela? — Claro, señorita. — Pues bien, tu acto de caridad resulta acaso completamente ineficaz. ¡Para qué quiere ese niño el libro de lectura! Cualquier cosa le sería de mayor provecho: vestido, alimento para el cuerpo, el alimento para el espíritu que se da en la escuela... — Pero yo no podía mandarle a la escuela, señorita... — Tú no; otros pueden hacerlo en vez de ti... El Estado y ciertas sociedades públicas sostienen asilos-escuelas para los niños pobres».

Dirigiéndose luego la señorita Lía a toda la clase, que había escuchado en silencio el diálogo, dijo desde la cátedra: «La caridad que practican los particulares, cada uno por su lado, llámase *beneficencia privada*. La que realizan el Estado y ciertas sociedades en establecimientos abiertos al público, llámase *beneficencia pública*. La beneficencia privada, por ejercerse más o menos ocasional y aisladamente, no remedia de raíz los males de la pobreza; apenas los alivia un momento. Es insuficiente, y a menudo resulta mal encaminada y peor aprovechada. En algunos casos es hasta perniciosa. Dar una limosna a un vagabundo borracho, por ejemplo, será favorecer su vicio. Para ciertos mendigos, la limosna privada constituye un veneno lento, que carcome su dignidad de hombres y perjudica su salud. Sólo una caridad racional y sistemática puede cumplir sus altos fines, propendiendo a mejorar la suerte de los menesterosos.

Como esta caridad racional y sistemática, continuó

la señorita Lía, requiere una organización y medios de que no pueden disponer los particulares mejor dotados, se realiza sólo en la beneficencia pública. Jorgito Pondal quiso favorecer a un chico mendigo, y, deseoso de que se instruyera, le regaló su hermoso libro de lectura. ¿Aprenderá a leer el chico en este libro? Sabemos ya que no; luego, la dádiva de Jorgito ha sido inútil. Habría que mandar al chico a un asilo-escuela, y Jorgito, con toda su buena voluntad, no puede proporcionárselo por sí mismo. A los chicos que mendigan en la vía pública, antes se los daña que beneficia si se los alienta con limosnas, en un sistema de vida que los deprime y desmoraliza: deberíase alojarlos en una casa protectora y enseñarles un oficio. Para cambiar de condición, no requiere el ebrio consuetudinario unos centavos, sino larga permanencia en un establecimiento higiénico, donde se le cure médicamente de su vicio y se le habitúe a trabajar. La beneficencia sostiene igualmente escuelas para los sordomudos, los ciegos y los débiles de espíritu; refugios para los enfermos crónicos, los lisiados, los valetudinarios; en fin, toda suerte de locales y establecimientos cuyos fines estriban en la realización de la filantropía, de una manera eficiente y social».

Un niño preguntó entonces a la maestra: «Señorita Lía, si la beneficencia pública es la verdaderamente buena, ¿cómo pueden hacer caridad los particulares? — A esto iba, repuso la maestra. Los particulares pueden colaborar en la beneficencia pública favoreciendo sus establecimientos con generosos donativos, y también aportando desinteresadamente su trabajo personal a la dirección y administración. — ¿No debe, pues, darse limosna? — En ciertos casos... Pero hay que darla con tino y oportunidad, y, especialmente, cada uno debe contribuir al desarrollo de la beneficencia pública. La beneficencia ha de ser, más que la obra de éste o de aquél, la obra de todos».

164. El ladrón.

«Alguien llama a la puerta; ve, Marta, y abre», dice a su anciana criada el ingeniero Robio, fumando su larga pipa, de sobremesa. «Señor, contesta la criada, no olvide usted que estamos solos esta noche; por esto he atrancado la puerta. Puede ser un ladrón el que llama; en los pueblos vecinos ha merodeado en estos días una gavilla... — También puede ser un pobre viajero perdido en esta noche de perros. No se debe dejarle afuera, expuesto a la lluvia... Ve, Marta, y abre la puerta; si es un ladrón, ya le echaremos... — Señor, es extraño que no ladren los perros... — Acaso conozcan al viajero. — Señor, tengo miedo de abrir la puerta... — Yo la abriré».

Abre el ingeniero Robio la puerta de su casa, y entra un joven miserablemente vestido y empapado por la lluvia. «Buenas noches. ¿Qué buscas en esta casa? — Me he perdido en el campo, señor, y busco un techo para pasar la noche... — ¿Has cenado? — No, señor... — Marta, sirve a este mozo de cenar y dale de beber un buen vaso de vino». La criada manifiesta aparte a su amo, que teme llevar al forastero a la cocina... «Sírvele aquí, en el comedor», replica el amo.

Sombrío y preocupado, el joven cena ávidamente. Cuando termina, pide al dueño de casa que le indique dónde pasará la noche. «Si no estás muy cansado, dice el ingeniero, conversaremos antes un momento; no es saludable acostarse en seguida de comer. ¿Fumas?... Marta, pasa a este mozo un cigarrillo y sírvele una copita de cognac. — ¡Oh, señor! Usted hace demasiado por mí, demasiado... — Esta noche eres mi huésped y quiero obsequiarte».

Cambian algunas palabras el señor Robio y su huésped, y, de pronto, el joven, conmovido por la conversación y algo excitado por el alcohol y el tabaco, exclama: «Señor, soy indigno de sus bondades... Yo venía a robarle..., tal vez a matarle...» Y se echa a sollozar,

posando la frente en la mesa. El ingeniero comprende. La gavillla de foragidos que merodea por los alrededores intenta aprovechar aquella noche la ausencia de los peones, que han ido a un baile en el pueblo vecino. Proyéctase dar un golpe de mano para robarle en su propia casa; el perro guardián ha desaparecido misteriosamente; el joven es el enviado que va a abrir la puerta a sus cómplices, en el sigilo de la media noche...

Acércase el ingeniero a su huésped y le palmea en el hombro. «¿Por qué lloras?... ¡Todavía no me has robado, supongo, ni asesinado!... No hay razón para tanto arrepentimiento... Bebe un trago de cognac para reponerte, y hablemos... ¡Vamos, sé hombre! — ¡Soy un miserable! — Yo solo sé que eres desgraciado. ¿Te place mucho la compañía de ladrones y vagabundos? - No conozco otra, señor... — ¿Tienes padre, madre, hermanos? — Nunca los conocí ni los tuve. Abandonado en una escuela-asilo, huí de muy niño y me refugié entre mala gente; para vivir los sigo y los sirvo... — Eres feliz en tu profesión de Caco?... — ¡No, no! — Sufres hambres, fríos, soles, quizás también frecuentes castigos... — ¡El trabajo es duro!... — Te hallas, además, expuesto a que te prenda la policia y se te encierre en una cárcel. ¿No amas la libertad? — ¡Demasiado, señor! — Pues si amas la libertad y no te intimida el trabajo, ¿por qué no te haces hombre de bien? — No lo he podido hasta ahora... — ¡No lo has podido! Pero, por lo menos comprendes que es más cómodo ser honrado que pícaro. — Lo comprendo... — Pues yo te he de dar una ocupación. Seguramente te trataremos aquí menos mal que en tu gavilla. Y, estando ya a mi servicio, apróntate a pasar la noche en vela conmigo y la criada; tendremos las luces encendidas y las puertas seguras para evitar una sorpresa... Nada temas; no he de denunciar a tus compañeros; me bastará evitarlos... — ¿Cómo agradecerle señor?... ¡Es la primera vez de mi vida que se me habla así!... ¿Cómo agradecerle, señor? — ¡Haciéndote hombre de bien!».

165. Los dos gatos.

(Fábula

1. Dijo el gato casero
al gato libertino:
—¡Tu vida, compañero,
es un gran desatino!

2. Mientras por los tejados
andas tú de pelea,
trago yo mis bocados
junto a la chimenea.

3. Y el gato libertino
dijo al gato casero:
—¡Tan blando es tu destino,
como eres tú severo!

4. ¿Ignoras, mentecato,
que nunca, ni por juego,
nadie brindó a este gato
un rincón junto al fuego?...

5. No juzgue la indigencia,
ni se jacte de fuerte,
quien debe la sapiencia
sólo a su buena suerte.

166. El honor.

(Carta de un padre a su hijo).

Mi hijo:

Acabo de recibir tu cariñosa carta, y, como me lo pides, sin demorar ni una hora, paso a contestarla, «a vuelta de correo». He de agradecerte, ante todo, que, en una duda acerba de tu espíritu, para resolver una situación que te parece delicada, acudas a consultarme. No te ha detenido la falsa vergüenza que a tantos detiene en tales casos, encaminándolos más bien hacia un amigo de confianza. El amigo, impetuoso e impresionable como ellos, no es por cierto el consejero más seguro. Como el padre, difícilmente lo será, pues carece de la clarividencia del amor paterno. Conoce el padre tan hondamente a sus hijos, porque también él ha sido joven y sus hijos se le parecen. Es, para el hijo, una especie de «otro yo» más experimentado y sereno. ¡El padre debe ser el verdadero amigo de confianza.

Agradecido, pues, a tu consulta, trataré de darte since-

ramente mi opinión. Pero tu carta es tan difusa, por haberla escrito tú en un momento de excitación febril, que, francamente, me ha costado un esfuerzo comprender lo que llamas tu «caso». Para hablar con precisión, te lo expondré, tal cual lo entiendo.

Hace cosa de un par de años te contrataste, como empleado, en la casa comercial de Rivara, Tabel y Compañía, establecida en el Rosario. Estando entonces ausente el señor Tabel, te entendiste con el señor Rivara. Como eres activo y honesto, pronto te ganaste su aprecio y llegaste a ser algo como su brazo derecho. Debiendo a su vez ausentarse para Europa tu jefe el señor Rivara, y acaso porque le inspirasen cierta desconfianza los demás empleados de la casa, obtuvo de ti la promesa de que permanecerías hasta su vuelta en el puesto de cajero. ¿No es esto?...

Días después de partir el señor Rivara, estaba de regreso su socio el señor Tabel, que era el jefe con quien debías entenderte en adelante. Aquí llegamos al nudo de la cuestión... El señor Tabel, que no te conoce como el señor Rivara, no te trata del mismo modo. Le atribuyes maneras impertinentes, y temes que desconfíe de tu probidad. Por sus últimas requisas y observaciones, te crees ofendido en tu «honor». Así dices, ¿no? ¡Tu «honor»!

El honor ofendido, según crees, te pone en la dura necesidad de obtener amplia satisfacción; quieres renunciar a tu cargo y pedírsela al señor Tabel. Aunque no me lo dices, leo entre líneas que has pensado hasta en provocarle a duelo, puesto que eres un hombre de honor... Felizmente, antes de tomar tal resolución, que sería irreparable, me consultas.

Debo recordarte, ante todo, que tienes un brillante porvenir en la casa de Rivara, Tabel y Compañía. Mucho te perjudicaría el retirarte de allí; sólo por un motivo serio, si realmente el honor te lo mandara, yo te lo aconsejaría...

Pero se me antoja que tu situación no es tan crítica como supones, a lo menos hasta ahora. No constituye un

caso de fuerza mayor, y tu honra, por otra parte, te manda que aguantes y te quedes en la casa mientras puedas... En efecto, ¿no diste tu palabra al señor Rivara de permanecer en tu puesto durante su ausencia? Si te retiras, sin un motivo que lo justifique, faltas a tu palabra, ¡y cumplirla es el primer deber de un hombre de honor!

Eres un tanto quisquilloso y altanero. Siempre lo fuiste, desde niño, y hasta pienso que has heredado esto en parte de mí. Pues bien, debes saber que la quisquillosidad y altanería no son cualidades esenciales del honor; antes lo serían de un falso honor. En estos tiempos democráticos ha perdido ya el honor su antiguo carácter militar; es una virtud crítica y más bien pacífica. Muy contadas y excepcionales son las circunstancias en que disculpa el uso de la fuerza y violencia, aunque no lo impone.

En virtud de las complicaciones de la vida moderna y de los misterios del corazón humano, el honor se nos presenta ahora, no tanto como una impulsión agresiva, cuanto como un motivo para resolver conflictos de deberes, de intereses, de sentimientos. Tal ocurre en tu caso. Chocan ahí, en primer término, tu deber de hacer respetar tu dignidad de hombre honrado por el señor Tabel; en segundo, tu deber de cumplir la palabra que empeñaste al señor Rivara, y, en tercero, tu deber para contigo mismo, de trabajar y de abrirte camino en el mundo. Según el primero de estos deberes, tendrías que proceder enérgicamente contra el ofensor, real o supuesto; según los dos últimos, tendrías más bien que tolerarle en silencio, hasta la vuelta del señor Rivara. Ya lo ves; quizá tu honor te manda que te vayas, quizá tu honor te manda que te quedes...

Conociendo tu carácter, no me atrevo a aconsejarte que dejes las cosas como están y aguardes, lo que para otros temperamentos sería sin duda lo más acertado. Pero tampoco te aconsejo que procedas a sangre y fuego... ¡Nada de esto! Procura tener una entrevista amistosa con el señor

Tabel. Siendo él tu jefe, háblale con deferencia. No le pidas una satisfacción, lo cual sería intempestivo y contraproducente; ruégale que te diga si está descontento de tus servicios. Si él quiere que te retires, te lo dará a entender así; si quiere que permanezcas en la casa, te expondrá sus condiciones. En el primer supuesto, tu honor te manda retirarte a tiempo, sin una queja ni una reconvención; en el segundo, tu honor te indicará, sin que yo te lo aconseje, que aceptes esas condiciones, o bien que las rechaces.

«¿Qué es, pues, el honor?», me preguntarás acaso. El honor, más que una espada siempre dispuesta a herir al contrincante, es hoy un juez íntimo para fallar, en caso de duda, cuál será la conducta que merezca la aprobación de nuestros iguales. De ahí que el honor presente dos caras: una interna y subjetiva, hija de la conciencia y de la reflexión propias, y otra externa y objetiva, hija de la conciencia y de la reflexión ajenas.

Como harto lo deseas, hijo mío, cumple con lo que te manda el honor; mas no el falso honor del espadachín, que defiende a mandobles una conducta tal vez indigna, sino el verdadero honor del hombre de bien, que se impone con una conducta siempre digna. Esto es lo que te aconseja

Tu padre.

167. Encuentro con un antiguo condiscípulo.

Una tarde había ido yo a comer a un cuartel, donde estaba alojado un batallón, cuyo jefe era mi amigo. A los postres me habló de un curioso recluta que la ola de la vida habia arrojado, como un resto de naufragio, a las filas de su cuerpo. Pasaba el tiempo leyendo, y el comandante tuvo más de una vez la idea de utilizarle en la mayoría; pero, ¡era tan vicioso! En aquel momento pasaba por el patio, y el jefe le hizo llamar: al entrar, su marcha era insegura. Había bebido. Apenas la luz dió en su rostro sentí mi sangre afluir al corazón y oculté la cara para

evitarle la vergüenza de reconocerme. Era uno de mis antiguos condiscípulos más queridos, con el que me había ligado en el colegio. Una inteligencia clara y rápida, una facilidad de palabra que nos asombraba, un nombre glorioso en nuestra historia, buena figura, todo lo tenía para haber surgido en el mundo. Había salido del colegio antes de terminar el curso, y durante diez años no supe nada de él. ¡Cómo habría sido de áspera y sacudida esa existencia para haber caído tan bajo a los treinta años!... Poco después dejó de ser soldado. Le encontré, traté de levantarle, le conseguí un puesto cualquiera, que pronto abandonó para perderse de nuevo en la sombra; todo era inútil; el vicio había llegado a la médula.

MIGUEL CANÉ.

168. Los jóvenes y los viejos.

Un anciano llevaba a cuestas un haz de leña. Rendido por el cansancio, sentóse a orillas del camino. Pasó un mozo y se comidió a ayudarle. «¿Para qué vas a trabajar, le preguntó el anciano, si no tengo con qué pagarte?» Y el mozo repuso: «Los jóvenes debemos ayudar a los viejos para que, cuando seamos viejos, nos ayuden los jóvenes».

169. ¡Adelante!

(Soneto, de la serie titulada *Siete sonetos medicinales*).

Si te postran diez veces, te levantas
otras diez, otras cien, otras quinientas...
No han de ser tus caídas tan violentas,
ni tampoco, por ley, han de ser tantas.

Con el hambre genial con que las plantas
asimilan el humus avarientas,
deglutiendo el rencor de las afrentas
se formaron los santos y las santas.

Obsesión casi asnal, para ser fuerte,
nada más necesita la criatura,
y en cualquier infeliz se me figura

que se rompen las garras de la suerte...
¡Todos los incurables tienen cura,
cinco minutos antes de la muerte!

PEDRO B. PALACIOS *(Almafuerte)*.

170. El enfermo y la Muerte.

(Glosa de una fábula antigua)

En un rapto de desesperación, exclamó un enfermo: «¡Ven, por fin, oh Muerte! Apareciósele ella, y le dijo: «Aquí estoy. ¿Qué me quieres?» Asustado y arrepentido, el enfermo repuso: «Discúlpame... Quería pedirte un remedio para sanar y vivir».

VII. EL CAMPO

171. Del campo.

1. ¡Pradera, feliz día! Del regio Buenos Aires
quedaron allá lejos el fuego y el hervor;
hoy en tu verde triunfo tendrán mis sueños vida,
respiraré tu aliento, me bañaré en tu sol.

2. Muy buenos días, huerto. Saludo la frescura
que brota de las ramas de tu durazno en flor;
formada de rosales, tu calle de Florida
mira pasar la Gloria, la Banca y el *Sport*.

3. Un pájaro poeta rumia en su buche versos;
chismoso y petulante, charlando va un gorrión;
las plantas trepadoras conversan de política,
las rosas y los lirios, del arte y del amor.

4. De noche, cuando muestra su medio anillo de oro,
bajo el azul tranquilo, la amada de Pierrot,
es una fiesta pálida, la que en el huerto reina;
toca en la lira el aire su do-re-mi-fa-sol.

5. De pronto se oye el eco del grito de la Pampa;
brilla como una puesta del argentino sol;
y un espectral jinete como una sombra cruza:
sobre su espalda, un poncho; sobre su faz, dolor.

6. — ¿Quién eres, solitario viajero de la noche?
— Yo soy la Poesía que un tiempo aquí reinó;
¡yo soy el postrer gaucho, que parte para siempre,
de nuestra vieja patria llevando el corazón!

(Abreviado) RUBÉN DARÍO.

172. ¡Adelante!

1. ¡Ea, muchachos, es la aurora¡ ¡arriba!
Tomad el hacha y el martillo y vamos;
si como ayer tenaces trabajamos,
el monte derribado caerá.
Alcemos con sus troncos nuestras casas,
asilo de la enérgica pobreza;
donde creció el jaral y la maleza
la viña lujuriante medrará.

2. Que el muelle artesano la fortuna
busque adulando a su señor adusto,
el torpe corazón siempre con susto
de perder de su afán el fruto vil.
Mientras esparce el odio y la cizaña,
nuestras robustas manos siembren trigo;
mientras ve en cada hombre un enemigo,
amémonos con pecho varonil.

3. El vínculo sagrado que nos une
se apretará con la honradez probada.
¡Sus, al combate!, a la conquista ansiada
del trabajo fecundo en la legión.
¡Victoria al más intrépido! Bizarro,
sus pensamientos en la patria fijos,
ése llegue a tener hermosos hijos,
hombres libres, de limpio corazón.

4. La gran Naturaleza nos invita
a su festín suntuoso; seamos parcos,
y al repasar por sus triunfales arcos,
la libertad nos guíe con su luz.
Bajo su influjo bienhechor, la dicha,
la paz y la abundancia nos esperan:
¡a los valientes que en la lucha mueran,
un recuerdo, una palma y una cruz!

5. No desmayéis, conscriptos del progreso;
rasgue el arado el seno de la tierra;
guerra a la incuria, a la ignorancia guerra,
amor a Dios, respeto por la ley.
Diques al mar pongamos, freno al vicio,
allanemos la ríspida montaña,
y sea nuestro orgullo y noble hazaña
en cada ciudadano ver un rey.

6. Así avancemos como un haz; la ruta
nos haga menos ardua el dulce canto
del poeta; las artes con su encanto
den a nuestra energía el galardón.
Busquemos la gran patria en que los hombres
se reconozcan prósperos y hermanos,
invitando a los pueblos soberanos
a seguir de los libres el pendón.

7. ¡Y dulce será ver en nuestros lares
de la jornada al fin, todos reunidos,
a los seres amables y queridos
que ennobleció el trabajo y la virtud,
recordando los triunfos del pasado
en las largas veladas del invierno,
o elevando sus preces al Eterno,
que nos da la esperanza y la salud!

CARLOS GUIDO Y SPANO.

173. Consejos del viejo «Viscacha».

(**Fragmento** del poema gauchesco *La vuelta de Martín Fierro*).

1. El primer *cuidao* del hombre
es defender el pellejo.
Llevate de mi consejo,
fijate bien en lo que hablo:
el diablo sabe por diablo,
pero más sabe por viejo.

2. *Hacete* amigo del juez,
no le dés de qué quejarse;
y cuando quiera enojarse
vos te *debés* encoger,
pues siempre es *güeno* tener
palenque *ande* ir a rascarse.

3. Nunca le *llevés* la contra,
porque él manda la gavilla.
Allí *sentao* en su silla
ningún *güey* le sale bravo:
a uno le da con el clavo,
a otro con la *contramilla*.

4. El hombre, hasta el más soberbio,
con más espinas que un tala,
aflueja andando en la mala
y es blando como manteca.
Hasta la hacienda baguala
cai al jagüel en la seca.

5. No te *debés* afligir
aunque el mundo se desplome.
Lo que más precisa el hombre
tener, según yo discurro,
es la memoria del burro,
que nunca olvida *ande* come.

6. *Dejá* que caliente el horno
el dueño del amasijo.
Lo que es yo nunca me aflijo
y a todito me hago el zorro:
el cerdo viene tan gordo
y se come hasta los hijos.

7. El zorro, que es ya corrido,
dende lejos olfatea.
No se apure quien desea
hacer lo que le aproveche:
la vaca que más *rumea*
es la que da mejor leche.

8. El que gana su comida
güeno es que en silencio coma.
Ansina vos, ni por broma,
querrás llamar la atención:
nunca escapa el cimarrón
si dispara por la loma.

9. Los que no saben guardar
son pobres aunque trabajen.
Nunca por más que se atajen
se librarán del cimbrón:
al que nace barrigón
es al *ñudo* que lo fajen.

10. Vos *sos* pollo, y te convienen
toditas estas razones.
Mis consejos y *lesiones*
no *echés* nunca en el olvido:
en las riñas he aprendido
a no *peliar* sin puyones.

(Abreviado) José Hernández.

174. Estancias y colonias.

La mayor riqueza de la República Argentina está en sus industrias rurales: la ganadería y la agricultura. La ganadería, cría y pastoreo de vacas, caballos y ovejas, se explota en las estancias; la agricultura, labranza de la tierra, especialmente para el cultivo de cereales — trigo, maíz, lino, avena, cebada, centeno —, se ejercita en las «colonias». Existen entre ambas industrias estrechas relaciones: la ganadería requiere a menudo el forraje producido por la agricultura, y la agricultura, la tracción de bueyes y caballos producidos por la ganadería. Por esto, en las estancias se practica algo de agricultura y en las colonias suele criarse ganado. Hay además establecimientos mixtos, que son al propio tiempo ganaderos y agrícolas, estancias y colonias.

¿Has estado en alguna estancia? Habrás visto allí animales vacunos, caballares y ovinos sueltos en el campo; habrás visto también otros en *galpones* y establos. Hay, pues, dos principales negocios: el pastoreo de animales

«ordinarios» a campo, para que se multipliquen, y el cuidado y selección de animales «finos», para mejorar las razas. Véndense los productos de ambos negocios, los unos por decenas y centenas, y los otros por carísimos ejemplares típicos y aislados. El primero, favorecido por la benignidad del clima y la fertilidad del campo, es el antiguo negocio de estancia; el segundo es el de los modernos criadores, el negocio poéticamente llamado de la «cabaña».



Además, es negocio de estancia el que suele apellidarse de «invernada»; se compran animales jóvenes y flacos a bajo precio, se sueltan en buenos campos para que se desarrollen y engorden, y luego se venden con ganancia. Y no sólo se venden las reses, sino que asimismo se comercia con los cueros, la lana, las crines, en fin, con todo lo que produce el ganado y tiene un precio en los mercados del mundo. Los seguros beneficios de estas industrias explican y justifican el exorbitante valor de las tierras de pastoreo y de labranza en la República Argentina.

¿Has observado alguna vez las faenas de la estancia? Los adelantos de la técnica moderna han transformado el antiguo sistema criollo. Antes, el ganado se «paraba» en pleno campo, rodeado por peones de a caballo, esto es, formando «rodeo», y se enlazaba, apartaba y sacrificaba a mansalva.

Ahora existen cómodos potreros cercados, amplios corrales, y se usa poco el lazo, que tanto estropea las reses. La *yerra* o *hierra*, el acto de señalar a los animales caballares y vacunos con una marca de hierro candente, se opera deteniéndolos en *bretes* o corrales angostos, sin *pialarlos*, es decir, sin enlazarlos de las patas y arrojarlos al suelo. La *esquila* de los animales lanares, esto es, el acto de esquilarlos, se realiza con tijeras mecánicas, movidas por motores, que no desperdician lana ni tajean la piel. Menos rudas y groseras, las faenas rurales son también más provechosas. Con pocos brazos, ayudados por ingeniosos mecanismos, funcionan vastos establecimientos.

El carácter del criollo, tan amante de los clásicos trabajos de estancia, es poco inclinado a las pacíficas faenas de la agricultura. Como esta industria exige gran número de trabajadores, se explota, más que en las estancias, en poblaciones formadas por inmigrantes y por sus hijos y descendientes: las colonias. El propietario de la tierra las funda; trayendo colonos agricultores. Les entrega la tierra, las máquinas y a veces hasta los habilita con dinero. Ellos labran, siembran y recogen la cosecha, y se reparten luego las ganancias con el propietario. Si el negocio es proficuo para éste, que aprovecha su capital, también lo es para aquéllos, pues hallan, no sólo una remuneración de su trabajo, sino también una nueva patria, ¡y de libertad y de gloria! Con esfuerzo y ahorro, el colono puede a su vez llegar en algunos años a ser propietario y legar a sus hijos un pedazo de la tierra que los vió nacer y que constituye ahora su única patria.

La ganadería y la agricultura producen, en el bendito suelo de la República Argentina, un excedente enorme sobre lo que necesitan sus habitantes para el consumo. En cambio, existen muchos países que no producen lo suficiente para alimentar a los suyos. De ahí que de la República Argentina se envíen a esos países millares y



Una trilladora

millares de toneladas de cereales y muchos millares y millares de reses vacunas y ovinas. El ganado se exporta a veces en pie, o bien, más generalmente, expórtase la carne congelada. En ciertos establecimientos llamados «frigoríficos» se compra el ganado, se matan las reses, se las desuella, se las limpia, y todo se utiliza y separa, hasta los cuernos y las pezuñas. Luego, las reses, partidas en cuatro cuartos, o bien en dos grandes mitades o «costillares», con sus correspondientes patas, pecho y muslo, se cuelgan en grandes cámaras de temperatura muy baja, para que se congelen; así se embarca, se transporta y se vende la carne en los mercados de Europa, tan fresca como si el animal acabara de matarse.

Visita tú cuando halles oportunidad las estancias y frigoríficos y las colonias. En las estancias y frigoríficos aprenderás la economía de la industria moderna, que nada desperdicia. En las colonias verás praderas interminables erizadas de espigas, como las lanzas de copiosísimo ejército que ha de llevar el pan de la vida a lejanas tierras. Entonces te formarás una idea de las inmensas riquezas de tu patria, que sirven de base a sus mucho mayores riquezas morales, cual una columna de oro que sostuviera a la más bella estatua de mármol.

VIII. LA CIUDAD

175. La ciudad.

Contempla el espectáculo de una gran ciudad, sea Buenos Aires, Córdoba, Bahía Blanca. Recorre sus calles, atestadas de gente que va y viene, de carruajes, de automóviles, de tranvías eléctricos, de trenes a flor de tierra y quizá también en alto y subterráneos. Es como un hormiguero humano, un hormiguero maravilloso de actividad y de industrias. En ciertos momentos la muchedumbre parece oleada que rueda por las vías públicas. Levántanse enormes edificios; bajo el suelo existe además

otra ciudad de sótanos y de cimientos. El aire se halla cruzado por los incontables hilos del telégrafo y del teléfono. Las altas chimeneas de las fábricas, como enormes esfuminos, ponen sobre el azul del cielo sus trazos de negro de humo. Todo es agitación febril, trabajo metódico, pensamiento y acción, en fin, vida civilizada...

Recuerda que, hace relativamente breve tiempo, el campo donde hoy se yergue la ciudad era un desierto tal vez inhospitalario. Recorríanlo en todas direcciones las bestias silvestres, y, si acaso, alguna mísera tribu de salvajes armados de flechas. La inteligencia y la voluntad del hombre, que no en vano se apellida a sí mismo el « rey de la creación », bastaron para transformar aquí la haz de la tierra, como doquiera que existan planicie y clima templado. ¡ Cuántos esfuerzos, cuántos dolores, cuántos triunfos se compendian en el incomparable espectáculo de una ciudad ! Diríase un gran libro de piedra y hierro en que se presenta una síntesis de la historia. No posee sin duda la inarmónica armonía de líneas y de colores que ofrece un agreste paisaje de la Naturaleza ; pero muestra, en cambio, lo más bello que la propia Naturaleza ha producido, si bien por modo indirecto : la obra del hombre.

¡ La obra del hombre ! Para llegar al portentoso resultado de la cultura moral y material de los modernos tiempos, la palanca fué el trabajo ; mas no el trabajo desordenado y oportunista, no, antes bien la disciplina del trabajo. Si cada uno hubiera procedido por sí solo y para sí mismo, el hombre viviría aún de los frutos silvestres. Ha sido necesario aprovechar históricamente las fuerzas de todos, gracias a lo que se llama la « división social del trabajo ». La Naturaleza ha diferenciado específicamente a los hombres, según su sexo, su edad, su estirpe, su propia individualidad. Sus aptitudes son distintas. Unos, más inteligentes, sirven para las altas disciplinas de la poesía, las bellas artes, la ciencia, o si no para el gobierno y

la política; otros, en cambio, sin poseer capacidad especulativa, tienen especiales dotes para las artes manuales. Hay quienes inventan y fijan derroteros; hay quienes aplican estos inventos y siguen estos derroteros. La humanidad es como una inmensa pirámide: en su base está el trabajo de los agricultores y obreros; en su zona media, el de los técnicos e industriales; más arriba, el de los gobernantes y hombres de Estado; hacia la cúspide, el de los hombres de ciencia y de pensamiento, y, en la cúspide misma, los grandes filósofos y poetas, es decir, los genios que fijan, queriéndolo o no, el criterio del Bien y del Mal. Cuanto más alto y difícil sea el trabajo, tanto más rara es la existencia del artífice correspondiente. Así, en un millón de hombres, habrá novecientos mil que sólo poseen aptitudes de labradores y de operarios; noventa mil con capacitad de comerciantes y de industriales; nueve mil hombres de estudio y de gobierno; novecientos inventores e innovadores; noventa y tantos hombres de ciencia y de pensamiento original, y apenas uno que sea un verdadero hombre de genio.

No se me oculta que esta manera de considerar la ciudad del hombre irrita tus nobles sentimientos de igualdad humana. ¿Qué quieres?... La vida tiene sus desigualdades: unos seres nacen plantas, otros animales, otros hombres, y, entre los hombres, unos nacen con mejores cualidades que otros, así como unos nacen hembras y otros machos. La historia demuestra también que la cultura no es más que el producto de una larga y sistemática división del trabajo, y que éste, por su parte, resulta de las diferencias étnicas e individuales de los hombres.

Acaso pienses que, sometidos todos los niños de una ciudad ideal a una misma educación, lleguen a ser iguales en aptitudes. Aunque no en absoluto, la experiencia se ha hecho; la experiencia se hace todos los días. Edúcanse para jefes quienes sólo valen para soldados, y, para soldados, quienes valen para jefes. El fracaso de



Buenos Aires. — Diagonal Presidente Saenz Peña (*Bourquin*).

aquéllos y el encumbramiento de éstos prueba que la educación, si bien mejora y desarrolla las capacidades, o aunque torpemente las desconozca y deje de fomentarlas, no rehace la especificidad del hombre. La humanidad no es más que una generosa abstracción; más bien hay pueblos, o, mejor dicho, sólo hay individuos.

No quiero decirte que en la ciudad ocupe cada uno el puesto correspondiente a sus verdaderas aptitudes. Por desdicha, aun en las democracias más perfectas, impídenlo desigualdades sociales no siempre justas. Pero estas mismas desigualdades, cuando hay bienestar general y siquiera la enseñanza primaria se difunde por todo el pueblo, representan a veces vivo acicate para que luchen los injustamente desalojados y desalojen a los que llamaría usurpadores de dirección y preeminencia. Constituye esto lo que tan gráficamente se llama la «lucha por la cultura».

La ciudad es, por excelencia, el campo de la lucha por la cultura. ¿Ves aquel joven pálido y de traje gastado, que marcha cabizbajo, con un voluminoso paquete de papeles? Es un autor pobre y todavía desconocido; busca un editor para que imprima su obra, literaria o científica. Si la obra vale, tarde o temprano ha de encontrar el editor que la acepte, por el interés de su casa comercial. Después del éxito, el joven saldrá de la penumbra, y, de miembro de una clase dirigida, pasará a serlo de una clase directora. Aquel obrero de blusa que corre presuroso a escuchar una conferencia científica, rumia un invento; cuando llegue a realizarlo se hará rico. En cambio, ese lechuguino que ves pasar en un automóvil, es hijo de un millonario poderoso. Como resulta incapaz de trabajar y aficionado al lujo, los millones de su padre irán indirectamente a parar al bolsillo del obrero inventor, y el joven publicista ha de substituirle con el tiempo en su rango social. Quizá el lechuguino sepa conservar su patrimonio y hasta simule capacidad... ¡No importa! Si sus hijos y sus nietos son tan inútiles como él, alguna

vez, en las futuras generaciones, pasarán su peculio y su poder a quienes sean más dignos de poseerlos. A la larga y en definitiva, la lucha por la cultura hace justicia a los hombres.

Estúdiate. «Sé tú mismo». Descubre en tu alma tu verdadera vocación, como una perla escondida. Engarza luego esta perla en la joya del trabajo. Comprendida tu idiosincrasia y determinada tu especialidad, sigue tu camino en línea recta; «breve es la vida y largo el arte». Si te demoras en el camino y te sientas a descansar en una piedra, o pierdes un tiempo precioso en recoger las flores del cerco y aun en desandar lo andado, jamás llegarás a la meta. Piensa en un ideal más lejano, para alcanzar lo más próximo. No te apresures demasiado, sobre todo al subir las cuestas, porque podrías fatigarte antes de tiempo. Marcha, marcha siempre a paso igual y a jornadas regulares; el camino se compone de muchos pasos y de muchas jornadas. Ayuda a los que van junto a ti; pero no te detengas, ni trates de detener a los demás. ¡Para todos se abre la ruta y el sol brilla para todos!

No te amilanen las dificultades, ni te aturrulle el bullicio de la gran ciudad. Si tropiezas y caes, levántate y sigue adelante con más cuidado. Por duro que sea el camino, la ciudad es generosa con los que llegan. Disfruta de antemano, en tu imaginación, la probabilidad del triunfo; ten fe en tu destino. Pero no envidies a aquellos a quienes la pródiga mano de la Naturaleza ha dotado mejor que a ti; quizá sean menos dichosos... La dicha no consiste en pretender lo que no se puede, sino en hacer lo que se puede.

Ahí tienes la ciudad, abierta ante ti, con su comercio, su técnica, su pensamiento, sus bellas artes. Ahí tienes la ciudad, que espera tu conquista. Tú eres el bárbaro que viene del horizonte lejano, para poseerla por el esfuerzo de tu voluntad y de tu inteligencia. Mas tu posesión no

será militar e imperiosa, no será total y egoísta, sino, simplemente, el señorío del sitio que a tus obras corresponda. Según tu capacidad, serás el honesto artesano, en su hogar sencillo y amable; o serás el activo industrial, lleno de planes y proyectos de lucro progresista; o serás el estudioso, en su laboratorio o bufete; o bien el gobernante, el conductor de pueblos, el filósofo, el poeta... Pero fueres lo que fueres, no olvides que en la consideración de tus semejantes hallarás el mejor estímulo de tu vida y el más sólido cimiento de tu dicha. Entra en la ciudad. ¡La ciudad es justa!

176. Historia de un libro.

Contempla y analiza el espectáculo del trabajo universal que te ofrece una gran ciudad. En sus industrias y en la producción de los artículos que poseen sus habitantes, han trabajado y trabajan millones de hombres. El más insignificante de estos artículos — un alfiler, una cinta, una hoja impresa — ha sido fabricado por la cooperación social de varias ramas de la industria. Primero se ha extraído el hierro de las minas, para construir las máquinas; luego se han aplicado estas máquinas a productos minerales, ganaderos o agrícolas... La ciencia y la experiencia seculares han ido perfeccionando los procedimientos, pues, según se ha dicho, «la humanidad es como un hombre que aprende siempre y nunca muere». Así, en la producción de la hoja impresa ha intervenido la labor de ingenieros, mineros, fundidores, mecánicos, agricultores, ganaderos, acaso también de artistas y escritores, en fin, toda la legión de la humana actividad... Con los adelantos de la técnica moderna, los artículos se abaratan y generalizan; pero también la producción se complica más y más. Necesítanse grandes máquinas movidas por el vapor o la electricidad, y el trabajo se divide en interminable serie de especializaciones y momentos. ¡Todos trabajan para todos!

Sería interesante conocer la historia de la producción de un objeto determinado; sea el libro que tienes entre las manos y lees en este momento. Ante todo, supone un autor. El autor, después de largos estudios en letras y ciencias, concibe su obra; piensa que puede constituir una contribución a la literatura patria. Toma notas, se traza el plan, y, para dilucidar sus dudas, consulta muchos libros y autores, antiguos y modernos. «No podemos ver muy lejos, se ha dicho, sin encaramarnos en los hombros de los demás». Larga y laboriosa gestación mental precede, pues, al acto de componer el libro. Para escribirlo, emplea el autor papel, plumas, tinta y otros adminículos de escritorio, los cuales, a su vez, representan felices invenciones y arduos trabajos de la industria humana.

El autor escribe y piensa en ti, es decir, en el lector, en los lectores. Desea que el libro sea provechoso y agradable; si no lo fuese, ¿para qué escribirlo?... El placer de la producción intelectual se acidula un tanto con la autocrítica. Compuesta la obra, el autor debe juzgarla como si perteneciera a un extraño, constituyéndose en severo juez. Entonces se entrega a la tarea de limarla, de mejorarla, de cambiar cuanto le parezca mal, de corregir lo equivocado, de agregar lo necesario, de suprimir lo superfluo. Crecido el bosque, entra hacha en mano a podarlo y a abrir claros y caminos... ¡Hay también que poner un título al libro! El autor ha pensado en varios, pero ninguno le satisface; propónese uno, y otro, y otro, y, al fin, por eliminación, desechados los demás, se queda con el definitivo.

Una vez corregida, copiada y bautizada la obra, envuelve el autor amorosamente el manuscrito. Producto de su inteligencia, el libro es su hijo y lo ama como un padre. Con el paquete debajo del brazo, va a ver a un editor, para que lo publique, pues él no está en condiciones de hacer por sí mismo el negocio de impresión

y de librería. El editor, si el autor no tiene una reputación hecha, exclama: «¡Un libro más! ¡Se imprime tanto, se lee tan poco! En fin, veremos...» Toma el original, escucha al autor, le invita a volver dentro de unos días, y, por último, si la empresa le cuadra, uno y otro arreglan las condiciones de la publicación. Puesto que todo trabajo debe ser remunerado y el autor no ha de vivir del aire, se le paga un precio por la obra. Generalmente, el autor, que como buen padre adora a su hijo, sale descontento del precio. Pero se consuela pronto pensando en el renombre literario, en la gloria que le ha de reportar el libro; el gajo de laurel que adornará su frente compensará la pérdida de vil moneda.

Concertado con el autor, el editor manda el manuscrito a una imprenta, y determina la letra o tipo, el papel, el tamaño del libro. En la imprenta, el regente reparte entre los obreros tipógrafos las cuartillas del original. Cada tipógrafo debe componer la parte que se le encomienda. Tiene delante una gran caja de madera dividida en muchos cajetines, donde están en orden y separados los tipos de imprenta. Aludiendo a esta disposición suele llamarse «cajas» a la imprenta, y «cajista», al tipógrafo. Éste sabe muy bien dónde se halla cada letra o tipo, y lo toma de su sitio. Lee las cuartillas y las copia, colocando las letras de imprenta, o sea, los caracteres de plomo y antimonio, uno junto a otro; forma palabras con las letras, líneas con las palabras, párrafos con las líneas, y llena los espacios blancos entre las palabras y las líneas con listones del mismo metal, llamados «regletas». Cuando se ha compuesto una parte del texto, un tipógrafo ata y unta la «composición» con tinta, pone encima papeles en blanco, y estampa o saca «pruebas».

¡Engorrosa tarea la de corregir las pruebas de imprenta! En el establecimiento hay siempre un empleado, el «corrector», quien se encarga de revisar las que primero se sacan, en columnas o «galeradas». Con signos conven-

cionales anota al margen los errores cometidos en la composición tipográfica; debe tener una especial educación de la vista, para que nada se le escape, ni siquiera un punto mayor que el del tipo o una «o» puesta al revés. A fin de cerciorarse en caso de duda, usa una lente de aumento. Además, para cumplir en conciencia su misión, ha de saber gramática. No sólo corrige las erratas, sino alguna vez también el texto del autor, cuando éste se ha descuidado en el uso de cierta palabrilla o en la construcción de algún párrafo...

Subsanados los errores advertidos por el corrector, envíanse al autor las pruebas «de segunda», todavía en galeradas una vez, y luego, por fin, en páginas. El autor corrige las erratas que al corrector se le hayan escapado, y, en ocasiones, también términos de su propio texto. Este procedimiento es impropio; debía haberse corregido definitivamente la obra antes de mandarla a la imprenta. Pero un verdadero autor sabe que siempre puede mejorar el estilo; rehace cien veces su trabajo, y después, si hay tiempo, piensa que aun puede rehacerlo nuevamente... Recordando que la perfección es imposible para el hombre, la autocrítica debe ponerse un freno en la corrección de pruebas de imprenta, so pena de no concluir jamás. Y es de notar que, a pesar de las prolijas revisiones del corrector y del autor ha de deslizarse siempre alguna pequeña errata, fácilmente enmendable en la lectura; no se ha dado hasta ahora el caso de un libro extenso que, tipográficamente, carezca de algún lunarcillo.

Una vez corregidas y compaginadas las pruebas, con el «visto bueno» del autor y el del regente, se colocan y ajustan en la máquina de imprimir. Es una máquina complicada. En un plano de madera se pone la pila de papeles extendidos. Sobre un lado de cada uno de ellos la máquina, con movimientos oportunos, producidos por la fuerza del vapor o de la electricidad, estampa las páginas de caracteres tipográficos. Cuando toda la pila de papeles ha

sido impresa por una de esas caras, ármanse a su vez en la máquina las páginas correspondientes a la otra cara, y del mismo modo se estampan. Impresa así la hoja de papel por ambos lados, se dobla por la mitad, y una, dos, tres o cuatro veces más, y se forma un pliego de cuatro, ocho, diez y seis o treinta y dos páginas, siendo el tamaño más común el de diez y seis. Terminada la impresión y doblados todos los pliegos de la obra, se reunen por su orden en mazos que constituyen volúmenes o ejemplares; y se cosen y encuadernan, o bien en papel, es decir, « a la rústica », o bien en tela o pasta. Los cientos o millares de libros están ya fabricados, y el editor los manda a las librerías para ser puestos en venta. Allí, en una de estas librerías, has comprado el que tienes entre las manos y lees en este momento. Tal es su historia.

177. Una visita al Jardín Zoológico.

(Del diario de un niño).

El señor Vila, maestro de nuestra clase, nos prometió el otro día llevarnos hoy al Jardín Zoológico. Fuimos a la escuela arreglados ya para salir a paseo, y al Jardín Zoológico nos llevó el señor Vila, Cumple él cuanto promete, sean paseos o pescozones...

Brillaba un claro sol de invierno. Abandonamos tan contentos el aula, que nos atropellábamos gritando y tirábamos al aire las gorras. Para contener el alboroto, díjonos el señor Vila: « ¡ Tened juicio o nos volvemos a clase! »

¡ Santo remedio! Todos nos quedamos como en misa, salimos a la calle de dos en dos y tomamos el tranvía. Éramos tantos que, por no encontrar asiento, algunos fueron de pie en la plataforma. Yo, que me senté de los primeros, me arrepentí después. Julito Blázquez iba de pie, haciendo de las suyas a espaldas del señor Vila ¡ Cómo debían divertirse los que estaban en la plataforma con Julito Blázquez!

Llegamos en un abrir y cerrar de ojos, y bajamos del tranvía. Varios exclamaron, al entrar en el Jardín Zoológico: «¡Vamos a ver los leones! ¡Vamos a ver los leones!» Pero el señor Vila no lo permitió diciendo: «Veremos primero los demás animales; lo mejor lo dejamos para postre».

Marianito Piera murmuró, sin que le oyera el señor Vila: «Cualquiera creería que los leones son de azúcar...» Marianito Piera está siempre rezongando; pero nadie le hace caso sino para burlarse de él... Es enteramente un perrito gruñón.

Primero nos detuvimos ante la jaula de los monitos. Hacíamosles morisquetas y los amenazábamos por broma con la mano, y ellos se burlaban de nosotros imitando nuestras amenazas y morisquetas. ¡Qué monos son los monitos! ¡Parecen de juguete, con cuerda! Si tuvieran cuerda, ¿quién daría cuerda a los monitos?...

Jorge Pondal quiso obsequiarlos con unos caramelos que llevaba en los bolsillos. El señor Vila le mostró entonces un letrero en que decía: «Está prohibido arrojar alimento a los animales». «¿Por qué está prohibido?, preguntó Jorge. ¿Qué más quiere el gobierno que ahorrarse el alimento de los animales? — Está prohibido, declaró el señor Vila, porque hay hombres tontos y perversos que les arrojan veneno. — Debían poner en penitencia a semejantes hombres», opinó Juanito, un chico a quien llamamos Juanito Melón, porque tiene una cabeza en forma de melón, y creo que con cascos y todo. ¡Tal vez haya dentro hasta semillas!... Nos reímos mucho de Juanito. ¡Poner en penitencia a unos hombres grandes!...

«Debían ponerlos presos, corrigió el hermano mayor de Juanito. — ¡Y cobrarles una multa, y pegarles una paliza, y hacerles comer el veneno que tiran a los pobres animales!, agregó otro niño, creo que Yniatovich, el de pelo rojo. — No tanto, dijo sonriendo el señor Vila. En todo caso, bastaría imponerles la pena de una multa. Y mejor que

la multa sería que alguien les enseñara que los animales sufren, que son buenos y que son útiles». El pícaro insoportable de Julio Blázquez se atrevió a decir: «No todos tienen la suerte de tener tan buenos maestros como nosotros para que les enseñen esas cosas... ¿No es verdad, señor Vila?» El señor Vila no contestó, y seguimos nuestro camino.

Ante la casa de las jirafas, que parecen hijas de un camello y de una pantera, preguntamos al señor Vila: «¿Por qué tienen tan largo el cuello las jirafas? — Porque se alimentan del follaje de los árboles», nos contestó el señor Vila. Julito objetó: «¿Y no se podría decir al revés, que las jirafas se alimentan del follaje de los árboles porque tienen el cuello largo? — Es lo mismo, apunté yo. — No es lo mismo, dijo el señor Vila. Precisamente esas dos opiniones dividen todavía a los naturalistas en dos bandos... Pero la cuestión me parece demasiado difícil para que vosotros la comprendáis. — Muy tonto es eso de discutir si las jirafas tienen el cuello largo porque comen hojas de árbol, añadí yo, fijo en mi idea, o comen hojas de árbol porque tienen largo el cuello... — No es muy tonto, aseguró el señor Vila. Y los niños no deben, así como así, juzgar acciones o ideas de los mayores y resolver sin conocimientos los grandes problemas de la ciencia».

Siempre inocente y expansivo, Carlitos Repen exclamó: «¡Qué lindo sería tener el cuello tan largo como las jirafas! — ¿Para comer las hojas de los árboles?, le preguntó Julito. Tú no lo necesitas... Para pastar, te basta con echarte de barriga. — ¡Cuidado, cuidado con las bromas! Podéis divertiros como buenos camaradas; pero no debéis ofenderos», declaró el señor Vila, y, aunque puso una cara seria, reía por dentro. Muchas veces quiere echárselas de malo el señor Vila y se ríe por dentro. Yo sé, y todos sabemos desde luego, cuando tiene ganas de reír y lo disimula. ¡Debemos divertirle y cansarle tanto con nuestras cosas!... ¡Qué penoso oficio el de

maestro de escuela!... ¡Pobre señor Vila! De puro bueno, a veces parece tonto..

Como nos lo mandara, continuamos nuestra jira. Vimos dos hipopótamos, que semejaban dos islas flotantes. Había un zorro igualito a José, el portero de la escuela. Un elefante, tan alto como una montaña, sacudía siempre la trompa, espantando a las moscas, como si dijera que no, que no, que no. Un rinoceronte nos amenazó con el cuerno de su nariz, porque a hurtadillas le tiramos piedrecitas, para ver lo que hacía. También vimos águilas, cuervos, lobos, víboras, osos blancos, osos pardos, osos negros, ¡de cuanto Dios crió!

Frente al lago de los lobos marinos, Juanito exclamó, como un sabio: «Debería haber también sirenas en este Jardín Zoológico. Las sirenas, los dragones y los unicornios son seres fantásticos, repuso el señor Vila. No existen ni han existido jamás».

Cuando siguió adelante el señor Vila, insistió Juanito: «Existen; las sirenas existen. Las he visto en los libros que hay en casa. — Los libros dicen a veces mentiras, le hice notar. — Sí, ¡pero no los que hay en casa! Además, papá las ha visto en Europa»...

Para demostrar nuestra incredulidad, Julito Blázquez se puso a hacer con la boca un ruido de sacar corchos y yo silbaba «bicho feo ... Incomodándose, Juanito continuó, sin saber lo que decía, de rabioso que estaba: «¡Sí, señor!.. En Europa hay sirenas. Las hay en todos los buenos jardines zoológicos, y en los mares, y en los ríos, y hasta en las calles, para que sepan ustedes, ¡hasta en las calles, cuando llueve y corre el agua!... Aquí debería haberlas en una jaula con rejas de hierro, para que no se metan con la gente... — ¿Sabes lo que debería más bien haber aquí?», dije a Juanito. Él, con curiosidad y desconfianza, me preguntó: «¿Qué? — Pues lo que debería haber aquí, encerrado en una jaula con rejas de hierro, para que no se meta con la gente, es un Juanito Melón, ¡y atado de una pata, para

que no se escape!» Tiróme Juanito un puntapié como para partirme en dos. Yo corrí a tiempo y me refugié junto al señor Vila. Allí esperé que se le pasara la rabieta, porque, a pesar de todo, es un buen amigo y nos queremos mucho...

Mientras mirábamos una tortuga viejísima, Mangolo Rey, un gordinflón que pesa muchos kilos (aunque no 327 y 11 gramos, como asegura Julito Blázquez), se compró una torta del tamaño de un queso. El señor Vila nos había prohibido que comprásemos nada a los vendedores ambulantes, porque sus golosinas son de dudosa limpieza. Se enojó, pues, cuando vió a Mangolo con la boca llena, mordiendo la torta, y le mandó que la tirase. Mangolo la tiró; pero, en cuanto el maestro le dió la espalda, la recogió y la limpió con la mano... ¡Eso sí que se llama gula! ¡Uf, qué asco!

Para disimular, Mangolo se paró en el borde del lago, haciendo como que arrojaba miguitas a los cisnes. Sin embargo, nada arrojaba realmente a los cisnes; él se lo comía todo. El señor Vila, que lo vió desde lejos, le gritó que fuera a su lado, porque podía caerse al agua. Mangolo, haciéndose el sordo, se zampó un bocado tan grande, tan grande, que perdió pie, y, ¡patapiúm!..., ¡castigo de Dios!..., ¡se fué de narices al agua!... Los cisnes huyeron despavoridos. Él no se ahogó, porque flotaba como una pelota de *football*. Tendímosle las manos, y, entre el señor Vila, Julito Blázquez y yo, lo sacamos a tierra. Parecía una esponja, ¡y aun tenía la torta en la mano!... Hubo que llevarlo a la casilla del guardián para que se secara las ropas. ¡Ojalá vaya mañana a la escuela! Ha de estar resfriado; estornudará a cada instante, y algunos le haremos coro. ¡Ya tendremos diversión para rato!

Al fin llegamos a la casa de los leones. Estaban magníficos; mirándolos nos quedamos embobados. «¿Qué haríais vosotros si se escapara un león?», nos preguntó

el señor Vila. Un niño contestó: « Yo le tiraría un tiro. » Otro: « Yo me subiría a un árbol. » Otro: « Yo me echaría a correr. » Y el señor Vila dijo: « Pues probablemente nada de eso haríais vosotros; quedaríais más bien paralizados de terror. El terror inhibe, en el primer momento, a los animales y a los hombres ».

Bernabé, un miedocito a quien solemos llamar « Bernabela », poniéndose a respetable distancia de la jaula y escondiéndose detrás del señor Villa, cerró los puños y anunció, con feroz arrogancia: « ¡ Yo le haría frente! » Todos nos echamos a reír. ¿Por qué será que los menos valerosos son los más fanfarrones?... Se lo preguntaré a papá... ¡No! ¡Papá podría burlarse de mí!... Se lo preguntaré al señor Vila, ya que él lo sabe todo... ¡Para eso es maestro!

Vistos los leones, regresamos a nuestras casas. ¡No hay nada más interesante que el paseo por el Jardín Zoológico! ¡Y tan instructivo! El señor Vila nos explicó muchísimas cosas de la vida y costumbres de los animales; no las escribo ahora porque es tarde. Además... me he olvidado de casi todo.

Tanto me interesa el Jardín Zoológico que me gustaría vivir en él. Pero no en una jaula, por supuesto; suelto, paseándome. Cuando sea grande, si no soy abogado como papá, ni general con un sombrero adornado con plumas blancas, ni confitero con una confitería llena de pasteles y de dulces, me haré guardián del Jardín Zoológico. ¡Qué dicha será ser grande!

178. Una visita al Museo histórico nacional.

Si la vida campestre es la más sana y plácida, la vida urbana posee también honestos atractivos. Aparte de sus calles, paseos públicos, teatros y demás espectáculos y diversiones, las grandes ciudades ofrecen, a los espíritus observadores y estudiosos, magníficas colecciones

de objetos dignos de atención. En los jardines zoológicos se hallan animales de la más varias especies vivas, y, en los de plantas, toda suerte de vegetales Los museos paleontológicos presentan sorprendentes formas y restos de especies hoy extinguidas: los fósiles. Encuéntranse en los museos arqueológicos notables vestigios de pasadas civilizaciones. Los museos de bellas artes brindan a la general admiración las obras maestras de la pintura y de la escultura. Los museos históricos ostentan gloriosos trofeos de la patria y curiosa muestras de la vida pública y privada de los grandes hombres. Hay además exposiciones industriales y técnicas, que revelan la moderna producción económica. En fin, de una manera tan amplia y generosa como no podría serlo en el campo o en las pequeñas villas, las ciudades proporcionan recursos y elementos de observación y de estudio a los naturalistas, historiadores, poetas, comerciantes, o bien a los simples ciudadanos deseosos de conocer la ciencia y la patria.

Ya acompañados por personas de su familia o amigos, ya guiados por su maestros o monitores, los niños deben estar siempre dispuestos a visitar esos vastos museos y preciosas colecciones. Allí se aprende sin esfuerzo; el atractivo del paseo y la curiosidad de la visita procuran el provecho de una lección. El conocimiento entra por los ojos; basta mirar para ilustrarse. ¡Pero hay que saber mirar! Pasar a tontas y a locas una rápida ojeada en derredor implica generalmente no ver nada. El buen observador ha de pararse, si no ante todas las piezas y ejemplares, para lo cual no habría tiempo, siquiera ante los más llamativos e interesantes, según se le ocurra o se le aconseje. Conviene que consulte siempre los letreros en que se define cada objeto; si hay un catálogo, ha de requerirlo, de anotarlo y de guardarlo luego cuidadosamente, para que ayude a la memoria a recordar lo que se ha visto. Aun convendría que, de vuelta en su casa, precisara y fíjase sus frescos recuerdos en una composición para el

maestro, en una carta para algún pariente o amigo, en una página de su diario, si lo lleva, o al menos en breves apuntes. Así, cuando se vierte rica esencia en frasco de cristal, tápase el frasco para que no se evapore la esencia.

Una visita razonada al Museo Histórico Nacional, en la ciudad de Buenos Aires, nos rememora los episodios más importantes de la historia patria y nos evoca sus mayores glorias. Hállanse allí representadas todas las épocas de la evolución del pueblo argentino. Estudiemos sus recuerdos, analicemos sus trofeos, veneremos sus reliquias. Apliquémonos con religioso fervor a comprender y a sentir los tesoros de civismo y de virtudes acumulados por la inteligente mano de los coleccionistas y de los historiadores. Entremos con la cabeza descubierta y el alma levantada, como se entra a orar en los templos. ¡Es un templo de la patria!

Ante todo, yendo nuestras observaciones por orden cronológico, poco o nada encontramos proveniente de la barbarie indígena anterior al descubrimiento y la conquista. Los recuerdos de este género no se han excluído por azar o por capricho, sino porque, en realidad, poco o nada debe a aquella barbarie la cultura argentina. Nuestra civilización es legítima descendiente de las antiguas civilizaciones de Europa: ¡Grecia, Roma, España! Más que sus ideas y conocimientos, los indios aportaron o sacrificaron generosamente a la cultura americana, su sangre, su preciosa sangre de pueblos libres. ¡Y la sangre no se coagula en los museos, sino que hierve en las venas!

Aun de la época colonial, no es mucho lo que el Museo nos ofrece. La guerra de la Independencia no conservó las formas de la cultura española. Todo lo arrasó lo substituyó, lo transformó, no tanto por odio a esa dominación y a sus instituciones, como por la tendencia filosófica de su siglo: destruir el pasado, despreciando su saludable experiencia, para crear el presente con un criterio racional y sistemático de humano perfeccionamiento.

No obstante, los escasos objetos de los tiempos españoles expuestos en el Museo tienen una alta significación, que demuestran la importancia y la naturaleza de este primer período de nuestra historia con la muda elocuencia de las cosas grandes y verdaderas.

Los retratos de los virreyes representan pomposos caballeros de corte. Un pequeño escudo de piedra trae en sus cuarteles las armas hispánicas: coronados leones y torres con almenas, símbolos de militar imperialismo. Otro escudo de piedra, de tamaño mayor y más complicados símbolos hieráticos, es el de los reyes de Portugal, antes colocado en el frontispicio de una casa, en la Colonia del Sacramento. He ahí, en estos escudos, frente a frente, las dos monarquías europeas que se disputaron el río de la Plata y, de ambos, el más pequeño y menos ostentoso es el de España, acaso porque ella estaba más segura de su derecho. Los pocos muebles del siglo XVIII no revelan ningún lujo; las costumbres eran sencillas en el río de la Plata, hasta para los funcionarios reales. Sólo atraen la mirada dos trajes de calzón corto, uno de seda celeste, otro de seda marrón, y los dos ricamente bordados de plata. Son oropeles cortesanos que desentonan en el conjunto, sobre todo si se los contempla después de observar el croquis del fuerte de Buenos Aires: una pobre barraca de barro y piedra, que sustenta, a manera de humilde zócalo, la enorme bandera roja y gualda de la dominación española, desplegada por las brisas del mar... La carcomida plancha de una pequeña y tosca imprenta, llamada de los «Niños expósitos», demuestra cuán secundaria importancia tuvo en estas playas remotas el nobilísimo arte de la publicidad. Un excepcional artículo verdaderamente moderno se descubre entre los restos de la época; es un cómodo reloj mural, donado en 1806 por el general Beresford al Cabildo de Buenos Aires. ¡Extraño símbolo! El general inglés quiso halagar al indomable pueblo con ofrendas y regalitos, apenas más

valiosos que los chirimbolos y baratijas con que los conquistadores europeos compran la voluntad de los pueblos salvajes de África y de Oceanía Además, las invasiones inglesas, al aportar ideas nuevas, trajeron también prácticos objetos de los nuevos tiempos... ¡Ese reloj es el de la historia!

Aunque síntesis de su espíritu y luchas, de su pobreza y grandeza, los recuerdos del coloniaje son, pues, escasos. ¡Qué profusión se nota, en cambio, de recuerdos militares procedentes de las épocas de la Independencia y de la Organización nacional! Puede decirse que llenan el Museo. Sólo uno que otro retrato representan algún eminentísimo personaje civil: los militares lo invaden, lo desalojan todo. No se ven casi libros o manuscritos de escritores, ropas civiles, utensilios industriales, sino armas, vistosos uniformes, banderas, pinturas de batallas, trofeos, airones... ¡La guerra, siempre la guerra! Había ante todo que luchar sangrientamente por constituir la nación: no era llegada aún la hora de preeminencia para las artes y ciencias de la paz...

Entre tantos objetos, en su mayor parte bélicos, descúbrese el tintero de Mariano Moreno. Es una esfera de plata; de ahí salieron los vibrantes escritos y arengas que marcaron a la Revolución el rumbo de la democracia. Esta esfera es un mundo, un mundo de libertad y de progreso. La mirada se detiene luego preferentemente en el catre de campaña y el sombrero elástico de negro hule del general San Martín. ¡Son recuerdos del Libertador de medio continente, del valiente militar y repúblico modelo de ciudadanas virtudes! En un cuadro está representado el último episodio de la batalla de Maipo, con esta gloriosa leyenda: «Terminada la batalla, el Director Supremo de Chile, general O'Higgins, que se encontraba en la capital, a dos leguas de distancia, se dirigió a gran galope hacia donde estaba el general San Martín, y, echándole al cuello su brazo izquierdo, exclamó: «¡Gloria al salvador de Chile!» En otra parte del Museo se ha reconstituído el dormitorio

del Libertador argentino, tal como estaba amueblado en su voluntaria expatriación en Europa: una cama angosta, un velador, un pequeño sofá, unas cuantas sillas, la mesa de trabajo, un lavabo modestísimo, muebles todos sencillos, de estilo Imperio. Un grabado popular recuerda al prohombre su patria y su gloria, pues lo representa en la edad juvenil, llevando en la mano la victoriosa bandera azul y blanca. El aposento es grave, parco, pero sin ostentación de austeridad, y aun, podría decirse, ¡glorioso sin vanagloria! De otros héroes — de Belgrano, de Alvear, de Lavalle, de Urquiza —, vense también varios y honrosos recuerdos. Hay bastones de mando, como el del patricio progresista por excelencia, Bernardino Rivadavia. Entre la muchedumbre de galoneados uniformes militares sorprende una simple levita de paño negro, que parece ocultarse avergonzada. Si el observador se acerca, nota un gran rasgón en la espalda; por allí pasó el puñal de los sicarios federales que cortaron, en Montevideo, la vida de Florencio Varela.

No faltan muestras de la época de Rosas. Abundan divisas de color de sangre, en que, con letras negras, se dan vivas al «Ilustre Restaurador de las Leyes», «Padre y Señor Nuestro», «Libertador de los Pueblos», y no sin los correspondientes mueras a los «salvajes, asquerosos, inmundos unitarios», al «cabecilla asesino Lavalle» y al «loco traidor Urquiza». Hay rojos carteles que anuncian funciones de teatro, esquelas, invitaciones, todo con los espantables letreros; hasta en el dorso de un par de guantes blancos se leen esos vivas y mueras, y, pintado con colorines, destácase el retrato del tirano. Pero, entre todos estos curiosísimos objetos, nada más significativo que un cuadro de lienzo, dibujado y coloreado por torpísimo pincel y con leyendas tan pomposas como antigramaticales. Representa a un grupo de negros y mulatos que entregan reverentemente al dictador un pliego, en el que se le adula y proclama su héroe. Es la plebe, la gente de color, que respeta y

sostiene a la tiranía; es la obscura demagogia de abajo, donde se asienta el poder del tirano, aunque él, por su nacimiento, tenga también sus secuaces, parientes y amigos pertenecientes a la clase conservadora e ilustrada. Vese asimismo alguna divisa unitaria, blanca como la inocencia, mas no sin bárbaras inscripciones, que revelan la común incultura de la época,

De los tiempos posteriores a la tiranía de Rosas, no hay todavía muchos recuerdos. Habría que buscarlos en archivos, en establecimientos oficiales, y hasta en domicilios particulares, como el que fué del general Bartolomé Mitre, situado en la misma ciudad de Buenos Aires, y convertido en Museo y Biblioteca públicos. Existen, sin embargo, en el Museo Histórico, interesantes cuadros de la guerra del Paraguay. Llama singularmente la atención un proyecto de corona imperial de Francisco Solano López. Este peregrino objeto explica mejor que nada la dura necesidad y el carácter pasajero de una guerra que fué dolorosa para los propios vencedores, en sus humanitarios ideales de confraternidad internacional.

Abundan las banderas tomadas al enemigo en el campo de batalla. Las hay inglesas de la Defensa y Reconquista de Buenos Aires; españolas, de Suipacha, Salta, Tucumán, Chacabuco, Pasco, Lima; brasileñas, de Ituzaingó; uruguayas, de Cagancha; paraguayas, del Boquerón y Curupaytí... Y es oportuno recordarlo: no hubo jamás bandera argentina cautiva en el extranjero, pues las tomadas por las escuadras francesa e inglesa en Obligado, que se hallan en los «Inválidos» de París, lo fueron en tiempo de la dictadura de Rosas, y pertenecían a la provincia o Estado de Buenos Aires y no verdaderamente a la Nación Argentina, entonces anarquizada y dividida por caudillos regionales.

La visita al Museo Histórico de Buenos Aires produce, en el primer momento, desconcertadora impresión. La mente se extravía en un dédalo de sombras y de luces.

Pero, poco a poco, vanse despejando las sombras. La luz pierde paulatinamente sus primeros destellos rojizos y baña la imaginación con plácidos y tibios rayos primaverales. Repónese el ánimo. Como en lontananza, se descubren batallas, laureles, sonantes arpas, y, por último, nítidas imágenes que forman una especie de guardia de honor de la patria, ¡la apoteosis de la patria! Entonces, más que nunca, nos sentimos verdaderamente orgullosos de nuestra nacionalidad de argentinos, y el recuerdo de las bellas y grandes cosas que hemos hecho en lo pasado nos estimula a hacer las grandes y bellas cosas del presente y del porvenir.

IX. LA NACIÓN

179. Nuestra lengua.

Es el lenguaje la primera palanca de la humana cultura. Quitad al hombre esta arma divina, y retrogradará más allá de la barbarie y del salvajismo, a una época siniestra, a la vida puramente animal. Si la humanidad aprovecha la división del trabajo colectivo, es porque sabe hablar, y, si utiliza la experiencia histórica, a modo de «un hombre que aprende siempre y nunca muere», es porque sabe escribir. Sin la palabra, el pensamiento se pierde en el nebuloso estado de sensación; el pensamiento hablado es como la luz que ilumina dentro de nosotros mismos el íntimo teatro de nuestras percepciones. Por esto, saber hablar es saber pensar. Por esto, saber hablar es, si no sentir, hacer sentir. La palabra, hablada y escrita, constituye, pues, un hecho tan positivo como las acciones materiales, ¡y hasta más positivo aún, si se tiene en cuenta el supino dinamismo de la idea!

Cada pueblo posee un alma social, y la mejor expresión de esta alma es el patrio idioma. ¡Hay que decirlo muy alto! Los hombres «prácticos» no deben ya desconocer el valor práctico del lenguaje. Los patriotas

que piden «hechos y no palabras», no pueden ignorar que la palabra es el primero y más grande de los hechos humanos, ¡el Hecho por antonomasia! Cierto es que el vulgo, y al decir el vulgo quiero significar una inmensa mayoría, ha dado en mirar con olímpica indiferencia, cuando no con el desprecio de la ignorancia, todo lo que atañe al estudio y culto del idioma nacional. Pues bien, conviene que este vulgo no olvide que, por lengua, gramática y retórica, no se entienden meras teorizaciones filosóficas, escolares pedanterías o purismos pueriles, ¡no! El problema del idioma es, en parte, el del carácter nacional; su culto es el del patriotismo; su estudio es el del razonamiento, y, por ende, el desarrollo de la lógica del espíritu.

Hanos tocado en suerte a los argentinos una lengua única: el castellano. En ella están escritas magníficas obras maestras de la literatura española y americana. Ninguna lengua moderna es tan susceptible del hipérbaton o construcción figurada de los latinos. Ninguna más capaz, ya de lapidaria sobriedad, ya de majestuosa elocuencia; ninguna más rica, más amplia, más dúctil. Tal es el idioma que nos legó nuestro histórico pasado: un tesoro inagotable de belleza, de pensamiento, de cultura.

Sólo pueden censurar en el castellano, ciertos espíritus agrios y descontentadizos, que no haya sido suficientemente trabajado en los dos últimos siglos, XVIII y XIX. Aseguran esos implacables aristarcos que la lengua de Lope y de Cervantes, de Ercilla y del Inca Garcilaso, de Bello y de Sarmiento, se halla en decadencia... ¿No implicaría esto un estímulo más para que los argentinos la cultivásemos con empeño y pasión, a fin de darle un brillo y vigor que acaso no han sido previstos en los siglos pretéritos ni serán superados en los futuros?... Si es verdad que el defecto del castellano estriba hoy en carecer de la precisión y sutileza de otros idiomas modernos, imprimámosle también nosotros nuestra alma, el alma argentina, que es un alma moderna por excelencia. Entonces el cas-

tellano será otra vez, como lo fué en los siglos XVI y XVII, en la «época de oro» de la literatura española, el primer idioma del mundo.

180. A mi bandera.

1. Página eterna de argentina gloria,
melancólica imagen de la patria,
núcleo de inmenso amor desconocido
que en pos de ti me arrastras,
¿bajo qué cielo flameará tu paño
que no te siga sin cesar mi planta?

2. Cuando el rugido del cañón anuncia
el día de la gloria en la batalla,
tú, como el Ángel de la inmensa Muerte,
¡te agitas y nos llamas!
¡Allá voy, allá voy sobre las olas,
allá voy, allá voy sobre la Pampa,
bajo el cañón del enemigo injusto,
a levantarte un trono en su muralla!

3. ¡Ah, que la sombra de la noche eterna
me anuble para siempre la mirada,
si un día triste te verán mis ojos
huyendo en la batalla.
página eterna de argentina gloria,
melancólica imagen de la patria!

JUAN CHASSAING.

181. La Libertad.

I. DEFINICION DE LA LIBERTAD

La libertad es el poder de ser buenos. La libertad es la conquista de la inteligencia y el premio del patriotismo. La libertad no es, propiamente hablando, la fuente origi-

nal del saber y de la moral, sino más bien una consecuencia rigurosa del sentido común y de las espontáneas virtudes de los pueblos. ¿Queréis ser libres? Aprended a serlo. Estudiad vuestros derechos y no olvidéis vuestros deberes. Sostened el orden, única garantía de la paz, y respetad las sagradas exigencias de la humanidad, y hasta sus mismas miserias. Son el patrimonio del hombre sobre la tierra, con el que debe cambiar, mejorando su suerte, y continuar indefinidamente en el camino del progreso a que lo impelen los designios de la Providencia.

JUSTO JOSÉ DE URQUIZA

II. LIBERTAD Y RESPONSABILIDAD

La libertad es responsabilidad. Responsabilidad del hombre ante su conciencia, ante la luz y la opinión de sus semejantes: por eso es por lo que, sólo después de adquirida la última convicción de haber dado exacto cumplimiento a sus obligaciones, nace para el individuo el uso seguro de su derecho.

La libertad así entendida será útil y fecunda en la práctica: si la opinión y la ley consagran como dogma que es tan obligatorio poner en acción nuestros derechos políticos como desempeñar estrictamente nuestros deberes. La libertad, en el fondo, se ha dicho, no es más que el orden durable establecido sobre el respeto de los deberes y el ejercicio de los derechos.

Los pueblos, como los individuos, que abandonan perezosamente lo que constituye la garantía de sus libertades, se jactarán en vano de su posesión. Tan grande bendición no se obtiene sino merced a incesante lucha, y no se conserva sino por el trabajo perseverante y la más severa moralidad.

SALVADOR MARÍA DEL CARRIL.

III. LA LIBERTAD Y LA PUBLICIDAD

Debe reputarse la publicidad como la más sólida garantía para la libertad. El misterio es uno de los venenos destructores del gobierno representativo, por lo mismo que es una de las mejores bases del despotismo. El día en que los actos del gobierno se pongan a la luz y se entreguen a la crítica, cuando se pueda hablar y censurar en cualquier parte, aunque sea a los pies del déspota, no habrá déspota que se tenga firme.

Según Octavio Garrigós.

IV. LA LIBERTAD DEL SILENCIO

La libertad de la palabra es, sin duda, una preciosa libertad; pero es más preciosa la libertad del silencio. La libertad de callar supone el señorío completo de sí mismo. Es a menudo la palabra un expediente forzado, que cubre la imposibilidad de decir una palabra comprometedora.

No son capaces de silencio sino los hombres y los pueblos libres; los demás son forzados a decir lo que no creen ni sienten. Su lenguaje es la verbosidad sonora y exuberante del esclavo. La libertad oral de este género se parece a la libertad de locomoción de algunas ciudades, donde todos son libres de circular por sus calles empedradas con su coche, con tal de no hacerlo por el empedrado, sino por los rieles de un tranvía, que reduce su libertad a mero nombre.

Juan Bautista Alberdi

V. LA DISTRIBUCION DEL PODER

Para ser libres es indispensable reconocer la inviolabilidad del individuo, del distrito, de la villa, de la ciudad, de la provincia, de la nación. Esta sabia distribución del poder es lo que definitivamente constituye el gobierno republicano.

Según Nicasio Oroño.

VI. LOS PARTIDOS POLITICOS

Los partidos políticos tienen derecho a existir, como los hombres que los componen. No es permitido atentar contra la existencia de los partidos políticos, como no puede atentarse contra la vida humana. Los partidos no realizarán progreso alguno si él no beneficia igualmente a sus adversarios. Un solo egoísmo es permitido a los partidos políticos: reivindicar para sí la gloria del bien que realizan.

JUAN E. TORRENT.

182. El periodismo.

El periodismo es función pública, misión social, apostolado cívico. Tal como está constituído, nada escapa a su competencia jurisdiccional, ni aun lo que está vedado a las demás jurisdicciones. De ahí que, entre los agentes de poder y de fuerza que ha creado la civilización moderna, ninguno sea superior a la prensa.

No siempre están en lo cierto los periódicos cuando se intitulan órganos de la opinión pública, y no es difícil que en la inversión de los términos estemos más cerca de la verdad, pues en general influyen más ellos en la opinión, que la opinión en ellos. Deriva de esto su verdadero poder, pues es claro que quien encauza y orienta corrientes de opinión, ejerce superior función directiva. En todos los países libres de la tierra, con mayor o menor amplitud, gobierna en definitiva la opinión pública.

De estas consideraciones generales fluyen múltiples consecuencias, entre las cuales se señalan los dos siguientes derivados. El primero consiste en que esa gran fuerza en constante crecimiento no puede marchar, en países políticamente organizados como el nuestro, excéntrica a todo régimen legal; porque la excepción es contraria al espíritu de las instituciones libres; porque es nociva para los bien entendidos intereses del periodismo honrado; porque es

incentivo de abusos y de excesos deplorables, y, en fin, porque es elemental la noción de que la armonía de funciones de un organismo, individual o colectivo, sólo se mantiene cuando todas las actividades que lo constituyen están regidas por la ley física o moral que les corresponde.

El segundo derivado de las premisas establecidas se enuncia en la consideración de que un resorte, a la vez tan delicado y eficiente como el que tiene por lema *quod scripsi, scripsi* («lo que he escrito, lo he escrito»), no puede y no debe ser manejado sino por hombres de mentalidad superior y de intachable moralidad, que practiquen por educación y por principio el viejo precepto fundamental del derecho romano: vivir honestamente.

José Figueroa Alcorta.

183. El deber de votar.

La Nación Argentina es una república democrática. Llámase democracia al gobierno del pueblo. En éste reside la verdadera soberanía nacional; representa la autoridad suprema, que dicta leyes para su propio bienestar. Pero, como es siempre numeroso, resulta materialmente imposible que se gobierne por sí mismo; debe, pues, delegar la facultad de gobernarse en sus representantes o mandatarios. Estos representantes, para ejercer las complejas y delicadas funciones del gobierno, divídense en tres poderes: el legislativo, el ejecutivo y el judicial. El poder legislativo dicta las leyes en nombre del pueblo; en su nombre las cumple el poder ejecutivo; en su nombre las aplica el poder judicial. El pueblo es la fuente primera de todo poder legítimo.

No pudiendo gobernar por sí mismo, a causa de su composición y también de la falta de capacidad en la mayoría, tiene el derecho de elegir, directa e indirectamente, sus mandatarios, los gobernantes. Directamente elige, en los comicios públicos, a los miembros del poder legislativo, Cámara de Diputados y Cámara de Senadores; indirecta-

mente, eligiendo a los electores que a su vez designarán al presidente y al vicepresidente, nombra a los jefes del poder ejecutivo; el poder ejecutivo, dimanado así del pueblo, designa por su parte a los ministros de Estado, y, con el acuerdo del poder legislativo, a los miembros del poder judicial. Esto en el orden nacional; las autoridades provinciales y municipales tienen el mismo origen y fundamento. La base de todo el organismo político reposa en las elecciones populares o comicios públicos. Si el pueblo no sabe escoger a los hombres más dignos y aptos para las funciones del gobierno, el gobierno será malo. Para que sea bueno es indispensable que el pueblo ejerza con ciencia y conciencia su derecho de voto.

El derecho de voto no puede ejercerse así, cuando el pueblo no es suficientemente ilustrado y moral. La organización del gobierno democrático depende de la capacidad del pueblo para gobernarse a sí mismo, y esta capacidad se demuestra ante todo en el ejercicio del derecho de voto. El ciudadano debe saber discernir, entre la muchedumbre de sus conciudadanos, quiénes son los mejores para las funciones del gobierno. El ciudadano ha de conocer, por lo tanto, las opiniones de aquellos que figuren como candidatos, y ha de poder apreciarlas. El ciudadano debe tener ideas políticas, y para tenerlas no hay más que un medio: educarse. Una autocracia puede componerse de analfabetos y progresar si el autócrata es capaz; una democracia sólo progresará si los ciudadanos son conscientes y virtuosos.

Votan únicamente los ciudadanos varones, mayores de diez y ocho años. La ley niega el derecho de votar a los niños, por su falta de dicernimiento, y a las mujeres, acaso por suponerlas sujetas a la influencia de sus padres, tutores, maridos o deudos en general. No por esto puede considerarse a las mujeres, y ni siquiera a los niños, como extraños e indiferentes al gobierno democrático. Las mujeres educan a sus hijos y contribuyen a su vez con su criterio a la opinión de sus deudos; los niños varones,

mientras estudian, se preparan para ejercer a su tiempo los derechos de la ciudadanía.

Más que un derecho, el votar es un deber, un ineludible deber, cívico y social. La indolencia en su ejercicio puede traer como efecto la elección y encumbramiento de mandatarios indignos e ineptos. Nadie puede lógicamente quejarse del gobierno si no cumple con el deber de votar y aun de enseñar a los que votan. El temor de fraudes o vicios electorales no es pretexto suficiente para eludirlo. Estos fraudes o vicios, si existen, dimanan ante todo de la indiferencia pública. Cuando una inmensa mayoría del pueblo se propone fiscalizarlos y evitarlos, usando al efecto de los medios legales, no es ya posible el fraude, salvo el desgraciadísimo caso de completa corrupción del organismo político. Esta corrupción, el mayor mal posible para un pueblo, se nota sólo en muy determinados momentos históricos de general decadencia, y jamás podrá suponerse en una nación que progresa en los otros ordenes de la vida: las industrias, el comercio, las ciencias, el arte.

En las democracias, el Estado sostiene escuelas públicas, cuyos estudios son gratuitos y obligatorios, a fin de que las nuevas generaciones se preparen para ejercer más tarde los derechos de la soberanía popular. Cuanto ahora estudiéis, ¡oh niños!, ha de serviros, no sólo para gobernaros a vosotros mismos como hombres, sino también para saber ser gobernados y gobernar como ciudadanos. Futuros ciudadanos, pensad desde ahora que un día seréis llamados a realizar vuestro derecho de voto. Si sabéis cumplir este sagrado deber, contribuiréis al bienestar general y a la grandeza de la patria. ¡Si no lo sabéis, seréis indignos de llevar el nombre de argentinos!

184. El patriotismo.

A medida que avanza el país en el desenvolvimiento de una amplitud de progreso realmente extraordinario, son más imperiosas las exigencias impuestas por los hechos y

las circunstancias a la difusión, no del principio de nacionalidad, sino del sentimiento de nacionalidad, que es piedra angular del patriotismo.

El amor a la patria, que se traduce en la fe en sus destinos, en el anhelo de servirla, de honrarla, de trabajar por su prosperidad, por su grandeza, por su gloria; que se manifiesta a la vez en la práctica de los deberes y las virtudes cívicas, en el sentimiento del interés público, en el respeto por sus leyes, en la veneración de sus tradiciones y de sus próceres, y el culto de su libertad y de su honor, el amor a la patria requiere entre nosotros una exteriorización más activa y eficiente, si hemos de usufructuar sin mengua los intereses fundamentales, los beneficios legítimos de los múltiples factores de progreso que se acogen a nuestra hospitalidad generosa.

José Figueroa Alcorta.

185. A la Patria.

1. ¡República Argentina! ¡Patria amada!
Tu espléndida corona matizada
de gayas flores las naciones ven:
la cariñosa mano de tus bardos
puso rosas, jazmines, violas, nardos,
entre los verdes lauros de tu sien.

2. Yo no vengo a mezclar con esas flores
de olímpicos perfumes y colores
las silvestres y humildes que aquí ves.
Vengo, Patria gloriosa, solamente
a doblar la rodilla, reverente,
y deshojar las mías a tus pies.

Estanislao del Campo *(Anastasio el Pollo).*

186. Patria.

1. Brota la planta, y del fecundo suelo
ser, impulso y vigor tierna recibe,
y en la sonrisa del nativo cielo
acariciada del ambiente vive;
y aunque la tierra que la nutre, el vuelo
de su suave existencia circunscribe,
gallarda crece, y recibiendo amores,
espléndida se cubre en fruto y flores.

2. Así al hombre también, cuando aparece
en esta de la vida infausta escena,
celosa, la región do nace y crece
con poderosos lazos encadena:
ella a su vista hermosa resplandece,
ella su alma de perfumes llena,
y pidiéndole culto amor, radiosa
se alza ante él con majestad de diosa.

3. ¡Sacro nombre de Patria! En él fulgura
cuanto de grande y dulce el mundo encierra:
del casto hogar la íntima ventura,
la gloria conquistada en santa guerra,
fe y costumbres, artística hermosura,
la ley severa que al malvado aterra,
el monte, el río, el ave en libre vuelo,
el campo inmenso, el esplendor del cielo.

4. ¡Oh tú, entre todas las que el mundo ostenta,
rica, joven, hermosa Patria mía,
que al gran rumor del porvenir atenta,
himnos entonas al naciente día!
¡Tú, en cuyo noble rostro la opulenta
llama del sol gozosa se extasía,
y altiva llevas, con vigor sereno,
toda el alma de América en tu seno!

5. ¡Qué limpio y claro resplandor de gloria
bañó, entre estruendos bélicos, tu oriente,
para anunciar el sol de la victoria,
que alzaba en los espacios su áurea frente!
Sol cuya lumbre, a engrandecer tu historia,
de San Martín la espada hiriendo ardiente,
desde las amplias márgenes del Plata
al imperio del Inca se dilata.

6. Digno heroísmo, a fe, de los tesoros
que derramó en tus labios la Natura,
tus grandes ríos al rodar sonoros
cantan tu gloria y copian tu hermosura.
Manan riquezas tus abiertos poros,
todo, fulgente, tu destino augura,
que Dios en ti arrojó, al trazarte en grande,
la Pampa, el Guaira, el Paraná y el Ande.

7. Tu suelo hospitalario, abierto al mundo,
a noble lid la humanidad convida,
y de las razas al hervor profundo,
más amplia actividad brilla encendida;
al raudal de tu espíritu, el fecundo
torrente universal de ímpetu y vida:
brindas al mundo hogar, estadio abierto,
y él te recibe en su inmortal concierto.

8. ¡Feliz si logras en tan gran torneo
incólume salvar tu íntima esencia!
Tu tradición gloriosa es el trofeo
mayor de tu ventura y tu opulencia.
Fe y amor de tu raza, alto deseo,
iluminen por siempre tu existencia,
y cuando engarce en ti, ser y destino,
ciña luciente nimbo de argentino.

9. Ya a coronar tu frente vencedora,
la nueva edad resplandeciendo viene,
y a recoger la herencia que atesora
la gloriosa Europa, te previene.
Tú harás, que fresca en ti, fecundadora,
la inmensa fuente de la vida suene,
y que el puro pensar, que hoy muerde el suelo,
flote otra vez en el azul del cielo.

10. ¡Oh patria! ¡Oh Madre! Tu visión radiante
de respeto y de amor mi alma llena,
y en estrechar me gozo en cada instante
la que me enlaza a ti dulce cadena.
¡Pueda mi vida en tu regazo amante,
consagrada a tu bien, pasar serena,
y al recibirme al fin la muerte amiga,
tu sol contemple y tu esplendor bendiga!

Calixto Oyuela.

187. La patriotería y el patriotismo.

Entre los muchachos de la escuela, Simón es el que más alardea de patriotismo. Ostenta siempre, en la solapa, los colores de la bandera. No admite que en su país haya nada censurable, ni que fuera de su país haya algo que no merezca censura. El género humano, para él, se compone exclusivamente de sus connacionales, pues considera a los extranjeros como una especie de brutos, acreedores sólo de menosprecio y aun de odio. Sin embargo, no hace el menor esfuerzo para llegar a ser un hombre útil a su patria; no estudia, no trabaja, no se apercibe para la vida. No considera a los héroes nacionales como ejemplos dignos de imitarse, sino más bien como temas de vacuas disertaciones. Todas las fiestas patrióticas le resultan escasas para abandonarse a la más completa holganza. Ahora bien, ¿qué es Simón? Un

patriotero. ¿Y qué es un patriotero? Un botarate que se jacta de patriotismo, aunque generalmente carece de este noble sentimiento.

A la inversa de Simón, Lucas, uno de los muchachos más aplicados de la escuela, estudia, trabaja, se apercibe para la vida. Si bien habla poco de la patria, no se le oculta la conveniencia de perfeccionarla. No la ve únicamente en la bandera, en el escudo, en las insignias militares y en los altos funcionarios del Estado, sino también en los compatriotas más modestos, y en el cielo, en las pampas, en la flora, en la fauna, en todas las cosas de su tierra. El amor a los propios no le hace despreciar ni odiar a los extraños, y está siempre dispuesto a reconocer el mérito, dondequiera que lo halle. Por esto, Simón le acusa alguna vez de indiferencia. Sin embargo, Lucas daría con gusto su sangre por la patria. El culto que le profesa es un sentimiento silencioso e íntimo, y no una actitud insolente y provocadora. Para él, ella existe, no sólo en los días de fiestas patrióticas, sino todos los días del año, y la mejor manera de amarla estriba en el puntual cumplimiento de sus deberes. Ahora bien, ¿qué es Lucas? Un patriota. ¿Y qué es un patriota? Un ciudadano que ama a la patria y está siempre dispuesto a servirla.

La patriotería es un vicio, y el patriotismo una virtud. Aquélla se pierde en palabras vanas, y éste perdura en obras útiles. Disípase aquélla como el humo y desentona como el papel pintado, y éste es duro como la piedra y agudo como el acero. La una resulta antipática, soberbia y contraproducente, y el otro, amable, modesto y eficaz. La una constituye un disfraz impúdico de las almas pequeñas, y el otro representa la castísima desnudez de las almas grandes. En fin, la patriotería es la caricatura del patriotismo. El patriota es el hombre, con todas las cualidades propias de su estirpe divina, y el patriotero es el mono que parodia las actitudes más hermosas del hombre.

188 ¿Qué es la Patria?

¿Qué es la Patria? Es el suelo donde nacimos, donde vimos la primera luz, donde respiramos el aire vivificante que nos dió movimiento, la atmósfera que influyó en nuestra complexión; todos los objetos externos que formaron nuestros gustos, nuestros hábitos, que excitaron nuestras afecciones y se ligaron a nosotros por los vínculos de la Naturaleza y de la sociedad. La reunión de todos esos objetos que nos son caros, es lo que forma ese ser ideal tan querido que se llama Patria. ¿Qué son las instituciones? Las leyes, los usos y costumbres que nos aseguran la fruición de ese conjunto de objetos a que está vinculado el amor de los ciudadanos.

JUAN IGNACIO GORRITI.

La Patria es la madre común de todos los compatriotas vuestros. Su nombre venerando simboliza la unión de todos los intereses en su solo interés, de todas las vidas en una sola vida imperecedera. La patria no es solamente el suelo donde nacisteis y donde tienen arraigo todos vuestros recuerdos y esperanzas, el cielo que os cobija, el aire que respiráis, la tierra que os alimenta y alimentó a vuestros padres y en cuyo seno descansan los huesos de vuestros antepasados, sino también la sociedad misma, viviendo de una vida común, trabajando con un fin, y marchando a realizar con el tiempo la misión que la Providencia le ha señalado.

ESTEBAN ECHEVERRÍA.

189. El hombre sin patria.

En el acto de ir a lanzar una bomba de dinamita dentro de una iglesia llena de fieles, la policía aprehendió a un anarquista. Preventivamente preso, la justicia le seguía un juicio por su tentativa. Invitósele a nombrar un defen-

sor, y, ya porque mi nombre le hubiera sido sugerido, ya porque conociese algunos de mis libros y simpatizara con mis ideas, el hecho es que me designó para que le patrocinase como abogado.

No dejándome tiempo para pleitos mis trabajos sociológicos y literarios, resolví declinar la designación. Pero pensé que sería cruel negar toda defensa a un hombre sobre quien pesaba acusación tan grave; quizá no encontrase él por sí mismo otro letrado idóneo... Así, aunque no aceptara la gestión, parecióme un deber de humanidad ir a verle a la carcel; podría tal vez recomendar la causa a un buen jurista, que dispusiera de más tiempo. Confieso, por otra parte, que sentía viva curiosidad por conocer al reo, pues la prensa y el público le presentaban como una especie de orangután, como un repugnante monstruo, moral y físico.

Cuando entré de visita en la prisión y le vi, no pude menos de preguntar al carcelero: «¿No nos habremos equivocado de celda? ¿Es éste el hombre, realmente?» Aseguróseme que lo era y que no había tal equivocación, y pedí que se nos dejara solos, al reo y a mí. Aquel terrorista, acusado de tres o cuatro atentados en Europa; aquella bestia feroz, siempre sedienta de sangre —el orangután, el monstruo—, era simplemente un muchacho pálido, enjuto, encorvado, con aire de tristeza y de fatiga.

Díjele primeramente que le agradecía el haber puesto su confianza en mí. Aunque no podía representarle personalmente, recomendaría la defensa, mediante su autorización, a quien pudiera hacerla acaso mejor que yo mismo. El terrorista se encogió de hombros; tanto le daba que fuese yo como cualquier otro...

Apenado por el destino del infeliz, no me dejé vencer por su hosquedad y descortesía. Al contrario, tuteándole como si fuera mi hijo o mi discípulo, le dije: «Mira, no sólo quiero que seas generosamente defendido por tu mala acción, ante los jueces; quiero también defenderte de tus

malas ideas, ante ti mismo». Tendió hacia mí las manos con marcada impaciencia, como para rechazarme; en su mirada brilló un relámpago de ira ..

«Harto sé, amigo mío, continué, impasible, que tienes tus «principios» y que no careces de cierta ilustración. Sé también que no será fácil convencerte. Pero, seamos lógicos: una idea, para ser buena, ¿no ha de provenir del razonamiento? Tú no conoces más que un aspecto de la «cuestión social»; hasta ahora no has leído más que libros de propaganda anarquista. ¿No sería justo que, para razonar fundadamente, conocieses también las opiniones opuestas? ¿Cómo puedes condenar a la sociedad sin haberla escuchado? ¿Acaso la sociedad te condena a ti sin escuchar tu defensa?... ¡Muy flojas serán tus convicciones si tanto temes una doctrina contraria!... Porque, entiéndelo bien, no vengo aquí a recriminarte; vengo sólo a cambiar ideas contigo. Tal vez saque yo algo tuyo de nuestra plática, tal vez saques tú algo mío, tal vez no influya ella nada en nuestros ánimos... ¡Si antes has tenido valor físico para arrojar una bomba, tenlo ahora moral para escuchar a un hombre que sólo desea tu bien!»

Mis argumentos parecieron ejercer alguna influencia en el reo. Clavó en mí la mirada con cierta curiosidad, y se puso como involuntariamente en actitud de escucharme. Tomé asiento en un banco frente a él, saqué la petaca, ofrecíle un cigarrillo, que no me fué aceptado, y encendí el mío. Luego le pregunté: «Dime cuál es tu patria». Sombrío, enérgicamente sombrío, repuso con marcado acento extranjero: «¡Yo no tengo ni tuve jamás patria!»

Después de una pausa, le dije: «He ahí algo que yo no alcanzaré nunca a comprender. Para mí es tan extraño que un hombre me asegure que desconoce la idea de patria, como si me sostuviera que nunca tuvo padres, que nació del aire o de la tierra. Todo hombre, por el solo hecho de nacer, tiene o tuvo padres, y, por el solo hecho

de vivir, tiene o tuvo una patria, originaria o adoptiva: el país en que vive, el país que ama. — ¡Yo no amo a país alguno! La patria en que nací es para mí una cueva de ladrones... — ¡En hora buena! Veo que principiamos a entendernos. No niegas tú que, así como naciste de padres humanos, tienes una patria originaria, el país en que naciste. Pero niegas, ignoro si con razón o sin ella, que tal patria sea digna de ser amada. Por esto la has abandonado y te refugias en la República Argentina. ¿Negarás asimismo que la República Argentina, por la liberalidad de sus leyes e instituciones, es una patria digna de ser amada?»...

No respondiendo a mi pregunta, encastillóse el joven en esta respuesta, que era en él como una obsesión: «¡Yo no tengo patria ni Dios! — ¡No confundamos las cuestiones, mi amigo!, le repliqué al punto. Puedes creer o no creer en tal o cual Dios; aquí no se te obliga, ni jurídica ni moralmente, a profesar un credo determinado. Por otra parte, no trataré yo de probarte la existencia de Dios, porque esto implicaría entrar en un campo de abstracciones donde quizá no podamos entendernos, y yo quiero ante todo que nos entendamos. La patria no es una abstracción, como las ideas religiosas; es algo concreto: un país, una historia, un pueblo... Tú puedes verla, palparla, sentirla. ¿Negarás acaso la existencia de la República Argentina, como niegas la de Dios?»...

Estimulado por mis observaciones, el hombre sin patria explayó sus ideas. Creía que la sociedad, que todas las sociedades del mundo estaban injustamente organizadas; debían suprimirse la autoridad, la propiedad, la ley... «¿Para qué?, le pregunté yo. — ¡Para nuestra dicha!, repuso. — Esto es, para la dicha de la mayoría. Pero, ¿crees tú que los hombres de nuestra época serían felices si volvieran a la vida de los bosques? ¿No se ha adaptado ya el organismo humano al uso de trajes, de habitaciones, de ferrocarriles y de vapores, en fin, al ambiente de la

civilización? — No podría desconocerlo... — Ahora bien, ¿crees que es posible realizar la cultura sin uua división adecuada del trabajo social, sin leyes, sin instituciones, sin autoridades?»...

En este punto volvió a disertar animadamente el hombre sin patria. Debía muy bien haber trabajo social y normas de conducta, aunque no leyes ni instituciones; no aspiraba él a destruir la sociedad, sino a redimirla, a sanear sus bases y sentimientos, sus usos y costumbres... «Te comprendo, le interrumpí. ¡Para apresurar el advenimiento de una nueva era de progreso es para lo que tú supones convenientísimo arrojar bombas explosivas, sacrificando millares de inocentes!... ¿Has pensado si tal medio es realmente eficaz? Yo opino más bien que, para el triunfo de las ideas avanzadas, resulta contraproducente, en definitiva. Un atentado anarquista o terrorista produce, ante todo, el efecto de cerrar las filas de los conservadores. En la inmensa mayoría del pueblo se provoca una reacción contra el radicalismo. Lejos de hacer avanzar tu «causa», suponiendo que sea una legítima causa social, la haces retroceder. Lejos de favorecer al partido, la sangrienta injusticia de semejante crimen lo perjudica... ¡Crees ir adelante, y, en tu propio carril, retrogradas!».

Vacilando, el hombre sin patria me preguntó: «¿Cómo propagar, pues, nuestras ideas de progreso? — ¡Por la persuasión, le contesté, no por la violencia, siempre por la persuasión! ¿Hay acaso quien te lo pueda impedir en la República Argentina? ¡Aquí, más que en ninguna parte, si eres radical, por temperamento o por convicción, para hacer aceptar tus propias ideas debes ser también acérrimo antiterrorista!».

Por la expresión del rostro de mi interlocutor, más que por sus palabras, ratifiqué mi presunción de que no se trataba de uno de aquellos degenerados que arrojan bombas como en un acceso epiléptico. Más bien era una

víctima de una información sociológica deficiente y mal encaminada. Lanzado a estas playas por un horrible naufragio de su existencia, de su familia, casi diría de su patria originaria, resultaba entre nosotros un ser exótico, pero no sin vitalidad para poderse adaptar al nuevo medio social. Necesitaba una sana enseñanza, que equilibrase o destruyese los nocivos efectos de sus escasos e incompletos conocimientos de la política, de la historia, de la vida. Pude yo dársela, en cinco o seis largas conversaciones; con arduo trabajo expuse al hombre sin patria lo que había sido, lo que era y lo que debía ser la patria.

Si no descuidé yo su instrucción, tampoco descuidó el abogado su defensa. No obstante la gran indignación pública que había producido su tentativa criminal, condenósele a una pena que tenía cumplida ya en su prisión preventiva durante la substanciación del juicio. Acostumbrado al régimen mucho más severo de su antiguo país, él mismo debió sorprenderse de la benignidad de las leyes y jueces. Escribióme una carta muy agradecido, y luego desapareció de mi vista, entre la muchedumbre.

Años y años pasaron en los que nada supe del hombre sin patria. «¿Qué habrá sido de él?, solía preguntarme. ¿Será todavía un peligroso anarquista? ¿Habrá muerto en el patíbulo, después de atentar en el extranjero contra la vida de algún gobernante, monárquico o republicano?»... En esta incertidumbre, no habiendo podido olvidar del todo a mi discípulo de ocasión, un día, a propósito de la impresión de un libro, tuve que ir personalmente a los talleres de una imprenta para dar mis instrucciones al regente. El regente era un hombre grueso, y por todos los poros respiraba honradez, salud y buen humor. Recibióme visiblemente turbado... En alguna parte había yo visto aquel rostro... ¿Dónde?... ¿Cuándo?... No tardó él mismo en sacarme de dudas: ¡era, hecho hombre, el joven anarquista de marras! Trabajaba, tenía mujer e hijos, era feliz cuanto se puede serlo en este mundo... ¿Y sus ideas? ¡Aquello, un

mal sueño de la juventud, estaba ya lejos, muy lejos!... Ahora era un buen ciudadano argentino, y, por cierto, ¡más conservador que yo mismo!... Siempre se acordaba de mí, si bien, por cortedad, iba dejando de un día para otro el hacerme una visita con su mujer y sus hijos, como lo tenía proyectado. Yo había sido su salvador; a mí, sólo a mí me debía su dicha... «¿Cómo?, le pregunté. —¡Usted hizo mi felicidad, me contestó, porque usted me enseñó a amar a la patria!».

Ninguna lección mía, ni la más erudita que haya dado ante mi habitual auditorio universitario, ha producido mayor provecho. ¡Había yo labrado la felicidad de un hombre! ¡Había yo dado a la patria un ciudadano útil, padre de varios otros!... ¡Jamás podré olvidar su frase de gratitud, que he grabado con letras de oro en el libro de mi vida! Placeríame proclamarla a todos los padres, a todos los maestros, a todos los vientos: «¡Sabedlo! ¡Enseñar a amar a la patria es hacer la felicidad de los hombres!».

190. ¡Viva la Patria!

(Glosa de una parábola antigua).

Érase un sabio anciano, padre de siete robustos mancebos, que vivían en la indiferencia y la discordia. Sintiendo cercana la hora de la muerte, un día los llamó. Presentóles un haz de siete varas sólidamente atado, y les dijo: «Legaré toda mi hacienda a aquel de vosotros que pueda quebrar este haz».

Uno por uno lo intentaron en vano los siete mancebos que vivían en la indiferencia y la discordia, y exclamaron: «No podemos, padre».

Entonces el anciano desató el haz y lo rompió sin esfuerzo, vara tras vara. Hiciéronle notar sus hijos: «Así, también podríamos haberlo hecho nosotros, padre». Y el anciano repuso: «Esta lección, hijos míos, es la mejor herencia que os dejo. Aprovechadla. Desunidos, cualquiera os

podrá quebrar, como yo quebré esas varas. Unidos todos por el amor de hermanos seréis fuertes e invencibles como el haz».

Esto, que dijo aquel sabio anciano a sus hijos, debe repetir la patria a los suyos. Un pueblo no es más que una familia. Una nación es sólo un numeroso grupo de hermanos.

Los pueblos cuyos hijos viven en la indiferencia y la discordia, desgastan sus fuerzas en estériles reyertas. La Envidia siega las cabezas que sobresalen, con la guadaña de la muerte. La nación mata sus mejores guías, como Saturno que devoraba a sus hijos. La guerra civil desangra a la patria, y la difamación la envenena. Enróscase entonces en su cuerpo indefenso la Anarquía, una hidra feroz de dos cabezas: la mediocridad y el despotismo.

Los pueblos que fueron gloriosos en la historia, lo fueron siempre porque sus hijos amaban a la patria. Y todos los hombres que fueron grandes, cimentaron su grandeza en el desprecio a los intereses mezquinos y en el amor a los ideales generosos, especialmente al ideal de la patria.

Sólo en las sociedades decadentes y corrompidas los hombres carecen de patriotismo. Estas sociedades están destinadas a debilitarse y perecer, pues en la tierra hay muchas naciones, y las fuertes son a veces enemigas de las débiles; codician sus riquezas y requieren sus territorios. Ningún pueblo puede relajar sus lazos de asociación, porque ningún pueblo está solo en el mundo.

Aunque se pertenezca a un pueblo de historia innoble y lamentable, debe amarse a la patria. Pero, cuando se tiene la suerte de nacer en una patria libre e invicta, como la República Argentina, amarla no entraña forzado sacrificio, sino legítimo orgullo. Pertenecer al pueblo de San Martín y Belgrano, de Rivadavia y Sarmiento, de Echeverría y Alberdi, es sentirse miembro de una familia de hombres ilustres, y esto nos obliga a ser dignos de nuestros padres.

Mas no ha de confundirse la gloria con la vanagloria, el patriotismo con la patriotería. Éste es la torpe jactancia de los débiles e incapaces; aquél, el esfuerzo callado y potente de los que trabajan y obran. Lo uno es femenino apego al oropel y al fausto; lo otro, fuerza de varón y pujanza de héroe. Cubríos de hierro como los caballeros de los siglos medios, y no de brocados y encajes como las damas. En la palestra de la vida, los fuertes no son espectadores, sino luchadores.

Se dice que el amor a la patria es un sentimiento «lírico», sin valor en la vida práctica del individuo... ¡Nunca error más torpe! La grandeza de la patria constituye para el individuo la más pura y fecunda fuente de goces, y su derrota, principio de inagotables penas y hasta de físicas penurias. Vivir en tiempos de derrota es vivir en la indigencia, la tristeza, la sombra. En cambio, los triunfos de la patria son la luz y el aire para las almas de los ciudadanos, buenos o malos. ¡Seamos patriotas hasta por egoísmo!

La patria nos devuelve con creces nuestros servicios y homenajes. De su poder y felicidad dependen el poder y felicidad de cada uno. Seamos, pues, como los pámpanos, que cobijan y protegen amorosamente los dulces racimos de la madre vid.

Si el culto de la patria es el culto de lo mejor de nosotros mismos, el amor a la patria se funda en el conocimiento de nuestra historia. Es nuestro pasado lo que nos une para defender nuestro porvenir. Suprimid el recuerdo de nuestras glorias y de nuestros hombres, y la nación se disgregará como las perlas de un collar cuyo hilo se desata o se corta. Somos grandes por la memoria de lo que juntos hemos hecho, y fuertes, por la esperanza de lo que juntos hemos de hacer.

Amar a la patria es servirla. Y no hay más que un medio de servirla: el trabajo. Para que el trabajo sea armónico y congruente, no hay más que un sistema: que cada

uno siga su línea, como los soldados cuando marchan en formación hacia el campo de batalla. Si codeamos a nuestro vecino o nos apartamos de nuestro puesto, el ejército perderá su cohesión y el enemigo puede sorprendernos en el desorden.

El trabajo con que sirvamos a la patria no será eficaz si no se respeta la ley. La ley dispone lo necesario para que cada ciudadano pueda realizar sus fines particulares y tiene por objeto la felicidad de todos. Quien falta a la ley, ataca a los demás. Si los ataca, no los ama, y no amar a los conciudadanos implica no amar a la patria.

La República Argentina es un país grande y rico. Pero el pueblo argentino, aunque noble y generoso, es todavía relativamente chico y pobre. Es chico, por su escasa población respecto de su vasto territorio. Es pobre, porque debe muchos millones de deuda externa, y sus empresas más lucrativas están explotadas por capitalistas extranjeros. ¡Hay, pues, que poblar el país y que pagar esa deuda externa y rescatar esos capitales! ¿Cómo? Por la dedicación al trabajo y el respeto a la ley.

No olvidemos, ¡ah!, no olvidemos la lección de aquel sabio anciano, padre de siete robustos mancebos, que vivían en la indiferencia y la discordia. No olvidemos que desunidos seremos débiles y miserables, y que unidos seremos fuertes y poderosos. No olvidemos que sólo un sentimiento podrá ligarnos y dar cohesión a nuestros esfuerzos: el patriotismo. Y así en las horas de lucha como en las horas de triunfo, así en los recuerdos como en las esperanzas, así en la vida como en la muerte, elevemos siempre los corazones para clamar todos con una sola voz: «¡Viva la Patria!».

ÍNDICE

*Los artículos que llevan el signo * son poesías.*
Los artículos que no llevan firma, salvo los romances y proverbios populares, son originales del autor.

PARTE PRIMERA

La tradición y la historia del pueblo argentino

V. Leyendas indígenas y coloniales

VI. La época colonial

VII. La época de la independencia

PARTE TERCERA

En el país argentino

IV. En la región central andina

V. En el Norte

VI. En el Sur

PARTE CUARTA

Cuadros y fases de la vida argentina

I. El hogar

II. La casa y la huerta

III. El niño

IV. La Naturaleza

V. La Escuela

VI. La Conciencia

VII. El campo

VIII. La ciudad

IX. La Nación

INDICE PARA LA ENSEÑANZA DE LA MORAL

Moral individual

Moral doméstica

Moral social

Moral cívica

POESIAS PARA CANTAR

INDICE DE LAS LAMINAS



